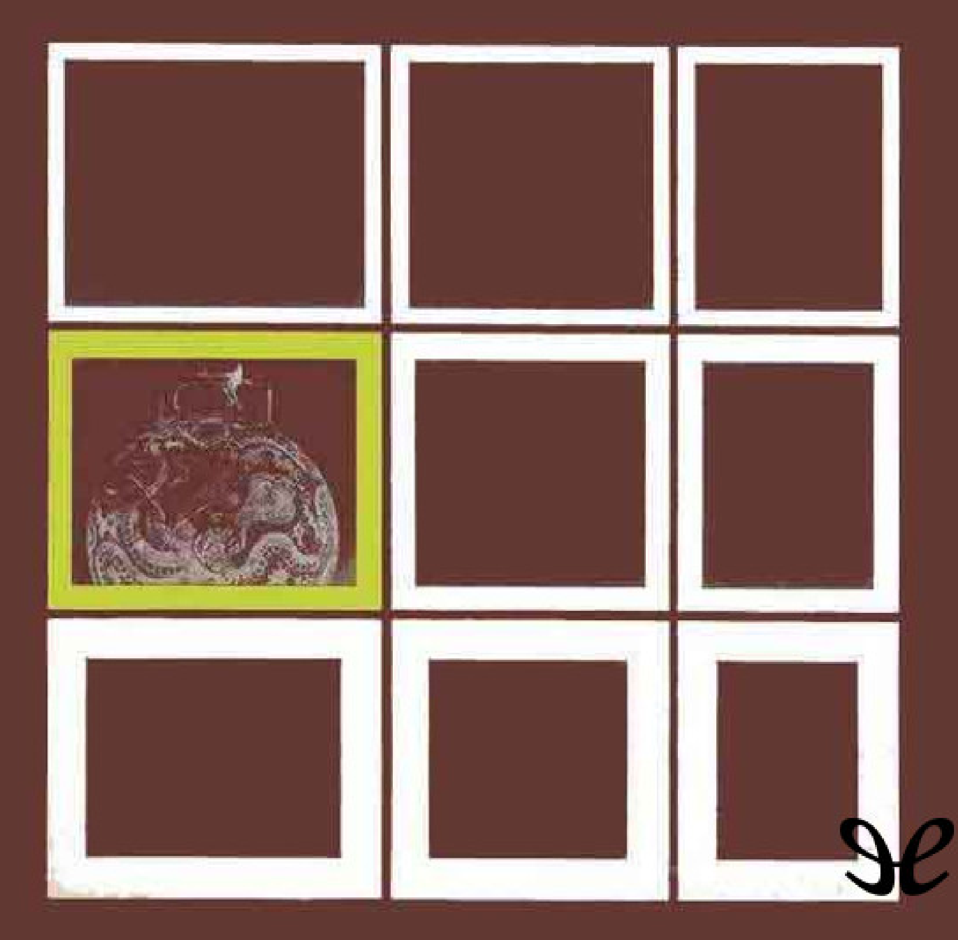
HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

los imperios del antiguo oriente

I. del paleolítico a la mitad del segundo milenio

E. CASSIN/J. BOTTÉRO/
J. VERCOUTTER



Esta Historia universal SIGLO XXI, preparada y editada inicialmente por Fischer Verlag (Alemania), sigue un nuevo concepto: exponer la totalidad de los acontecimientos del mundo, dar todo su valor a la historia de los países y pueblos de Asia, África y América.

Resalta la cultura y la economía como fuerzas que condicionan la historia. Saca a la luz el despertar de la humanidad a su propia conciencia. En la Historia universal SIGLO XXI han contribuido ochenta destacados especialistas de todo el mundo. Consta de 36 volúmenes, cada uno de ellos independiente, y abarca desde la prehistoria hasta la actualidad.

Este segundo volumen incluye: Prehistoria e historia primitiva de Asia interior. La época protodinástica. El primer imperio semítico. El reino de la III dinastía de Ur y sus herederos. La época paleobabilónica. Los orígenes de Egipto. El Egipto arcaico (I y II dinastías tinitas). El imperio antiguo. El fin del imperio antiguo y el primer periodo intermedio. El imperio medio. El segundo periodo intermedio y la invasión de Egipto por los hicsos.



Elena Cassin, Jean Bottéro & Jean Vercoutter

LOS IMPERIOS DEL ANTIGUO ORIENTE I

Del Paleolítico a la mitad del segundo milenio

Historia Universal Siglo XXI - 2

ePub r1.0

jaleareal 26.09.16

Título original: *Die Altorientalischen Reiche I. Vom Paläolithikum bis zur Mitte des 2. Jahrtausends*

Elena Cassin, Jean Bottéro & Jean Vercoutter, 1965

Traducción: Genoveva Dieterich & Jesús Sánchez Maza

Editor digital: jaleareal

ePub base r1.2





ADVERTENCIA SOBRE LAS TRANSCRIPCIONES

Se transcriben los nombres turcos, sumerios y semitas de acuerdo con las siguientes equivalencias aproximadas:

ḍ, ṣ, ṭ: consonantes llamadas enfáticas, pronunciadas con gran esfuerzo articulatorio, que no existe en las lenguas europeas.

j, dj (en turco c): inglés *jungle*, italiano *gioia*, pronunciación africada de la *y* castellana (*un yate*).

ç, ch: *ch* castellana.

g, gh, ğ: *g* fricativa de *llegar*.

ḥ: *h* aspirada fuerte.

kh, ḫ: *j* castellana.

sh (en turco ş), š: *sh* inglesa, *ch* francesa.

z: *z* inglesa y francesa, *s* francesa de *chose*.

ā, ē, etc.: vocales largas.

ʼ: Ataque vocálico semejante al que acompaña en alemán a una vocal inicial (*ʼalif* árabe, *ʼāleph* hebreo).

ʻ: Sonido gutural del *ʻayn* árabe o *ʻayin* hebreo.

Se excluyen de estas normas los nombres que por una u otra causa tengan una forma castellanizada ampliamente consagrada por el uso, en particular los bíblicos. En nombres acadios, etc., se indican también como ā, ē… las vocales largas por contracción (â, ê… en la notación usual). En cuanto a las transcripciones del egipcio, nos atenemos lo más posible a las aproximadas de Drioton y Vandier (*Historia de Egipto*, trad. cast. de la 3.ª ed., Buenos Aires, EUDEBA, 1964), por ser las más difundidas en nuestros países. Deben leerse de acuerdo con la tabla anterior, teniendo en cuenta además que con *â* se indica la presencia de una vocal y del sonido ʻ, que sólo se representa aislado en

el nombre de dios Re‘ (Rē‘) y los compuestos con él; se prescinde por lo general de señalar la cantidad vocálica y de distinguir entre h y ḥ, k y ḳ.

Cuando en la lista anterior se reseñan varios signos para la transcripción de un sonido, es el primero de ellos el que usamos preferentemente en el texto.

INTRODUCCIÓN

Para hacer la apología de una nueva síntesis histórica es suficiente recordar al lector, que tal vez se sorprenda de ver aparecer tantas, el hecho de que, pese a la unidad y la coherencia de los sucesos que nos relatan, su multiplicación está determinada sobre todo por la multiplicidad misma de los historiadores. Decir historiadores no es solamente hacer referencia a una mirada «profesional» lanzada hacia el pasado, sino también a los diversos puntos de vista desde los cuales puede éste observarse.

Por otra parte, se trata de una «Historia antigua» —y ninguna hay más antigua que la que se narra en el presente volumen, pues en él se la toma desde su mismo nacimiento en ese antiguo Oriente que la vio aparecer—; en historia antigua los documentos son siempre escasos, en proporción a la enormidad del tiempo transcurrido, son difíciles de comprender y se hallan sometidos a crítica y revisión constantes por parte de especialistas que no cesan de pensar en ellos para comprenderlos mejor; en ella la incansable investigación, las frecuentes excavaciones, nos traen sin cesar nuevos datos del principio de los tiempos, confirmando a veces las ideas que ya se tenían sobre una época más o menos vasta del pasado, precisándolas a veces y otras alterándolas por completo y obligando a ver las cosas de un modo distinto; en esta materia, por tanto, no es solamente útil, sino indispensable, incluso para los historiadores de oficio, que de vez en cuando se haga una revisión de los conocimientos que se poseen sobre ese océano sin límites que es la investigación del pasado.

Así, pues, en este volumen y en los dos siguientes se ofrece una síntesis, que hemos procurado actualizar al máximo, de la historia más antigua de este Próximo Oriente en el que nació nuestra civilización.

Pero, en lugar de encomendar toda la labor a un autor único, obligado a trabajar en un campo en el que sería imposible a cualquiera, aunque fuera un genio, dominar tantas escrituras y lenguas diferentes y difíciles, y consultar centenares de miles de documentos de todas clases, cuya comprensión y aprovechamiento requieren práctica en técnicas heterogéneas, resultaba preferible confiar a diversos especialistas las épocas y zonas que mejor conociera cada uno de ellos por haberlas estudiado directamente.

Para preparar la presente obra, estos especialistas han trabajado en equipo, leyendo y criticando cada uno de ellos los trabajos de sus colegas, sin por ello sentirse obligados a imitarse unos a otros. A excepción de los rigurosos métodos que nuestro oficio nos obliga a emplear desde hace mucho tiempo, y de la atención que debe ponerse en todos los datos importantes, incluidos los resultados de las últimas excavaciones y los más recientes análisis, la única convención a que todos nos hemos sometido ha sido la de buscar, cada uno a su manera, un equilibrio entre la exposición de los *hechos* (sucesión de los pueblos, de las dinastías, de los monarcas y de las peripecias de sus reinados) y los *progresos de la cultura*, suscitados o determinados por estos hechos. Dentro de este doble aspecto, y remitiendo al lector curioso de conocer las fuentes originales o aficionado a detalles más completos a obras especializadas enumeradas en una sucinta bibliografía, hemos intentado abarcar lo *esencial* y señalar claramente la *trayectoria*.

Esperamos que nuestra obra responderá así a la finalidad de la Colección en la que se incluye: constituir para el hombre cul-

to un vademécum, una guía sencilla y segura de las innumerables salas sucesivas de este enorme Museo que es la Historia.

14 de mayo de 1964

Elena Cassin

Jean Bottéro

Jean Vercoutter

1. Prehistoria e historia primitiva de Asia anterior

I. FUENTES DE LA HISTORIA ANTIGUA DE ASIA ANTERIOR

Hasta fines del siglo XVIII las fuentes de la historia antigua del Próximo Oriente se limitaban a las noticias transmitidas por el Antiguo Testamento y la tradición clásica antigua. El paso decisivo para acceder a los documentos originales del Antiguo Oriente se dio en 1802, al descifrar G. F. Grotefend, al menos parcialmente, ciertas inscripciones en escritura cuneiforme persa. Los textos que C. Niebuhr copió fielmente en los palacios de Persépolis pertenecían a los reyes aqueménidas Darío y Jerjes, conocidos a través de tradiciones griegas y del Antiguo Testamento. Dichos textos estaban redactados en tres escrituras y en tres lenguas diferentes. Una vez descifrada la versión persa antigua, que correspondía a la lengua de los reyes, se obtuvo la clave para la lectura e interpretación de las otras dos versiones. Una de ellas estaba redactada en lengua elamita, la lengua de Susa; la otra, en lengua asirio-babilónica. Esta última planteó numerosas dificultades por su extremada complicación. Hacia 1857 las dificultades se habían superado. La interpretación de la versión asirio-babilónica tuvo importantes consecuencias, pues en esta lengua, perteneciente a la familia de las lenguas semitas —llamada hoy lengua acadia (o akkadia), según su denominación original—, está redactada la mayor parte de los documentos orientales de la Antigüedad.

Desde mediados del siglo XIX el interés despertado por los intentos de interpretación condujo a grandes excavaciones en las antiguas capitales del Imperio Nuevo asirio: en Nínive, frente a la actual Mōṣul; en Khorsābād, la efímera residencia de Sargón II (722-705), y en Nimrūd, la antigua Kalkhu. Investigadores franceses e ingleses como P. E. Botta, E. Flandin y A. H. Layard dieron las primeras noticias sobre los monumentales palacios y templos, cuyos relieves ornamentales y figuras colosales pasaron pronto a formar parte de las colecciones del Louvre y del British Museum. Gracias a un azar feliz se descubrió en Nínive la biblioteca de Asurbānipal (Ashshurbānapli, 669-627), el último gran rey asirio, quien había coleccionado todas las obras literarias y religiosas de babilonios y asirios, así como de los antiguos sumerios, disponibles en su época.

Las ruinas de Babilonia, el país vecino situado al sur, resultaron menos ricas en hallazgos. Desde 1887 estaban en marcha, bajo la dirección de E. de Sarzec, las excavaciones de Tellō, antigua Girsu, donde se hicieron los primeros descubrimientos de época sumeria. Entre ellos, las estatuas del príncipe de Gudea (hacia 2143-2124) y dos inscripciones cilíndricas, las más antiguas composiciones literarias halladas en terreno babilónico. Estos documentos hicieron posible la reconstrucción de esta antigua lengua sobre la base de genuinas tradiciones sumerias. Excavaciones americanas de 1889 hallaron en Nippur, en un barrio residencial del siglo, el mayor conjunto de textos literarios sumerios encontrados hasta hoy. Desde 1899 arqueólogos alemanes participaron también en las excavaciones: R. Koldewey en Babilonia y, desde 1903, W. Andrae en Asur (Ashshur). Su objetivo era reconstruir las dos grandes capitales. En 1913 se iniciaron, bajo la dirección de J. Jordan, las excavaciones en Uruk, las ruinas más importantes al sur de Babilonia.

Mientras tanto también se habían iniciado investigaciones fuera del ámbito asirio-babilónico. En Susa, J. de Morgan des-

cubrió la cultura de Elam que, a pesar de su estrecha relación con la vecina Babilonia, conservó su carácter peculiar. En 1887 se había descubierto ya casualmente, en la ciudad egipcia de Amarna, la correspondencia política de los pequeños y grandes monarcas del Próximo Oriente con Amenofis III y IV (1400-1344), redactada en escritura cuneiforme. En 1907 H. Winckler descubrió en Boğazköy —la antigua capital hitita Khattusha, situada en Anatolia central— un archivo de escritos cuneiformes que permitió la reconstrucción de la lengua y la tradición hititas.

Junto a las tablillas descubiertas en excavaciones oficiales, innumerables documentos de las diferentes regiones del Antiguo Oriente y de todas las épocas, provenientes de excavaciones piráticas, enriquecieron las colecciones de los museos de todo el mundo.

Después de la interrupción ocasionada por la Primera Guerra Mundial, se inició una gran actividad arqueológica. Aquí daremos sólo unos cuantos datos: las excavaciones en Ur realizadas por L. Woolley sacaron a la luz los hallazgos sensacionales de la necrópolis real de Ur, que pertenecen a la época protodinástica tardía (hacia el 2450 a. C.). En Uruk surgió ante los arqueólogos la historia más remota (3000-2700 antes de C.). En excavaciones americanas realizadas en el curso inferior del Diyāla se descubrieron, bajo la dirección de H. Frankfort, plantas de templos de toda la época protodinástica. En Nuzi, junto a la actual Kirkūk, se descubrió un asentamiento de los siglos XV y XVI a. C. que proporcionó datos valiosos sobre una época poco conocida. Mari, situada en el curso medio del Éufrates, ofreció, gracias a las excavaciones dirigidas por A. Parrot, hallazgos importantes de la época protodinástica que completan los hallazgos de la región del Diyāla. En un gran palacio se descubrió el archivo real, de más de 10 000 tablillas, de la turbulenta época en que Hammurabi de Babilonia intentaba unificar su imperio.

Anteriormente, Cl. F. A. Schaeffer había iniciado la investigación en Rās Shamra, la antigua Ugarit, en la costa mediterránea. A él se debe el hallazgo de tablillas de barro con una escritura alfabética hasta entonces desconocida que proporcionaron, a través de los mitos y poemas épicos que contenían, una visión clara de la literatura y la mitología cananeas. Las excavaciones reanudadas en Boğazköy por K. Bittel aclararon la historia de la capital del reino hitita. A la cabeza de una expedición americana, E. Herzfeld y E. Schmidt investigaron las monumentales ruinas de los palacios aqueménidas de Persépolis. Durante estos años despertaron mucho interés las excavaciones realizadas en asentamientos prehistóricos del Próximo Oriente, que proporcionaban datos sobre las etapas de desarrollo más antiguas.

Como a raíz de la Primera Guerra Mundial, las excavaciones se volvieron a reanudar después de la Segunda Mundial. A los trabajos llevados a cabo en los antiguos lugares de investigación, como Boğazköy, Ugarit, Mari, Nimrūd, Nippur, Uruk y Susa se añadieron expediciones que se dedicaban sistemáticamente a los problemas prehistóricos, especialmente a las cuestiones relativas a la época de transición al neolítico. Hay que resaltar que actualmente participan en la labor arqueológica los gobiernos de los diversos países del Próximo Oriente con sus propios equipos de colaboradores.

Esta enumeración sucinta representa el balance orgulloso de aquellos esfuerzos realizados por reconstruir la historia que fueron coronados por el éxito. Sin embargo, hay que recordar dos hechos: desde hace algún tiempo la investigación, ante la avalancha de nuevos materiales, tiene dificultades en mantenerse al día. Por otro lado, el mapa histórico ofrece en muchas regiones y en muchos períodos espacios en blanco, aún por rellenar, si quiere lograrse la reconstrucción fiel de la historia antigua del Próximo Oriente.

II. EL ÁMBITO HISTÓRICO DE LA ANTIGUA ASIA ANTERIOR

El espacio en el que tuvieron lugar múltiples procesos de evolución desde la época de los primeros testimonios de la existencia humana hasta el final de la historia independiente del Antiguo Oriente Cercano no coincide siempre con el territorio que acostumbramos a llamar hoy Próximo Oriente. En la época de las primitivas comunidades rurales se limita en líneas generales al espacio del «creciente fértil», es decir, al territorio situado en el arco formado por las montañas iraníes al este de Babilonia y Asiria, y las cadenas montañosas del Tauro y el Líbano, incluidas las llanuras situadas al pie de estas cordilleras. Una parte importante de la costa turca va a dar al mar Egeo y, por tanto, debe considerarse en el marco del desarrollo griego y balcánico. La costa del mar Negro estuvo seguramente poco poblada en la época anterior a la colonización griega. El norte y el sur de Arabia, donde existieron diversas culturas prehistóricas hasta el Neolítico y el Calcolítico[1], no entran en el terreno histórico hasta el primer milenio antes de Cristo, en la época del Imperio Nuevo asirio. Las fronteras con el Irán, sobre todo en la altiplanicie iraní, fueron siempre fluctuantes.

El núcleo geográfico del que partieron hacia finales del período prehistórico y durante la época histórica los impulsos decisivos se halla en la depresión formada por el Tigris y el Éufrates en época geológica relativamente reciente, y que alcanza desde la actual Bagdad hasta la desembocadura de los dos ríos en el Golfo Pérsico, el cual, en la Antigüedad, llegaría algo más al norte que en nuestros días. Desde el punto de vista climático, esta zona —más tarde Babilonia— se caracterizaba por largos meses de verano extremadamente calurosos y escasas e irregulares lluvias en otoño e invierno. La agricultura dependió en esta zona desde un principio del riego artificial.

Este territorio, con una superficie cultivable limitada, da con sus fronteras surorientales al actual Khūzistān, antiguamente Susiana, donde reinan condiciones climáticas parecidas, con la diferencia de que las zonas próximas a las montañas están favorecidas por lluvias copiosas. Las laderas de la cordillera iraní están bordeadas por un cinturón de valles en los que la agricultura se rige por las lluvias. Generalmente están separados los unos de los otros por montañas, de modo que raras veces llegaron a formar unidades políticas mayores. La comunicación con las altiplanicies iraní y armenia se establece a través de unos pocos puertos de montaña transitables, que conducen de Susa a Fārs, del territorio del Diyāla superior a Ḥāmadān y Kermānshāh, del territorio asirio oriental, a través del puerto de Rōwāndūz, a la región que rodea el lago de Urmia. Por estos puertos penetraron los pueblos del vasto territorio iraní en la llanura asiria y en las tierras bajas de Babilonia.

El territorio de lo que más tarde sería Asiria, que comienza al norte del Jebel el-Hamrīn y se extiende en el este y el norte hasta las montañas es bastante amplio. La franja de terreno cultivable es muy estrecha en la orilla derecha del Tigris, pero se ensancha a la altura del actual Mōṣul, creando un cómodo acceso a las tierras situadas al pie de la sierra mesopotámica.



Fig. 1. Asia anterior en época prehistórica y protohistórica (hasta el siglo XVIII a. C., aproximadamente). Cf. fig. 12.

Al oeste y noroeste de Babilonia la franja de tierra no cultivable, que hasta muy entrada la época histórica fue mucho más ancha que en la actualidad (pues el Éufrates ha desplazado en época relativamente reciente su curso hada el oeste, acercándose a la ladera abrupta que une la meseta arábiga con la llanura), sólo está habitada por nómadas pastores. Sin embargo, hasta que no fue domesticado el camello, es decir, hasta fines del segundo milenio antes de Cristo, los nómadas no podían alejarse más que unas jornadas de la tierra cultivada. Río arriba el territorio cultivado se estrecha en ambas orillas, encajonado entre la estepa de la meseta arábiga y las regiones casi desérticas del este, con sus terrenos calcáreos, dejando sitio únicamente a una cadena de oasis como la actual ʼĀne. En la región de la antigua Mari y en las orillas de los afluentes del Éufrates, Khābūr y Balīkh, se vuelven a ampliar los terrenos cultivables, que comunican con la zona periférica mesopotámica y sus posibilidades de colonización intensiva.

El territorio situado al sur del Tauro, entre la costa mediterránea, el Éufrates y la zona de Siria media y Palestina, está constituido por numerosos territorios pequeños independientes. La vida de la costa, que albergó sobre todo durante la época fenicia excelentes puertos, se orienta hacia el Mediterráneo. La cadena montañosa del Tauro oriental exterior, antiguamente cubierta de bosque, y más al sur, los montes del Líbano y Antilíbano proveyeron Egipto, pero también la lejana Babilonia y más tarde Asiria, de valiosas maderas para la construcción y de resinas aromáticas. El ciclo sumerio de Gilgamesh y los poemas acadios e hititas influidos por éste reflejan, en el relato del combate que tuvo lugar entre el heroico rey de Uruk y el poderoso Khuwawa, señor de los bosques de cedros, estos hechos. La depresión entre Líbano y Antilíbano, que se prolonga en el valle del Jordán, constituyó una vía de comunicación muy transitada en ambas direcciones. Frente a la ladera oriental del Antilíbano se hallaban varias ciudades-oasis, entre las que destaca Damasco con la fértil Gūṭa.

Palestina forma una región por sí misma, con zonas relativamente fértiles en las laderas occidentales de las montañas de Judea y Galilea, zonas desérticas en las montañas de Judea y en el Negev y vegetación subtropical en el valle del Jordán. Hacia Egipto el país estaba cerrado, por lo menos hasta poco antes del 3000 a. C., por los desiertos de Sinaí y el Negev del Sur. Al este del Jordán hay regiones que tuvieron una densidad de población tan importante en la Antigüedad como en época romana.

Buenas rutas montañeras conducen de la llanura mesopotámica y Cilicia a la meseta central anatólica. El núcleo territorial se situaba en torno al río Halys (Kizil Irmak). Fuera de él sólo tenía alguna importancia el territorio del Sangarios superior (Sakarya) y la llanura de Konya, como centro de colonización intensa. Las montañas del Ponto, al menos en la época del imperio hitita, estaban pobladas sólo por tribus nómadas y semi-

nómadas. El occidente y la parte suroccidental de Turquía se orientaban principalmente hacia el mar. La región montañosa de Anatolia está tan fragmentada en núcleos territoriales pequeños por las altas cadenas montañosas que en poquísimos casos se logró la fusión en comunidades más amplias.

Asia Anterior estaba, pues, constituida por innumerables núcleos territoriales, generalmente de dimensiones reducidas. La consecuencia fueron formaciones étnicas y políticas reducidas que surgieron sobre todo en las regiones encajadas entre las montañas. Las condiciones naturales para formaciones más amplias se daban, por el contrario, en la región que más tarde sería Babilonia, en el territorio asirio y mesopotámico, en Anatolia central y en la meseta iraní. La franja interior que se extiende entre el creciente fértil y los desiertos de la meseta arábiga y que fue en todos los tiempos zona de pastoreo de los nómadas de lengua semita constituye un caso especial. Conviene indicar aquí que muchos de los pueblos que aparecen en el curso de la historia antigua del Próximo Oriente como fundadores de grandes imperios territoriales (así los hititas, los mitanios indoarios, los medos y los persas) habían alcanzado la unidad étnica e importante densidad numérica en los amplios espacios de Europa suroriental y oriental mucho antes de su aparición en el Cercano Oriente.

La tendencia al aislamiento de las diferentes regiones se veía reducida por la distribución irregular de los yacimientos de importantes materias primas. Las necesidades de materia prima variaban, naturalmente, según la época histórica, según variaban los objetos más requeridos. Primero fueron la obsidiana, el sílex y el asfalto; más tarde, las piedras para vasijas y, sobre todo, los metales. Ya en los primeros asentamientos encontramos materiales traídos de regiones lejanas. El intercambio de materias debió intensificarse extraordinariamente con la colonización de Babilonia. Al menos desde la época en que se desarrolló

la cultura urbana babilónica dicho intercambio se extendería a regiones situadas fuera del ámbito estricto del Próximo Oriente. Los países del Golfo Pérsico y el lejano valle occidental del Indo suministraban importantes y codiciadas materias primas, así como Afganistán, con sus yacimientos de lapislázuli, y los países que producían el cinc necesario para la fabricación del bronce.

III. SOBRE LA CRONOLOGÍA

Aún no podemos establecer una cronología absoluta que proporcione una exacta correlación con nuestro calendario para muchos períodos de la historia antigua del Oriente. La lista de epónimos anuales[2] asirios alcanza hasta el 910 a. C. Las listas de reyes nos proporcionan posibilidades de datación hasta el 1450 a. C. en los casos de Babilonia y Asiria, que con un margen de error de diez años son bastante exactas. En el caso de Siria y Asia Menor tenemos que servirnos de sincronismos con Babilonia y Asiria, pero sobre todo con Egipto, que dispone de una cronología bastante segura durante este período. La fecha del tratado de paz firmado entre Ramsés II y el rey hitita Khattushili III en 1270 a. C. constituye un importante punto de orientación cronológica. Más allá del 1450 antes de C. carecemos hasta tal punto de datos que no ha podido establecerse el nexo con el período cronológicamente seguro que abarca desde la dinastía de Akkad (Acad) hasta el final de la dinastía de Hammurabi de Babilonia. De la duración que se atribuya a esta «época oscura» depende la datación del fin de la I dinastía de Babilonia y del comienzo de la dominación casita en Babilonia. Nosotros seguiremos la llamada «cronología media» (según S. Smith y M. Sidersky) que sitúa el final de la I dinastía de Babilonia en 1595 a. C. y el reinado de Hammurabi de Babilonia entre 1792-1750. El comienzo de la dinastía de Akkad tendría lu-

gar hacia el 2340 antes de C. La llamada «cronología mínima» (según W. F. Albright y F. Cornelius) precede en sesenta y cuatro años —es decir, un período de Venus— las fechas de la «cronología media»[3].

De la época anterior a la dinastía de Akkad sólo podemos proporcionar datos aproximados de la fase final de la época protodinástica basándonos en la lista de reyes de Lagash, desde Urnanshe hasta Urukagina, que reinaron aproximadamente ciento veinte años. La lista de reyes sumerios, que enumera a los monarcas de Babilonia desde la época «en que la monarquía descendió del cielo» hasta el fin de la dinastía de Isin (1794 a. C.) no es fuente fidedigna para la época anterior a la dinastía de Akkad. Los nombres reales están transmitidos fielmente, salvo por algunos errores de transcripción; algunos reyes de la época protodinástica citados en la lista están atestiguados por documentos originales. Sin embargo, el valor documental de la compilación se ve mermado por el modo en que utiliza los datos de que dispone sobre la época primitiva. La compilación da por supuesto que en Babilonia no reinaron nunca varias dinastías a un tiempo. A esto se añade el empeño de los compiladores en no omitir ninguno de los nombres tradicionales, con lo que dinastías simultáneas fueron registradas en orden consecutivo. Así sucede que el período que abarca desde Meskalamdug de Ur hasta Lugalzagesi de Uruk, último rey de la época protodinástica anterior a Sargón de Akkad, contiene 45 monarcas, mientras que en Lagash, cuya lista de reyes nos es conocida sin lagunas, hubo en el mismo espacio de tiempo ocho soberanos, de los que algunos no reinaron más de unos pocos años. Otra deficiencia de la lista es su documentación incompleta, que por otra parte no puede asombrarnos dada la distancia entre la redacción definitiva de la lista y la época protodinástica. Así faltan todos los príncipes de Lagash, algunos de los cuales hubieran merecido formar parte de la lista de reyes babilónicos.

La duración de los períodos de la época protodinástica anteriores a Urnanshe de Lagash y de los períodos históricos primitivos puede establecerse aproximadamente según los datos proporcionados por el análisis de los diversos estratos de construcción de cada período y por el desarrollo de la escritura en Babilonia. En Egipto se han hallado objetos pertenecientes a un período anterior a la llamada «unificación del Reino» (Naqada II), fechada hacia el 3000 a. C., que tienen relación indiscutible con obras de la época primitiva de Babilonia y que, por tanto, permiten establecer un sincronismo aproximado entre las dos culturas. En el caso de uno de los períodos de la época primitiva —estrato Uruk IV— disponemos de una fecha, conseguida por el método del «radiocarbono» (C_{14})[4], que sitúa ciertos restos de madera provenientes del templo C de esta capa en el 2815 ± 85 a. C. Esta fecha se sitúa un poco más tarde que la establecida para el sincronismo babilónico-egipcio, el cual corresponde también a la época primitiva de Babilonia.

Actualmente, el creciente número de fechas proporcionadas por el método del radiocarbono para las etapas prehistóricas del antiguo Oriente Próximo, gracias al estudio de los asentamientos de Palestina, Cilicia, Anatolia, Iraq e Irán establece, junto con los datos correspondientes de Egipto y los Balcanes, una red cronológica bastante densa, que permite calcular las diferencias de tiempo entre las diversas etapas de desarrollo, así como la velocidad de este último.

IV. PREHISTORIA DE LA ANTIGUA ASIA ANTERIOR

Los primeros testimonios de la existencia de seres humanos y de su legado material han sido durante mucho tiempo escasos en el Próximo Oriente, y aún hoy lo son, si se comparan con los resultados de las amplias investigaciones realizadas en Europa. Sin embargo, las sistemáticas investigaciones de los últimos

tiempos, que se han apoyado en las más diversas disciplinas científicas, han conseguido dar una imagen bastante clara de las fases del desarrollo paleolítico y neolítico. Los lugares donde se han hallado objetos prehistóricos creados por el hombre se extienden desde las cuevas del Carmelo próximas a Haifa y la región montañosa de Judea hasta el sur de Turquía, la costa occidental turca y Anatolia central, atravesando la zona costera siria; desde Jordania, a través de la meseta arábiga hasta el Éufrates y el Kurdistán occidental. En el Carmelo y en Shānīdār, en el Kurdistán iraquí, se han hallado esqueletos del tipo del hombre de Neandertal en capas del Musteriense cuya edad oscila entre los sesenta mil y los cuarenta mil años. Sobre estas capas se superponen capas del Paleolítico superior cuya edad se calcula en treinta y cinco mil años, del Mesolítico y del Neolítico precerámico. Esta serie de capas, que llega en la capa más reciente al año 9000 a. C., seguramente no contiene todas las fases del desarrollo. Así, por ejemplo, encontramos un intervalo después de la capa Musteriense, y suponemos que al final de esta época el hombre de Neandertal fue expulsado de esta región por un cambio catastrófico de las condiciones climáticas[5].

Los resultados principales de las investigaciones sistemáticas de los últimos quince años se refieren a una de las más importantes fases de toda la época prehistórica, la fase en la que el hombre pasó de recoger su alimento (*food-collecting stage*) a producirlo (*food-producing stage*). Este hecho ha sido llamado con razón la «revolución neolítica», y dio comienzo a un proceso de desarrollo que —en lo que se refiere al dominio de la naturaleza por el hombre— se ha visto coronado hace unos doscientos años por la «revolución industrial». «Revolución» en este caso no se refiere a un acontecimiento súbito, sino al proceso total de formación del Neolítico, que se extendió durante varios milenios.

En la época situada entre los años 9000 y 6750 a. C. se inició en el Próximo Oriente, donde ya debían de existir condiciones climáticas muy parecidas a las actuales, una fase de domesticación de animales y de cultivo de las plantas más importantes. Hacia 6750 a. C. la nueva fase está completamente desarrollada. Sus adquisiciones más importantes son la domesticación de la oveja, la cabra, el cerdo y la vaca, la selección y siembra de trigo, cebada y lino. El cultivo del trigo condujo necesariamente a la vida sedentaria y a la formación de comunidades rurales en el momento en que se extendió y entró a formar parte decisiva de la alimentación.

El paso a la producción de alimentos tuvo lugar únicamente en determinadas regiones, donde existían ya en estado salvaje los animales domesticables y las futuras plantas de cultivo. Es decir, en los valles de montaña y en las zonas periféricas de pastos de las montañas del Irán, Iraq, Turquía, Siria y Palestina. En esta zona se registran las suficientes precipitaciones para el cultivo, que en las actuales condiciones climáticas del Próximo Oriente sólo es posible en regiones con una media anual de lluvia superior a los 200 mm.

Los cambios que trajo consigo la «revolución neolítica» aún no pueden precisarse totalmente. Es difícil calcular, por ejemplo, las consecuencias que tuvo dentro de la alimentación humana el paso a los cereales. Es seguro, sin embargo, que con la vida sedentaria se inició un crecimiento rápido de la población, ya que la mortandad infantil debió reducirse en comparación con las épocas anteriores, al mismo tiempo que aumentaba la media de vida de los adultos. Un testimonio claro de este proceso lo constituye la gran extensión del territorio de cultivo de las laderas de las montañas hacia la llanura, allí donde las lluvias de invierno garantizaban una cosecha segura, y la creación de una red densa de pueblos en el lapso de pocos milenios, tiempo en que el Paleolítico solía producir transformaciones

apenas registrables. Podemos suponer que en esta época, y sobre la base de las primeras comunidades rurales, se formó un tipo de vida nómada con manadas de cabras y ovejas que encontraba medios de existencia también en las altas montañas y en regiones situadas fuera de la zona de cultivo. Estos nómadas seguramente jugaron un importante papel en el desarrollo histórico posterior, una vez formada una capa de población numerosa. Es muy posible que ellos formaran la vanguardia cuando llegó el momento de buscar nuevos territorios de cultivo.

Para los habitantes más antiguos de los pueblos, la convivencia en los nuevos asentamientos significaba, entre otras cosas, que había que crear nuevas formas de vida y nuevas bases legales que hicieran posible la convivencia en un espacio limitado. También en el terreno de la religión hubo seguramente cambios importantes. Los agricultores y los pastores se esforzarían en ganarse a las potencias divinas, a las que atribuían la fertilidad de los animales o el poder sobre la lluvia vivificadora. Las prácticas mágicas, que correspondían al modo de vida del cazador, eran ya insuficientes.

La fase inicial de la producción de alimentos, hacia 9000 antes de C., está atestiguada en toda Palestina, en la zona orientada hacia el Mediterráneo y en las regiones más secas del este (Natufia), en el Líbano, en Siria y en el Kurdistán iraquí e iraní. En aquella época se seguían utilizando cuevas para vivienda humana, pero también en algunos casos, quizá sólo en las épocas más cálidas del año, había asentamientos a la intemperie. En Palestina (ʻAin Mallāḥa) y en territorio curdo (Mlaffaʻāt y Zawi Chemi Shānīdār) se han hallado restos de cabañas redondas que pueden interpretarse como imitaciones de tiendas redondas. Molinos hallados en estos lugares demuestran que había cultivo de cereales. Los animales domésticos habituales eran seguramente cabras y ovejas.

Un ejemplo típico de asentamiento rural primitivo es Jarmō, al este de Kirkūk, en las montañas curdas. En doce estratos, que en líneas generales atestiguan un grado de desarrollo unitario, se hallaron casas sencillas con varias habitaciones rectangulares. Estaban construidas con barro prensado y en parte tenían cimientos de piedras no labradas. En total sumaban unas 20-25 casas, que albergarían a unos 150 habitantes del pueblo. Los cereales cultivados eran la cebada, derivada de la clase salvaje *Hordeum spontaneum,* y dos clases de trigo. Los animales domésticos más extendidos en los estratos más tardíos eran la cabra, la oveja y el cerdo; los demás restos de animales no permiten establecer si se trataba de animales domésticos. Entre los instrumentos de piedra, generalmente microlitos, buena parte era de obsidiana, cristal volcánico traído de muy lejos, ya que los yacimientos más próximos se hallan a 400 km. Son característicos de esta fase ciertos recipientes de piedra, trabajados con esmero, también fuera de Jarmō. En el tercio superior de los estratos se encontraron las primeras vasijas portátiles de barro. Figuras de barro, entre ellas la de una mujer embarazada, forman parte de la larga cadena de creaciones prehistóricas dedicadas al mito de la fertilidad. Las fechas obtenidas con el C_{14} sitúan el comienzo del estrato más antiguo hacia 6750 a. C.

Al mismo tiempo e incluso antes, el nivel alcanzado en Jarmō había sido superado en otras regiones. En Jericó, que por su situación a 200 m bajo el nivel del mar y por ser un oasis muy fértil en una zona seca al pie de los montes de Judea constituye un caso especial, el antiguo asentamiento acerámico —cuyo principio se puede situar, gracias al C_{14}, en 7000 a. C.— contiene una muralla que debió rodear una zona de más de 3,6 Ha. La muralla está construida en piedra, tiene un grosor de 1,75 m y en algunas partes aún conserva una altura de 3,55 m. En una de las partes interiores se yergue una torre redonda de más de 8 m de alto, a la que se subía por una escalera interior[6]. Las casas

construidas con adobes de barro tienen planta redonda. Es muy interesante la costumbre de guardar los cráneos de los muertos separados de los esqueletos, enterrados bajo el suelo de la casa, aunque esta costumbre se encuentra en otras partes del Próximo Oriente. En una fase posterior del asentamiento amurallado los cráneos se rellenaban con yeso y los huesos faciales se moldeaban con yeso de los parietales para abajo, realzándose los ojos con conchas[7]. Las casas de este estrato tienen grandes habitaciones rectangulares. Parece que los diversos estratos ya contienen vestigios de lugares de culto.

El asentamiento acerámico de Ugarit, en la costa mediterránea, también estuvo amurallado. La muralla de tierra y piedras estaba revestida en su parte exterior con grandes piedras[8].

Hacia 5500 a. C. las conquistas de los períodos anteriores se perfeccionan al desarrollarse plenamente la cultura de los pueblos. Por hallazgos aislados de metal trabajado podemos situar esta etapa parcialmente en el Calcolítico, en el cual, junto al uso predominante de instrumentos de piedra, aparece el uso de instrumentos metálicos de cobre puro batido. Los poblados surgen en las llanuras, al pie de las montañas, en la zona dedicada al cultivo. Los yacimientos arqueológicos más importantes son Çatal-Hüyük y Hacilar en Turquía suroccidental, Mersin y Tell Judeide en la región de Cilicia y norte de Siria, Tell Ḥalaf en Mesopotamia central, Tell Ḥassūna junto a Mōṣul, Tepe Sialk en la meseta iraní y Tell-i Bakūn en Fārs. En la amplia zona de expansión se formaron probablemente otros núcleos, como refleja la cerámica hallada en toda la región. Las vasijas son aún, en general, muy simples, con decoración de muescas y hendiduras, incrustaciones en color blanco e inicios de pinturas. Las casas tienen habitaciones rectangulares y el material de construcción consiste en barro prensado o ladrillos de barro sin cocer. En Çatal-Hüyük, en la llanura de Konya, ha sido hallado un mural con escenas de caza adornando una casa[9]. A la misma

época, aunque a una etapa cultural más antigua, pertenecen probablemente las pinturas rupestres de Kilwa, en el sur de Jordania, que representan escenas de la caza de la cabra montesa. Numerosas figuras femeninas de barro provenientes de Hacilar, que resaltan por su tamaño (hasta 24,5 cm), constituyen por su estilo naturalista un importante testimonio del arte y del mundo religioso de sus creadores.

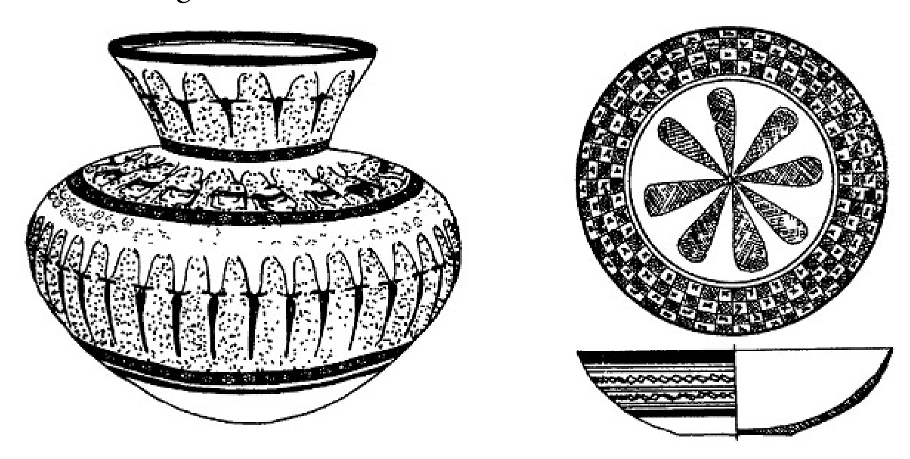


Fig. 2. Recipientes de cerámica de la fase de Tell Ḥalaf.

Durante esta época aumentó probablemente el número de clases de animales domésticos. Están atestiguados la cabra, la oveja, el cerdo, el ganado bovino y el perro, aunque debieron de existir peculiaridades de región a región. Junto a las clases de trigo cultivadas ya anteriormente aparecieron las lentejas, los guisantes, el algarrobo y el lino. No disponemos de datos seguros sobre los comienzos del cultivo de la viña, el olivo y los árboles frutales, que en época histórica se consideraban precisamente característicos del creciente fértil. El hecho de que estas plantas existan en esta zona en estado salvaje permite suponer que se cultivarían en época muy temprana.

El período posterior se caracteriza por un apogeo de la pintura en cerámica que sustituyó casi por completo a las otras formas de decoración. Su área de extensión es más amplia que el de la fase anterior, y abarca la región de Anau, en el Turques-

tán suroccidental, que seguramente fue poblada desde un centro iraní. Por aquel tiempo se fundaron en Bagūz, en el curso medio del Éufrates, y en Sāmarrā, a orillas del Tigris, poblados situados fuera del área de cultivo tradicional. Los centros más importantes de esta época de cerámica multicolor llevan los nombres de los primeros yacimientos: Tell Ḥalaf, en el nacimiento del Khābūr; Sāmarrā, Tepe Sialk y Tell-i Bakūn en el Irán. La cerámica pintada alcanzó en aquella época un nivel muy alto. La decoración de las vasijas, que consistía en general en dibujos geométricos, pero también naturalistas o derivados de éstos, da testimonio del talento artístico de los alfareros. Las vasijas más difundidas provenían de Tell Ḥalaf en Mesopotamia, y llegaban hasta Siria y Cilicia, Asiria oriental e incluso Armenia. En el momento de su mayor apogeo llevaban decoración polícroma; las pinturas utilizadas adquirían un brillo esmaltado al ser cocidas a altas temperaturas. El ámbito de las vasijas de Sāmarrā era más reducido. Su centro se hallaba en Asiria oriental, pero su influencia se extendía hacia occidente, cruzando el Tigris, y hacia el Éufrates, donde estaba la avanzadilla de Bagūz. Las diferencias de decoración, los diversos símbolos, que seguramente correspondían a un contenido religioso —la cabeza de toro, vista de frente; el llamado «bucranio», la cruz de Malta y la cruz gamada, que aparece como motivo decorativo en la cerámica de Sāmarrā—, atestiguan diferentes concepciones religiosas que reflejan realidades étnicas distintas.

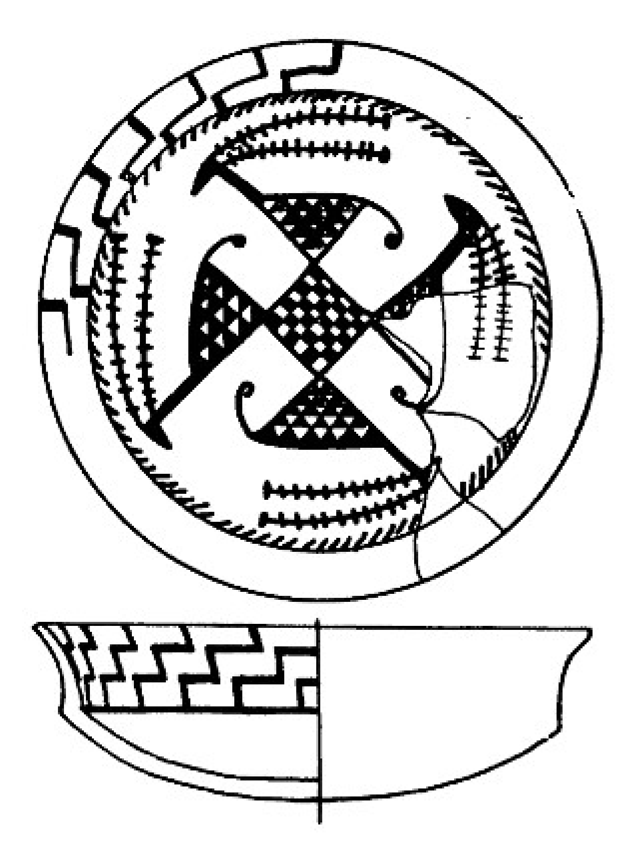


Fig. 3. Recipiente de cerámica de la fase de Sāmarrā.

En el área de Tell Ḥalaf aparecen, junto a casas constituidas por habitaciones rectangulares, siguiendo antiguas tradiciones, construcciones redondas, a las que a menudo se añade una antecámara rectangular. Este tipo de casa corresponde a las modernas «casas-colmena» del norte de Siria, pero está atestiguado ya en relieves neoasirios. Esta planta, que se encuentra en Tepe Gaura, Tell Ḥassūna, junto a Mōṣul, y Yūnus, junto a Karkemish, en el curso medió del Éufrates[10], estuvo tan extendida por Mesopotamia que tenemos que considerarla un elemento importante, máxime si recordamos la fuerte tradicionalidad de las formas de vivienda. Es posible que existan correspondencias con las construcciones redondas que están atestiguadas en la época del Neolítico acerámico.

Constituyen un testimonio valioso de las concepciones religiosas del área de Tell Ḥalaf las figuras femeninas policromadas en posición agachada. Los pechos, bajo los que se cruzan los brazos, aparecen exagerados, y los muslos, macizos. La cabeza está apenas formada. Entre las figuras de animales había una predilección por las terracotas de ganado bovino, que seguramente están en relación con el signo del «bucranio» de la cerámica policromada.

Durante el Calcolítico, en la época de apogeo de la cultura de Tell Ḥalaf en Mesopotamia, fue colonizado el territorio aluvial de Iraq del Sur, más tarde Babilonia. Sobre una época anterior, en la que sin duda acamparían en aquellas regiones nómadas de origen campesino, no disponemos de testimonios, aunque es de suponer la existencia de una fase nómada antes del establecimiento de comunidades rurales. Una serie de circunstancias climáticas y geográficas fue la causa de que esta región, donde en poco tiempo se desarrollarían las grandes culturas de Asia Anterior, entrara tan tarde a formar parte de la zona cultivada: la llanura babilónica, con su clima extremadamente seco, no podía ser atractiva para el hombre primitivo. Los dos ríos que la encuadran tienen manifestaciones imprevisibles, sobre todo el Tigris. Cuando las aguas del deshielo de las montañas descienden al valle, los ríos sólo pueden controlarse con los mayores esfuerzos, ya que el desnivel que existe entre su entrada en el territorio aluvial y su desembocadura —350 km— es de 34 m. Una y otra vez Tigris y Éufrates han cambiado de curso. Y no es de extrañar que en este país se situara el mito del Diluvio Universal. La región estaba entonces cubierta por pantanos y cañaverales más extensos que los actuales, y los colonos primitivos, incluso en Babilonia del Norte, tenían que crear espacio para sus viviendas cortando las cañas, como aún hoy hacen los árabes Maʻdān en zonas inundadas. Sin embargo, la razón principal era que Babilonia no permitía la irrigación natural,

base de la vida sedentaria de las zonas vecinas, ya que se hallaba fuera de la zona en que puede contarse con una media anual de lluvia de 200 mm. Es más, entre la zona de cultivo de lluvia y Babilonia se extiende una franja de unos 200 km de ancho de pluviosidad tan insegura que sólo permitía la existencia de pastores trashumantes. Los primeros agricultores que se establecieron en Babilonia tuvieron que dar el paso importante, aunque difícil, del cultivo de lluvia al cultivo de regadío. Aun cuando al principio sólo se construyeran sistemas de irrigación de extensión limitada, éstos exigían un esfuerzo colectivo, cosa desconocida para el campesino de las zonas vecinas. Pero hasta la transformación de Babilonia en el *ager totius orientis fertilissimus*[11] el sistema de regadío tuvo que ampliarse, perfeccionarse y sostenerse en un constante y duro esfuerzo.

La intensidad del trabajo dedicado a las instalaciones de riego dependía, naturalmente, del número de colonos y de su organización. Por desgracia no podemos calcular ni siquiera aproximadamente la densidad de colonización del país en época primitiva. Sabemos que entonces todas las partes de Babilonia estaban habitadas, pero no podemos establecer la extensión de los diversos poblados ni su número y densidad. Esto se debe a que los restos de los estratos más antiguos se hallan a gran profundidad bajo ruinas habitadas hasta época histórica, por lo cual son difícilmente accesibles, y esto únicamente en una superficie muy limitada; los asentamientos habitados durante un período breve han quedado tan bajos que se encuentran enterrados bajo una capa aluvial de unos dos metros de espesor, acumulada entre la época primitiva y hoy.

La época prehistórica de Babilonia se divide en tres fases principales, caracterizadas fundamentalmente por su cerámica: 1) la de Eridu, considerada hasta ahora como la fase más antigua de la vida sedentaria babilónica, está atestiguada por una larga serie de estratos descubiertos en Eridu, en el extremo sur

del país. También se presenta en Ur, Tell el-ʻObēd junto a Ur, en la qalʻa[12] de Ḥajji Moḥammed al oeste de Uruk, en el sur de Babilonia, así como en Nippur en Babilonia central y en Rās el-ʻAmyā[13] en Babilonia del Norte. La cerámica está trabajada en torno lento y es en general monocolor, aunque a veces muestra dibujos geométricos realizados a manera de acuarela sobre fondo blanco. Las representaciones naturalistas aparecen raras veces. Los colores varían según el grado de cocción; abundan los tonos violeta y verde. La forma básica es un plato con borde ancho y profusa decoración interior. Generalmente faltan pico y asas.

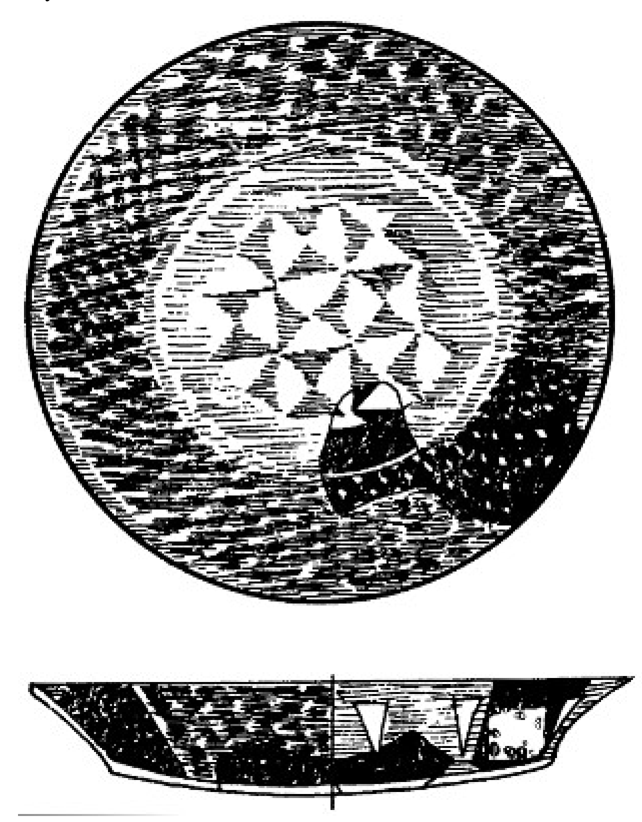


Fig. 4. Recipiente de cerámica de la fase de Eridu.

2) La fase de el-ʻObēd: La segunda fase de la evolución prehistórica babilónica aparece también en Eridu, paralela-

mente a la cerámica de Eridu, durante largo tiempo, y en Ur y Uruk en numerosos estratos. Su área de extensión alcanzaba desde el sur hasta el curso inferior del Diyāla, al noreste de Bagdad[14]. La cerámica con decoración en color marrón oscuro sobre fondo verdoso es característica de esta fase. Los dibujos suelen ser, como en la cerámica de Eridu, geométricos; se dan casos de representaciones naturalistas, sobre todo en Girsu y en Tell ʿUqēr, en el norte de Babilonia. En el curso del tiempo se puede observar un empobrecimiento de los dibujos y un descuido progresivo en la factura que denotan una verdadera decadencia de la cerámica policromada. Las formas de los recipientes son, sin embargo, más variadas que en la fase anterior; a menudo aparecen picos, pero las asas siguen siendo poco corrientes. Aunque se puede establecer cierta continuidad entre la cerámica de Eridu y la de el-ʿObēd, la nueva fase debió corresponder a impulsos específicos. Su origen, sin embargo, no ha sido establecido todavía.



Fig. 5. Cerámica de la fase de el-ʿObēd.

3) Fase de Uruk: En esta fase de la evolución, observada sobre todo en Uruk, pero extendida por toda Babilonia y aún más lejos, como veremos más adelante, pierde su predominio la cerámica policromada. En su lugar aparece un tipo de cerámica sin policromar y otro tipo cubierto de pintura roja o gris. El ti-

po gris suele ir adornado con incisiones lineares (decoración «en peine»). Son característicos los recipientes con asas torneadas y las jarras con pico doblado hacia abajo. En general, la cerámica se trabajaba ya en el torno rápido. También la cerámica de la fase de Uruk coexiste durante algún tiempo con la cerámica de el-ʿObēd, hasta la desaparición de la cerámica policromada.

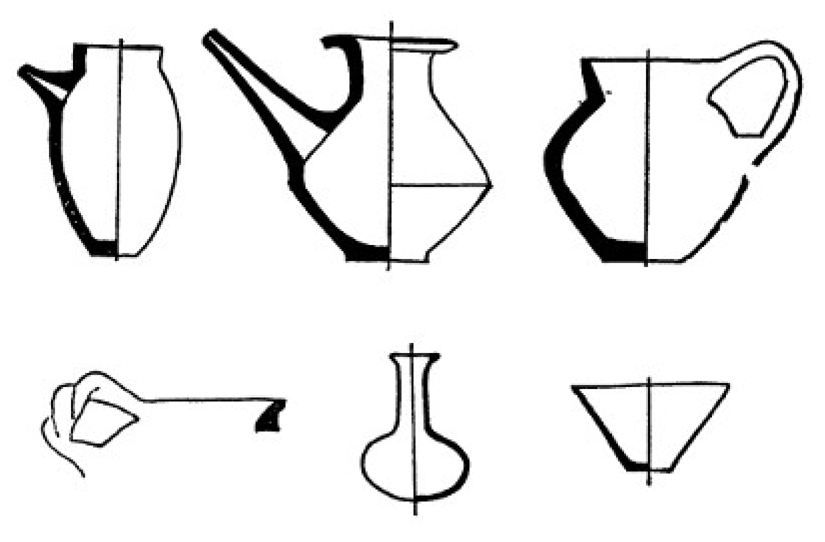


Fig. 6. Cerámica de la fase de Uruk.

Las tres fases prehistóricas de Babilonia ocuparon un largo período de tiempo. En Uruk, donde las excavaciones más profundas han alcanzado sólo los estratos más recientes de la fase de el-ʿObēd, se han acumulado, hasta fines de la prehistoria, diversos estratos hasta alcanzar un grosor de 16 m. En Eridu se observa un espesor parecido. Sin embargo, conviene tener en cuenta que en aquella época los poblados se erigían lo más alto posible, para evitar los efectos de las inundaciones. Disponemos de una fecha por C_{14} para la capa más profunda de Uruk: 4114 ± 160 a. C. Por tanto, podemos situar las tres fases prehistóricas de Babilonia, apoyándonos también en los datos que tenemos sobre la cerámica de Tell Ḥalaf, hacia 5000-3100 a. C.

Los poblados prehistóricos de Babilonia nos muestran comunidades rurales que vivían de la agricultura, la horticultura, la ganadería, la pesca y la caza. Los animales domésticos conocidos eran la oveja, la cabra, la vaca, el perro y seguramente también el asno. Se cultivaban las mismas clases de cereales y de plantas que en las zonas de cultivo de lluvia, con la diferencia de que el olivo no se daba en Babilonia y sí, en cambio, la palmera. La tradición babilónica sitúa el lugar de origen de ésta en Tilmun, es decir, la isla de Baḥrain, en el Golfo Pérsico, y la tierra firme inmediata a ella. La tradición pudo basarse en hechos antiguos, como sucede con el recuerdo del origen del trigo babilónico en los países montañosos vecinos, que se conservó de manera asombrosa: en un mito sumerio, cuya copia data del siglo XVIII a. C., se relata que el dios del cielo, Anu, bajó trigo, cebada y cáñamo del cielo a la tierra. Enlil, el dios del reino sumerio, amontonó todo en las montañas y «cerró las montañas como con una puerta». Entonces los dioses Ninazu y Ninmada decidieron «dar a conocer el trigo a Sumer, el país que no conoce el trigo»[15].

La aventura de trasplantar las plantas, de las regiones montañosas y próximas a las montañas del creciente fértil al clima diferente de la llanura aluvial y a un terreno regado artificialmente, se vio coronada por el éxito. La cebada cultivada en la zona del creciente fértil, perteneciente a una variedad de dos filas de granos por espiga, produjo en las condiciones completamente diferentes de la llanura una mutación con seis filas de granos que más tarde se extendió por todo el mundo antiguo. Asimismo aumentó en la zona de regadío el tamaño de los granos del lino, con el consiguiente incremento de la producción de aceite y fibras de lino[16].

Las viviendas construidas con adobes sin cocer o barro prensado fueron adquiriendo ya en la fase de el-ʿObēd, tras unos comienzos primitivos, una cierta regularidad. A menudo

servían de vivienda cabañas cubiertas de juncos, como las que se utilizan aún hoy en el Iraq, sobre todo en las zonas pantanosas. La evolución de los edificios del culto fue más rápida; comenzó en Eridu, con pequeñas construcciones de una estancia, y desarrolló en la fase de el-ʻObēd un tipo de construcción que se mantuvo hasta finales de la época prehistórica. Sobre una terraza artificial se yergue un edificio rectangular (24 x 12,5 m) con dos alas laterales que flanquean un espacio central donde se hallan el altar y el pedestal. Podemos considerar este tipo de construcción como precursor del «zigurat», o templo-torre, que es la forma de construcción religiosa más característica de Babilonia. La gigantesca torre escalonada de Nabucodonosor en Babilonia (605-562) es uno de sus ejemplos más tardíos. El templo de Eridu está construido en el mismo lugar donde se levanta el «zigurat» de Enki, el dios sumerio de la sabiduría, que data de la época de la II dinastía de Ur (hacia 2050 a. C.), lo cual da testimonio de una tradición de culto ininterrumpida.

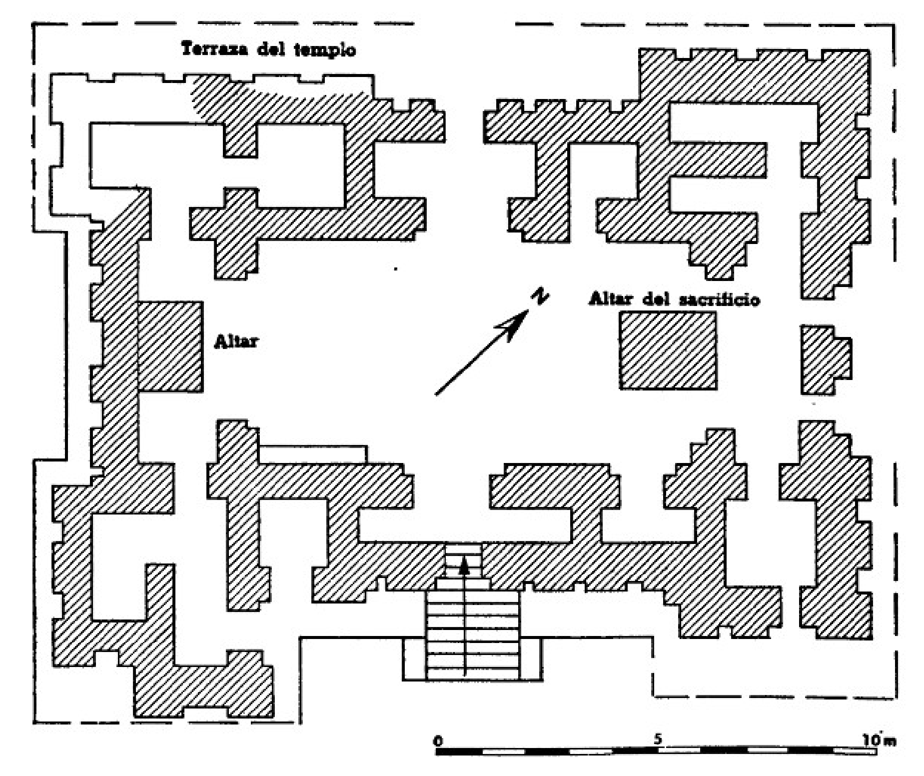


Fig. 7. Templo del estrato VII de Eridu.

El inventario de los poblados prehistóricos babilónicos contiene todos los utensilios correspondientes al nivel de la época. Además de la cerámica, que fue pasando a ser objeto de uso en medida creciente, hallamos piedras de sílex y obsidiana tallados, hoces de barro y clavos de barro curvado cuyo uso práctico aún no se ha descubierto. Muchos de los objetos fabricados con materiales perecederos, como madera, cuero y fibras, no han dejado restos. Es importante subrayar que en aquella época no se dependía exclusivamente de las materias primas indígenas. El sílex se traía de la meseta arábiga; la obsidiana, de Mesopotamia; el asfalto necesario para la fabricación de herramientas y, sobre todo, para la construcción de barcos, provenía de Hīt[17], en el curso medio del Éufrates, o de los actuales campos petrolíferos de Kirkūk o Mōṣul. El metal no aparece en las ruinas babilónicas de la fase de el-ʻObēd, pero debió utilizarse

en Babilonia desde época muy temprana, ya que era conocido en la fase de Tell Ḥalaf. Un modelo de barro de un barco de vela hallado en una tumba de fines de la fase de el-ʻObēd[18] hace suponer que en aquella época existían comunicaciones con los territorios periféricos del Golfo Pérsico. Babilonia participaba seguramente en un importante intercambio de productos. Es difícil averiguar qué clase de productos producía Babilonia para este intercambio, pues eran, si no exclusivamente, al menos en su mayor parte, de materiales perecederos. Entre los productos agrícolas predominarían los cereales, especialmente la cebada de seis filas de granos y los dátiles. Quizá se intercambiaran ya en aquel tiempo tejidos, como más tarde en época histórica. Para Babilonia también es válido el principio según el cual una economía puramente agraria no puede absorber totalmente los aumentos de población sin exportación y comercio exterior.

Las creencias religiosas de los primitivos habitantes de Babilonia están atestiguadas en los importantes templos dedicados al dios principal en Eridu. Los sacrificios de pescados y la situación de los templos bajo el posterior «zigurat» del dios Enki demuestran una tradición constante hasta la época histórica; Enki se representa en época posterior con surtidores de agua en los que nadan peces saliendo de sus hombros. Son también muy interesantes las figuras de barro que aparecen en todos los poblados de la época de el-ʻObēd. Una figurita de barro que representa a una mujer en posición de dar a luz pertenece aún a la fase de Eridu y tiene cierta relación con las figuras femeninas de la época de Tell Ḥalaf[19]. Las figuras de barro de el-ʻObēd representan en general hombres y mujeres de pie. Las cabezas se alargan hacia atrás en forma de pico. La colocación oblicua de los ojos da a las estatuillas una expresión de reptil. Las figuras masculinas tienen a menudo los brazos formados como alas. Entre los animales representados predominan, como en la fase

de Tell Ḥalaf, el toro y la vaca, pero también existen figuras de animales salvajes. A veces se colocaban terracotas en las tumbas.

La presencia de accesorios funerarios en las tumbas, generalmente cerámica, atestigua la creencia en una vida ultraterrena, aunque naturalmente no nos comunican nada específico sobre esta creencia. Algo más concreto nos dicen los hallazgos de perros de caza en las tumbas, colocados sobre el pecho del dueño y provistos de un plato con carne[20]. El modelo de barro de un velero, citado más arriba, indica que se creía poder conservar por medio de fórmulas mágicas la profesión ejercida en la tierra también en el más allá. Esta creencia puede relacionarse con la costumbre, atestiguada esporádicamente durante la época protodinástica, de enterrar a los personajes importantes con sus criados. Pero difiere de ésta decisivamente, ya que, en la época de el-ʿObēd, el difunto no tenía que continuar en el más allá al servicio de una persona superior.

Disponemos de pocos datos sobre la antropología de la época prehistórica de Babilonia. Los esqueletos de una necrópolis de el-ʿObēd tardío hallados en Eridu, enterrados en cistas de adobes y tumbados, tienen unas dimensiones asombrosas, mientras que los esqueletos de la primera época dinástica corresponden a una población de estatura reducida[21]. Tanto estos esqueletos como los más antiguos de Tell Ḥassūna, junto a Mōṣul, y los de Tepe Gaura, de la primera época de Tell Ḥalaf, se atribuyen a la raza mediterránea[22], a la que, por tanto, se debería la creación de la antiquísima cultura de Babilonia y, en general, de la cultura rural del Oriente Próximo.

Poco podemos decir de la condición étnica de los habitantes prehistóricos del país. Únicamente apoyándonos en los hechos de la época primitiva, en la que está atestiguado, con bastante seguridad, que los sumerios eran la fuerza motriz de la época, podemos deducir que éstos entrarían algún tiempo antes en el

país, es decir, lo más tarde en la fase de Uruk, sin que por eso se pueda relacionar con su llegada la desaparición de la cerámica policromada. Es posible que los sumerios formaran ya parte de los primeros pobladores.

Analizando la cultura de los habitantes prehistóricos de Babilonia descubrimos relaciones claras con el este y el sureste, o sea con Susiana, donde se han hallado, en Tell Jōwi y Jaʿfarābād, piezas de cerámica idéntica a la cerámica de Eridu, pero también con la meseta iraní, especialmente con Fārs. Por otro lado hay relaciones evidentes con la cultura de Tell Ḥalaf en Mesopotamia[23]. Da la impresión de que el territorio aluvial de Babilonia fue poblado por agricultores del norte y del este. Probablemente, el rápido aumento de población en las zonas de agricultura artificialmente irrigada obligó a una parte de ésta a roturar nuevos territorios.

Durante el tiempo en que Babilonia realizaba las tres fases de su evolución prehistórica tuvieron lugar, en las regiones vecinas del norte y del noroeste, transformaciones que corresponden de modo sorprendente a los acontecimientos observados en Babilonia. Después del apogeo de la cerámica de Tell Ḥalaf se registra en toda la zona de su influencia una clara decadencia de la policromía; un poco más tarde se hace patente en todas partes la ruptura que provoca en el sur la aparición de la cerámica sin pintar de Uruk. La evolución paralela es tan evidente que podemos hablar de una fase de el-ʿObēd y de una fase de Uruk en las zonas vecinas de Babilonia, aunque no se alcanzaba una identidad cultural total en todo este amplio territorio[24]. A pesar de la claridad con que se refleja esta amplia evolución en los materiales hallados, es difícil interpretar los acontecimientos. De momento se puede establecer con seguridad que ya entonces existieron relaciones entre las diferentes zonas del Próximo Oriente, fomentadas por un intercambio intenso de productos. ¿Basta este hecho para explicar por com-

pleto la estrecha evolución paralela? Nuestros conocimientos de la época primitiva y de los períodos posteriores, en los que aparecen unidades étnicas colonizando zonas limitadas, nos recuerdan que tenemos que contar con repetidas y gigantescas migraciones de pueblos. Éstas no podían provenir de las zonas en las que aún no se había dado paso a la cultura rural, ya que la densidad de población se mantendría allí en el bajo nivel de la época de los cazadores, o de los nómadas pastores. Por el contrario, la zona central de la cultura rural, el creciente fértil, con su rápido aumento de población, estaba obligada a la expansión. La colonización de Babilonia es el ejemplo más claro de ello. También en Anatolia y en el Irán fueron colonizados por agricultores amplios territorios. Incluso zonas tan poco favorecidas climáticamente como la región norte del Negev, en Palestina, fueron colonizadas en aquel tiempo.

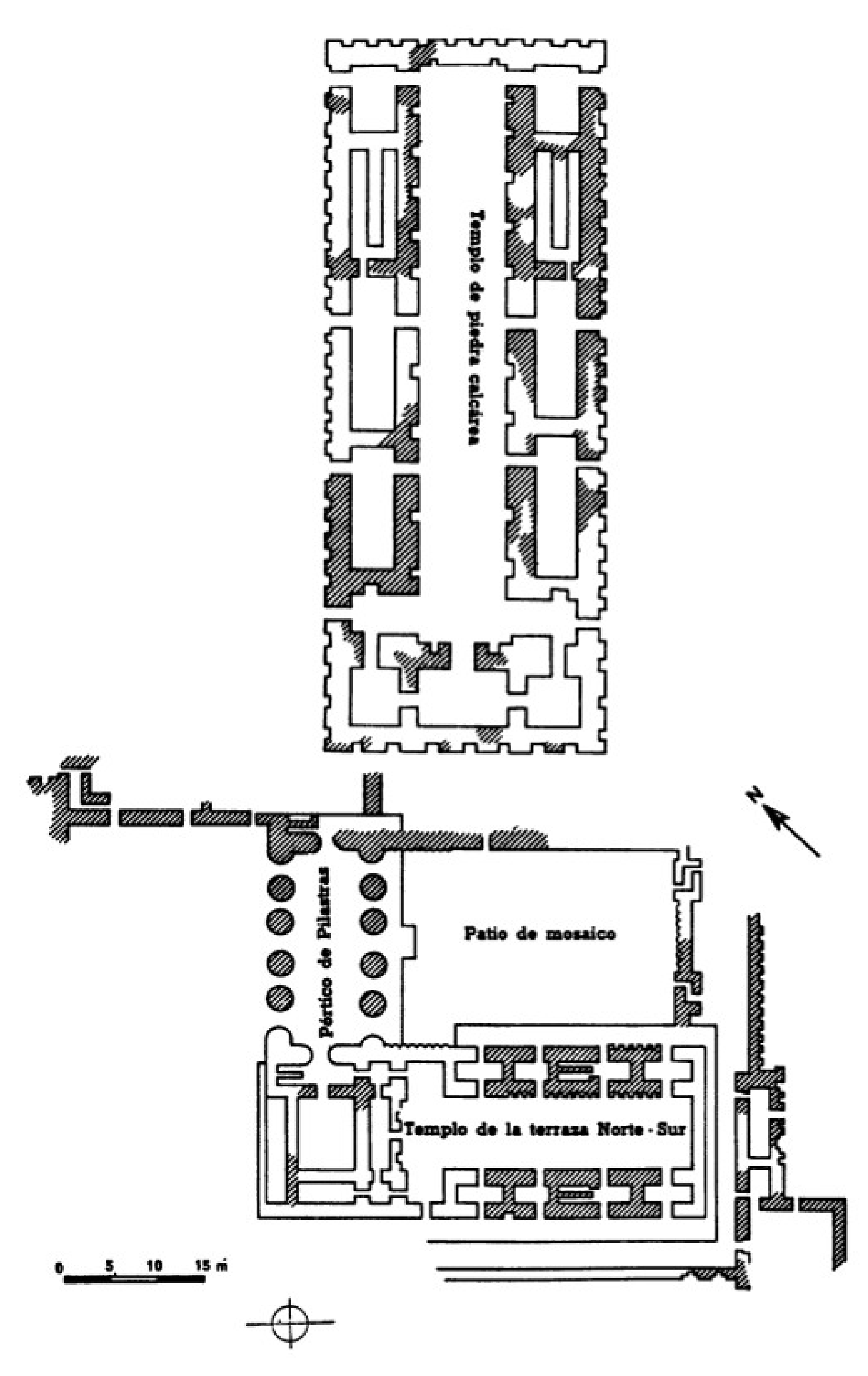


Fig. 8. Templo de Uruk (estratos V-IVb).

Actualmente se discute la cuestión de la influencia de las culturas rurales del Próximo Oriente, en especial si participaron decisivamente en el desarrollo de las culturas rurales neolíticas de Europa o si éstas, por el contrario, fueron creaciones autóctonas de la región situada en el curso medio e inferior del Danubio.

V. LOS COMIENZOS DE LA HISTORIA EN BABILONIA

En el curso de la larga prehistoria de Babilonia se inicia una evolución, cuyo origen y cuyas fuerzas impulsoras aún no puede establecer la arqueología, pero cuyo resultado se presenta ante nosotros como un hecho completamente nuevo: la cultura urbana de los sumerios. Sus características son la arquitectura monumental religiosa, el gran desarrollo de la escultura y del relieve y, además, el inicio de la escritura. La nueva época surgió sin ruptura del último período prehistórico, de la fase de Uruk. En los nuevos poblados continuaban los antiguos pueblos, con la diferencia de que algunos se desarrollaban hasta formar verdaderas ciudades. Los templos siguen el esquema de la época de el-ʻObēd. La cerámica sigue, de momento, las líneas de la época de Uruk.

En Uruk, donde se ha podido analizar con mayor claridad, en todas sus peculiaridades, la fase antigua de la cultura, se ha hallado en el estrato IV de Eanna el recinto sagrado de la diosa Inanna, diosa de la estrella Venus, de la lucha y del amor, donde había grandes depósitos de barritas de barro utilizadas para la decoración de muros, como sólo se encuentran en construcciones religiosas de importancia. La muralla que rodea el gran santuario se remonta al menos a este estrato. Aparecen también allí unos sellos cilíndricos de un tipo muy extendido en el estrato IVb. El templo más antiguo conservado pertenece al estrato V-IVb. Está construido sobre una base de piedra calcárea

que debía asegurarle una larga duración, y mide 75 x 29 m, es decir, es siete veces más grande que el último templo de la fase de el-ʿObēd que se halla en Eridu. Las piedras para la construcción provenían de la ladera de la meseta arábiga, a unos 60 km del emplazamiento del templo. El plano sigue el esquema del templo de Eridu, con espacio central y dos alas laterales. La forma en T de la nave central y la cabecera transversal con tres estancias, de las cuales la central está dedicada al culto, constituyen una novedad. A esta construcción monumental, cuya disposición simétrica atestigua gran maestría arquitectónica, pertenece otro templo más pequeño, situado perpendicularmente al «templo de piedra calcárea», sobre una terraza baja. Entre ambos templos se halla un patio, cuyas paredes estaban decoradas parcialmente con un mosaico tricolor de barritas de barro. Desde el patio se tenía acceso a una sala de pilares y a la terraza. En el siguiente estrato —IVa— encontramos otra vez dos templos juntos, uno de los cuales, muy reconstruido, mide 83 x 253 m. El segundo está conservado por completo y mide 55 x 22 m. Unidos a un edificio de entrada forman un conjunto arquitectónico de amplias dimensiones, Otro templo de la capa IV ha sido descubierto a unos 300 m al noroeste del «templo de piedra calcárea». Sus muros están construidos, sobre una base de piedra calcárea, en yeso puro, siguiendo una técnica de vaciado muy poco habitual en esta región. Los muros exteriores, la nave central y la muralla del patio están decorados con mosaicos de piedra y de barritas de barro. Es fácil hacerse una idea del trabajo que requería una construcción de esta envergadura.

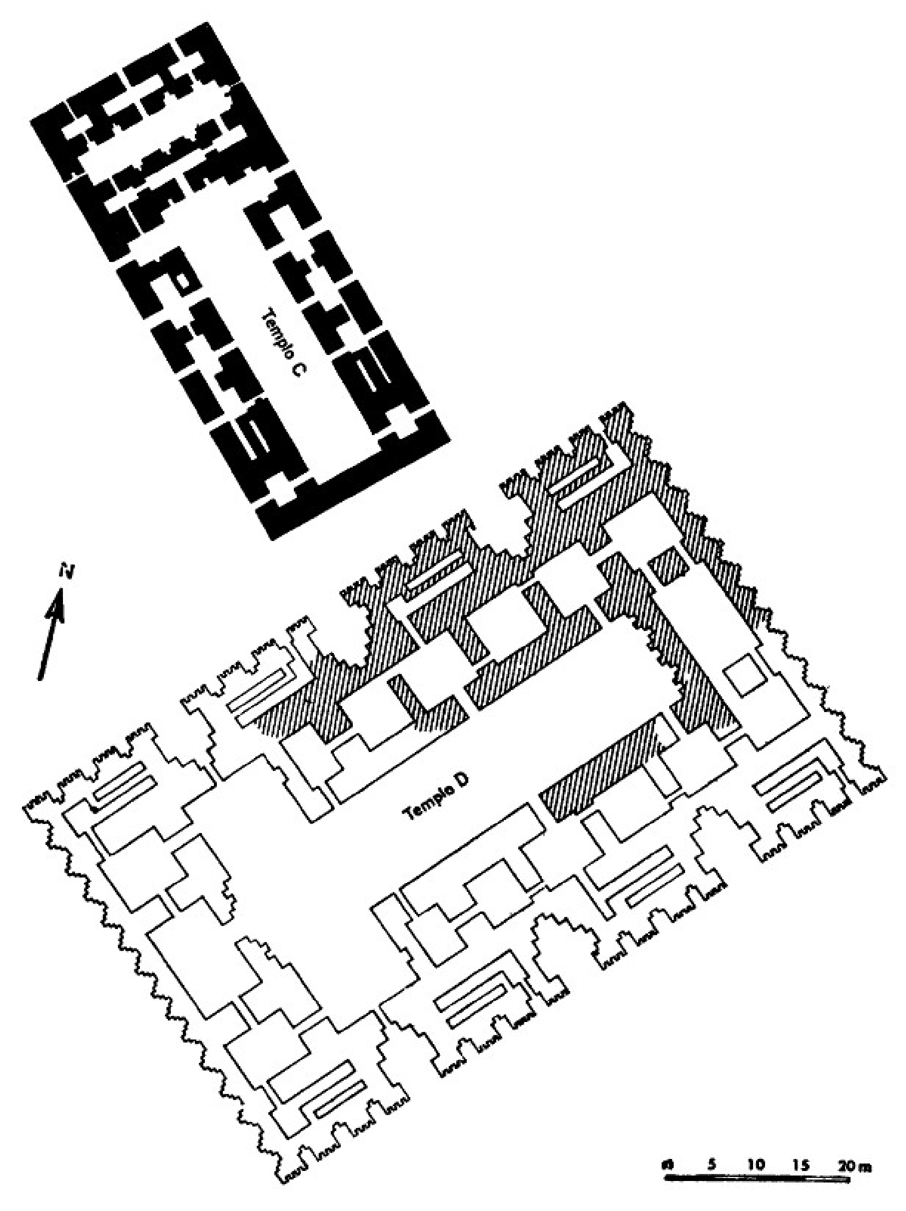


Fig. 9. Templo del estrato IVa de Uruk.

En el estrato III se han hallado, en el área de los templos del estrato V-IV, debajo del centro del santuario posterior de Eanna (donde Urnammu y Shulgi levantaron un «zigurat» hacia 2100 a. C.) restos precursores de un «zigurat» que no tardó en adquirir dimensiones muy amplias. Complejos arquitectónicos

religiosos análogos a las terrazas y templos de Eridu se han descubierto en Uruk en la misma zona donde fue venerado en época posterior el dios sumerio Anu, dios máximo del panteón babilónico. Una construcción idéntica a ésta fue descubierta en Tell ʿUqēr, en el norte de Babilonia. Sobre los muros de este templo se conservaban restos de pintura que representan animales y una procesión religiosa[25].

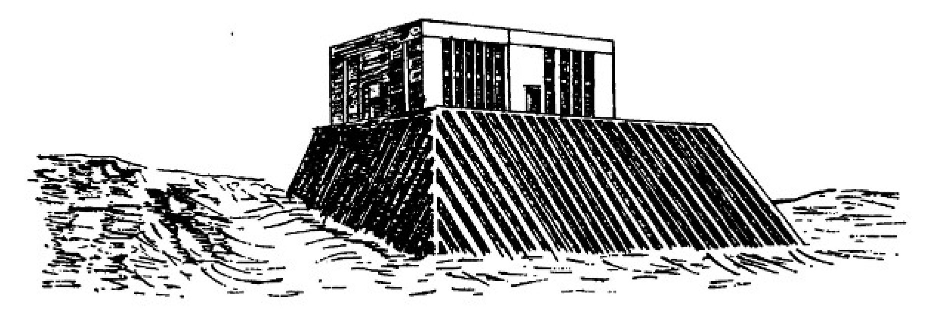


Fig. 10. Reconstrucción del zigurat de Anu de Uruk.

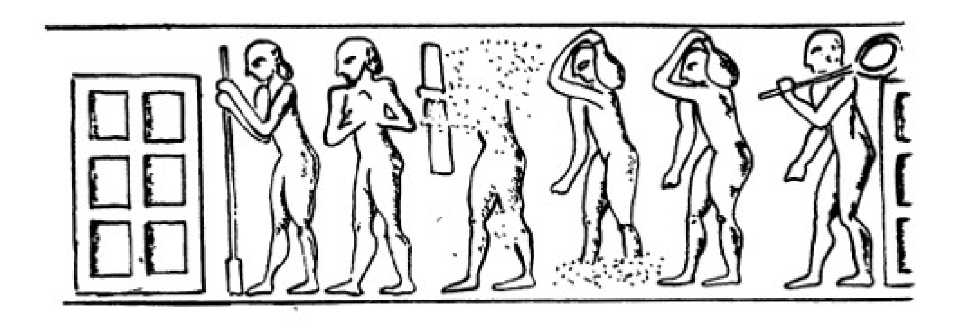
De la misma época que los templos descritos datan importantes testimonios del arte de los sellos. Mientras que en la prehistoria de Babilonia y de las zonas vecinas se utilizó exclusivamente el sello de estampa, en Uruk comenzó a utilizarse, en el estrato IV lo más tarde, el sello cilíndrico, que predominó en Babilonia y más allá de sus fronteras hasta época tardía. En comparación con el formato limitado del sello de estampa, el sello cilíndrico ofrecía al artista una mayor superficie sobre la que representar temas extensos. El sello cilíndrico se utilizaba preferentemente para sellar vasijas con contenido valioso, cerradas con una tapa de barro. Posteriormente también servían para sellar tablillas de barro escritas.

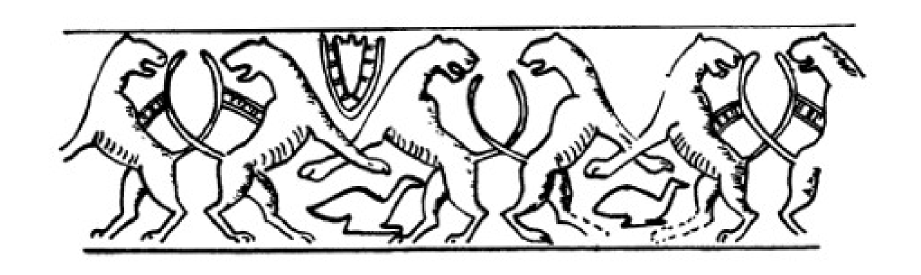
Los sellos cilíndricos de la época primitiva babilónica se dividen en cuatro grupos diferentes. Nos dedicaremos a ellos con algún detalle, ya que las diferencias de contenido y de estilo que muestran permiten sacar conclusiones históricas importantes: el primer grupo está formado por sellos cilíndricos grandes, sobre los que el artista creaba figuras plásticas. Junto a escenas re-

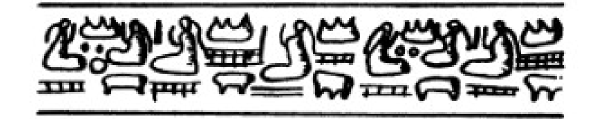
ferentes al culto, delante de templos y de altares, y representaciones de naves con carácter sagrado, aparecen escenas de luchas, entre las que se encuentra un combate de carros; y escenas de caza y lucha con animales salvajes para defender los rebaños. También hay representaciones de animales peleando. Las escenas de la vida cotidiana son poco corrientes. La figura principal es el soberano, que se reconoce por su estatura y su indumentaria, por el pelo recogido con una cinta, la barba y la falda de red que le llega hasta los tobillos. Se le representa en actividades religiosas o profanas. Los sellos de este tipo predominan en Uruk, pero son raros en el norte de Babilonia y no se hallan en la región del Diyāla. El grupo más corriente de Uruk, después del anterior, es el decorado con composiciones «heráldicas», en las que a menudo aparecen grupos antitéticos. Son características las representaciones de serpientes o seres mixtos, cuyos cuellos se entrelazan. Al tercer grupo, extendido sobre todo en la región del Diyāla, pero también en Babilonia del norte, y que aparece aisladamente en Uruk, pertenecen pequeños sellos cilíndricos, que se distinguen de los otros grupos por el material. Las decoraciones —animales esquemáticos, que se disuelven en rayas, peces, vajillas, figuras con trenzas, y formas que recuerdan arañas—, están realizadas en una técnica simple sin mucho refinamiento. El cuarto grupo, extendido asimismo por la región del Diyāla y norte de Babilonia, pero que no llegó a consolidarse hasta la época primitiva, lleva adornos abstractos, como el trébol de cuatro hojas y la cruz de Malta.

De los sellos del primer grupo derivan los relieves. En ellos volvemos a encontrar al soberano luchando con arco y flechas contra los leones, o encabezando una procesión que lleva ofrendas a una sacerdotisa de la diosa Inanna o a la diosa misma. Muy difundidas estaban las vasijas de piedra decoradas con relieves, en los que los artistas podían expresar su preferencia por el altorrelieve[26].

Los restos de obras de bulto redondo son escasos en esta época. Un fragmento de una estatuilla representa posiblemente al soberano, tal y como nos lo muestran los sellos y los relieves. La cabeza, muy mal conservada, de una figura femenina de grandes dimensiones puede ser la representación más antigua de una divinidad en figura humana, ya que conserva restos de un *polos* y de una doble tiara cornuda. La tiara cornuda es en el arte babilónico la insignia de la divinidad[27]. La obra, con mucho, más importante es una cabeza femenina de Uruk, que, a pesar del estado deteriorado en que ha llegado hasta nosotros, transmite una idea de la madurez y de la calidad del arte babilónico[28]. Los artistas de esta época han creado obras maestras en la escultura de animales, que debieron servir como amuletos[29].







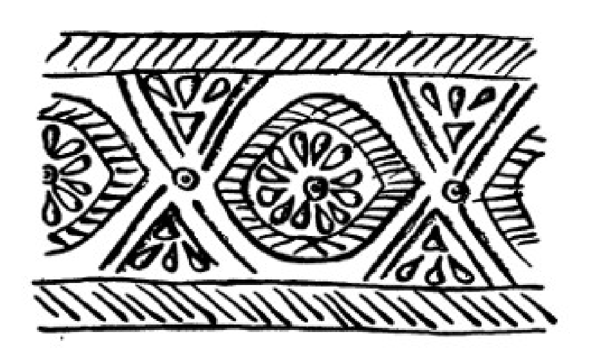


Fig. 11. Sellos cilíndricos de la época primitiva.

La creación más importante de la época primitiva, la que separa esta época decisivamente de la prehistoria y ha tenido mayores consecuencias, es la escritura. Los primeros testimonios del estrato IVa, de Uruk, representan la fase primitiva de toda escritura en Babilonia. Cada signo escrito se graba con un fino buril de caña en el barro aún húmedo. Los signos son en parte claramente figurativos y corresponden a las decoraciones de relieves y sellos del primer grupo, citado más arriba; es de destacar que sólo a las de este grupo. La mayoría de los signos escritos representa lo significado en abreviaciones muy conscientes, que no podían pertenecer exclusivamente al mundo imaginario de un solo artista. Por ejemplo, el signo «mujer» se representaba por un triángulo. Los signos complicados, por ejemplo, los referidos a personas en actitudes determinadas, como los que aparecen a menudo en la escritura egipcia, se evitaban; los inventores de la escritura buscan, por el contrario, desde un principio, un medio de comunicación para el uso cotidiano. La escritura se transformó pronto en una escritura cursiva para el uso corriente, en la cual los signos habían perdido, hacia fines de la época primitiva, su carácter de imagen. El número de signos fue muy grande al principio, aproximadamente unos 2000. En el curso de la evolución hasta el desarrollo completo de la escritura, hacia fines de la época protodinástica, fueron descartados casi dos tercios, que naturalmente se sustituyeron con otras posibilidades nuevas.

La escritura babilónica es, por su sistema interior, una escritura de conceptos; es decir, a cada concepto corresponde un signo o grupo de signos. Una escritura basada en tal principio pronto tendrá que buscar medios para ampliar sus posibilidades de expresión y claridad. Estos consisten, principalmente, en el empleo de signos iguales para palabras de sonido igual, pero significado diferente, y, por consiguiente, en el desarrollo de

signos silábicos. El nombre de persona «*en-líl-ti*» que figura en una tablilla de Jemdet Naṣr, en Babilonia del norte, perteneciente a la misma época que los documentos del estrato IIIb de Uruk, constituye un buen ejemplo de esta evolución. Este nombre puede interpretarse sobre la base de analogías posteriores como «El dios Enlil (dios principal de Nippur) conserve en vida». El signo para «vida, conservar en vida» es una flecha. En principio este signo correspondía al concepto sumerio «*ti*» = flecha, pero se trasladó al homónimo «*ti(l)*» = vida, difícil de representar pictográficamente. Del mismo modo, la escritura egipcia derivó de la imagen del escarabajo (*khpr*), el signo *khpr*, «devenir», aunque en el sistema egipcio se representa únicamente la escritura consonántica, quedando sin precisar la vocálica. El punto de partida para la formación de signos silábicos está en la acentuación del elemento sonoro ligado a un signo, elemento que se convierte en portador de un significado. La pervivencia de signos conceptuales junto a signos silábicos es rasgo característico de la escritura babilónica —la llamada cuneiforme— hasta su desaparición en el siglo primero después de Cristo, y se conservó también cuando otros pueblos, como el acadio, el hurrita y el hitita, adoptaron la escritura babilónica para representar sus propias lenguas.

Los testimonios escritos más antiguos son documentos administrativos, relacionados con la economía de los grandes templos. No aparecen crónicas históricas y obras literarias escritas hasta época posterior, en la época protodinástica. Sin embargo, ya en la fase más antigua de la escritura se enseñaba el arte de escribir en el templo y en las escuelas con ayuda de listas de palabras. Estas listas, halladas ya en Jemdet Naṣr en Babilonia del norte, se transmitieron con texto idéntico durante mucho tiempo, hasta la época de la dinastía de Akkad (desde 2340 a. C.). Eran los libros de texto sobre los que se basaba el

aprendizaje de la escritura en toda Babilonia, y más tarde en Elam y Asiria.

¿Qué lengua anima los monumentos literarios de la época primitiva y quiénes eran los inventores de la escritura, creadores a la vez de toda la cultura de la etapa primitiva de Babilonia? Como los signos conceptuales no reflejan nada de la forma sonora de las palabras designadas, sólo tienen valor informativo para nosotros los casos en que se utilizan signos conceptuales para términos homónimos, o aquéllos en que aparecen signos silábicos. En el caso de la fase Uruk IIIb está atestiguado, por el referido nombre de *en-líl-ti*, «¡Enlil conserve en vida!», que se trataba de la lengua sumeria, pues sólo en ésta son homónimos «*ti*», «flecha» y «*til*», «vivir». En la fase Uruk IVa aún no se ha hallado ningún caso seguro de empleo de un signo conceptual para una palabra homónima de significado distinto, ni tampoco de escritura silábica. Pero, en vista de que los demás datos no atestiguan, entre los estratos IVa y IIIb de Uruk, ningún cambio de población, podemos considerar a los sumerios como inventores de la escritura y creadores de la cultura primitiva de Babilonia.

Probablemente nunca se podrá precisar de dónde provenían los sumerios que se instalaron en la región aluvial del Iraq. Su entrada en el país se produjo en época prehistórica, y el material arqueológico prehistórico raras veces responde a cuestiones que por su naturaleza son históricas. El sumerio pertenece a las lenguas aglutinantes, que combinan según leyes fijas palabras invariables. En este tipo se incluyen el elamita, el protokhatti y el hurrita-urarteo, ninguno de los cuales se relaciona con el sumerio. Tampoco se han podido establecer relaciones con las demás lenguas aglutinantes —las del grupo finougrio, el mongol, las lenguas turcas, el vasco y algunas lenguas caucásicas como el georgiano—. Las lenguas aglutinantes pueden dividirse según antepongan o pospongan los elementos gramatica-

les formativos o utilicen ambas posibilidades, pero el tipo sumerio, que emplea la anteposición y la posposición, corresponde al georgiano, a algunas lenguas del mismo tronco y al vasco, es decir, está demasiado extendido para que podamos deducir de esta característica conclusiones seguras. El sumerio se presenta, pues, completamente aislado.

Afirmar que los sumerios fueron en la época primitiva, y tanto en el terreno político como en el cultural, la clase dirigente de Babilonia, no quiere decir que fueran el único grupo étnico allí establecido. Tenemos que contar con la presencia de pobladores de lengua semita, a los que podemos atribuir algunos préstamos muy antiguos al sumerio. Desgraciadamente, es muy difícil discernir otras capas lingüísticas en el sumerio; tampoco el hecho de que numerosos topónimos babilónicos no puedan interpretarse a partir del material lingüístico sumerio ni, en general, parezcan sumerios, permite sacar conclusiones seguras por el momento.

Por el contrario, está claro que el sumerio no se extendió fuera de las fronteras de Babilonia. La vecina Elam no adoptó la escritura sumeria, pero al conocerla desarrolló, hacia fines de la época primitiva babilónica, la llamada «escritura protoelamita». La ausencia de escritura en el ámbito asirio hasta la época de la dinastía de Akkad (desde 2340 a. C.) demuestra que esta región se diferenciaba étnica, económica y políticamente del mediodía sumerio. Las diferencias que revelan la glíptica primitiva y la difusión de los grupos de sellos indican que el territorio del Diyāla no participaba más que parcialmente de la cultura sumeria. Las zonas que lindaban con Babilonia al norte y al este estaban habitadas —como aún en época histórica lo estaban en parte— por pueblos que ocupaban territorios relativamente reducidos. Algo parecido debió suceder en época prehistórica, aunque entonces parece que existían grandes provincias culturales.

La historia de los sumerios como pueblo estaba, según parece, determinada por la falta de inmigrantes del propio pueblo o de grupos étnicos emparentados, que ampliaran o completaran su número. En este punto se hallaban en desventaja frente a los habitantes de lengua semita de las estepas occidentales, que recibían constantemente refuerzos. Los sumerios acabaron por disolverse en cuanto pueblo en una nueva comunidad, en la que predominaba el grupo semita, y su lengua dejó de hablarse. Esto sucedió hacia 1900 a. C. La labor de este grupo numéricamente reducido, que determinó de manera decisiva la cultura babilónica hasta época tardía, e influyó en todo el Oriente Próximo, es por esta razón aún más meritoria.

La época de la cultura primitiva fue una época de apogeo en Babilonia. Los centros culturales eran ciudades, que se habían formado en parte por fusión de varios poblados. No sabemos cuántas ciudades existieron entonces pero, seguramente, todas las que alcanzaron alguna importancia en época posterior habían salido ya en la época primitiva de la fase rural. Estos centros serían, de sur a norte: Eridu, Ur, Uruk, Badtibira, Lagash (hoy al-Ḥibā), Ninā (hoy Surgul), Girsu (hoy Tellō), Umma (hoy Jōkha), Nippur y, en el norte de Babilonia, Kish, Sippar, Akshak. El centro de gravedad se hallaba en el sur, donde Uruk ocupaba el primer puesto. Hay que notar que las ciudades entonces eran abiertas, a pesar de que se conocen asentamientos amurallados en el neolítico temprano. Podemos deducir de ello que la situación política de Babilonia era relativamente estable durante la época primitiva.

El cultivo de los cereales según un sistema de regadío ya desarrollado y la cría de ganado bovino y menor constituían la base de la subsistencia, como nos muestran las imágenes de una vasija de culto hallada en Uruk: encima de una línea ondulada, que representa el agua, crecen cereales, más abajo caminan ovejas en fila[30]. Los temas de los sellos y de las vasijas de piedra

adornadas con relieves dan también testimonio de la importancia capital de la vida campesina. El trabajo del campo se realizaba con diversos instrumentos: carros, angarillas y, sobre todo, el arado. Las representaciones gráficas, y más aún la escritura, que, por ejemplo, derivó 31 signos, para denominar diversas clases de ganado menor, del signo «oveja», atestiguan los resultados positivos de la ganadería. El cerdo aún no era un animal tabú, como lo sería más tarde.

En las ciudades gran número de artesanos se encargaban de producir los bienes necesarios. Parece que eran muy numerosos los canteros, que fabricaban los bloques para las grandes construcciones religiosas, las barritas de piedra para las paredes de mosaico y las vasijas de piedra. También los artesanos del metal disponían de grandes conocimientos técnicos y figuras de animales. En la constante renovación de los grandes santuarios trabajaban muchos artesanos, fabricando ladrillos y barritas de barro para los mosaicos. Los artesanos disponían, como muestran nuestros hallazgos, de grandes cantidades de materia prima importada. Estas materias se importaban de los mismos lugares de donde se traerían en época histórica posterior: el oro de Melukhkha y la región occidental del Indo, el lapislázuli de Badakhshān en Afganistán, las piedras para las vasijas de las montañas periféricas del este iraní, la plata de la «sierra de Plata» en el Tauro cilícico, el cobre de Magan y la zona costera del océano Índico, las maderas valiosas para la construcción, de las montañas occidentales, que seguramente no estaban tan erosionadas como en época histórica posterior. Todo esto refleja un denso intercambio comercial en la primitiva Babilonia. Parece que el comercio se dirigía con preferencia hacia el este y el sureste, aprovechando en parte los vientos monzones para los largos transportes por barco. El asentamiento de la época primitiva descubierto en Tell Brāk, a orillas del Jagjaga, afluente del Khābūr, atestigua un intento de controlar las rutas

comerciales de Mesopotamia central, pues en él aparece material cultural típicamente sumerio en un ambiente diferente del de origen.

Los centros de la vida económica durante la época primitiva fueron los templos, aunque seguramente pocos santuarios alcanzaron la importancia del templo de Eanna en Uruk, que ocupaba una superficie aproximada de nueve hectáreas. Las exigencias de los templos hicieron nacer la escritura, necesaria para dominar las extensas propiedades. Que las tablillas de barro más antiguas se hayan encontrado exclusivamente en el recinto de los templos y que los documentos registren generalmente transacciones económicas demuestra que la escritura estaba destinada a servir a la economía de los templos. Para zonas con otro tipo de economía la escritura no era inútil, pero sí innecesaria. Sobre los sellos y en los relieves vemos a menudo rebaños marcados con un signo simbólico como propiedad de los dioses, es decir, de sus templos. En el recinto de Eanna, en Uruk, se han descubierto tallares de alfareros, canteros y fundidores. El material encontrado, unido a la cantidad de los productos artesanales y su calidad, indica que en aquel tiempo se había alcanzado una cierta división del trabajo, que, como es característico de toda cultura urbana, liberaba a una parte importante de la población de la producción de alimentos. Ésta podía entonces dedicarse a producir los bienes necesarios para cubrir las propias necesidades, pero también para compensar las grandes importaciones del extranjero.

La economía de los templos estaba encabezada por el rey, el «hombre con falda de red» representado en las obras de arte. No podemos precisar el título que llevaba entonces. Probablemente se llamaba «*ēn*», que corresponde a nuestro «señor»; aunque nuestro término no expresa su rango de sumo sacerdote o de suma sacerdotisa. La tradición iconográfica del «hombre con falda de red» nos transmite precisamente esta asocia-

ción de actividades sacras y profanas, que nosotros desde nuestro punto de vista solemos separar. Una sola vez aparece en un documento del estrato IIIb el título de *lugal*, «rey», utilizado en época histórica y que significa literalmente «hombre grande». El «hombre de la falda de red» está representado en un sello cilíndrico como «buen pastor», título que llevaban a menudo los reyes de Babilonia en época posterior; a un lado y otro de la figura real dos ovejas con melena, levantadas sobre las patas traseras, muerden las hojas de dos ramas. La escena tiene seguramente un significado religioso, como demuestran los símbolos de la diosa Inanna —el llamado «haz de juncos»— que enmarcan el grupo simétrico.

Según lo que revelan los materiales de época primitiva, o sea, tanto los hallazgos arqueológicos como los documentos escritos, podemos remontar la forma de organización de la «ciudad-templo sumeria», que en nuestras fuentes escritas no se refleja claramente hasta fines de la primera época dinástica, a la época primitiva[31]. En este sistema, el representante terreno de la divinidad administra los bienes del templo. Se encarga de la construcción y reparación de los templos y organiza las ceremonias del culto. También corren a su cargo la planificación del sistema de regadío, que permite el cultivo de las tierras del templo, y la dirección de las múltiples actividades de los miembros del templo. Otra de sus obligaciones es la defensa del recinto sagrado. Se tratará con más detalle este tema en el capítulo dedicado a la época protodinástica.

Las fuentes, bastante poco explícitas, no nos informan acerca de las dimensiones de las unidades políticas que durante la época primitiva se formaron sobre la base de los diversos templos. El que la escritura aparezca ya en el estrato más antiguo —Uruk IVa— de Kish, en Babilonia del norte; el que en el estrato III fuera medio de comunicación habitual en todo el país y estuviera al servicio de los templos, y el que las listas de pala-

bras por las que se aprendía la escritura fueran unitarias en toda Babilonia, refleja una relación estrecha entre las diversas partes del país, pero no demuestra que un centro tuviera la hegemonía en Babilonia. En la tradición histórica posterior no se conservaban, según parece, noticias directas y fidedignas de la fase decisiva de la época primitiva. La lista de reyes sumeria registra cinco dinastías en el período de tiempo que abarca desde los principios «cuando la monarquía descendió del cielo» y el «diluvio universal». Éstas se reparten entre las ciudades Eridu, Badtibira, Larak, una ciudad aún no identificada de Babilonia central, Sippar en Babilonia del norte y Shuruppak, la actual Fāra, en Babilonia central. El último rey debió ser Ziusudra de Shuruppak, héroe del relato sumerio sobre el «diluvio universal». Pues la tradición sobre la «época anterior al diluvio» que se añadió a la lista de reyes sumeria nace del mito sumerio del diluvio, que cita las mismas cinco ciudades como los centros más importantes de la época primitiva. Hay que destacar que las excavaciones de Shuruppak no han revelado ninguna prueba de la existencia de un asentamiento primitivo comparable siquiera con Uruk, mientras que las extensas ruinas de Badtibira podrían ocultar una ciudad importante por esta época. Ni Uruk ni Lagash están incluidas en la lista, aunque ambas ciudades tendrían derecho a figurar en ella. Uruk no aparece hasta la segunda dinastía de la «época posterior del diluvio», detrás de una dinastía de Kish, cuyos reyes llevan generalmente nombres acadios, que demuestran las diferencias ya existentes entre el sur sumerio y el norte de Babilonia influido por Akkad. Ambas dinastías, que según consta existieron al mismo tiempo, pertenecen ya a la época protodinástica.

Quizá la tradición religiosa sumeria haya guardado un recuerdo más fiel de la época primitiva que el transmitido por la lista de reyes. Ya dijimos que la tradición cultural, desde la fase de el-ʻObēd hasta época histórica, se conservó ininterrumpida

en Eridu, y seguramente en otros lugares. Esto no quiere decir que allí se venerara siempre a las mismas divinidades bajo los mismos nombres, y aún menos que no cambiaran fundamentalmente las concepciones religiosas en el curso de tan larga evolución. Durante la época primitiva, las divinidades se representaban en la mayoría de los casos —tanto en los monumentos artísticos como en la escritura— por medio de símbolos. Los más conocidos son el «haz de juncos» de la diosa Inanna de Uruk y el «estribo» del dios de la luna de Ur, Nanna. Existían también representaciones antropomorfas de divinidades, como atestigua el fragmento ya citado de una cabeza con doble tiara cornuda, la insignia divina más corriente en la época tardía de Babilonia. El texto de un documento de Uruk, estrato IIIb, reúne en un campo los signos «fiesta», «estrella», «Inanna», «día», «ponerse», que significan: «Fiesta en el día en que se pone la estrella de la diosa Inanna». Es evidente que Inanna es la divinidad astral, la diosa de la estrella Venus de época histórica. Esto, sin embargo, quiere decir que la evolución decisiva de la concepción antigua, probablemente totemista, a la concepción antropomorfa de la divinidad tuvo lugar ya en la época primitiva babilónica, aun cuando se conservaran los antiguos símbolos en la iconografía de las divinidades transformadas. La posterior tradición sumeria conoce algunas divinidades, que califica de «antiguas», que pueden representar viejas formas culturales. «Antiguos» eran Gatumdu, «madre de Lagash»; Nisaba de Eresh, Nunbarshegunu de Nippur, Belili, la hermana de Dumuzi, y Bilulu. Se trata en todos estos casos de diosas y sus nombres son sumerios. Nisaba es una palabra que se usa para el trigo; Nunbarshegunu contiene el nombre sumerio de la «cebada manchada» (*Hordeum rectum nigrum*). De momento no sabemos si el culto a estas diosas se remonta hasta la época primitiva. Sin embargo, hay que notar que en algunos poblados antiguos una diosa encabezaba el panteón local. Se les atribuían maridos

que tenían un rango muy inferior. En Lagash tenemos a Gatumdu-Baba con Ningirsu; en Ninā, a Nanshe con Nindara; en Keshi, a Nintu con Shulpa'ea. Habría que nombrar también a Inanna y Dumuzi, aunque en este caso el cónyuge de la diosa era un mortal. Es muy interesante el hecho de que estas parejas divinas no corresponden a la familia patriarcal, que fue la forma familiar habitual en la Babilonia histórica. Es posible que en otro tiempo predominaran otras formas, como atestigua una inscripción de Urukagina de Lagash (hacia 2350 antes de C.) que habla de una diandria permitida en época primitiva, pero prohibida en su época. En una cultura basada en la agricultura y la ganadería es comprensible que los principios sobrenaturales, una vez alcanzada la etapa de representación antropomórfica de las divinidades, tuvieran rasgos femeninos, como Nisaba, que representaba el trigo, o Turdur, la oveja madre, y otras diosas que garantizaban la fertilidad de la tierra, de los animales o de las personas.

Mientras en Babilonia se desarrollaba y llegaba a su apogeo la cultura urbana, las regiones vecinas permanecieron en un nivel inferior. Únicamente el territorio elamita registró, bajo la influencia de Babilonia, una evolución análoga. Las diferencias de nivel cultural se hacían patentes en las extensas relaciones comerciales que Babilonia mantenía con los países vecinos. Las huellas de estos amplios contactos aparecen claramente en los monumentos arqueológicos. Existían comunicaciones regulares con la región situada en el curso inferior del Diyāla, cuyo centro se hallaba en Eshnunna, actualmente Tell Asmar. Desde allí se extendieron algunos tipos de sellos cilíndricos hacia el norte y también el sur de Babilonia. En Susa, la influencia babilónica es tan fuerte que se ha pensado en una dominación sumeria. Pero la existencia de una escritura independiente, aunque de inspiración babilónica, en la época del estrato III de Uruk, demuestra un grado de independencia incompatible con

el sometimiento político. En Susa estuvieron difundidos los tipos de sello babilónicos con escenas de caza y, sobre todo, los sellos heráldicos, pero también tipos que podrían provenir de la región del Diyāla. Paralelamente se desarrolló un estilo propio. Las pequeñas figuras de animales de Susa están estrechamente relacionadas con creaciones babilónicas.

Parece que las relaciones con la región asiria no eran tan estrechas. Un sello cilíndrico hallado en Tell Billa con una escena de viaje litúrgico en barca tiene réplicas exactas en Uruk, estratos III y IV, y, por tanto, puede ser una pieza importada[32]. En la vecina Tepe Gaura se han descubierto, en estratos que corresponden a la época primitiva de Babilonia, templos basados en una larga tradición local. Pueden estar emparentadas con los santuarios atestiguados por primera vez en el estrato de el-ʻObēd de Babilonia, pero tienen rasgos propios. El modelo más cercano es el templo dedicado a Inanna construido mil quinientos años más tarde por el rey casita Kara'indash en Uruk (hacia 1430 a. C.). El sello de estampa todavía no había sido sustituido, como en el sur, por el sello cilíndrico; éste aparece en Tepe Gaura en las capas correspondientes a la época protodinástica de Babilonia y a la época de la dinastía de Akkad. El motivo principal de los sellos cilíndricos es la cabra montesa; existen pocas representaciones de animales domésticos. Muy raras veces aparecen figuras humanas. La escritura sumeria es desconocida[33].

En Tell Brāk[34], en Mesopotamia central, se han descubierto, por el contrario, numerosas piezas de carácter marcadamente babilónico, pertenecientes a la época primitiva tardía, entre ellas un mosaico de barritas de barro en la pared exterior de un templo de tipo parecido al de los templos de Uruk. Símbolos en forma de anteojos, como aparecen en Babilonia y en la región del Diyāla, han sido desarrollados y convertidos en formas con grandes ojos. De este modo los símbolos, que en parte llevan

gorros altos o *poloi*, adquieren un aspecto humano y se acercan a las cabezas de alabastro allí encontradas, que parecen relacionadas con el fragmento de la cabeza de figura divina hallado en Uruk. La transformación de los símbolos va unida seguramente a la nueva concepción antropomórfica de las divinidades. También corresponden a tipos babilónicos las numerosas figuras de animales, que a menudo, y al igual que las figuras análogas del sur, están trabajadas como sellos de estampa en la parte inferior.

En comparación con ruinas como las de Nínive y Tepe Gaura, donde se han descubierto estratos contemporáneos, el número de testimonios culturales influidos por Babilonia es extraordinario en Tell Brāk. Por tanto, habrá que considerar a éste un enclave babilónico; al mismo tiempo se impone la comparación con las construcciones situadas allí sobre la ruina primitiva —un palacio de Narāmsīn de Akkad (2260-2223 antes de C.) y la ruina de un edificio nuevo de este recinto de la época de la III dinastía de Ur (hacia 2100 a. C.)—. El palacio de Narāmsīn fue construido para asegurar el dominio sobre Mesopotamia y controlar la ruta comercial; en cambio, no puede afirmarse con seguridad que las construcciones primitivas de Tell Brāk, que debieron existir durante un período bastante largo, tuvieran la misma finalidad, ya que entonces habría que contar en época muy temprana con una expansión militar y política de los sumerios. Sin embargo, cabría recordar al respecto las numerosas escenas que en los sellos cilíndricos representan a prisioneros delante del «hombre con la falda de red»; en estos casos no puede tratarse de disensiones internas, ya que no podría comprenderse cómo las ciudades carecían de murallas protectoras.

También en Siria media y del Norte, en Palestina y en Asia Menor los hallazgos esporádicos atestiguan claramente una relación con la cultura sumeria de Babilonia. Incluso en Egipto se han descubierto en la época Naqada II, poco antes de la «unifi-

cación del reino», testimonios culturales de origen babilónico. Esto nos da un valioso apoyo cronológico, ya que esta época puede situarse con razones sólidas hacia el año 3000 a. C. de la historia egipcia. Las irradiaciones de la cultura sumeria no tuvieron, sin embargo, una influencia decisiva sobre la evolución egipcia. Carece, pues, de base sólida la tesis según la cual la escritura egipcia deba su origen al contacto con la escritura sumeria.

A fines de la época primitiva se registra en Babilonia una marcada decadencia. Durante el último período las artes plásticas, especialmente en los sellos cilíndricos y los amuletos animalísticos, degeneran visiblemente. La falta de esmero en la ejecución técnica, la renuncia a la plasticidad de bulto redondo y la tosquedad de las figuras, grabadas someramente con líneas de contorno, están tan generalizadas que no pueden atribuirse a la falta de habilidad ocasional de los artistas. La variedad y novedad del arte de la época siguiente —la época protodinástica— no permiten en absoluto esta interpretación. No sabemos con detalle cómo se produjo el derrumbamiento, pero sí conocemos la causa: la invasión masiva del territorio babilónico por grupos de lengua semita provenientes del norte y noroeste.

La literatura sumeria utiliza a menudo para catástrofes de todas clases (también para las conmociones provocadas por las inmigraciones de pueblos extranjeros) la imagen del «diluvio» o «inundación», haciendo referencia a un fenómeno natural muy corriente en Babilonia. Los compiladores de la lista de reyes sumeria, al situar la «inundación» en el momento de paso de la época primitiva a la época protodinástica[35], hacen referencia con esta imagen a la invasión de los pueblos acadios. Es difícil saber cómo los compiladores pudieron disponer de noticias sobre un acontecimiento tan antiguo; quizá su propia experiencia de las invasiones de tribus cananeas en Babilonia, la segunda gran oleada de pueblos de lengua semita hacia princi-

pios del año 2000 a. C., influyera en su descripción de los acontecimientos antiguos. En todo caso, difícilmente podían haber dado con una imagen más exacta para caracterizar los sucesos tal y como se presentaban a los ojos sumerios: como la inundación de su país por pueblos extranjeros.

Cuadro cronológico I. — Épocas prehistórica y primitiva

Shānīdār: hombre de Neandertal	60 000-40 000 a. C.
Paleolítico superior, Mesolítico, Neolítico	35 000-9000
Comienzos de la domesticación de animales y del cultivo de alimentos	hacia 9000-6750
Estratos más antiguos (acerámicos) de Jericó	hacia 7000
Asentamiento más antiguo de Jarmō	hacia 6750
Comienzos del Calcolítico	hacia 5500
Fases de Eridu, el-ʻObēd y Uruk	hacia 5000-3100
Época primitiva de Uruk	hacia 3000-2750
Templo C de Uruk	2815 ± 85 (?)

2. La época protodinástica

I. INTRODUCCIÓN

Con el término «protodinástico» o «dinástico temprano» se designa el período que va desde finales de la época primitiva de Mesopotamia hasta la fundación del reino de Akkad. Durante este tiempo tuvo lugar la inmigración y el asentamiento de la capa semita que denominamos anacrónicamente, adelantándonos al siglo XXIV a. C., «acadia». Con la época protodinástica se inicia la historia de Mesopotamia. Esto no quiere decir, sin embargo, que el investigador pueda desde ese momento apoyarse total y exclusivamente en datos y fuentes escritos. Las fuentes arqueológicas siguen siendo decisivas para la interpretación histórica. Así, por ejemplo, hay que reconocer la importancia de la decadencia artística hacia fines del estrato Uruk III, que se manifiesta claramente en el estilo de los sellos cilíndricos. La glíptica de Babilonia alcanzó en el curso de la época protodinástica un nuevo apogeo formal y técnico, partiendo prácticamente de cero. Junto a las nuevas formas, el templo construido sobre una terraza —precursor del *zigurat*— constituye una reminiscencia de la época primitiva y un signo de continuidad. Las páginas siguientes estarán dedicadas a describir la nueva simbiosis entre sumerios y acadios y a definir la contribución de la capa acadia a la historia y la cultura de Mesopotamia.

La división cronológica de la época protodinástica se basa en razones arqueológicas y, a partir de los descubrimientos de la región del Diyāla, ha demostrado ser muy práctica[36]. El «protodinástico I» abarca el período que va desde fines de la época primitiva hasta la aparición de tablillas de barro arcaicas en Ur; el «pro-

todinástico II» se inicia con la aparición de murallas en las ciudades babilónicas. Los archivos de Shuruppak (ruinas de Fāra) dan comienzo al «protodinástico III». La división, por tanto, no corresponde a momentos cruciales de la historia política. La terminología historiográfica utiliza la expresión «época presargónica» como equivalente de «época protodinástica». Este segundo término alude a las diversas «dinastías» babilónicas, que se reflejan en la *lista de reyes* (o *lista real*) *sumeria,* mientras que «presargónico» subraya la importancia del reino de Akkad y la de Sargón, su primer rey. El año 2340 (aproximadamente) constituye la primera fecha decisiva de la historia primitiva de Mesopotamia.

Ya se indicaba en el capítulo 1 la dificultad que existe para establecer una cronología exacta de la historia de Akkad. Tomando como punto de partida el reinado de Hammurabi de Babilonia —1792-1750—[37], resultan las siguientes fechas clave: comienzo de la III dinastía de Ur en 2111; comienzo de la dinastía de Akkad hacia 2340. La intersección de los últimos reyes de Akkad y los primeros monarcas guteos (o guti) no puede establecerse aún con exactitud. Lugalzagesi de Umma y Uruk reinó hacia 2350; Urnanshe de Lagash, hacia 2520. Todas las fechas anteriores son aproximadas y deben considerarse hipótesis de trabajo. Mesalim de Kish reinó hacia principios del siglo XXVI, quizá dos generaciones antes que Urnanshe. Mebaragesi de Kish reinó hacia fines del siglo XXVIII y comienzos del XXVII. La época de los archivos de Shuruppak difícilmente puede relacionarse con Urnanshe. Las inscripciones de Urnanshe están grabadas en piedra; no sabemos de tablillas de barro que puedan situarse con seguridad en la época de su reinado. La comparación paleográfica entre inscripciones grabadas en barro y en piedra —en Shuruppak se han hallado tablillas de barro— no da puntos de referencia seguros, debido a la diferencia de materiales. En todo caso, Shuruppak es varias generaciones anterior a Eannatum de Lagash, nieto de Urnanshe. Según cálculos aproximados, situaremos los archivos de Shuruppak a comienzos o a mediados del siglo XXVI. Las tablillas de barro ar-

caicas de Ur pueden ser un siglo, o quizá siglo y medio, más antiguas que las de Shuruppak. Para la fecha por C_{14} de 2815 ± 85 atribuible al templo «C» de la capa Uruk IV.



Fig. 12. El «Creciente fértil» en las épocas protodinástica, de Akkad, de Ur III y paleobabilónica (siglos XXVII-XVII aproximadamente).

Más allá de Sargón de Akkad, un cálculo cronológico aproximadamente seguro se hace imposible; con el cálculo de generaciones reales sucede lo mismo a partir de Urnanshe de Lagash. A partir de Urnanshe existe una cadena ininterrumpida de inscripciones reales con datos sobre la filiación («NN hijo de NN»). Cuando nos hallamos ante material comparable, los criterios gráficos (forma de los signos, ordenación de los signos) pueden proporcionar puntos de referencia. Con muchas precauciones pueden utilizarse

también resultados arqueológicos: cálculo de estratos en las ruinas, cambio de estilo en los sellos cilíndricos.

La *lista real sumeria*, que abarca hasta finales de la I dinastía de Isin (1794), se basa, como ya dijimos, en la suposición de que toda la zona de Babilonia, la región del Diyāla y el curso medio del Éufrates (Mari) conociera una sola monarquía. Ordena consecutivamente «dinastías» que, como se ha demostrado, reinaron a veces al mismo tiempo. El número desorbitado de años atribuido a un reinado en el comienzo de la lista («I dinastía de Kish») y en la parte referida a la «época anterior al diluvio», añadida posteriormente, indica una conciencia clara de la gran antigüedad de la civilización en el país. A pesar de esto, el valor de la *lista real* no se reduce a su carácter de documento historiográfico. En los casos en que sus datos sobre orden de sucesión y duración de reinados pueden compararse con otras fuentes, la *lista real* constituye un importante auxiliar de la determinación cronológica.

La línea básica de la cronología está asegurada en gran medida desde Urnanshe, es decir, durante la mayor parte de la época protodinástica III. Siempre que no se trate de sincronizar la historia de Mesopotamia con la de Egipto —el encuentro histórico de las dos culturas no tuvo lugar hasta mediados del segundo milenio antes de Cristo— podemos dar, con la ayuda de una cronología relativamente segura, una descripción coherente y cronológicamente proporcionada del curso histórico de parte de la época protodinástica.

II. SUMERIOS Y SEMITAS DURANTE LA ÉPOCA PROTODINÁSTICA

Pocos y aislados son los materiales que tenemos sobre la historia de Babilonia a principios de la época protodinástica. Disponemos de fuentes primarias, como las inscripciones reales, los tratados, los documentos administrativos y las obras de las escuelas de escribas; y de fuentes secundarias, como la lista de reyes sumeria, los poemas épicos de los reyes de Uruk y las reminiscencias sobre

reyes de la época protodinástica contenidas en la literatura acadia. Advertiremos al lector del carácter a menudo especulativo de la descripción histórica y le recordaremos que los continuos hallazgos de textos pueden conducir a nuevos planteamientos y a la revisión de las opiniones vigentes hasta ahora. El escepticismo que puede producirnos un conocimiento fragmentario no debe impedir que lleguemos en cada caso a las conclusiones que se nos ofrecen.

En el capítulo 1 se resaltó el importante papel de los sumerios, al tratar la cuestión de la identidad étnica de los primeros colonizadores de Babilonia. Los sumerios, al descubrir la escritura, crearon un medio de comunicación que nos permite comprender y concretar en torno a personalidades la historia de Mesopotamia durante el tercer milenio, el segundo y comienzos del primero. Las inscripciones reales más antiguas permiten narrar la historia como historia política. En este sentido, el reinado de Mebaragesi de Kish (fines del siglo XXVIII o comienzos del XXVII, época protodinástica II) es el punto de orientación más antiguo. La lista de reyes sumeria cita a Mebaragesi como vigesimosegundo rey de la I dinastía de Kish, que abre la lista. Los reyes de esta dinastía llevan en su gran mayoría nombres semitas. Es poco probable que se establezca la historicidad de los antecesores de Mebaragesi. No sabemos si éstos fueron sin excepción reyes auténticos de Kish. Cabe preguntarse si el compilador de la lista de reyes disponía de tradiciones fidedignas de una época en la que los escribas aún no eran capaces de describir procesos históricos complicados. Ahora bien, no debemos subestimar su capacidad ni olvidar la predilección semita por registrar y transmitir largas listas familiares. El hecho de que Mebaragesi llevara un nombre sumerio no es suficiente argumento contra su origen semita. La onomástica sumeria gozó seguramente de gran prestigio también fuera de la zona de colonización propiamente sumeria. En todo caso, en Babilonia se manifestó el elemento semita desde un principio y es absolutamente necesario tener en cuenta la relación entre sumerios y se-

mitas para comprender la evolución histórica posterior. Máxime cuando, como se dijo más arriba, se ha relacionado la decadencia cultural de fines de la época primitiva con la invasión en masa de un pueblo de lengua semita. La convivencia entre sumerios y semitas determinó la historia mesopotámica hasta la desaparición del sumerio como lengua hablada a principios del segundo milenio. Los resultados de esta simbiosis actuaron hasta época muy posterior e impusieron a la cultura babilónica el sello de cultura bilingüe.

La entrada de nómadas semitas en el Iraq —que en la panorámica de los milenios calificamos, de manera simplificadora, como «oleadas migratorias»— sigue siendo hoy un elemento característico de la historia de este país. A lo largo del tiempo las invasiones han producido alteraciones en el terreno lingüístico. Desde la primera cita de tribus nómadas árabes en inscripciones reales asirias del siglo IX a. C., la evolución histórica va conduciendo a la arabización total del país en la época de la conquista islámica. Desde el siglo XIV se registra la entrada de nómadas arameos en Mesopotamia. Un milenio más tarde Mesopotamia estaba casi arameizada por completo. El acadio perduró como lengua escrita hasta la época de Cristo. En tiempos de la dinastía de Akkad aparece citado por primera vez un pueblo semita nómada, llamado por los habitantes del país *martu* (en sumerio) o *amurru* (en acadio); nosotros llamamos a estos semitas «amorreos» o, en un sentido general, «cananeos», por el estrecho parentesco de su lengua con la rama cananea del semítico. Siglo y medio más tarde los martu amenazaron el reino de Ur III. En época babilónica antigua los martu usurparon el poder en muchos lugares de Mesopotamia. La lengua acadia, sin embargo, era aún lo suficientemente fuerte para asimilar a los invasores y evitó la transformación de la lengua del país.

La oleada «amorrea» o «cananea» alcanzó también la parte occidental del creciente fértil. Sin embargo, la evolución histórica de Siria —exceptuando Mari— y Palestina, hacia fines del tercer y co-

mienzos del segundo milenio, es más difícil de captar que la de Babilonia, debido a las insuficientes fuentes de que disponemos.

Los acadios, que derivaban su nombre y el de su lengua de Akkad, capital del reino fundado por Sargón, constituyen la más antigua capa semita registrada en Mesopotamia. Es muy posible que no fueran el pueblo semita más antiguo instalado en el país. Quizá se superpusieran a una capa anterior que participara en la primera colonización de Babilonia durante el quinto milenio. Pero aquí nos perdemos en la oscuridad prehistórica. Los más antiguos testimonios fidedignos de la presencia acadia en Babilonia son los constituidos por los nombres de persona que aparecen en textos arcaicos de Ur y los primeros préstamos semitas al sumerio. Podemos suponer, durante el protodinástico II, una amplia colonización semita en Babilonia del Norte y la región del Diyāla, y con ello la existencia de una oposición entre el norte semita y el sur sumerio.

¿De dónde provenían los acadios? Podemos responder a esta pregunta con cierta seguridad, teniendo en cuenta el curso de las oleadas semitas posteriores, especialmente la «amorrea». Es probable que la capa acadia se trasladara de norte —Siria— a sur, estableciéndose en la región del Diyāla y en la parte norte de Babilonia, con centro en Kish. Desde, a lo más tarde, el protodinástico II, la ciudad de Mari, en el curso medio del Éufrates, fue un importante centro acadio, cuya importancia perduró hasta la época de Hammurabi. Mientras que las inscripciones, los nombres de persona y los préstamos pueden ser atribuidos con seguridad a un grupo étnico, los hallazgos arqueológicos ofrecen dificultades. La escultura del protodinástico II de la región del Diyāla se caracteriza por una acusada sobriedad, por formas aristadas y tendencia a la abstracción, en oposición a la escultura sumeria de la época primitiva y a la del protodinástico III, que con sus formas redondas y naturalistas parece volver al estilo de la época primitiva. En la escultura «no-sumeria» abunda el tipo de figura votiva, el llamado «suplicante», que durante el protodinástico III abunda en el sur

sumerio de Babilonia. Figuras de este tipo están atestiguadas en Mari, Asur y en Tell Khuēra, cerca del nacimiento del Khābūr. Debió, pues, existir una relación con el norte de Mesopotamia. Otra novedad son ciertas grandes tablas votivas de forma cuadrada con relieves poco destacados de la superficie, atestiguados también en la región del Diyāla. El estilo de las figuras es parecido al de las estatuas votivas. También en la región del Diyāla aparece durante el protodinástico II un tipo de templo proveniente del norte, el llamado *Herdhaustempel* o «templo de hogar». El altar se encuentra en uno de los lados extremos de la cella; la entrada, en el lado longitudinal, junto al lado opuesto al altar. Esta planta no corresponde a la planta simétrica del templo sumerio de la época primitiva. En el último tiempo ha sido hallada una cella del tipo del «templo de hogar» en un templo de la época protodinástica de Nippur. Éste es hasta ahora el único testimonio de esta época hallado en Babilonia. Por otro lado existen relaciones con el norte y con los templos arcaicos de Ishtar de Asur.

La cerámica pintada de rojo y adornada con figuras (*scarlet-ware*) de la región del Diyāla constituye otro rasgo que acentúa la originalidad de esta región y su independencia con respecto al mediodía sumerio. Sin embargo, el templo de Khafājī (nombre actual de la antigua Tutub) establece de nuevo una relación con Babilonia del Sur. En Khafājī, el templo-terraza se sitúa dentro de un cinturón ovalado de murallas. Restos de un «oval» parecido, pertenecientes a la época protodinástica, se han descubierto en Tell el-'Obēd, cerca de Ur. Desconocemos el lugar de origen de la muralla ovalada. También resulta un enigma la proveniencia del material de construcción típico de todo el protodinástico y utilizado tanto en la región del Diyāla como en toda Babilonia: el llamado «ladrillo planoconvexo». Este ladrillo, en vez de tener la forma cuadrangular habitual, tiene la superficie abombada. En la construcción se colocaba inclinado, de tal manera que en el corte transversal de las capas de ladrillo de un muro resultaba un dibujo de espiga.

Todas estas innovaciones están indudablemente relacionadas con el advenimiento de un pueblo nuevo. El problema está en saber si provienen exclusivamente de la capa acadia o si surgieron en un contexto étnico complejo. Aunque según los hallazgos arqueológicos de los últimos tiempos las coincidencias entre la región del Diyāla y la Mesopotamia del Norte son más importantes que las relaciones con el sur, se impone una cierta prudencia al interpretar el material arqueológico, ya que en lo referente a escultura y a arquitectura religiosa el protodinástico II está insuficientemente atestiguado en Babilonia. Sin embargo, el estilo sumerio del protodinástico III se diferencia claramente del estilo «norteño» del protodinástico II; podría pensarse en una reacción, una vuelta a formas de la época primitiva. Queda, pues, excluida una participación sumeria en las innovaciones del protodinástico II. Las influencias sumerias vuelven a aparecer en la región del Diyāla durante el protodinástico III. Las innovaciones en el terreno de las artes plásticas estuvieron precedidas, en el paso de la época primitiva a la época protodinástica, por una decadencia formal, sobre todo en el arte de los sellos. Esta decadencia se ha achacado a las primeras oleadas acadias. En tal caso también habría que hacer responsable al elemento acadio de las innovaciones artísticas que siguieron al período de decadencia. De esta interpretación resultarían importantes consecuencias a la hora de enjuiciar la estructura social acadia durante el protodinástico II. La hipótesis de que se trate de una población nómada en gran parte, que pasara en el curso de varios siglos a formas de vida sedentarias —rurales y urbanas—, como fue el caso de los «amorreos» o cananeos y de los arameos, no es compatible con el material arqueológico a nuestra disposición. El asentamiento de los acadios se llevó a cabo ya en el protodinástico I. También se plantea la cuestión de cuál fuera el modo de vida acadio en los territorios de origen de Mesopotamia del Norte. Únicamente si aceptamos que hubo asentamiento de pueblos semitas antes del protodinástico II se explica que en Mari se comenzara a utilizar en este período la escritura sumeria para representar la lengua acadia. Daremos aún un paso más y supon-

dremos que el asentamiento de los acadios en Mesopotamia del Norte precedió a su establecimiento en la región del Diyāla y en Babilonia. Si nuestras hipótesis correspondieran a la realidad, el estilo de la escultura del protodinástico II que aparece en las figuras de suplicantes del norte no se debería a la influencia de la región del Diyāla, sino que, por el contrario, se trataría de la irradiación cultural hacia el sur de una provincia cultural del norte de Mesopotamia. Quedan por resolver dos cuestiones en esta materia llena de incógnitas. ¿Deriva el arte de la Mesopotamia septentrional de impulsos provenientes del sur sumerio? Recordamos el enclave babilónico de época primitiva situado en Tell Brāk, en el nacimiento del Khābūr. ¿Cuáles fueron los pueblos que en Mesopotamia del Norte tomaron parte activa en la creación de la cultura? Al área asiria pertenece el tipo del «templo de hogar», que en el protodinástico II aparece en la región del Diyāla. En contraste con la región del curso medio del Éufrates, Asiria contaba durante la época protodinástica con pocos pobladores semitas. El hecho de que la escritura no se generalizara hasta la época de Akkad responde seguramente a motivos étnicos. En efecto, en Asiria, todavía en el siglo XX antes de C., pueden hallarse restos de una población semita autóctona.

Después de esta digresión volvamos de nuevo a Babilonia. El encuentro entre sumerios y semitas provocó, como suele suceder siempre cuando se encuentran dos pueblos y dos lenguas, préstamos recíprocos. El sumerio fue fundamentalmente la parte donante. Conceptos del culto, términos técnicos (*apin* = arado; acad. = *epinnum*) y para los más diversos objetos de uso (*banshur* = mesa; acad. = *pashshūrum*) son préstamos sumerios en la lengua acadia. También entre las denominaciones acadias de oficios, funciones del culto y de la administración hay numerosos préstamos sumerios. Que el acadio tomara del sumerio las palabras para designar al «jefe del riego» (*kungal*; acad., *kuggallum*), la cebada (*she*; acad., *she'um*) y al agricultor (*engar*; acad., *ikkarum*) demuestra que la contribución sumeria en materia de agricultura y regadío debió

ser importante. Por otro lado, las palabras «ajo» (acadio, *shumum*; sumerio, *sum*), «comprar» (acad., *sha'āmum*; sumerio, *śān*) y «esclavo» (acad., *wardum*; sum., *urd-* o *ird-*) son antiguos préstamos acadios en la lengua sumeria. De cuando en cuando se daba el caso de que sumerios y semitas tomaran prestadas palabras de una tercera lengua, desconocida para nosotros; como, por ejemplo, las palabras «cobre» (sum., *urudu*; acad., *werium*) o «silla» (sum., *guza*; acad., *kussī'um*). Por razones fonéticas suponemos que se trata de derivaciones de una lengua extranjera. En el caso del cobre, el término se importaría con el objeto designado.

Hasta qué punto el encuentro de semitas y sumerios produjo un antagonismo declarado es cuestión que ha suscitado hipótesis contradictorias, desde la que intenta desmentir por completo cualquier oposición entre los dos «pueblos» hasta la tesis extremista de un conflicto sumerio-semita representada sobre todo por la historiografía más antigua. Sin embargo, sería prematuro pretender fijar la relación emocional de sumerios y semitas en un punto equidistante de la hostilidad y el mutuo desprecio, por un lado, y del idilio de una vecindad pacífica, por el otro. En efecto, sumerios y semitas entroncaban en tradiciones y en formas culturales completamente diferentes. Tampoco puede negarse que hubiera divergencias entre las ciudades babilónicas de población semita y las de población sumeria: hay que tener en cuenta que estas luchas encajan bien en el tipo de organización política pluriestatal de Babilonia y que, si había conflictos entre las distintas ciudades de uno u otro de los pueblos, también los habría entre acadios y sumerios. La tradición histórica que refleja la lista de reyes sumeria no da cuenta de conflicto sumerio-semita alguno. La oposición entre pueblos sedentarios y pueblos nómadas fue siempre más fuerte que cualquier oposición consciente sumerio-semita. El temor que inspira la inestabilidad del nómada es común a todos los pueblos de vida sedentaria, así como, por otro lado, el nómada siempre ambiciona los bienes, pero no la forma de vida, de los sedentarios. El término *kur*, abundante en la épica y en los mitos su-

merios, designa el país montañoso y, en general, el país enemigo o extranjero, y se refiere tanto al habitante de las montañas del Irán como al nómada del oeste y el noroeste: prácticamente a todos los no-babilónicos. La única solución satisfactoria del problema nómada era, para los sedentarios, la asimilación de la tribu nómada hostil, pues rechazarla y aislarla únicamente era viable durante cierto tiempo. Tanto los sumerios como los semitas sedentarios intentaron resolver el problema tomando a sueldo tropas nómadas y asignándoles territorios para establecerse.

En suma, el encuentro entre los dos pueblos fue, como tantas veces en la historia, fructífero para ambas partes. En la civilización de Akkad el factor sumerio siguió activo hasta el momento de su extinción definitiva, y el último apogeo de la civilización sumeria, en el reino de Ur III, no hubiera sido posible sin la cultura del reino semita de Akkad.

III. KISH Y EL SUR DE BABILONIA: UNIDADES POLÍTICAS

En la épica sumeria y en la literatura hímnica se relata un conflicto que enfrenta a Mebaragesi de Kish (cuyo nombre posterior es Enmebaragesi) y su hijo Aka con Gilgamesh de Uruk. El soberano de Kish, tras haber invitado a Uruk a someterse, lo sitió con sus tropas. Según otra versión, Gilgamesh rompió el sitio con una salida victoriosa. El interés suscitado por la figura heroica de Gilgamesh en tiempos posteriores nos ha conservado sus hazañas, que constituyen el dato más antiguo de que disponemos sobre las disensiones babilónicas internas. Gilgamesh es el héroe de un ciclo épico sumerio que los acadios transformaron en el grandioso poema épico de Gilgamesh. La tradición babilónica antigua cita a Gilgamesh como el artífice de la muralla de Uruk, y el poema épico le describe como el tirano que hace trabajar a sus súbditos en la construcción de la muralla. Según los resultados arqueológicos, es muy posible que la muralla de Uruk, de ladrillos de barro plano-convexos y más de 9 km de longitud, fuera erigida en el siglo de

Gilgamesh y Mebaragesi. La muralla de Uruk es el testimonio más antiguo de la existencia de ciudades amuralladas en Babilonia.

La tradición de los ciclos épicos sobre Gilgamesh y sus antecesores Lugalbanda y Enmerkar relata las expediciones militares de estos monarcas a territorios enemigos («bosque de cedros»; «centro del país montañoso»). Según un poema sumerio que describe la repetida destrucción y reconstrucción del santuario de Tummal, dedicado a Ninlil en Nippur, Gilgamesh también dominó Nippur.

Es imposible escribir la «historia» de la ciudad de Uruk durante la época protodinástica. A diferencia de su rival Mebaragesi, Gilgamesh no se nos presenta como auténtica figura histórica. El testimonio escrito más antiguo de su nombre aparece en una lista de dioses hallada en Shuruppak (siglo XXVI); en ella Gilgamesh y su padre Lugalbanda figuran como héroes divinizados póstumamente. La lista de reyes sumeria incluye nombres de reyes de Uruk hasta la cuarta generación anterior a Gilgamesh; por tanto, es reducida en comparación con la extensa lista de los reyes de Kish. La primacía de Kish también se refleja, en la lista de reyes, en la posposición de la I dinastía de Uruk, enumerada después que la de Kish. Los monumentales «templos bajos» —santuarios sin terraza— dejaron de construirse en la época primitiva, lo cual constituye un fenómeno poco corriente, si se tiene en cuenta la continuidad característica de la arquitectura religiosa. El *zigurat*, por el contrario, continuó vigente como forma arquitectónica durante la época protodinástica. La tradición de la escuela fue otro lazo que unió, a través de todas las turbulencias políticas, los dos períodos. Si a pesar de todo ha habido una ruptura de la tradición que ha hecho olvidar el apogeo cultural de los estratos Uruk VI a IV, ésta se debió probablemente a la invasión acadia a principios de la época protodinástica. Nada sabemos de las circunstancias históricas que la acompañaron. Pero recordemos que la invasión de otros pueblos semitas —amorreos o cananeos— fue indirectamente responsable de la caída del reino de Ur III.

La imagen de Kish durante la época protodinástica (fines del protodinástico II y protodinástico III) es más clara que la de Uruk. Las dos inscripciones conocidas de Mebaragesi provienen de la región situada al este del Tigris y al sur del Diyāla. Una de ellas está localizada con exactitud en el «oval» del templo de Khafājī. La lista de reyes sumeria cita, en una glosa al nombre de Enmebaragesi, una campaña victoriosa de este rey contra Elam. Éste sería el testimonio más antiguo del conflicto babilónico-elamita. El material de que disponemos es escaso, pero las inscripciones auténticas permiten pensar en la existencia de un «estado» nortebabilónico de Kish que incluyera la región del Diyāla, y cuyos monarcas —según la lista de reyes— estuvieran en pie de guerra con el este elamita. La importancia de Kish se refleja en la costumbre, observada desde la época de Mesalim[38], según la cual monarcas que no residían en Kish se titulaban «rey de Kish». Entre los más importantes, aparte del mismo Mesalim, habría que nombrar a Mesanepada de Ur y a Eannatum de Lagash. El título se transmitió hasta entrada la época de Akkad y continuó en uso, aunque no aparece en Ur III. Se trata de un título de prestigio que se remonta al tiempo en que Kish ejercía la hegemonía sobre gran parte de Babilonia y quizá también sobre la región del Diyāla. Posiblemente se quisiera rememorar la época de Mebaragesi.

Hemos hablado repetidas veces de la importancia de la región del Diyāla como provincia artística en gran medida independiente del sur sumerio. La región fue urbanizada ya a principios de la primera época dinástica, al igual que Babilonia del Norte. El templo dedicado, en época histórica, al dios de la luna Su'en, situado en las proximidades del oval del templo de Khafājī, se remonta a la época de Jemdet Naṣr, es decir, al final de la época primitiva, correspondiente a Uruk III. Junto al elemento étnico semita de la región del Diyāla, que inmigró a comienzos de la época protodinástica, hay que contar con una capa no-semita relacionada posiblemente con el Irán. La toponimia más antigua de la región del Diyāla no es sumeria ni semita; así, por ejemplo, los nombres de lu-

gar como Ishnun o Tutub. El nombre de Ishnun se convirtió, por etimología popular, en la época Ur III, en «Eshnunna» («santuario del príncipe», en sumerio). El problema de la toponimia se plantea también en Babilonia del Norte, donde los nombres de las ciudades mayores no corresponden a un origen semita o sumerio. El topónimo Babilla se transformó en Bābilim (en acadio, «puerta del dios»); su forma griega es Babylon.

Hasta ahora no se ha establecido cuál fue la ciudad de origen de Mesalim, el primer monarca conocido que llevara el título de «rey de Kish». El nombre de Mesalim es probablemente semita. La lista de reyes no incluye a Mesalim entre los reyes de la primera dinastía de Kish. El dios protector de Mesalim era Ishtaran, venerado en Dēr, en la frontera iraní (actual Badra), pero de esto no puede deducirse con absoluta seguridad que Mesalim procediera de la zona fronteriza iraní. Se han hallado inscripciones de este rey en Adab, en Babilonia central, y en Lagash, en el sur. Al mismo tiempo reinaban allí monarcas con el título de *ensi*; Mesalim debió ejercer la hegemonía sobre estas ciudades. Mesalim intervino como árbitro en una disputa fronteriza entre las ciudades rivales de Lagash y Umma; Eannatum y Entemena de Lagash aún recordaban este acontecimiento.

En Babilonia del Sur no aparecen monarcas de Ur hasta el estrato de las famosas tumbas reales de esta ciudad. Las tumbas son de época posterior a las tablas arcaicas de Ur, que a su vez son anteriores a Mebaragesi y suponen un estadio intermedio entre la escritura de Uruk III-Jemdet Naṣr y la escritura de Shuruppak. Las inscripciones sobre los objetos funerarios citan a los reyes Meskalamdug y Akalamdug y a la reina Pū'abi[39]. Las tumbas reales de Ur demuestran que en la primera época dinástica existía la costumbre de enterrar al soberano, o a un miembro de la casa real, acompañado de su servidumbre. En una de las cámaras mortuorias se encontraron nada menos que ochenta siervos. El único paralelo conocido proviene de Kish, donde el enterramiento de varias personas en una misma tumba respondería a la costumbre de

enterrar a los criados con su señor. Los nombres de los reyes de las tumbas de Ur son sumerios. No se trataría, pues, de una importación de costumbres extranjeras, aunque el fenómeno es poco corriente. El inventario funerario es de una riqueza extraordinaria: vasijas, sellos, muebles con incrustaciones, instrumentos de música, carros, etc., adornados profusamente con oro y plata. Las tumbas de Ur constituyen un testimonio de primer orden para el conocimiento del arte y la artesanía del protodinástico III.

La lista de reyes sumeria no llega, en el caso de Ur, hasta la época de las tumbas reales, por tanto, no es muy antigua si se compara con Kish o Uruk. Mesanepada (hacia 2490) encabeza la primera dinastía de Ur citada en la lista de reyes. Según indican sus inscripciones, fue «rey de Kish», y quizá el primer rey del sur que pretendió ejercer la hegemonía en Babilonia. Ur es, por su situación geográfica privilegiada, una de las ciudades más importantes de Babilonia. Situada en una laguna comunicada con el Golfo Pérsico, la ciudad dominaba el comercio marítimo del sur, que le proporcionaba importantes ingresos. Las mercancías se importaban de Tilmun (en griego, Tilo, actualmente Baḥrain, posiblemente junto con la zona costera árabe adyacente), antiquísima encrucijada comercial, y de Magan y Melukhkha. Cualquier formación estatal ambiciosa de Babilonia tenía que dominar Ur. Dos reyes con nombre acadio, Elulu y Balulu, sucedieron a los hijos de Mesanepada en el trono de Ur. Su reinado coincide más o menos con la época de Eannatum y Entemena de Lagash.

Hasta ahora sólo en el caso de Lagash podemos escribir —con limitaciones— la historia de una ciudad y la historia babilónica desde la perspectiva de una de las múltiples ciudades-estado de la época protodinástica III. Sólo aquí disponemos de una sucesión de reyes, desde Urnanshe a Urukagina, atestiguada por inscripciones auténticas y detalladas, y únicamente los archivos comerciales de Lagash son lo suficientemente explícitos para dar una idea de la estructura del estado. Por tanto, carecería de sentido citar uno por uno los nombres de reyes conocidos de los dos siglos anteriores a

Sargón y enumerar datos transmitidos más o menos fortuitamente. De momento intentaremos reducir a un común denominador la peculiar situación política de Babilonia durante el período históricamente inteligible de la época protodinástica.

Babilonia es un país desprovisto de un centro cultural que pudiera aspirar a la posición de metrópoli. La hegemonía ejercida en un tiempo por Kish se refleja sobre todo en el título de «rey de Kish». La posición preeminente de Uruk pertenece a un tiempo casi desconocido y se manifiesta en los hallazgos arqueológicos de fines de la primera época dinástica y en la tradicionalidad del título de *ēn* (ver más abajo). Babilonia poseía un centro religioso en Nippur, lugar de culto al dios Enlil, cuyo prestigio era indudable, pero Nippur, precisamente por su condición de polo pacífico, carecía de fuerza política y fue a menudo objeto de disputas entre ciudades-estado rivales. La constitución geográfica de Babilonia favorecía en gran medida el particularismo. Las grandes ciudades, nacidas de asentamientos prehistóricos, pequeños y aislados, son oasis de regadío separados por tierras secas que, aunque feraces en potencia, permanecen improductivas sin riego. Indudablemente las principales vías de comunicación —los ríos y los grandes canales— actuaban en contra de las tendencias aislacionistas. Pero en general fueron más útiles como vías comerciales y, en el caso de guerra, como rutas militares, que como medio para una unificación administrativa. En Babilonia fue característica la pluralidad de estados, que aceptaba tanto la relación de igualdad («hermandad» en caso de pacto) como la de subordinación o dominación (hegemonía de Mesalim sobre Adab y Lagash). Las coaliciones coyunturales hacían cambiar el panorama político de decenio en decenio. Esta situación puede compararse a la situación paleobabilónica, aunque la fragmentación del país no llegara a los extremos casi grotescos del siglo anterior a Hammurabi. Habremos de volver a la historia de Lagash como ejemplo característico del protodinástico III.

Los títulos reales permiten en los períodos históricamente conocidos sacar conclusiones sobre el rango que correspondía a cada estado. Aparecen tres títulos: *lugal,* en sumerio «hombre grande», que hay que traducir, según el equivalente acadio *sharrum,* como «rey»; *ēn,* aproximadamente «señor (sacerdote)», y *ensi,* traducido convencionalmente por «príncipe» (la palabra contiene el término *ēn,* pero aún no está claro el significado exacto de la forma compuesta). *Ensi* correspondía a un rango inferior a *lugal* y *ēn,* y era el título de un soberano independiente que gobernaba sobre una ciudad y sus alrededores próximos o de un príncipe dependiente. La limitación regional del título de *ensi* se deduce de una inscripción de Eannatum de Lagash que afirma haber poseído «el título de *ensi* de Lagash y el título de rey de Kish». Los reyes de Umma se autotitulaban en sus inscripciones *lugal,* pero desde la perspectiva de Lagash recibían sólo el título de *ensi*. También en ello se perciben las diferencias de rango. En la lista de reyes sumeria *lugal* es el título real por excelencia. *Nam-lugal* equivale a «monarquía», entendida como forma de autoridad. El título de *lugal* unido a un nombre aparece por primera vez en Kish y Ur (Mebaragesi, Meskalamdug), pero el símbolo gráfico está ya atestiguado en la época Uruk III-Jemdet Naṣr. A diferencia de *lugal* y *ensi,* el título de *ēn* sólo se da como título real en la ciudad de Uruk. Enmerkar, Lugalbanda y Gilgamesh aparecen en la literatura épica e hímnica como «*ēn* de Kulaba» (Kulaba es una parte de Uruk), lo mismo que Meskianggasher —fundador de la I dinastía de Uruk— y Gilgamesh en la lista de reyes. Interesante para la asociación del título *ēn* con Uruk es la afirmación del rey Lugalkingeneshdudu (hacia comienzos del siglo XXIV) de que él tenía la autoridad de *ēn* (*nam-ēn*) en Uruk y la de rey (*nam-lugal*) en Ur. Una sola vez, en el caso de Enshakushana de Uruk (hacia fines del siglo XXV), aparece el título de «*ēn* de Sumer». Epigráficamente, *ēn* está atestiguado en documentos más antiguos que *lugal*. El signo escrito se encuentra

ya en textos del estrato Uruk IVa, es decir, de la época de la alta cultura arcaica sumeria. El *ēn* gozaba de gran prestigio fuera de Ur, como demuestra el antropónimo «el *ēn* colma a Kulaba» en una tablilla del Ur arcaico.

Como título sacerdotal y no real, *ēn* aparece a menudo en Ur (desde la época de Akkad). Aquí se trata de la suma sacerdotisa del dios de la luna Nanna, dios protector de Ur. Si el *ēn* de Uruk era rey de una ciudad protegida por una diosa —Inanna—, resulta que el título de *ēn* estaba en relación inversa con el sexo de la divinidad ciudadana[40]. El *ēn* de Uruk-Kulaba debió estar en principio más unido a una función religiosa que el *lugal*. Podemos identificar con el *ēn* al «hombre de la falda de red» representado en los sellos cilíndricos del estrato Uruk IV en función sacerdotal. Es característico de Uruk que la función de sumo sacerdote coincidiera con la función de soberano de la ciudad, de modo que el *ēn* también ostentara el mando del ejército. El aspecto «laico» del *ēn* se refleja en los poemas épicos de Lugalbanda y Gilgamesh. En una ciudad como Ur o Girsu (centros del estado de Lagash) probablemente no coincidían, en principio, en una misma persona las funciones religiosas y laicas. Bajo Entemena de Lagash hallamos en Girsu, junto al *ensi*, un sumo sacerdote del dios de la ciudad —Ningirsu— llamado *sangu*, aunque se trata de un testimonio relativamente tardío (fines del siglo XXV).

Habla en favor de una primacía originaria del *ēn* frente al *lugal* (y con ello en favor de la mayor antigüedad del título de *ēn* en Uruk) el hecho de que los nombres sumerios de divinidades construidos con el título *ēn* (por ejemplo, Enlil, señor del viento) sean más antiguos que los nombres compuestos con *lugal*.

Por otro lado, los textos y monumentos de la época atestiguan que el soberano, llamado *lugal* o *ensi*, no permanecía al margen de las funciones religiosas. Un relieve de Urnanshe de Lagash (que lleva el título de *lugal*) lo muestra llevando una espuerta sobre la cabeza, que simboliza su prerrogativa en la construcción del templo. Existen numerosas estatuillas de reyes de Ur III portadores de

ofrendas. Según el himno de la construcción del templo de Gudea de Lagash (hacia 2144-2124), el *ensi* puso en el molde el primer ladrillo para la construcción del templo.

En contraste con la época de Akkad, la época protodinástica carece de testimonios de divinización del monarca, si excluimos el caso de la divinización póstuma (Lugalbanda y Gilgamesh de Uruk). En cambio encontramos el testimonio más antiguo de filiación divina en las inscripciones de Mesalim y Eannatum de Lagash: Mesalim se autotitula «hijo amado de Ninkhursanga» (nombre de la diosa-madre sumeria) y Eannatum «ha bebido la leche verdadera de Ninkhursanga». Sin embargo, esto no significa que el rey se considerara a sí mismo divino. Tampoco tenemos testimonios seguros del ritual de las Nupcias Sagradas (*hieros gamos*) en la época protodinástica. El más antiguo testimonio literario al respecto data de la época de Iddindagan de Isin (1974-1954). En el ritual participaban el rey y la reina o sacerdotisa —*ēn*—, y su finalidad era conjurar la fertilidad de la tierra, la prosperidad de la cosecha, la riqueza de los rebaños y condiciones propicias de las aguas para el riego. La tradición literaria sumeria comienza muy tarde (los textos de mitos más antiguos datan de la época de Akkad) y, desde luego, es posible que el rito se remontara a tiempos muy antiguos.

En resumen, del problema complejo de la titulación real se puede decir lo siguiente: en un principio existirían títulos ligados a una ciudad (*ēn* en Uruk, durante la época de apogeo de la alta cultura sumeria y hasta entrado el protodinástico II; *lugal* y *ensi* en otras ciudades). Las funciones del *ēn*, de carácter religioso más marcado, pasaron al *lugal* y al *ensi*; del mismo modo el *ēn* de Uruk-Kulaba ejercía funciones laicas como soberano. Durante el protodinástico III se impuso en Uruk el título de *lugal* y *ēn* pasó a ser un título religioso.

La residencia del *lugal* y del *ensi* se encontraba en el «palacio» (sumerio antiguo, *hai-kal*; sum. tardío, *e-gal*; literalmente, «la casa grande»). El testimonio más antiguo del término proviene de tex-

tos arcaicos de Ur. Desde el punto de vista arqueológico, las construcciones más antiguas, que por su planta pueden identificarse como palacio y no como templo, están atestiguadas en Eridu (protodinástico II/III) y en Kish (protodinástico II). La sede del *ēn* de Uruk se encontraba, según las tradiciones literarias, en una parte del templo llamada *gipar*. El *gipar* era en otras ciudades la residencia de la sacerdotisa *ēn*. La vivienda del *ēn* corresponde a sus funciones religiosas, aunque también está equipada de acuerdo con sus necesidades «laicas». Según el poema épico *Enmerkar de Uruk y el ēn de Aratta*, el soberano de Uruk recibió a su mensajero en un patio que pertenecía a la sala del trono del templo. El nombre acadio de «palacio» (*ēkallum*) es un préstamo del sumerio. Hacia fines del tercer y comienzos del segundo milenio el término pasó a los semitas de Siria. El término significa en ugarítico, hebreo y arameo tanto «palacio» como «templo»; sin embargo, en este caso, se trata de una evolución semántica extramesopotámica que no permite deducciones sobre la significación del término sumerio *hai-kal*.

Nuestros conocimientos —en muchos aspectos deficientes— de la estructura interna de un estado de la época protodinástica y de sus relaciones sociales se basan sobre archivos de tablillas de barro y sobre otros documentos escritos provenientes de las ciudades babilónicas Ur, Shuruppak, Lagash, Umma, Adab, Nippur y Kish. Las dificultades de interpretación de estos documentos aumentan a medida en que nos alejamos de la época de los archivos de Lagash, pertenecientes a los reinados de entre Entemena y Urukagina, y de las tablillas coetáneas de Umma y Adab. Todavía quedan por descifrar muchos signos. En los textos más antiguos, la ausencia en la escritura de elementos gramaticales que permitan reconocer las relaciones sintácticas del texto hace más difícil aún la comprensión del sentido general. La escritura sumeria ha necesitado varios siglos para pasar de una fase primaria, en la que únicamente se usaba la raíz de la palabra sin prefijos ni sufijos, a una representación completa de la gramática. En una lengua aglutinante

como la sumeria, los sufijos y prefijos añadidos a la raíz expresan las relaciones gramaticales: caso, número, persona, tiempo, etc. En el archivo de Shuruppak (siglo XXVI), el signo de un nombre aún expresa todos sus casos. La representación concisa de lo hablado bastaba para alguien que conociera bien los acontecimientos relatados; para nosotros, sin embargo, plantea enormes dificultades de interpretación.

Los documentos más antiguos cuyo tipo pueda identificarse, y de los que se conservan varios ejemplares pertenecientes a la época protodinástica II, son contratos de compraventa de terrenos, escritos sobre piedra y no, como es habitual, en tablillas de barro. Seguramente se utilizaba un material más o menos valioso y duradero según la importancia que se concedía a la transacción. En su gran mayoría estos documentos provienen del ámbito lingüístico acadio. A menudo contienen antropónimos acadios, y en ellos encontramos los primeros ejemplos de lengua acadia escrita. Los vendedores suelen ser generalmente familias o clanes y no personas individuales. Los documentos grabados en piedra han sido hallados fuera de los archivos, quizá en razón de su carácter jurídico privado. El archivo de Shuruppak en Babilonia central (comienzos del protodinástico III) es el archivo más antiguo, y utilizable con ciertas reservas. Contiene, entre otros documentos, listas de personas, que registran el recibo de relaciones y la concesión de parcelas (por servicios prestados), así como listas de ganado. Entre los documentos jurídicos privados hay contratos de compra de casas y terrenos, en tablillas de barro. En determinados documentos administrativos llama la atención la reiterada mención de personas de otras ciudades de Babilonia y la repetición de la palabra «batalla». Suponemos que el archivo guardaba los documentos administrativos militares de algún palacio[41]. De la escuela de escribas de Shuruppak provienen listas de palabras (tipo de texto que puede rastrearse hasta las tablillas arcaicas del estrato Uruk IV), varias listas de dioses, muy interesantes para la historia de la religión, y ejercicios de los escribas, que podemos definir como una forma

primitiva de «literatura» (refranes, conjuros, frases extraídas de un contexto mítico, etc.).

Los archivos de Girsu (distrito de Lagash) proporcionan por fin un material que puede la sumeriología actual interpretar satisfactoriamente. El estudio de estos archivos (del templo de la diosa Baba) ha permitido deducciones sobre la organización de otras ciudades sumerias, contemporáneas o más antiguas. Los documentos transmiten la imagen de una administración muy ramificada, compleja y muy burocráticamente organizada. Tratan del culto de los templos (sacrificios, fiestas), de la administración de las propiedades de los templos (cultivo del trigo, horticultura, rebaños, animales de sacrificio, lana), de la pesca, fluvial y marítima, de la artesanía y del comercio (compra de productos extranjeros a través de comerciantes al servicio del estado) y de las retribuciones salariales a los empleados y funcionarios. La instancia suprema, a menudo citada como receptora de prestaciones, era el *ensi*, y, en el caso del templo dedicado a la diosa de la ciudad, la esposa del *ensi*. Hasta ahora no se han hallado textos que nos informen sobre asuntos económicos privados. Hasta la época babilónica antigua no aparecen archivos de grandes propiedades privadas.

En el protodinástico III, además de las tablillas de piedra ya citadas, están atestiguados documentos jurídicos privados tales como contratos de compra (casas, esclavos, tierras), transacciones inmobiliarias, herencias, donaciones, préstamos, fianzas, actas sobre la ordalía fluvial (el dato más antiguo sobre la ordalía como medio de decisión jurídica); documentos judiciales (impugnación de una deuda; reconocimiento jurídico de una deuda). En su mayoría estos documentos provienen, como los archivos de Girsu, de las dos o tres generaciones anteriores a la época de Akkad.

La constante referencia que los documentos administrativos hacen a los templos y el número considerable de personas empleadas en ellos —personal de culto, artesanos, obreros— han hecho acuñar el término «ciudad-templo sumeria» para un tipo de estado como el de Lagash[42]. Los cálculos sobre las dimensiones de las

tierras pertenecientes a cada templo y sobre las dimensiones territoriales de un estado como Lagash (aproximadamente 3000 kilómetros cuadrados)[43] difieren considerablemente y no permiten una idea clara. Por ahora, lo evidente es que gran parte de las tierras cultivables se encontraba en manos de los templos. Concuerda con este estado de cosas el hecho de que, en el sur de Babilonia, en contraposición al norte semita, estén atestiguados pocos contratos de compra de terreno de cultivo. Los pocos casos conocidos en el sur provienen de Girsu, y en ellos actúan como compradores el rey o miembros de la casa real. Todo esto no significa que no hubiera propiedad privada de tierras, pero la escasez de contratos y la estrechez del círculo de compradores son significativos; todavía no hay transacciones entre personas particulares. No se consideraban propiedad privada las parcelas concedidas por servicios prestados, que eran inalienables (los llamados «campos de alimentación»). Hasta la época de Lipiteshtar de Isin (1934-1924) no hallamos una cantidad apreciable de contratos de compra en el sur de Babilonia.

Si no nos equivocamos por completo en el enjuiciamiento de los documentos conservados —a juzgar por el gran número de tablillas de barro presargónicas halladas hasta ahora, los resultados no parecen ser meramente casuales— habrá que llegar a la conclusión de que una de las diferencias esenciales de tradición entre los sumerios y los semitas de Mesopotamia se hallaba en la extensión de la propiedad privada de tierras.

Las tierras del templo sumerio pertenecían en teoría a la divinidad de la ciudad. La secularización de tierras pertenecientes al templo por parte del soberano no estaba bien considerada, como demuestran los llamados «textos de reforma» de Urukagina de Lagash (hacia 2360). En ellos se describe cómo Urukagina «reinstauró en la casa del *ensi*, en la tierra del *ensi* al propietario Ningirsu» (hay notas análogas referidas a la diosa de la ciudad Baba, y al hijo de la pareja divina, Shulshagana). La restauración de Urukagina puso coto a las usurpaciones de soberanos anteriores, que se

habían enriquecido con los bienes de los dioses. Desgraciadamente no sabemos nada del lugar que ocupa Urukagina en su dinastía, que se remontaba hasta Urnanshe. Cabe la posibilidad de que sus afanes reformadores y restauradores correspondieran a la necesidad de justificarse característica de un usurpador.

La determinación de la composición y estructura social de la población de un estado estrechamente ligado al templo es muy difícil. Conceptos como «libre» y «semi-libre» (que por lo demás no aparecen en los textos) apenas sirven para describir el orden social. Traducimos la voz sumeria *ama-r-gi*, literalmente «(dejar) volver a la madre» (*ama* = madre), atestiguada por primera vez bajo Urukagina, por «libertad», ya que en los contratos define la situación del esclavo puesto en libertad por su señor. Quizá se refirió en un principio a la puesta en libertad de personas caídas en esclavitud por deudas. Los documentos no atestiguan la venta de niños hasta la época de Akkad. La característica de la «libertad» era la posibilidad de vivir en la propia familia, que le estaba vedada al esclavo empleado en casa extraña.

La potestad del estado, personificado en el soberano, sobre el individuo no significaba la reducción o la pérdida de la libertad. No debemos guiamos por nuestros criterios modernos. Un pasaje del himno de la construcción del templo de Gudea de Lagash describe cómo el *ensi* movilizó a toda la ciudad «como un solo hombre» para la construcción del templo de Ningirsu. Interpretando literalmente este pasaje, el soberano podía reclutar a la totalidad de la población, excepto a los sacerdotes y a los funcionarios de la administración, para trabajos de gran envergadura y de interés general como construcciones monumentales, fortificaciones, trazado y conservación de los canales de riego, etc. Los textos no nos informan acerca de las capas sociales privilegiadas.

Eren, *gurush* y *shub-lugala* son algunos de los términos sumerios que designan grupos no especializados por su oficio, pero que, sin embargo, no podemos definir sin más como clases sociales. *Eren* es el súbdito reclutado para trabajos públicos o para el servicio mili-

tar. La palabra acadia, de época paleobabilónica, *ṣābum* tenía el mismo significado. *Gurush* era en principio una designación de edad y más tarde definió al hombre adulto; también podía tener el sentido más generar de «trabajador», alternando con *eren,* aunque el primero debió ser el término más amplio. *Shub-lugala* está atestiguado también en los textos de reforma de Urukagina. La traducción literal —«sometido al rey»— no permite conclusiones mientras falten datos más específicos. Sería prematuro pensar en personas en estado de libertad reducida.

Los archivos de Girsu, de finales de la época protodinástica, dan una idea de la medida en que se utilizaba el trabajo de esclavos. El templo de la diosa Baba empleaba según un documento 188 esclavas; el templo de la diosa Nanshe, 180. Los signos sumerios para «esclavo» y «esclava» —«hombre + país extranjero» y «mujer + país extranjero»— indican que los esclavos al principio fueron extranjeros, es decir, prisioneros de guerra o deportados. En cambio, las personas que se nombran en los contratos de venta de esclavos son del país. Las esclavas se empleaban especialmente en la industria lanera (tejidos) y en los molinos. La palabra sumeria para «esclavo» es un préstamo semita; por el contrario, el término para «esclava» es sumerio (el signo de «esclava» está atestiguado ya en textos del estrato Uruk IVa). ¿Por qué la antigua palabra sumeria «esclavo» fue sustituida por el término semita? Quizá el préstamo se realizara a principios de la época protodinástica, cuando miembros de la capa inmigrante acadia entraron como esclavos en el ámbito sumerio. Es interesante señalar que la autodenominación de «esclavo» que se daban el súbdito frente al soberano y el creyente frente a la divinidad tiene su raíz en concepciones semitas. Los esclavos constituyen la única clase social que podemos definir con seguridad como «no-libre», en el sentido de que tenían un dueño, el cual podía regalarlos, venderlos o legarlos en herencia.

En un estudio de los títulos reales y de las formas de autoridad no podemos pasar por alto una cuestión muy discutida durante los dos últimos decenios. ¿Conoció la primera época dinástica, junto a

la autocracia del monarca, instituciones que permitieran la participación de la población, o de determinadas clases sociales, en el gobierno? El punto de partida de la discusión es la existencia de términos que designan la «asamblea» y a los «ancianos de la ciudad», especialmente en un pasaje del poema épico de Gilgamesh y Aka. Gilgamesh, al recibir emisarios de Kish, planteó la alternativa «guerra o sometimiento» primero ante la «asamblea de los ancianos de la ciudad» y luego ante la «asamblea de los jóvenes» (*gurush*). Los ancianos eran partidarios de ceder, los jóvenes pedían la guerra. Esto se ha querido interpretar como un plebiscito[44], pero seguramente se trata de un *topos* o lugar común literario para ejemplificar la *hybris* del rey[45]. Sin embargo, es indudable que existieron asambleas, aunque no pueden interpretarse como formas precursoras de una democracia. El consejo mitológico de los dioses era probablemente una proyección a las esferas celestiales de las asambleas terrestres. El funcionamiento del consejo de los dioses muestra que era costumbre aclamar con un «¡así sea!» al jefe de la asamblea, cuyas propuestas debían tratar de coincidir, por otra parte, con la opinión de la mayoría. Habrá que ver las asambleas como un cierto regulador de la opinión pública. El sentido y la finalidad de las asambleas estribarán, sobre todo, en plantear cuestiones de organización y jurisdicción y recibir directrices. En la época de Ur III la palabra sumeria *unken* (asamblea) fue sustituida por el préstamo acadio *pukhrum*, de igual significado.

V. LAGASH Y UMMA. LUGALZAGESI, PRECURSOR DEL REINO DE AKKAD

Gracias a una serie de circunstancias favorables podemos estudiar con detalle una parte de la historia política de la época protodinástica en el sector local de dos estados vecinos, Lagash y Umma. En Lagash disponemos, desde la época de Urnanshe, de numerosas inscripciones reales, que en parte son muy detalladas y que permiten sincronismos con los reyes de Umma. De la época anterior a Urnanshe conocemos a cierto rey Enkhengal a través de

una lámina de piedra que contiene un contrato de compra de terreno. Una inscripción de Mesalim cita a un *ensi* de Lagash que debió reinar una o dos generaciones antes de Urnanshe. La historia del conflicto entre Lagash y Umma tiene un matiz tendencioso, ya que fue escrita desde la perspectiva de Lagash. La disputa de las dos ciudades rivales sobre su frontera común, el aprovechamiento en común de los abundantes recursos de Gu-edena («borde de Eden»)[46] se remonta hasta la época de Mesalim. Como soberano de las dos ciudades, Mesalim intervino en la disputa e impuso una línea de frontera. La rivalidad se transmitió de generación en generación y fue llevada con fortuna varia a los campos de batalla, hasta que en época de Lugalzagesi de Umma, Lagash fue devastada por las tropas enemigas y sus santuarios saqueados. La rivalidad no se extinguió hasta el reino de Akkad.

Una de las figuras destacadas de la dinastía de Urnanshe es Eannatum (hacia 2460), que se adjudicó el título de «rey de Kish», aunque en algunas inscripciones simplemente se llama «*ensi* de Lagash». Sus guerras con Ur, Uruk, Kish, Akshak (Babilonia del Norte) e incluso Mari, que había hecho una incursión en Babilonia, dan un atisbo del sistema de coaliciones y hostilidades que regía las relaciones entre los estados babilónicos. La posición destacada de Eannatum, que justificaba su pretensión al título de Kish, queda clara a través de sus inscripciones. En nombre de su dios Ningirsu (he aquí la idea del monarca que actúa por orden de la divinidad) sometió a Elam, enemigo tradicional de los babilonios, y adoptó el título «el que somete a todos los países (extranjeros)». El monumento conmemorativo más importante de las victorias de Eannatum es la famosa «estela de los buitres», con relieves en las dos caras. En una de ellas está representado el rey sobre su carro de combate acompañado por su falange; en la otra, el dios Ningirsu con una gran red en la mano en la que se encuentran los enemigos cautivos. Es característico de la poca duración de los reinos de Kish el que los sucesores de Eannatum llevaran de nuevo el título de *ensi*. Se han hallado inscripciones de Eannatum I en Ur y Uruk,

y de su sucesor Entemena en Ur y Badtibira. Es decir, que estas ciudades seguían bajo el dominio de Lagash. La «política exterior», por lo demás, se limitó a la lucha contra Umma. Típica de la política de coaliciones de la época es la inscripción de Entemena que cita un pacto de hermandad entre éste y el *ensi* Lugalkingeneshdudu de Uruk (en la lista de reyes sumeria aparece como *lugal*, «rey»).

Los ya citados textos de reforma de Urukagina de Lagash tratan una obra importante desde el punto de vista jurídico y socio-histórico. Están incluidos en diversas inscripciones de este monarca, en redacciones que difieren parcialmente entre sí. Los textos contrastan las antiguas costumbres con el nuevo orden instaurado por Urukagina «por mandato de Ningirsu». Su objetivo principal era anular las prerrogativas que el monarca y su familia se habían arrogado frente al dios de la ciudad, tales como usufructo de tierras del templo, empleo de personal del templo en el palacio, etc. Las reformas también pusieron coto a los abusos de los funcionarios, reduciendo las retribuciones para servicios tales como entierros y similares, y fijando nuevas cuotas. Se prohibió la explotación de las capas sociales inferiores o subordinadas por parte de los ricos o los superiores (venta forzosa de terrenos y ganado en condiciones desfavorables). Los habitantes de Lagash fueron liberados de una serie de deudas y se decretó su «libertad». Entre las reformas que atañían a las relaciones familiares se prohibió la diandria (matrimonio de una mujer con dos hombres); Urukagina hacía con este motivo referencia a restos de la antigua poliandria de la sociedad sumeria, considerada inaceptable en su tiempo. Finalmente, encontramos en las reformas de Urukagina que el monarca se autoproclama «defensor de las viudas y los huérfanos», fórmula que aparecerá constantemente en los decretos jurídicos de los siglos posteriores. Los textos de reforma contienen una serie de medidas de reducción de impuestos y —si el pasaje está bien interpretado— de anulación de deudas, que son las primeras dentro de una larga serie de edictos reales, destinados a frenar, ya sea

a través de medidas de carácter único o de medidas de carácter duradero, el endeudamiento progresivo y la miseria que periódicamente amenazaban a gran parte de la población, provocados por la especulación o por situaciones económicas catastróficas. No disponemos de otros documentos de la época que nos informen de la situación concreta de las capas de población a las que iban dirigidos los textos de reforma.

Lugalzagesi es la última gran figura del mediodía sumerio anterior a la conquista por Sargón de Akkad. A juzgar por el nombre de su padre, Bubu, debió ser de origen acadio. Bubu había ostentado cierto cargo religioso (*lumah*) de la diosa Nisaba de Umma, y su hijo Lugalzagesi ocupó el mismo cargo antes de usurpar el poder en Umma. Al igual que Urukagina de Lagash, Lugalzagesi no desciende directamente de la dinastía anterior a su reinado.

Al destruir la ciudad de Lagash y devastar los templos, Lugalzagesi asestó un duro golpe al estado de Lagash. Su enemigo Urukagina condenó vehementemente estos crímenes en una inscripción: con las palabras «los crímenes cometidos por Lugalzagesi, *ensi* de Umma, recaigan sobre la diosa Nisaba», Urukagina dirigía su acusación contra la diosa protectora de Umma. La victoria sobre Lagash creó la base del poder de Lugalzagesi. Partiendo de Umma, el rey se apoderó de Uruk y adoptó el título de «rey de Uruk y rey del país de Sumer». La gran inscripción del monarca, única fuente de información sobre su carrera, refleja un nuevo espíritu. Con sus títulos, Lugalzagesi hace referencia a los dioses principales de las ciudades más importantes de Sumer que él dominaba y trasciende así el horizonte de la ciudad-estado más ambiciosamente que los reyes anteriores con el título de «rey de Kish». Entre sus títulos están los de «sacerdote de An» (Uruk); «antiguo *ensi* de Enlil» (Nippur); «gran visir de Su’en» (dios lunar de Ur, nombre acadio de Nanna); «gobernador de Utu» (dios solar de Larsa). Adab y Eridu también cayeron en su poder. «Desde el mar Inferior (golfo Pérsico), a lo largo del Éufrates y el Tigris hasta el mar Superior (mar Mediterráneo), Enlil dejó ir directamente a él todos los paí-

ses». Aquí se define por primera vez en palabras la extensión del mundo conocido por los sumerios. Los reyes de Akkad dominaron, en efecto, este «universo». Sin embargo, no hay que interpretar el pasaje de la inscripción en el sentido de que su influencia política alcanzara hasta el Mediterráneo; más bien se refiere a la apertura de rutas comerciales directas. Una inscripción del *ensi* Meskigala de Adab, contemporáneo de Lugalzagesi, nos da el testimonio más antiguo sobre la importación, desde el «país montañoso de cedros», es decir, el Tauro Oriental Exterior, de madera para la construcción. En ella se dice *expressis verbis* lo que en la de Lugalzagesi se formula de modo general. La comparación con fórmulas parecidas en las inscripciones de Gudea de Lagash corroboran esta interpretación del pasaje de Lugalzagesi.

En los títulos y en la fraseología de su inscripción, la más antigua inscripción real sumeria de forma literaria acabada, Lugalzagesi anticipa algunos rasgos de las inscripciones reales de Sargón I. Sin embargo, no podemos decir que su reinado sea la fase precursora del imperio acadio. La unificación administrativa del extenso territorio fue obra de los reyes de Akkad, que conquistaron el mediodía sumerio después de una larga lucha entre Sargón I y Lugalzagesi.

VI. BABILONIA Y EL «EXTRANJERO»

En el capítulo 1 mostramos cómo la fuerza civilizadora de Babilonia ejerció su influencia en los países vecinos durante la época primitiva. En el paso a la época protodinástica, Babilonia inspiró a su vecino oriental Elam, capacitado en gran medida para una cultura propia, y que hasta época neobabilónica mantuvo relaciones tensas con Babilonia, la creación de una escritura propia. La lista de reyes sumeria, en una glosa al nombre de (En)mebaragesi, da por primera vez noticia de hostilidades abiertas entre Elam y Babilonia. Eannatum, como vimos, se vanagloria de haber sometido a Elam. Pero las huellas más antiguas de la hegemonía de un esta-

do mesopotámico datan de la época de Akkad, del tiempo en que hubo una guarnición acadia en Susa. De esta época data el paso de la escritura cuneiforme al Irán y la desaparición de la llamada «escritura protoelamita».

Durante la época protodinástica la región siria, lugar de partida de la migración acadia, ejerció una influencia decisiva sobre la historia de Babilonia. A pesar de haber recibido la influencia de la cultura sumeria en época primitiva, esta región es culturalmente casi independiente. Si las tesis expuestas más arriba son válidas, las innovaciones que descubren los análisis arqueológicos en el protodinástico II, especialmente en la región del Diyāla, provienen del norte. Inscripciones reales de Mari que, a juzgar por la grafía, se remontan hasta la época de Mesalim (hacia comienzos del siglo XXVI) están ya redactados en lengua acadia. Si trasponemos la situación lingüística del acadio durante la época babilónica antigua al protodinástico II y III, tendremos que contar con una población semita relativamente homogénea establecida en Babilonia del Norte, la región del Diyāla y el curso medio del Éufrates. La lista de reyes sumeria, al citar una dinastía de Mari, refleja la estrecha relación que existía entre la región del curso medio del Éufrates y Babilonia durante el protodinástico III. La comunicación se vio favorecida por la vía fluvial del Éufrates y por la ruta libre de obstáculos naturales que seguía el curso del río.

Las relaciones con la región del curso medio del Tigris —más tarde Asiria— son completamente diferentes. Las barreras naturales de la cadena montañosa del Jebel el-Hamrīn y el desierto situado al sur dificultaban la comunicación con Babilonia. Esto se refleja también en el terreno lingüístico. El dialecto asirio del acadio, conocido desde el segundo milenio, difiere considerablemente del dialecto babilónico (Babilonia, Diyāla y curso medio del Éufrates). La extensión del actual dialecto árabe-iraquí corresponde aún a la que tenía el acadio durante el segundo milenio. Asiria, por su mayor aislamiento, entró mucho más tarde en el área de la escritura. Hasta la época de Akkad no aparecen algunos textos acadios en

Asur. Asia Menor, al igual que Asiria, permaneció durante la época protodinástica fuera del ámbito babilónico. Lugalzagesi y Meskigala de Adab mencionan por primera vez hacia mediados del siglo XXIV el Mediterráneo y los montes del Tauro Oriental Exterior. De los dos países situados al otro extremo —oriental— del mundo conocido, Magan y Melukhkha, es decir, las costas de Makrān y Omán y la región sur de la cuenca del Indo (si es que son exactas las identificaciones propuestas con sólidos argumentos recientemente[47]), únicamente Magan es mencionado una vez, por Urnanshe de Lagash, en la época protodinástica.

Sin embargo, el comercio llegó ya en la época primitiva, y con más razón en la protodinástica, más allá del territorio aquí descrito. Los caminos de acceso a los países de origen de las materias primas no producidas por Babilonia (oro, plata, cobre, estaño, piedras preciosas y semipreciosas) eran conocidos hacia fines del cuarto milenio, aunque probablemente los productos no llegaban con caravanas directas entre Babilonia y el país de origen, sino por etapas. De la riqueza de los metales preciosos importados dan un testimonio elocuente las ofrendas funerarias de las tumbas reales de Ur.

VII. RESUMEN

A principios de la época protodinástica se sitúa la decadencia de la alta cultura sumeria; a finales, el intento de unificación de toda Babilonia y de gran parte del creciente fértil en un imperio. Este período corresponde a la entrada de los acadios en Babilonia y la culminación del poder acadio en el reino de Sargón. Paralelamente a la creación de los primeros estados semitas en Babilonia —los más antiguos que están atestiguados, aunque seguramente no los primeros, son los reinos de Mebaragesi y de Mesalim— tuvo lugar una aproximación cada vez mayor entre sumerios y semitas. La contribución de la capa acadia a la cultura de Babilonia y de la región del Diyāla es importante. A ella se ha atribuido la escultura tí-

pica de la época protodinástica II. En la glíptica, un nuevo elemento estilístico —la llamada «banda de figuras»— es de origen acadio. El tipo del «templo de hogar» entró en Babilonia (Nippur) y la región del Diyāla a través de los acadios. Préstamos lingüísticos acadios pasaron al sumerio. Pero, a pesar del importante papel desempeñado por los acadios durante la época protodinástica, no cabe duda de que, en la simbiosis sumerio-semita, los sumerios fueron la parte predominante. El estilo de la escultura sumeria de la época protodinástica III, que recordaba formas de la época primitiva, ejerció una influencia hacia el norte. La supremacía sumeria se refleja claramente en el sector lingüístico. Los préstamos sumerios en la lengua acadia son más numerosos que los préstamos acadios en el sumerio. Incluso el sistema fonético semita de la lengua acadia sufrió alteraciones, que podrían atribuirse a la acción del sustrato sumerio.

La lengua de los monumentos escritos de la época protodinástica es el sumerio. Los primeros ensayos de lengua acadia escrita, con signos sumerios, en tratados e inscripciones reales no pueden compararse con los textos sumerios. Hasta la época de los reyes de Akkad, el acadio no logró imponerse como lengua escrita. El sistema de gobierno y la administración característica de Babilonia del Sur son sumerios: la ciudad-templo con su tradición de escribas, que se remonta a la época primitiva. También son sumerias las escuelas de escribas como centros de la cultura. En el terreno de la religión, los sumerios fueron superiores; al muy reducido panteón de los acadios se superpuso el sumerio. Nippur, con su dios principal Enlil, también fue para los acadios un centro de culto reconocido.

Lógicamente, la confrontación espiritual no tuvo lugar exclusivamente entre sumerios y semitas. Seguramente la institución del templo con sus grandes posesiones territoriales y su gran número de empleados al servicio de las divinidades fue una fuente de tensiones. Según muestran los textos de reforma de Urukagina, existían tendencias secularizadoras que iban en contra de la idea del

estado divino. El monarca, independientemente del templo y de los sacerdotes, intentaba asegurar su poder creando una propiedad territorial personal. Los funcionarios, por su parte, actuaban con despotismo y autonomía, como demuestran, los abusos fiscales condenados por Urukagina. Los textos no dan apenas datos sobre las posibles tensiones sociales subyacentes. Además, hay que tener en cuenta que los textos de reforma nos sitúan ya en la última o penúltima generación de la primera época dinástica. La inmigración de los acadios fue seguramente una de las causas —aunque no la única— del derrumbamiento del sistema sumerio.

Los monumentos de escritura cuneiforme dan pocos datos sobre las corrientes espirituales durante la época protodinástica, ya que la literatura en sentido estricto, que constituirá más adelante nuestra fuente principal de información, hizo su aparición en Babilonia en época relativamente tardía. En el archivo de Shuruppak se han hallado fragmentos aislados de textos que apenas pueden interpretarse como textos literarios. El primer texto literario sumerio sobre mitología que ha llegado hasta nosotros pertenece al siglo XXIII. La mayor parte de los textos literarios sumerios conocidos pertenece a la última fase de la lengua hablada sumeria: época de Gudea, Ur III y los primeros doscientos cincuenta años después de Ur III. Esto no quiere decir que la actividad literaria y el interés por la literatura surgieran tan tarde; lo que surgió tarde fue la forma escrita.

Por tanto, tenemos que recurrir a otras fuentes para saber algo sobre las concepciones religiosas: por ejemplo, a textos económicos, cuyos datos sobre los sacrificios esclarecen el funcionamiento del culto; al contenido de los nombres de persona teóforos (por ejemplo, «el dios del sol administra la justicia); a los epítetos divinos, como los que aparecen ocasionalmente en las inscripciones reales; a prácticas mágicas, como las descritas en la estela de los buitres de Eannatum de Lagash, etc. Las artes plásticas son una fuente importante para completar nuestro conocimiento de las ideas religiosas. Por ejemplo, la representación del monarca por-

tando una espuerta en la cabeza (estela de Urnanshe) expresa su responsabilidad en la construcción del templo. Las estatuillas de orantes dan una idea de las costumbres religiosas. El águila con cabeza de león que sujeta en sus garras dos animales es, según textos literarios recientes, el animal emblemático del dios Ningirsu de Lagash. Sin embargo, no todas las imágenes nos descubren su trasfondo espiritual. Así, por ejemplo, se ha convenido en relacionar el domador de animales que aparece a menudo en los sellos cilíndricos con Gilgamesh, pero faltan —también en época posterior — testimonios literarios seguros que confirmen esta suposición. La idea de un dios antropomorfo está atestiguada a fines de la época primitiva y tiene vigencia durante la época protodinástica. La representación ocasional de las divinidades por un símbolo o un animal emblemático no contradice fundamentalmente este hecho.

Desde la época de los archivos de Shuruppak, por lo menos, se formó un sistema teológico suprarregional. La gran lista de dioses de Shuruppak está encabezada por An, Enlil, Inanna, Enki, Nanna y Utu. Estos son los grandes dioses cósmicos de Sumer (faltan únicamente el dios de la tempestad y la «diosa-madre», que aparecen más adelante en la lista). Como las listas babilónicas antiguas están encabezadas de manera parecida, podemos hablar de una tradición ininterrumpida. Al sistema del «panteón nacional» sumerio que se superponía a los dioses locales correspondía la posición central de la metrópoli religiosa Nippur y su dios Enlil, reconocida por todos. Enlil, siguiendo un proceso típico de las religiones mesopotámicas en las que una generación divina sigue a la otra, ocupó el puesto de su padre An, que pasó a ser un *deus quiescens*. No es seguro que este proceso reflejara una situación política. Cabría pensar que durante la época protodinástica II, Uruk, ciudad sagrada de An, perdió su posición preeminente. La base de la vida espiritual era la escuela, la «casa de las tablillas», en la que se iniciaba a los escribas en el difícil arte de la escritura y en sus diferentes usos. Ya se dijo que determinadas listas de signos que en su

forma más antigua aparecen en el estrato Uruk IVa se han hallado, ampliadas por lo común, en los archivos de Jemdet Naṣr y Shuruppak. La tradición de la escuela es la fuerza espiritual que ejerció su influjo, por encima del tiempo y de la destrucción, hasta el segundo y el primer milenio antes de Cristo, y que fue el principal transmisor de la cultura babilónica a los países vecinos.

Cuadro cronológico II. — Épocas protodinástica, de Akkad y de los guteos *

UR					
			URUK	KISH	
Tablillas arcaicas			Gilgamesh		
			Mebaragesi	Aka	
		LAGASH			
				(Mesalim)	
		Enkhengal (Mesalim)		SHURUPPAK	
				(archivos)	
	UMMA				
	Ush	Urnanshe (2520)			
Mesanepada	*Enakale*	Akurgal (2490)			
Meskiangnuna		Eannatum (2470)			
Balulu	*Urlumma*	Entemena (2430)	*Lugalkinge-neshdudu*		
		Eannatum II (2400)			
		Lugallanda (2370)		ADAB	ELAM
AKKAD	*Lugalzagesi*	Urukagina (2355)		*Lugalzagesi*	
Sargón (2340-2284)				*Meskigala*	*Lukhkhishshan*
Rīmush (2284-2275)					
Manishtūshu (2275-2260)					*Epirmupimita*
Narāmsīn (2260-2223)					
Sharkalisharrī (2223-2198)					
5 reyes (2198-2159)					*Kutikinshushinak*
			Utukhengal (2116-2110)		

Los nombres sin fechas están ordenados aproximadamente; los nombres en cursiva según sincronismos con otros monarcas.

2800
75
50
25
2700
75
50
25
2600
75
50
25
2500
75
50
25
2400
75
50
25
2300
75
50
25
2200
75
50
25
2100

3. El primer imperio semítico

Hacia mediados del siglo XXIV, el mapa del Próximo Oriente que contempla el historiador es muy diferente del mapa al que estamos acostumbrados. Sólo una zona central aparece clara: la baja Mesopotamia, aproximadamente. Sus vecinos inmediatos por el sureste, el Elam, y por el noroeste, la región del Éufrates medio que circunda a Mari, aparecen en penumbra. Y, salvo algún claro fugaz, reina la oscuridad en todo el resto. En efecto, únicamente la baja Mesopotamia, que es el centro de una importante civilización original, emplea, y ello cada vez con mayor eficacia, uno de los descubrimientos más fecundos realizado medio milenio antes para proporcionarnos documentos escritos, sin los cuales el conocimiento preciso del pasado sigue siéndonos inaccesible. Gracias sobre todo a la documentación mesopotámica conocemos el Elam y Mari, que, apropiándose de su escritura e incluso de su lengua, al mismo tiempo que de su cultura, comienzan a proporcionarnos algunos textos. Y gracias exclusivamente a ella conocemos algo de las otras regiones periféricas, en los casos en que las menciona: la costa oriental, desde Arabia a Irán, y desde los Zagros a Asiria y a Siria. En realidad, para ninguno de estos países, incluida Mesopotamia, y aunque siempre en número que nos resulta demasiado escaso (sólo se han explorado algunos modestos yacimientos «provincianos»), faltan los testimonios mudos arrancados al suelo por los arqueólogos. Pero son muy difíciles de interpretar y a menudo imprecisos.

Tendremos, pues, que contentarnos todavía, para el período que aquí se considera, con una visión «mesopotamocéntrica». Es éste un dato que no debe olvidarse para corregir la óptica de la recons-

titución histórica. Pero es también un hecho capital de esta misma historia, ya que por él se traduce el dominio de la Mesopotamia sobre el mundo de sus alrededores: el Próximo Oriente entero.

I. MESOPOTAMIA

A. Fuentes

Las fuentes de que disponemos para reconstruir la historia en el transcurso de estos dos o tres siglos están constituidas esencialmente por toda la producción gráfica indígena que ha podido encontrarse.

La sucesión de reinos y de «dinastías» —marco de referencia general de la época entera— se ha conservado en la *lista real sumeria,* documento imperfecto que no podría utilizarse sin cierto espíritu crítico, pero cuya veracidad fundamental es muy probable para una época tan cercana al tiempo en que fue realizada, y ha quedado comprobada además por sus coincidencias con los datos de los documentos contemporáneos.

Estos últimos, que pueden colmar muchas de las lagunas de la lista real y ayudarnos a completar el mero esquema que aquélla nos presenta, consisten principalmente en inscripciones reales: estelas de victorias, dedicatorias de objetos o de edificios —cuya misma dispersión es elocuente, ya que muestra la extensión del poder de su signatario—, y también en la mención de hechos epónimos que, según el sistema corriente desde entonces en Mesopotamia, servían para señalar las fechas de los distintos reinados, a falta de una era universal de referencia. Muy pocas son, sin embargo, las inscripciones que se han conservado en sus monumentos originales y, cuando estos últimos han llegado hasta nosotros, ha sido, desgraciadamente, muy a menudo en pésimas condiciones de conservación.

En el caso particular de los reyes de Akkad, la laboriosidad de escribas posteriores en varios siglos ha sabido compensar en algu-

nos casos los estragos del tiempo: desde la época paleobabilónica, quizá con una finalidad política, se han copiado acá y allá, generalmente con mucho cuidado e incluso a veces clasificándolas en un orden que debía representar la idea que se tenía entonces de la sucesión de hechos, un cierto número de inscripciones reales. Afortunadamente, algunas de estas copias se nos han conservado, sobre todo en Nippur y en Ur, junto a obras que ofrecen menos garantías —porque pueden considerarse imitación más que transcripción de originales—; pero las primeras tienen para nosotros el valor de originales. Mas, incluso con su ayuda, el «llenado» del cuadro cronológico sigue siendo muy imperfecto, con enormes lagunas muy desigualmente repartidas y con cuestiones capitales sin resolver.

Por esta razón, el historiógrafo se ve obligado a servirse de una documentación más abundante, pero cuyo grave defecto es su origen más reciente, a veces demasiado, lo que hace que su uso sea arriesgado y delicadísimo. Se trata, en primer lugar, de piezas que guardan por lo menos las apariencias de la historia: listas de hechos notables presentados en forma de crónica o distribuidos, por los autores de libros divinatorios, de acuerdo con los «presagios» que parecían haberles acompañado. La documentación esencial de estas nomenclaturas puede incluso remontarse hasta los hechos que rememora, por lo que de ellas se pueden obtener, después de un examen crítico, algunos datos importantes y por lo demás desconocidos. Pero el género literario del que forman parte era muy dado a lo maravilloso, y con el tiempo han debido enriquecerse con detalles de fantasía.

Estos últimos abundan en otra serie de producciones, de tipo francamente imaginativo, que nos son conocidas desde principios del segundo milenio. Los antiguos mesopotámicos parecen, en efecto, haberse dado cuenta muy pronto de que la época gloriosa en la que su país, por primera vez, había alcanzado tan alto renombre quedaría como una de las cimas de su historia; rápidamente, quizá desde la caída de Akkad, se creó una tradición folk-

lórica, y posteriormente literaria, sobre esta gesta y sus protagonistas. A ella se debe la existencia de poemas y hasta de verdaderos fragmentos de epopeya que reflejan a menudo la lección, moral o «teológica», enseñada por el destino de aquellos seres excepcionales, sobre todo Sargón y Narāmsīn. Algunas de estas piezas destacan la gloria de su tiempo; otras hacen resaltar su fin catastrófico: como si la tradición hubiera dudado —duda que debe hacer reflexionar al historiador— del sentido definitivo que debía darse a esta antigua aventura. Sin duda desde el principio, y cada vez más a medida que los hechos se iban haciendo más borrosos, en esta tradición lo legendario se mezcló con lo auténtico; es una tarea difícil y a menudo imposible intentar separarlos, sobre todo cuando no existe algún documento indiscutible que ayude a diferenciarlos. Las grandes peripecias, despojadas de precisiones imaginarias, son las únicas que pueden llegarnos más o menos en línea recta del pasado. Pero no es siempre fácil aislar lo que puede subsistir de original en tan enorme torrente de leyendas. En tales casos, un cierto escepticismo sin obstinación puede ser para el historiador la actitud más sana.

Este pisa un suelo más sólido cuando emprende la reconstrucción de la historia social, económica y «espiritual» de la época. En efecto, no tiene más que añadir a todo lo precedente una notable cantidad de piezas administrativas de todas clases, en particular cartas y papeles de negocios y de jurisprudencia; además, algunos textos exclusivamente literarios o religiosos, todavía raros en la época; y, por fin, el tesoro onomástico, en el que se ocultan no solamente informes de orden etnográfico, sino también gran cantidad de testimonios irreemplazables sobre el sentimiento religioso y las ideas teológicas. Por desgracia, tales documentos originales no son, ni mucho menos, tan numerosos como quisiéramos, y, sobre todo, lo azaroso de su descubrimiento los ha repartido muy desigualmente en el tiempo, en el espacio y en orden de importancia: tal o cual reinado, lugar o aspecto de la vida corriente están

copiosamente descritos, mientras que otros casi no lo están, o no lo están en absoluto, a pesar de su mayor importancia.

En último caso, si lo que se puede intentar reconstruir gracias a este acopio de materiales no constituye todavía una verdadera *historia,* en sentido estricto, es decir, una sucesión suficientemente evidente e ininterrumpida de hechos seguros, nuestra reconstrucción será de todas formas mucho más completa y más segura que la de los siglos anteriores, tanto en lo que se refiere al transcurso general de la evolución como a la sucesión ordenada de los reinados y de los acontecimientos que la han determinado y jalonado.

B. Cronología

A fin de proceder con método, es preferible, en primer lugar, establecer el orden de estos reinados, es decir, la cronología «absoluta» y relativa de la época.

Y puesto que para ello nos vamos a servir del hilo de Ariadna de la lista real, veamos primero cómo nos presenta la historia del país después de Lugalzagesi: «Vencida Uruk, el poder real pasó a Akkad[48]. Allí, Sargón, hijo adoptivo de un cultivador de palmeras, después copero mayor de Urzababa, más tarde rey de Akkad, construyó la ciudad de Akkad, y, nombrado rey, reinó durante cincuenta y seis años. Luego, Rīmush, hijo de Sargón, reinó nueve años. Luego, Manishtūshu, hermano mayor de Rīmush e hijo de Sargón, reinó quince años. Luego, Narāmsīn, hijo de Manishtūshu, reinó treinta y siete años. Luego, Sharkalisharrī, hijo de Narāmsīn, reinó veinticinco años. Luego, ¿quién fue rey?, ¿quién no fue rey?, ¿fue rey Igigi?, ¿fue rey Nanum?, ¿fue rey Imi?, ¿fue rey Elulu? Los cuatro a la vez ejercieron el poder real y reinaron durante tres años. Luego, Dudu reinó veintiún años. Luego, Shū-DURUL[49], hijo de Dudu, reinó quince años. En total, 11 reyes, que reinaron ciento ochenta y un años.

»Vencida Akkad, el poder real pasó a Uruk. En Uruk, Urnigin llegó a ser rey y reinó siete años. Luego, Urgigir, hijo de Urnigin,

reinó seis años. Luego, Kudda reinó seis años. Luego, Puzurilī reinó cinco años. Luego, Ur'utu reinó cinco años. En total, cinco reyes que reinaron treinta años.

»Vencida Uruk, el poder real pasó a la horda de Qutūm (de los guteos)[50]. En la horda de Qutūm hubo primero un rey cuyo nombre no se ha conservado[51]. Luego, Imta' llegó a ser rey y reinó tres años. Luego, Inkishush reinó seis años. Luego, Sarlagab reinó tres años. Luego, Shulme' reinó seis años. Luego, Elulumesh reinó seis años. Luego, Inimabakesh reinó cinco años. Luego, Igesha'ush reinó seis años. Luego, Iarlagab reinó quince años. Luego, Ibate reinó tres años. Luego, Iarlangab reinó tres años. Luego, Kurum reinó un año. Luego, Khabilkīn (?) reinó tres años. Luego, La'erabum reinó dos años. Luego, Irarum reinó dos años. Luego, Ibrānum reinó un año. Luego, Khablum reinó dos años. Luego, Puzursīn, hijo de Khablum, reinó siete años. Luego, Iarlaganda (?) reinó siete años. Luego, Si'um reinó siete años. Luego, Tiriqan reinó cuarenta días. En total, 21 reyes, que reinaron noventa y un años y cuarenta días.

»Vencida la horda de Qutūm, el poder real pasó a Uruk. En Uruk, Utukhengal llegó a ser rey, y reinó siete años, seis meses y quince días…»[52].

Hay que tener en cuenta que otra tradición textual, contenida en algunos manuscritos, ignora por completo el párrafo consagrado a los guteos: después de la dinastía de Akkad y antes de la de Ur III no habla más que de una dinastía de Uruk, cuya duración prolonga hasta cien años.

En este esquema, que ningún elemento coetáneo confirma como tal, pero que, sin embargo, tiene visos de ser verídico a su manera (habrá que ver cómo), hay que distinguir:

a) *La cronología relativa*: enumeración de reyes y orden de sus reinados. En primer lugar, los nombres de los cinco primeros reyes de Akkad son sobradamente conocidos por otros conductos, y si hay puntos que podrían hacernos dudar de la posición relativa de alguno de ellos, como el hecho de que a Rīmush le haya sucedi-

do Manishtūshu, su hermano mayor, cosa por otra parte muy posible, el conjunto de nuestra documentación confirma sin reservas el orden adoptado por la lista real. Lo mismo puede decirse de sus sucesores, aunque solamente tres de ellos estén atestiguados por algunos documentos de la época; veremos cómo todo induce a pensar que, después de una época de supremacía, representada *grosso modo* por sus cinco primeros reyes, Akkad conoció la decadencia, que comenzó con un breve tiempo de anarquía, el de los cuatro rivales, y que siguió en un período más largo, en el transcurso del cual una aparente restauración del orden y el poderío no fue capaz de evitar la recaída definitiva en la insignificancia política.

Por el contrario, no sabemos nada de los cinco reyes siguientes de Uruk, ni tampoco del posible predominio, en esa época, de su ciudad sobre el país; y, sin embargo, la tradición atribuye la ruina de Akkad a los guteos. Ahora bien, entre los primeros reyes de éstos cuyos nombres nos han sido conservados por la lista real, dos por lo menos parecen haber sido contemporáneos de la dinastía de Akkad: el cuarto, Sarlagab, al cual Sharkalisharrī se vanagloria de haber vencido dándole el nombre de Sarlag, y el sexto, Elulumesh, en el que no parece imprudente reconocer, escrito a la manera gutea, al Elulu mencionado entre los cuatro reyes rivales. Hay que admitir, pues, que la «dinastía» de Qutūm suplantó a la de Akkad, quizá después de haber luchado con ella algún tiempo. Si la lista real ha colocado a Uruk en primer lugar, puede ser en razón del espíritu sistemático que ha animado claramente a sus compiladores, una de cuyas tesis más claras, a los ojos de quien lee su obra sin interrupción, parece ser que existe una perpetua alternancia del sur y del norte en «el poder real del país»: en tal caso, después de Akkad, que representa al norte, colocaron a Uruk, ciudad del sur; y los autores de la tradición textual mejor representada, que tiene en cuenta a los guteos, fragmentaron, en cierto modo, la IV dinastía de Uruk, para intercalar en ella a esos bárbaros

del norte, antes de volver al sur con Utukhengal, quien, como todo el mundo sabía, los había expulsado definitivamente.

Sin embargo, la elección de Uruk puede haber sido motivada por hechos de los que no nos queda ya ningún testimonio: es posible que esta ciudad, después o incluso poco antes de la caída de Akkad (bajo Sharkalisharrī, según se verá), consiguiera, gracias, por ejemplo, a una revuelta instigada por ella misma, colocarse en situación más o menos preponderante. Pero es muy poco probable que un tal predominio de Uruk se haya extendido fuera del sur del país; el norte, durante este tiempo, se encontraba bajo el dominio de los guteos, y sabemos que la lista real cita muy a menudo como sucesivas dinastías que fueron contemporáneas. Y, sobre todo, tal preponderancia, si es que existió alguna vez, lo fue, sin duda, por un tiempo muy breve; es muy significativo, por ejemplo, que el texto corriente de la lista real no le conceda más que treinta años, contra los noventa de los guteos. Las ciudades sumerias «liberadas», sometidas o no anteriormente a Uruk, terminaron por volver a caer prácticamente bajo el dominio de una de ellas. Y a ésta, aunque la lista real no la cita ni una sola vez, la conocemos muy bien por otros conductos: Lagash[53].

Entre Rīmush y Utukhengal nos han quedado más de 15 nombres de *ensi* y un considerable material epigráfico relacionado con alguno de ellos. El último, Nammakhani, fue eliminado por el vencedor de Utukhengal: Urnammu, fundador de la III dinastía de Ur. Antes de él, Ur-GAR y su predecesor, Pirigme, debieron de reinar muy poco tiempo en una Lagash ya menos poderosa. Pero el padre de Pirigme, Urningirsu, y sobre todo el padre de este último, el famoso Gudea, y el suegro de Gudea, Urbaba, parecen haber instaurado y conservado durante cerca de medio siglo una verdadera hegemonía de Lagash sobre todo Sumer. Lo que ya no podemos es situar con exactitud en el tiempo a sus predecesores, ni estimar su importancia política; pero no hay duda de que es Lagash, o al menos esta sucesión de *ensi*, de Urbaba a Nammakhani, la que hubiera debido figurar en lugar de Uruk IV en la lista real, si los autores

de ésta no hubieran decidido, al parecer, no nombrar jamás a una ciudad que los primeros monarcas de Ur III, para quienes realizaban su obra, consideraban entonces su enemiga mortal.

Sea como fuere, con Utukhengal entramos ya, muy a finales de este período, en un terreno más sólido; por lo menos, la tradición es tajante: fue él y no otro quien puso fin a la preponderancia de los guteos.

b) En cuanto a la *cronología absoluta* (duración de los diversos reinados cuya sucesión se ha establecido y su relación con nuestro propio cómputo del tiempo): es muy probable que, en primer lugar, entre los datos dados por la lista real sea preciso poner las cifras relacionadas con los reyes de Akkad, por un lado, y con Utukhengal, por otro, aparte de las que indica para Uruk IV y los guteos.

Si, según parece probable, la lista se compuso poco después de Utukhengal, no hay razón para dudar de las cifras, por lo demás más precisas que las otras, de «siete años, seis meses y quince días» que le concede para su reinado. Y es también muy probable que el número de años que se atribuyen a los reyes de Akkad, que son muy verosímiles, tenga su origen en los propios archivos de estos monarcas, cuya administración debía tener cuidadosamente al día las listas de los «nombres de años». Aunque admitiendo por prudencia una posible fluctuación de algunos años, se pueden, pues, aceptar los datos de la lista real, teniendo en cuenta sobre todo la fijeza de su tradición manuscrita. Así, pues, sería preciso contar unos ciento ochenta años entre los comienzos de Sargón y la desaparición de Shū-DURUL.

El problema se plantea de forma muy diferente para las dinastías de Uruk y Qutūm. Aparte de las cifras individuales, cuyo valor es sorprendentemente bajo y gira alrededor de seis (número base en el sistema sexagesimal sumerio), lo cual nos hace pensar en cifras redondeadas y artificiales, lo que debe llamar nuestra atención es el hecho de que las dos redacciones de la lista real, la que cita a los guteos y la que los silencia, nos dan prácticamente un mismo

total de unos cien años para el período siguiente a Akkad y que comprende paralelamente al norte los guteos y al sur Uruk IV y Lagash II. Se trata, pues, del número que *grosso modo* debía figurar en el arquetipo de esta doble familia de manuscritos de la lista, lo que es una nueva garantía de ésta, aunque los nombres que hay que añadir para conseguir este cómputo sean individualmente muy dudosos.

Como, por otra parte, hemos comprobado un sincronismo entre los primeros reyes guteos (contemporáneos de Uruk IV) con Sharkalisharrī, hay que suprimir del total que representan los ciento ochenta años de Akkad y el centenar de años de Qutūm/Uruk IV/Lagash II, la cincuentena de años que, poco más o menos, separa a Sharkalisharrī de su último sucesor, Shū-DURUL. Lo que nos convierte en doscientos treinta años, aproximadamente, el tiempo transcurrido desde Sargón de Akkad hasta la victoria de Utukhengal sobre los guteos. Ésta es una cifra redonda, pero, con un margen de diez o veinte años —no puede pedirse menos, dado el estado actual de la documentación—, tiene muchas probabilidades de ser justa.

Para relacionar estos datos cronológicos con nuestro propio cómputo del tiempo, si tomamos como base del cálculo el año 2110 para la subida al trono de Urnammu, sucesor de Utukhengal, según el sistema cronológico adoptado en esta obra, obtendremos el esquema de cronología «absoluta».

Es preciso volver a decir que estas fechas son probables y aproximadas, de acuerdo con el sistema mediante el cual se han deducido. Y como tales no tienen más que una importancia secundaria. Desde el punto de vista de su certeza histórica, lo más importante es el esquema que nos permite situar los hechos principales. Reducido a lo esencial, es sencillo: de los doscientos treinta años que se comprenden en el presente capítulo, poco más o menos la mitad ha conocido el nacimiento, el desarrollo y la muerte del imperio de Akkad; la otra mitad, un desarrollo paralelo del norte y del sur, cuyo destino fue luego muy divergente.

C. El imperio de Akkad

Este imperio (2340-2198 aproximadamente) es obra de una dinastía en el verdadero sentido de la palabra, ya que los cinco reyes que lo crearon se sucedieron de padre a hijo, durante cerca de siglo y medio; y no hay duda de que tal continuidad constituyó a la vez una causa y una señal de la prolongada solidez de este edificio político. Sin embargo, no parece que esta continuidad haya dejado de costar sus trabajos, pues es tradición que por lo menos Rīmush y Manishtūshu perecieron de muerte violenta, a consecuencia de revueltas palaciegas; lo mismo le sucedió a Sharkalisharrī, pero ya tras él la dinastía no se recuperó.

Sus nombres (el primero, por lo menos, es un «nombre de reinado», no el nombre propio: Sargón/*Sharrukīn*, «rey verdadero»; probablemente también Sharkalisharrī: «rey de todos los reyes») constituyen, poco más o menos, todo lo que sabemos de la personalidad de estos soberanos; salvo algunos datos sobre sus familiares inmediatos y sobre su corte, las inscripciones originales no nos han dado ningún detalle biográfico.

Incluso de Sargón, el primero y más importante de ellos, es muy poco lo que sabemos de sus orígenes y de su accesión al trono. Ya a finales del tercer milenio se le creía salido de la nada. Más tarde se le atribuye un padre nómada y una madre vestal, que lo abandonó en el río, el cual le transportó hasta su padre adoptivo, un aldeano. Pero ésta es una historia muy conocida, desde Moisés hasta Rómulo y Remo, con la que se trata de aclarar el oscuro origen de grandes hombres, hijos de sus hazañas. Pero vale la pena examinar de cerca esta leyenda, pues parece contener algunos datos que se deben recordar. Esta leyenda nos da como ciudad de nacimiento o de educación del futuro rey a Azupirānu, «ciudad del azafrán», totalmente desconocida, situada «en las orillas del Éufrates», y designa el territorio en que habitaron sus antepasados paternos como «la Montaña». Ahora bien, esta última palabra se aplicaba con frecuencia a los confines del desierto, y «orillas del Éufrates» a una región determinada, en los alrededores de la desembocadura

del Khābūr-Balīkh. Este territorio estaba ocupado en aquella época por los semitas, que en su mayoría eran aún seminómadas dedicados a la cría del ganado, y que, desde tiempos prehistóricos, abandonaban con mucha facilidad en grupos sus mesetas subdesérticas y su vida vagabunda para infiltrarse en las ricas ciudades fronterizas, sobre todo en las de la baja Mesopotamia. La zona norte de esta región, principalmente, estaba ocupada por ellos desde hacía mucho tiempo; vivían en aglomeraciones más o menos importantes, de las que Kish parece haber sido la principal. Hasta esta época se encuentran allí en estrecha dependencia cultural (y a menudo incluso política) de Sumer.

La leyenda de los orígenes de Sargón destaca, pues, el carácter semítico del personaje: éste formaba parte de aquella larga serie de inmigrantes que hasta entonces habían permanecido en la oscuridad. Hasta tal punto llega a ser su representante que, tras adquirir importancia histórica con él y sus cuatro sucesores, ya no se les dará más que el nombre de *acadios*, derivados del de su capital, *Akkad*. Este nombre se extendió también a la parte norte de la baja Mesopotamia y el sur guardó el de Sumer. Con Sargón, los semitas salen del incógnito, y él y sus sucesores llevan nombres semíticos; su lengua, el «acadio», suplanta poco a poco al sumerio; en los bajorrelieves, los rostros barbudos y de abundante cabellera reemplazan a las cabezas sumerias, redondas y calvas… Es éste un hecho de suma importancia —del que nos ocuparemos más adelante— en la historia de Mesopotamia, dominada por el dualismo y, hasta cierto punto, por la rivalidad cultural entre sumerios y semitas.

Si damos crédito a la misma leyenda, Sargón nació en una población semítica que era ya sedentaria, aunque sus antepasados no lo eran todavía. Surge a la vida política, no sabemos cómo, en el gran centro semítico de Kish; la lista real le nombra como «copero mayor» del segundo rey de la III «dinastía» de Kish, Urzababa. Sin duda, más tarde se sublevó contra su soberano, quizá aprovechando alguna derrota sufrida por éste y que dejara a Kish en ruinas.

Gracias a una suerte inmensa que la tradición atribuía a una especial inclinación en favor suyo de la gran diosa semítica Ishtar, Sargón consiguió hacerse con un territorio alrededor de la ciudad de Akkad, que él construyó u organizó como capital, como se dirá más tarde, por orgullo. El emplazamiento de esta ciudad nos es desconocido; pero, como un documento contemporáneo la sitúa cerca de Kish y según la tradición no estaba lejos de Babilonia, puede deducirse que debía de encontrarse en la región de la actual al-Ḥilla, y probablemente a orillas del Éufrates.

Nos faltan, desgraciadamente, detalles sobre la obra esencial de Sargón, la creación de un imperio alrededor de Akkad. O, más bien, desconocemos el hilo que, relacionando uno con otro los hechos cuyo recuerdo ha llegado a nosotros, nos ayudaría a encontrar la *génesis* de este imperio. Esto puede remediarse siguiendo el orden que adoptaron los escribas de Nippur para sistematizar sus transcripciones, o, a falta de otros medios, haciendo uso de la «lógica»; pero todos sabemos con qué facilidad, en materia de historia, nos induce la lógica a errores.

Daremos, sin embargo, por seguro que el punto de partida y el centro de este imperio fue la ciudad de Akkad; «rey de Akkad» es el primero de los títulos que se da Sargón. A él añade «rey de Kish», pues la antigua capital, aun en ruinas, conservaba todo su prestigio, y también porque la primera preocupación del nuevo rey, al conquistarla, debió ser asegurarse el dominio de todo el norte del país. Quizá lo hiciera pretextando liberarla del mandato de Uruk y «restaurarla».

Una vez dueño del norte y sintiéndose poderoso, Sargón no podía evitar la tentación de perseguir a Lugalzagesi hasta en sus propias tierras. Una sola campaña no fue suficiente, con toda probabilidad, para vencerle a él y a los «50 gobernadores» que le apoyaban; en las inscripciones contemporáneas se encuentran alusiones a un triple asalto y a «34 batallas», después de las cuales, vencido el rey de Uruk definitivamente, luego de haberlo hecho prisionero y de haberlo llevado cargado de grillos ante el templo de Enlil,

santuario nacional de Nippur, Sargón se convirtió en dueño absoluto de Uruk, Ur, Eninmar, Lagash y Umma, es decir, de todo el territorio sumerio «hasta orillas del mar». En lo sucesivo, el rey de Akkad y de Kish podía añadir a sus títulos el de «rey del país».

¿Fue el deseo de imitar a Lugalzagesi el que le impulsó aún más lejos, o más bien el de protegerse de las amenazas o de las provocaciones de los países circundantes, inquietos al ver surgir esta potencia en sus proximidades? No lo sabemos. Parece ser, en todo caso, que Sargón dirigió sus pasos primeramente hacia Occidente, después de haber reunido a «todo el país» bajo su mando. Según las Crónicas, esta conquista del noroeste, la más extraordinaria hazaña de Sargón, fue realizada en dos grandes campañas, una en «el año 3» y otra en «el año 11» de su reinado. Puede ser que en el transcurso de la primera se contentó con someter a Tuttul (la actual Hīt, a orillas del Éufrates) y el paso hacia el norte, es decir, Mari, remontando algo el río. Pero es seguro que su doble campaña llevó al rey de Akkad hasta la Siria del Norte (Ebla), hasta las orillas del Mediterráneo (Iarmuti), al Líbano (el «bosque de cedros») y al Tauro, por lo menos a sus bordes orientales (¿«las montañas de plata»?). La leyenda —en la que no podemos ya discernir lo que ha conservado de histórico— tomó pronto gran importancia en relación con esta prodigiosa historia. No solamente cita ciudades conquistadas, ignoradas por las inscripciones, como Karkemish, sino que nos habla de que Sargón cruzó el Mediterráneo para conquistar el «País del Estaño» (probablemente Chipre, o algún territorio ribereño, al sur del Asia Menor) y Creta, y por otra parte llegó hasta Anatolia, a Burushkhanda; al sur del Lago de la Sal (lago de Tuz). Faltos de pruebas más sólidas, es prudente no tomar tales afirmaciones al pie de la letra. Como el relato de la campaña en Anatolia, sobre todo, habla de negociantes acadios instalados en el país, como lo estarán algunos siglos más tarde los célebres *tamkarum* asirios, puede suponerse que el folklore ha transformado en conquista el simple envío de misiones comerciales. A fin de cuentas, Sargón, sobre un eje de más de 1500 kilómetros, había

unido en un solo territorio controlado por él el «mar Inferior» (el golfo Pérsico) y el «mar Superior» (el Mediterráneo).

La ocasión de realizar conquistas por otras zonas pudo venirle de las medidas de precaución tomadas por sus vecinos del este, el Elam y el Warakhshe, que habían formado una coalición, sin duda con la esperanza de disminuir los ímpetus de su terrible rival mesopotámico. En una doble inscripción (¿relacionada quizá con una doble campaña?), este último se jacta de haber vencido juntos a los dos aliados, de los que enumera con soberbia, junto a los reyes, a los gobernadores y a los altos dignatarios, las ciudades en que había conseguido un botín importante.

Los textos divinatorios nos han dejado constancia de la conquista por Sargón del «País de Subartu», entidad geográfica mal definida, que puede representar la alta Mesopotamia, desde los Zagros hasta el Khābūr-Balīkh, o incluso puntos más occidentales. No es seguro que tal empresa pasara de ser un proyecto del fundador de la dinastía de Akkad. Parece, en cambio, haber trazas de una expedición septentrional en el «nombre de año» de su reinado que conmemora una campaña a Simurrum, hacia los Zagros. La ocupación acadia de la región de Kirkūk, por un lado, y de Asiria, por otro, nos hace suponer que Sargón fue el primero en establecer allí su hegemonía, durante el transcurso de su interminable reinado.

Incluso en el caso de que los «cincuenta y seis años» que le atribuye la lista real abarquen también, como es muy posible, el principio de su carrera, la época en que todavía desempeñaba un modesto papel junto a Urzababa, o se estaba creando en los alrededores de Akkad un pequeño principado, le debió quedar a Sargón suficiente tiempo para llevar a cabo innumerables proezas de las que se ha perdido el recuerdo. Él mismo se llamó «el que ha recorrido (?) las Cuatro Zonas», expresión acadia que designa el universo. La enormidad de su obra y la inmensidad de sus conquistas han desbordado la imaginación del pueblo y de los poetas. Seguramente se pensaba en él cuando se describían, un poco más tarde, las ha-

zañas de Gilgamesh. Se tomó buen cuidado de anotar los 65 países y capitales de su enorme imperio, y las distancias de miles de kilómetros que separaban sus cuatro extremos del centro y de la capital. Incluso se ilustró un mapa mitológico del universo con los países lejanos y maravillosos que sólo él había visitado en compañía de dos personajes fabulosos…

Sin embargo, su reino debió conocer no pocas reacciones de tantos pueblos oprimidos, reveses e incluso desastres que la tradición achaca a su enorme extensión. Y su sucesión no había de ser nada fácil. Hasta el fin de su imperio no dejaron de estallar revueltas por todas partes, comprometiendo sin cesar sus límites y su coherencia, obligando a sus sucesores a reconquistarlo, por decirlo así, constantemente.

Por estas razones, *Rīmush* (2284-2275) tuvo muy pronto que afrontar sublevaciones «en cadena» en el país de Sumer (Ur y Lagash; Umma; Adab, Uruk y Kazallu) y, más tarde, en el «tercer año de su reinado», en una guerra sin piedad en la que no faltaron ni los «mares de sangre» ni las ciudades arrasadas, que arremeter contra sus dos vecinos del este, Elam y Warakhshe, coaligados de nuevo para sacudirse la tutela de Akkad. Su presencia ha quedado también señalada al norte de Nínive, por la fundación de una ciudad a la que dio su propio nombre, y en el alto Khābūr, por una inscripción suya encontrada en la «fortaleza» de Tell Brāk.

En cuanto a *Manishtūshu* (2275-2260), parece que tuvo al principio que ocuparse de sofocar una nueva sublevación de sus satélites orientales, Anshan y Sheriku, de los que hubo de someter «32 ciudades» para conservar su soberanía en el Elam; y más tarde, en la orilla izquierda del golfo Pérsico, conquistar (¿o reconquistar?) las canteras de «piedra negra». Una inscripción suya encontrada en Asur, y el persistente recuerdo, medio milenio más tarde, de que había fundado en Nínive el templo de Ishtar, prueban que también se ocupó de la parte norte de sus dominios.

Un poema acadio del segundo milenio nos relata cómo las ciudades mesopotámicas de Kish, Kutha, Kazallu, Marad, Umma, Ni-

ppur, Uruk, Sippar, los países de Magan, al sur; de Elam, Warakhshe, Mardaman y Simurrum, al este y al nordeste; Namar y Apishal, al norte, y Mari, al oeste, se sublevaron a un mismo tiempo contra *Narāmsīn* (2260-2223), al principio de su reinado. La formidable simultaneidad de tal revuelta es indicio de elaboración poética; pero está fuera de dudas que estas ciudades y países, e incluso otros más, se sublevaron sucesivamente en el transcurso de los treinta y siete años de reinado del nieto de Sargón, y sus propias inscripciones nos lo prueban. Sin duda al haber recorrido los caminos abiertos por todas partes por su augusto antepasado, y hasta ir más lejos que él, del norte al sur y del este al oeste, al haber ocupado territorios «que ningún otro rey antes que él había conquistado», Narāmsīn mereció, más que ninguno otro de su dinastía, que se le comparara con el gran Sargón no solamente por su gloria, sino también por aquel mismo orgullo, origen de catástrofes. Y por el título propiamente «imperial» y no usado hasta entonces de «rey de las Cuatro Zonas» que él mismo se dio, vemos que se sentía, más aún que el propio Sargón, vencedor y dueño del universo. Pero cuando se acierta a leer entre líneas, aunque sus inscripciones, según las normas del género, no relatan más que victorias, se siente ya entre tanto triunfo algo así como el presentimiento de un desastre. Así, por ejemplo, si Narāmsīn ha tenido, al fin y al cabo, que firmar un tratado con el rey de Elam es porque se veía obligado a pactar con él y no se sentía ya capaz de imponerle su voluntad. Y si, otro ejemplo más, ha ido a hacer la guerra en pleno Zagros, donde ha dejado posibles huellas de su paso por Darband-i-Gaur, no ha debido ser ni por orgullo ni por el provecho que podría obtener aplastando a los lullu, sino porque aquellos míseros salvajes de las montañas, con su audacia y sus exacciones, comenzaban a representar un verdadero peligro para los habitantes de la rica meseta mesopotámica. Son síntomas que prueban, aun en contra de las gloriosas apariencias, cómo se acentuaba con el tiempo, e incluso bajo un jefe tan enérgico, la fragilidad del imperio acadio. Es muy posible que, de hecho, su dislocación comenzara antes de la muerte de Narāmsīn.

En todo caso, su hijo y sucesor, *Sharkalisharrī* (2223-2198), no se da ya el título de «rey de las Cuatro Zonas», y se contenta, sin duda con razón, con el más modesto de «rey de Akkad». Bajo su reinado, Uruk intenta decididamente sacudirse la tutela de Akkad, quizá con éxito esta vez; el Elam consigue por fin su independencia; los amorreos, semitas occidentales y probablemente seminómadas todavía, «vencidos en la montaña de Basar» (Jebel Bishrī), la han conseguido con toda probabilidad en el curso de un avance inquietante contra el flanco noroeste del imperio; y, finalmente, otra amenaza aparece por el noreste, la de los guteos, a quienes se atribuirá la ruina total de la herencia de Sargón.

D. Características e importancia del imperio de Akkad

Antes de ver desaparecer esta herencia hemos de examinar no ya su génesis y su extensión, sino su constitución y su funcionamiento, su originalidad y su importancia histórica.

En primer lugar, está claro que el móvil esencial de tantas guerras y conquistas, la propia razón de ser del imperio que formaron y mantuvieron, fue de orden económico; esto no se nos declara con franqueza nunca, pero se transparenta en los documentos de la época. Con toda seguridad, Sargón ambicionaba para sí y para su país el poder y la gloria, pero sobre todo la riqueza, que era condición indispensable de aquéllos. Hubiera podido conseguirla —procedimiento tan viejo como la guerra misma— en forma de botín tomado a los enemigos vencidos y de pesados impuestos obtenidos de sus territorios. Pero la buscó, sobre todo, por el medio, más seguro y más rentable, del monopolio de los bienes de consumo indispensables que más escaseaban en Mesopotamia: principalmente la madera, la piedra y el metal. Después de mencionar la conquista de las orillas del golfo Pérsico, añade en su relato de la victoria: «Así las flotas de Melukhkha, de Magan y de Tilmun pudieron en lo sucesivo atracar libremente en el puerto fluvial de Akkad». En otros términos: Akkad controlaba todo el tráfico marítimo de la India y de Omán, y se convertía en depósito de los

metales y de la piedra que de allí venían. Y cuando el propio Sargón quiere indicar el objetivo final de su expedición hacia el noroeste, menciona «el bosque de cedros» y «las montañas de plata»[54] como definiendo su verdadera finalidad: la madera y el metal, que aquellas lejanas regiones producían en abundancia, y en no menor cantidad que la piedra. Hay que suponer incluso que algunas campañas han sido deliberadamente emprendidas por los reyes acadios respondiendo a necesidades más definidas todavía en ese orden de bienes. Se ha podido observar, por ejemplo, que los bronces de la época eran de un contenido más débil en estaño, y, por consiguiente, menos perfectos y más frágiles que los de épocas anteriores. Es probable que, agotados o a punto de agotarse los yacimientos de este metal, los reyes de Akkad hayan querido encontrar nuevas reservas, lo que recoge quizá confusamente la leyenda de la «conquista del País del Estaño».

En estas condiciones no era necesario (y, por otra parte, las realidades geográficas no se prestaban a ello) construir un imperio en el sentido *político* de la palabra, trastornando la estructura étnica, institucional o administrativa de los territorios conquistados para anexionarlos a Akkad como otras tantas provincias nuevas. Era suficiente asegurar por todas partes la presencia del conquistador de manera suficientemente visible y fuerte para que las poblaciones sometidas no se negaran ni a pagar las pesadas contribuciones de productos indígenas ni a dejar a los enviados del vencedor acceder libremente a las riquezas naturales del país y a hacerlas circular libremente también hacia la capital. En suma, en un imperio *económico* así constituido, bastaba con reforzar la organización política y administrativa local con una ocupación militar destinada a mantenerla sumisa. De hecho se ve con toda claridad, en las inscripciones de los reyes de Akkad, que las ciudades y los países conquistados por ellos conservaban sus soberanos y sus altos funcionarios, exceptuados, como es natural, los más peligrosos; por ejemplo, Lugalzagesi, que era necesario eliminar o neutralizar. Ur, vencida por Sargón, conservó su monarca, Kaku, ya que se le ve

reaparecer en rebelión contra Rīmush; y volvemos a encontrar también, al parecer enfrentado a este último, al mismo Sidga'u de Warakhshe que ya había sido sometido por Sargón.

Sargón en persona nos muestra quizá uno de sus principios de organización de los territorios conquistados cuando nos declara que «desde el mar Inferior hasta el mar Superior fueron ciudadanos de Akkad los que ocuparon en lo sucesivo los cargos de lugartenientes del rey» (*ensi*). Señalemos de pasada que estos «ciudadanos de Akkad» podían ser no solamente hombres de confianza del rey, sino, en primer lugar, miembros de su familia: un hijo de Narāmsīn, Lipitilī, fue nombrado por su padre *ensi* de Marad. Las hijas ocupaban cargos religiosos que, por otra parte, les daban un verdadero poder político, como Enkheduana, a la que Sargón, su padre, nombró gran sacerdotisa de Nanna, en Ur, y la hija de Narāmsīn, Enmenana, que fue su sucesora.

La conquista no introducía, pues, en todo el territorio anexionado nuevos jefes políticos, sino solamente, junto a ellos, nuevos funcionarios que representaban al rey de Akkad ante las autoridades locales. No es necesario decir que cada uno de estos «lugartenientes reales», a fin de imponer respeto y obediencia, estaba protegido por una fuerza armada, acadia también, más o menos importante. De este mecanismo habría de subsistir un testimonio arqueológico elocuente, exhumado en 1937 en Tell Brāk, en el alto Khābūr. En este lugar, que dominaba las grandes rutas del noroeste y ofrecía un excelente punto de observación sobre las tierras altas, Narāmsīn —si es que no fue alguno de sus predecesores— mandó construir un amplio edificio, que ocupaba cerca de una hectárea, cuya sólida arquitectura y cuyos vastos y numerosos almacenes estaban evidentemente destinados a una importante guarnición, encargada, entre otras cosas, de adquirir y almacenar grandes cantidades de mercancías para enviarlas hacia la capital.

Tal estructura suponía, a un mismo tiempo, una concentración intensa de la autoridad y un elevado número de funcionarios.

En definitiva, sólo el rey ejercía el poder; con excepción de él, sólo podían existir simples «lugartenientes» (*ensi*), que recibían, según la voluntad de aquél, una parte de su autoridad. Esta extraordinaria promoción del *monarca*, responsable único, en lo sucesivo, de las «Cuatro Zonas» del universo, es una de las innovaciones capitales de la época acadia. No sólo la vieja costumbre sumeria que basaba la autoridad en la ciudad y en el templo quedaba automáticamente abolida y reemplazada para siempre en Mesopotamia por el sistema monárquico, sino que, ante el universo y en lo sucesivo, la persona del rey se convertía en una fuerza cósmica, rodeada de un aura sobrehumana y propia de los únicos seres que tenían aún tal rango ante el universo: de los dioses. No es sorprendente, pues, que nos queden de la época de Ur III testimonios de un culto rendido a Sargón, Rīmush, Manishtūshu y Narāmsīn, ni que este último en persona, en sus propias inscripciones, se haya atribuido el título de «dios de Akkad», «esposo de Ishtar Annunītum», y haya hecho preceder su nombre del signo reservado hasta entonces, en la escritura cuneiforme, únicamente para los seres sobrenaturales. Traduciendo a nuestras habituales categorías esta «divinización», diríamos que no suponía en modo alguno para el rey un cambio de naturaleza, sino de función; en lo sucesivo desempeñaba ante sus súbditos el mismo papel (de creador, organizador, dueño —para bien y para mal— de los destinos) que los dioses desempeñan ante los hombres; por eso intervenía desde entonces en todas las cosas de los hombres. Y así, por ejemplo, para ejercer desde aquel momento la «divinidad funcional», los reyes de Akkad añadieron, a las demás garantías de los juramentos, el juramento por su propia persona además del juramento por los dioses, para hacer ver así que cargaban ellos mismos con la responsabilidad de los compromisos, y, en consecuencia, con el conjunto de obligaciones por las que se regía la vida social. Así pasaba bajo la autoridad real este dominio del *derecho* que los semitas han tendido siempre a relacionar con los dioses. Este hecho producirá importantísimas consecuencias en la evolución jurídica mesopotámi-

ca: en él se encuentra ya incluida la futura promulgación de «Códigos» por los soberanos.

En cuanto al crecido número de funcionarios, aunque no tenemos prueba directa de ello, se deduce inmediatamente de la nueva situación. Sargón se vanagloria de haber tenido cada día «5400 hombres a su mesa», en los que debemos comprender a los servidores, la burocracia y la soldadesca que pululaban en su palacio de Akkad. Basta pensar un instante en la organización de su imperio para comprender que le era indispensable un innumerable personal, eslabón de la cadena que unía al rey, único señor, con todos los territorios, con todos los organismos que dependían de él: administradores civiles y militares, escribas y contramaestres, burócratas y almaceneros, negociantes y contables, inspectores y transportistas, oficiales y soldados, artesanos, especialistas y peones; en suma, una gran parte de la población de la capital, por lo menos, que debía suponerse movilizada al servicio de una máquina tan enorme y tan complicada como era el estado acadio.

Sin duda estas gentes eran remuneradas, según la vieja costumbre mesopotámica, con la concesión de bienes de consumo. Los servidores del rey vivían a sus expensas, alimentados y vestidos por él. Añadido todo esto a las innumerables empresas que incumbían al rey, como construcciones de todas clases, trabajos de urbanismo y de conservación, gastos útiles y suntuarios, tal desembolso supone un enorme movimiento de fondos y una extraordinaria acumulación de riquezas en beneficio del monarca. El mayor «capitalista» del país era él, y no ya el templo o la ciudad, como en la era de los sumerios.

Este capital no se componía únicamente de bienes muebles, sino también de bienes raíces. Parece ser que en la época de Akkad introdujo el soberano la costumbre de remunerar a sus servidores no solamente con alimentos, sino concediéndoles también tierras de cultivo, que ellos podían trabajar o dar a trabajar, quedándose con las rentas, sin más que deducir de ellas una fracción más o menos importante que se reservaba el arrendatario. De esta prác-

tica se encuentran quizá pruebas en el célebre obelisco de Manishtūshu, que recuerda una larga serie de movimientos de propiedades. En este obelisco enumera el rey las adquisiciones hechas por él, por un valor cuyo total importa unos tres quintales de plata, de un conjunto de tierras de labor de aproximadamente 330 hectáreas, en cuatro lotes, compuestos cada uno de terrenos comprados a diversos propietarios (98 en total), y redistribuidos a 49 nuevos ocupantes, ciudadanos todos de Akkad. Entre éstos se encuentra un sobrino del rey y los hijos de antiguos gobernadores de ciudades mesopotámicas conquistadas, que debieron de haber sido trasladados a Akkad, quizá como rehenes o bien al servicio de su nuevo soberano. Muy bien pudiera tratarse, pues, de concesiones de tierras de las que el rey conservaba la propiedad, abandonando el usufructo y los beneficios a algunos servidores de la corona. En todo caso, este documento nos da fe no sólo de la existencia reconocida en la época, en Akkad, de la propiedad privada de tierras, cuya práctica va a extenderse poco a poco por toda Mesopotamia, sino también de la preeminencia absoluta del soberano en materia de posesión de bienes, nueva prueba de su colosal riqueza.

La creación del imperio de Akkad no trajo consigo únicamente una redistribución de las riquezas, sino que propagó una nueva forma de poseerlas, un individualismo económico que, al extenderse poco a poco, modificaría profundamente las relaciones sociales y desembocaría en la distinción de clases, fundadas en la riqueza y en la independencia económica.

Estas innovaciones se derivan de la propia constitución del imperio. Algunas otras, no menos importantes, proceden quizá del carácter semítico de sus jefes y de la población que éstos habían colocado a la cabeza de su país y del mundo.

La más indiscutible es la promoción de la lengua semítica acadia, en detrimento de la sumeria. Desde entonces, en las inscripciones oficiales, y sobre todo en el norte del país, esta última no se emplea ya más que acompañada de una traducción en acadio —cuando el texto no está solamente en acadio— y su empleo co-

rriente no se conserva más que en el sur. El acadio se convierte poco a poco en el único lenguaje hablado, y tras algunas generaciones el sumerio quedará reducido al estado de lengua culta y litúrgica. Bajo los reyes de Akkad se prosigue un vasto esfuerzo, comenzado antes de ellos, por adaptar a su habla semítica la escritura que los sumerios habían puesto a punto para su propio idioma, tan diferente del acadio. Y en el mismo orden de cosas, aunque entremos en el terreno de la estética, hay que añadir que en la misma época la caligrafía había alcanzado una elegancia y una perfección que no volverá a encontrarse en ninguna parte a lo largo de los tres milenios de escritura cuneiforme.

En el dominio religioso, lo que resulta a la par nuevo y capital para el desarrollo subsiguiente no es tanto la aparición de nuevos personajes divinos, como Annunītum y Dagan y, a pesar de su nombre sumerio, Ea y A.MAL, propios de los semitas y venidos a aumentar su antiguo panteón, sino, en primer lugar, el sincretismo, continuado y concluido por ellos, de todas sus divinidades con las sumerias correspondientes, gracias a lo cual se modificó considerablemente a la larga el carácter profundo y los rasgos de unas y otras. Así, por ejemplo, la Inanna sumeria, mujer por excelencia y diosa del amor, se vio enriquecida después con la personalidad bélica y casi viril de la Ishtar semítica. Y, sobre todo, el hecho de que, introducido por los mismos semitas, aparece un espíritu nuevo y más eficaz que va a cambiar desde dentro las formas religiosas sumerias, así como también el aspecto del mundo divino se va a modificar con nuevas representaciones. De simples personificaciones locales de las fuerzas de la naturaleza, a los ojos de los sumerios, los dioses se van a convertir todos en personalidades cósmicas, responsables de la marcha ordenada no sólo de la naturaleza, sino de la historia, y, simultáneamente, en seres «morales», encargados del orden social y del respeto al derecho, es decir, en los verdaderos reyes del mundo. Pues si los monarcas acadios se han arrogado algo de la divinidad, a ella han conferido, a cambio, muchos rasgos reales e imperiales; y han creado muchas

imágenes para representar a los dioses y organizar su universo a la manera del de los hombres, de acuerdo a un modelo que se parecerá cada vez más a la monarquía y a la jerarquía. A imitación de la etiqueta real, el ritual mismo tuvo también que transformarse y enriquecerse, tal como nos insinúa un fragmento de inscripción atribuido a Rīmush. Faltos de una documentación abundante y clara, en la mayor parte de los casos no podemos más que entrever, sin lograr verlos con precisión, estos profundos cambios, y pasarán todavía dos o tres siglos antes de que sus efectos se hagan plenamente visibles.

Si el número de textos propiamente religiosos o literarios que se han encontrado de la época acadia es aún muy escaso, su calidad nos obliga, sin embargo, a presumir no solamente una intensa actividad intelectual en aquella época, sino también transformaciones tan notables en este dominio como en todos los demás. Una especie de himno, compuesto en sumerio y encontrado en Nippur —probablemente el texto religioso más antiguo que se conoce de Mesopotamia—, a pesar de sus lagunas y de la resistencia que sigue oponiendo a nuestro análisis, es testimonio de que la mitología, viejo antepasado de nuestra metafísica y de nuestra teología, estaba entonces en pleno florecimiento. Algunos «hechizos», en sumerio o en acadio, ilustran otro aspecto, menos teórico, del pensamiento religioso. El estilo más riguroso y la composición más amplia y más sabia de las inscripciones reales son pruebas no sólo de un evidente dominio de la lengua, sino también de una clara preocupación literaria. De hecho, algunos fragmentos de «diccionarios» para uso de los escribas y algunos ejercicios de alumnos, testimonio de que la escuela no estaba vacía, nos indican que hubo siempre en el país, sin duda alrededor del palacio y de los templos, toda una clase de hombres dedicados por oficio tanto a la escritura y a la lectura como a la cultura de la que éstas eran el vehículo: a las preocupaciones intelectuales y al mismo tiempo literarias. Es muy difícil pensar, por ejemplo, que tantos y tan largos viajes de los reyes y de sus tropas no hayan suscitado entre los «sa-

bios» alguna curiosidad geográfica y que las innumerables hazañas de Sargón y de sus descendientes, así como la preocupación cronológica inseparable de una administración tan estrictamente organizada, no haya despertado en ellos la idea o el gusto por la historiografía[55].

En el dominio de la estética, aunque todavía se conozca mal la arquitectura, por ejemplo, ya que las excavaciones realizadas son aún insuficientes, la estatuaria y, sobre todo, la glíptica abundan, y nos presentan una renovación tan grande de los gustos artísticos y un dominio tan notable de la materia que la época acadia se nos aparece como la cumbre más alta de la historia del arte mesopotámico. Los acadios sustituyen el rigor y el hieratismo sumerios por vida y fantasía, al mismo tiempo que por un admirable sentido de la síntesis y de la composición. La fuerza y la majestad de los reyes de Akkad han quedado reflejadas en las obras de sus escultores y broncistas. Es, verdaderamente, un arte real. Y lo es también en las obras de tamaño reducido de la glíptica: la talla y modelado de las piedras más duras son perfectos; el realismo y la fuerza sugestiva de los rostros, tan poderosos como si se tratara de verdaderas esculturas; y, además de esto, mientras que para adornar los sellos cilíndricos anteriormente no se hacía más que reproducir algunos elementos decorativos, los artesanos acadios fueron los primeros en grabar escenas mitológicas, escenas cuya composición y variedad dan además una idea de la intensa elaboración de materiales mitopoéticos que tenía lugar en aquel tiempo.

«Posteriormente a la época de Akkad, e incluso en los tiempos del predominio de Sumeria, es difícil encontrar en Mesopotamia una obra de arte en la que no se observen por lo menos algunos rasgos de la alta perfección técnica y estética acadia»[56]. Este juicio debe hacerse extensivo a todos los demás dominios de la cultura: el imperio semítico creado por Sargón ha cambiado realmente el curso del progreso en Mesopotamia y ha dejado impreso, en la civilización de este país, un sello imborrable.

E. Disolución del imperio de Akkad

Pero, sin embargo, por muy notable que haya sido en sus realizaciones y en su influencia, una construcción tan enorme era frágil; no sabemos bien cuándo y cómo se produjo su desmembración, aunque es probable que acaeciera por etapas. Desde finales del reinado de Narāmsīn, y quizá por influencia de los vastos movimientos del Asia Anterior, pudieron liberarse del yugo acadio diversas zonas del imperio, una tras otra. Según hemos visto, la lista real supone que Uruk consiguió la independencia y que incluso se la dio a una parte de Sumeria; pudiera ser que un «nombre de año», que anota una expedición de Sharkalisharrī a «Uruk y Naksu», recordara, directamente o no, este suceso. Por otra parte, el primero de la lista de los reyes guteos, Erridupizir, redactó una inscripción en la que, calificándose de «rey de las Cuatro Zonas», parece presentarse como el verdadero pretendiente al imperio, como el sucesor de Narāmsīn. En todo caso, persistía tradicionalmente el recuerdo de que este último había tenido que luchar contra los guteos. La audacia de éstos se puso aún más de manifiesto bajo el inestable reinado de Sharkalisharrī; por mucho que éste afirme haber vencido a Sarlag, o Sarlagab, tercer sucesor de Erridupizir, su resistencia al invasor duró probablemente tanto como su reino. Una carta privada de su época nos presenta a los guteos como un peligro permanente, que exponía a los súbditos del rey a la pérdida de sus rebaños y de sus bienes, impidiéndoles dedicarse a la agricultura. Todo incita a creer que, más o menos derrotado por estos salvajes, Sharkalisharrī no gobernaba ya sino un modesto reino y tenía que luchar para sobrevivir.

Su trágica muerte (2198) debió suponer un golpe muy duro para este reino, puesto que la anarquía se instaló en él «durante tres años» (2198-2195), luchando por el poder cuatro competidores apoyados quizá cada uno de ellos en una zona del territorio nacional. La parte que pudieron tomar los guteos en esta competición nos es conocida por el hecho de que uno de los cuatro rivales, el único, además, que conocemos por otras citas que la de la lista

real, Elul o Elulu, figura bajo su nombre local de Elulumesh en la enumeración de los reyes guteos y en una inscripción suya se da el título de «poderoso rey de Akkad»[57]. El que parece haber puesto orden en el país (y quizá también haya devuelto a Akkad su independencia y un cierto poder) fue un denominado Dudu (2195-2174), del que una dedicatoria encontrada en Nippur y otras dos de Adab nos hacen suponer que volvió a someter por lo menos el norte de Sumeria. Le sucedió su hijo, Shū-DURUL (2174-2159), lo que constituye la prueba de una cierta estabilidad en el poder. Se tienen de él algunos documentos que le reconocen la hegemonía desde Kish a Tutub (Khafājī), unos cien kilómetros más al norte. ¿Será a finales de su reinado cuando haya que situar lo que las crónicas y los textos divinatorios llaman la «destrucción» (*shakhluqtum*) de Akkad? Si, como ha hecho la tradición a partir de principios del segundo milenio, ésta debe considerarse iniciada con el saqueo de la ciudad de Akkad que describe una célebre *Lamentación* en sumerio, la cosa no es segura, ya que tal destrucción pudo tener lugar antes, ya desde finales del reinado de Narāmsīn. Pero si se la considera equivalente a la desaparición política definitiva del estado de Akkad, es indudable que coincide con la desaparición de Shū-DURUL hacia 2159. En uno y otro caso, la tradición es clara: los principales autores de esta destrucción son los guteos, sucesores de los reyes acadios por lo menos en la parte norte del país, que se llamará Akkad en recuerdo de la desaparecida grandeza.

F. Los guteos

Pocos datos tenemos para estimar la extensión, la duración y las vicisitudes de la ocupación de Akkad por los guteos, o incluso las de su presencia en Mesopotamia, cuya importancia debió variar mucho con el tiempo. Así, por ejemplo, el primer rey guteo, Erridupizir, alcanzó en una sola avanzada el sur del país y permaneció en él durante algún tiempo, puesto que nos ha dejado en Nippur una larga inscripción, todavía inédita. Y luego veremos que, en el

texto que celebra la expulsión definitiva de los guteos, se deja entrever que entonces suponían un peligro real para Sumeria. Pero mientras tanto hay muchos motivos para pensar que no ocuparon por mucho tiempo más que la parte norte del país, e incluso allí tal vez sólo cierto número de puntos neurálgicos, con otras tantas guarniciones armadas. Y aunque destruyeron mucho (por ejemplo, en Asur), es un hecho que no construyeron nada, a lo que parece, que no dejaron nada propio ni original en Mesopotamia. Sin duda se dejaron, por el contrario, influir por ella: se ha observado que un cierto número de sus reyes, en la segunda mitad de su era, llevan nombres semíticos (Kurum, Khabilkīn, Ibrānum, Khablum, Puzursīn y Si'um) o semitizados (La'erabum, Irarum). Por otro lado, las inscripciones que de ellos conservamos (Erridupizir, Elulumesh, La'erabum, Iarlagan y Si'um) están escritas en caracteres cuneiformes y redactadas en acadio, lo que prueba, por lo demás, que habían recibido su cultura de Akkad y no directamente de Sumeria. Es muy posible que hubieran adoptado, asimilándolos a los suyos propios, algunos dioses acadios, ya que La'erabum llama a Ishtar y a Sīn «dioses de Qutūm». Esto es todo lo que hemos podido saber de esos misteriosos bárbaros, si añadimos a ello que el mismo La'erabum, y algo más tarde Iarlagan y Si'um, se titulaban simplemente «poderoso rey de Qutūm». Ya hemos visto que se puede calcular la duración total de su preponderancia en un centenar de años (2200?-2116).

G. Sumer

En el país de Sumer, sea en tiempos de la dominación acadia, sea posteriormente, de un cierto número de ciudades importantes no nos queda más que el nombre de algunos «reyes» o «gobernadores». Así, por ejemplo, de Ur: los de Ur'utu, contemporáneo de Sargón y de Rīmush, y probablemente último rey de la II dinastía de Ur, así como el de E.LI+LI, quien debió gobernar bajo los guteos. De Adab: Meskigala, contemporáneo de Rīmush. De Marad: Lipitilī, hijo de Narāmsīn. De Isin: un rey anónimo, contemporá-

neo de Manishtūshu. De Umma: Mes'e, contemporáneo de Sargón, Ludamu, bajo el reinado de Rīmush, Asharid, bajo el de Manishtūshu, y su hijo Shurushkīn; más tarde, en tiempos de los guteos: Nammakhani, bajo el reinado de Iarlaganda, y Lugalannatum, bajo el de Si'um. Además de algunos otros.

Sabemos ya que cabe suponer que existió una época de preponderancia en Sumer de Uruk, quizá a partir de Sharkalisharrī; pero, exceptuados los cinco nombres de reyes que conserva únicamente la lista real, nada nos queda de ellos.

Lagash es la única ciudad sumeria cuya historia, por el contrario, nos es posible reconstruir de forma un poco más coherente, particularmente en la época de los guteos. Precisamente Lagash parece haber desempeñado en aquel tiempo un papel de notable importancia en el país de Sumer.

Comenzando por el principio: conocemos por lo menos el nombre de varios *ensi* de esta ciudad, contemporáneos y vasallos de los reyes de Akkad: Ki-KU-id, bajo el reinado de Rīmush; Engilsa, bajo el de Manishtūshu; Ur'a, bajo el de Narāmsīn; luego, Lugalushumgal, bajo Narāmsīn y Sharkalisharrī. Después de ellos no se sabe cómo situar a Puzurmama, Ur'utu, Urmama, Lubaba, Lugula y Kaku, que pueden representar una fase de menor brillantez, durante la cual Lagash viviera oscuramente o estuviera sometida a alguna ciudad más poderosa (¿Uruk?), después de la liberación del yugo acadio. Pero este estado de cosas cambia con los seis últimos *ensi*, que hoy ya pueden situarse en un orden casi seguro y fechar *grosso modo*, como antes se ha visto: Urbaba, Gudea, Urningirsu, Pirigme, Ur-GAR y Nammakhani, quienes, sucediéndose de padre a hijo o de su suegro a yerno, forman una verdadera familia, que puede llamarse la «II dinastía de Lagash», ya que hicieron de esta ciudad, como antes de ellos la I Dinastía, una gran metrópoli sumeria.

Aunque se continúa hablando de Lagash para la época a que nos referimos, ya no era en rigor esta ciudad (hoy, al-Ḥibā) la que desempeñaba el papel de capital, sino Girsu (actualmente, Tellō). A

juzgar por un documento mutilado, aunque inteligible, su territorio comprendía unos 1600 km^2, en las que se encontraban desparramadas 17 «ciudades principales» y ocho «cabezas de partido», sin contar poblados y aldeas campesinas, de los que por lo menos cuarenta nos son conocidos por su nombre de la época. Advirtamos, de paso, que tal descripción nos da una idea algo más precisa de lo que podía ser, geográficamente hablando, una ciudad-estado sumeria: un verdadero reino pequeño.

A partir de Urbaba (hacia 2164-2144), por lo menos, los soberanos de este pequeño reino extendieron con toda seguridad su dominio a una gran parte del territorio de Sumer. El citado Urbaba no hubiera podido nombrar a su hija Enanepada gran sacerdotisa de Nanna, en Ur, si esta ciudad no le hubiera estado sometida, como lo estuvo antaño a Sargón. Eridu, que gobernaba entonces en Ur, debía igualmente reconocer la soberanía de Lagash; un poco más tarde, Gudea (hacia 2144-2124) cuenta una visita procesional que hizo a los templos de Eridu el dios de Lagash, Ningirsu, como si fueran su propia casa. Del mismo Gudea se conservan inscripciones que conmemoran a menudo la inauguración de templos locales no solamente en Ur, sino en Nippur, Adab, Uruk, Badtibira. Parece, pues, bien claro que Lagash se había convertido en la gran potencia dominante, en la metrópoli de Sumer. Por esta razón, a los soberanos de esta ciudad se les puede considerar como los verdaderos sucesores sumerios de los reyes de Akkad: sumerios por el territorio, pero también por sus maneras y estilo.

En primer lugar, Lagash constituye una vuelta al régimen de las «ciudades-estado» que antes imperaba en Mesopotamia, y sobre todo en Sumer, antes del imperio acadio. Bajo la modestia de su título tradicional de *ensi*, los soberanos de Lagash podrían haber conservado ciertamente algunas de las características de los de Akkad; Gudea, por ejemplo, se llama a sí mismo en cierta ocasión «dios de Lagash». Pero menos ambiciosos, de sangre menos caliente, más prudentes que sus ilustres modelos, no parecen haber emprendido nunca guerras de conquista o de colonización en el

extranjero; la expedición contra el Anshan y el Elam que nos cuenta Gudea debió oponerse, únicamente, a una ofensiva de los turbulentos vecinos, ya que la victoria del soberano de Lagash no parece haber dado lugar a ocupación alguna del país enemigo.

Todo ello hace pensar que los grandes *ensi* de Lagash no tuvieron otra finalidad que la de Sargón y sus sucesores, es decir, el monopolio de los bienes de consumo, con vistas a la autarquía económica; pero cumplieron este objetivo por otros medios: los tradicionales en Sumer, los fundados en las relaciones comerciales más que en las de conquista. Por todos los lugares en que habían pasado las tropas conquistadoras de los reyes de Akkad vuelve a encontrarse a Gudea, o a sus mandatarios, pero como simples comerciantes, sin ninguna intención sojuzgadora. Gudea hace traer piedras, metales y maderas de los bosques de Melukhkha, de Magan, de Tilmun, en el sur, y, por la misma región, de Gubin, que debe representar el Jebel el-Akhḍar, en el fondo del golfo de Omán; los hace traer de Anshan y de Elam, en el este, e incluso de más lejos, de la región montañosa de Bakhtiyār, de Adamdun y Aratta; de Kimash y Kagalad (al norte del Jebel el-Hamrīn), de Madga y Barme, en los alrededores del actual Kirkūk; del Éufrates medio y de más arriba todavía, hacia el norte de Siria: de Basalla (el Basar de Sharkalisharrī) y de Tidan (sin duda en la misma región); de Urshu y de Ebla, en el alto Éufrates; del Tauro; de Menua, de Khakhkhum y del monte Uringeraz, que podrían encontrarse en el Tauro o incluso en Capadocia. El mapa comercial de Lagash coincide, pues, exactamente con el de Akkad; pero allí donde esta última ciudad enviaba soldados, Gudea no mandaba sino diplomáticos y comerciantes. Parece ser que llegó incluso a aceptar convenios con los guteos sobre el libre tránsito por su territorio.

Las riquezas así acarreadas hacia Lagash quizá fueran menos considerables que las que afluían en tiempos anteriores a Akkad, pero también costaban menos; no requerían ni expediciones militares, ni el mantenimiento de innumerables destacamentos de ocupación, ni tampoco aquel enorme y complicado aparato admi-

nistrativo indispensable al imperio. El soberano no representaba ya el formidable papel que habían desempeñado Sargón y sus sucesores; era, como lo había sido antiguamente, sólo un *ensi* de la ciudad. Pero la ciudad era tan próspera como antes y estaba, sin duda, menos amenazada.

Una prueba muy clara de esta prosperidad es el gran número de trabajos de utilidad pública emprendidos y llevados a feliz término por Urbaba y Gudea, sobre todo, en su capital, en su país y en las numerosas ciudades a las que se extendía su hegemonía. De esto nos dan cuenta sus «nombres de año», que se conservan en parte. En ellos no se encuentra ni una sola alusión a la guerra, pero se mencionan la apertura de canales, la puesta en marcha de empresas de riego y trabajos de saneamiento (Urbaba, 2, 3; Gudea, 4; anónimos, 3), de trabajos de urbanismo (Urbaba, 4; Gudea, ¿3?), de construcción de santuarios, ya en territorio de Lagash (Urbaba, 5; Gudea, 2, 10, 14 y 15), ya en otros lugares (Urbaba, 6), de fabricación de objetos de arte litúrgicos (Gudea, 5, 6, ¿7?, 9, 11, 12), de nombramiento de funcionarios y dignatarios del culto (Gudea, 8, 13; Urningirsu, 3, 4, 5; Pirigme, 2; anónimo, 2). Y las innumerables inscripciones que nos han dejado ejemplifican hasta la saciedad las mismas actividades pacíficas, utilitarias y grandiosas. Dos grandes poemas, inscritos cada uno de ellos en un cilindro de arcilla, fueron compuestos por Gudea para celebrar la reconstrucción y la inauguración del Eninnu, santuario del dios «nacional» Ningirsu.

La época de la II Dinastía, principalmente con Urbaba y Gudea, no es solamente una época de riqueza y de prosperidad para esta ciudad y para el país de Sumer, al que gobierna y representa, sino también época de elevada cultura; como nos demuestra la gran cantidad de monumentos y textos encontrados, florecen entonces las letras y las artes.

Esta cultura es sumeria. Ello se advierte, en primer lugar, en que es sumeria la lengua utilizada por todas partes, tanto en las inscripciones monumentales como en las tablillas de cada día. Algunos escritos más amplios, como varias dedicatorias de estatuas de

Gudea y, sobre todo, sus dos «cilindros», son las primeras obras de importancia que conservamos en esta lengua, evolucionada, es cierto, desde su estado presargónico, pero todavía pura y «clásica». También la literatura conserva las formas que tuvo al iniciarse en Sumer. Y en la estatuaria persiste algo de aquel hieratismo un poco frío de las antiguas esculturas del país. Pero ya se observa por doquier la influencia acadia. Esta influencia aparece en el vocabulario, que, desde la época de Akkad, se ha enriquecido con cierto número de palabras semíticas, escritas en forma acadia. Se ve con toda claridad que algunas expresiones literarias han sido importadas o adoptadas del norte. Y, por último, la técnica y la estética de los escultores y de los orfebres es la de sus maestros de Akkad; se empieza ya a sentir que la época de creación ha terminado, y que los artesanos, en lo sucesivo, más que inventar, imitan.

También en otros aspectos se adivina el recuerdo de Akkad, bajo el sumerismo de Lagash. Por ejemplo, si bien la religión es típicamente sumeria por lo que hace a sus dioses, principalmente, y sus formas, todo inclina a creer que por lo menos ciertas tendencias del sentimiento religioso y ciertos puntos de vista «teológicos» —tales como el concepto del poder divino y del papel «real» de los dioses— han comenzado a modificarse bajo el influjo de los semitas acadios.

En suma, Lagash es todavía la vieja Sumer, pero profundamente impregnada ya de aquella cultura acadia que sobrevivió al imperio y comenzó luego la conquista definitiva de la Mesopotamia entera.

Después de Urningirsu (hacia 2124-2119) y de Pirigme (hacia 2119-2117), parece que Lagash se debilitó y perdió importancia, quizá ante una recuperación de la potencia de Uruk. Un rey de esta ciudad, Utukhengal (2116-2110), consiguió para ella la supremacía en el sur, en buena parte a costa de Lagash. Sabemos, por ejemplo, que al principio de su reinado volvió a conquistar Ur, nombrando allí gobernador a uno de sus generales, Urnammu, que le iba a suplantar un lustro más tarde.

H. Expulsión de los guteos

Este Utukhengal es el que, en una inscripción de cuya autenticidad no se está muy seguro, se vanagloria de la *expulsión definitiva de los guteos,* conseguida con la derrota de su último rey, Tiriqan. Parece ser —ya que los detalles que nos da dicho texto no son, a decir verdad, muy claros— que el encuentro tuvo lugar al norte de Sumer, es decir, en el límite inferior del territorio que, según creemos, estaba en aquella época bajo el poder de los guteos. A éstos se les llama «dragones de la montaña» y se les acusa de haber puesto en peligro a Sumer, quizá con un avance hostil llevado a cabo por Tiriqan para ocupar territorios que Lagash, débil ya bajo Ur-GAR (hacia 2117-2113) y Nammakhani (hacia 2113-2110), no podía entonces defender y que Uruk no había todavía conquistado. La única cosa que parece más o menos segura es que los bárbaros guteos fueron definitivamente expulsados de Sumer alrededor de 2110. Pero el libertador del país, Utukhengal, no duró mucho tiempo en el poder. Su antiguo «general» Urnammu le eliminó rápidamente, y, poco después, suprimió a Nammakhani, el último *ensi* de Lagash II, inaugurando así una nueva época histórica en Mesopotamia y en el Próximo Oriente.

II. EL PRÓXIMO ORIENTE EN TORNO A MESOPOTAMIA

Se hace necesario recordar ahora lo que se dijo al principio sobre el carácter casi exclusivamente «mesopotamocéntrico» de los conocimientos que se tienen, y sobre la escasa documentación que de estas regiones queda, cosa que advertirá ya el lector al notar las pocas páginas que podemos dedicarles.

A. El sur: la costa oriental de la península arábiga

Exceptuando a Melukhkha, región que debe corresponder a las orillas occidentales del Indo, y de la que casi no sabemos más que el nombre, son probablemente la región costera del golfo de

Omán, Omán y las islas Baḥrain las regiones que figuran en los textos del tiempo de Akkad con los topónimos, respectivamente, de Gubin, Magan y Tilmun, y de las cuales provenían las «piedras negras» (¿basalto?), el «metal precioso» (¿oro?) y el cobre, que se extraía de «agujeros», es decir, de minas. En tiempos de Narāmsīn, el país de Magan, por lo menos, parece haber estado bajo el dominio de un «señor» único, llamado Manium.

B. El este: el Irán occidental (Elam)

Son más completos los datos que tenemos sobre este antiguo país, tradicionalmente enemigo y complemento a la vez de la Mesopotamia del Sur. Comprendía varios conjuntos geográficos o políticos distintos: a lo largo del golfo Pérsico se encontraba el Sherikhu o Sheriku; un poco más arriba, en el interior, el Anshan; a la altura de la orilla mesopotámica del golfo Pérsico, el Elam propiamente dicho; más alto aún, en los montes del Luristán, el Zakhara, y sobre todo el Barakhshe o Warakhshe (más tarde, Markhashi), que parece haber formado una unidad política aparte, al menos desde el punto de vista político. Cada una de estas regiones estaba agrupada alrededor de un cierto número de ciudades, cuyos jefes se llamaban, según los casos, reyes o gobernadores, confederados con toda probabilidad bajo la égida de la más poderosa de las ciudades del grupo. En aquel tiempo debía serlo la ciudad de Awan (probablemente la actual Shushtar), pues, en efecto, la tradición conservaba a principios del segundo milenio el recuerdo de una «Dinastía de Awan», fundada por un tal Peli (?), que comprendía doce reyes. Varios de ellos son conocidos por otras fuentes; el octavo, Lukhkhishshan (hacia el 2300), era contemporáneo de Sargón de Akkad; el último se da el título de «rey de Elam» y menciona a varios subordinados suyos del país, así como a varios de sus aliados del país de Warakhshe —que también estaba bajo el mando de un «rey»—. Lukhkhishshan parece haber acatado por la fuerza la soberanía de Sargón, y este estado de sumisión duró, entreverado de múltiples revueltas, con frecuencia duramente castigadas

por los reyes acadios, hasta la época de Narāmsīn. Es posible que este último se viera obligado, al final de su reinado, a pactar con una potencia cada vez más fuerte y menos maleable; una tablilla nos ha conservado, en doce columnas, el texto elamita de un tratado entre Narāmsīn y uno de los reyes de Awan, que puede haber sido Khita (hacia el 2220), el penúltimo de la dinastía de Awan, tratado del que los archivos de Akkad debían conservar otro ejemplar. El último rey de Awan es también el mejor conocido, sobre todo por sus propias inscripciones; se trata de *Kutikinshushinak*[58], quien quizá independizó totalmente a su país de Sharkalisharrī hacia el 2200. Su actividad, no solamente militar y conquistadora, sino también constructora y de organización, ha hecho de él una de las personalidades políticas de Elam más destacadas de esa época. ¿Se derrumbó también su poder bajo los ataques de los guteos? En todo caso, la lista real de Awan termina con él, y continúa en otra que atribuye a Simash, en la Susiana septentrional, no lejos de Warakhshe, el dominio del país en tiempos de los guteos. Pero, exceptuando la breve mención de una campaña llevada a cabo por Gudea en Elam, no sabemos nada más de la historia contemporánea del país.

Las inscripciones anteriormente mencionadas y muchas otras, en buena parte de carácter administrativo, encontradas sobre todo en Susa, así como los numerosos hallazgos arqueológicos, nos han proporcionado una idea de la «civilización» local, muchos de cuyos rasgos son originales. En primer lugar, la lengua, diferente a cualquiera otra conocida, y cuya gramática y vocabulario no nos son todavía muy familiares. Para la escritura, los antiguos elamitas habían desarrollado un sistema pictográfico, inspirado en el que habían inventado los sumerios. Pero, bajo la influencia de Akkad, lo abandonaron más tarde para adoptar exclusivamente la escritura cuneiforme, acomodándola a su propia fonética y simplificándola un poco. Aparte de un fragmento de inscripción encontrado cerca de Būshīr, quizá anterior en un siglo a Sargón (es el documento más antiguo que se conoce de la lengua elamita), y que ya

está en caracteres cuneiformes, también el tratado entre Khita y Narāmsīn está transcrito de esta forma, y si Kutikinshushinak, probablemente con ánimo de crear un movimiento de renovación nacional, emplea todavía el sistema lineal indígena, es el último en hacerlo, e incluso él mismo prefiere a todas luces el cuneiforme. Este rey recurre a la lengua acadia hasta para sus propias inscripciones, prueba del ascendiente considerable de Akkad sobre el Elam. Este ascendiente se observa también en muchos otros aspectos, dominando al elemento indígena. Así, por ejemplo, en el mencionado tratado, entre los dioses locales, agrupados en un panteón que parece tener a su cabeza a una diosa llamada Pinikir, se encuentran ya algunas divinidades propiamente acadias, y el nombre mismo del dios de Susa, Inshushinak, es de claro origen sumerio. También la arquitectura religiosa y los ritos deben algunas de sus características a Mesopotamia. El Elam vivió, pues, en manifiesta dependencia cultural de su poderoso vecino occidental, dependencia que aumentó todavía más en la época acadia, como si Sargón y sus sucesores, al conquistar el país, le hubieran impuesto al máximo su cultura.

C. El noreste: los Zagros

Entre los pueblos que vivían en esta región, hemos ya resumido lo poco que se sabe de los guteos. Mucho menos se sabe aún de sus vecinos los Lullu[59]. Como ellos, tenían «reyes»; la inscripción dejada por uno de éstos, Anubanini, quizá sea un poco más reciente que la época a que se refiere el presente capítulo, pero nos informa de que los Lullu, enemigos de Akkad y vencidos probablemente por Narāmsīn, debían estar sometidos también a la influencia acadia, tal como conmemora la célebre estela del vencedor; de Mesopotamia habían tomado no solamente la escritura y la lengua oficial, el acadio, sino también la mayoría de sus dioses.

D. El norte: Asiria

Toda la alta Mesopotamia, hasta las montañas del Kurdistán, estuvo ocupada por los reyes de Akkad; ya hemos visto que Asur y Nínive se beneficiaron de su actividad de constructores, y que Rīmush debió fundar, algo al norte de Nínive, la ciudad que llevaba su nombre. Más al este, en la región de Kirkūk, unos archivos encontrados en Gashur nos dan cuenta de que en esta ciudad, que más tarde llevó el nombre de Nuzi, residía una población acadia. Mezclados con estos sedentarios, quizá tengamos que suponer la existencia de seminómadas, igualmente de origen semítico. Se ha encontrado, en efecto, en Asur, una hoja de arma dedicada por un «servidor» de Manishtūshu llamado Abazu. Ahora bien, el décimo tercero de los diecisiete reyes asirios de quienes la lista de Khorsābād dice que «vivían en tiendas», tiene el mismo nombre. Si los dos nombres pudieran identificarse —lo que se ha rechazado, quizá con buenas razones—, se tendría una buena prueba de que en la época acadia los futuros asirios vivían aún como tropas vagabundas alrededor de las ciudades de la alta Mesopotamia, ocupadas por sumerio-acadios.

E. El noroeste

Es una región muy vasta y, desde todos los puntos de vista, muy compleja. Lo mejor es distinguir en ella por lo menos dos conjuntos geográficos.

a) *Mari*, capital antigua, de población esencialmente semítica, giraba desde hacía mucho tiempo en la órbita cultural de Mesopotamia. En ella se hablaba la lengua acadia y se escribía en caracteres cuneiformes; en todos los aspectos, comprendidos el artístico y el religioso, había recibido y continuaba recibiendo el influjo del pueblo mesopotámico. Conociendo su importancia estratégica y política, los reyes de Akkad procuraron conservarla bajo su dominio. Quizá se resistió a la primera conquista por Sargón, si es este rey el que debe hacerse responsable de la devastación y la ruina de una parte de la ciudad presargónica. De todas formas, una vez conquistada, dichos reyes instalaron en ella a sus representantes;

se han encontrado menciones, principalmente, de dos hijas de Narāmsīn, llamadas ME-KIB-BAR y Shumsāni, esta última, por lo menos, con categoría de sacerdotisa y, probablemente, de gran sacerdotisa de Shamash. Es muy posible que, como sucederá más tarde, Tuttul, más al sur, a orillas del Éufrates, estuviera ya comprendida en el reino de Mari cuando Sargón la conquistó. Sargón habla de ella como de un punto importante del culto del dios semítico Dagan, y como es a este mismo Dagan de Tuttul a quien él reconoce deber «el don que le hizo de las Tierras Altas» se puede sacar la conclusión de que desde Tuttul a Siria del Norte reinaba, según creencia de su conquistador, una cierta unidad no sólo religiosa, sino étnica.

b) *Las «Tierras Altas»*, que se extienden desde el alto Khābūr hasta el Mediterráneo, estaban efectivamente ocupadas sobre todo por semitas, como hemos visto a propósito de Sargón, que era originario de esta región. Después de haber conquistado Mari, los reyes de Akkad realizaron también la conquista de toda esta zona; se encuentran vestigios de su paso por Tell Brāk y Shāgir Bāzār, y todavía más al norte, a unos 50 kilómetros al noroeste de Mardīn, en Diyārbekir; sus inscripciones enumeran las principales ciudades que habían sometido a su tutela, Ebla y Arman, y sin duda también Apishal, en la región del alto Éufrates, Yarmuti y Ullis, probablemente a orillas del Mediterráneo; a las cuales se pueden añadir algunos lugares que cita Gudea: Urshu, Menua y Khakhkhum, de las que, como hemos visto, las dos últimas bien podían encontrarse todavía más al este. Pero la relación de estos nombres es prácticamente todo lo que sabemos sobre esta parte del Oriente. Narāmsīn da el nombre de un «rey» de Arman, Rishadad. Se puede pensar que cada una de estas ciudades constituía el centro administrativo de unos territorios más o menos extensos, que tan pronto estaban confederados como en guerra unos con otros.

Sobre la etnografía local se sabe quizá un poco más. Junto a una o varias capas de población arcaicas, de las cuales dan testimonio viejísimos topónimos que no se pueden relacionar con ninguno

otro conocido, el fondo de la población era, con toda seguridad, semítico desde hacía mucho tiempo. Como hemos visto ya, los antepasados de Sargón provenían de esta región, lo mismo que, en definitiva, aquéllos luego serían los acadios de Mesopotamia. Aparece después otro estrato semítico más reciente, que ocupará un lugar importante en la época de Ur III y de Babilonia I. Un «nombre de año» de Sharkalisharrī nos informa de que tuvo que luchar, en la región de Jebel Bishrī, con ciertos *amurru,* que sin duda le habían atacado y amenazaban con obligarle a replegarse. Estos eran también semitas, seguramente seminómadas en su mayor parte: entonces comienza, hacia Akkad y Sumer, un movimiento de trashumancia masiva que les dará, al cabo de algunos siglos, una importancia de primer orden en el país.

A finales de la época acadia aparece por vez primera otra casta de gran porvenir, los hurritas, de los que se hablará en el Próximo Oriente durante todo el segundo milenio. Venidos quizá del norte o del oeste, debieron internarse entonces hasta la zona septentrional de las «Tierras Altas», en las que parecen haber ocupado o fundado varias ciudades, especialmente Urkish, Nawar y Karakhar, en la región de Mardīn. Esto ha podido deducirse de algunas inscripciones, en las cuales los nombres, e incluso a veces la lengua, son hurritas. Pero por lo menos una vez esta lengua es el acadio, y la escritura empleada era siempre la cuneiforme: ello nos da una nueva prueba de la influencia civilizadora de la Mesopotamia, pues muestra que, en los albores de su historia, estos lejanos hurritas eran ya tributarios suyos, con toda seguridad a causa de la conquista acadia.

Hay algo que puede recordarse, para terminar, como señal y símbolo de la época en todo el área del Próximo Oriente: el Imperio de Akkad no sólo refundió la civilización mesopotámica, sino que también la difundió en torno suyo en una especie de *koiné*, que determinará, durante muchos siglos, el desarrollo «cultural» de todo el Próximo Oriente antiguo.

Cuadro cronológico III

ıd	*Qutūm*	*Uruk*	*Lagash*
2284			
·2275			Ki-KU-id: hacia 2280
2275-2260			*Engasa:* hacia 2270
;0-2223			*Ur'a:* hacia 2250
i: 2223-2198	*(Erridupizir)*	*(Urnigin)*	*Lugalushumgal:* hacia 2215
	(Imta')	(Urgigir)	*(Puzurmama)*
	(Inkishush)	(Kudda)	*(Ur'utu)*
	Sarlagab: hacia 2210	(Puzurilī)	
	(Shulme')	(Lugalmelam?)	*(Urmama)*
			(Luhaba)
)8-2195			
	Elulumesh	(Ur'utu)	*(Lugula)*
:174	(Inimabakesh)		*(Kaku)*
2174-2159	(Igesha'ush)		*Urbaba:* hacia 2164-2144
	(Iarlagab)		
	(Ibate)		
	(Iarlangab)		
	(Kurum)		*Gudea:* hacia 2144-2124
	(Khabilkīn?)		
	(La'erabum)		
	(Irarum)		*Urningirsu:* hacia 2124-2119
	(Ibrānum)		
	(Khablum)		*Pirigme:* hacia 2119-2117
	(Puzursīn)		*Ur-GAR:* hacia 2117-2113
	(Iarlaganda)	*Utukhengal:* 2116-2110	
	(Si'um)		*Nammakhani:* hacia 2113-2110
	Tiriqan: 2116		

s nombres en cursiva son los de personajes conocidos por inscripciones contemporáneas. Van entre parén-
a los cuales no se puede atribuir ninguna fecha. A los que van precedidos de la palabra *hacia* se les asigna
ɔximada, deducida por sincronismo con otro personaje conocido, o bien por conjeturas.

Akka

Sargón: 2340-
Rīmush: 2284-
Manishtūshu:
Narāmsīn: 226
Sharkalisharrī

Igigi
Nanum } **219**
Imi
Elulu
***Dudu:* 2195-2**
Shū-DURUL:

N. B. **Lo**
tesis aquellos
una fecha apr

4. El reino de la III dinastía de Ur y sus herederos

I. LOS ORÍGENES DEL REINO DE UR III

El primer gran reino que se constituyó en suelo mesopotámico, el reino de Sargón de Akkad, puso a sus monarcas ante problemas que, partiendo de una base relativamente pequeña y con un potencial humano limitado, eran difíciles de resolver. Efectivamente, sólo fueron resueltos en parte, ya que los gobernantes carecían de la experiencia que exigía la nueva situación: la unificación de un territorio en el que era tradicional el particularismo y que se caracterizaba por el juego de fuerzas unificadoras y disgregadoras[60], el gobierno de una población heterogénea (sumerios y acadios, sedentarios y nómadas, con tradiciones muy diferentes) y la defensa militar de un territorio de las dimensiones aproximadas del actual Iraq, frente a enemigos exteriores e interiores. La desvalorización del título de *ensi,* correspondiente ahora a príncipes locales dependientes, y la concesión de los títulos de *ensi* a «hijos de Akkad» fueron pasos conscientes hacia el control del país. Aunque la debilidad del estado de Akkad se reflejaba en constantes revueltas, había nacido la idea del imperio. De momento, el mediodía sumerio y los guteos fueron los más beneficiados con esta síntesis parcialmente lograda.

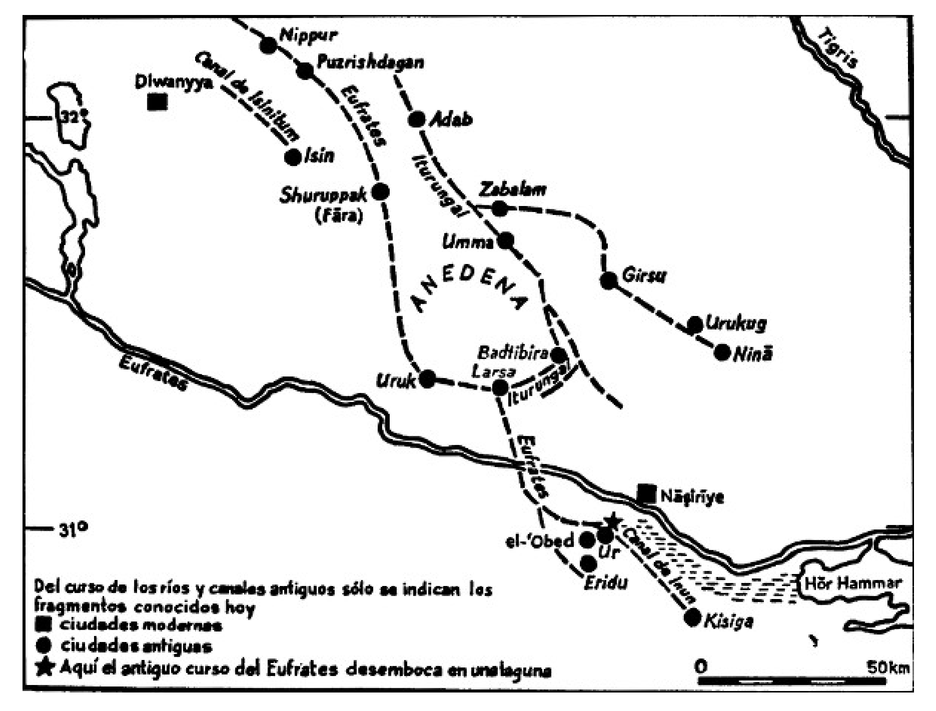


Fig. 13. Babilonia central y meridional a fines del tercer milenio y comienzos del segundo.

La burocracia de la llamada III dinastía de Ur (numeración según las dinastías de la lista de reyes sumeria) se basó en la experiencia centenaria de los escribas y funcionarios administrativos de los complejos económicos de los «templos-estado» sumerios. Los acadios se encontraron ante el problema de organizar y coordinar la administración de un territorio más amplio que el de la ciudad-estado. No disponemos de suficientes documentos sobre la época de Akkad, así que no podemos determinar si el acusado centralismo de Ur III existió ya en Akkad en toda su perfección. Según parece, la organización administrativa anterior a Ur III era aún muy flexible.

La elevación del rey gobernante a «dios protector de su país» fue una innovación de la época de Akkad, revivida durante el reino de Ur III, que condujo a la apoteosis de la monarquía.

El mediodía sumerio, fragmentado en múltiples ciudades-estado o bajo el dominio de Lagash, pudo pactar con los guteos, mien-

tras que el norte acadio sucumbió a su empuje. La reacción contra el dominio extranjero partió de la ciudad sumeria de Uruk. Después de la victoria de Utukhengal sobre el guteo Tiriqan y sus generales Urninazu y Nabi'enlil, los guteos desaparecen como factor político de la historia mesopotámica.

La ambición política de Utukhengal se refleja en el título de «rey de las cuatro zonas del mundo» adoptado por Akkad. Sin embargo, los siete años de gobierno de este monarca quedan totalmente oscurecidos por la III dinastía de Ur, que le siguió.

II. URNAMMU

Durante la época de los guteos Ur fue gobernado por *ensi* que temporalmente estuvieron bajo el dominio de Lagash. Durante el reinado de Utukhengal, Urnammu fue nombrado *shagin* («gobernador militar» o «virrey») de Ur. La subida de Urnammu de un puesto militar al trono (2111-2094) recuerda la carrera de Ishbierra de Isin. Urnammu se independizó reinando aún Utukhengal en Ur. La lista de reyes sumeria define el paso de la hegemonía de Uruk a Ur con la fórmula «Uruk fue vencida con las armas; su monarquía pasó a Ur». Pero éste es un lugar común que la lista de reyes utiliza en cada cambio de dinastía.

La familia de Urnammu intentó poner fuera de duda su legitimidad, acentuando su relación con Uruk y sus grandes reyes de época antigua. Los reyes de Ur se autotitulaban «hijo nacido de Ninsun» (Ninsun era la madre de Gilgamesh) o «hermano de Gilgamesh». Del mismo modo, Lugalbanda de Uruk, padre de Gilgamesh y esposo divinizado de la diosa Ninsun, era considerado padre mítico de los reyes de Ur. Detrás de este título hay algo más que el mero prestigio de Uruk, que aún se alimentaba de su brillante pasado; algo más también que un homenaje a Utukhengal, el antiguo señor de Urnammu. Probablemente exprese que la familia de Urnammu era oriunda de Uruk. Durante algún tiempo Uruk fue asimismo residencia de la reina de Ur III. A Uruk se refieren

los textos administrativos que llevan la nota de entrega «al lugar de la reina». El rey Shūsīn, siendo príncipe heredero, fue gobernador militar de Uruk. Este hecho refleja la importancia que se concedía a la ciudad.

La subida al poder de un vasallo del rey en una nueva residencia es un proceso que se repite en la historia de Babilonia: recuérdese al antiguo escanciador de un rey de Kish, Sargón de Akkad, y a Ishbierra de Isin, que se rebeló contra Ibbīsīn de Ur. Los últimos años del gobierno de Utukhengal coincidieron con los primeros años del reinado de Urnammu. La fecha 3 de Urnammu[61] («De abajo arriba el rey Urnammu guió en derechura sus pasos») corresponde al año octavo o noveno de Utukhengal y contiene el programa del rey, que consistía en extender desde Ur su influencia hacia el norte. El año siguiente, «el hijo de Urnammu fue llamado en Uruk a ser sacerdote *ēn* de Inanna», es el *terminus ad quem* de la inclusión de Uruk en el estado de Urnammu. En la primera época del gobierno de Urnammu tuvo lugar «el retorno de los barcos de Magan y Melukhkha a manos de Nanna». Aquí se hace referencia al restablecimiento del comercio con el sur, con el Golfo Pérsico, que anteriormente había estado en manos de Lagash. Es posible que se restableciera el intercambio comercial a raíz de una victoria de Urnammu sobre el *ensi* Nammakhani de Lagash. Ésta aparece citada en el prólogo del código de Urnammu. Inscripciones de Urnammu sin fecha provienen de Ur, Eridu, Uruk, Lagash, Larsa, Adab y Nippur. Pero también había territorios al norte de Nippur —en territorio acadio— que se encontraban bajo el dominio de Urnammu, según nos informa el «texto catastral». Hay que considerar con cierto escepticismo los textos literarios que relatan que Urnammu sometió a los guteos, aunque no cabe duda de que Urnammu salió con sus conquistas fuera de las fronteras de Babilonia. Su nombre está incluso atestiguado en Tell Brāk, en la región del alto Khābūr.

Urnammu introdujo el título «rey de Sumer y Akkad» en la titulación real, haciendo referencia por primera vez al dominio so-

bre una población mixta. «Sumer y Akkad» es al mismo tiempo un término general geográfico y étnico que abarca Babilonia del Norte y del Sur y la región del Diyāla. Aunque la población semita ya no estaba limitada al norte, el sur de Babilonia se caracterizaba por tener una mayoría de habitantes de lengua sumeria. Dos documentos importantes dan testimonio de la capacidad organizadora de Urnammu. Han llegado hasta nosotros en copias de la época paleobabilónica, pero sin duda son auténticos. El llamado «código de Urnammu» está conservado en fragmentos. Como en códigos posteriores, el núcleo de la obra está formado por frases condicionales del tipo «si A, entonces se produce la consecuencia jurídica B». El código está precedido de un prólogo que celebra el afán del monarca por consolidar la seguridad jurídica del país y contiene algunas referencias históricas. La frase clave es «instaurar un orden justo en el país», que aparece en el código de Lipiteshtar de Isin, en el código de Hammurabi y en numerosas fechas (nombres de año) de los reyes babilónicos antiguos. No es seguro que con esta fórmula se exprese un edicto de exención de deudas, como sucede en el caso del edicto del rey Ammīṣaduqa de Babilonia (1646-1626). Los pocos «artículos» conservados del código de Urnammu coinciden de una manera sorprendente con datos de códigos posteriores (ordalía fluvial; lesiones corporales). Por tanto, el código de Urnammu es el comienzo de una tradición jurídica o uno de los eslabones de una cadena tradicional. Sin embargo, aún no se puede hablar de una codificación jurídica en el sentido moderno.

El llamado «texto catastral» de Urnammu describe el curso de la frontera en cuatro distritos: al norte de Nippur, SHID-tab, Abiak, Marad y Akshak (?)[62]. Cada uno de los cuatro párrafos termina con la frase: «El rey Urnammu ha confirmado el campo del dios NN para el dios NN». Se trata en este caso de la garantía de las fronteras de ciudades-estado que al mismo tiempo correspondían a unidades administrativas. El rey seguía fiel a la idea de que el dios de la ciudad era el dueño de las tierras. Quizá también fue-

ra necesario resolver situaciones territoriales confusas causadas por las revueltas guteas. Urnammu delimita con exactitud los diferentes distritos. La frontera sigue en parte el curso de los ríos y canales, en parte líneas imaginarias entre puntos destacados, como castillos o santuarios. Indudablemente los distritos de Urnammu coinciden con las provincias administrativas de los *ensi*. Aún no sabemos si existieron textos parecidos al «texto catastral» válidos para todo el territorio de Urnammu.

Paralelamente a la reorganización de la administración se emprendió la ampliación y restauración del sistema de canales. Éstos, además de su finalidad fundamental de irrigación, tenían la función de vías de comunicación. Los grandes transportes y los movimientos de tropas se efectuaban por barco.

La actividad constructora de Urnammu es una de sus características más destacadas. Su reinado registró numerosas construcciones y restauraciones. Parece que muchos templos estaban semiderruidos, ya que sólo un régimen fuerte podía hacerse cargo de la conservación de los edificios, construidos en su mayor parte con ladrillos de barro. Los trabajos de Urnammu, que fueron continuados con el mismo celo por su sucesor Shulgi, están atestiguados por numerosas inscripciones. En primer lugar habría que citar la ampliación de la residencia de Ur y los trabajos de la ciudad de Uruk y de la metrópoli sagrada Nippur. El zigurat de Nanna, dios de la luna, en Ur recibió su forma monumental definitiva durante el reinado de Urnammu. Lo mismo cabe decir del zigurat de Uruk. El zigurat —el «templo-torre» de varias terrazas de ladrillo superpuestas, coronadas por un templo— es un tipo de construcción orgánica que tuvo su origen en el templo-terraza arcaico[63] y aparece, al menos desde Ur III, como edificio proyectado en bloque. Desde luego es posible que el zigurat como construcción monumental estuviera ya fijado en la época de Akkad. Sin embargo, por el material arqueológico no ha confirmado hasta ahora esta suposición.

Un importante monumento de las artes plásticas es el relieve de Urnammu procedente de Ur. En él encontramos uno de los motivos más repetidos en el arte de los sellos cilíndricos de la época neosumeria, la llamada «escena de presentación». El soberano (o un adorante) es conducido por una divinidad protectora ante el trono del dios mayor. La glíptica alcanza un nuevo punto culminante de perfección técnica, pero, comparada con la glíptica de la época de Akkad, le faltan frescura creadora y variedad de motivos.

Urnammu tuvo, al igual que los reyes que le sucedieron, un gran eco en la literatura sumeria. *El viaje de Urnammu al infierno* describe la entrada del rey difunto en el infierno, donde obsequia a los dioses —entre ellos el divinizado Gilgamesh— con ofrendas. Con el himno dedicado al rey nos encontramos ante un nuevo género literario que se diferencia, en la inclusión de una oración por el soberano reinante, del himno dedicado a un dios, de época más antigua y atestiguado por primera vez bajo Gudea de Lagash.

III. SHULGI Y SUS SUCESORES

a) La posición del rey

El sistema de Ur III era absolutista. El poder real era ilimitado, aunque naturalmente cabe admitir que estuviera sometido al influjo de los consejeros. El rey podía someter voluntariamente sus decisiones a los augurios. La elección y el nombramiento de determinados sumos sacerdotes se llevaba a cabo sobre la base de los augurios, según confirman datos de Lagash, a partir de la época de los guteos. Los augurios de la época babilónica antigua muestran que el soberano (y cualquier súbdito) podía pedir en cualquier situación la información, la aprobación o el consejo de los augures. El monarca era juez supremo y cabeza de la administración, y decidía sobre la paz y la guerra. Su cargo era hereditario. A su posición absolutamente centralizada estaba ligado el carácter centra-

lista de la administración del reino de Ur III. Aunque en la práctica el *ensi* disponía de amplios poderes —por ejemplo, la supervisión de la jurisdicción local—, no podía tomar ninguna iniciativa política. Su posición era la de un funcionario designado por el rey. La construcción de templos era una prerrogativa del rey. El *ensi* únicamente tenía permiso de construir templos en los que se venerara al rey divinizado.

La elevada posición del soberano encontraba su máxima expresión en su divinización. Esta costumbre, atestiguada por primera vez bajo Narāmsīn de Akkad, volvió a tener vigencia bajo Shulgi. Hasta la época de Hammurabi hubo reyes que escribieron su nombre con el determinativo divino[64]. La divinización del soberano no significa, sin embargo, su equiparación a los grandes dioses del panteón, sino más bien su elevación a dios protector del país. En singular, «dios» se refiere en sumerio, por lo común, al dios personal de un individuo, que intercede por él ante los dioses superiores. Pero aunque definamos con estas restricciones la divinidad del soberano, no cabe duda de que en Ur III se presentó con rasgos muy acusados. Se construyeron capillas dedicadas al culto del rey, se le hacían sacrificios y se veneraban encarnaciones locales del dios protector real, como, por ejemplo, «Shulgi de Umma» o «Amarsu'ena de Kidingira». El nombre del rey entró en la onomástica como elemento teóforo, es decir, el nombre del rey sustituía al nombre de un dios, por ejemplo, «Shulgi-es-la-vida-del-país-de-Sumer».

Junto a la idea del dios protector está la cuestión, no resuelta por completo hasta ahora, de la equiparación del rey divinizado a Dumuzi (Tammuz), el amante divino de Inanna, en relación con el rito de las nupcias sagradas. Hasta Iddindagan de Isin (1974-1954) no hallamos ningún testimonio claro al respecto. Allí se dice que el rey, en la persona de Ama'ushumgal (nombre del dios Dumuzi), contrajo matrimonio con la diosa Inanna. Pero en letanías de la época babilónica antigua se enumeran detrás de los nombres y epítetos de Dumuzi los nombres de los reyes de Ur III e Isin, por

lo que cabría suponer que la idea del rey encarnado en las nupcias sagradas al dios Dumuzi tenía vigencia ya en Ur III[65]. Aún no está del todo claro el papel que desempeñaba el *sukkal-makh* (gran visir) junto al rey. La traducción es convencional; en principio, *sukkal* designaba a un «emisario» o «correo». El imponente Urdunanna, aunque escasamente típico debido al gran número de cargos que acumulaba, es el caso de *sukkal-makh* más conocido. El *sukkal-makh* podía intervenir en un proceso jurídico. En Ur III su posición era independiente del *ensi*, pero igual o superior a la de éste. Sin embargo, no hay razones para suponer que se trate de una institución firmemente enraizada y paralela a la monarquía, llegando incluso a controlarla. En la época del *ensi* independiente Nammakhani de Lagash, que fue vencido más tarde por Urnammu, está atestiguado un *sukkal-makh* llamado Urabba, que aparece luego bajo Urnammu. Este dato aislado no permite determinar si el cargo tuvo su origen en Lagash y pasó más tarde a los reyes de Ur.

b) *Política militar y exterior del reino*

En un primer momento, parece que, a diferencia de los reyes de Akkad, no todos los monarcas de Ur III tuvieron que luchar al subir al trono por la existencia de su reino. Según las fuentes que nos han llegado, la política militar se dirigía exclusivamente contra los países fronterizos. No tenemos noticia de desórdenes internos anteriores a Ibbīsīn. Pero ¿recibió Shulgi realmente de su padre Urnammu un reino consolidado, mostrándose luego capaz durante cuarenta y ocho años (2093-2046) de administrarlo y ampliarlo eficazmente? Los documentos escritos son muy escasos durante el período anterior al año 22 de Shulgi. La imagen de un período de apogeo pacífico bajo Shulgi nos viene de las fuentes de la segunda mitad de su reinado. La fecha 20 de Shulgi dice: «Los hijos de Ur entraron a prestar servicio como arqueros». Detrás de este dato lacónico se esconden posiblemente desórdenes acaecidos en Babi-

lonia durante la primera mitad del reinado de Shulgi que obligarían al rey a llamar a las armas a los ciudadanos de la capital. En todo caso, las numerosas fuentes posteriores al año 22 de Shulgi demuestran que el rey dominaba su estado con mano segura.

Shulgi adoptó de nuevo el título de «rey de las Cuatro Zonas del mundo», al que añadió el título de «rey de Sumer y Akkad», y fue divinizado. El nombre de Urnammu también aparece escrito con el determinativo divino, pero en este caso se trata de una costumbre póstuma. Las expediciones militares de Shulgi se dirigieron contra los territorios fronterizos del norte y el noreste del reino: Simurrum, región situada entre el río ʿAdēm y el bajo Zāb; Karakhar, en la región de Kirkūk; el país de los lullu, en torno a Sulaimānīya; Anshan, en el Irán, al este de Kermānshāh y Ḥusainābād; Urbilum o Arbilum, la actual Erbil; Kimash, zona vecina de Simurrum, y otras ciudades y regiones fueron el objetivo de expediciones militares de las que sólo conocemos noticias victoriosas. La finalidad de estas campañas era asegurar las rutas comerciales —Babilonia, país importador, dependía esencialmente de la importación regular de materias primas—, pero también rechazar la amenaza de invasiones. Sobre todo, la migración hurrita, que desde fines de la época de Akkad empezó a hacerse sentir en Mesopotamia del Norte, era un factor que había que tomar en serio. Uno de los méritos principales de la lucha de contención de Shulgi y sus sucesores fue haber impedido el avance de los hurritas hacia el sur y así haber librado a Babilonia de una nueva dominación extranjera.

Las luchas contra los hurritas tuvieron su eco en la literatura sumeria. Un mito relata la expedición de la diosa Inanna contra la región montañosa de Ebekh (Jebel el-Hamrīn). También el poema épico de la campaña de Gilgamesh contra Khuwawa por las «montañas de cedros» refleja la situación de la época de Ur III. Si las fuentes principales sobre las guerras de Shulgi son las fechas anuales que informan lacónicamente: «año: Urbilum fue destruido», en cambio las inscripciones del segundo sucesor de Shulgi,

Shūsīn (2036-2028) dan una idea más detallada de sus campañas. En ellas hizo prisioneros a varios reyes y *ensi* (en este caso se trata de soberanos independientes a los que se nombra con el título sumerio). Grandes cargas de oro fueron llevadas a Nippur. El carácter político-comercial de las campañas es evidente. Por primera vez recibimos noticia de deportaciones de poblaciones extranjeras. Así surgió en las proximidades de Nippur una colonia de prisioneros, cuyos habitantes seguramente trabajaban en las obras públicas.

No nos debe extrañar que no se mencionen las posibles derrotas. Mientras no tuvieran dimensiones catastróficas, carecían de todo interés para la historiografía. Los primeros indicios de una amenaza grave aparecieron bajo Shūsīn. Este rey erigió una muralla que comenzaba en el canal Abgal y tenía «veintiséis horas dobles» de longitud. Nada sabemos de su curso exacto, pero sí algo sobre su finalidad[66]. Se la llamó simplemente «muralla de los martu» o, más explícitamente, «muralla de los martu que mantiene alejados a los tidnum». Los tidnum (también tidanum) eran una tribu de nómadas semitas a los que de manera genérica los textos sumerios llamaban martu. Como ya veremos más adelante, los nómadas martu jugaron un papel decisivo en la destrucción del reino de Ur III. Las medidas defensivas de Shūsīn consiguieron aplazarla.

Las expediciones militares no eran el único medio de que disponía la razón de estado de Ur III. Un modo de asegurarse la alianza de príncipes extranjeros era el matrimonio. Así, una hija de Shulgi «fue elevada al rango de reina de Markhashi» (en la fecha de Shulgi 18). Markhashi, el Warakhshe de la época de Akkad, se hallaba en el Irán, aproximadamente al noroeste de Elam y al este del Diyāla. El *ensi* de Anshan contrajo matrimonio con otra hija del rey (en Shulgi 31), lo cual no impide que el año 34 de Shulgi registre la «destrucción de Anshan». Bajo Ibbīsīn, un *ensi* de Zabshali casó con una hija del rey.

Sólo tenemos una idea somera de lo que fue la organización militar. No existía una diferencia esencial entre el servicio militar y el civil, y así las denominaciones de los miembros de la jerarquía militar coinciden en parte con las denominaciones de los funcionarios de la administración. El término sumerio *eren* designa al individuo que presta servicio (traducción convencional). El *eren* pertenecía a la población libre, que se reclutaba en determinadas ocasiones: construcción y conservación de los diques y canales, construcción de templos, transportes y servicio militar. Los casos en que el soberano llamaba a las armas a los hombres de la ciudad se reflejan en el poema de Gilgamesh y Khuwawa. Gilgamesh exige 50 hombres sin familia para que le acompañen en su expedición al «país montañoso de los cedros». Por otro lado, sabemos gracias a un pasaje del himno dedicado a la construcción del templo de Gudea de Lagash que la ciudad obedecía al *ensi* en grandes empresas «como un solo hombre». Junto al *eren* estaba el *aga-ush*, especie de gendarme, reclutado de entre la gran masa anónima, que prestaba servicio militar profesionalmente o vigilaba los trabajos de construcción públicos.

El *shagin* ocupaba la cumbre de la jerarquía militar. Era responsable de la seguridad de un distrito y estuvo quizá equiparado al *ensi*. En distritos periféricos como Mari, en los que hasta ahora no está atestiguado ningún *ensi*, el *shagin* ocupaba una posición especial, como cabeza tanto de la administración civil como de la militar. La importancia del cargo se refleja en que fue ocupado por un príncipe heredero —Shūsīn— antes de subir al trono de Uruk.

c) *Dimensiones del reino; centros principales*

Es difícil establecer con exactitud las fronteras del reino de Ur. Seguramente, en zonas de peligro como el este y noroeste la frontera fluctuaba de acuerdo con los éxitos militares. En zonas periféricas, el título de *ensi* tiene un sentido ambiguo, ya que puede designar tanto a un funcionario del reino como a un príncipe ex-

tranjero independiente. A los territorios fundamentales de Ur III pertenecían, además de la llanura de Babilonia y la región del Diyāla, las zonas del curso medio del Éufrates (con centro en Mari) y el curso medio del Tigris (con centro en Asur). En Tell Brāk (fuentes del Khābūr) debió existir, sobre el palacio de Narāmsīn, un palacio de dimensiones similares perteneciente a la época de Ur III. Un fragmento de tablilla de barro cita el nombre de Urnammu.

Las zonas de colonización semita en la época de Ur III corresponderían, más o menos, a las que hoy existen en el Iraq. El Kurdistán iraquí y la región que circunda a Kirkūk estaban habitados, según la onomástica, por población no semita. Si bien Gashur (más tarde Nuzi, al sur de Kirkūk) perteneció aún durante la época de Akkad a la zona de colonización y lengua acadias, como demuestra un extenso archivo de tablillas de barro, más tarde cayó en la zona de migración hurrita. Hacia fines del tercer milenio y comienzos del segundo dejó de pertenecer al área lingüística semita. El único territorio de lengua no semita que desde Shulgi al año tercero de Ibbīsīn perteneció ininterrumpidamente a los reyes de Ur fue la llanura de Elam con su capital, Susa. El área de dominio de Ur dependía en gran medida de las circunstancias geográficas. Las regiones alejadas de las vías de comunicación y las zonas situadas fuera del reino se consideraban zonas de inseguridad: por un lado, las montañas; por el otro, el desierto y la estepa. Añádase a esto que los territorios situados al norte de Asur y de Mari estaban demasiado alejados de Babilonia para formar parte de un sistema administrativo coherente.

Si bien Ur, como residencia real, era la capital, el reino poseía dos centros importantes en Uruk y Nippur, el centro tradicional del culto sumerio. La coronación de Ibbīsīn se celebró consecutivamente en Ur, Uruk y Nippur. Ya hablamos de la importancia de Uruk como posible ciudad de origen de la dinastía de Urnammu y como residencia de las reinas. Nippur estaba gobernada por un *ensi*, pero su rango dentro de Babilonia era especial, ya que no pagaba tributos, sino que los recibía de otros *ensi* babilónicos. Los

ensi de Nippur tenían un carácter dinástico; carácter que en general los reyes tendían a suprimir. El papel religioso de Nippur, y el preponderante de Enlil en el panteón sumerio, se mantuvieron intactos y no se hizo ningún intento de dar más importancia, por ejemplo, a Nanna, dios de la luna de Ur. Una muestra clara de la importancia de Nippur es el poema sumerio del *Viaje de Nanna a Nippur*. El dios de la ciudad de Ur viaja en barco hacia el norte, pide admisión y es recibido por Enlil. Nanna pide su bendición para la casa real, la agricultura y la ganadería, y Enlil se la concede. El texto refleja la convicción de que el poder real provenía de Enlil y que la prosperidad del país dependía de su benevolencia. El rey, actuando de acuerdo con las reglas del culto, debía esforzarse por mantener el orden en el país y en la naturaleza.

d) La administración civil en Ur III

La cabeza de un distrito administrativo era el *ensi*, que debía rendir cuentas ante el rey y era designado por éste. Con el antiguo «príncipe» independiente no le unía más que el título. El *ensi* era la instancia jurídica suprema de la ciudad, como atestigua una sentencia del *ensi* dada en su «palacio». El número de provincias de *ensi* pasaba de cuarenta. En las zonas periféricas las situaciones de poder cambiaban a menudo y la organización administrativa era allí menos rígida que en Babilonia, donde se encontraban reunidos en poco espacio la mayoría de los distritos gobernados por *ensi*. En Mari, Uruk y quizá también en Dēr, en la frontera con el Irán, el *shagin* ocupaba, como gobernador militar, el cargo supremo dentro de la administración civil. El orden establecido por Urnammu (texto catastral) parece haber continuado vigente bajo sus sucesores. En todo caso no hay indicios de modificaciones territoriales en el interior de Babilonia. El período de gobierno de un *ensi* no coincidía necesariamente con el reinado de un monarca. El sucesor adoptaba, como en un Estado moderno, el cuerpo de funcionarios de su antecesor. No sabemos si Nippur, donde el go-

bierno del *ensi* Lugalmelam coincidió exactamente con los nueve años de reinado de Amarsu'ena (2045-2037) constituye un caso especial o bien la coincidencia es casual. Conocemos casos en los que un *ensi* fue trasladado una o incluso dos veces de una ciudad a otra. Quizá se tratara de medidas preventivas contra el fortalecimiento del poder local, aunque pudo haber otras razones (por ejemplo, el favorecer a un funcionario fiel). En varias ciudades gobernaban *ensi* cuyos padres ya habían ocupado este cargo, pero ello no quiere decir que fuera hereditario. No existen ejemplos de acumulación de cargos, es decir, casos de que un *ensi* gobernara varios distritos. El caso de Urdunanna, que tan larga serie de cargos acumuló en la época de Shūsīn, constituye una excepción que quizá refleje el lento declinar de la autoridad real.

Varios *ensi* de Babilonia tenían a su cargo el suministro regular de animales para los sacrificios de los santuarios de Nippur, siguiendo para ello un turno mensual[67]. Quedaban exceptuados los *ensi* cuya residencia estaba demasiado alejada de Nippur (por ejemplo, Asur) para permitir el envío de animales de sacrificio.

De la administración de los distritos subordinados a un *ensi* tenemos una idea muy vaga. El título de *rabiānum* (= alcalde), procedente del acadio, aparece por primera vez en textos de Ur III. Quizá el *rabiānum* fuera la instancia suprema en las ciudades menores sin *ensi*. Los pueblos estaban gobernados por un «corregidor» (*khazannum*).

La administración se dividía en dos ramas principales: el templo y el palacio. El palacio no abarcaba únicamente la residencia (del rey o del *ensi*), sino también la totalidad de los edificios administrativos, entre los que figuraban los talleres, los almacenes y la tesorería.

A pesar de la abundancia de material documental[68], no es fácil obtener una imagen detallada de la administración. La razón principal es la repartición desigual de los textos, sea en lo geográfico o en el contenido. Hasta ahora faltan por completo textos económicos en Babilonia del Norte. Sería interesante saber si la lengua su-

meria se utilizaba en todo el reino como lengua de la administración. Los pocos textos redactados en acadio conocidos hasta ahora permiten pensar que la adopción del acadio como lengua administrativa en las provincias semitas del reino de Sargón no fue un hecho pasajero. Algunas inscripciones reales confirman que el sumerio no tuvo el monopolio en un estado con mayoría semita. En algunas fórmulas sumerias se refleja el creciente influjo del sustrato acadio: la construcción gramatical muestra diversos «semitismos».

Aunque disponemos de algunos estudios monográficos importantes, aún no hemos logrado una reconstrucción detallada de la administración económica de Ur III. También falta un estudio sobre las abundantes denominaciones de oficios y cargos. En la panorámica ecléctica que daremos a continuación se advertirán, naturalmente, estas insuficiencias.

Uno de los mayores archivos de Ur III se halla en Puzrishdagan y fue fundado en el año 39 de Shulgi. Situado en las proximidades de Nippur, este lugar albergaba en sus alrededores una gran cabaña ganadera. Allí se reunían los rebaños de Sumer y Akkad destinados a los sacrificios de Nippur. A diario se registraban las entradas y las salidas, así como los animales muertos o escapados. Los pastores estaban obligados a restituir el ganado cuando no podían demostrar su inocencia en la pérdida. En cada caso se citaba a las personas implicadas: entrada, salida, recibo de la entrega. A menudo un funcionario firmaba como responsable de toda la transacción. Entre las «transacciones» se incluían casos tan banales como la entrega de un cordero muerto para comida de los perros. Las tablillas se fechaban con día, mes y año.

Una de las invenciones de los escribas de Ur III es un formulario que registra las entradas y salidas combinadas, terminando con una suma total de superávit o de déficit.

La ganadería traía consigo una importante industria de lanas y curtidos. La agricultura, cuando se trataba de terrenos pertenecientes al palacio o al templo, estaba sometida a una administra-

ción estricta: todo se registraba —las cantidades de trigo para sembrar, el volumen de la cosecha, el almacenaje, la administración de los almacenes, las entregas en almacén, etc.—. Las entregas se hacían, por ejemplo, a molinos, a ganaderos o a personas con derecho a recibir cantidades en especie.

Aunque el medio de pago era la plata, a menudo se pagaba en especie. La relación ideal era, en este caso, 1 siclo de plata (= 1/60 de mina; aprox. 9 g) = 1 gur de cebada (aproximadamente 200 l). La medida de volumen era el «gur real», equivalente a 300 silas, introducido por Shulgi. Como sucede siempre en los períodos de desarrollo pacífico interno, no se registra en Ur III una fluctuación importante en los precios, si exceptuamos el encarecimiento que tuvo lugar en Babilonia del Sur después del año cuarto de Ibbīsīn.

Unida estrechamente al comercio iba la industria metalúrgica. El metal, importado en bruto o, más habitualmente, en barras o anillos por su mejor transporte, era transformado en herramientas, objetos de adorno y joyas. Como no existían yacimientos en el país y el metal era escaso, éste tenía un alto valor. El metal más usado era el bronce, en proporciones de aleación modernas. El cobre provenía del sur de Magan; el estaño, del Cáucaso y de Beluchistán. Los archivos relativos al metal más extensos que se han hallado son los del puerto de importación de Ur.

El transporte y el sistema de correos estaban eficientemente organizados. En los transportes navales se anotaba el número de hombres que conducían los barcos a su destino por medio de maromas o remos. Sobre el correo (emisarios a pie, jinetes sobre asnos) dan noticia miles de tablillas que registran el aprovisionamiento de los emisarios y los lugares de salida o de llegada. Las provisiones no se llevaban *in natura*; la tablilla daba derechos al portador a alimentos en el lugar de relevo. El mensajero llevaba consigo órdenes en forma de carta o escritos extensos, tales como balances mensuales o anuales de determinadas industrias. Las ta-

blillas se archivaban en «cestos de tablillas» con una etiqueta que registraba la categoría de la tablilla y la fecha.

Para precisar hasta qué punto el templo y el palacio eran organizaciones cerradas, hay que tener en cuenta los textos que registran la concesión de terrenos del templo a personas privadas, las cuales, a cambio, pagaban una renta. No se trata de personas pertenecientes al templo[69], de modo que no nos hallamos ante concesiones de terrenos a personal de aquél, como ocurre en la época protodinástica. Sin embargo, el arrendamiento de terrenos del templo no significa la adquisición de propiedad privada. Hay que subrayar que en Ur III, exceptuando unos pocos documentos de donación de tierras, no se han hallado indicios de propiedad privada territorial. Aunque añadiremos que nos es desconocida la situación de Babilonia del Norte y la región del Diyāla. De modo similar, la concesión de prebendas del templo por el *ensi* —en algunos casos también por el rey— significa únicamente la concesión temporal de un derecho de usufructo y no, como en el período de secularización de la época paleobabilónica, la adquisición de un derecho de propiedad.

Para el conocimiento de la praxis jurídica en el estado de Ur III son más importantes los numerosos documentos jurídicos y los contratos que el fragmento del código Urnammu. Los documentos jurídicos —tablillas con la inscripción *di-til-la* (= asunto concluido)— son en parte registros judiciales de matrimonios, contratos de venta, donaciones, etc., y en parte documentos procesales con sentencia. En éstos, las diligencias previas estaban a cargo de un funcionario llamado *mashkim* («comisario»). Un colegio de dos a siete jueces —raras veces un juez sólo— dictaba sentencia. El proceso puede ser relativo al derecho de familia (por ejemplo, reclamación del cumplimiento de los acuerdos matrimoniales, divorcio y disputas de herencias); muy a menudo hallamos también casos de impugnación de la propiedad de esclavos por parte de indígenas, así como impugnación de contratos y vindicaciones. En el derecho penal hay que destacar la ausencia de la ley del talión

(es decir, «ojo por ojo, diente por diente»), característica también del código inmediatamente siguiente, el de Lipiteshtar. A juzgar por los textos que se refieren al derecho matrimonial, la mujer sumeria tenía los mismos derechos que el hombre.

Entre los tipos de contrato que están atestiguados o pueden reconstruirse a partir de los documentos judiciales se encuentran contratos de compra, de donación y de préstamo. Los objetos de la compra son generalmente inmuebles y esclavos. Como forma especial de compra está atestiguada la compra a crédito, en la que el pago se hacía después de la entrega del objeto adquirido. Es notable que falten contratos de compra de tierras: he aquí un *argumentum e silentio* que es importante a la hora de calibrar las relaciones de propiedad territorial en Ur III.

e) Estructura social; sumerios, acadios y amorreos

Más arriba intentamos dar una imagen de la estructura social de la población durante la época protodinástica, encontrándonos con la dificultad de que los términos que designan las diferentes clases aún no pueden definirse con exactitud. También tuvimos que subrayar lo relativo de términos como «libre» y «semilibre». Tanto en Ur III como en el estado presargónico de Lagash la documentación, extensísima aunque unilateral, da la impresión de que el poder del estado era ilimitado y que el individuo, aparte del papel que le tocara en cuanto miembro de la comunidad, tenía muy humildes posibilidades. Ahora bien, debernos preguntarnos si esta imagen ha de aceptarse sin reservas.

Como piedra de toque puede servirnos el problema de la existencia de propiedad territorial privada. ¿Permite la ausencia de contratos privados de compra de tierras deducir que la mayor parte del país, o incluso todo él, era propiedad del «estado» («palacio» y «templo»)? Si la pregunta se limita a Babilonia central y meridional, es decir, a Sumer, la respuesta será seguramente afirmativa. Si ya en la época protodinástica existen contratos de compra

de terrenos en el área lingüística del acadio, sería extraño que en el mediodía sumerio se hubiera limitado la actividad de los escribas al ámbito estatal. Pero más importante que este *argumentum e silentio* es lo siguiente: los documentos judiciales de Ur III nos dan una idea no sólo de la organización de la justicia, sino también de los problemas judiciales de la población. Entre los casos de litigio que dieron lugar a procesos no hay atestiguado ninguno que tenga por objeto la impugnación de una compra de tierras. Por tanto, quizá podamos aceptar que existan contratos de arrendamiento a particulares, pero no contratos de compra. No puede ser simplemente una casualidad el que en Babilonia del Sur aparezcan, después de la época de Urninurta de Isin, numerosos contratos de compra de tierras.

El hecho de que la relación entre el estado y la población se caracterice por la integración de un porcentaje muy elevado de ésta en el servicio de aquél no nos dice nada, naturalmente, sobre el bienestar de la población. Podemos suponer que la situación económica estable de Ur III produjo un relativo bienestar, si consideramos tal la ausencia de miseria extrema. La situación de la época paleobabilónica (endeudamiento periódico del ciudadano medio), que se refleja en los contratos de la época y que nunca pudieron resolver los edictos reales de anulación de deudas, no tuvo paralelo en Ur III.

Poco puede decirse de la situación de los esclavos durante la época protodinástica y la época de Akkad, pero las fuentes de Ur III son más explícitas. El esclavo no es libre, naturalmente, y pertenece a otra persona, pero llama la atención, como rasgo humanitario, el que posea determinados derechos personales. Un esclavo podía recurrir por sí mismo ante un tribunal y tenía el derecho de impugnar su condición de esclavo y pedir una investigación judicial de su caso. Podía también aparecer como testigo y poseer ciertos bienes personales. Sin embargo, esta situación relativamente favorable se daba sólo en el caso de los habitantes del país que, en general, habían perdido su libertad por circunstancias

financieras adversas. Seguramente, la situación de los esclavos que llegaban a Babilonia deportados o prisioneros era completamente distinta. Ya hemos hablado de la inscripción de Shūsīn que da noticia de la creación de una colonia de prisioneros cerca de Nippur. Dos tablillas de Umma del año 5 de Amarsu'ena registran el suministro de raciones a mujeres extranjeras prisioneras de guerra. Se enumeran 150 nombres y se ha pensado que las mujeres estaban internadas en una especie de campo de concentración. El esclavo extranjero no tenía, naturalmente, posibilidad de recuperar su libertad por procedimientos judiciales.

No puede hablarse durante el reino de Ur III de oposición entre sumerios y acadios, o de que ocuparan posiciones sociales diferentes. El grado de desarrollo del proceso de fusión se refleja en que no sólo las reinas, sino también los dos últimos reyes de Ur III, Shūsīn e Ibbīsīn, llevaban nombres acadios. También el cuerpo de funcionarios estaba formado, en un porcentaje alto, por individuos de nombre acadio. Sin embargo, sí existía una oposición al segundo elemento semita del reino: los nómadas *martu* o amorreos (acad., *amurrum*). Estos constituían un peligro latente y fueron la causa definitiva del derrumbamiento del reino. Aún estaba intacto el reino cuando se empiezan a registrar intentos de asimilar a estos incómodos inmigrantes. Algunos amorreos poseían tierras como vasallos del rey y, en principio, el ascenso a puestos de confianza no les estaba vedado. Se sabe de un amorreo que era emisario real. Muy a menudo aparecen amorreos entre los receptores de raciones o suministradores de ganado para sacrificios. La relación entre el estado y los nómadas inmigrantes sería parecida a la de época paleobabilónica, sobre las cuales los archivos de Mari, Uruk y las proximidades de Sippar informan detalladamente. Los textos paleobabilónicos muestran que no constituye necesariamente una contradicción el que una parte de las tribus nómadas entrara al servicio de los pobladores sedentarios, asimilándose a ellos hasta el punto de que algunos amorreos adoptaran nombres

sumerios y acadios, mientras que la mayoría de las tribus seguían siendo un foco de agitación de primer orden.

IV. DECADENCIA Y DESMEMBRACIÓN DE UR III

Comparada con la historia de la dinastía de Akkad, políticamente inestable y constantemente amenazada por fuerzas disgregadoras, la III dinastía de Ur es, con sus primeros cuatro reyes —Urnammu, Shulgi, Amarsu'ena, Shūsīn—, un ejemplo de estabilidad, duración y unidad que no tiene parangón en la historia antigua de Mesopotamia. A consecuencia del dominio de Sumer, Babilonia vivió, en lo que a situación interna se refiere, una *pax sumerica*. ¿Qué fuerzas y corrientes condujeron a la caída de la III dinastía de Ur? Por un lado, la inevitable y constante tendencia al particularismo, la falta de una voluntad de subordinación definitiva a un poder central. Por otro, la inmigración cada vez más numerosa de nómadas semitas —la inmigración amorrea o «cananea»—. Por último, la tensión nunca resuelta entre Babilonia y Elam, cuya población de lengua diferente nunca estuvo dispuesta a dejarse asimilar, a pesar de estar en deuda con la cultura de Babilonia.

Durante el reinado de Shūsīn y hasta por lo menos al año 2 de Ibbīsīn, la defensa del flanco oriental de Babilonia estaba a cargo de un hombre que, a juzgar por el gran número de altos cargos que reunía, debió ser un personaje extremadamente poderoso. Se trata de Urdunanna, cuyo padre y cuyo abuelo habían ocupado el cargo de *sukkal-makh* —gran visir— bajo Amarsu'ena y Shulgi, respectivamente. Urdunanna pasó a ocupar el mismo puesto. Según una inscripción que grabó en nombre de su señor Shūsīn con motivo de la construcción de un templo, Urdunanna era: 1) *sukkal-makh*; 2) *ensi* de Lagash; 3) sacerdote-*sangu* del dios Enki de Eridu, 4) *ensi* de Sabum y del «país de los guteos», de al-Shūsīn, Khamazi y Karakhar; 5) gobernador militar de Uṣargarshana, Bashimi, Dīmat-Enlil, Urbilum, Ishar, de las gentes de Su y del país de

Kardak. No se han podido localizar todos estos lugares y regiones. Pero la inscripción demuestra que el poder de Urdunanna alcanzaba desde Erbil (Urbilum) por el norte hasta la costa norte del Golfo Pérsico. Ignoramos si la situación de confianza de que disfrutaba Urdunanna —en general el sistema de Ur III tendía precisamente a evitar la acumulación de cargos en una persona— radicaba en su fuerte personalidad o se debía a otras razones. Urdunanna podía ser tanto un fiel servidor de la casa real como un enemigo potencial. Aunque tenía gran influencia en las decisiones políticas relativas al oriente, no hay fundamento para hacerle responsable de la defección de Elam en el año 4 de Ibbīsīn.

El comienzo de la decadencia del reino de Ur se manifiesta en la ausencia de documentos fechados en una ciudad tras otra. Esto significa que los *ensi* —ya sea por propia voluntad, ya sea por fuerza mayor— interrumpen la comunicación con la capital. En Eshnunna, a orillas del Diyāla, la comunicación se interrumpe en el año 3 de Ibbīsīn; en Susa, un año más tarde. En vista de la cantidad de documentos que aparecen aún a principios del reinado de Ibbīsīn, es preciso suponer que estas ciudades no pertenecían ya al área de influencia de Ur. Después de los años 5 y 7 de Ibbīsīn dejan de registrarse documentos también en Lagash, Umma y Nippur. Es curioso este fenómeno que hace pensar en una reacción en cadena. La memoria histórica que guarda la literatura recuerda la catástrofe que se avecinaba con frases como «Cuando el país se levantó contra Ibbīsīn…». La correspondencia real da una idea más concreta. Se trata en este caso de cartas intercambiadas entre el rey y sus *ensi*, que parecieron suficientemente importantes a las generaciones posteriores como para copiarlas y transmitirlas como literatura.

Constituye su núcleo la correspondencia de Ibbīsīn con Ishbierra, un caudillo militar de Mari, a orillas del Éufrates. Ishbierra pedía al rey que le concediera poderes especiales para proceder contra los nómadas amorreos, que habían traspasado la «muralla de los amorreos» y se estaban apoderando de una fortaleza tras

otra. El antiguo augurio babilónico, «El de la estepa entrará y hará salir al que está en la ciudad», reduce a una fórmula general la irrupción de la tribu nómada y la sustitución del gobernador por un jeque. La petición de Ishbierra, que pretendía que le fuera también concedido el mando supremo en la ciudad de Isin, no correspondía a una conducta leal. Ishbierra obligó al rey a nombrarle, aprovechando que Babilonia del Sur estaba amenazada por el hambre —ya sea a causa de una mala cosecha, ya sea porque no se cultivaban los campos debido a la inseguridad que creaban los nómadas amorreos en las tierras llanas—. En Ur, el encarecimiento de los productos era general. Ishbierra, que en principio estaba encargado de procurar trigo a la Babilonia central, había almacenado 72 000 gur de cebada (es decir, 14 400 000 l) en Isin, según él para ponerlos a salvo de los amorreos. Sin embargo, Ishbierra no envió la cebada, sino que pidió al rey el envío de 600 barcos necesarios para su transporte. El rey, no pudiendo cumplir esta petición, recomendó a Ishbierra que pidiera ayuda a los demás *ensi*. En vista de ello, Ishbierra aprovechó la ocasión para establecerse como príncipe independiente en Isin. Desde el año 10 u 11 de Ibbīsīn existió una dinastía en Isin que utilizó una cronología propia y rivalizó con Ur hasta fines del reinado de Ibbīsīn. Luego intentó usurpar la sucesión del reino de Ur, manteniendo su residencia en Isin.

Ishbierra es un caso ejemplar de rebelión de un vasallo contra su rey. Si intentamos reconstruir con los datos disponibles una imagen de conjunto plausible, posiblemente el resultado estará demasiado simplificado. Apenas si sabemos algo de los detalles que acompañan la desavenencia entre Ibbīsīn e Ishbierra, de los móviles de éste —aparte del simple deseo de poder de un hombre ambicioso— o de la personalidad de los dos rivales.

La defección de Ishbierra tuvo paralelos en otras ciudades del reino. Ishbierra consiguió apoderarse poco a poco de la mayor parte de Babilonia —para ello mantuvo en parte a los antiguos *ensi* de Ur, confirmándolos en sus puestos—, pero Asur del Norte y

Susa quedaron fuera de la formación estatal babilónica de los siglos posteriores.

Con la pérdida de Nippur, Ur quedaba desprovista de su más importante soporte ideológico. Ishbierra conquistó la ciudad y a partir de ese momento gozó de la protección de Enlil, dispensador de la legitimidad monárquica. No está muy claro hasta qué punto Ishbierra u otros funcionarios del estado conspiraron antes del año 10/11 de Ibbīsīn con jeques de los nómadas amorreos. En una carta dirigida a Ishbierra, Ibbīsīn reprocha al gobernador militar de la fortaleza fronteriza del oeste el no haber hecho frente a los amorreos. Encontramos otros reproches recíprocos —seguramente pretextos para encubrir la propia conducta desleal— en otras cartas de la correspondencia real.

Aunque Ur había perdido el dominio de Babilonia septentrional y central, Ibbīsīn conservó aún durante trece o catorce años una parte del reino: Ur mismo y sus alrededores. Ishbierra no contribuyó directamente a la caída definitiva. El golpe vino de oriente. Elam inició una campaña aniquiladora contra Ur apoyándose en las gentes de Su o Sua que actuaban como tropas auxiliares. Su es un término genérico que designa a los pueblos establecidos en los montes Zagros, al norte de Elam. La fuente principal de información sobre la guerra de Elam contra Ur es un relato famoso, aún hoy impresionante, que en once estrofas largas lamenta la destrucción de Ur. En él vuelve a aparecer el motivo, ya conocido a través de la correspondencia de Ibbīsīn, que atribuye a la ira de Enlil la catástrofe que sobrevino a Ur. Las diosas abandonaron sus santuarios en Sumer. Ningal, la esposa de Nanna, intercedió ante Enlil, pero en vano. El «así sea» del dios supremo, aceptado en la asamblea de los dioses, era irrevocable. Ur y sus santuarios fueron destruidos por completo (como demuestra la investigación arqueológica). Ibbīsīn fue conducido prisionero a Elam —acontecimiento único en la historia antigua de Babilonia—. Nada sabemos del ulterior destino del rey. En Ur quedó una guarnición elamita que fue desalojada por Ishbierra seis o siete años más tarde. No está claro

si la invasión elamita afectó también al territorio de Ishbierra en Babilonia central. El lamento de Ur relata que fueron atacadas algunas ciudades de Babilonia central. Pero estos datos no concuerdan con las noticias de Isin, que hacen suponer que el nuevo estado no se vio afectado. Tampoco se encuentran indicios de ataques al norte de Ur.

V. LOS SUCESORES DEL REINO DE UR

Podemos hacernos una idea clara de la alta opinión que tenía de sí mismo el usurpador Ishbierra (2017-1985) a través de sus títulos. Un sello cilíndrico dedicado al rey por un funcionario lleva la inscripción siguiente: «Ishbierra, rey poderoso, rey de las cuatro zonas del mundo, Shū'erra, gobernador militar (*shagin*), hijo de Turam'ilī, es tu esclavo». La reproducción del sello se encuentra en una tablilla de barro con la fecha 8 de Ishbierra. De aquí se deduce que Ishbierra se adjudicó el título de rey de Ur reinando aún Ibbīsīn y contra las pretensiones de éste. También dejaba escribir su nombre con el determinativo divino. Ishbierra arrebató un título más a Ibbīsīn: en otro sello cilíndrico se designa a sí mismo «dios protector» de su país. El propietario del sello es un tal Ishbierramālik: es imposible que llevara este nombre, que significa «Ishbierra es consejero», desde su nacimiento; seguramente cambió de nombre para adoptar uno que contuviera el nombre del rey. Este tipo de nombre que adulaba al soberano es muy abundante durante la época de Ishbierra: Ishbierrabāni («Ishbierra es creador») —formación paralela a la de nombres como Adadbāni (= [el dios] Adad es creador)—; «Ishbierra es la vida del país de Sumer» (compárese más arriba «Shulgi es la vida del país de Sumer»); «alabad a Ishbierra, el fuerte», etc.

Ishbierra instaló su residencia en la ciudad de Isin arrebatada a Ibbīsīn. Isin fue la capital hasta el final de la dinastía. Su importancia hasta entonces había sido secundaria. El hecho de que ciudades sin un pasado brillante sean convertidas en residencia real se repi-

te a partir de Sargón de Akkad. También Akkad, que dio su nombre al «país de Akkad» y a la *lishānum akkadītum* —lengua acadia—, fue antes de Sargón una ciudad de segundo orden. Lo mismo puede decirse de Babilonia, residencia de la primera dinastía de Babilonia. Hasta la fecha no se han llevado a cabo excavaciones sistemáticas en Isin. La ciudad se halla bajo el Tell Ishān Baḥrīyāt, a unos 30 km al sur de Nippur. No tenemos, por tanto, una idea clara de la actividad constructora desarrollada en su residencia por los reyes de Isin. Isin era lugar de culto de la diosa Nini(n)sina —«señora de I(n)sin»—, venerada en otras ciudades bajo el nombre de Gula. Se trata de la «diosa de la salud» del panteón sumerio, del «gran médico del país de Sumer». Los reyes de Isin veneraban especialmente a Dagan, un dios del panteón semítico de Siria. Este culto se debía al origen de Ishbierra, que procedía de Mari, en el curso medio del Éufrates. Sin embargo, Dagan ya era venerado en Babilonia durante la época de Ur III. Puzrishdagan, la ciudad fundada por Shulgi junto a Nippur, lleva un nombre acadio que significa «bajo la protección de Dagan».

No podemos precisar, como en el caso del reino de Ur, hasta dónde llegó la influencia de Ishbierra. Las fuentes de escritura cuneiforme son muy escasas en el caso de Isin, si se comparan con la cantidad de textos de Ur III. Todos nuestros conocimientos se basan en inscripciones de construcciones y consagraciones, en una lista incompleta de fechas anuales y, sobre todo, en un archivo de Isin, dedicado a la industria de curtidos, que data del reinado de Ishbierra y de los primeros años de Shū'ilishu. Según una carta ya citada de la correspondencia real de Ibbīsīn, Ishbierra se apoderó de los territorios de los *ensi* de Babilonia que ya estaban bajo el dominio de Ur. Posiblemente procedió por pactos de coalición, transformando más tarde la relación de igualdad en relación de dependencia. Así, Puzurnumushda, *ensi* de Kazallu, relata que Ishbierra le propuso un pacto. Ishbierra pudo aprovechar el sistema administrativo creado por los reyes de Ur y no se vio obligado a una reorganización radical como la de Urnammu. Los textos ad-

ministrativos de Isin son muy similares en sus fórmulas a los textos del reino de Ur. Varias veces se citan emisarios del extranjero y del propio país, por lo que vemos que Ishbierra adoptó también el sistema de emisarios de Ur. El paso del poder de Ibbīsīn a Ishbierra no trajo, pues, profundas innovaciones en el sector de la administración. Ishbierra puso gran empeño en la consolidación militar de sus estados: varias fechas anuales citan la construcción de fortalezas. Había motivo sobrado para ello. El peligro de los nómadas amorreos no había desaparecido; además, Ishbierra tenía que asegurarse contra posibles invasiones del sur mientras Ur estuviera ocupado por los elamitas. En su año 22, Ishbierra derrotó a las fuerzas de ocupación y se apoderó del centro y del sur de Babilonia.

No es muy clara la posición que ocupó Larsa —ciudad de Babilonia del Sur— durante el reinado de los cuatro primeros reyes de Isin. Si nos fiamos de una pequeña lista de reyes de la época de Samsuiluna, sucesor de Hammurabi, un hombre de origen amorreo llamado Naplānum (2025-2005) fundó una dinastía en Larsa ocho años antes de la usurpación de Ishbierra. Pero sólo a partir de Gungunum (1932-1906), contemporáneo de Lipiteshtar y Urninurta de Isin, disponemos de inscripciones y fechas anuales de soberanos independientes de Larsa. La gran lista de datos de Larsa que contiene los nombres de los años hasta fines del gobierno de Rīmsīn (1763) se inicia con Gungunum, quinto «sucesor» de Naplānum. Sin embargo, no queda excluido por completo que existiera un estado de Larsa independiente, junto al de Isin, que comprendiera Ur, Eridu y Uruk. Larsa se encontraba junto a la desembocadura en el Éufrates del canal de Iturungal, que constituía la vía de comunicación principal entre Nippur, Uruk y Ur. Pero las tendencias expansionistas de Larsa —según las fuentes— se dirigían en principio hacia el noreste, hacia Lagash, de modo que no planteaban un conflicto de intereses inmediatos. Un personaje llamado Naplānum aparece en varios documentos administrativos

de fines de la III dinastía de Ur, que le califican de *martu*, es decir, de miembro de la capa amorrea.

Un documento procesal del siglo XX procedente de Girsu (distrito de Lagash) contiene un juramento de las partes litigantes en nombre de un tal Samium. Teniendo en cuenta la costumbre de prestar juramento en nombre del dios de la ciudad, del soberano o de ambos, Samium debió ocupar un puesto importante. En caso de que fuera idéntico a Samium, el tercer «sucesor» de Naplānum y padre de Gungunum, que reinó de 1976-1942, Larsa sería independiente ya en esa época.

La región del Diyāla no pertenecía al estado de Isin. El intercambio entre Eshnunna y Ur fue interrumpido, como vimos, en el año 3 de Ibbīsīn. La defección de Eshnunna tuvo lugar probablemente bajo Itūriya, un *ensi* de Ibbīsīn. El hijo de Itūriya, Ilshuiliya, fue primero «escriba» al servicio de Ibbīsīn. En una inscripción posterior se autotitula «rey poderoso, rey del país de Warium». «Warium» es el nombre indígena de la provincia cuya capital era Eshnunna. Los sucesores de Ilshuiliya se contentaron con el título de *ensi* y hasta Ipiqadad II (hacia 1840) no volvieron a adoptar el título real. En algunas leyendas de sellos cilíndricos provenientes de Eshnunna, de la época de Ilshuiliya, la titulación citada se atribuye a Tishpak, dios de dicha ciudad. En un sello se añade «rey de las cuatro zonas del mundo». Aquí se patentiza, aunque de modo indirecto, la pretensión de Eshnunna a la hegemonía «universal». No cabe duda de que esta ambición era desmedida y no correspondía en absoluto a la realidad política, pero es un síntoma característico de la tendencia independizadora que surgió simultáneamente en diversos puntos al aproximarse la caída de Ur. Bajo los sucesores de Ilshuiliya se demostró que Eshnunna no podía mantenerse al mismo nivel que Isin y, por tanto, no podía pretender actuar como sucesor potencial de Ur III.

Como consecuencia de la pérdida de poder de Ibbīsīn también se hizo independiente la ciudad de Dēr, cerca de la actual Badra. Dēr era lugar de culto del dios Sataran, que ya conocemos como

dios de Mesalim de Kish. Situada en la frontera entre Elam y la llanura babilónica, Dēr ocupaba una importante posición estratégica y político-comercial. Durante la época de Ur III fue una de las ciudades gobernadas por un *shagin* o gobernador militar. El título de *shagin* pasó en su forma acadia *shakkanakkum* a los soberanos independientes de Dēr. Entre ellos se halla un tal Nidnusha que escribía su nombre con el determinativo divino. Al igual que Isin y Eshnunna, también Dēr quiso heredar algo del brillo de los reyes de Ur. Otro *shakkanakkum* de Dēr, Anummuttabbil, se jacta de haber vencido a Elam, Anshan, Simash y Barakhshe, regiones iraníes vecinas de Mesopotamia. Como aún no se han hecho excavaciones sistemáticas en Dēr, faltan las fuentes que permitan reconstruir una imagen más concreta de esta importante ciudad. Bajo Iddindagan (1974-1954), lo más tarde, Dēr cayó en poder de Isin, pues Ishmedagan (1953-1935) era ya *shakkanakkum* de su padre en Dēr antes de subir al trono.

El ámbito asirio, con su capital Asur, se separó definitivamente de la formación estatal babilónica. El soberano independiente se llamó así *ishshiakkum*, forma acadia del título sumerio *ensi*. Como sucedió en la región del Diyāla a la caída de Ur III, el título fue llevado por príncipes independientes. Se sabe muy poco de la historia de Asiria durante el siglo XX. El relato de la campaña de Ilushuma de Asur contra Babilonia permite reconocer que, también en el curso medio del Tigris, un estado con tendencias expansionistas seguía las huellas de Ur.

El desarrollo político de Isin transcurrió hasta los comienzos del reinado de Ishmedagan sin que lo afectaran perturbaciones de origen exterior. La actividad constructora se concentró en la restauración de la ciudad de Ur, devastada por los elamitas. Shū'ilishu recuperó —no sabemos si por medios diplomáticos o en el curso de una campaña militar— la estatua del dios de la luna Nanna, que los elamitas habían llevado a su país. También el hecho de que la literatura sumeria, que alcanzó bajo los reyes de Ur III su primer momento de apogeo, encontrara en Isin una continuación digna

hace suponer un período de desarrollo pacífico. Se compusieron numerosos himnos dedicados a los dioses y a los reyes y se copiaron obras literarias sumerias en las escuelas de escribas. El poema que lamenta la destrucción de Ur —ya citado— fue escrito en esta época. El lamento de Ur y el llamado «lamento de Ibbīsīn», obras de un mismo ciclo, fueron el modelo de un género literario sobre el que se hicieron muchas variaciones. Bajo Lipiteshtar se compiló la segunda gran obra jurídica de Mesopotamia, el llamado código de Lipiteshtar. En los himnos dedicados a los reyes se hace a menudo referencia a la paz y a la tranquilidad que reinan en el país; aunque hasta cierto punto puede tratarse de un tópico literario —el tema de la paz aparece ya en un himno dedicado al rey Shulgi de Ur—, merece citarse un pasaje de un himno a Iddindagan, ya que contrasta vivamente con la turbulencia de la época paleobabilónica que nos presentan las fuentes históricas, sobre todo los textos paleobabilónicos de augurios. En el himno de Iddindagan se dice: «Has asegurado caminos y puentes, has hecho que el país prospere, que la justicia esté en boca de todos..., has levantado terrazas, trazado fronteras..., oh Iddindagan, tu padre Shū'ilishu, rey del país de Sumer, robusteció para ti los fundamentos de Sumer y Akkad. En nombre de Anu y de Enlil le has sobrepasado, has 'adelantado' a todos los enemigos».

Los primeros indicios del debilitamiento de Isin, precursores de la fragmentación de Babilonia en innumerables estados, aparecen bajo Ishmedagan, cuarto rey de Isin. Un augurio paleobabilónico de Mari recuerda la derrota que sufrió Ishmedagan ante las puertas de Kish. Ésta es la primera referencia —aunque no estrictamente histórica— que tenemos sobre una disensión entre Isin y el norte de Babilonia, donde parece que la antigua ciudad de Kish era la cabeza del «país de Akkad». Un poema de lamentación escrito durante el reinado de Ishmedagan habla de desórdenes provocados por los nómadas amorreos. La descripción de la devastación, que afectó sobre todo a Nippur, depende claramente en su forma

literaria del lamento de Ur, pero indudablemente refleja un hecho histórico.

Es problemática la interpretación del relato que el príncipe (*isshiakkum*) Ilushuma de Asur hace de una expedición a Babilonia. Ilushuma era nieto de un tal Puzurashshur, que había fundado una dinastía en Asur. Por la cronología es posible que Ilushuma fuera contemporáneo de Ishmedagan, pero carecemos hasta ahora de sincronismos exactos. En la crónica contenida en una inscripción conmemorativa se dice: «Desde la región pantanosa (?)[70], desde Ur y Nippur, desde Awal, Kismar y Dēr desde la ciudad de Shataran hasta la 'ciudad' (= Asur) he dispuesto la exención de tributos para los acadios y sus hijos». En las fuentes babilónicas no hallamos ningún indicio de que un soberano de Asur interviniera en los asuntos de Babilonia. Las ciudades que Ilushuma cita, aparte de Ur y Nippur, se encuentran todas en la región oriental del Tigris. Esto significa quizá que Ilushuma trataba sobre todo de incluir las vías de comercio del Tigris oriental en su área de influencia. Ya hablamos de la posición estratégica clave que ocupaba Dēr. Es posible que Ilushuma llegara en sus incursiones hasta Babilonia. Pero no es probable que decretara la exención de tributos en un «reino» que se extendía desde Ur hasta Asur. Sin embargo, la crónica de Ilushuma encaja, en un aspecto, en la época de Ishmedagan y sus sucesores. Por primera vez desde Urukagina de Lagash hallamos reyes que se vanaglorian en sus inscripciones de esforzarse por reducir los problemas sociales. En el reino de Ur había pocos motivos para ello, ya que una economía estatal fuerte sostenía a la mayoría de la población. Ishmedagan saldó el tributo de Nippur y libró del servicio militar a los ciudadanos obligados a él o, como se formula en otra parte en términos más generales, «saldó el diezmo de Sumer y Akkad». En un himno dedicado a Ishmedagan se dice que el rey mandó a los *eren* de Nippur que había liberado del servicio militar a trabajar en los templos de los dioses de Nippur. El material documental es por desgracia demasiado escaso como para permitir un conocimiento exacto de las medidas tomadas por el

rey. Nuestros conocimientos son hasta ahora insuficientes, especialmente por lo que respecta al sistema fiscal.

Lipiteshtar (1934-1924) fue el último rey de la dinastía de Ishbierra. Su sucesor, Urninurta (1923-1896), no pertenecía a la dinastía. Lipiteshtar destaca aún más que Ishmedagan por sus medidas jurídicas. El llamado código de Lipiteshtar se copiaba a menudo en las escuelas de escribas y de este modo se convirtió en «literatura», en el sentido más estricto. Un ejemplar del código proviene de Kish, en el norte de Babilonia. Esto tiene cierta importancia si consideramos los diversos puntos de contacto que existen entre el código de Lipiteshtar y el código de Hammurabi, redactado en Babilonia, próxima a Kish. El código de Lipiteshtar es, como el de Urnammu, una compilación de normas jurídicas para la que se ha adoptado convencionalmente el término «código». La obra está precedida de un prólogo y se cierra con un epílogo. La ordenación corresponde a la del código de Hammurabi. En las inscripciones de sus edificios, Lipiteshtar hace siempre referencia a su actividad como protector del derecho con la frase: «cuando hubo establecido un orden justo en Sumer y Akkad…». Ignoramos si se refería a un «edicto» encarnado precisamente por el código. El código de Lipiteshtar, aunque no completo, está mejor conservado que el de Urnammu, y constituye un documento muy importante para el conocimiento del derecho sumerio de la época tardía. ¿Era el código de Lipiteshtar la primera compilación de este tipo en el estado de Isin? El análisis de las fuentes parece al menos indicar que los «precursores» —si los hubo— no fueron considerados por las generaciones posteriores dignos de ser copiados por los escribas. El prólogo relata que el rey «liberó» a los «hijos e hijas» de Nippur, Ur, Isin, Sumer y Akkad. Con este enunciado general el rey se refiere seguramente a una exención de deudas destinada a frenar las diferencias sociales escandalosas y la acumulación de capital privado. El prólogo informa a su vez de que Lipiteshtar fijó nuevas condiciones para la prestación de servicios. Según la situación familiar (padre de familia; miembro de una comunidad doméstica

de hermanos; hombre soltero), el servicio mensual variaba de seis a diez días. Aunque el prólogo no lo exprese explícitamente, la nueva ordenación reducía el número de días de servicio obligatorio. Las formulaciones del prólogo no son en cada caso lo suficientemente precisas como para darnos una idea concreta de las medidas tomadas. A la pregunta de quién estaba obligado a prestar servicio (¿el que detentaba un «feudo», la gran masa de la población, con excepción de los sacerdotes y funcionarios, o una determinada clase privilegiada?) puede respondernos la copia de otro edicto procedente de Nippur: «Al *mashka'en* hice prestar servicio cuatro días al mes». Pero este dato es insuficiente. No sabemos a qué clase pertenece el citado *mashka'en* (acadio, *mushkēnum*). Tampoco sabemos el nombre del soberano autor del edicto, conservado sólo en parte. Quizá se trate de uno de los sucesores de Lipiteshtar.

De los documentos sobre medidas jurídicas del rey, muy frecuentes desde Ishmedagan, podemos deducir que ya no se admitía sin reservas que el rey dispusiera según su voluntad de amplias capas de la población, como era habitual en la ciudad-templo sumeria.

A pesar de todo, el código de Lipiteshtar es un documento con base sumeria, como se demuestra al compararlo con el código de Hammurabi y con los documentos jurídicos de Ur III. En los capítulos del código que tratan de los inmuebles faltan datos sobre las tierras de cultivo. ¿Quiere esto decir que la propiedad privada de tierra seguía considerándose una desviación de la norma según la cual eran el templo y el palacio los propietarios principales de las tierras? El derecho penal del código de Lipiteshtar, en contraposición a la ley del talión de Hammurabi, sólo conoce la reparación de un daño por indemnización en metálico. La pena de muerte que Hammurabi impone a menudo no está atestiguada en los artículos conservados del código de Lipiteshtar. Tampoco los documentos jurídicos de Ur III conocían, como vimos, la ley del talión. En la sección que trata del derecho de familia y matrimonial apa-

rece el término *nig-mi-usa*; según los documentos jurídicos y según testimonios literarios sumerios, se trata del costo del banquete nupcial, que corría a cargo del novio o de su padre. El *nig-mi-usa* era en el derecho sumerio parte integrante del matrimonio. A él se opone el *terkhatum* de los acadios, que venía a ser un verdadero «precio de la novia». El pago del *terkhatum*, cuyo testimonio más antiguo data de la época de Akkad, da al matrimonio acadio el carácter de matrimonio-compra. De este modo, en la forma del matrimonio se revela una diferencia esencial entre las tradiciones sumerias y acadias.

Hacia fines del reinado de Lipiteshtar, Gungunum de Larsa conquistó la ciudad de Ur y el estado de Isin perdía definitivamente el sur de Babilonia. Nos hallamos al final del período en que Isin podía considerarse sucesor del reino de Ur, y entramos en una fase que se caracteriza por la existencia de multitud de ciudades-estado rivales. La estructura política de Babilonia es en la época que va de Urninurta hasta Hammurabi muy parecida a la de la época protodinástica. Sin embargo, las condiciones étnicas han cambiado por completo. El capítulo 5 de este tomo sé dedicará a analizar este período.

VI. EL MUNDO EXTRABABILÓNICO EN EL SIGLO XX a. C.

También el siglo siguiente a la III dinastía de Ur nos proporciona muy escaso material documental para el conocimiento de lo sucedido en los países vecinos a Babilonia. Ya indicamos la creciente importancia de Asiria; aún no podemos escribir una historia continuada del país que las fuentes sumerias llamaban Subur o Subir y las acadias Subartu[71]. También estamos mal informados sobre la historia de Siria y de la región del curso medio del Éufrates. Ishbierra provenía de Mari, pero no sabemos si esta ciudad perteneció (ni, si perteneció, durante cuánto tiempo) al estado de Isin. Seguramente habrá que situar hacia fines del siglo XX una serie de breves textos administrativos de Mari y unas reproduccio-

nes en barro de hígados de ovejas con inscripciones de augurios en lengua acadia antigua. Estos textos no dicen nada sobre la situación política en Mari. El extraordinario archivo de cartas de Mari, compilado en el siglo de Hammurabi, nos introduce en las complicadas relaciones políticas y étnicas de Siria. Como en la época de Ur III, durante el siglo XX Asia Menor permanece fuera del ámbito del Próximo Oriente sobre el que arrojan luz las fuentes de escritura cuneiforme. A principios del segundo milenio se inició en Asia Menor la invasión de los hititas, un pueblo indoeuropeo. Pero no aparecen textos que den testimonio de ellos hasta los siglos siguientes. En el capítulo 5 volveremos a ocuparnos de los hititas.

Las fuentes nos son más favorables con respecto a Elam y los países vecinos. Elam corresponde en sus dimensiones aproximadamente a la región que fue más tarde Susiana. Al norte de Elam se hallaban las montañas de Anshan que, a diferencia de Elam, se habían mantenido independientes en la época de Ur III. La región de Simash, que puede localizarse alrededor de la actual Khurramābād, dio origen a una dinastía que, según una lista de reyes hallada en Susa, va de la época de Shūsīn de Ur (2036-2028) hasta un rey llamado Eparti que reinó hacia mediados del siglo XX. Eparti mismo fundó una nueva dinastía que permaneció hasta fines del siglo XVI. Simash formaba una federación con Elam. Las fuentes sumerias reúnen una serie de regiones del norte del Zagros, al este de Asiria, bajo el nombre de «Su» o «Sua». Estos pueblos estaban también estrechamente ligados a Elam; «gentes de Su» participaron con los elamitas en la destrucción de Ur. Hasta ahora no ha podido establecerse qué rey de Simash y de Elam dirigió la guerra contra Ur. Pudo haber sido Khutrantemti, de la dinastía de Simash. En todo caso, la figura de este monarca se grabó con tanta fuerza en la memoria de los siglos siguientes que Silkhak-Inshushinak de Susa (siglo XII) lo cita aún como antepasado suyo. Las fuentes de los siglos XIX y XVIII dan noticia de la estructura política

de la federación Elam-Anshan-Simash, mientras que sobre los siglos XXI y XX no sabemos apenas nada seguro.

La victoria de Elam sobre Ibbīsīn, la deportación del último rey de Ur a Anshan y la expulsión de los elamitas de territorio babilónico por la expansión de Ishbierra de Isin no podían resolver a la larga las tensiones existentes desde hacía siglos. Ishbierra intentó proseguir la política de matrimonios de los reyes de Ur casando a su hija con el hijo de Khubasimti, que sucedió a Khutrantemti sobre el trono de Simash. Del mismo modo, Bilalama de Eshnunna, contemporáneo de Shū'ilishu e Iddindagan de Isin, casó a su hija Mekubi con el tercer sucesor de Khubasimti. Por otro lado, Anummuttabbil de Dēr, contemporáneo de Bilalama, se jacta de haber vencido a Anshan, Elam, Simash y Barakhshe (también llamado Markhashi o, en acadio antiguo, Warakhshe). En la zona fronteriza entre Babilonia y Elam pronto surgirían los cambios continuos de constelaciones políticas que de nuevo iban a caracterizar a Babilonia.

Los reyes de Akkad y Ur consiguieron una victoria indudable y definitiva al transmitir la lengua escrita acadia a Elam. Los soberanos y la administración de Elam utilizaron durante todo el segundo milenio preferentemente el acadio. Los textos redactados en elamita son muy escasos. En las escuelas de escribas de Susa se cultivaba —como en Babilonia— la literatura acadia y sumeria, como atestiguan, entre otros documentos, los fragmentos de la lista de reyes de Susa, escrita en sumerio. A pesar de la rivalidad política, Elam no podía evitar la influencia espiritual de Babilonia.

VII. RESUMEN

Los sumerios, una vez en Babilonia, no recibieron ningún «refuerzo» en forma de nuevas invasiones. La población semita, en cambio, se vio fortalecida constantemente por la entrada de tribus nómadas que invadían Babilonia en oleadas para luego establecerse en el país. La proporción de sumerios y semitas tenía de este

modo que inclinarse forzosamente a favor de la población semita. El pueblo y la lengua sumerios se vieron influidos cada vez más por los semitas. Este proceso constante y lineal finalizó a principios del segundo milenio. El sumerio desapareció como lengua hablada y los acadios heredaron la literatura sumeria.

En el terreno de la evolución política, la situación, a primera vista, parece diferente. Bajo Sargón y sus sucesores surgió un gran imperio sostenido por los acadios semitas, pero que incluía el mediodía sumerio. Durante el período de dominio de los guteos Babilonia central y el norte acadio de Babilonia estuvieron más oprimidos que el sur, donde el estado de Lagash vivió momentos de esplendor bajo Gudea. La reacción de Utukhengal abrió camino al reino de Ur III, que impuso la hegemonía de los sumerios sobre toda Babilonia. Se ha llamado a este período (de Gudea a Ibbīsīn) «renacimiento sumerio». Sin embargo, el reducir la evolución histórica de Babilonia a una sucesión de «apogeos» alternados sumerios y acadios simplifica demasiado la cuestión y olvida que el reino de los sargónidas estaba en deuda con la civilización sumeria antigua en la misma medida en que el reino de Ur III lo estaba con el reino de Akkad. La simbiosis de sumerios y acadios que se forjó durante la época protodinástica no se calibra entonces en toda su importancia. En el capítulo 2 hemos tocado ya la cuestión de oposición entre los «pueblos» sumerio y semita. ¿Tenemos acaso testimonios de que los sumerios, como «pueblo», se rebelaran contra los acadios o de que, por el contrario, éstos se rebelaran conscientemente, como «pueblo», contra los sumerios, o bien de que se presenten a sí mismos como enfrentados y se atribuyan victorias unos sobre otros? Sargón «obtuvo el éxito en la batalla contra Uruk y sometió a cincuenta *ensi*…». Pero lo que se describe con esta fórmula es la lucha de una coalición babilónica contra otra: los acadios se hallaban en un bando; los sumerios, bajo Lugalzagesi, en el otro. Análogamente, las inscripciones de los reyes acadios nos dan noticia de que éstos atacaron, en ciertos casos, ciudades acadias rebeladas. Sargón dice que los territorios gober-

nados por *ensi* se encontraban en manos de «hijos de Akkad». ¿Se refiere aquí a una exclusión consciente de los intereses sumerios o sólo a una acción administrativa encaminada a situar a hombres leales en los importantes puestos de gobernador?

En resumen: no podemos detectar un antagonismo constante, al modo del que existía indudablemente entre Babilonia y Elam. Disponemos, sin embargo, por lo menos de un poema sumerio con tendencias antiacadias, el poema *Maldición sobre Akkad*, inspirado en la caída del reino de Sargón.

Con más claridad puede reconocerse una cierta soberbia intelectual que el hombre cultivado «sumerio», y sobre todo el escriba, demostraba ante el que ignoraba la lengua sumeria. Este sentimiento de superioridad trasluce quizá también en una frase del rey «sumerio» Ibbīsīn (a pesar de su nombre acadio) que define a su rival, el usurpador Ishbierra de Mari, como «hombre de estirpe no sumeria». Pero tampoco en este caso podemos generalizar, estableciendo una diferenciación entre sumerio/civilizado y acadio/inculto. En el reino de Sargón los acadios lograron maravillas en el terreno de las artes, y la literatura acadia, que dio una producción riquísima en la época paleobabilónica, puede compararse sin reservas con la literatura sumeria.

En lugar de seguir buscando los antagonismos, debemos resaltar el empeño admirable de sumerios y acadios por conservar y transmitir la lengua y la literatura sumerias. En la época de Gudea y en el reino de Ur III —es decir, al final de la época en que el sumerio se *hablaba*— se inicia de golpe el período de esplendor de la literatura sumeria. No sólo se fijaron por escrito tradiciones orales antiguas, sino que se ensayaron con gran éxito nuevos tipos de composición literaria. Que en este proceso participaban sumerios y acadios (y los acadios en medida creciente) es cosa que muestra la lengua, saturada progresivamente de «acadismos». En las escuelas de escribas de Nippur se mantuvo el «sumerio puro» durante más tiempo; las composiciones sumerias escritas en la época de Rīmsīn en Ur y en Larsa plantean grandes dificultades al intérpre-

te de hoy, ya que su lengua se ha alejado bastante de la norma de la gramática clásica sumeria que conocemos.

Los primeros reyes de Isin emprendieron conscientemente la sucesión del reino de Ur, aunque la dinastía, de origen puramente semita, no tenía relaciones de parentesco con los sumerios. Nos encontramos con una actitud conservadora ante las costumbres sumerias, es decir, en vez de una oposición a los valores amenazados de extinción, vemos un afán de conservarlos. La conservación de la lengua sumeria como bien cultural de Mesopotamia debe agradecerse al reino de Ur III y a los reyes de Isin.

La catástrofe acaecida bajo Ibbīsīn no trajo consigo, de momento, una quiebra profunda en la historia de Babilonia. El golpe se acusa un siglo más tarde, durante el reinado de Urninurta de Isin y Gungunum de Larsa. Es el momento en que la lengua acadia (y con ella la ortografía) da el paso del acadio antiguo al llamado dialecto babilónico antiguo o paleobabilónico. Ante la alternativa de hacer, como es habitual, un corte en la exposición de la historia de Mesopotamia a finales de Ur III o hacerlo en la época de Isin y Larsa nos hemos decidido por la segunda posibilidad.

Cuadro cronológico IV. — Ur III, Isin, época Paleobabilónica

mu 94							
)46 'ena 37							
		LARSA				ESHNUNNA	
)28							
03	ISIN	Naplānum 2025-2005				Itūriya	
	Ishbierra 2017-1985	Emiṣum 2004-1977	DĒR			Ilshuiliya	
	Shū'ilishu 1984-1975				ASUR		
	Iddindagan 1974-1954	Samium 1976-1942	Ninudsha Anummuttabil		Puzurashshur I		
	Ishmedagan 1953-1935	Zabāya 1941-1933	Siglo XX		Shalimahum		
	Lipiteshtar 1934-1924	Gungunum 1932-1906			Ilushuma	15 reyes	
	Urninurta 1923-1896	Abisarē 1905-1895	BABILONIA		Irishum I		
	Būrsīn 1895-1874	Sumu'el 1894-1866	Sumuabum 1894-1881		Ikūnum		ELAM
hid 355/60-	Lipitenlil 1873-1869	Nūradad 1865-1850	Sumula'el 1880-1845	MARI	Sharrumkēen		Eparti hacia 1860
321-	Enlilbāni 1860-1837	Sīniddinam 1849-1843	Sabium 1844-1831		Puzurashshur II	Ipiqadad II	
e 10	Zambīya, Iterpisha	Sīnerībam Sīniqīsham	Apilsīn 1830-1813	Yaggidlim hacia 1830	Narāmsīn	Narāmsīn	Shilkhakha hacia 1830

	UR III
2100	Urnam 2111-20
80	Shulgi 2093-20
60	Amarsu 2045-20
40	Shūsīn 2036-20
20	Ibbīsīn 2027-20
2000	
80	
60	
40	
20	
1900	URUK
80	
60	Shīnkāsl hacia 18 1833
40	Anam hacia 18 1817
20	Irdanen 1816-18

Sīnmāgir 1827-17	Waradsīn 1834-23		Yakhdunlim hacia 1825-1810	Irushum II Shamshīadad 1815-1782	Dādusha	
	Rīmsīn 1822-1763	Sīnmuballiṭ 1812-1793	(Yasmakhadad)			
		Hammurabi 1792-1750	Zimrīlim 1782-1759	Ishmedagan 1781-1742	Ibālpī'el II	Kutirnakhkhunte hacia 1730
	Rīmsīn II					
	«PAIS DEL MAR»	Samsuiluna 1749-1712	KHANA			
	Ilīman	Abī'eshukh 1711-1684		Adasi hacia 1700		
		Ammīditana 1683-1647	6 reyes			
		Ammīṣaduqa 1646-1626				
		Samsuditana 1625-1594				
		CASITAS				

1800 80 60 40 20 1700 80 60 40 20 1600 80 60 40 20

5. La época paleobabilónica

I. INTRODUCCIÓN

La denominación de «paleobabilónico» o «babilónico antiguo» se aplica al período que va desde fines del reino de Ur III al año 1594. En esta fecha el rey hitita Murshili I emprendió una expedición militar contra Babilonia y destronó a la llamada I dinastía de Babilonia, ayudando a subir al poder a los casitas. La primera parte de este período, hasta el reinado de Lipiteshtar de Isin (1934-1924), fue tratada más arriba en conexión con la historia del estado de Ur III. La situación política de Babilonia a fines del siglo XX, durante el siglo XIX y a principios del siglo XVIII se caracteriza por la existencia de múltiples dinastías locales entre las que destacan Isin, Larsa, Babilonia y, en determinados momentos, también Uruk y Eshnunna en la región del Diyāla. Hacia fines del siglo XIX y comienzos del XVIII se inicia una nueva tendencia hacia la formación de grandes núcleos políticos que culmina en el reino babilónico de Hammurabi (1792-1750). Si decimos que el reino de Hammurabi fue el punto culminante de la invasión de los nómadas amorreos, así como el reino de Akkad fue la primera gran realización del poder acadio después de la invasión acadia de la época protodinástica, la comparación no es más que relativamente justa. La dominación de Akkad duró un siglo; el reino de Hammurabi, sólo dos decenios. Además, la invasión amorrea no consiguió, como en el caso de los acadios, imponer una nueva lengua. Bajo Samsuiluna, sucesor de Hammurabi, resurgen las tendencias

tradicionales al particularismo. Babilonia se ve amenazada por un nuevo peligro: la invasión de los casitas provenientes del este.

En los tres siglos que van desde Lipiteshtar al año 1594 las fuentes documentales nos permiten situar los problemas históricos en un marco mucho más amplio que en la época protodinástica o en las épocas de Akkad y Ur III. Por primera vez tenemos una visión total del devenir histórico en el ámbito de todo el creciente fértil, en Elam y Anatolia. Pero debido a que la situación de las fuentes sigue siendo más favorable en Babilonia —como ya indica el término «época paleobabilónica»—, el enfoque se centra en Babilonia no sólo en lo que se refiere a los acontecimientos políticos, sino también a hechos económicos y culturales. Ya vimos el declive de la forma estatal nacida de la ciudad-templo sumeria; pasamos ahora al momento de transición hacia un tipo de estado en el que la economía privada, la propiedad privada de tierras y la burguesía aparecen paralelamente al «palacio», la economía del palacio y el cuerpo de funcionarios, quedando el templo reducido en gran medida a su función de lugar de culto. La posición del monarca sufre una profunda transformación. Los usurpadores amorreos y sus dinastías no conocen la idea del rey divinizado. Por esta razón se encuentran pocos ejemplos de divinización del soberano fuera de Isin y donde aparecen se trata más bien de una fórmula arcaica que de una costumbre viva. Hasta la I dinastía de Babilonia (Samsuiluna) siguen existiendo los himnos al rey, pero se basan en lugares comunes tradicionales y no son más que un pálido reflejo de la literatura sumeria antigua.

El término «paleobabilónico» o «babilónico antiguo» con el que designamos este período es también un término lingüístico. La lengua acadia, cuyo desarrollo podemos analizar en los documentos escritos de dos milenios, se divide en varias fases. La fase «babilónica antigua» sigue a la fase «acadia antigua». Su

límite superior coincide aproximadamente con la cuarta generación de la dinastía de Isin; el inferior, con el comienzo del siglo XVI. Naturalmente, los límites fluctúan. Por analogía con el término «babilónico antiguo», se habla de «asirio antiguo» en el caso del acadio en terreno asirio. A las fases «babilónico antiguo» y «asirio antiguo» siguen las fases «babilónico medio» y «asirio medio» en la segunda mitad del segundo milenio antes de Cristo.

El armazón cronológico de la historia de la época babilónica antigua viene dado por las listas de reyes de Isin, Larsa y Babilonia, así como por las listas de fechas anuales de las tres dinastías. A Lipiteshtar de Isin suceden diez monarcas (1923-1793). La dinastía de Larsa comienza nominalmente con Naplānum (2025), pero no alcanza cierta importancia hasta Gungunum (1932-1906), al que siguen nueve reyes (1905-1763). Finalmente, la primera dinastía de Babilonia comienza con Sumuabum (1894-1881) y termina con Samsuditana (1625-1594), onceavo monarca de la lista. En este esquema pueden introducirse, por sincronismos, numerosos soberanos de otras ciudades, aunque no disponemos, como en el caso de Uruk y Eshnunna, de una cronología interna segura de decenio en decenio. Shamshīadad de Asur fue contemporáneo de Hammurabi y murió probablemente en el año 10 de Hammurabi (1783). Las fechas de los reinados de los reyes independientes más antiguos de Asur no están aún establecidas. Mientras no podamos determinar la fecha de Ilushuma, desconoceremos los datos exactos de la dinastía fundada por Puzurashshur, abuelo de Ilushuma. Dos fechas básicas para la época babilónica antigua son 1793 y 1762: en 1793 Larsa destronó a Isin durante el reinado de Rīmsīn; en 1762, Babilonia puso fin, reinando Hammurabi, a la independencia de Larsa.

Antes de ocuparnos de la historia política del período paleobabilónico hemos de plantear una serie de cuestiones que se re-

fieren a la relación entre población sedentaria y población nómada. En el período paleobabilónico las fuentes registran como en ningún otro período la importancia del elemento nómada. Por otra parte, nos interesa más dar una visión total de la situación política de Mesopotamia que una descripción minuciosa —y tal vez fatigosa— de la historia de cada dinastía local. En el segundo apartado de este capítulo nos ocuparemos de los augurios paleobabilónicos y de su contenido, que es sumamente característico de la historia de este tiempo.

II. LOS NÓMADAS EN EL PERIODO PALEOBABILÓNICO

El papel de los nómadas semitas en la historia de Mesopotamia debe ser valorado en toda su importancia, como ya hemos repetido varias veces. Las fuentes sumerias reúnen a todas las tribus nómadas bajo el nombre genérico de *martu*. A este término corresponde en los textos acadios el término *amurrum*. Ambos nombres deben ser comprendidos en un sentido histórico: se transmitían de generación en generación, y ello significa que con toda seguridad *martu* o *amurrum* no designaba siempre a la misma tribu o al mismo grupo de tribus. Quizá la población sedentaria utilizara un nombre tribal para todas las tribus en general. Tanto en el Próximo Oriente como en Europa existen numerosos paralelos a estas extensiones semánticas en conceptos étnicos. Por ejemplo, el término castellano *alemán* o el finlandés *saksa* (con igual significado), o bien el sirio *ṭayyāyā* (cierta tribu árabe) para los árabes en general. El testimonio más antiguo del término *martu* está contenido en datos sobre los puntos cardinales en contratos de compras inmobiliarias de la época dinástica III. La palabra *tum-mar-tu* (= viento de los Martu) designa la dirección oeste o, más exactamente, suroeste (de acuerdo con la orientación peculiar que se daba a la rosa de los vientos en Mesopotamia[72]). Sharkalisharrī de Akkad luchó

contra los nómadas amorreos en la sierra de Basar, hoy Jebel Bishrī, que se extiende entre el Éufrates y Palmira. También se llama *martu* a los nómadas que contribuyeron decisivamente a la caída de la III dinastía de Ur. En el período paleobabilónico surgen en toda Mesopotamia dinastías locales cuyos fundadores —a juzgar por sus nombres— no son acadios, sino miembros de una capa semita no-acadia: Naplānum de Larsa, Sumuabum de Babilonia, Ashduniarim de Kish, Yakhzir'el de Kazallu y otros. El edicto de Ammīṣaduqa de Babilonia (1646-1626) se dirige a la población del estado babilónico llamándolos «acadios y amorreos».

Nos interesa saber hasta qué punto los nómadas del tercer milenio y de los primeros siglos del segundo milenio formaban un grupo étnico más o menos compacto, como los acadios, los arameos y los árabes. Ya planteamos esta cuestión más arriba cuando dijimos que la invasión de los semitas nómadas en el creciente fértil había seguido un cierto ritmo cronológico. La cuestión es fundamentalmente lingüística. ¿Cómo se inserta la lengua de los nómadas amorreos en la panorámica total que poseemos de las lenguas semitas? El análisis se apoya únicamente en algunos nombres de persona y en los pocos términos que penetraron en el acadio durante la época paleobabilónica. No existen textos en la lengua de los nómadas. Al establecerse, adoptaron la lengua escrita acadia y no tardaron en renunciar también a su lengua hablada para pasarse al acadio. Los nombres de persona amorreos constituyen una buena base para el análisis lingüístico, ya que abundan los nombres en forma de frase (del tipo «el dios NN ha dado») y que, generalmente, están muy cerca de la lengua hablada contemporánea. La lengua de los amorreos tiene, durante el primer cuarto del segundo milenio, gran parecido con las lenguas del llamado «grupo lingüístico cananeo», al que pertenecen el hebreo, el fenicio y quizá también —pues es tema que sigue en discusión— la lengua

de Ugarit. Por esta razón se ha generalizado entre algunos historiadores la denominación de «cananeos» para los nómadas de Mesopotamia del período paleobabilónico. El término es equívoco, ya que se puede asociar con el país de Canaán y sus habitantes, pero en un sentido exclusivamente lingüístico su utilización es aceptable. El término «amorreo», en cambio, corresponde al uso indígena, aunque carece de relevancia desde el punto de vista lingüístico.

Los argumentos que apoyan la relación de la lengua de los nómadas de los siglos XX a XVII con la rama «cananea» de la familia lingüística semita también valen para los nómadas de la época de Ur III. La investigación, sin embargo, aún no ha llegado a un acuerdo sobre este punto. Algunos creen poder demostrar que la lengua de los nómadas amorreos de Ur III se aparta de la rama cananea. El término «rama» implica siempre la existencia de varios dialectos que pueden diferir entre sí. El árabe actual constituye el mejor ejemplo de variedad dialectal dentro de una rama lingüística con base común. Basándose en este ejemplo puede defenderse sin grandes dificultades la existencia de una rama cananea dentro de la familia semita, a la que pertenece también la lengua de los nómadas amorreos. Sin embargo, no podemos establecer la identidad lingüística de los nómadas de la primera época dinástica y de la época de Akkad apoyándonos en antropónimos, ya que no conocemos ningún ejemplo de los primeros.

Al tratar del origen de los nómadas no debemos imaginar que, en la Edad Antigua, Arabia era como hoy una gran reserva de beduinos. El nomadismo a gran escala no existe más que a partir de la domesticación del camello, hacia fines del segundo milenio. Los nómadas pastores de rebaños de ovejas y cabras no podían hacer marchas de más de un día, entre un abrevadero y otro. Las regiones de pastoreo de los nómadas semitas del tercer y segundo milenio se hallaban en las estepas limítrofes

del creciente fértil y de Siria. El curso de la migración correspondía al cambio regular de pastos a lo largo de las estaciones del año, durante el cual los rebaños se movían de acuerdo con la situación de los pastos. La trashumancia y la visita obligada a los mercados (para intercambiar harina, utensilios domésticos y de caza, etc.) condujeron al contacto con los sedentarios. Movimientos migratorios de mayor envergadura, procedentes de las estepas, invadían Mesopotamia, generalmente por dos «brechas»: una de ellas se sitúa en el curso medio del Éufrates; la otra más al sur, aproximadamente a la altura de Sippar. En el norte la ruta, cruzando el Éufrates, conducía a la región del Khābūr y al límite sur de las «Tierras Altas». Las cadenas montañosas del norte y del este formaban un obstáculo infranqueable para las invasiones nómadas. Hasta hoy, los nómadas nunca han penetrado en las montañas de Anatolia o del Irán. Por su parte, los pueblos de las montañas ofrecieron resistencia a las tribus nómadas, que fueron desviadas hacia el sureste, en dirección a Babilonia y la región del Diyāla. Después de cruzar el Éufrates a la altura de Sippar, los nómadas entraban en los territorios al este del Tigris y al sur del Diyāla, que en el segundo milenio se llamaba Yamutbal. Allí constituían una amenaza constante para el flanco norte de Babilonia, pero también para las ciudades de la región del Diyāla.

El movimiento migratorio de los nómadas no estaba únicamente determinado por la búsqueda de pastos, aunque la superpoblación de las estepas, la falta de abrevaderos y la expulsión de las tribus más débiles por las más fuertes fueron —y siguen siendo— factores decisivos en el movimiento migratorio. Las expediciones de rapiña, el saqueo de los pueblos de la población sedentaria fueron en todos los tiempos los ideales de los nómadas. Sin embargo, no puede hablarse de una ambición de tierras, en el sentido de que el nómada deseara poseer tierra de cultivo: el modo de vida sedentario traía consigo un trabajo

desacostumbrado. En el fondo, el hecho de asentarse fue siempre un proceso impuesto. En unos casos la miseria obligaba a los nómadas a ponerse al servicio de los sedentarios; en otros, un soberano sedentario reclutaba mercenarios nómadas que recibían en paga una parte del botín y tierra en feudo. El paso del modo de vida nómada al modo de vida sedentario se podía desarrollar de modo diferente en una misma tribu. Unas veces toda una tribu entraba en el radio de atracción de vida sedentaria; otras la tribu se dividía, permaneciendo una parte al cuidado de los rebaños, mientras la otra pasaba a servir a los sedentarios.

Los textos paleobabilónicos no hablan sólo de los «nómadas» en general, sino que citan los nombres de algunas tribus. Si, apoyándonos en estos textos, inscribimos los nombres de las tribus en un mapa de Mesopotamia, resultará una imagen de gran complejidad, que nos recordará a los mapas que registran las regiones de pastoreo de las tribus árabes modernas. Una de las más importantes tribus amoritas citadas en los archivos de Mari es la de los *amnānum*. Los amnānum aparecen ante las murallas de Uruk. El rey Shīnkāshid de Uruk (hacia 1865-1835) refiere que gentes amnānum y *yakhrurum* (también éstas atestiguadas en Mari) acampan ante Uruk. En la época posterior a Hammurabi de Babilonia, dos arrabales de Sippar recibieron el nombre de las tribus amnānum y yakhrurum.

Los amnānum, yakhrurum y *ubrabūm* pertenecían al gran grupo de tribus de los Mārū-Yamīna o, como ellos se llamaban en su lengua, Binū-Yamīna. El nombre significa «hijos del sur» y está en relación con el nombre «Benjamín», del Antiguo Testamento. Otro grupo de tribus citado especialmente en los archivos de Mari es el de los khaneos (*khanū*). Al contrario de los «benjaminitas», eran aliados de los sedentarios. El estrecho contacto tuvo como resultado que el término khaneo, en el uso lingüístico de Mari, designara a menudo a los miembros de las

tropas mercenarias nómadas al servicio del rey de Mari. Así como existen paralelos en muchos idiomas para la extensión semántica que analizamos más arriba (*amurrum* > «nómada»), también existen ejemplos de reducción semántica de un nombre de tribu o pueblo (*khanū* > «mercenarios»).

La organización tribal de los nómadas amorreos, según podemos colegir, correspondía con bastante exactitud a la organización de una tribu beduina moderna. A la cabeza de la tribu estaba el jeque, que en acadio se llamaba *abum*, «padre». A menudo encontramos un término de la lengua nómada, *sugāgum*, usado en este mismo sentido. Para designar a los «ancianos» de la tribu los textos acadios utilizan la misma palabra que designa a los «ancianos» de una ciudad. En el momento en que una tribu se ponía al servido de un rey sedentario, el jeque era responsable de la conducta de sus subordinados. Las familias de los jeques tenían relaciones estrechas con los sedentarios y acumulaban experiencias decisivas para las usurpaciones posteriores. Cartas de Mari muestran que a menudo el soberano sedentario tenía que utilizar métodos muy diplomáticos con un jeque si quería evitar una sublevación de las tribus.

Un testimonio elocuente de la importancia de la tribu de los khaneos en la región del curso medio del Éufrates es una carta dirigida a Zimrīlim (1782-1759), rey de Mari, en la que se dice: «Guarde mi señor su dignidad real. Si eres rey de los khaneos, eres en segundo lugar rey de los acadios. No vaya mi señor con caballos, sino en un carruaje con mulas». Aquí trasluce la preocupación por guardar las costumbres de la capa acadia, minoritaria en ese momento. Zimrīlim pertenecía a una dinastía de origen nómada, como también el autor de la carta, el prefecto de palacio Bakhdīlim.

Hasta ahora no puede seguirse paso a paso el ascenso de ningún usurpador de origen nómada a soberano de una ciudad y fundador de una dinastía. Para ello serían necesarios detallados

datos biográficos. Conocemos ciertos hechos concretos, como, por ejemplo, que determinado personaje de nombre amorreo hizo grabar en una ciudad fórmulas cronológicas propias, y que en sus inscripciones se llamaba «rey de la ciudad». Pero no cabe pensar que un jeque nómada llegara a rey sin haber adquirido un buen conocimiento de la civilización y de las formas de vida sedentarias. Interesante es la figura de Kudurmabuk, que instauró en 1834 a su hijo Waradsīn en el trono de Larsa. Kudurmabuk lleva, como su padre Simtishilkhak, un nombre elamita, pero su título de «jeque de Yamutbal» (y también «jeque de los amorreos») revela que no fue en ningún caso elamita. Su hijo Waradsīn y el hermano y sucesor de éste, Rīmsīn, llevan nombres acadios. Kudurmabuk debió pertenecer a una familia de jeques, establecida desde varias generaciones en Yamutbal y que estaba al servicio de los elamitas vecinos, es decir, que se hallaba con ellos en una relación de vasallaje parecida a la de los jeques khaneos en Mari. Kudurmabuk hizo consagrar a su hija sacerdotisa *ēn* del dios de la luna, con el nombre de Enanedu, apoyándose en una antigua prerrogativa real. Esto significa que, a pesar de su origen nómada, Kudurmabuk conocía bien las costumbres de los sedentarios.

En Mesopotamia la capa amorrea se asimiló hasta la segunda mitad del segundo milenio a la antigua población semita, adoptando su lengua. En la segunda mitad del segundo milenio tuvo lugar la invasión aramea, que de nuevo afectó a todo el creciente fértil. La evolución fue diferente en Siria y Palestina, donde predominó el elemento cananeo y, posteriormente, el arameo.

III. LOS AUGURIOS PALEOBABILÓNICOS COMO REFLEJO DE SU ÉPOCA

Ya llamamos la atención sobre la importancia de los textos de augurio acadios al referirnos a las fuentes de la historia del reino de Akkad. Se trata de augurios que constituyen un reflejo

de acontecimientos significativos del pasado; por ejemplo: «Cuando la carne aparezca crecida en ‘la puerta del palacio’ (= una parte del hígado de la oveja sacrificada), entonces es un augurio de Shulgi, que hizo prisionero a Tappadarakh». Varios augurios aluden a la muerte misteriosa de algunos reyes; otros recuerdan la catástrofe de Ur, bajo el reinado de Ibbīsīn. Los augurios de formulación general referidos al futuro son más reveladores que los referidos al pasado, por ejemplo: «… (aquí sigue el resultado del análisis del hígado), entonces el príncipe no volverá de la expedición que va a emprender». Existen innumerables textos de este tipo. Junto al examen de las vísceras se practica el pronóstico según la reacción de una gota de aceite en agua o según el movimiento del humo del incienso. Los augurios dan un expresivo reflejo de la situación política, económica y a veces social del turbulento período paleobabilónico. Su valor reside precisamente en su carácter general —en contraste con los augurios que se refieren a un caso determinado—. Los augurios confirman a menudo las conclusiones que sacamos de los documentos más vivos (por no ser tendenciosos) del período paleobabilónico: las cartas.

El tema del asesinato o de la destitución del rey aparece con mucha frecuencia. La monarquía paleobabilónica, cuyo poder llegó a ser en un momento inferior al de los *ensi* de Ur III, estaba en grave peligro. Los augurios relatan que «un dignatario asesinará al rey» o que «el heredero del rey asesinará a su padre y se apoderará del trono», o que «el visir ocupará el trono de su señor». También el «gran visir» o los «oficiales del rey» podían ser sus asesinos. A veces el rey se impone a sus enemigos en el país: «el rey será desterrado, pero se recobrará en un distrito»; «sobre el país que se ha levantado contra su pastor, el pastor se impondrá». A esto se contrapone el augurio siguiente: «el rey morirá de la muerte que le ha destinado su dios y un dignatario gobernará el país», como excepción pacífica, ya que presupone

la muerte natural del soberano. También en el sector subordinado hubo revueltas: «Los habitantes de un distrito expulsarán a su alcalde». Pero el rey castigaba a sus servidores: «el rey destituirá a su gran visir», «el rey sacará los ojos a un servidor del palacio».

Los constantes virajes que tenían lugar en las coaliciones durante la guerra se reflejan en augurios como «las tropas aliadas abandonarán al príncipe» o «mi aliado se pasará al enemigo». Por todas partes surge la traición: «El Grande del Cerrojo abrirá las puertas de tu ciudad (al enemigo)»; «saldrá un espía…», «uno de los que están con el rey hará llegar al enemigo el secreto del rey»; «un dignatario huirá». Típica de la guerra entre dos territorios vecinos es la frase «el enemigo cargará cebada en un barco y se la llevará como botín». Nos encontramos ante una «razzia» nómada, trasladada a las formas de vida sedentarias. La rapidez con que una ciudad podía cambiar de señor se demuestra en que «la imagen que el rey ha mandado hacer, otro la llevará (como ofrenda votiva al templo)». Esto indica que había usurpación de monumentos, es decir, intentos de transferir a una segunda persona los efectos mágicos de una ofrenda hecha por otra.

Aunque se constataba que «dos países se devoran mutuamente», se tenía esperanza de que «los reyes enemistados harán la paz y su país vivirá seguro». Se añoraban los pasados tiempos de paz y se decía «reinará un rey de Sumer» o «aparecerá un rey de la totalidad».

En los textos de los augurios se introduce de vez en cuando la *chronique scandaleuse*: «El sacerdote *sangu* tendrá reiteradas relaciones con la sacerdotisa *ēn*»; «una sacerdotisa *ēn* pecará una y otra vez en secreto contra el tabú, la descubrirán y la quemarán»; «una hija del rey será prostituta».

Numerosos augurios profetizaban fenómenos naturales y catástrofes: eclipses de sol y de luna, calor, frío, nieve (!?), fuego, ruptura de diques, inundaciones, plagas de langosta y sus consecuencias —malas cosechas, hambre, carestía, etc.—. A pesar de haber augurios que se refieren a la vida familiar, hay relativamente pocos datos sobre las relaciones entre súbditos y estado: «El hombre recibirá contento en su camino al palacio», «su contrincante será derrotado en el palacio» (referencia a la jurisdicción del rey o del funcionario del distrito), «para el *mushkēnum* (predice el oráculo) el palacio dispondrá desde ahora de su casa y de sus posesiones domésticas» (el *mushkēnum*, en el período paleobabilónico, debía ser una especie de siervo del palacio[73]). El augurio «epidemia entre las gentes *khupshum*» indica la existencia de una clase social inferior que no puede identificarse.

IV. LARSA, ISIN, URUK, BABILONIA Y ESHNUNNA EN EL SIGLO XIX

Gungunum de Larsa (1932-1906), que arrebató a Lipiteshtar de Isin (1934-1924) el puerto de Ur, tan importante para el comercio con el sur, fue el primer rey de la dinastía de Larsa. Su subida al poder se desarrolló, como vimos, sin choques decisivos con Isin. Aún en Ur, Lipiteshtar hizo elegir a su hija Enninsunzi sacerdotisa *ēn* del dios de la luna, con ayuda de los oráculos. Este cargo estaba ocupado desde la época de Akkad por princesas reales. Dos años más tarde Gungunum hizo que Enninsunzi fuera confirmada en su cargo. Urninurta de Isin (1923-1896), sucesor de Lipiteshtar, hizo una ofrenda en Ur, según relatan documentos administrativos de Ur; es decir, todavía se preocupaba del culto de esta ciudad cuando ya no pertenecía a su estado. En sus títulos los reyes de Isin mantuvieron durante casi un siglo —hasta Enlilbāni (1860-1837)— la ficción de que Ur pertenecía a su estado. En realidad Isin perdió, des-

pués del reinado de Lipiteshtar, toda importancia como estado central de Babilonia y sucesor del reino de Ur III.

Urninurta era un advenedizo en la dinastía de Isin, que genealógicamente no tenía nada que ver con sus antecesores. No conocemos los detalles de su subida al poder. Su nombre es sumerio, pero esto no nos dice nada sobre el origen del rey. La onomástica sumeria había sido adoptada hacía siglos por la capa acadia de Babilonia. Hay pocos datos sobre los veintiocho años del reinado de Urninurta. Desde el punto de vista histórico-jurídico es interesante un documento sobre un proceso por homicidio, que en el reinado de Urninurta se llevó ante el colegio supremo de jueces de Nippur. Como el texto está conservado en varias copias del siglo XVIII tenemos que suponer que las escuelas de escribas le atribuyeron valor literario.

Gungunum emprendió una campaña contra Anshan, continuando la tradicional política de agresión contra el Elam. Una tablilla de Susa lleva la fecha 16 de Gungunum. Por tanto, Susa perteneció a Larsa al menos durante ese año. Cinco de las fechas anuales de Gungunum registran la construcción y la ampliación de canales, lo cual refleja la amplia tarea de reorganización emprendida por Gungunum en sus estados. También sus sucesores se dedicaron con ahínco a la conservación y ampliación de la red de canales.

Las hostilidades entre Isin y Larsa estallaron lo más tarde en el año 8 de Abisarē (1898), ya que el año siguiente lleva el nombre de una victoria de Larsa sobre Isin. Por otra parte, Būrsīn de Isin (1895-1874) se apoderó de Ur durante unos meses del año 1895. Aunque la situación no estaba consolidada en ambos bandos, el período se caracteriza en general por la preponderancia creciente de Larsa. Bajo Sumu'el (1894-1866), el estado de Larsa se extendió en algunos momentos hasta Babilonia del Norte, exceptuando el territorio de Isin. Bajo Nūradad de Larsa (1865-1850), el género literario del himno al rey, cultivado en

Isin bajo Urninurta y sus sucesores, fue introducido por Larsa. Esta innovación tal vez se relacione con la conquista de Nippur por Sumu'el en el penúltimo año de su reinado. Al apoderarse de Nippur, Larsa tenía en sus manos el culto del dios Enlil. Sumu'el es también el primer —y único— rey de Larsa anterior a Rīmsīn que fue divinizado. Sin embargo, Larsa no pudo conservar Nippur. Hasta la época de Rīmsīn, Nippur fue un motivo de discordia constante entre Isin y Larsa. A pesar de su posición relativamente destacada, Larsa no pudo permitirse una política de gran estado —la expansión de Gungunum hacia Elam no debe ser interpretada como tal—. En Babilonia del Norte existía desde 1894 un estado independiente de Babilonia que pronto se anexionó al norte de Sippar. Kish, situado a 15 km al noreste de Babilonia, cayó definitivamente en poder de Babilonia durante el reinado de Sumula'el (1880-1845). En Kazallu y Marad, en Malgium (a orillas del Tigris, próximo a la desembocadura del Diyāla), en Kisurra (30 km al sur de Isin) y en otras ciudades reinaban monarcas independientes. En la región del Diyāla dominaba Eshnunna, pero en la época de Sumula'el, Tutub (ruina Khafājī D), donde existió en los períodos II y III de la época protodinástica un gran «templo oval», se independizó. Durante el siglo XIX el mapa de Babilonia se fue fragmentando más y más. Un estado solo era incapaz de emprender una campaña militar, a no ser que se contentara con breves incursiones de rapiña en territorios vecinos. Como ya en la época protodinástica, la coalición era el medio adecuado para llevar a cabo con éxito empresas de alguna envergadura.

El criterio por el que se establece la independencia de un «estado» es la datación de los documentos con fechas propias y el hecho de que el juramento de los documentos se preste en nombre del soberano local. Hay casos en que un documento jurídico contiene el juramento en nombre del monarca local, pero está fechado con las fórmulas del estado vecino. También se

da el caso en que, junto a la fórmula de datación local y el nombre del rey local, aparece un juramento en nombre de un monarca «extranjero». Estos casos se deben a que la ciudad en cuestión gozaba de una independencia relativa.

Uruk entró a formar parte del concierto de estados babilónicos hacia 1860, después de haberse separado de Isin. Shīnkāshid, «rey de los nómadas amnānum», fundó una dinastía que llegó hasta Irdanene, derrotado en 1809 por Rīmsīn de Larsa. Seis años más tarde Uruk cayó en poder de Larsa. El territorio de Uruk no era muy grande, pero la ciudad parece que mantenía una alianza sólida con Babilonia. Sumula'el de Babilonia contrajo matrimonio con una hija de Shīnkāshid y una carta de Anam de Uruk (hacia 1821-1817), dirigida al príncipe heredero de Babilonia, Sīnmuballiṭ, habla de la buena amistad que «desde los días de Shīnkāshid» unía a las dos ciudades. Uruk, situado a 30 km de Larsa, únicamente podía mantenerse independiente si la expansión de Larsa hacia el norte se efectuaba a lo largo del Tigris y no Éufrates arriba.

No tenemos una idea muy precisa del sistema fluvial y de canales que existía en la mitad del siglo XIX. Hay datos para suponer que en la época de Nūradad de Larsa (1865-1850) hubo una inundación catastrófica que alteró el curso del Tigris. Una inscripción de Nūradad relata: «Cuando (Nūradad) fue benigno con Ur, cuando suprimió el mal y las quejas al dios del sol y asentó a los habitantes dispersos (de Larsa)». La «dispersión» de la población sedentaria alude a la emigración de las gentes establecidas e incluso a su vuelta a la vida nómada al verse cortadas sus fuentes de agua habituales. En el prólogo al código de Hammurabi se halla un pasaje parecido. El rey se atribuye haber «reunido a los habitantes diseminados de Isin». La historia del Iraq en el pasado siglo registra un caso en el que los habitantes de las orillas del Éufrates tuvieron que abandonar su ciudad porque el río había alterado su curso al norte de ella. Una

inundación provocada por el deshielo en las montañas podía ocasionar fácilmente catástrofes de este tipo. El sistema de diques de la época no resistía siempre el empuje de las aguas. A esto se añade que ambos ríos acumulan en su descenso gran cantidad de sedimentos y que, en consecuencia, el lecho del río crece constantemente. Los augurios babilónicos hablan a menudo de roturas de diques. Bajo el sucesor de Nūradad, Sīniddinam (1849-1843), hallamos una alusión más explícita a la posible alteración del curso del río: «An y Enlil me han encargado… cavar el Tigris y restablecerlo». Sīniddinam pretendía «cavar» el Tigris, que transcurría en su tiempo más al oeste que hoy, es decir, intentaba dirigir el curso del río a su antiguo lecho, empresa que confirma la fecha 2 de Sīniddinam «año: el Tigris fue cavado».

En Babilonia se estableció una dinastía amorrea ya una generación antes de Shīnkāshid de Uruk. La tradición posterior consideró fundador de la dinastía a Sumula'el (1880-1845), pero el verdadero iniciador fue Sumuabum (1894-1881). No sabemos nada de sus circunstancias ni de su origen. La misma falta de datos caracteriza la historia de Babilonia en la época que va de Ibbīsīn a Sumuabum. Bajo la III dinastía de Ur, Babilonia fue sede de un *ensi*. Posteriormente perteneció con toda probabilidad al estado de Isin y más tarde quizá a Kish. Entre todas las dinastías amorreas del período paleobabilónico, la I dinastía de Babilonia fue la más fiel a la onomástica «cananea». De sus once reyes sólo el cuarto y el quinto —Apilsīn y Sīnmuballiṭ— llevan nombres acadios. Hasta la época de Hammurabi, Babilonia sólo fue uno más de los estados babilónicos del norte e incluso durante los primeros treinta años del reinado de Hammurabi dependió de la política tradicional de pactos. Como Isin y Larsa, pero a diferencia de ciudades como Kish, Uruk y Ur, Babilonia carecía de un pasado brillante. Sin embargo, así como Isin o Larsa no trasladaron su residencia a la fa-

mosa Ur, tampoco los reyes de Babilonia renunciaron a su capital después de la conquista de Kish.

En el curso medio del Éufrates y en Siria también hay que suponer que existieron varios reinos pequeños durante el siglo XIX. Frente a lo que sucede en Asiria, las primeras fuentes escritas que informan sobre Mari no aparecen hasta fines del siglo XIX. Yakhdunlim (hacia 1825-1816) fue rey de Mari antes de que Shamshīadad conquistara la ciudad. Yakhdunlim fue padre de Zimrīlim, que más tarde expulsó a Yasmakhadad, hijo de Shamshīadad, de Mari. Yaggidlim, padre de Yakhdunlim, fue contemporáneo y aliado de Ilakabkabuhu, padre de Shamshīadad. Tanto la dinastía de Yaggidlim como la de Ilakabkabuhu son de origen amorreo. Una inscripción que mandó grabar Yakhdunlim con motivo de la construcción del templo de Shamash de Mari menciona una expedición al Mediterráneo y el sometimiento de un país de la costa mediterránea. El objetivo de esta empresa, descrita con palabras grandilocuentes y en babilónico antiguo muy elegante, era proporcionar a Mari madera del Tauro para la construcción. Estamos ante un caso típico de expedición de rapiña. A la vuelta, Yakhdunlim fue atacado por tres «reyes» amorreos (de las tribus ubralū, amnānum y rabbū) que recibieron el apoyo del rey de Yamkhad (reino de Alepo). Yakhdunlim pudo rechazar el ataque. La tendencia a exagerar en las inscripciones empresas carentes de importancia es típica de la época. Con preferencia se utilizaba la terminología de las inscripciones de la época de Akkad. Un rey de Kish, Ashduniarim (principios del siglo XIX), habla de una guerra de ocho años que tuvo lugar cuando «las cuatro zonas del mundo» se levantaron contra él.

V. ASIRIA Y ASIA MENOR

Ilushuma de Asiria fue nieto de Puzurashshur e hijo de Shalimahum. Con la dinastía de Puzurashshur se inicia en Asiria una serie de reyes acadios que fueron destronados por Shamshīadad una generación antes de Hammurabi. La gran lista asiria de reyes tampoco resuelve el problema de situar a los antecesores de Shamshīadad en relación cronológica exacta con Isin y Larsa. Tal lista fue compilada en el siglo VIII a. C. y la imagen confusa que transmite sobre los comienzos de la monarquía independiente de Asur demuestra que la memoria de los acontecimientos que siguieron al desmoronamiento del reino de Ur (tres siglos antes) se había borrado. El hecho no puede asombrarnos. Al principio de la lista se enumera una serie de reyes que «aún vivían en tiendas». Quizá se trate de una reminiscencia de la invasión de los nómadas amorreos; en efecto, los nombres de los reyes «habitantes de tiendas» son en parte cananeos. Los antecesores inmediatos de Puzurashshur llevaban nombres que evidentemente no son semitas. Estos reyes debieron pertenecer a la población autóctona presemita de Asiria: los subarteos, es decir, los habitantes de Subartu. Subartu es el nombre antiguo de Asiria, que ha llegado a nosotros exclusivamente a través de fuentes babilónicas. El término se utilizaba para designar tanto a la población no-semita como a la población asiria (es decir, semita) del país. Subartu no era un término geográfico definido con exactitud. Hasta ahora no se conocen inscripciones de los antecesores de Puzurashshur. Por tanto, ignoramos hasta qué punto son fidedignos los datos de la lista de reyes asiria. Ishbierra de Isin luchó contra un *ensi* de Subartu, pero no podemos precisar quién fue.

Shamshīadad (1815-1782) fue, como ya dijimos, hijo de un tal Ilakabkabuhu. La inclusión de este nombre, unido a una serie de antecesores, en la lista asiria de reyes (todos con nombres «cananeos») no supone sino un capricho del escriba, que quiso

dar un árbol genealógico a Shamshīadad. Ilakabkabuhu fue un insignificante príncipe local de las proximidades de Mari.

La inscripción de Ilushuma contiene, como hemos visto, un pasaje según el cual el rey decretó la exención de tributos para los acadios, en un territorio que iba desde Ur hasta Asur. De su antecesor, Shalimahum, y de los sucesores se conservan inscripciones en lengua asiria antigua. Shamshīadad, no siendo asirio, escribía en babilónico. El reinado de Ishmedagan, hijo de Shamshīadad, terminó en luchas por la sucesión. Salió triunfante de ellas un tal Adasi, que la posterior tradición «nacional» convirtió en el fundador de la casa real asiria.

Para el conocimiento de los asirios durante el siglo XIX tienen más interés que las inscripciones de Asur los textos hallados en Kanish, colonia comercial asiria de Capadocia, situada al sur del río Halys (hoy, Kizil Irmak) y a 20 km aproximadamente de Kayseri en dirección noreste. Los archivos abarcan tres generaciones, empezando a contar después del reinado de Ilushuma. De la época de su sucesor, Irishum, data la copia de una inscripción de Asur descubierta en Kanish. Una tablilla de barro con una sentencia jurídica de la ciudad de Asur ofrece un sincronismo directo, pues está sellada con el sello de Sharrumkēen, nieto de Irishum. Kanish (el nombre actual de la ruina es Kültepe) fue el centro de los comerciantes asirios en Asia Menor. La ciudad era el punto de intersección de las vías de comunicación principales y ocupaba un lugar prominente entre las demás ciudades del este de Asia Menor. De Kanish proceden varios miles de tablillas de barro en lengua asiria antigua. Aparte de Kanish existían, por lo menos, nueve asentamientos asirios más, y diez, o quizá más, factorías menores, todo ello en Asia Menor central u oriental. Los asentamientos mayores se llamaban en acadio *kārum*, que primero significó «muelle, desembarcadero» y luego se utilizó para designar el mercado a orillas del río. Más tarde pasó a designar también a los «comer-

ciantes» (de una ciudad). Los asentamientos tenían su propia jurisdicción asiria, con sede en Kanish. Allí se resolvían los pleitos entre los comerciantes o entre los comerciantes y los «indígenas». Los asirios, sin embargo, no gozaban de *status* político privilegiado en Asia Menor y tenían que pagar impuestos diversos a los príncipes locales (asirio, *rubā'um* = príncipe). Como muestran las excavaciones de Kanish, la colonia asiria se encontraba fuera de las murallas de la ciudad. La población indígena tenía importantes intereses en el comercio asirio y, por tanto, toleraba a los asirios como extranjeros amigos y contribuyentes.

La instalación de la colonia extranjera no se restringía al ámbito de Asia Menor. Los comerciantes de la ciudad babilónica de Sippar tuvieron en la época de Sumuabum y Sumula'el de Babilonia un asentamiento en Mari. Éste es un caso singular, pero probablemente hubo casos parecidos en otras ciudades. El carácter especial del asentamiento comercial asirio estribaba en que se situaba en territorios extramesopotámicos y en lugares de fácil acceso a los productos de exportación.

Los principales productos importados por los asirios eran el estaño, necesario para la fabricación del bronce, y los textiles. La exportación en Asiria se concentraba sobre todo en el cobre. Desde el punto de vista histórico-comercial, los grandes archivos de Kanish —los archivos hallados en Boğazköy (antiguamente, Khattusha) y en Alişar (¿antiguamente Ankuwa?), a 80 km de Boğazköy en dirección sureste, son menores— constituyen un material de importancia extraordinaria. A través de ellos conocemos la organización y las prácticas del comercio asirio: transportes, movimiento de mercancías, precios, beneficios, empresas individuales o colectivas, métodos de contabilidad, *clearing*, créditos, etc. Los textos dan pocos datos sobre la situación política en Asur. El soberano recibe el título de *rubā'um* (= príncipe), mientras que en las inscripciones se llama

ishshiakkum, derivado del sumerio *ensi*. La conclusión más interesante a la que se ha llegado es que los comerciantes asirios eran empresarios privados que trabajaban por cuenta propia y no, como a menudo los comerciantes babilonios, por encargo del estado.

Los archivos nos proporcionan asimismo importantes datos sobre la configuración política y étnica de Asia Menor. Antes de la época hitita no existieron unidades políticas de grandes dimensiones. Aun cuando el *rubā'um* de Kanish, a veces llamado «gran *rubā'um*», quizá tuviera rango superior, existía un gran número de estados indígenas independientes. Es interesante señalar que los príncipes contemporáneos de los comerciantes paleobabilónicos utilizaban, al igual que la población indígena, la lengua y la escritura asirias, aunque muy corrompidas por barbarismos. Asiria fue en Asia Menor una fuerza civilizadora, como lo fue Babilonia en Elam. La transmisión de la escritura no era posible sin escuelas. En Kanish existía una escuela de escribas, según confirman unos cuantos textos literarios hallados allí. Al declinar las colonias comerciales asirias (época de Shamshīadad), la escritura también desapareció de Asia Menor. Cuando los hititas, bajo Khattushili I (siglo XVII), comenzaron a escribir, adoptaron un tipo de escritura que con toda probabilidad provenía de Siria y que fue también el modelo que siguieron los hurritas. Los hititas no pudieron, pues, basarse en una escritura ya existente en Anatolia heredada de los asirios.

Nuestros conocimientos, aún muy limitados, de las lenguas y los pueblos anatólicos antiguos durante la época de las colonias comerciales asirias se basan en nombres de persona no acadios hallados en los documentos asirios, así como en algunos préstamos de lenguas «indígenas». Algunos nombres de persona pueden atribuirse a la llamada «lengua protokhatti», representada en los archivos de Khattusha de época hitita con textos re-

feridos al culto. De otro tipo de nombres pueden sacarse deducciones sobre una segunda lengua, llamada provisionalmente «anatólica suroriental»[74]. Ninguna de estas lenguas es indoeuropea o está emparentada con el hurrita. Entre los nombres no acadios se encuentran algunos hititas que, junto a dos préstamos hititas, constituyen el testimonio más antiguo sobre la presencia de tribus indoeuropeas que penetraron hacia fines del tercer y comienzos del segundo milenio en Asia Menor[75]. La actividad de los comerciantes asirios en Kanish se interrumpió en la tercera generación por razones que desconocemos. ¿Fue a causa de trastornos políticos en Asia Menor o quizá de cambios importantes en la zona de tránsito entre Asur y Kanish que paralizaron el tráfico de caravanas? Bajo Shamshīadad volvió a resurgir el comercio, pero el archivo de Alişar, que registra la reactivación comercial, sólo abarca una generación. Después de ésta, las relaciones comerciales mantenidas por asentamientos asirios en Asia Menor fueron interrumpidas por completo.

VI. HACIA EL REINADO DE HAMMURABI

A finales del siglo XIX Mesopotamia comenzó a liberarse, bajo Rīmsīn de Larsa, Ipiqadad II de Eshnunna y Shamshīadad de Asiria, de la extrema fragmentación política, iniciando un período de aproximadamente cincuenta años determinado por el equilibrio entre varios estados importantes. La nueva unificación de Babilonia, sin embargo, no tuvo lugar hasta el 1763, año 30 de Hammurabi. El reinado de Hammurabi, aunque duró poco, tuvo una importancia extraordinaria para la historia de Mesopotamia. Babilonia fue la metrópoli del estado del mismo nombre; «país de Babilonia» aparece por primera vez en la época babilónica media como nombre del estado, paralelamente a «país de Asur». Los archivos hititas de Khattusha llaman a la lengua acadia lengua «babilónica». Babilonia se convirtió en

símbolo por antonomasia del pueblo semita del sur de Mesopotamia.

La relación entre Isin y Larsa se caracteriza, a partir de la mitad del siglo XIX, por la constante alternancia en la posesión de Nippur. Según documentos fechados, Nippur perteneció a Larsa en los años 1838, 1835, 1832, 1828 y a Isin en 1836, 1833, 1830 y luego, por última vez, en 1813 y 1802. Tras una breve ocupación de Larsa por Kazallu en 1835 (dos contratos de Larsa llevan las fechas anuales del rey de Kazallu), la dinastía de Kudurmabuk subió al poder en Larsa. El «jeque de Yamutbal», Kudurmabuk, proclamó rey a su hijo Waradsīn (1834-1823). Siguió a éste su hermano Rīmsīn, con un reinado, extraordinariamente prolongado, de sesenta años. La usurpación de los de Yamutbal pudo deberse a rivalidades con la tribu de Mutiabal, o aliada de Kazallu o favorecida por éste. Los setenta y dos años de reinado de la casa de Kudurmabuk supusieron un período de desarrollo relativamente pacífico y con una producción literaria copiosa. Como bajo todo gobierno «fuerte», se construyó mucho, y se dedicaron muchos esfuerzos al sistema de canales y de riego. De varios canales construidos o restaurados en este tiempo se dice que «conducían hasta el mar». Esto puede significar dos cosas: por un lado, un intento de descargar el curso del Éufrates y del Tigris para así evitar inundaciones catastróficas; por otro, la roturación de nuevas tierras en la costa. Una fecha de Rīmsīn se refiere a estos hechos expresamente La necesidad de nuevas tierras no se debía tanto a la superpoblación del país como a la pérdida de terreno de cultivo por la salinización excesiva del suelo. La capacidad productiva del distrito de Lagash, en, particular, había disminuido considerablemente. La investigación de los últimos quince años[76] ha descubierto que en Babilonia se trasladaron repetidas veces los territorios de cultivo y que tuvo lugar un importante descenso de la rentabilidad de la tierra. El riego intensivo,

necesario por razones climáticas, acarreó con el agua del río minerales nocivos para los campos, y la reducida cantidad anual de lluvia no era suficiente para eliminar los minerales. A esto se añade que el nivel del agua se mantenía relativamente alto en los campos irrigados intensivamente, de modo que los minerales se sedimentaban muy cerca de la superficie.

Rīmsīn conquistó Isin en el año 30 de su reinado, eliminando el antiguo estado de Babilonia central. La importancia que se concedió a este acontecimiento se refleja en la numeración que dio Rīmsīn a los treinta años siguientes de su reinado, que tomaron como punto de referencia la conquista de Isin, constituyendo una verdadera era: «año 1: Isin fue conquistada», hasta «año 30: Isin fue conquistada». Anteriormente Rīmsīn se había anexionado el último estado de Babilonia del Sur al conquistar Uruk. La conquista de esta ciudad se debió a la victoria sobre una gran coalición formada por Uruk, Isin, Babilonia, Rapiqum (al norte de Sippar, junto al Éufrates) y los nómadas suteos. Isin intentó, bajo Sīnmāgir (1827-1817) y Damiqilishu (1816-1794), liberarse del cerco de los demás estados, y dirigió hacia el norte sus esfuerzos expansionistas.

En la región del Diyāla, Ipiqadad II de Eshnunna adoptó en 1830 el título real por primera vez desde Ilshuiliya, reintrodujo el antiguo epíteto sumerio «pastor de las cabezas negras» (nombre poético de los hombres) y fue divinizado. Ipiqadad penetró hacia el oeste, hasta Rapiqum, a orillas del Éufrates, y se colocó así frente a la frontera norte de Babilonia. Su hijo Narāmsīn de Asur extendió la influencia de Eshnunna hasta la región del curso superior del Khābūr. Se trata del mismo Narāmsīn de Asur citado en la lista de reyes asiria como antecesor de Shamshīadad. La efímera expansión de Eshnunna hacia el norte es la contrapartida de la expedición de conquista que emprendió un siglo antes Ilushuma de Asur hasta Dēr. Según la lista de reyes, Narāmsīn era hijo de Puzurashshur II, pero pare-

ce que el compilador sucumbe aquí al afán de sistematización, por el que se define a todo antecesor como padre del sucesor mientras no haya pruebas de lo contrario.

Dādusha, hermano de Narāmsīn, reinó hasta aproximadamente 1790. A su reinado pertenece probablemente el «código de Eshnunna», una colección de órdenes sobre los precios y disposiciones jurídicas. Dos ejemplares de este código han sido hallados en la ciudad de Shaduppūm, al este de Bagdad. Según una de sus fechas anuales, Dādusha alcanzó una victoria sobre Ishmedagan, hijo de Shamshīadad, que residía en Ekallātum. Bajo su sucesor, Ibālpī'el II, Eshnunna siguió siendo una potencia importante en el mundo político de Mesopotamia. La victoria sobre «Khana y Subartu» debe referirse a luchas contra Zimrīlim de Mari e Ishmedagan de Asur. En este tiempo el vecino Elam era generalmente aliado de Eshnunna.

Si damos crédito a una nota contemporánea contenida en la lista de reyes asiria, Shamshīadad, hijo de Ilakabkabuhu de Terqa, llegó al poder después del exilio en Babilonia. Conquistó Ekallātum y desde allí se afirmó en Asur, donde expulsó al último rey de la dinastía de Puzurashshur. Su reinado (1815-1782) transcurrió paralelo al de Dādusha de Eshnunna. Shamshīadad tuvo, aparte de Asur, otra sede para el gobierno: Shubat-Enlil, «sede de Enlil», en el nacimiento del río Khābūr. Es posible que esta ciudad sea el origen de las actuales ruinas de Shāgir-Bāzār, donde se ha encontrado un archivo administrativo de la época de Shamshīadad. El hijo mayor de éste, Ishmedagan, luego rey de Asiria, fue gobernador de su padre en Ekallātum, a orillas del Tigris. El hijo menor, Yasmakhadad, ocupó el mismo cargo en Mari. El rey de allí, Yakhdunlim, padre de Zimrīlim, había sido asesinado —quizá un acto de venganza de la familia de Shamshīadad para castigar la expulsión de Ilakabkabuhu de Terqa—. Yasmakhadad quedaba muy por debajo de su hermano en lo que se refiere a energía y capacidad administrativa. Las

cartas de su padre están llenas de preocupación, reproches paternales y censuras irónicas que por su tono personal son documentos interesantísimos y a ratos incluso divertidos.

La personalidad de Shamshīadad resiste sin duda la comparación con su contemporáneo más joven, Hammurabi. Shamshīadad fue el primer rey del norte de Mesopotamia que llevó el título acadio de *shar kishshatim*, «rey de la totalidad». Con este título enlazaba con el título imperial sumerio «rey de las cuatro zonas del mundo». Al mismo tiempo, en una curiosa asociación de palabras, *kishshatum*, «totalidad», se relacionaba con el nombre de la ciudad de Kish, reviviéndose de este modo el antiguo y solemne título de «rey de Kish» en un juego de etimología popular. Las cartas de Shamshīadad muestran que el soberano, que tenía un gran sentido de la responsabilidad, no se contentaba con el papel de monarca absoluto alejado del pueblo. Intervenía en todos los asuntos de la administración de su país, equilibraba la siempre difícil relación entre nómadas y sedentarios, se preocupaba por el correcto cumplimiento del servicio, por la disciplina de las tropas y se mantenía al corriente de los problemas de la agricultura y del sistema de riego. Así, por ejemplo, intervino contra la práctica, habitual en el ejército, de que los oficiales sacaran más partido que los soldados al repartirse el botín. También fomentó la introducción de un nuevo tipo de arado más práctico. La correspondencia del siglo XVIII es el material histórico más interesante que pueda imaginarse. Las cartas reflejan directamente la actualidad cotidiana y están escritas en la lengua y con la fraseología del momento en que fueron dictadas a los escribas. Son mucho más valiosas y pueden ser utilizadas con mayor seguridad que la correspondencia real de Ur III, conservada solamente en copias y transformada literariamente.

Shamshīadad llegó, según una de sus inscripciones, hasta el Mediterráneo y allí «erigió estelas». Un rey de Karkemish, a

orillas del Éufrates, era vasallo de Shamshīadad. Éste se unió al rey de Qatna, en la llanura de la actual Ḥoms, casando a su hijo Yasmakhadad con la hija del rey. Por el este, el estado de Shamshīadad penetraba en las estribaciones de la cordillera iraní. En la región sur del lago Urmia, su enemigo más peligroso era la tribu hurrita de los turukkeos. En el sur la zona de influencia asiria limitaba con Eshnunna y Babilonia. Un documento de Sippar cita a Hammurabi y a Shamshīadad en un juramento prestado por ambas partes: o bien las dos partes pertenecían a dos zonas de dominio diferentes —Babilonia y Asur—, o bien la ciudad de Sippar, gobernada por Hammurabi, se encontraba pasajeramente en manos de Shamshīadad. La cuestión aún no se ha resuelto.

Según costumbre asiria, la datación bajo Shamshīadad se hacía por epónimos y no, como en Babilonia o en el Mari independiente, por nombres de años. Como el orden que siguen los epónimos aún no ha sido descubierto, la cronología de los acontecimientos del reinado de Shamshīadad es insegura; es decir, que aun cuando un hecho determinado pueda ser asociado a un epónimo determinado, no podemos situarlo cronológicamente. De la imagen del estado de Shamshīadad aquí trazada no debe deducirse que fuera un estado sólidamente encuadrado en sus fronteras. Sobre todo, no hay que pensar que los estados de expansión efímera creados en el período paleobabilónico antes de Hammurabi tuvieran una organización como la de los estados del tipo de Ur III. El estado de Shamshīadad y algunos otros se mantenían gracias a la personalidad destacada del rey. A la muerte de Shamshīadad, Yasmakhadad no pudo mantenerse en Mari. Zimrīlim volvió del exilio en Yamkhad y subió al trono de su ciudad. Allí reinó desde aproximadamente 1782 hasta 1759, año en que Mari fue conquistada por Hammurabi. Ishmedagan siguió a su padre en el trono, pero su influencia quedó reducida a Asiria.

Los acontecimientos bélicos que decidieron la supremacía de Babilonia bajo Hammurabi tuvieron lugar en las fechas siguientes: fortificación de varias ciudades babilónicas del norte en los años 1776-1768; victoria sobre la coalición de Elam, «Subartu», los guteos, Eshnunna y Malgium en 1764. «Subartu» designa a Asiria bajo Ishmedagan; los guteos son pueblos montañeses de la región situada entre el actual Ḥāmadān y el lago de Urmia; no está muy claro si el término se refiere a los sucesores de los antiguos conquistadores de Babilonia o si se trata de un uso histórico del nombre transferido a los pueblos establecidos en la región de los guteos. Larsa fue conquistada en 1763 después de un sitio de varios meses. En 1762 Hammurabi venció de nuevo a una coalición formada por Eshnunna, los guteos y Subartu. Esta vez Hammurabi anota que se apoderó de la orilla del Tigris «hasta Subartu». Seguramente incluyó definitivamente Ekallātum en su estado. Mari y Malgium fueron destruidas en 1759. En los años 1757 y 1755 se registran de nuevo luchas contra los subarteos. Hasta aquí llega la historia que reflejan las fechas anuales. Si no supiéramos más, podríamos suponer que no hubo ninguna derrota. Sin embargo, sólo gracias a la hábil táctica política de su rey salió Babilonia triunfante del vaivén de coaliciones. Babilonia no tuvo en absoluto que luchar contra un enemigo superior. Los aliados propios, que cambiaban de año en año, no se enumeran. La situación se caracteriza perfectamente en una carta dirigida a Zimrīlim de Mari: «No existe un rey que sea poderoso por sí mismo. Detrás de Hammurabi, el 'hombre de Babilonia', marchan diez, quince reyes; el mismo número detrás de Rīmsīn, 'el hombre de Larsa', de Ibālpī'el, 'el hombre de Eshnunna', de Amutpiel, 'el hombre de Qatanum' (= Qatna), y detrás de Yarimlim, 'el hombre de Yamkhad', marchan veinte reyes». El archivo de cartas de Mari demuestra, con mayor claridad que las propias fechas de Hammurabi, que «el hombre de Babilonia», de momento, no era

sino uno más entre otros reyes de su talla. Una carta de la época anterior a la batalla decisiva contra Larsa deja vislumbrar que Hammurabi se puso de acuerdo con Eshnunna antes de lanzarse a la guerra contra Rīmsīn.

La idea de dominar toda Babilonia se concreta por primera vez bajo Hammurabi en la fecha anual 30. Con una frase tomada del himno real sumerio se dice allí que Hammurabi «afirmó las bases de Sumer y Akkad». En el prólogo de su código, Hammurabi enumera las grandes ciudades y los santuarios que gobernaba en los últimos años de su reinado. En Babilonia eran, de sur a norte: Eridu, Ur, Lagash, Girsu, Zabalam, Larsa, Uruk, Adab, Isin, Nippur, Keshi, Dilbat, Borsippa, Babilonia, Kish, Malgium, Mashkanshapir, Kutha, Sippar; en la región del Diyāla, Eshnunna; en el curso medio del Éufrates, Mari y Tuttul, y, en el curso medio del Tigris, Asur y Nínive. Hammurabi gobernaba, pues, sobre un territorio que, exceptuando Elam, era casi tan extenso como el que habían dominado los reyes de Ur III. Pero su imperio no fue duradero. A juzgar por las fechas anuales, que hablan de guerras con los subarteos, Asur y Nínive estuvieron sólo unos años bajo el control de Babilonia. Babilonia adolecía de su eterno mal: la fragmentación. Ya en el segundo decenio de Samsuiluna el sur de Babilonia se alzó contra el norte.

Antes de pasar a analizar la administración de Hammurabi, el código de Hammurabi y la estructura social de Babilonia tenemos que completar la panorámica de los acontecimientos históricos de Asiria con un análisis de Mari, Siria y Elam.

VII. ASIA ANTERIOR DESDE LA PERSPECTIVA DE MARI. LOS HURRITAS

Los archivos del palacio de Mari abarcan el período comprendido entre 1810 y 1760. La mayoría de los textos (hasta ahora han sido publicadas 1600 tablillas) corresponde a la épo-

ca en que fue gobernador Yasmakhadad y al reinado del rey Zimrīlim. Aparte de las cartas, se han publicado más de cien documentos jurídicos y aproximadamente mil documentos administrativos. Por lo que hace a las cartas, unas llegaron a Mari del exterior y otras son copias de cartas enviadas desde Mari. La importancia de Mari, que en el protodinástico II era una ciudad con población semita, radica principalmente en su situación geográfica muy favorable al tráfico. Mari era estación intermedia del tráfico de caravanas y barcos que iban del Mediterráneo y Siria a Babilonia, Elam y el Golfo Pérsico. En Mari terminaba la ruta comercial que, partiendo de Qatna y pasando por Palmira, se dirigía hacia el noroeste. El territorio de Mari, como también el de las ciudades situadas más al norte, no fue nunca muy grande. Bajo Zimrīlim abarcaba el valle del Éufrates, desde la desembocadura del Balīkh hasta la actual Hīt y la región del curso inferior del Khābūr. Terqa, a 60 km de Mari, remontando el curso del río, era en la época de Yakhdunlim independiente y estaba gobernado por Ilakabkabuhu, padre de Shamshīadad. Bajo Zimrīlim fue un distrito de Mari, cuyo gobernador, Kibrīdagan, mantenía una intensa correspondencia con el rey y el palacio de Mari.

Los grandes beneficios que el comercio proporcionaba a Mari contribuyeron a que la ciudad se viera engalanada con abundantes templos. El palacio del período paleobabilónico es el monumento arquitectónico de este tipo más importante que conocemos hasta ahora: el recinto, excavado en una superficie de aproximadamente de 1 ha, contiene más de 260 patios y estancias. Que este palacio no era una residencia más entre otras queda demostrado por una carta del rey de Yamkhad a Zimrīlim, transmitiendo el deseo del rey de Ugarit de que le fuera permitido visitar el palacio de Mari. Aparte de sus dimensiones, el palacio impresionaría al visitante con sus magníficos frescos. Por el contrario, archivos como los de Mari (hasta aho-

ra son los más extensos que conocemos del período paleobabilónico) existieron seguramente en muchas ciudades. Mari era sólo una de las ciudades incluidas en el tráfico diario de correo y emisarios; por sistema, todo documento escrito era guardado en los archivos.

El horizonte de los archivos de Mari llega por el oeste hasta Creta, por el noroeste hasta Khattusha, en Asia Menor; por el sureste hasta Susa, Larsa y Tilmun; por el suroeste hasta Hazor de Galilea. Estas ciudades eran en unos casos lugares de destino de los emisarios; en otros, lugares de origen de mercancías. Así una carta de Zimrīlim a Hammurabi alude a regalos de Creta. Los archivos comerciales registran envíos de cobre provenientes de Chipre. El «país de los guteos» está representado por la reina de Nawar, de la que se cuenta que contribuyó con 10 000 hombres a una coalición. En la región de la actual Rānia, en el valle del río Dōkān, se cita la ciudad de Shusharrā, una colonia hurrita. Una embajada elamita a Qatna hizo un alto en Mari. Elam aparece a menudo como aliado de Eshnunna. Los principales destinatarios en Babilonia, y al mismo tiempo las personas de las que más información se recibe de Babilonia, son Hammurabi y Rīmsīn. Llama la atención la ausencia absoluta de cualquier alusión a Egipto. La explicación puede estar en que durante la época de los archivos de Mari las zonas de influencia de Egipto y de los estados mesopotámicos no se cruzaban.

La lengua de las cartas de Mari es el acadio paleobabilónico. Aunque en cartas del ámbito hurrita surjan peculiaridades de la lengua hurrita y, en general, la calidad idiomática dependa del dominio que tiene de la lengua la persona que dicta y el escriba, el acadio bastaba para la comunicación internacional. El uso de la lengua acadia no se restringía a la correspondencia. Hay documentos jurídicos y administrativos de Elam, y también documentos del archivo de Shusharrā, redactados en acadio. El contenido de la correspondencia de Mari es muy variado. En parte

se refiere a asuntos internos de la provincia (Yasmakhadad) o del estado independiente de Mari (Zimrīlim): relaciones con las tribus nómadas, agricultura, riego, administración del palacio, intrigas cortesanas, asuntos jurídicos, etcétera; en parte se refiere a la política internacional. Regularmente se registraban la llegada y la salida de embajadas destinadas a Mari o que simplemente pasaban por allí. Algunas ciudades mantenían legaciones permanentes en cortes «extranjeras», para estar al corriente de sus empresas. De este modo era posible reaccionar rápidamente ante acontecimientos que se desarrollaban en regiones lejanas y prepararse ante ataques inesperados. Los aliados se comunicaban mutuamente sus planes en cartas directas. Si se conseguía interceptar a los emisarios y leer las tablillas que llevaban, se estaba informado sobre la voluntad del enemigo. El número de soldados que llegaban a reunirse en coaliciones llegaba a los veinte o treinta mil. En este caso no hay ningún motivo de emplear el escepticismo siempre aconsejable en materia de cifras, ya que las cartas son documentos históricos de primera mano no sujetos a la fantasía falsificadora o a la tendenciosidad del historiador. Los gigantescos movimientos de tropas debían constituir una carga enorme para la economía de los estados en que tenían lugar, y exigían un aparato administrativo que funcionara a la perfección, así como una rica producción artesana para equipar y mantener a las tropas.

A continuación daremos algunos datos sobre las formas de tratamiento. Personas del mismo rango se trataban de «hermano», mientras que el tratamiento recíproco de «padre» e «hijo» caracterizaba la relación entre señor y vasallo. Los subalternos utilizaban la autodenominación de «esclavo» y daban a su superior el título de «señor». En la correspondencia administrativa interna predomina el estilo conciso y llano; la correspondencia internacional, por el contrario, utiliza a menudo fórmulas ampulosas, dando también a los asuntos desagradables un

giro cortés. Se consideraba un signo de cortesía evitar el tratamiento directo en segunda persona y utilizar a cambio profusamente las fórmulas «mi señor», «mi hermano» y, en general, la tercera persona.

Los archivos de Mari muestran que el espacio sirio en el siglo XVIII era un conglomerado de reinos y estados vasallos, parecido a Babilonia antes de Hammurabi. El estado más poderoso era Yamkhad, con la capital en Khalab (= Alepo). El príncipe de Alalakh, a orillas del Orontes, era vasallo de Yamkhad. Al noroeste de este estado, junto al Éufrates, se hallaba Karkemish, una floreciente ciudad comercial en la ruta caravanera que conducía al Tauro y a la meseta anatolia. Aplakhanda de Karkemish era vasallo de Shamshīadad; su hijo Yatarammī, que a diferencia de su padre tenía un nombre semita («cananeo»), se alió a Zimrīlim de Mari. En el norte de Karkemish existían varios estados hurritas, entre otros Urshu y Khashshum. Hay que citar además a Ugarit, junto al Mediterráneo; Qatna en la llanura del Orontes, cerca de la actual Ḥoms, y Biblos. Las relaciones diplomáticas de Qatna se extendían hasta Babilonia, Larsa, Eshnunna, Arrapkha, cerca de la actual Kirkūk —un ejemplo más del importante papel de Siria en la política de Asia Anterior durante el siglo XVIII—.

Si en la época de Ur III los hurritas se concentraban en la región oriental del Tigris, en el período paleobabilónico avanzaron hacia el oeste y cruzaron el curso superior del Éufrates. En Mesopotamia del norte y en Siria hay que contar con una simbiosis de las poblaciones «cananea» y hurrita, en la que fue predominando la componente hurrita. En Shāgir-Bāzār, un tercio de los antropónimos es hurrita y los nombres cananeos son poco corrientes, mientras que la mayoría son nombres acadios. Indudablemente una estadística de este tipo debe utilizarse con precaución, precisamente por proceder de un territorio con fuerte mezcla de pueblos, pero, no obstante, el componente hu-

rrita no debe subestimarse. También los textos paleobabilónicos de Alalakh contienen un alto porcentaje de nombres hurritas, pese a que la dinastía local es «cananea». En el siglo XV Alalakh estaba casi «hurritizado» por completo. Nuestros conocimientos de los hurritas no se reducen a los nombres de persona. En Mari se han hallado seis textos literarios y fragmentos rituales en lengua hurrita. Ya a fines de la época de Akkad, los hurritas sabían escribir su lengua. Entre otros testimonios de la religión hurrita está una invocación a la diosa Khepat en un tratado firmado por Abba'el de Yamkhad, contemporáneo de Samsuiluna de Babilonia, y Yarimlim de Alalakh. La lengua de los hurritas es de tipo «aglutinante» y está relacionada con el urarteo, que conocemos a través de fuentes de los siglos IX al VII. No han podido establecerse otras relaciones de parentesco entre el hurrita y las demás lenguas del Antiguo Oriente[77].

VIII. ELAM EN LA ÉPOCA PALEOBABILÓNICA

Sobre Elam y los países vecinos tenemos relativamente pocas noticias de la época protodinástica y de las épocas de Akkad y Ur III, pero de la época paleobabilónica conservamos material abundante y bien repartido. Junto a las inscripciones reales en lengua acadia hay documentos jurídicos y textos comerciales (más de 800 en la provincia de Susa, a los que se añaden algunos textos de la actual Mālamīr). La constitución de Elam era federal y contaba con tres poderes fundamentales: 1.º, el *sukkal-makh* o soberano supremo, residente en Susa, y cuyo título se remonta al *sukkal-makh* sumerio de la época de Ur III; 2.º, el «*sukkal* de Elam y Simash», que generalmente era el hermano menor del *sukkal-makh*; 3.º, el «*sukkal* (o "rey") de Susa», generalmente el hijo del *sukkal-makh,* como gobernador de la provincia de Susa. A la muerte del *sukkal-makh* le sucedía en el

trono su hermano, el *sukkal* de Elam y Simash, según la estructura «fratriarcal» de la familia elamita.

La dinastía de Simash, que hasta mediados del siglo XIX ocupó el trono de Susa, fue destituida por un tal Eparti, que adoptó el título de «rey de Anshan y Susa». No sabemos nada de su origen, ni de su relación con la antigua dinastía. Su nombre aparece en una fecha anual en lengua sumeria, acompañado del determinativo divino. Éste es el único caso conocido de divinización entre los soberanos elamitas. El sucesor de Eparti, Shilkhakha, reinó junto a su hermana, que ocupaba el cargo de *sukkal* de Susa. Esta hermana fue cofundadora de la nueva dinastía, ya que los sucesores de Shilkhakha se llaman «hijos de la hermana de Shilkhakha».

Elam intervino a menudo en el juego internacional de las coaliciones mesopotámicas, generalmente como aliado de Eshnunna, por lo que podemos colegir de las fechas anuales de Hammurabi y de la correspondencia de Mari. Las relaciones diplomáticas de Elam llegaban hasta Siria. Su influencia no desapareció de Mesopotamia hasta el reinado de Hammurabi. Según un relato histórico de época neoasiria, el rey elamita Kutirnakhunte I, contemporáneo de Samsuiluna, atacó de nuevo Babilonia. Las fuentes contemporáneas no han arrojado hasta ahora ningún dato acerca de esto. Asurbānipal (668-662) refiere que devolvió a su ciudad la estatua de la diosa Nanāya (Ishtar) que los elamitas habían robado en Uruk. Es posible que el saqueo coincidiera con el reinado de Samsuiluna. La cifra de mil seiscientos treinta y cinco años que según Asurbanipal la diosa pasó en el exilio no es fidedigna.

Elam nunca ejerció una influencia duradera sobre Babilonia. Por el contrario, como ya hemos indicado repetidamente, Elam estaba culturalmente en deuda con Babilonia. Entre 2250 y 1250 está atestiguada una sola inscripción en lengua elamita, al lado de numerosos tratados, documentos administrativos e ins-

cripciones reales en acadio. Hacia fines del segundo milenio aparecen textos elamitas en mayor número. La causa de este retraso fue seguramente la adopción en Elam de la escritura cuneiforme, que sustituyó a la escritura «protoelamita» indígena durante la época de Akkad, al mismo tiempo que se generalizaba el uso de la lengua acadia en la administración y se fijaba la terminología jurídica y administrativa. La adopción de antropónimos acadios también refleja una fuerte influencia acadia. Aunque las fórmulas jurídicas de Susa seguían generalmente los modelos babilónicos, en algunas cláusulas, especialmente en las cuestiones de herencia, ofrecen rasgos propios que corresponden a costumbres indígenas.

Aún no sabemos si la invasión de los casitas tuvo algún efecto sobre Elam, ni qué clase de efecto pudo ser. Los pocos antropónimos casitas atestiguados pertenecen seguramente, como en Babilonia antes de 1594, a extranjeros inmigrados como trabajadores y no a miembros de un pueblo invasor. Hacia fines del siglo XVII las fuentes de Susa se agotan, finalizando de este modo la llamada época protoelamita como parte de la historia de Elam.

IX. ESTRUCTURA SOCIAL, «PALACIO» Y TEMPLO. EL CÓDIGO DE HAMMURABI

Las fuentes a las que debemos nuestros conocimientos de la administración, el derecho y la estructura social del período paleobabilónico difieren esencialmente por su carácter de las fuentes del reino de Ur III. En el caso de Ur III, unos 20 000 documentos proporcionan la imagen de un estado fuertemente centralizado y organizado burocráticamente hasta el más pequeño detalle. La «pirámide» jerárquica del cuerpo de funcionarios sobre el que se apoyaba culminaba en el rey divinizado. Una de sus preocupaciones principales era el sostenimiento de

los templos. En el período paleobabilónico los documentos administrativos son mucho más escasos que cualquier otro tipo de documento no literario: contratos privados, documentos jurídicos, tablillas con balances y notas breves sobre la administración de empresas privadas y, sobre todo, cartas —generalmente en lengua acadia— tanto palaciegas como particulares. Esta variación en el material histórico no es casual, sino, por el contrario, característica de la transformación de las estructuras sociales de Babilonia. Había surgido una capa de ciudadanos libres, que no estaban sujetos por ningún tipo de servicio ni al templo ni al palacio, y de feudatarios del estado que explotaban tierras de la corona, pero mantenían una relativa independencia con respecto al soberano. La economía privada había pasado al primer plano, apoyándose en la posesión extendida de tierras y en la explotación y el empleo de jornaleros y esclavos. Los documentos de la administración estatal muestran que el modelo de contabilización desarrollado en Ur III seguía vigente en la administración del palacio, pero también lo adoptaba la empresa privada cuando lo exigían las circunstancias, es decir, cuando las dimensiones de la empresa exigían un control escrito de los beneficios y de los gastos.

El sistema de *ensis* de Akkad y Ur III, que aún caracterizaba al estado de Ishbierra de Isin y de sus sucesores hasta Lipiteshtar, cayó en desuso. El término *ensi*, o su equivalente acadio *isshiakkum*, en unos casos volvió a designar al príncipe de una ciudad independiente (Eshnunna, Asur, Larsa durante un interregno de seis meses, antes de ser ocupada por Kazallu); en otros casos, a partir del reinado de Hammurabi, pasó a aplicarse a un tipo determinado de feudatario, esto es, se desvalorizó. El motivo de la disolución del sistema de *ensis* fue la fragmentación de Babilonia en numerosos estados que, cuando no eran ciudades-estado en el sentido más estricto, se reducían a unas pocas ciudades, generalmente pequeñas, del campo. Dados los

constantes cambios territoriales habremos de imaginar que el conquistador de turno adoptaba la administración local de cada ciudad conquistada, sustituyendo únicamente los cargos más altos. A la cabeza de la ciudad estaba el *rabiānum*, «alcalde» (el término se relaciona con el acadio *rabūm*, «grande») o un *khazannum*, «corregidor». Ambos cargos están atestiguados en Ur III, donde se subordinaban al *ensi*. También el *shagin* (acadio *shakkanakkum*) de Ur III aparece en la época babilónica antigua. A estos títulos se añade una serie de términos acadios nuevos para designar a funcionarios de la administración. El título de rey está muy desvalorizado, porque en Babilonia, a diferencia de la región del Diyāla, lo llevaban soberanos de territorios muy pequeños. Como demuestran las cartas de Mari, un «rey» podía ser vasallo de otro.

El radio de acción de los altos funcionarios difería según las dimensiones del estado, pero también según la personalidad del soberano. Sīniddinam, que fue nombrado gobernador de Larsa por Hammurabi, después de conquistada la ciudad, se dirigía al rey en sus cartas con asuntos aparentemente secundarios (por ejemplo, problemas de riego, tierras en disputa), esperando su veredicto. A lo que parece, no tenía bastante autoridad para decidir independientemente. No sabemos si esto se debía a su capacidad limitada de acción o al interés detallista del rey, que participaba activamente en todos los asuntos administrativos de su reino. En general, puede decirse que junto a una hábil política de alianzas y una fuerza militar eficaz, la habilidad administrativa de un rey era decisiva para la existencia de su estado. Ya vimos como Shamshīadad se preocupaba en su correspondencia diaria por el bien de su país y por el perfecto funcionamiento de la administración. El que algunas peticiones o quejas llegaran directamente a Hammurabi sin pasar por el camino administrativo y el rey interviniera para que los casos discutibles fueran examinados de nuevo significa que la atención que

el rey dedicaba a sus súbditos despertaba un eco de confianza en el pueblo. La preocupación de que «el fuerte no oprima al débil» es, al menos en Hammurabi y Shamshīadad, más que una frase literaria.

Junto a los propietarios particulares, el palacio seguía siendo un poderoso terrateniente. Asimismo continuaba teniendo la posibilidad de utilizar a determinados grupos de la población en las obras públicas. La construcción de templos y murallas y el sistema de riego también se encontraban bajo la autoridad directa del rey. ¿Cuáles eran los grupos de la población, aparte de los prisioneros de guerra y de los esclavos propiedad del palacio, que estaban obligados a colaborar en los trabajos públicos? Si el término *mushkēnum* está bien traducido por «siervo del palacio»[78], la capa *mushkēnum* sería uno de ellos. El código de Hammurabi distingue tres grupos de población a los que se aplican las leyes: el *awīlum* (el término significa tanto «hombre» como, en sentido de preeminencia social, «señor») o ciudadano libre, perteneciente a una capa superior completamente independiente, el *mushkēnum* y el *wardum* («esclavo»). A diferencia del edicto de Ammīṣaduqa, el código de Hammurabi no tenía en cuenta la diferencia entre la población sedentaria «acadia» y la población amorrea. Desgraciadamente, no hay ningún dato sobre el porcentaje de gente *mushkēnum* en la población total. El trabajo público obligatorio, en todo caso, estaba regulado por leyes específicas. Cierta carta dirigida a Hammurabi contiene una protesta por un llamamiento injusto. El rey declara libre al demandante y ordena que sea sustituido por otra persona, que sin duda pertenecía a la clase obligada a servir.

No es seguro que los miembros de las tribus amorreas, en vías de asentarse, fueran llamados a prestar otros servicios que no fuera el militar. El cargo de *wakil amurrim*, «jefe de los amorreos», primero está atestiguado solamente en Babilonia; más tarde, después de la conquista de Larsa, también en el sur. El

wakil amurrim era en principio el jefe de los contingentes amorreos del ejército; su autoridad se extendía también a los campos que los amorreos habían recibido en pago de sus servicios en el ejército. Más adelante el título pasó a designar un rango militar, fueran o no amorreos los subalternos o feudatarios. Según el código de Hammurabi y otros documentos de la época, había dos categorías de feudatarios del estado que en caso de guerra —de «una campaña del rey»— eran llamados a filas: *redūm,* traducido convencionalmente por «gendarme» y *bā'irum,* literalmente «cazador». Los feudos consistían en una casa, tierras y huerta. Aunque no eran hereditarios, ni propiedad personal, era habitual que pasaran de padre a hijo; la viuda de un feudatario caído en guerra podía administrar el feudo para sus hijos menores de edad.

Simultáneamente al cambio de la estructura social durante la época babilónica antigua tiene lugar una transformación del papel del templo, que se manifiesta de dos maneras. El palacio disponía de la propiedad del templo. La relación del ciudadano con el templo adquiere rasgos individuales. La unidad de templo y estado se había perdido definitivamente; el templo no era sino una más de las diversas instituciones de la ciudad y del estado. Se encontraba al mismo nivel que el palacio y la casa del ciudadano. El templo y la casta sacerdotal se mezclan estrechamente con los intereses del individuo[79].

Las violaciones de los derechos de los templos por parte del palacio no son ninguna novedad en la historia de Babilonia. Los textos de reforma de Urukagina las condenaban. El rey Ibbīsīn de Ur tuvo que emplear durante la época de crisis de su reinado el tesoro del templo para resolver las necesidades más acuciantes de su ciudad. Pero esto es una excepción en la economía estatal de Ur III. Los archivos del palacio real de Uruk del siglo XIX muestran que el rey disponía oficialmente y sin escrúpulos del patrimonio del templo para financiar empresas

comerciales o ampliar su palacio. Es significativo que un gran inventario del templo de Nanāya de Uruk estuviera guardado en el palacio. La causa de esta evolución fue indudablemente que territorios relativamente pequeños, como Uruk, no podían financiar sus gastos con los ingresos de tributos e impuestos, ni con los ingresos de las tierras pertenecientes al palacio. Un augurio babilónico condena las transgresiones reales con las palabras: «el rey llevará posesiones de la casa del dios al palacio, pero Shamash lo verá» (Shamash, dios del sol, garantizaba el orden jurídico); pero no se trata ya más que de una fórmula idealista y moralizadora: el augurio, una vez más, sintetiza la realidad en una fórmula general.

Naturalmente esta evolución no puede interpretarse como si el templo hubiera quedado reducido a mera fuente de ingresos. Las donaciones a los templos se siguen produciendo hasta la época de los últimos reyes de la I dinastía de Babilonia. Los templos continuaban siendo factores económicos independientes y no estaban obligados, por lo que podemos ver, a dar cuentas de sus negocios al palacio. Existen numerosos contratos de préstamo, por los que se entregaban cebada o plata de «Shamash» o de «Sin». También existía un «interés del dios del sol», que se refiere al interés habitual del templo de Shamash. El templo en este caso funcionaba en cierto modo como un banco. Al mismo tiempo era institución de beneficencia: daba préstamos a personas necesitadas sin reclamar intereses y el código de Hammurabi preveía que los prisioneros de guerra que no podían ser rescatados por su ciudad ni por el palacio fueran rescatados por el templo de su ciudad de origen.

Es característico de la secularización del templo que las rentas vinculadas a determinados cargos estuvieran en manos de particulares y fueran patrimonio familiar. Conocemos, desde comienzos de la I dinastía de Babilonia, numerosos contratos de compra o concesión de prebendas del templo. También en la

repartición de herencias se tenían en cuenta las prebendas. En Ur III, el rey o el *ensi* concedía prebendas del templo, proporcionando de este modo una fuente de ingresos a un particular. Las prebendas no pasaban a ser propiedad privada. No está aún claro cómo tuvo lugar la transferencia de propiedad. Tal vez se desarrollara un derecho de propiedad al pasar el objeto de una generación a otra, como suponemos que sucedió en el caso de los feudos.

Las sacerdotisas *nadītum*[80] del dios Shamash de Sippar merecen una mención especial. No porque ellas también participaran en los ingresos del templo, sino como ejemplo de la estrecha relación que podía establecerse entre servicio sacerdotal e intereses económicos privados. Las sacerdotisas *nadītum* eran mujeres que mantenían el celibato y en general pertenecían a familias acomodadas. Los cientos de documentos que nombran a las *nadītum* se reparten por casi toda la época de la I dinastía de Babilonia. Son casi exclusivamente contratos de préstamo y de arrendamiento de tierras en los que una sacerdotisa *nadītum* figura como prestataria o propietaria. Como existían a un tiempo varias docenas de *nadītum*, estas sacerdotisas constituían un importante factor económico en Sippar durante la época paleobabilónica. En su papel de acreedoras, son la contrapartida femenina del «comerciante» paleobabilónico (*tamkarum*), que en buena medida se dedicaba al crédito[81].

El documento escrito más importante del reinado de Hammurabi es el famoso «código de Hammurabi» (CH). De los códigos de Urnammu, Lipiteshtar o Eshnunna no se conservan más que copias en tablillas de barro, mientras que el de Hammurabi está conservado en su estela original. Por otros textos sabemos que los preceptos jurídicos del tipo de los códigos se grababan sobre estelas. La estela del CH fue descubierta en Susa. Es uno de los numerosos monumentos que el rey elamita Shutruknakhunte conquistó en una expedición a Babilonia

aproximadamente a comienzos del siglo XII. La bibliografía que ha provocado la publicación del CH ocupa un espacio considerable en la investigación histórico-jurídica. Además, el CH es el monumento literario coherente más extenso de su época, y también el testimonio por excelencia de la lengua paleobabilónica clásica. A igual que el código de Urnammu y el de Lipiteshtar, el CH está enmarcado por un prólogo y un epílogo. A diferencia de la parte central del código, que contiene preceptos jurídicos redactados en la lengua de la cancillería de Hammurabi, el prólogo y el epílogo están escritos parcialmente en un estilo hímnico arcaizante.

El CH contiene 280 «artículos». Tanto esta subdivisión como la denominación «código» se deben al primer editor. Aun cuando carece de la ordenación sistemática de un compendio jurídico moderno, determinadas materias están tratadas juntas, al menos en mayor medida que en el código de Eshnunna. Los preceptos del CH se refieren a derecho civil, penal y administrativo, sin establecer entre ellos una separación radical. Sería un proceder anacrónico el tratar de aplicar conceptos jurídicos modernos a una obra del siglo XVIII a. C. El breve resumen que damos a continuación no pretende, pues, descifrar sistemáticamente el texto. El CH, como todos los demás códigos, difiere de una obra jurídica moderna en que no pretende agotar todas las situaciones jurídicas posibles. Una comparación superficial del CH con el extenso material documental jurídico de la época babilónica antigua demuestra que el CH era «incompleto».

El código abarca los siguientes temas (la enumeración no sigue estrictamente el orden de los artículos): difamación; prevaricación; hurto, encubrimiento, robo, saqueo, robo con fractura; homicidio, homicidio por imprudencia, lesiones corporales; rapto; situación jurídica de los aparceros del estado, responsabilidad en caso de daños involuntarios en la administración de las tierras; daños causados por animales; tala no autorizada de

palmeras; situación jurídica de empresas comerciales, especialmente en lo referente a la relación entre el comerciante y ayudante que viaja por el país; malversación; depósitos financieros; créditos e intereses; situación jurídica de la tabernera; esclavitud y rescate, esclavitud en fianza, evasión de esclavos, compra y reivindicación de esclavos, recusación de la condición de esclavo; alquiler de personas, animales y naves, tarifas de alquiler, infracciones por parte del arrendatario; toros bravos; derecho de familia (precio de la novia, dote, propiedad de la esposa, esposa y concubinas, situación de los hijos de éstas, divorcio, adopción, contratación de amas de cría, herencia); situación jurídica de determinadas sacerdotisas.

El código de Eshnunna, algunos decenios más antiguo, es más reducido (60 artículos). Trata principalmente los precios de los productos (tarifa ideal); alquiler de personas, animales, naves y carros; sociedad comercial; depósitos financieros; robo con fractura; hurto; empeño ilegal de personas; precio de la novia, esponsales y divorcio; desfloración de una esclava; evasión de un esclavo; capacidad de un esclavo para llevar un negocio; educación de los niños por un extraño; lesiones corporales; toro que embiste; perro que ataca; homicidio por imprudencia, debido a derrumbamiento de muros.

La discusión sobre el objetivo y el papel del código de Hammurabi en la práctica jurídica de su tiempo aún no ha finalizado. En ella se ha recurrido a términos como «forma jurídica» y «codificación del derecho» sin que su empleo estuviera justificado por la investigación. Hammurabi mismo, en el epílogo, califica a su obra de *dīnāt mīsharim*, «sentencias del orden justo»[82]. Con la frase «un hombre oprimido, que tenga un asunto jurídico, que vaya ante mi estatua, la cual me personifica como rey de orden justo, que le lean mi estela escrita y que escuche mis venerables palabras; mi estela le aclarará su asunto y verá sus derechos», Hammurabi indica claramente que su obra pre-

tende ser una ayuda para el que busca la justicia. ¿En qué se basa la formulación de los preceptos o la determinación del castigo? No tenemos una respuesta clara. En parte podría pensarse que se trata de una fijación del derecho consuetudinario, en parte de sentencias memorables del pasado («jurisprudencia»), pero en muchos casos hay renovación consciente. Finalmente, también entra en juego la teoría, es decir, la pretensión de establecer, por analogía con un caso sucedido, conclusiones sobre un caso posible. El número de «artículos» que siguen un modelo atestiguado en el código sumerio de Lipiteshtar es bastante reducido: probablemente aumentará cuando se descubran las partes que aún faltan.

Más arriba nos preguntamos si la tradición del código de Lipiteshtar en Kish, vecina de Babilonia, no influyó sobre el redactor del CH, aunque en ningún caso se deba interpretar el CH como una simple extensión del código de Lipiteshtar. Con sus innovaciones, el CH se aparta fundamentalmente de sus antecedentes sumerios. Nueva es la dureza de las penas impuestas, nueva la frecuencia de la pena de muerte (apalear, ahogar, quemar, empalar) o las mutilaciones. Nueva es la ley del talión (el pago con la misma moneda en caso de lesiones corporales u homicidio involuntario). Podemos dudar de que, en la práctica, todo aquel que «comprara o recibiera en depósito de un miembro de la capa *awīlum* o de un esclavo plata, oro, esclavo, esclava, toro, oveja, asno o cualquier otra cosa sin testigos» fuera considerado siempre un ladrón y fuera ejecutado de acuerdo con el artículo 7 del código de Hammurabi. Las innovaciones aquí enumeradas no son patrimonio exclusivo de éste. Ya un siglo antes encontramos contratos en los que una cláusula especial amenaza con penas corporales si el contrato no se cumple. Las cláusulas penales despiadadas y el talión son rasgos del derecho de la época paleobabilónica que la distinguen radicalmente de la práctica jurídica de los sumerios y de la tradición

sumeria reflejada en el código de Lipiteshtar. Sobre el origen de estas innovaciones no caben dudas: hay que atribuirlas a la capa «cananea».

Es difícil saber hasta qué punto tenía vigencia el código de Hammurabi en el derecho de su época y de la época de sus sucesores. Su validez general y su vigencia prolongada han sido puestas en duda. Un contrato de Ur sobre asuntos del campo, fechado en el año 5 de Samsuiluna, prevé que si el contrato no se cumple la parte firmante será castigada según «las palabras de la estela». Es posible que aquí se aluda a la estela de Hammurabi. Es curioso, sin embargo, que éste sea el único caso[83] que, entre los numerosos contratos y documentos jurídicos paleobabilónicos posteriores a Hammurabi, nos permita suponer que en caso de pleito se apelaba a la «ley»[84].

El código de Hammurabi, independientemente de la vigencia que tuviera, fue tan estimado como obra literaria que las escuelas de escribas lo transmitieron hasta el primer milenio. Algunas tablillas de barro con extractos del código fueron halladas en la biblioteca de Asurbānipal de Nínive. De este modo un rey que incluso sabía escribir él mismo se erigió uno de los monumentos más grandiosos de la antigua Asia Anterior.

X. LOS SUCESORES DE HAMMURABI Y LA INVASIÓN DE LOS CASITAS

Bajo Samsuiluna (1749-1712) comenzó a tambalearse el edificio construido por su padre Hammurabi. El peligro provenía de dos direcciones: levantamiento de Babilonia central y del sur e invasión de los casitas. En Larsa y Ur se declaró independiente durante un tiempo un personaje llamado Rīmsīn (II), seguramente de la casa de Kudurmabuk. Los años 11 y 14 de Samsuiluna reciben su nombre de la destrucción de las murallas de Ur y Uruk (11), así como de Isin (14). Esto quiere decir

que Samsuiluna procedió enérgicamente contra los rebeldes. El año veinte de Samsuiluna cita una victoria sobre Eshnunna. Hacia fines del reinado de Samsuiluna algunos documentos de Nippur están fechados por cierto rey Ilīman. Hasta ahora son el único testimonio auténtico de una dinastía babilónica del sur que en la historiografía posterior se ha llamado dinastía del País del Mar. Según la *Crónica babilónica* también el sucesor de Samsuiluna, Abī'eshukh, luchó contra Ilīman. No sabemos dónde tuvo su residencia. Después del reinado de Hammurabi, por lo tanto, Babilonia central y meridional no pertenecía ya al reino de Babilonia, aunque Abī'eshukh poseyera temporalmente Ur y el penúltimo rey de la primera dinastía de Babilonia, Ammīṣaduqa, incluyera en su edicto Uruk y Kisurra entre sus territorios.

La invasión de un nuevo pueblo del este, los casitas (acadio *kashshū*) tuvo mayores consecuencias. La fecha 9 de Samsuiluna, que únicamente conocemos en su forma abreviada («año: el ejército de los casitas»), nos da la primera noticia sobre este pueblo. Seguramente hace referencia a una victoria sobre los invasores. En el año 24 de Samsuiluna fue construida en la región del Diyāla, cerca de la desembocadura de este río en el Tigris, una fortaleza, Dūr-Samsuiluna o «castillo de Samsuiluna», aproximadamente a la altura del muro de contención erigido por Shūsīn contra los nómadas amorreos. La empresa del rey tuvo éxito. Si hasta la época de Samsuditana hallamos alusiones a casitas en textos babilónicos, siempre se trata de personas que habían entrado en el país pacíficamente en busca de trabajo.

Como sucede con todos los pueblos procedentes del este, no se sabe nada del país de origen de los casitas; las zonas de la migración casita no están registradas en las fuentes históricas. Posiblemente el actual nombre de la región del Khūzistān derive del nombre del pueblo «casita» (autores griegos mencionan una tribu montañesa iraní a cuyos miembros denominan «kos-

saioi» o «coseos»). De ello habría que deducir que una parte de la población quedó en el Irán. Los casitas llegaron a la zona fronteriza irano-mesopotámica en el segundo milenio y probablemente se hallaban aún muy lejos de Mesopotamia en la época de Ur III. En todo caso, los «textos de emisarios» de Ur III no citan, entre los muchos nombres de personas procedentes del Irán, ningún nombre casita. La copia neoasiria de una extensa inscripción de Agum III, rey de los casitas (cuya autenticidad es, por otra parte, discutible) enumera entre los títulos reales el de «rey de Alman y Padan». Alman o Khalman es el distrito iraní de Ḥolwān, en la región de Sār-i-Pūl, en la ruta de montaña que va a Kermānshāh. Esto nos proporciona un dato sobre la ruta que siguieron los casitas; cruzaron los Zagros mucho más al sur que los hurritas y siguieron, en su camino hacia la llanura de Mesopotamia, el curso del Diyāla.

Tenemos un conocimiento muy vago de la lengua casita. Se conocen nombres de personas, de caballos y de algunos dioses casitas; además, existen préstamos casitas en el acadio. Los escribas traducían los elementos constitutivos de determinados nombres casitas al acadio. Pero este material reducido sólo proporciona datos negativos: la lengua casita no era indoeuropea, ni estaba relacionada con el sumerio, el elamita o el hurrita. Los casitas adoptaron, después de la invasión, la lengua acadia y, por lo que sabemos hasta ahora, nunca escribieron su propia lengua. En esto se diferencian de los hurritas. La consecuencia de su voluntad de adaptación fue que su dominación nunca fue considerada odiosa, como sucedió en el caso de los guteos.

Las guerras defensivas de Samsuiluna y Abī’eshukh desviaron a los casitas hacia el noroeste. Se establecieron en el norte de la provincia babilónica de Sukhum, a orillas del Éufrates, en la región de Khana, a la que pertenecían Mari y Terqa. De la época del sucesor de Abī’eshukh conocemos algunos contratos

de Terqa fechados con nombres anuales de los «reyes de Khana». Los reyes llevan nombres cananeos, salvo un tal Kashtiliashu que, a juzgar por su nombre, era casita. Entre las partes firmantes y los testigos no se encuentra ningún casita. Una carta paleobabilónica de fines de la primera dinastía (autor y destinatario desconocidos) anuncia la llegada de una embajada del rey de Khalab (Alepo) a Babilonia, donde se alberga en las «casas de Agum». Agum recibe el título de *bukāshum* o «duque»[85]. En otras dos ocasiones se mencionan las «casas» casitas. Quizá se tratara de una especie de campamento militar.

Agum y Kashtiliashu son los nombres del segundo y tercer rey casita de la lista de reyes babilónicos y de la llamada «lista sincrónica de reyes», que establece la relación cronológica entre los reyes babilónicos y asirios. Aquí se plantean dos cuestiones: 1.ª) Si Agum y Kashtiliashu deben identificarse con los «reyes de Babilonia», tanto la lista babilónica como las lista de reyes asiria han incluido soberanos que aún no residían en Babilonia (o Asur). 2.ª) Si no se da tal identidad, entonces la serie de reyes casitas, que se inicia con un tal Gandash o Gandish, comienza después de la intervención del hitita Murshili en Babilonia. Éste es uno de los problemas clave de la cronología mesopotámica de mediados del segundo milenio.

Sea como fuere, los casitas subieron al poder en Babilonia ayudados directa o indirectamente por la incursión de Murshili. El hecho no tuvo consecuencias para la relación entre Babilonia y el reino hitita. Queda por saber si Murshili pactó con los casitas que amenazaban su flanco desde el Éufrates y les hizo concesiones que condujeron al dominio casita en Babilonia. El curso de los acontecimientos permanece aún en la oscuridad.

Volvamos a Babilonia. El documento histórico más importante de fines de la primera dinastía es un edicto del rey Ammīṣaduqa (1646-1626) escrito en el primer año de su reinado.

En la medida en que el texto está completo o puede reconstruirse, contiene las siguientes disposiciones: anulación de deudas privadas, de plata y cebada, resultantes de préstamos (y no de otras transacciones); anulación de impuestos retrasados, que determinados funcionarios debían al palacio; renuncia del rey a cobrar los retrasos de cebada de la provincia de Sukhum y de plata y cebada de la tabernera del campo; renuncia de la tabernera a recobrar cantidades prestadas de cerveza y cebada; reducción de las gabelas del *redūm* y del *bā'irum*; rescate de familiares, entregados por un deudor a su acreedor en fianza o en cualquier tipo de relación forzosa (los esclavos quedaban excluidos); prohibición —bajo pena de muerte— de que altos funcionarios obliguen por medio de anticipos de jornal a los feudatarios a llevar a cabo trabajos de cosecha o de cualquier otra índole.

Algunas de estas medidas se apoyan con la frase «porque el rey ha dado al país un orden justo». El edicto de Ammīṣaduqa aclara el sentido de la fórmula «dar un orden justo» y es por ello un documento clave para la comprensión de los numerosos edictos reales anteriores, sumerios o acadios, de los que se dice que «dan un orden justo», pero cuyo contenido no conocemos. El rey, al intervenir de este modo en la economía, anulando deudas privadas y suspendiendo temporalmente determinados impuestos públicos, perseguía un doble fin: en primer lugar, evitar el endeudamiento masivo del país (el interés normal para la cebada ascendía a 33,5 por 100 y para la plata a 20 por 100) y, en segundo lugar, frenar la acumulación de riquezas en manos de unos pocos. Si en el caso de los códigos se plantea la cuestión de su validez a escala general, no podemos dudar de que los edictos tenían amplia vigencia. Las referencias a edictos abundan en los documentos jurídicos paleobabilónicos.

Por los nombres citados en el edicto de Ammīṣaduqa podemos hacernos una idea de las dimensiones del estado de Babi-

lonia hacia la mitad del siglo XVII: Babilonia, Borsippa, Larsa, Uruk, Isin, Kisurra, Malgium, Emutbal (Yamutbal), dos provincias más, situadas probablemente al este del Tigris, y la provincia de Sukhum, junto al Éufrates. Las fechas anuales de Babilonia en el último siglo de la dinastía no se refieren ya (en la medida en que nos son conocidos) a acontecimientos bélicos, si exceptuamos la fecha, algo confusa, 17 de Ammīditana. El período da la impresión de ser pacífico y seguro. Tanto el peligro casita como la amenaza del País del Mar habían sido conjurados de momento. De todos modos, la impresión puede ser falsa, ya que sólo disponemos de documentos de Sippar y sus alrededores. Nuestros conocimientos de la historia de Mesopotamia a finales de este período habrán de completarse con nuevo material documental. Sobre todo, está por aclarar el «período oscuro», que media entre el 1594 y el siglo XIV.

XI. LITERATURA Y CIENCIA EN LA ÉPOCA PALEOBABILÓNICA

Las escuelas de escribas de los siglos XIX, XVIII y XVII proporcionan, junto con las bibliotecas literarias de Asur y Nínive (siglos XII a VII), el más importante tesoro literario acadio y sumerio. Por lo que se refiere a la literatura sumeria, la gran mayoría de los textos, ya sean composiciones de la época o copias de textos más antiguos, provienen de estos tres siglos. Hasta ahora conocemos relativamente pocos originales de literatura sumeria anteriores a la época de Ur III, de Ur III mismo y del siglo XX. En general, los textos son de segunda mano. Sin embargo, la transmisión es bastante fidedigna. El documento literario más extenso anterior a Ur III es el himno de la construcción del templo de Gudea de Lagash. Los más antiguos textos que pueden identificarse como textos literarios proceden de los archivos de Shuruppak (siglo XVI). Catálogos literarios paleobabilónicos nos muestran que hasta ahora sólo conocemos una parte

de la literatura sumeria y que aún queda mucho por descubrir. Los catálogos registran la primera línea de cada poema (p. ej.: «Desde el gran 'arriba' hasta el gran 'abajo'»… para el mito del viaje de Inanna al infierno).

El interés que el escriba acadio se tomó por lo sumerio es fruto de la simbiosis sumerio-acadia, iniciada en la época protodinástica, con todos sus recíprocos y diversos influjos. Los acadios adoptaron numerosas divinidades del panteón sumerio e identificaron divinidades sumerias con divinidades semitas (Inanna = Ishtar; el dios de la tempestad Ishkur = Adad; el dios de la luna Nanna = Su'en o Sīn, etc.). De ahí el común interés por el mito sumerio. Gilgamesh de Uruk fue el héroe de todos los babilonios. Pero este fascinante personaje no sólo enriqueció la épica acadia, sino que pasó a los hurritas y los hititas. Además del interés de los acadios por el pasado común, hay que tener en cuenta el prestigio del sumerio, el valor cultural mayor y más antiguo de esta lengua, reconocido sin reservas por los acadios. Aunque en la práctica cotidiana de la época paleobabilónica se impusiera la lengua acadia (por completo en la correspondencia, y en medida creciente en el derecho y en la administración) debido en primer lugar a que el sumerio como lengua hablada había desaparecido, más de un monarca intentó revivir el sumerio en sus inscripciones. La comprensión del sumerio, con sus categorías gramaticales ajenas al semita, era cada vez más infrecuente, como podemos ver por la calidad idiomática de las composiciones sumerias posteriores a 1850 y por las «modernizaciones», no siempre correctas desde el punto de vista lingüístico, de textos tradicionales. Sin embargo, existía la conciencia de que el sumerio corría el peligro de olvidarse, y se intentaba conservarlo. De este modo surgió una literatura bilingüe[86]. El comentario acadio a determinadas expresiones sumerias acabó por dar paso a textos completamente bilingües. Estos se presentan en dos formas: lo más frecuente es que haya

una versión interlinear acadia tras cada línea de texto sumerio que constituye una unidad de sentido; más raras son las versiones sumerias y acadias repartiéndose el anverso y el reverso de una tablilla de barro. Además de textos literarios bilingües, existen inscripciones reales de Hammurabi y Samsuiluna grabadas en versión acadia y sumeria, pero en tablillas separadas. En la época posterior a Samsuiluna (no existen ejemplos más antiguos atestiguados) las fórmulas de las fechas anuales se promulgaban en las dos lenguas. En la práctica, sin embargo, prevalecían las fórmulas sumerias, a menudo abreviadas.

Uno de los hallazgos principales del período paleobabilónico fueron las listas bilingües, sumerio-acadias, de palabras. La lista de palabras sumerias es tan antigua como la misma escritura sumeria, y es un producto de la escuela de escribas. En un principio su finalidad fue sobre todo didáctica y se utilizaba para el aprendizaje de los innumerables signos y nexos. Tiene sin embargo un interés que va más allá de su mero valor didáctico. El escriba utilizaba la lista de palabras para captar conceptualmente el mundo y ordenarlo. Encontramos listas de animales, plantas, piedras, nombres de dioses, clases sociales, etcétera. La lista bilingüe incluye junto al término sumerio el equivalente acadio. Este tipo de lista se mantuvo mientras se utilizó la escritura cuneiforme. Las listas no son diccionarios: para ello les falta un principio claro de organización. Un concepto suele arrastrar por asociación a otros, sin una conexión lógica interna. Después de 1500 surgió, sobre la base de las listas bilingües, la lista de palabras sumerio-acadio-hitita y, atestiguada en Ugarit, la lista sumerio-acadio-hurrita-ugarítica. Aunque las listas plurilingües incluyan «equivalencias» erróneas, tienen un gran valor, sobre todo para el estudio del sumerio.

Un nuevo género literario acadio, que aparece por primera vez en este periodo, es el augurio. Hemos subrayado repetidamente el valor del augurio como fuente histórica. La práctica

de la aruspicina está también atestiguada entre los sumerios, pero la fijación e interpretación del augurio por escrito se debe a los acadios. Así como la «filología» paleobabilónica no pasa de las listas de palabras, la «ciencia» del augurio no pasa de la mera colección y yuxtaposición de frases sueltas, sin llegar a conclusión de valor general o a la explicación del sistema. Cuando decimos «ciencia» no nos referimos pues a una formulación de resultados de investigación en forma lógica y coherente. Falta la conclusión general que se abstrae del caso particular. Naturalmente no debemos cometer el error de enjuiciar negativamente la capacidad intelectual de la época babilónica antigua y reprochar a los sumerios y acadios el no haber sido griegos. Tampoco la otra rama de la «ciencia» babilónica antigua, la matemática, asombrosamente desarrollada, se organizó formalmente en modo alguno. Entre líneas descubrimos que, de algún modo, se conocían las ecuaciones de segundo grado, las operaciones con varias incógnitas, el teorema de Euclides, etc., pero en ninguna parte hallamos la formulación de un «teorema».

Junto a los géneros literarios sumerios (mito, poema épico, didáctico, diálogo, canto fúnebre, himno a los dioses, himno al rey o al templo, conjuros y colecciones de refranes, por citar sólo los más importantes) se desarrollaba, y alcanzaba un primer apogeo, una brillante literatura acadia. El reino de Akkad había consagrado definitivamente el acadio como lengua escrita; en la época paleobabilónica el acadio ascendió a lengua literaria, al mismo nivel del sumerio. Los géneros literarios más importantes eran el mito, el poema épico, el himno a los dioses (falta el himno al rey), el prólogo y el epílogo hímnico del código Hammurabi, la literatura de los augurios. Hay que distinguir la literatura que se apoya en la tradición oral de los acadios, las versiones sobre modelos sumerios y las traducciones literarias. El poema de Gilgamesh es el mejor ejemplo de recreación so-

bre un modelo sumerio. Los sumerios conocían una serie de poemas sueltos sobre los héroes de Uruk: Gilgamesh y Khuwawa (la expedición al País de los Cedros, la muerte de Khuwawa, la destrucción del cedro sagrado de Enlil); Gilgamesh, Enkidu y el infierno (Gilgamesh se enfrenta con la muerte); Gilgamesh y el toro celeste; el poema del combate entre Gilgamesh y el rey Aka de Kish. Los acadios recrearon estos diversos y sin duda complejos temas de la tradición sumeria y colocaron en el centro el tema de la búsqueda de la vida eterna. De época paleobabilónica sólo conocemos partes sueltas del ciclo, que en la época babilónica media fueron reunidas en el grandioso poema de Gilgamesh[87].

La descripción del proceso histórico de Babilonia durante el siglo que siguió al reinado de Samsuditana (es decir a comienzos del dominio casita en Babilonia) tropieza con grandes dificultades, y lo mismo sucede en el terreno de la historia de la literatura. Entre la literatura babilónica antigua y la literatura de la segunda mitad del segundo milenio se halla un "período" oscuro».

XII. RESUMEN

Podemos constatar que la imagen de Babilonia en el siglo XV y la época posterior es tan diversa de la imagen de la época paleobabilónica que tenemos que suponer importantes transformaciones políticas y culturales. Transformaciones que debieron ser tan decisivas como las provocadas por la invasión cananea. El próximo tomo estará dedicado a ellas. Aquí sólo indicaremos que el intercambio internacional en todo el creciente fértil, reflejado en el archivo de cartas de Mari, determina la segunda mitad del segundo milenio. Babilonia, Elam, Asiria, los estados hurritas y el reino hitita eran potencias iguales. Al mismo tiempo, Egipto se incluye en la historia de Asia Anterior. El

historiador no se ve obligado a una descripción histórica «babilocéntrica», como en la época protodinástica y en las épocas de Akkad, Ur III y paleobabilónica.

6. Los orígenes de Egipto (DESDE EL PALEOLÍTICO SUPERIOR HASTA EL FINAL DE LA ÉPOCA PREDINÁSTICA, 8000-3000 a. de C., APROXIMADAMENTE)

Cuando a fines del cuarto milenio a. de C. o a comienzos del tercero aparecen sus primeros documentos escritos, parece que la civilización egipcia está ya constituida en la forma en que perdurará durante tres milenios. De esta manera se comprende la importancia que para el historiador de Egipto presenta el periodo de formación de esta cultura. En efecto, durante este periodo es cuando se formaron la lengua, la escritura, la religión, las instituciones y el arte y cuando, por último, se preparó la unidad política del país.

Desgraciadamente, el período de formación de la civilización egipcia, aunque es uno de los más importantes, es también uno de los más oscuros. Apenas si estamos informados sobre los aspectos más generales de su desarrollo. Dos clases de fuentes han permitido arrojar un poco de luz sobre el final de esta época. Se trata, por una parte y sobre todo, de las fuentes arqueológicas extraídas de las excavaciones, y, por otra, de los textos recogidos por los mismos egipcios en una época muy posterior a los acontecimientos, hacia el 2300 a. de C.

La historia de los orígenes de Egipto se puede dividir en tres grandes épocas: el final del Paleolítico y el Mesolítico (hacia el 8000-5000 a. de C.), el Neolítico (hacia el 5000-3800) y la época predinástica (hacia el 3800-3000).

I. EL EGIPTO DE FINALES DEL PALEOLÍTICO Y DEL MESOLÍTICO

Pasaremos rápidamente sobre la lejana prehistoria, que se estudia en otro volumen de esta colección (cf. vol. 1, cap. 3). Es posible que haya existido un hiato entre el poblamiento paleolítico del valle del Nilo y la aparición de los hombres del Neolítico, pero la adecuación del valle del Nilo a su aprovechamiento por parte del hombre mediante el cultivo y la irrigación es lo que marca muy especialmente el comienzo de la civilización egipcia. Ahora bien, es indudable que fueron las tribus neolíticas las que comenzaron esta adecuación; por tanto, son las sociedades de éstas las que inician realmente la historia del Egipto antiguo.

El valle del Nilo conoció las diversas fases del Paleolítico que la arqueología prehistórica ha podido determinar en Europa. De esta manera, sobre las altas terrazas dejadas por el Nilo, los niveles que se remontan al Paleolítico inferior y medio se han podido reconocer tanto en el Alto Egipto, particularmente en la región de Tebas, como en el Delta, en especial en su extremo sur, en los espesos y ricos yacimientos de el-Abbasiyeh, cerca de El Cairo, e incluso en los oasis occidentales, como en el-Khargah. En el valle del Nilo se han encontrado instrumentos prechelenses, chelenses y achelenses, así como levalloisienses (el antiguo Musteriense) del Paleolítico medio. Estas diversas industrias cubren un enorme período de tiempo, como sus homólogos europeos, aunque cronológicamente no sean quizá rigurosamente contemporáneas de estos últimos.

Los diferentes aspectos del Paleolítico superior, última fase del Paleolítico, se conocen en Egipto tanto en sus facies antiguas (Ateriense y Sebiliense) en el alto valle, en el Fayum y en el Delta meridional, como en sus facies más recientes (Auriñaciense, Solutrense y Magdaleniense de Europa, que corresponden, parece ser, al Sebiliense II y al Capsiense en Egipto). Se

prolongan en la industria de Heluán (Ḥeluān), que alcanza ya el Mesolítico. Entonces el clima del valle entra en una fase árida. Las técnicas de la talla de la piedra, hasta ahora idénticas a las de Europa, comienzan a individualizarse en África, y Kôm Ombo, en el Alto Egipto, suministra unas bellas series del Sebiliense II que, como las de la industria de Heluán, cerca de El Cairo, presentan rasgos particulares y están emparentadas con las industrias contemporáneas europeas. Se ha sugerido, aunque con prudencia, la idea de que el Sebiliense debió terminar en Egipto hacia el 8000 a. de C. (J. Ball).

Si esto es cierto, casi tres milenios separarían todavía el final del Paleolítico superior de los comienzos del Neolítico egipcio. Estos milenios deberían estar ocupados por el Mesolítico, pero este periodo se conoce muy mal en Egipto (yacimientos de Kôm Ombo, de Heluán y del Uadi Angabiyeh). Es posible que la ausencia de yacimientos del Mesolítico se deba a los azares de la excavación. En efecto, recientemente se ha descubierto que poblaciones con industria mesolítica frecuentaban la segunda catarata del Nilo hacia el 7500 a. de C. (O. H. Myers). Si esta región, de difícil acceso, estuvo entonces habitada, existen grandes posibilidades de que un día se encuentren los restos de poblaciones coetáneas suyas que no pudieron dejar de ocupar el Nilo inferior, de más fácil penetración.

Se conoce a los hombres del Paleolítico egipcio sobre todo por su industria lítica: hachas de mano, cuchillos, raspadores, taladros y punzones. Sus útiles son muy bellos gracias a la excepcional calidad del sílex egipcio que se puede obtener en abundancia en los acantilados cretáceos de la montaña líbica. Se han encontrado y estudiado algunos restos de campamentos. Datan del final del Paleolítico superior. Los concheros excavados demuestran que los habitantes de Egipto de esta época se alimentaban esencialmente de moluscos, de pescado y de piezas de caza. Sin embargo, si todavía no cultivaban debían al

menos recolectar algunos granos de cereales, como demuestra la presencia de ruedas de molino en los campamentos. Conocían el arco, como indica el gran número de puntas de flechas encontradas.

II. EL EGIPTO NEOLÍTICO

Con la época neolítica, en el quinto milenio a. de C., se producen grandes cambios en el valle del Nilo. El clima, continuando su desecamiento, se va aproximando ya al clima actual. Las poblaciones se entregan al cultivo y a la cría de ganado sin abandonar por ello las actividades de sus predecesores mesolíticos: continúan apareciendo en sus hogares los instrumentos de pesca y de caza junto a las hoces y a las azadas. Por último, el hombre descubre la cerámica y el tejido. Esto es el comienzo de la evolución continua que, progresivamente, va a conducir a Egipto, a partir de los clanes humanos que vivían peligrosamente en las orillas del lago Fayum (el-Faiyūm), en las riberas del Nilo y en los oasis, a la monarquía centralizada creadora de las grandes pirámides. Ciertamente, la «revolución» neolítica egipcia no difiere de la que afecta a la humanidad entera, pero una vez adquiridos sus resultados, hacia el 4500 a. de C., ya no se produce en Egipto ninguna ruptura en la evolución de la sociedad, y el primer faraón tinita es también legítimamente, según parece, el descendiente de los jefes de tribu neolíticos, como los grandes faraones tebanos lo serán de los reyes menfitas.

Al Neolítico se remontan indudablemente los primeros esfuerzos de acondicionamiento del valle del Nilo por el hombre. Estos esfuerzos se continuarán durante todo el periodo pre y protodinástico y ellos son de hecho los que han contribuido a reunir en una sociedad civilizada a las tribus del final del Mesolítico y de los comienzos del Neolítico. En efecto, el cultivo de las tierras del valle sólo podía hacerse bajo una doble condi-

ción: había que proceder a desecar los terrenos cenagosos de los bordes del lecho del río y para esto allanar el suelo de forma que el agua no pudiera permanecer allí una vez terminada la crecida, y, a continuación, había que irrigar los campos. Egipto está situado en zona de clima desértico, las precipitaciones pluviales son allí prácticamente nulas y los cultivos sólo son posibles gracias a la crecida anual del Nilo, que, dejado en libertad, no riega de manera suficiente más que una pequeña parte de su valle. Si los primeros campesinos pudieron y debieron contentarse con las estrechas bandas de tierra próximas al río, con el crecimiento de la población los campos naturales se hacen insuficientes. Entonces se fue elaborando el sistema de diques de retención y de barreras, de albercas y de canales, que transformó a Egipto en un inmenso y fértil oasis. Parece que este esfuerzo comenzó en el Neolítico; por tanto, no se debería subestimar la importancia de esta época para la historia de Egipto.

No se conoce la cultura neolítica en Egipto más que por un número muy reducido de yacimientos que, además, están dispersos a lo largo de todo el país y que, finalmente, no son contemporáneos los unos de los otros. Los más antiguos de estos yacimientos parecen ser los que ocupan la ribera antigua de la depresión del Fayum, en el oeste del Egipto Medio. Aquí, a varios metros por debajo del nivel del lago actual, se ha descubierto una serie de asentamientos humanos que constituyen lo que se llama la *cultura del Fayum A*, para distinguirla de la del *Fayum B*, conocida por asentamiento situados en un nivel inferior, más próximo al lago moderno.

Hay que dirigirse a continuación hacia el Delta occidental, a varias centenas de kilómetros del Fayum para volver a encontrar otra cultura neolítica, la de *Merimde-Beni-Salameh*. En el extremo sur del Delta, no lejos de El Cairo actual, se encuentra el yacimiento neolítico de *el-Omarí*, próximo al mesolítico de Heluán. Apenas se conoce el Neolítico del Alto Egipto más que

por el gran centro de *Deir Tasa* (situado en el Egipto Medio) y por las pequeñas estaciones del Uadi-es-Sheikh, Tukh y Armant-Jebelein (un poco al sur de Lúxor). Mucho más al sur, cerca de Jartún (Khartum), se ha localizado una serie de yacimientos neolíticos que pertenecen a la cultura llamada de *Shaheinab*, nombre del único yacimiento excavado de una manera exhaustiva (A. J. Arkell).

Gracias al descubrimiento bastante reciente del procedimiento del $Carbono_{14}$ (o radiocarbono), basado en la desintegración progresiva de una parte del carbono contenido en toda materia orgánica recogida en el curso de las excavaciones, se ha podido establecer un esquema cronológico aproximado, a veces discutible, del Neolítico egipcio. Los yacimientos del Fayum A son los más antiguos y datan del 4440 ± 180 años a. de C. Merimde-Beni-Salameh parece ligeramente posterior. A continuación viene Shaheinab (3490 ± 380) y después, el-Omarí (3300 ± 230). El centro de Tasa es un poco posterior al de el-Omarí. El Fayum B comienza al final de la ocupación neolítica de Tasa, pero se extiende sobre todo en el periodo predinástico.

Teniendo en cuenta la falta de precisión del método de datación, cuyas fechas oscilan entre cuatro siglos y más de un siglo y medio, se puede admitir que el Neolítico egipcio duró del 4500 al 3500 aproximadamente, es decir, casi un milenio, lo que se confirma por el espesor de los limos que se depositaron durante este periodo (10 m en el Alto Egipto, 30 m en el Delta). Así, tanto por su dispersión en el espacio como por su escalonamiento en el tiempo, los centros de culturas conocidos no permiten más que un estudio esquemático de la evolución de Egipto durante esta época.

Los grupos humanos del Fayum A, como los de Merimde-Beni-Salameh, consagran una parte importante de su actividad a la agricultura y a la ganadería. Se han encontrado hoces de sílex, con el corte lustrado por el uso, y silos, algunos de los cua-

les contenían todavía granos. Estaban formados por cestas de mimbre revestidas de arcilla y hundidas en el suelo. Este descubrimiento nos ha permitido establecer que los egipcios del Neolítico más antiguo conocían ya el trigo, la cebada, el alforfón y el lino, hecho que denota una experiencia agrícola anterior a los comienzos del Neolítico. Se practicaba habitualmente la cría de ganado; se han encontrado en los yacimientos osamentas de bueyes, cabras, ovejas, cerdos y perros. Se conocía el tejido, como atestiguan los husos de cerámica e incluso los trozos de tela encontrados en el Fayum y en Merimde-Beni-Salameh. Por último, el trabajo del cuero completaba el tejido. La alfarería, todavía tosca, se convierte en elemento de uso corriente.

Aunque granjeros, los habitantes de los poblados no renuncian a la actividad propia de las tribus mesolíticas; la pesca y la caza, como demuestran las puntas de arpones de hueso y las flechas de sílex encontradas en las chozas, completaban con éxito el trabajo agrícola. La caza del hipopótamo podría haber revestido una importancia particular: posiblemente fuera un acto ritual a la par que utilitario.

Los hombres vivían en chozas redondas u ovaladas, a veces parcialmente excavadas en el suelo, y agrupadas en poblados. En Merimde-Beni-Salameh, así como en los poblados del Fayum A, se enterraba a los muertos en los mismos asentamientos, como si el individuo fallecido siguiese participando en las actividades del grupo; los granos dispuestos en las proximidades de la cabeza confirman la existencia de una creencia en una vida de ultratumba.

Sería interesante poder seguir en detalle la evolución de estas tribus del Neolítico antiguo, pero el Nilo sufrió entonces una fase de relleno y su limo recubrió poco a poco las tierras bajas del valle, de forma que los yacimientos neolíticos que debían estar situados sobre las cimas próximas al Nilo, quedaron

cubiertos por espesas capas de aluviones, y son escasos los que se han podido explorar. Estos últimos pertenecen sobre todo al final del período neolítico y demuestran claramente que desde entonces existen en Egipto dos focos de civilización, uno en el sur y otro en el norte.

Las culturas del final del Neolítico se conocen principalmente por los yacimientos del alto Egipto. Deir Tasa es el más característico de ellos y su nombre se ha generalizado para la cultura allí encontrada: el Tasiense. Poco más o menos por la misma época, el norte conocía una cultura diferente según parece, que sólo se conoce por el yacimiento aislado de el-Omarí (el-ʻOmarī). Frecuentemente se ha llamado a esta civilización cultura de Heluán, pues las últimas estaciones excavadas están situadas en este poblado. Preferimos darle el nombre de el-Omarí-Heluán para evitar posibles confusiones con la cultura mesolítica de Heluán.

Las sociedades del Neolítico de Tasa y de el-Omarí-Heluán experimentaron una evolución sensible en relación con las del comienzo del Neolítico. En Deir Tasa ya no se entierra a los muertos en los poblados, sino en necrópolis situadas al borde del desierto, gracias a lo cual conocemos mejor a estas sociedades antiguas. El cuerpo se depositaba entonces en el fondo de un hueco oval, en posición embrionaria; a veces se recubría con una piel de animal o con una estera y se rodeaba de los objetos que habían pertenecido al difunto o de los que podría tener necesidad en el más allá. Todo esto indica que en este momento no sólo existe una creencia en una vida de ultratumba, sino también unos ritos funerarios bien establecidos. En el foco del norte se observa la misma evolución, aunque más lenta. Al principio, como en Merimde-Beni-Salameh, los hombres de el-Omarí-Heluán continúan enterrando a sus muertos en el poblado mismo, incluso en las casas. Pero pronto se inhuman en verdaderos cementerios, retirados de los núcleos habitados. Es-

tán acostados sobre el lado izquierdo, en flexión embrionaria, la cabeza dirigida hacia el sur y el rostro mirando al oeste. Esta orientación también indica la creencia en una vida del más allá y nos prueba la existencia de ritos de inhumación, confirmados además por la presencia de un ajuar funerario.

Técnicamente el foco del norte, de el-Omarí-Heluán, parece más evolucionado, al menos en ciertos aspectos, que el grupo meridional. Los instrumentos de piedra están mejor tallados. Las puntas de lanza de sílex, en forma de hojas de laurel, son verdaderas obras maestras. Los artesanos intentan también la fabricación de vasos de piedra y así inauguran una de las industrias típicas del Egipto faraónico, mientras que en el sur se ignora aún la talla de tales vasos. Los pastores y ganaderos del norte conocían el cerdo, que no aparece en el alto valle. Por último, los poblados están posiblemente mejor agrupados en el-Omarí-Heluán, mientras que en el sur se construían las viviendas en un orden más disperso.

En cerámica, por el contrario, el sur está más avanzado: en el norte se conocen formas más variadas, pero en el sur se posee una técnica de fabricación superior: hay ya vasos negros con incrustaciones blancas y, sobre todo, los admirables vasos rojos con bordes negros que continuarán siendo lo más característico de las culturas predinásticas egipcias. En el norte sólo se conocen vasos uniformemente rojos o negros.

Es evidente que la cultura de el-Omarí-Heluán es la heredera directa del Neolítico antiguo del Fayum y de Merimde, pero todavía no se conoce el antecesor de los focos meridionales. Sin embargo, hay que destacar que estos últimos tienen mucho en común con la cultura neolítica de Shaheinab, en especial la bella cerámica roja alisada (*rippled-ware*), así como las paletas que servían para triturar y majar los afeites. Estos dos elementos característicos se encuentran tanto en Shaheinab como en el Tasiense. Casi podríamos preguntarnos si no existió hacia el

3500 a. C. una gran era de civilización que cubrió todo el alto valle del Nilo, desde el Egipto medio hasta la sexta catarata y posiblemente más allá.

III. EL EGIPTO PREDINÁSTICO

El período predinástico egipcio ha sido llamado frecuentemente Eneolítico o Calcolítico. El empleo de estos términos, tomados de la terminología de la prehistoria europea, tiene el peligro de crear una falsa impresión: tendería a hacernos creer que la introducción del metal fue una revolución importante en Egipto. De hecho no sucedió así, y no existe ninguna ruptura entre el Neolítico y el Eneolítico. Por el contrario, hay que subrayar la continuidad de la evolución de las sociedades humanas entre uno y otro estadio, y por este motivo preferimos abandonar todas estas expresiones para no utilizar más que el término «predinástico».

De la misma manera que el Tasiense era la continuación de la cultura neolítica del alto Nilo, y la cultura de el-Omarí-Heluán la de las culturas del Fayum A y de Merimde-Beni-Salameh, ahora vamos a encontrar en el Egipto predinástico dos grupos de culturas, una en el norte y otra en el sur. Al Tasiense meridional le van a suceder el *Badariense* y el *Amratiense,* mientras que en la tradición de la cultura de el-Omarí-Heluán el norte conocerá sucesivamente la cultura del Fayum B, el *Gerzeense* y el *Meadiense*. Ambos grupos culturales van a evolucionar paralelamente en un primer momento y van a tener contactos entre sí: después, a mediados del predinástico, van a fundirse en una sola civilización material de la que surgirá el Egipto unificado.

Todavía se conoce de manera insuficiente el período predinástico. Existe un cierto desequilibrio en nuestras fuentes de información: hay una información mejor sobre lo que pasa en

esta época en el valle alto que en lo que se refiere a las culturas contemporáneas del bajo Egipto. En el sur del Fayum, la planicie desértica, resguardada de la inundación anual, está siempre próxima a los poblados del valle y, por este motivo, es un lugar especialmente indicado para el establecimiento de los cementerios. Esto explica que el alto Egipto haya conservado muchos más vestigios de las culturas predinásticas que el bajo Egipto en el que los yacimientos de esta época, excepción hecha de los situados en las márgenes y en el extremo del Delta, o bien están recubiertos por importantes capas de limo o bien se encuentran bajo los poblados actuales.

Distinguiremos sucesivamente cuatro períodos dentro del predinástico: el predinástico *primitivo*, el predinástico *antiguo*, el predinástico *medio* y, por último, el predinástico *reciente*.

El predinástico primitivo se conoce en el sur por el llamado Badariense, según el nombre del yacimiento más importante, el-Badari (otros yacimientos de esta época en Hemamiyeh y en Nubia), y en el norte por la cultura del Fayum B (yacimientos de Demeh, Kasr Karun y Khasmet-ed-Dib). El Badariense se encuentra aún tan próximo al Neolítico que ha surgido la pregunta de si realmente sería justo hacer de él una nueva cultura, en lugar de considerarlo como una forma local del Tasiense. Basta decir que no existe ruptura alguna entre las dos culturas y que la aparición del metal no aporta ningún cambio apreciable en la vida diaria.

Los egipcios vivían entonces en chozas ovales y comenzaban a disfrutar de un bienestar relativo: contaban con esterillas trenzadas, cojines de cuero e incluso camas de madera. Físicamente, el Badariense estaba muy próximo a los egipcios actuales que viven en la misma región. El culto a los muertos está en pleno desarrollo: el cadáver se sigue depositando en una fosa oval, pero ya no se usa sólo una piel de animal para protegerlo, sino que a menudo se aísla de las paredes de la tumba mediante

una construcción de madera; a su lado se disponen los objetos usuales y las ofrendas alimenticias. Según parece, comienza en este período el culto a los animales que tanto debía llamar la atención a los viajeros griegos de la época tardía.

Aunque se conocía el metal, los útiles corrientes se seguían fabricando en sílex. El cobre, raro, se batía simplemente, jamás se vaciaba. Por último, el hombre de el-Badari sabía tejer, cultivaba y trataba el lino de la misma manera que su predecesor neolítico, aunque seguía empleando el cuero para numerosos usos. Éste último lo obtenía en abundancia tanto por la caza, todavía muy practicada, como por la ganadería. Continúa fabricando y empleando la cerámica roja con bordes negros, o la roja finamente alisada, que ya utilizaba el hombre del Tasiense.

No faltan los objetos de adorno. Las cuentas están recubiertas frecuentemente de pasta esmaltada, lo que demuestra que una de las técnicas características de Egipto, el esmalte vidriado, se remonta a su más lejano pasado. Algunas cuentas están incluso enteramente hechas de pasta vidriada, opaca, hecho que pone en el activo de la civilización egipcia la invención del vidrio. Por último, las paletas de afeites, ya conocidas en el Neolítico, comienzan ya a estar esculpidas en esquisto, lo que se conserva hasta las primeras dinastías.

El arte no se limita a los pequeños objetos de adorno. El artista badariense sabe también esculpir, en marfil o en arcilla, estatuillas de mujer de un estilo naturalista, y decora con animales los curiosos peines de marfil o los mangos de las cucharas de perfume que se encuentran en las tumbas.

Cuando se habla de «cultura badariense», no se trata de una «civilización» propiamente dicha, sino más bien de una fase del desarrollo de la civilización egipcia. Nada habría más falso que imaginar estas culturas que llamamos Tasiense, Badariense o Amratiense como civilizaciones cerradas en ellas mismas y des-

aparecidas sin dejar descendencia. Por el contrario, forman los eslabones de una cadena continua: cada una es heredera de una tradición establecida por las culturas que la preceden, y la transmite, enriquecida con sus propias adquisiciones, a la sociedad que le sucede.

La cultura badariense se extendió por un gran espacio geográfico. Limitada en el norte al medio Egipto, se la encuentra no sólo en el alto Egipto, sino también en Nubia.

Mientras que el Badariense se difundía y extendía en el valle alto, el bajo Egipto conocía otro aspecto del predinástico primitivo, simple continuación del Neolítico del foco septentrional. En las orillas del lago Fayum se han encontrado los restos de esta etapa de la cultura egipcia; se suele denominar cultura del Fayum B para distinguirla del Fayum neolítico antiguo A, situado en un nivel superior en relación con el lago actual.

Los hombres del Fayum B, como los badarienses, utilizan el sílex mucho más que el metal. Su cerámica conoce formas más variadas que las del Badariense, pero su técnica es inferior. En cambio, los talladores de piedra continúan la tradición aparecida en Merimde-Beni-Salameh y producen unos vasos de piedra muy bellos. Es posible que la cultura del Fayum B fuera también la del Delta, aunque aquí no se haya descubierto ningún yacimiento de esta época.

Al predinástico primitivo del Badariense y del Fayum B, todavía muy próximo al Neolítico, sucede el predinástico antiguo, conocido por un gran número de yacimientos cerca del yacimiento de el-ʻAmrah, próximo a Abidos (Ebodụ), de forma que esta etapa tan importante de la cultura prehistórica de Egipto no se conoce más que por el foco de cultura meridional. Hasta el momento presente no se ha encontrado ningún yacimiento de esta época en el bajo valle. En el estado actual de nuestros yacimientos, el predinástico antiguo está, pues, consti-

tuido esencialmente por la cultura llamada Amratiense, según el yacimiento de el-'Amrah, próximo a Abidos (Eboḍu), en el límite entre el alto y el medio Egipto. En este lugar es donde ha podido ser distinguida con precisión, tanto del Badariense que la precede como del Gerzeense que la va a suceder.

Antiguamente se le daba el nombre de Naqada I (también Negada, Negade, etc.), o también el de primera cultura predinástica, por haber sido Naqada el primer yacimiento en el que se descubrió esta cultura. En este lugar fue donde Flinder Petrie empleó el sistema de datación conocido con el nombre de *sequence dates* (en abreviatura, S.D.), que se basa en la evolución de la forma de los vasos y de algunos elementos de su decoración. Gracias a este sistema, Petrie pudo establecer el cuadro de una cronología relativa, es decir, determinar la anterioridad o la posterioridad de los grupos de tumbas relacionándolas entre sí. Dejó sin atribución las S.D. 1 al 30, para el caso de que se encontrasen culturas predinásticas anteriores a las de Naqada. Después del descubrimiento del Badariense, las grandes divisiones cronológicas relativas al predinástico son las siguientes:

S.D. 21-29, Badariense.

S.D. 30-39, Amratiense (Naqada I de Petrie).

S.D. 40-62, Predinástico medio o Gerzeense (Naqada II).

S.D. 63-76, Predinástico reciente o Gerzeense reciente.

S.D. 77-… Comienzo de la época histórica.

Esta cronología, aunque imperfecta, será extremadamente útil cuando se pueda relacionar en un número suficiente de puntos con la cronología absoluta dada por el C_{14} y cuando las fechas suministradas por este procedimiento se vuelvan más precisas.

El Amratiense sigue sin interrupción la tradición badariense, de la misma manera que ésta había sucedido a la cultura Tasiense. En algunos lugares se ha encontrado el nivel inferior del

Amratiense en contacto directo con el nivel superior del Badariense, hecho que indica que no existió ninguna separación entre estos dos aspectos de la cultura egipcia. Las dos culturas utilizan los mismos vasos, principalmente rojos con el borde negro; todo lo más que se puede observar en el Amratiense es la aparición de nuevas formas. Al lado de la cerámica monocroma o bicolor aparecen cerámicas decoradas. Unas estaban adornadas con dibujos geométricos o naturalistas, pintados en blanco tenue sobre el fondo rojo o castaño rojizo de la cerámica; otras, más escasas, son negras con una decoración incisa rellena de blanco. El espíritu creador de los artistas egipcios durante el Amratiense no se limita sólo a la decoración de los vasos; se manifiesta también en sus formas, que dan lugar a felices hallazgos, como los de ciertos vasos zoomórficos, o el de una copa a la cual dotó el artista, no sin humorismo, de pies humanos. Es notable, en el repertorio de decoración naturalista, la existencia de numerosos temas tomados de la caza, sobre todo de la del hipopótamo.

Durante el Amratiense, los egipcios dependían en buena medida de la pesca y de la caza para su alimentación. El acondicionamiento del valle, mediante el allanamiento de terrenos y la irrigación, no estaba todavía terminado. El Egipto clásico conservará estos temas de caza en su iconografía funeraria, en especial el de la caza del hipopótamo, y les atribuirá un significado religioso; ello no excluye que estos mismos temas hubieran tenido un significado similar ya en el período Amratiense.

El Amratiense, como el Badariense, empleó abundantemente las paletas para triturar la pasta, a base de galena y malaquita, que servía para maquillar los ojos. Sobre estas paletas aparecen los primeros signos de escritura jeroglífica, y ciertos indicios tienden a sugerir que fue precisamente durante el período Amratiense cuando se comenzó a elaborar el sistema jeroglífico. Por ejemplo, la maza de cabeza troncocónica es el arma típica

del egipcio de esta época; esta arma, abandonada después del Amratiense, se perpetuará como signo fonético en el sistema jeroglífico.

Como en la época precedente, el sílex continúa siendo de uso más frecuente que el metal, y el Amratiense ha producido magníficos cuchillos de retoques múltiples. Al lado de las piezas de sílex, materia muy abundante en Egipto, se han recogido en los centros amratienses objetos de obsidiana. Este vidrio natural de origen volcánico no se encuentra espontáneamente en Egipto; su presencia indica la existencia de relaciones con países lejanos, sin duda del mundo mediterráneo (A. Lucas), o quizá también con regiones meridionales próximas al alto Nilo.

El arte continúa desarrollándose; entre las obras más características de la época conviene señalar las estatuillas de hombres barbudos con estuche fálico, lo que las relaciona con los libios.

La cultura del Amratiense se manifiesta en numerosos yacimientos: Naqada, Ballas, Huh, Abidos, Mahasna, Hemamiyeh, etcétera; estaba centrada en la parte media del alto Egipto, y, desde este punto de vista, se extendió menos que el Badariense, que llegó hasta la alta Nubia.

La falta de información sobre los yacimientos del predinástico antiguo del bajo Egipto es tanto más lamentable cuanto que parece que a partir de esta época existieron contactos entre el norte y el sur, como se puede deducir por la aparición, en el mobiliario amratiense, de algunos objetos característicos del norte, como los vasos de piedra.

IV. EL PREDINÁSTICO MEDIO O GERZEENSE

Después de haber durado un siglo, o tal vez menos, el Amratiense fue absorbido progresivamente por una cultura nueva,

nacida en parte de él mismo y en parte del foco de civilización septentrional de Egipto. De este modo comienza, en S.D. 40, lo que llamaremos el predinástico medio, que antiguamente era denominado Naqada II o segunda cultura predinástica y que en la actualidad se tiende a designar por la palabra Gerzeense, nombre de un yacimiento del bajo Egipto, Gerzeh, situado cerca del Fayum, donde se presenta en su estado más puro.

A partir del Gerzeense se pueden observar de nuevo dos núcleos de civilización egipcia, simultáneos, al sur y al norte. Este último, que ya representa un papel importante en la evolución de la cultura predinástica, no tiene su centro en el Delta, que continúa inaccesible a nuestros medios de investigación, sino alrededor del Fayum y de Menfis (El Cairo actual). Está, por tanto, bastante alejado de los yacimientos amratienses que se agrupan en torno a Abidos.

Uno de los rasgos más importantes del Gerzeense es el desarrollo de la religión funeraria. Las tumbas, siguiendo sin duda la evolución de las viviendas humanas, cesan paulatinamente de ser ovales para convertirse en rectangulares, y están compuestas por numerosas cámaras. Los cambios en la posición del cadáver parecen indicar una evolución de las creencias religiosas: desde este momento el cuerpo está dispuesto, muy a menudo, con la cabeza hacia el norte y la cara vuelta hacia oriente, ya no hacia occidente.

Las diferencias entre el Amratiense y el Gerzeense aparecen sobre todo en la cerámica. Mientras que el Amratiense juega esencialmente con dos colores básicos, el rojo y el negro, a los que se añade el blanco mate de la decoración, el Gerzeense emplea para su cerámica una pasta menos resistente, que no está sacada del barro del Nilo, sino de una arcilla margosa que da a sus piezas un característico color gris claro que se matiza hacia el gamuzado. La decoración es naturalista, pero muy diferente de la amratiense; está trazada de un rojo-ocre bastante oscuro.

Es muy estilizada y representa montañas, íbices, flamencos, áloes y, sobre todo, barcos en cuya parte superior figuran ciertos tipos de varas, animales, objetos y plantas que parecen estar relacionados con los símbolos que servirán algo más tarde para designar los *nomos* o provincias egipcias. Al lado de las decoraciones naturalistas se observan a veces dibujos que imitan los vasos de piedras duras. Estos son interesantes tanto por su forma como por su materia. Los artesanos utilizan ya las materias más rebeldes: mármol, basalto, diorita, serpentina, etc. Finalmente, así como el arma característica del Amratiense era la maza troncocónica, la del Gerzeense es la maza en forma de pera, que también figurará en el sistema jeroglífico.

Junto a las divergencias que distinguen al Gerzeense del Amratiense es necesario señalar también las similitudes que los unen: las dos culturas utilizan objetos similares, principalmente las paletas de afeites y un utillaje de sílex y de hueso que es el mismo en ambos grupos.

El adorno personal se enriqueció tanto con la aparición de nuevas formas como con el empleo de materias más preciosas: calcedonia, cornalina, turquesa, ágata, lapislázuli, cobre y marfil. El oro es más frecuente, y la metalurgia en general progresa, como indica el número creciente de objetos de cobre puro encontrados en las tumbas: arpones, dagas y, sobre todo, los cinceles que hicieron posible la talla de los vasos. Este progreso técnico explica el desarrollo de la estatuaria en piedra que, a su vez, nos remite a los principios de la religión; en efecto, es difícil no ver en un halcón de piedra el antepasado del dios Horus, el más antiguo de los dioses egipcios, ni en una cabeza de vaca la primera figuración conocida de la diosa Hathor.

Por supuesto, la cultura gerzeense estuvo en contacto con las civilizaciones vecinas. En este sentido hay que señalar la aparición de algunas jarras que se encuentran tanto en Palestina como en Gerzeh; igualmente, el lapislázuli ha debido venir del Si-

naí. Para la obsidiana, como ya hemos visto, no se excluye una procedencia meridional.

V. EL PREDINÁSTICO RECIENTE O GERZEENSE RECIENTE, A VECES LLAMADO SEMAINIENSE

A partir del momento en el que el Gerzeense se difunde por el norte, su influencia se extiende simultáneamente hacia el sur, y contemplamos cómo la cultura amratiense desaparece paulatinamente en el sur para dar lugar a una cultura mixta que combina rasgos amratienses con rasgos puramente gerzeenses. De esta forma los egipcios del valle alto abandonan su cerámica bicolor para adoptar la de sus vecinos septentrionales. Esta desaparición es progresiva, lo que indica que no hubo una sustitución brusca de la cultura. Mejor sería hablar de penetración y de mezcla, que no se manifiestan sólo en la cerámica, sino que se extienden a otros objetos característicos. Así la maza de cabeza piriforme, típica del centro septentrional, va reemplazando en el alto Egipto a la maza de cabeza troncocónica.

Llegamos por fin al momento en que las fuentes escritas permiten completar, hasta cierto punto, a las fuentes arqueológicas. Aunque compuestas en una época muy posterior a los sucesos de los que hacen mención, dan una idea de la organización política existente a principios del Gerzeense, pero no hay que olvidar que esta reconstrucción es hipotética.

Ateniéndonos a los textos parecería que, justo al iniciarse el predinástico reciente y quizá ya a fines del predinástico medio, la ciudad más poderosa del sur hubiese sido Ombos (en egipcio, Nubet), cerca de Naqada, es decir, en pleno corazón de la cultura amratiense, Su dios fue Seth. Los mismos textos dejan suponer que una lucha enfrentó entonces al dios Seth con Horus, dios-halcón adorado en el norte, en Behedet, ciudad que debía estar situada en el Delta y, por tanto, en el centro de la civiliza-

ción gerzeense. Al final del Amratiense, Egipto estaba, pues, dividido en dos zonas, hecho confirmado por la arqueología, dominadas respectivamente por Ombos y su dios Seth en el sur, y por Behedet y su dios Horus, en el norte.

Fundándose en diversos indicios, se ha propuesto la hipótesis de que la lucha entre Seth y Horus, y por tanto entre Ombos y Behedet, habría concluido con la victoria del norte, y que entonces se habría creado un primer reino unificado que tendría su capital en Heliópolis, cerca del actual El Cairo. Esta unificación se traduciría arqueológicamente por la extensión del material gerzeense, sobre todo de cerámica, en el ámbito del Amratiense, pero políticamente sólo habría tenido una duración muy corta. El sur habría recuperado su libertad y, una vez asimilada la cultura de su enemigo septentrional, se volvería contra él. Esta lucha va a ocupar gran parte del período predinástico.

En este momento se producirá un cambio en la dirección política de los dos reinos o confederaciones rivales. La capital del norte no será ya Behedet, sino Buto, en el Delta occidental, y la del sur pasará de Ombos a el-Qab. Este nuevo reparto de fuerzas marca el comienzo de la realeza faraónica tradicional; incluso en la época clásica los faraones conservarán entre sus títulos el nombre de las dos divinidades que entonces dominaban Egipto, la diosa serpiente Uadjet de Buto y la diosa buitre Nekhbet de el-Qab, de las que se consideraban herederos legítimos.

Un monumento, fragmentario por desgracia, conocido con el nombre de Piedra de Palermo (ya que la mayor parte de este documento se conserva en esta ciudad), nos da algunos datos sobre este período. Se trata de los anales de los reyes de Egipto, grabados sobre una tableta de diorita negra. Fueron redactados en la V Dinastía, unos siete siglos después de iniciarse la monarquía centralizada. Presentan, antes de los nombres de los fa-

raones del Egipto unificado, dos series de personajes: unos van tocados con una corona roja y otros con una corona blanca. En la época clásica estas coronas simbolizaban respectivamente el bajo y el alto Egipto. Así, pues, los compiladores de los anales de Palermo conocían, hacia el año 2500 a. C., los nombres de los soberanos que habían reinado sobre el Egipto dividido del predinástico reciente. El azar ha querido que la parte del monumento que llevaba estos nombres haya sido la más dañada: sólo se han conservado siete nombres de los soberanos del bajo Egipto en una lista que, intacta, debía consignar por lo menos 15, y de los nombres contemporáneos del alto Egipto sólo se han conservado cinco. ¿Sobre qué documentos se apoyaron los analistas de la V Dinastía para establecer esta lista de los reyes predinásticos? No lo sabemos. ¿Recogieron una tradición oral o utilizaron listas o anales todavía más antiguos? En este último caso, la escritura podría existir desde el comienzo del predinástico reciente, lo que no es imposible *a priori*.

En el predinástico reciente, aunque Egipto estuviera políticamente dividido, existe una unidad evidente en la cultura, tanto desde el punto de vista material como espiritual. El dios Horus se adoraba en una y otra parte de la frontera, y tanto los reyes del norte como los del sur se consideraban como sus «servidores» o sus «seguidores» (*Shemsu Hor*).

Aunque la vida material no cambió apenas entre el predinástico medio y el predinástico reciente, el arte y la técnica continuaron progresando. La figura humana que había aparecido tímidamente en el arte se convirtió en un tema frecuente. La pintura mural hace su aparición en Hieracómpolis, las paletas de afeites de esquisto empiezan entonces a decorarse. La técnica del grabado en relieve, que también aparece ahora, parece haber tenido su origen en el trabajo del marfil, cuyos primeros ensayos se encuentran en el período badariense. La cultura material del predinástico reciente se conoce bastante bien, pero,

por el contrario, no se sabe ni la duración ni los acontecimientos de la lucha que enfrentó en aquel tiempo al norte y al sur. Sólo se conoce el resultado de dicha contienda: la victoria del sur, gracias a una serie de documentos que se remontan al fin del predinástico reciente.

VI. EL FINAL DEL PREDINÁSTICO RECIENTE Y LA UNIFICACIÓN DE EGIPTO (ÉPOCA PRETINITA)

Todavía no se ha establecido la cronología del predinástico reciente. Se ha estimado en un período de cincuenta a doscientos años el lapso de tiempo que se desarrolló entre el fin de esta época y el principio de la época histórica. El único foco de civilización contemporáneo a este período en el norte se ha encontrado en Meadí (Maʿādī), hacia el sur de El Cairo. El Meadiense, de forma inesperada, difiere sensiblemente del predinástico reciente que impera al mismo tiempo en el sur. En particular, la cerámica ya no lleva la decoración característica del Gerzeense. Es, de hecho, una civilización en regresión sobre el resto del predinástico.

Si es difícil determinar la fecha en la que los elementos amratienses y gerzeenses terminaron de mezclarse para dar lugar al nacimiento del predinástico reciente (¿hacia el 3400?), no es más fácil saber con precisión cuándo se acabó la lucha entre el norte y el sur. La victoria del sur sólo se conoce por algunos monumentos, todos ellos encontrados en esta zona. Se trata de escenas representadas sobre grandes paletas de esquisto o sobre mazas piriformes imposibles de fechar con precisión. Se deben remontar a los últimos años del predinástico reciente que precedieron al establecimiento de la dinastía tinita. A ello se debe el que a la última parte del predinástico se dé a veces el nombre de época pretinita.

Se encontraron varias mazas y paletas en el templo primitivo de Hieracómpolis; esto indica que un poco antes de la unificación la capital del sur fue trasladada de el-Qab, donde se encontraba a principios del predinástico reciente, a Hieracómpolis, muy cerca de el-Qab, sobre la orilla opuesta del Nilo. Hieracómpolis, en egipcio Nekhen, se conoce por los textos clásicos como el lugar de origen de los «espíritus de Nekhen», que no son otros que los reyes del alto Egipto divinizados; los del norte se llamaban «espíritus de Pe» (Pe = Buto), lo que indica que la capital del norte seguía siendo Buto. Los griegos dieron a Nekhen el nombre de Hieracómpolis porque el dios local de Nekhen era un halcón; los primeros excavadores del yacimiento conservaron el nombre helénico.

Uno de los objetos más importantes hallados en el templo de Nekhen es una maza piriforme que representa a un rey tocado con la corona del alto Egipto, ocupado en un rito fundacional; por encima de esta escena están esculpidas unas especies de horcas o lazos dominados por símbolos que, como sabemos, indican los nomos o provincias. De estas horcas penden tanto aves como arcos. Como sabemos por los monumentos posteriores, las aves simbolizan una clase de la población egipcia y los arcos los países extranjeros que rodeaban a Egipto. Así se llegó a deducir que los nomos del sur, representados por los símbolos situados sobre las horcas, habían vencido a una coalición de egipcios y extranjeros (figurados por las aves y los arcos suspendidos de las horcas). Estaban dirigidos por un rey del sur cuyo nombre se escribía mediante el símbolo de un escorpión.

La victoria del rey Escorpión sobre los otros egipcios, que no podían ser otros que los egipcios del norte, está confirmada por un segundo objeto de los hallados en Hieracómpolis: una magnífica paleta de esquisto donde un rey llamado Narmer, tocado por un lado con la corona del alto Egipto y por otro con la del

bajo Egipto, está representado en actitud de herir a los enemigos del norte y de inspeccionar sus cadáveres decapitados.

A partir de estos dos objetos, «la maza del rey Escorpión» y «la paleta del rey Narmer», parece fácil reconstruir el esquema de los sucesos: el penúltimo rey del sur de la época predinástica, el rey Escorpión, habría comenzado la conquista del reino de Buto, pero no llegó a terminarla. Su sucesor, el rey Narmer, concluyó esta obra y se ciñó la doble corona del norte y del sur, señalando el fin de la prehistoria egipcia.

Un descubrimiento bastante reciente pone en duda esta reconstrucción. A. J. Arkell, estudiando en Londres los objetos procedentes de Hieracómpolis, ha encontrado y publicado (*Antiquity*, 37, 1963, págs. 31-35) un fragmento de una maza votiva representando al rey Escorpión tocado con la corona del bajo Egipto. Por tanto, las pretensiones y la misma conquista del sur sobre el norte no se pueden atribuir solamente a Narmer. Es muy posible, casi seguro, que la victoria del sur sobre el norte no se consiguiera en una sola vez; hay que recordar con este motivo que la Piedra de Palermo intercala entre las representaciones de los reyes predinásticos del sur y del norte algunas figuras de soberanos que ya llevan la doble corona del alto y bajo Egipto. ¿Están Narmer y el rey Escorpión entre estos reyes que han reinado temporalmente sobre todo Egipto? Una conclusión se impone: no se puede fijar una fecha única para el fin del período predinástico; el suceso debió abarcar varias generaciones.

VII. CONCLUSIONES ACERCA DE LOS ORÍGENES DE EGIPTO

A partir de fines del Paleolítico superior, vemos que las industrias líticas en Egipto se diferencian de las contemporáneas europeas. Con el Mesolítico y la industria de Heluán parece que ya hay dos focos culturales en el valle del Nilo, uno al sur y

otro al norte. Esta circunstancia parece confirmarse en el Neolítico y es un hecho indiscutible en el período predinástico primitivo. En lo sucesivo, los dos focos van a evolucionar paralelamente hasta que, en el predinástico medio, se establece en Egipto una civilización única pero dividida en dos reinos. Al final del predinástico reciente, el sur abarca y unifica bajo su cetro a Egipto. Apenas en un milenio y medio, si se cuenta a partir del comienzo del Neolítico, Egipto pasa así de una sociedad primitiva de cazadores y recolectores de granos silvestres a constituir un estado monárquico centralizado.

La rapidez de esta evolución, sobre todo a partir del predinástico medio, ha incitado a varios historiadores a «explicar» la civilización egipcia por la llegada de pueblos extranjeros al valle del Nilo. Estos pueblos, en diferentes momentos, habrían llevado a Egipto unas técnicas y culturas superiores. Yo no creo en estas explicaciones, pero debo subrayar que es una actitud personal y que con la insuficiencia de fuentes de que disponemos para el estudio de estas lejanas épocas las teorías que han recurrido a las invasiones para explicar la expansión de la civilización egipcia no pueden despreciarse.

Según algunos autores, la cultura neolítica habría venido de Asia. Efectivamente, la industria mesolítica de Heluán revela la existencia de relaciones entre Egipto y Palestina (el natufiense palestino ha sido relacionado con la industria de Heluán). Ciertos granos encontrados en yacimientos mesolíticos egipcios procederían de Asia, lo mismo que los animales domésticos, sobre todo el carnero. A esta teoría de una invasión asiática se ha opuesto la de un origen africano del Neolítico egipcio (A. J. Arkell) y, en efecto, el Neolítico de Shaheinab puede ser comparado al de Fayum. Es preciso reconocer que el Neolítico egipcio plantea aún numerosos problemas imposibles de resolver en el estado actual de nuestros conocimientos. Por mi parte, me pregunto si Egipto no debe sencillamente a su posición geográfica,

encrucijada de Asia y África, una cultura neolítica mixta en la que los elementos asiáticos vendrían a fundirse en un complejo africano. Esto explicaría la aparición de cereales y animales de origen oriental al lado de objetos influidos por técnicas procedentes de África.

La aparición del metal al principio del período predinástico plantea nuevos problemas; por supuesto, la metalurgia no ha nacido en Egipto, donde el metal desempeña un papel secundario, al menos hasta el predinástico medio y reciente en que la mayor difusión de vasos de piedra y la aparición de esculturas lo hacen indispensable. ¿De dónde venía? Durante mucho tiempo se ha considerado el Sinaí como el único lugar de origen del cobre predinástico. Recientes hallazgos en la Nubia sudanesa muestran que el sur no debe ser descartado *a priori*. Los análisis de madera encontrada en los yacimientos han demostrado que el Líbano proporcionó tableros ya desde el predinástico antiguo. La obsidiana, por último, aparece desde el Amratiense, siendo así que no hay yacimientos en Egipto. Se ha creído poder localizar el origen de la obsidiana egipcia en las islas griegas, especialmente la de Melos (Milo), o en Armenia (A. Lucas), lo que supondría una importación europea o asiática; pero se olvida que se la encuentra también en Abisinia y, aún más cerca de Egipto, en el Dar Fur sudanés y en «las colinas del mar Rojo» del desierto arábigo, de modo que se puede y debe tener en cuenta la posibilidad de un origen meridional.

Sobre todo a partir del predinástico medio y reciente (Gerzeense y Gerzeense reciente) se ha creído ver el resultado de una invasión extranjera en el paso de una cultura «apenas más avanzada que en el Neolítico» a una sociedad civilizada y organizada en dos monarquías rivales. Esta invasión vendría de Asia, más exactamente de Mesopotamia, a través de Palestina y el Delta, o por el mar Rojo, el Uadi Hammamat y Coptos. Los invasores mesopotámicos habrían llevado a Egipto la escritura,

junto con adelantos artísticos y arquitectónicos. Esta teoría se basa en cuatro observaciones: *a)* en las necrópolis egipcias del comienzo del Gerzeense se comprueba, entre los esqueletos dolicocéfalos, la aparición de ejemplares braquicéfalos. Estos últimos serían los representantes de la nueva raza «dinástica» conquistadora (Derry); *b)* un marfil predinástico (mango de cuchillo del Jebel el-Arak) reproduce escenas y objetos (barcos) típicamente «mesopotámicos»; *c)* las construcciones de adobes del fin del predinástico reciente estaban inspiradas en los monumentos sumerios contemporáneos; *d)* en fin, la aparición de la escritura egipcia en la misma época sólo podría explicarse por una imitación de la escritura que existía entonces en Mesopotamia.

No se trata de hacer aquí una crítica a estas observaciones que, además, son de valor muy desigual. La objeción esencial es que la teoría no tiene bastante en cuenta la continuidad de la evolución de las culturas predinásticas egipcias. En el sur se pasa del Tasiense al Badariense, después al Amratiense, de aquí al Gerzeense-Amratiense y, en fin, al Gerzeense reciente, sin que en ningún punto de la curva haya una ruptura innegable. Lo que se ha llamado «revolución» gerzeense, es decir, la aparición de la cerámica agamuzada con decoración roja, no interrumpe la evolución interna del Amratiense, y, sobre todo, si nos parece una revolución es sin duda porque no conocemos el yacimiento del Delta contemporáneo del Amratiense meridional. ¿No se puede admitir que las decoraciones características del Gerzeense hayan comenzado en el norte al mismo tiempo que la cerámica decorada aparecía en el sur? ¿Es indispensable ver en esto el resultado de una invasión extranjera, que aún explica menos cómo el Meadiense, la cultura mejor situada geográficamente para guardar los restos de aquélla, no muestra ninguno? En realidad, todo ocurre como si la expansión de la civilización egipcia resultase de la confrontación entre el Gerzeense sep-

tentrional y el Amratiense meridional, cada uno de los cuales proporcionaría tantos rasgos como el otro a la cultura común.

Que no haya habido una invasión brutal en el país no significa que Egipto haya vivido en un recipiente cerrado. Existen numerosas pruebas de lo contrario, como la importación de madera, metal, obsidiana, los objetos fabricados en cerámica palestina y los «cilindros» mesopotámicos de la época llamada de Jemdet Naṣr. Con ocasión de estos intercambios con los pueblos vecinos, se han podido y debido extender por el valle del Nilo ideas y técnicas con mayor facilidad, puesto que el clima durante gran parte de esta época no era el de hoy. Los desiertos orientales y occidentales estaban entonces habitados, lo que facilitaba allí los intercambios culturales. Encontramos, pues, aquí lo que dijimos del Neolítico egipcio: por su situación geográfica, lindando a la vez con Asia y África, Egipto estaba bien situado para aprovechar las innovaciones de unos y otros. Su fuerte organización política, resultado a la vez de las condiciones impuestas por la revalorización de las tierras del valle, le dispone para perfeccionar los hallazgos de los otros, y para realizar por sí mismo numerosos descubrimientos. Finalmente, también habría que tener en cuenta los fenómenos de convergencia. Del hecho de que los sumerios hayan conocido la escritura un poco antes que los egipcios (lo que no se puede afirmar, porque la cronología es muy incierta) no se debe deducir que los habitantes del valle del Nilo hayan tomado necesariamente el principio de la escritura de Mesopotamia. Todo parece indicar, por el contrario, que la escritura se descubrió separadamente, tanto por los egipcios como por los sumerios.

Al final del predinástico reciente, como atestiguan la maza del rey Escorpión y la paleta del rey Narmer, Egipto está ya en posesión de un sistema de escritura y de una organización política sólida. La unificación permanente del sur y del norte marca el final de los tiempos prehistóricos y el principio de la his-

toria egipcia propiamente dicha que es la que seguidamente vamos a considerar.

7. El Egipto arcaico (I y II dinastías tinitas)

Con el reinado de Narmer finaliza el largo período de formación del Egipto faraónico. En adelante éste posee su lengua, fijada en un sistema de escritura que ya no cambiará y una organización monárquica centralizada. Durante dos siglos aproximadamente Egipto va a ser gobernado por dos dinastías, ambas originarias del sur, de la ciudad de Tinis, próxima a Abidos, de donde procede el adjetivo tinita. Las dinastías tinitas tienen su capital administrativa en Menfis, situada en el extremo meridional del Delta, desde donde pueden gobernar los reinos del sur y del norte, puesto que Egipto sólo tiene aún unidad en la persona del rey, y esta unidad parece bastante precaria.

I. FUENTES Y CRONOLOGÍA

A partir de la época tinita, las fuentes de la historia egipcia son más abundantes que en la época predinástica. La arqueología continúa suministrando numerosos e importantes datos, pero ya la completan las fuentes literarias. En efecto, algunos templos guardan anales reales en los que los acontecimientos se anotaban año por año. Sólo uno de estos documentos ha llegado hasta nosotros, el que se conoce bajo el nombre de «Piedra de Palermo», pero es suficiente para probar la existencia de tales anales. Estos han permitido a los escribas de diversas épocas compilar las listas reales: enumeración de los soberanos muer-

tos a los que se les continúa asegurando un culto funerario durante ciertas épocas del año en determinados santuarios en cuyas paredes estaban grabadas o pintadas las listas. Las actualmente conocidas son: la lista de Kárnak, que enumera 62 faraones de la I Dinastía hasta Thutmosis III, y fue compilada hacia el año 1500 a. C.; la lista de Abidos, que comprende 76 nombres reales de la Dinastía I a la XIX y data del año 1300 a. C., y, finalmente, la lista de Saqqarah, con 47 nombres de soberanos, desde el sexto rey de la I Dinastía hasta Ramsés II, que fue compuesta hacia el año 1250 a. C.

A los llamados anales de Palermo y a las diferentes listas que acabamos de enumerar conviene añadir el Papiro real de Turín, que nos ha conservado una lista real de tipo diferente al de las listas monumentales. Comienza, en primer lugar, por la enumeración de las dinastías divinas a las que se atribuye el haber gobernado Egipto antes que las dinastías humanas; además, da para cada rey la duración del reinado en años, meses y días. Compuesto entre 1300 y 1200, este papiro proporciona los nombres de todos los reyes egipcios desde la I a la XIX Dinastías; constituye, pues, una fuente histórica incomparable. Fue encontrado intacto en una sepultura a comienzos del siglo XIX, pero fue tan mal tratado por sus primeros poseedores que, desgraciadamente, se rompió en numerosos fragmentos que aún no se ha logrado colocar en su sitio, por lo que subsisten importantes lagunas.

A los anales y listas reales compuestos por los egipcios en la época faraónica se añade la obra de Manetón, sacerdote egipcio de Heliópolis que vivió en el siglo III antes de nuestra era. A petición de Tolomeo II, escribió una historia de Egipto sirviéndose de antiguos documentos, sin duda del tipo de la Piedra de Palermo y del Papiro de Turín. Por desgracia su obra, las *Aegyptiaca*, destruida durante el incendio de la Biblioteca de Alejandría, sólo nos es conocida por los extractos que los cronógrafos

cristianos habían consignado de ella. Estos, por lo menos, nos han conservado la lista manetoniana de los reyes egipcios, con la duración de sus reinados respectivos. Están distribuidos en XXXI Dinastías. Éste es el esquema de la historia de Egipto que todavía utilizamos.

Así, gracias a las fuentes escritas posteriores a la época arcaica, poseemos los nombres de los reyes de las I y II Dinastías en orden cronológico.

Las fuentes arqueológicas, por su parte, han suministrado documentos epigráficos para cada uno de los reinados. El único problema estriba en encontrar la equivalencia entre los nombres conservados por las listas posteriores y los inscritos en los monumentos originales. En efecto, desde la época tinita, cada faraón egipcio poseía varios nombres cuyo conjunto constituye la *titulación* real oficial. Además, por razones que desconocemos, las listas del Imperio Nuevo no han retenido para designar a un mismo faraón el nombre utilizado por éste en sus propios monumentos. Los historiadores modernos se han visto obligados por ello a proceder a un delicado trabajo de identificación cuyo resultado no es siempre seguro.

La cronología absoluta, por su parte, todavía plantea problemas. Manetón proporciona una cronología relativa por la suma de la duración de los reinados que enumera. Se encuentra de este modo, siguiendo las diferentes fuentes que nos han transmitido su obra, una duración total de doscientos cincuenta y tres-doscientos cincuenta y dos años para la I Dinastía y de trescientos dos-doscientos noventa y siete años para la II, es decir, unos quinientos cincuenta y cinco o quinientos cuarenta y nueve años para toda la época tinita. Además, a pesar de sus lagunas, la Piedra de Palermo permite calcular esta misma duración en cuatrocientos cincuenta años aproximadamente. Incluso si se prefiere esta última cifra a la de Manetón, una duración de cuatro siglos y medio para la época tinita ha parecido a

los historiadores aún demasiado larga para incluirla en el cuadro de la cronología general de Egipto y, generalmente, se ha reducido a dos siglos. Además, los primeros estudios críticos de la cronología absoluta habían fijado los comienzos de la monarquía tinita en el año 3200 a. C. (Ed. Meyer). Por diversas razones, la tendencia actual es la de reducir esta fecha en dos siglos por lo menos. Así, el primer faraón habría comenzado a reinar hacia el año 3000 a. C., o incluso, según algunos autores, hacia el 2850 solamente (Scharff y Moortgat, 1950). Si se aceptan las fechas intermedias, la época tinita se situaría entre el año 3000 y el 2800. Se ha advertido, por otra parte, que este lapso de tiempo era demasiado breve para explicar los hechos observados y especialmente el estado de completa ruina de las tumbas reales de la I Dinastía, antes incluso del final de la época tinita (W. B. Emery). Como se ve, la cronología de este período aún no está fijada con garantías.

II. MENES Y EL PROBLEMA DEL PRIMER FARAÓN

Manetón, el Papiro de Turín y la lista real de Abidos coinciden al afirmar que el primer faraón egipcio se llamaba Menes (Manes). Sin embargo, ninguno de los documentos encontrados hasta ahora muestra este nombre de manera indiscutible. Basándose en la escena representada sobre la paleta votiva del rey Narmer se admitía generalmente que éste había sido el primer rey de Egipto que llevó la doble corona del alto y bajo Egipto y que, por tanto, inauguraba la monarquía. Dicho de otra forma, se tenían dos nombres diferentes para una misma persona: uno de ellos, Narmer, dado por un documento contemporáneo a los hechos; el otro, Menes, proporcionado por fuentes posteriores al año 1700, por lo menos. Esta contradicción ha sido explicada de diversas formas: según unos, Narmer era uno de los nombres de Menes, con lo que ambos nombres

designarían al mismo personaje (véase Gredseloff, 1944, y Gardiner, 1961); según otros, Narmer sería el predecesor de Menes, al que habría que identificar con el rey Aḥa (cf. W. B. Emery, 1963); una última teoría sugiere que Narmer sería Menes, pero habría tomado el nombre de Aḥa después de su victoria sobre el norte (J. Vandier, 1962).

El hecho de que también el rey Escorpión haya llevado la doble corona del alto y bajo Egipto vuelve a plantear el problema. Si admitimos que el rey-Escorpión es Menes (A. J. Arkell), la dificultad estriba en ampliar hasta nueve los nombres de los soberanos de la I Dinastía conocidos por los monumentos, allí donde Manetón sólo cita ocho. El problema se puede abordar también bajo otro ángulo. Según una tradición referida por Heródoto (II, 99) y Manetón, el primer faraón de la monarquía tinita sería también el fundador de Menfis. De acuerdo con esto, se ha tratado de ver la escena de la fundación de la ciudad en la maza del rey-Escorpión, lo que confirmaría la identificación de Menes con este rey (A. J. Arkell); pero, por otra parte, se ha hecho observar que el más antiguo de los grandes monumentos que se conocen en Saqqarah, la necrópolis de Menfis, se remonta al rey Aḥa, lo que daría un argumento a favor de su identificación con Menes (W. B. Emery).

Como se ve, esta cuestión, muy compleja, no puede resolverse con absoluta certidumbre. Aunque la identificación de Narmer con Menes parece la mejor solución, las otras identificaciones no pueden rechazarse a la ligera.

Manetón califica a las dos primeras dinastías de «tinitas». Esto se puede, interpretar de dos maneras: o bien todas las familias reinantes eran oriundas de la región de Abidos, o bien su capital administrativa estaba situada en Tinis. Ahora bien: por una parte, en una vasta necrópolis arcaica de Abidos se han encontrado tumbas indiscutiblemente reales, y, por otra, W. B. Emery ha descubierto en Saqqarah una serie de grandes tum-

bas de la misma época, comenzando con la del Horus Aḥa. La costumbre egipcia ha sido siempre que los reyes se hicieran enterrar cerca de su residencia. De ahí el dilema: si la necrópolis real estaba en Abidos, la capital se encontraba en sus proximidades, pero ¿qué significan entonces las grandes tumbas de Saqqarah? ¿Tumbas de altos funcionarios? En este caso sus dimensiones harían creer que en la época tinita los funcionarios eran más poderosos que el rey; si la necrópolis estaba en Saqqarah, la capital debía estar en Menfis, lo que parece confirmado por la importancia de las necrópolis privadas arcaicas encontradas recientemente en Saqqarah y en Heluán, pero entonces, ¿por qué hay tumbas reales en Abidos? Se ha supuesto que el rey, al reinar a la vez sobre el alto y el bajo Egipto, debía tener dos tumbas, una como faraón del sur y otra como soberano del norte; una de las dos sepulturas sería, pues, un cenotafio. Como las tumbas fueron saqueadas tanto en Saqqarah como en Abidos, es difícil resolver el dilema. En Abidos se ha encontrado un brazo de momia y se ha descubierto gran número de estelas reales, lo que quizá apoye la hipótesis que la considera necrópolis real. Pero, como sucedía con la identificación de Menes, no existe solución definitiva y la discusión permanece abierta.

III. LA I DINASTÍA

Para reconstruir la historia de la I Dinastía, disponemos tanto de las indicaciones de Manetón como de los objetos encontrados en las necrópolis de Abidos y de Saqqarah, sobre todo las pequeñas tablillas de marfil o de ébano, que son importantes porque representan pictográficamente el acontecimiento más sobresaliente acaecido en el año de su redacción. Gracias a estos dos tipos de fuentes puede establecerse el orden de suce-

sión de los reyes y hacerse una idea de lo acaecido durante sus reinados.

Para exponer esta historia utilizaremos los nombres dados a los reyes en sus monumentos, con preferencia a los utilizados por Manetón y las listas reales. Estos son:

Narmer (¿Menes?)
Aḥa
Djer (o Khent)
Meryt-Neit (reina)
Uadjy (o Djet)
Udimu (o Den)
Âdjib-Miebis
Semerkhet
Qa

Narmer, si fuera realmente Menes, habría fundado Menfis, pero, con excepción de algunos objetos encontrados en Abidos, los monumentos que nos lo han hecho conocer provienen todos de Hieracómpolis. Según Manetón, Menes reinó sesenta y dos años y fue raptado por un hipopótamo. *Aḥa*, por el contrario, se conoce por numerosos monumentos que hacen alusión a victorias sobre los nubios, sobre los libios y quizá sobre los egipcios del norte, lo que parece indicar que la unificación era todavía precaria. Las mismas fuentes mencionan numerosas fiestas religiosas, y la fundación de un templo en Sais para la diosa Neit. Según Manetón, el hijo de Menes reinó cuarenta y siete años y construyó el palacio real de Menfis; esto podría confirmarse por la importancia de los monumentos contemporáneos a su reinado encontrados en Saqqarah. Se dice que Aḥa fue médico y escribió obras de medicina.

Djer (o *Khent*): una tumba de Abidos ha proporcionado numerosos objetos, especialmente un brazalete compuesto por

cuentas multicolores de turquesa, amatista y lapislázuli y amuletos con su nombre. Una tablilla de Abidos con su nombre quizá haga alusión a la aparición helíaca de Sirio. Si esta interpretación es correcta, el calendario solar se habría adoptado bajo Djer y su reinado debería incluir los años 2785-2782 a. C., en cronología absoluta. Según la tradición manetoniana, habría reinado treinta y un años. Se ha supuesto que a Djer le sucedió una reina, *Meryt-Neit* (W. B. Emery, 1963), pero Manetón no la menciona y pasa directamente de Djer a *Uadjy* (o *Djet*), conocido también por el nombre de rey Serpiente. Como Djer, éste hizo expediciones fuera de Egipto, y se han encontrado huellas de su paso por el desierto arábigo, en el camino que conduce al mar Rojo. Los compiladores de Manetón le atribuyen unos veintitrés y otros cuarenta y dos años de reinado; añaden que una gran carestía hizo estragos en Egipto bajo su reinado y que construyó «las pirámides próximas a Kokome», localidad que se ha identificado con Saqqarah.

A Uadjy sucedió *Udimu* o *Den* (la lectura Udimu no es segura), conocido por numerosos objetos encontrados en su tumba de Abidos. Uno de los más importantes de éstos es una tablilla que representa al rey cumpliendo los ritos de la fiesta Sed, destinada esencialmente a repetir la coronación y, por ello, a renovar el poder del rey, que era en parte de esencia mágica. Como sus predecesores, Udimu realizó actividades bélicas: otra tablilla lo muestra luchando contra los enemigos orientales. La Piedra de Palermo menciona bajo su reinado un empadronamiento general del país y numerosas fiestas religiosas. Reinó veinte años, después de los cuales le sucedió *Âdjib-Miebis*, a quien Manetón atribuye veintiséis años de reinado. Su nombre se encuentra a menudo borrado en los monumentos, lo que indica que existieron entonces agitaciones políticas. La Piedra de Palermo menciona una expedición militar contra los nómadas y la fundación de ciudades. La supresión del nombre de Âdjib-

Miebis en algunos monumentos fue sin duda obra de su sucesor, *Semerkhet,* quien, según se supone, fue un usurpador, lo que confirmaría quizá la mención enigmática que de él hace Manetón: «Bajo su reinado se produjeron numerosos prodigios y una gran calamidad cayó sobre Egipto». Reinó solamente dieciocho años y fue sucedido por *Qa,* último rey de la dinastía, que hizo sufrir a los monumentos de Semerkhet la misma suerte que éste había hecho sufrir a los de Âdjib. No poseemos ningún dato sobre su reinado, excepto que también celebró una fiesta Sed.

Con el reinado de Qa finaliza la I Dinastía que, según Manetón, permaneció durante dos siglos y medio en el poder. No se conocen las razones de su desaparición.

IV. LA II DINASTÍA

Aunque no se pueda decir con exactitud dónde se encontraba la capital administrativa de Egipto bajo la I Dinastía, no hay duda alguna de que a partir de la II se estableció en Menfis. En efecto, desde el advenimiento de esta dinastía no hay más tumbas reales en Abidos; este hecho por sí solo justifica el cambio de dinastía atestiguado por Manetón. La II Dinastía, según Manetón, comprende nueve faraones, pero los monumentos no han revelado hasta el presente más que siete, quizá ocho, que son:

Hotepsekhemuy
Nebre‘ (o Raneb)
Nineter (o Neterimu)
Uneg
Senedj
Sekhemib-Peribsen
Khâsekhem
Khâsekhemuy

Hotepsekhemuy es el primer rey de la dinastía. Su nombre, que significa «el doble poder está pacificado», parece hacer alusión a luchas entre el sur y el norte que se habrían visto apaciguadas con el advenimiento del soberano. Desgraciadamente, a partir de su reinado dejan de usarse las tablillas epónimas de la I Dinastía y se reemplazan por impresiones de cilindros que nos proporcionan nombres de funcionarios y nos informan sobre el desarrollo de la administración, pero que no suministran indicaciones sobre los acontecimientos políticos o religiosos. Además, los datos consignados en la Piedra de Palermo son muy incompletos al referirse a esta época; así, pues, sólo disponemos de escasas fuentes para trazar la historia, fuera del orden de sucesión de los cinco primeros reyes. Manetón informa que bajo el reinado de Hotepsekhemuy «se abrió una grieta en el suelo de Bubastis y numerosas personas perecieron». A Hotepsekhemuy, que reinó treinta y ocho años, sucedió *Nebre‘*, que reinó treinta y nueve años, y Manetón añade que bajo su reinado «fueron adorados como dioses los toros Apis en Menfis, Mnevis en Heliópolis y el macho cabrío de Mendes». En realidad, estos cultos, al menos el de Apis, se remontan a los comienzos de la primera dinastía. *Nineter* (o *Neterimu*) sucedió a Nebre‘. La Piedra de Palermo menciona la celebración de fiestas religiosas y la realización del empadronamiento. Manetón le atribuye cuarenta y siete años de reinado, precisando que fue

entonces cuando «se decidió que las mujeres podrían ejercer el poder real». Apenas se conocen los sucesores de Nineter: el primero, *Uneg,* cuyo nombre únicamente se encuentra en los vasos hallados en la Pirámide escalonada de Saqqarah, reinó diecisiete años, si es que corresponde al Tlas de Manetón; *Senedj,* el Sethenes de Manetón, le sucedió y reinó, según este último, durante cuarenta y un años.

Ya antes de la unificación del país, la corona estaba bajo el patrocinio del dios-halcón Horus, hasta el punto de que «Horus X» era una de las formas de designar al rey. Todo parecía indicar que el Alto Egipto no había guardado el recuerdo del dios Seth que, en la época amratiense, era el dios de la capital meridional Ombos. Luego, el sucesor de Senedj, después de haber sido entronizado bajo el nombre de «el Horus Sekhemib», cambió este nombre por el de *Seth-Peribsen.* No se conocen bien las razones de este cambio de nombre; se tiende a explicarlas por una revuelta general del norte contra el sur. En efecto, el «Seth» Peribsen abandonó Menfis o, al menos, se hizo enterrar en Abidos. Después de su reinado, parece que la unidad se restableció con bastante rapidez, y la dinastía finaliza con dos reyes de nombres tan semejantes que uno se pregunta si no se trataba de una misma y única persona. Al primero, *Khâsekhem,* sólo se le conoce por los monumentos encontrados en Hieracómpolis; éste sería el que, partiendo del sur, habría restablecido la unidad en el país. Conseguida esta victoria, es posible que Khâsekhem tomara el nombre de *Khâsekhemuy,* pero otros autores prefieren ver en este último un soberano diferente.

De este modo acaba, de forma todavía confusa para nosotros, la segunda dinastía y, con ella, el período tinita.

V. CONCLUSIONES ACERCA DEL EGIPTO ARCAICO

Aunque los rasgos esenciales de la civilización egipcia ya se han adquirido en los últimos años del predinástico reciente, la época tinita es la que va a precisar y desarrollar esos rasgos. La unidad del país esbozada bajo los últimos reyes predinásticos quedaba por consolidar. Parece que, a este efecto, los faraones tinitas emplearon dos medios: por una parte, la fuerza armada para reprimir las revueltas y, por otra, una política de alianza por matrimonios que se cree descubrir en los nombres de las reinas de la primera dinastía, tales como Her-Neit, Meryt-Neit, Neit-Hotep, formados todos con el nombre de la diosa Neit, patrona de Sais y del Egipto del Norte. Esta política se acompañaba con una actividad que se podría calificar de diplomática: el Horus Aḥa construye, o reconstruye, el templo de Neit, y Djer visita los santuarios de Buto y de Sais. La instalación de la administración central en Menfis, en el corazón del reino del bajo Egipto (pues éste se extendía en la época predinástica del Fayum a las marismas del Delta) obedece al mismo deseo de presencia y, quizá, de conciliación. En fin, el nombre de la última reina de la época tinita, Nimaât-Apis, que contiene el nombre de Apis, el dios más popular de Menfis, muestra que los faraones de la segunda dinastía siguen el ejemplo de los de la primera, y consolidan su poder aliándose con las familias del norte. Esta política de la monarquía tinita, a la vez guerrera y diplomática, produce sus frutos, puesto que el Estado unificado supera la crisis de la época de Peribsen y se reconstruye fácilmente al final de la segunda dinastía.

Aprovechando la paz interior, la monarquía tinita puede volverse hacia el exterior. Djer penetra en Nubia, al menos hasta la segunda catarata, donde se encontró un relieve con su nombre que conmemoraba una victoria sobre los pueblos meridionales. Aḥa y Djer luchan contra los nómadas de los desiertos limítrofes, que se sentían atraídos por la riqueza del valle, especialmente contra los libios. Udimu rechaza a los beduinos del este,

y Âdjib-Miebis menciona una victoria sobre los *iuntiu*, es decir, los nómadas en general, de los desiertos del sur, del sureste y del este. No parece que, ocupados por los desórdenes interiores, los faraones de la II Dinastía intervinieran en el exterior; al menos no hemos conservado huellas de expediciones.

Salvo en lo que concierne al sur, donde los faraones de la I Dinastía penetraron profundamente, la política militar tinita es sobre todo defensiva. Se trata de desanimar la codicia de los beduinos, quizá de castigar a aquellos que, como los libios, parecían ser aliados de los rebeldes del norte.

Las relaciones con el extranjero no son siempre belicosas. Desde la época predinástica, el valle realizaba intercambios con los pueblos vecinos, especialmente con Palestina. En la época tinita estos intercambios aumentaron. Los artesanos especializados en joyas y vasos hicieron traer sus piedras de canteras situadas a veces muy lejos, en los desiertos este, oeste y sur. La madera se importaba de la costa sirio-palestina donde el nombre de Narmer ha sido encontrado en un cascote de cerámica. El hallazgo en Egipto de cerámicas sirio-palestinas y el de vasos egipcios en Biblos y Palestina confirman la existencia de relaciones comerciales entre Egipto y Fenicia desde las épocas más lejanas. Se ha encontrado el nombre de Uadjy en la ruta del desierto oriental que, a través del macizo costero, une al valle del Nilo con el mar Rojo, y el nombre de Nebre‘ en la ruta del desierto occidental. Finalmente, el marfil, el ébano, y quizá la obsidiana, llegaban a Egipto desde el lejano sur por el alto valle del Nilo.

La época tinita conoció el establecimiento de una monarquía centralizada ayudada por una administración que se va organizando paulatinamente. La unidad de Egipto reposa en la persona del rey y los funcionarios dependen directamente de él. Entre los más importantes de éstos figuran los que vigilan los trabajos públicos, especialmente el *adj-mer* (literalmente «cavador

de canales»), que llegará a ser el jefe de la provincia, el nomarca. No es seguro, aunque sí posible, que existiese ya un visir. El canciller, uno de los más altos funcionarios, se ocupa del censo que se realiza cada dos años y en el que el ganado parece tener la preferencia, sin que se olviden por ello los bienes raíces y muebles. El tesoro está compuesto por graneros para almacenar los tributos en especie, ya que uno de los deberes esenciales de la monarquía es prever las malas crecidas del Nilo; por ello existe una administración del agua (*per mu*), encargada, sin duda, de notificar al rey las perspectivas de la cosecha. En resumen, la administración tinita reposa sobre la revalorización agrícola del país, que depende a su vez de la buena marcha del sistema de irrigación. Esta administración, ayudada por la difusión de la escritura, fue eficaz: se fundaron nuevas ciudades, se crearon viñedos, se conquistaron tierras al desierto y se sanearon los pantanos. El centro administrativo se fijó en Menfis, que quedará como capital de Egipto durante varios siglos.

La propia monarquía se organiza: se precisan las ceremonias de entronización; la fiesta Sed, estrechamente ligada al poder real, se celebra cada vez más regularmente; alrededor de la persona del rey se crea una corte con sus títulos. El faraón, representante y descendiente del dios Horus, tiende a ser considerado como un dios.

Las técnicas transmitidas al Egipto tinita por las culturas predinásticas se mejoran: es ésta la gran época de la talla de vasos de piedra con el abandono progresivo, en consecuencia, de la cerámica decorada. Los escultores dominan las piedras más duras y crean las primeras obras maestras del arte egipcio, como la estela del rey Serpiente (Uadjy) y la estatua de Khâsekhem. Las estelas funerarias grabadas aparecen en las tumbas. Los artesanos de los metales saben hacer estatuas de cobre y los joyeros fabrican joyas admirables, como las del rey Djer. El perfeccionamiento de la técnica entraña el de la arqui-

tectura: las tumbas son cada vez más grandes y más complejas. Completamente de adobe al comienzo de la I Dinastía, se cubren después con una bóveda en saledizo, y, finalmente, la piedra tallada y la madera se emplean cada vez más.

Tenemos pocos datos sobre las creencias de esta época: sólo se ha encontrado un santuario en Abidos. No obstante, sabemos por la Piedra de Palermo y las excavaciones que los faraones tinitas construyeron o reconstruyeron templos en los que se rendía culto a los grandes dioses: Horus, Re', Osiris, Isis, Min, Anubis, Neit, Socaris. El culto a los animales sagrados desempeña ya un papel importante. La tumba se considera la vivienda permanente del muerto; en ellas se amontonan alimentos, muebles y objetos de todas clases; se entierran servidores alrededor de la tumba, lo que ha inducido a pensar en la posibilidad de que hubiesen sido sacrificados después de la muerte del soberano para asegurar su servicio en la otra vida (W. B. Emery). Esta costumbre, si es que llegó a existir, desapareció hacia el final de la I Dinastía. La creencia de una supervivencia del muerto en el cielo, en compañía del Sol, parece indicada por la presencia de, barcos enterrados cerca de las sepulturas humanas, barcos que permitirían al difunto seguir la barca solar o desplazarse a su gusto.

Así, cuando se acaba el período tinita, la realeza faraónica está bien establecida. El soberano dirige una administración muy centralizada y ya jerarquizada. El país, bien regado, es próspero. Artistas y artesanos poseen ya las técnicas que van a difundirse luego.

8. El Imperio Antiguo

Cuando la III Dinastía inaugura lo que se llama el Imperio Antiguo, un poder que durará aproximadamente desde el año 2700 hasta el 2300 a. C., Egipto está unificado. Desde la primera catarata hasta el Mediterráneo no existe sino una sola nación, aunque los faraones continúan titulándose «Rey del Alto y del Bajo Egipto». Las instituciones están establecidas sobre la base de una monarquía de derecho divino. El territorio agrícola ya está constituido y la religión tiene ya establecidos sus rasgos fundamentales. También se han adquirido ya las técnicas, incluidas las superiores, como la escritura, el arte o la arquitectura.

Antes de exponer la historia del Imperio Antiguo conviene dirigir una mirada de conjunto a los caracteres permanentes de esta civilización que acaba de nacer.

I. AMBIENTE NATURAL

La civilización egipcia debe mucho al ambiente natural en el que nace; sólo existe gracias al valle del Nilo y la historia de este último ha desempeñado un gran papel en su evolución. Al final de la era terciaria, como consecuencia de un hundimiento, el bajo valle del Nilo se convierte en un golfo marino desde la costa actual del Mediterráneo hasta cerca de el-Qab. Durante todo el Plioceno, enormes depósitos calcáreos marinos van rellenando poco a poco este golfo, después de lo cual un movi-

miento general de elevación lleva la caliza a 180-200 m sobre el nivel del mar. El Nilo vuelve a cavar entonces su lecho en estos depósitos; mucho más poderoso de lo que es hoy, configura allí un amplio valle que los aluviones van a rellenar progresivamente de limo a medida que el caudal del río disminuye y va más despacio. Este limo es el que produce la riqueza del valle, mientras que los acantilados calcáreos proporcionan el sílex que contienen y, al mismo tiempo, un excelente material de construcción.

Geográficamente, Egipto está formado por dos zonas muy diferentes: una de ellas es el Delta en el que el valle de aluviones es muy amplio, y la otra, a partir del Fayum, un estrecho corredor de tierras cultivables enclavado, podríamos decir, entre dos desiertos, que constituye el alto Egipto. Así, pues, al Delta, rico y marítimo, se opone el Said, más pobre y como asfixiado por el desierto. El único lazo de unión entre las dos regiones es el Nilo y su régimen.

Desde Heródoto es un lugar común decir que Egipto es un «don del Nilo», pero es el reflejo de la realidad. En efecto, el clima en Egipto es árido, las precipitaciones anuales son insignificantes y, si el Nilo no existiese, Egipto sería un desierto como el Sahara y el Negev, situados en la misma latitud. Por último, si el río no tuviese un régimen muy particular sólo se habrían podido cultivar algunas tierras de las orillas de su curso. Por tanto, lo que verdaderamente constituye la riqueza de Egipto no es tanto el Nilo como la crecida del Nilo, que le proporciona el agua y el limo sin los cuales aquélla no existiría.

El fenómeno de la inundación es muy complejo. El elemento esencial proviene de las lluvias monzónicas de primavera que, abatiéndose sobre el macizo etíope, determinan la crecida de los afluentes abisinios del Nilo, el Nilo Azul y el Atbara. Desde principios de agosto hasta finales de octubre, Egipto está recubierto por las aguas. Sus tierras se empapan de humedad y reci-

ben el limo arrancado a las tierras volcánicas de Abisinia. Pero, aunque la crecida tiene un aspecto bienhechor, puede ser también catastrófica: la subida de las aguas es muy brusca, y si actuara libremente la violenta corriente arrancaría todo; por último, y muy en especial, recordemos que no existe fenómeno más caprichoso. De diez crecidas sucesivas, apenas tres son satisfactorias; las otras siete son o demasiado débiles o demasiado fuertes.

Por tanto, no es una paradoja decir que el origen real de la civilización egipcia reside en el hecho de dirigir la crecida. El hombre empleó muchos medios para ello. Primero levantó diques de protección a lo largo de las orillas del río. Después elaboró un sistema complejo de canales y de diques de retención que le permitió controlar, literalmente, la inundación. Una vez que el Nilo quedó forzado a pasar por los diques sucesivos situados desde Asuán hasta el Delta, se cortó la violencia de la corriente, y además se logró que las aguas permanecieran más tiempo en los campos y depositaran en ellos el limo en suspensión. Por último, mediante un allanamiento riguroso del valle y el establecimiento de una red de canales de conducción, los egipcios llegaron gradualmente a transportar el agua a tierras normalmente fuera del alcance de la crecida. Si el Nilo y su crecida son fenómenos de la naturaleza, Egipto, por el contrario, es una creación humana.

Para obtener este extraordinario resultado que es el oasis egipcio, era necesaria una organización rigurosa. Esta necesidad es la que explica en gran medida el rápido desarrollo de la civilización en Egipto. La importancia concedida por la administración tinita a la excavación de los canales y a la vigilancia del régimen de las aguas atestigua que en esta época ya se ha concluido la organización del país.

El segundo método utilizado por el hombre para paliar las deficiencias del Nilo fue la acumulación sistemática de reservas

en los años de buena crecida, para subvenir a las necesidades cuando la inundación fuera insuficiente. El «tesoro real» es esencialmente un granero; cada provincia tiene el suyo y la buena administración tiene como doble objetivo el mantener los diques y canales en buen estado y el velar para que los graneros estén siempre llenos. Este imperativo ha debido contribuir fuertemente al establecimiento de un régimen autoritario centralizado y al desarrollo de una administración eficaz.

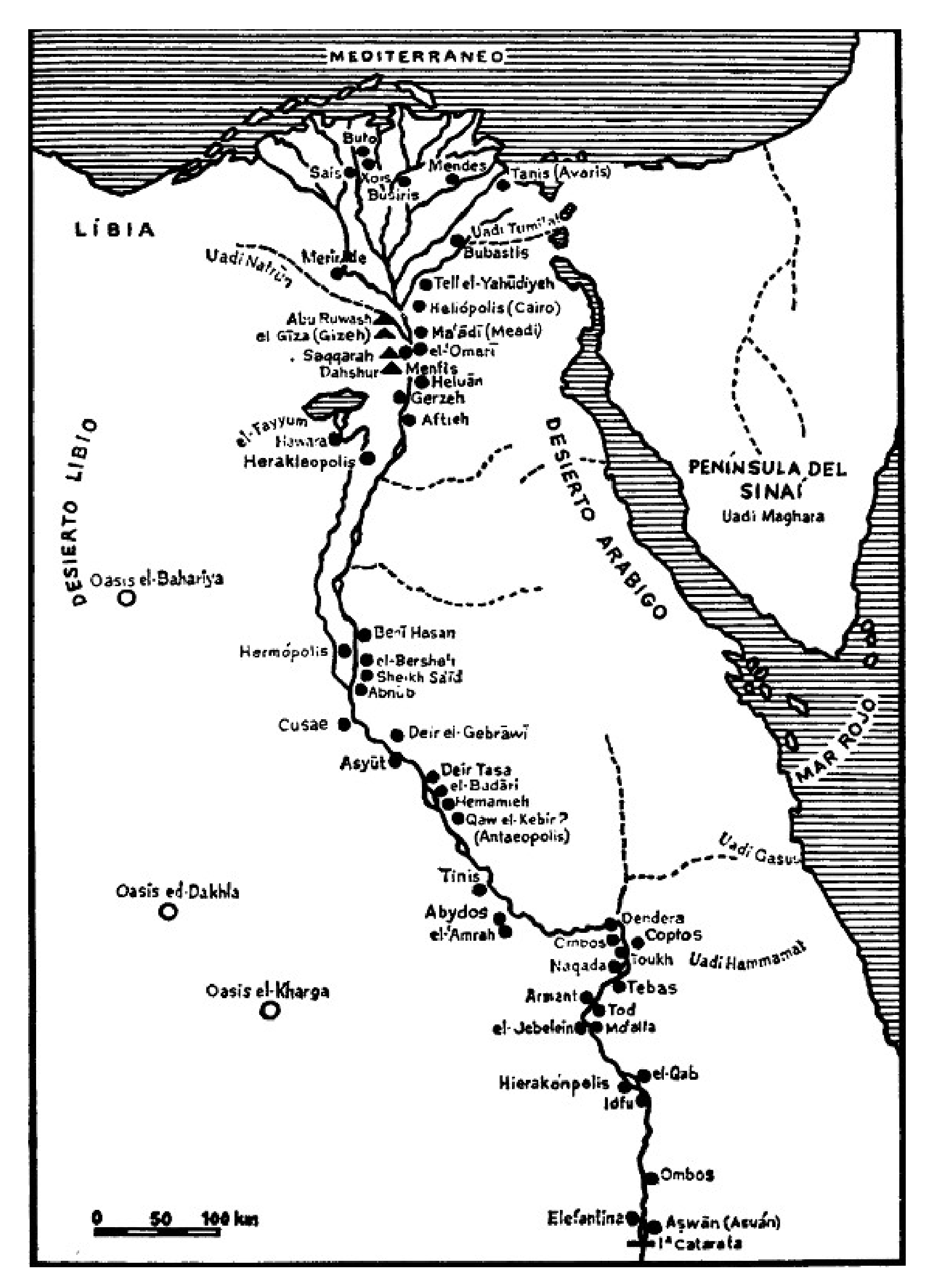


Fig. 14. Egipto en la época de los imperios antiguo y medio.

Pero aunque las condiciones físicas exigen la presencia de una autoridad fuerte, la geografía tiende a su vez a la descentralización del poder. En efecto, Egipto es casi 35 veces más largo

que ancho. Dondequiera que se instale, el poder central está siempre alejado de los pequeños centros administrativos que se escalonan a lo largo del Nilo, en el interior de los minúsculos valles agrícolas. De aquí surgirá la tentación en cada una de estas pequeñas capitales provinciales de erigirse en principados independientes en el momento en que el poder real se debilita o comete la imprudencia de concederles demasiadas libertades. La historia de Egipto es así una sucesión de períodos de fuerte centralización (Imperio Antiguo, Imperio Medio, Imperio Nuevo), interrumpidos por períodos de descentralización (Primero y Segundo Períodos Intermedios). Estos últimos períodos son además épocas de carestía y de desórdenes, pues el mantenimiento del sistema de control del río es de tal manera imperativo que la menor debilidad del poder central se paga con desastres económicos, que, a su vez, facilitan la vuelta a un poder fuertemente centralizado.

II. CRONOLOGÍA

Los egipcios deben a la crecida del Nilo no sólo la prosperidad de su país, sino también el haber tenido el mejor calendario de todos los pueblos de la antigüedad. Según las necesidades de la agricultura, su año estaba primitivamente dividido en tres estaciones: la estación *akhet,* durante la cual los campos estaban cubiertos de agua por la inundación; la estación *peret,* que veía la siembra, la germinación y la maduración de las plantas, y, por último, la estación *shemu,* ocupada en la recolección y el entrojamiento.

El año comenzaba, pues, con la inundación, y durante bastante tiempo el primer año debió coincidir con el comienzo de la subida de las aguas. En un determinado momento, los egipcios observaron que este fenómeno coincidía con la aparición en el horizonte de la estrella Sothis (egipcio: Sepedet), nuestra

Sirio, justo antes de la salida del Sol. En este orto helíaco de Sothis debieron ver la causa misma de la inundación y de él hicieron el primero del año. A partir de entonces el año egipcio quedó dividido en tres estaciones de cuatro meses de treinta días, es decir, trescientos sesenta días, a los que se añadían otros cinco suplementarios (que los griegos llamaron ξπαγόμεναι [ʻημέραι]) que totalizaban trescientos sesenta y cinco días. Este año solar, muy superior a todos los cómputos basados en las lunaciones, no era, sin embargo, perfecto. El año solar real es de trescientos sesenta y cinco días y cuarto, y no de trescientos sesenta y cinco, de forma que, cada cuatro años, el año oficial egipcio llevaba un día de adelanto sobre el año astronómico. Al cabo de ciento veinte años el adelanto era de un mes, y de más de cuatro meses al cabo de cinco siglos. Las estaciones reales se encontraban entonces enteramente desfasadas. Sólo después de mil cuatrocientos sesenta años el primer día del año astronómico coincidía de nuevo con el primer día del año del calendario oficial. Este período de mil cuatrocientos sesenta años es lo que se llama un período sotíaco. Por supuesto, los egipcios se dieron cuenta rápidamente de que la estación real peret, por ejemplo, durante la que sembraban, se encontraba, según el calendario oficial, en plena estación de las cosechas (shemu). De esta manera Censorino se daba cuenta de que existía una coincidencia entre el orto helíaco de Sothis y el primer día del año del calendario egipcio, en el año 139 de nuestra era. Esto ha permitido a los astrónomos modernos calcular que el mismo fenómeno se debió producir también en los años 2773 y 1317 a. C. Así, pues, diferentes inscripciones jeroglíficas indican que, bajo Thutmosis III, el orto helíaco de Sothis se había producido el día 28 del tercer mes de shemu, que este mismo orto había sido observado el noveno día del mismo mes bajo Amenofis I, y por último, que, bajo Sesostris III, Sothis había aparecido en el año 7, el día 16 del cuarto mes de peret. Estas observaciones

permitieron fijar sólidamente tres hitos cronológicos: el año 7 de Sesostris III correspondió al 1877, dos años más o menos, el año 9 de Amenofis I al 1536, y el reinado de Thutmosis III debió incluir la fecha de 1469.

A partir de estas fechas se ha podido fijar, gracias a Manetón, al Papiro de Turín y a los propios monumentos, una cronología de los soberanos de Egipto que ciertamente no está exenta de errores, pero que, sin embargo, es satisfactoria. No obstante, queda una cuestión sin aclarar: no se posee ninguna fecha sotíaca para los reinados anteriores al de Sesostris III, y, en consecuencia, la cronología anterior a este reinado sigue siendo incierta. Se sabe que la adopción del calendario no se pudo hacer más que al comienzo de un período sotíaco; dicho de otro modo, en el 2773, o en el 4233. Durante mucho tiempo se ha creído que se había hecho en el 4233, pero las fechas obtenidas por el Carbono 14 han demostrado que en esta época Egipto estaba todavía en pleno Neolítico. Por esto se admite en la actualidad que fue hacia el 2773 cuando se adoptó el calendario solar. Es posible que esta fecha pertenezca al reinado del rey Djer, pero también es probable que este acontecimiento se produjese en el Imperio Antiguo, durante el reinado de Djeser, de la III Dinastía.

III. LA III DINASTÍA

No se conocen las razones que llevaron a Manetón a iniciar la III Dinastía con la muerte de Khâsekhemuy. Sólo una cosa es cierta: Djeser, cuya figura domina la dinastía, estaba emparentado con Khâsekhemuy por su madre Nimaât-Apis, mujer de este último. Se ha llegado a pensar que quizá ésta sólo era una esposa secundaria del último rey de la segunda dinastía; la esposa principal no habría tenido hijos, o sólo hijas, y serían los hijos de la segunda esposa los que habrían sucedido a su padre.

La historia de la III Dinastía plantea todavía numerosos problemas: no se ha establecido de una manera muy segura ni el número ni el orden de sucesión de los reyes que la componen. Se ha creído durante mucho tiempo que Djeser, puesto que era hijo de Khâsekhemuy, habría sido el primer rey de la dinastía. Recientes descubrimientos han demostrado que su reinado estuvo precedido indudablemente por el del Horus *Sanakht,* su hermano muy probablemente. No se sabe nada de este Sanakht, salvo que su monumento funerario fue sin ninguna duda el punto de partida de la pirámide escalonada.

El nombre de *Djeser,* su sucesor, sólo se conoce por monumentos tardíos. En efecto, bajo la III Dinastía, como en la época tinita, los faraones utilizan en sus monumentos su nombre de Horus. Por ello el único nombre consignado en la pirámide escalonada es el de Neterierkhet, y sólo por las inscripciones del Imperio Nuevo y las de épocas aún más recientes sabemos que Neterierkhet y Djeser son una misma persona.

El hecho esencial del reinado de Djeser es la construcción del gran conjunto arquitectónico conocido como la Pirámide escalonada, que se eleva en el límite del desierto, en Saqqarah, algo más al sur que las grandes pirámides. Es obra de Imhotep, arquitecto, médico, sacerdote, hechicero y funcionario de Djeser. Es el primer edificio enteramente de piedra que nos ha legado la civilización egipcia y le valió a su creador, Imhotep, un renombre tal que más tarde fue divinizado. Los propios griegos lo identificaron con Asclepio, el dios de la medicina, y le adoraron bajo el nombre de Imuthes.

La pirámide escalonada propiamente dicha, con sus seis pisos que dominan la llanura y el valle desde una altura de 63 metros, no es más que una parte del gran complejo creado por Imhotep. Se ha supuesto que por lo menos una parte de este conjunto, el templo funerario, era la réplica en piedra del palacio real de ladrillos construido por Djeser en Menfis. La pirá-

mide, en su estado actual, es el resultado de múltiples modificaciones. Comenzó por ser una simple mastaba, es decir, un paralelepípedo del mismo tipo que las sepulturas reales y civiles de las dos primeras dinastías. La red de corredores y de cámaras subterráneas excavados en la roca y que recubre la maciza mampostería de la pirámide comprende más de 11 cámaras funerarias que se suponen construidas paró la familia de Djeser. En la fachada norte de la pirámide se levantaba un templo en el que se rendía culto funerario al rey muerto; en este templo es donde se ha encontrado una estatua del rey de tamaño natural.

Pero el conjunto de construcciones más importante se levanta hacia el sur de la pirámide misma. En el centro se encuentra un inmenso patio rectangular, flanqueado al este y al sur por capillas y cámaras anejas, entre las que hay dos grandes pabellones que parecen simbolizar, respectivamente, los reinos del sur y del norte; trece edificios más pequeños serían posiblemente los santuarios de los dioses de los diferentes nomos. Se supone que el patio y los edificios estaban destinados a la celebración de la fiesta Sed.

El complejo de Saqqarah está rodeado por un inmenso recinto amurallado con resaltes y con baluartes que delimita una superficie de más de 600 metros de largo por 300 metros de ancho, e imita, en piedra tallada, las fachadas con resaltes de las tumbas y palacios de la época tinita. Una de las características de la pirámide escalonada es la de ser la escrupulosa imitación en piedra de una arquitectura en adobe y madera. Así, por ejemplo, las puertas de los santuarios están construidas con piedras aparejadas y figuran estar entreabiertas; los cerrojos, goznes, paneles, vigas, barreras, todo lo que evidentemente era de madera, se hacía en Saqqarah con una bella piedra caliza blanca. Imhotep emplea por primera vez la columna, pero no se atreve aún a levantarla libremente, permanece unida a las paredes. Aparece ya la columna papiriforme cuyo fuste es también

la copia fiel y gigantesca de un tallo de papiro, y, por último, la columna estriada. En las cámaras subterráneas, algunas de las cuales están recubiertas con placas decoradas de loza azul y con paneles de piedra calcárea finamente esculpidos en relieve se han encontrado varios millares de vasos y platos de alabastro, esquisto, pórfido, mármol, cuarzo, cristal de roca, serpentina, etc. Algunos de ellos estaban grabados con el nombre de los faraones de las I y II Dinastías.

El reciente descubrimiento (1951) de una pirámide escalonada inacabada nos ha proporcionado el nombre del sucesor de Djeser: *Sekhemkhet*. Éste no debió reinar más que seis años, lo que explicaría que la construcción de su pirámide, próxima a la de su predecesor, no se llegara a terminar. Los subterráneos se componen de 132 almacenes; en la cámara sepulcral se encontró un sarcófago monolítico de alabastro que, por desgracia, está vacío.

El descubrimiento de la pirámide escalonada de Sekhemkhet ha permitido atribuir, por comparación, a la III Dinastía otra pirámide escalonada, también inacabada, cuya fecha no es segura: la de Zawiet-el-Aryán, al sur de Gizeh. Es probable que deba ser atribuida a *Khâba*, lo que permite establecer el orden de sucesión de los reyes de la III Dinastía de la siguiente manera:

1. Horus Sanakht, posiblemente el Nebka del Papiro Westcar.
2. Horus Neterierkhet, Djeser, constructor de la pirámide escalonada.
3. Horus Sekhemkhet, Djeser-Teti (?), constructor de la pirámide inacabada de Saqqarah.
4. Horus Khâba, constructor de la pirámide inacabada de Zawiet-el-Aryán.
5. Horus X…, posiblemente el Nebkare‘ de la lista real de Saqqarah (Černy, 1958).
6. Horus Huni, constructor de la pirámide escalonada de Meidum.

Khâba no se conoce más que por algunas copas de piedra dura grabadas con su nombre. Parece haber reinado solamente algunos meses y tenido como sucesor al rey *Nebkare‘*, del que únicamente se sabe que su reinado fue el penúltimo de la dinastía. El último rey, *Huni*, conocido por un fragmento de granito encontrado en Elefantina, habría comenzado la pirámide de Meidum, que luego terminaría Snefru, el primer rey de la IV Dinastía.

Como se ve el desarrollo de la historia de la III Dinastía es todavía muy incierto. Solamente es segura la existencia de seis reyes. Ahora bien, Manetón enumera nueve, que habrían reinado durante doscientos catorce años. El descubrimiento inesperado de la pirámide inacabada de Sekhemkhet demuestra que las excavaciones pueden todavía reservar sorpresas en la historia de esta dinastía.

Los nombres de tres de los reyes de la dinastía (Sanakht, Djeser, Sekhemkhet), al haber sido descubiertos en el Uadi Maghara, nos hacen remontar a esta época las primeras expediciones militares egipcias en la península del Sinaí, destinadas sin duda

a obtener turquesas. Se ha supuesto que Huni había fortificado Elefantina, y, confiados en un documento muy posterior ya que data de la época ptolemaica, que Djeser había anexionado a Egipto la región situada entre Asuán y Takompso (Kasr Ibrim), es decir, toda la baja Nubia. Como quiera que sea, el complejo de la pirámide escalonada de Saqqarah es lo que nos permite juzgar mejor la obra de la III Dinastía. Este conjunto valora la importancia de los ritos religiosos en la ceremonia de coronación del rey. El arte egipcio está ya en la posesión plena de sus medios y el país conoce un período de considerable riqueza. Esto se puede juzgar por los casi 30 000 vasos encontrados en la pirámide de Saqqarah, y por la belleza de las tumbas que los particulares pueden ahora mandarse construir, como la de Hesy-Re', contemporáneo de Djeser, cuyos paneles de madera esculpida cuentan entre las obras maestras del arte egipcio. Durante la III Dinastía es cuando se prepara el período que algunos consideran, con sobrados motivos, como la época más importante de la civilización egipcia: la IV Dinastía.

IV. LA IV DINASTÍA

No existe ningún monumento construido por el hombre que tenga un renombre tan universal como las grandes pirámides de Gizeh, y, sin embargo, sus constructores aún no se conocen, ni mucho menos, tan bien como la importancia de estos monumentos podría hacernos creer. El número, y hasta el orden de sucesión, de los reinados de la IV Dinastía no son en absoluto seguros. Manetón da para los cuatro primeros faraones el orden siguiente: Snefru, Kheops, Khefren y Micerino, pero las fuentes más antiguas, como el Papiro de Turín, intercalan Didufri (o Radjedef) entre Kheops y Khefren, y uno o dos faraones, según las fuentes, entre Khefren y Micerino. Después de Micerino, Manetón enumera cuatro faraones, mientras que el

Papiro de Turín no da más que dos. Se puede observar el mismo desacuerdo en lo que se refiere a la duración de los reinados: Manetón hace reinar a Kheops y a Micerino durante sesenta y tres años cada uno, mientras que el Papiro de Turín no les concede más que veintitrés y dieciocho años de reinado respectivamente. Desgraciadamente, las fuentes arqueológicas apenas esclarecen la historia.

En lo que se refiere a la IV Dinastía, se poseen algunos monumentos privados que nos informan ya sobre la vida cotidiana en Egipto durante esta época, pero los monumentos reales, por el contrario, apenas nos proporcionan información y en especial las grandes pirámides no han suministrado prácticamente ningún documento escrito sobre sus constructores. Sólo se conoce bien el arte. Pero aunque la IV Dinastía no hubiese aportado más que la perfección de sus monumentos y de sus estatuas, merecería un lugar de primera categoría en la historia de la humanidad.

Para la exposición de los acontecimientos, seguiremos el orden de sucesión de los faraones tal y como se ha podido establecer por los monumentos, es decir:

1. Snefru (veinticuatro años de reinado, según el Papiro de Turín).
2. Kheops (Khufu — veintitrés años de reinado, según el Papiro de Turín).
3. Didufri (Radjedef — ocho años de reinado).
4. Khefren (Khaefre‘ — duración del reinado desconocida).
5. Micerino (Menkaure‘ — dieciocho años de reinado).
6. Shepseskaf (omitido en el Papiro de Turín).

Por la ausencia de documentos con garantía suficiente es imposible fijar las fechas de uno de los reinados; la dinastía per-

manece en el poder desde el año 2700 hasta el 2500 aproximadamente.

Snefru. Como sucede frecuentemente en los cambios de las dinastías manetonianas, no existe ruptura evidente entre la III y la IV Dinastía. Snefru es, posiblemente, un hijo de Huni. Pero, hijo de una esposa secundaria, Meresankh, parece que confirmó sus derechos a la corona casándose, en vida de su padre, con su hermanastra Heteferes, heredera directa de Huni. Este hecho se volverá a producir frecuentemente en la historia de Egipto.

Gracias a la Piedra de Palermo, el reinado de Snefru es el mejor conocido de la dinastía. Realizó una expedición militar a Nubia de la que volvió con 7000 prisioneros y 200 000 cabezas de ganado, lo que supone, si las cifras son exactas, una penetración profunda en África. A continuación se volvió contra los libios, a los que venció, capturando 11 000 hombres y 13 100 cabezas de ganado. Los relieves del Uadi Maghara nos dan a conocer, además, que mandó realizar varias expediciones al Sinaí. La Piedra de Palermo menciona, por último, múltiples construcciones de templos, fortalezas y palacios en todo Egipto, lo que explica sin ninguna duda el hecho de que enviara expediciones marítimas al Líbano (una compuesta de 40 navíos de alta mar) para conseguir madera para la construcción: cedros y pinos.

Snefru terminó la pirámide de su padre, en Meidum; después se hizo construir para él dos pirámides en Dahshur, a 7 km al sur de Saqqarah. Una de ellas se conoce bajo el nombre de Pirámide Romboidal (*Bent Pyramid*), pues presenta una doble pendiente; la otra, de planta cuadrada y de 93 m de altura, es la primera pirámide auténtica de Egipto y la que será imitada por los otros faraones de la dinastía.

A partir del reinado de Snefru, la fórmula de sepultura real del Imperio Antiguo está bien establecida. La pirámide no es más que una parte de un conjunto que está compuesto, en el valle, por un pequeño templo al que llega el río por un canal, donde arriba el barco funerario en el momento del enterramiento real; es lo que los egiptólogos llaman el «templo del valle». Una rampa, o calzada, cubierta conduce desde el santuario hasta el templo funerario propiamente dicho, construido ante la fachada este de la pirámide. En él se celebra el culto al rey muerto. Las caras de la pirámide están orientadas según los puntos cardinales. La cámara sepulcral está excavada en la roca, bajo la pirámide; únicamente Kheops situará esta cámara en el centro del monumento. Por último, un muro a modo de cerca rodea la pirámide; entre este muro y la pirámide se excavaban fosos oblongos en los que se depositaban los barcos para uso del rey. Desde entonces todas las pirámides contarán con estos cuatro elementos y sólo la decoración variará de una dinastía a otra.

Kheops (en egipcio, *Khufu*). Es el hijo de Snefru y de Heteferes. Sucedió normalmente a su padre. Como la Piedra de Palermo está mutilada a partir del reinado de Snefru, no proporciona ningún dato sobre los acontecimientos del reinado de Kheops, cuya duración misma es incierta (veintitrés años según el Papiro de Turín y sesenta y tres según Manetón). Y, sin embargo, a él se debe el mayor monumento que se haya jamás construido por la mano del hombre. Es imposible hacerse una idea de la importancia de la gran pirámide de Gizeh, construida por Kheops cerca de lo que es hoy El Cairo, sin recurrir a las comparaciones. Se ha podido recalcar que, cuando era nueva, alcanzaba una altura de 144 m (hoy es de 138 m), que su base, un cuadrado casi perfecto, mide más de 227 m de lado, lo que representa una superficie de 51 529 m^2, es decir, más de 5 hectáreas; todo esto apenas habla del esfuerzo que supuso. Pero se

ha calculado que se habrían necesitado alrededor de 2 300 000 bloques de piedra calcárea para construirla, de un peso de dos toneladas y media por término medio, y algunos hasta de 15 toneladas; estas proporciones podrían agrupar en su superficie de base el conjunto de las catedrales de Florencia, Milán, San Pedro de Roma, Westminster y San Pablo de Londres; los bloques que la constituyen, tallados en cubos de 30 cm de lado y puestos uno junto a otro, cubrirían una distancia igual a los 2/3 de la longitud del Ecuador. Sólo estas comparaciones logran darnos una idea de la masa prodigiosa que es la pirámide de Kheops, una de las siete maravillas del mundo para los antiguos.

Y, sin embargo, la mole misma no es nada comparada con la perfección de su construcción. Las caras están rigurosamente orientadas según los cuatro puntos cardinales, el máximo error de ángulo no sobrepasa apenas los cinco grados. Los ángulos son ángulos rectos casi perfectos. Por último, los bloques de los cimientos sucesivos están colocados unos sobre otros sin argamasa, y, sin embargo, es imposible, según las comparaciones habituales, deslizar entre ellos la lámina de un cuchillo, por lo perfectamente que están ajustados.

Si, como es probable, Kheops no reinó más que veintitrés años, fue necesario, para que la pirámide estuviera terminada en el momento de su muerte, que los obreros, canteros, artesanos y albañiles egipcios extrajeran de la montaña, tallaran, transportaran y pusieran cada día de su reinado más de 300 bloques de piedra calcárea, es decir, unas 800 toneladas de piedra, lo que exigió, pensamos, unos 100 000 hombres. Esto solamente para la pirámide, pues al mismo tiempo se construían el templo funerario enlosado con basalto y con columnas de granito, la calzada o rampa, el «templo del valle» y cinco fosos de 43 m de longitud, destinados a los barcos del rey, excavados alrededor de la pirámide.

Y además, a pesar de lo que haya dicho Heródoto, Kheops no se contentó con hacer construir únicamente su pirámide. Restauró y edificó templos en Egipto, de forma que esta actividad arquitectónica es una prueba no sólo de la buena administración del país bajo su reinado, sino también de la prosperidad económica de Egipto.

Didufri (*Radjedef*). El reinado glorioso de Kheops fue seguido por el mal conocido de Didufri, que eligió para construir su pirámide el lugar de Abu Roash, al noroeste de Gizeh. Se ha encontrado su nombre grabado en las losas que cubrían el foso en el que se encontró, en 1954, uno de los barcos de su padre Kheops. Su pirámide inacabada parece indicar que Didufri reinó poco tiempo, lo que coincide con los ocho años que le atribuye el Papiro de Turín.

Khefren (en egipcio, *Khaefre'*). Todo lo que tiene de oscuro el reinado de Didufri tiene el de su hermano menor, Khefren, de notable. Manetón le atribuye una duración de sesenta y tres años; sin duda este período de tiempo es demasiado largo: Khefren debió reinar aproximadamente unos veinticinco años e hizo construir su pirámide en Gizeh, al lado de la de Kheops.

Aunque un poco más pequeña que la de este último, la pirámide de Khefren, levantada en una elevación de la planicie desértica, parece igual de grande, o más, que la gran pirámide. El conjunto funerario se conserva en mejor estado. Especialmente el «templo del valle», construido en macizos bloques de granito, es una de las obras maestras de la arquitectura egipcia. En este templo se encontró la célebre estatua de diorita de Khefren, una de las joyas del Museo de El Cairo. Al lado de este santuario se elevaba una colina natural de piedra calcárea que los arquitectos de Khefren utilizaron para hacer una esfinge, animal fabuloso con cuerpo de león y cabeza humana. La gran esfinge de Gizeh, esculpida a imagen de Khefren, llegó a ser algo tan célebre como las grandes pirámides. Las generaciones

que sucedieron a las del Imperio Antiguo vieron en ella un dios «Horus del Horizonte» (del que los griegos hicieron Harmaquis), y depositaron a sus pies numerosas estelas votivas que las excavaciones han sacado recientemente a la luz. Con sus 72 m de longitud y su altura de 20 m, la gran esfinge, a pesar de las poco hábiles restauraciones de épocas posteriores, sigue siendo uno de los monumentos más impresionantes del arte egipcio.

La sucesión de Khefren plantea un problema: a continuación de su nombre, el Papiro de Turín tiene una laguna, pero deja suficiente espacio para un nombre (como mínimo) que se intercalaría entre Khefren y Micerino, constructor de la tercera gran pirámide. No hace mucho (Debono, 1949) se ha encontrado en un bloque del Uadi Hammamat una inscripción del Imperio Medio que da una lista real compuesta por Kheops, Didufri, Khefren, Hordjedef y Baefre‘; los dos últimos nombres son los de los príncipes reseñados en otro lugar como hijos de Kheops, lo mismo que Didufri y Khefren. La inscripción del Uadi Hammamat permite, pues, suponer que éstos reinaron, efectivamente, y que uno de ellos, o quizá ambos, debían figurar en el Papiro de Turín. Comoquiera que sea, los reinados de Hordjedef y Baefre‘, si efectivamente existieron, debieron ser muy efímeros, posiblemente de sólo algunos meses.

Micerino (en egipcio, *Menkaure‘*). Hijo de Khefren, se casó, según la costumbre egipcia, con su hermana mayor. El hijo primogénito de la pareja parece que murió antes de que terminara el reinado de su padre.

Micerino hizo construir su pirámide junto a las de Kheops y Khefren. Más pequeña que estas últimas, sin embargo las hubiera igualado en belleza si Micerino hubiera podido cumplir su proyecto de recubrirla con bloques de granito rojo, pero su muerte dejó el trabajo inacabado. El templo funerario de Micerino ha proporcionado numerosas estatuas y estatuillas de es-

quisto que representan al rey, unas veces solo y otras con la reina o con las diosas de los nomos.

Shepseskaf sucede a Micerino. Probablemente era hijo de éste, aunque no lo fue de la reina principal; para confirmar sus derechos a la corona, parece que se casó con su hermanastra, hija de la pareja real legítima.

Con su reinado, la decadencia de la dinastía se convierte en algo evidente. Shepseskaf no sólo es incapaz de terminar en piedra las construcciones funerarias de su padre y se contenta con terminarlas en ladrillo, sino que además renuncia a hacer construir una pirámide para él. Su tumba, al sur de Saqqarah, está construida en forma de un gigantesco sarcófago; los árabes la llamaban la Mastaba el-Faraun. Aunque su mampostería es excelente, esta tumba no se podría comparar con las importantes construcciones de los grandes reyes de la dinastía, desde Snefru hasta Micerino. El reinado de Shepseskaf fue corto y no excedió sin duda de los siete años.

La historia del final de la dinastía es confusa. Manetón enumera aún cuatro reyes después de Micerino, el tercero de los cuales, Seberkheres, debe ser Shepseskaf; le siguió un cierto Thanfthis que habría reinado nueve años. Los monumentos no han conservado nada de estos faraones manetonianos y cabe dudar si verdaderamente reinaron e, incluso, si existieron. El hijo de Shepseskaf y la reina Baunefer ni siquiera llevará los títulos de príncipe, y el poder va a pasar a una nueva dinastía.

Por esto apenas tenemos datos de los acontecimientos que se desarrollaron durante los dos siglos aproximados que la IV Dinastía permaneció en el poder. Los recientes descubrimientos en la Nubia sudanesa (1962) demuestran que los sucesores inmediatos de Snefru también se interesaron por el lejano sur. Ocupaban Buhen, cerca del actual Uadi Halfa. Es muy probable que se interesaran por Asia, de la que, posiblemente en mayor

medida que Snefru, habrían tenido necesidad para el suministro de la madera de construcción indispensable para las edificaciones gigantescas que levantaban. Una parte, al menos, de la madera empleada para la gran barca de Kheops (descubierta en 1954) es de cedro del Líbano. La península del Sinaí, los desiertos este y oeste, fueron recorridos regularmente por las expediciones que buscaban materias primas, minerales metalíferos o piedras para los talleres reales. De esta manera la estatua sedente de Khefren, de El Cairo, ha sido tallada en un bloque de diorita —gneis procedente de una cantera situada en el desierto occidental, a unos 65 km al noroeste de Abu Símbel—. ¿Cuál fue la actitud de la dinastía frente a los libios? No se sabe, pero es probable que al menos supiera contenerlos, si no llegó a controlar su territorio.

Los dos hechos esenciales de la IV Dinastía son, por una parte, el desarrollo y el perfeccionamiento de la administración real, y, por otra, el progreso del arte. Al lado de los monumentos reales citados a lo largo de la exposición de cada uno de los reinados, aparecen monumentos privados: estatuas de príncipes, princesas o altos funcionarios, relieves y pinturas en las tumbas de los particulares. Estos se limitan aún frecuentemente a la representación de las ofrendas y de la comida funeraria, pero las escenas de la vida privada que constituyen la riqueza de las mastabas de la V Dinastía comienzan a aparecer. Por último, las artes menores, tal como nos han sido reveladas por el mobiliario de la reina Heteferes, mujer de Snefru y madre de Kheops, atestiguan un gusto exquisito y una perfección técnica que será igualada en tiempos posteriores, pero jamás superada.

V. LA V DINASTÍA

Mientras que la dinastía de los constructores de pirámides plantea aún numerosos problemas en lo que concierne al orden

de sucesión, se conoce bien, por el contrario, la duración de los reinados e incluso el número de faraones que han pertenecido a la V Dinastía, los nueve soberanos que la componen, al menos en lo que se refiere a sus nombres y épocas. La dinastía se establece de la manera siguiente:

	Duración del reinado según:			
	Papiro de Turín		*Manetón*	
1. Userkaf	7	años	28	años
2. Sahure‘	2 a 14	»	13	»
3. Neferirkare‘-Kakai	+ de 10	»	20	»
4. Shepseskare‘-Izi	7	»	7	»
5. Neferefre‘-Raneferre‘	+ de 1	»	20	»
6. Neuserre‘-Ini	11	»	44	»
7. Menkauhor	8	»	9	»
8. Djedkare‘-Isesi	28 o 39	»	44	»
9. Unas	30	»	33	»
	116	años	248	años

Las cifras dadas por Manetón parecen demasiado altas a juzgar por las del Papiro de Turín y por las más altas conocidas por los monumentos. Si se tiene en cuenta que dos de las cifras del Papiro de Turín se han perdido y que algunas de las etapas dadas por esta fuente son muy exiguas, se puede establecer que la dinastía permaneció en el poder durante ciento treinta años aproximadamente (2480 a 2350).

Según los monumentos y las fuentes que tenemos a nuestra disposición, no existió ruptura alguna entre la IV y V Dinastías. Parece, en efecto, que Userkaf, primer rey de la V Dinastía, había sido un descendiente de una rama menor de la familia de Kheops, un nieto de Didufri. Siguiendo la costumbre establecida, consolidó sus derechos a la corona casándose con una des-

cendiente de la rama primogénita, hija de Micerino. De esta manera, la V Dinastía sucede a la IV de forma similar a como ésta había sucedido a la III, y, sin embargo, un relato popular del final del Imperio Medio (*Papiro Westcar*) representa su advenimiento de un modo completamente diferente: bajo el reinado de Kheops el dios Re‘ en persona habría engendrado a los tres primeros reyes de la V Dinastía. Su madre habría sido Redjedet, mujer de un gran sacerdote de Heliópolis. Aunque falso, el relato es interesante porque pone de manifiesto el carácter esencial de la historia de la V Dinastía: la importancia del dios Re‘ de Heliópolis y de su hija Hathor, así como posiblemente de su sacerdocio. A partir de la V Dinastía es cuando el título de «hijo de Re‘» aparece regularmente en la titulación real. El relato popular no hace más que interpretar a su manera el origen del título real. La Piedra de Palermo enumera las numerosas construcciones de templos y las donaciones piadosas de la dinastía, y Heródoto, por su parte, ha respetado la tradición del fervor religioso que distingue a los reyes de la V Dinastía.

Userkaf hizo construir su pirámide en Saqqarah, cerca de la pirámide escalonada; en ella se ha encontrado una admirable cabeza real que había pertenecido a un coloso. La pirámide funeraria de Userkaf, como todas las de la dinastía, es mucho menos importante que las de Gizeh, pero, sobre todo, en lugar de estar como estas últimas, enteramente construidas con bloques aparejados, se componen de un núcleo de mampostería suelta, y aun de un simple relleno, revestido de piedras talladas. Por esto han resistido muy poco al tiempo y en la actualidad no presentan más que cúmulos de piedras amorfas. Userkaf y sus sucesores, hasta Isesi, consagran una parte mínima de sus riquezas a la edificación de sus monumentos funerarios, pero todos ellos construyen templos al dios Re‘. Todavía no se ha explicado de manera satisfactoria el hecho de que cada uno de ellos juzgara conveniente edificar un templo personal a la divi-

nidad tutelar. Además, esta práctica desaparecerá antes del final de la dinastía, al romper definitivamente con ella Djedkare‘-Isesi y Unas.

Aunque los textos atestiguan que existieron seis templos de Re‘, solamente se han encontrado y excavado dos de ellos, el de Userkaf y el de Neuserre‘. Están compuestos por un obelisco erigido en un amplio patio abierto y construido sobre una gran basa en forma de tronco de pirámide, símbolo sin duda de la colina primitiva surgida del caos originario; delante de él se encuentra un gran altar para los sacrificios. Se llega al templo por una rampa cubierta que subía desde el valle. Alrededor del patio central se encuentran las construcciones anejas para vivienda de los sacerdotes y la preparación de los sacrificios. Fuera del recinto amurallado, en el lado sur, se había construido una barca gigante, representación de la barca en la que se creía que el Sol recorría su periplo celeste diario. Estos templos estaban decorados con escenas en relieve, una especie de himnos en imágenes en honor de Re‘. En ellas están representadas las estaciones, así como la flora y la fauna creadas por el dios.

Del reinado de Userkaf en sí solamente se sabe que, quizá como reacción contra la autocracia de los grandes faraones de la IV Dinastía o por otras razones mal conocidas, comienza a aumentar el poder de las grandes familias provinciales. Userkaf no reina más que siete años, según el Papiro de Turín.

Sahure‘ sucedió normalmente a Userkaf. Aunque el Papiro de Turín no le concede más que doce años de reinado, permaneció en el poder catorce años si se da crédito a la Piedra de Palermo. Inauguró la necrópolis real de Abusir, al norte de Saqqarah, que debía ser la del resto de la dinastía. Los muros de los templos funerarios ya están decorados con relieves, y estos últimos son los que nos proporcionan algunos datos sobre el reinado de Sahure‘.

Sabemos que emprendió campañas contra los libios (capturó a la mujer y a los hijos de su rey) y contra los beduinos del noreste. La representación de osos sirios en una pared, y especialmente la de barcos egipcios de altura en los que aparecen extranjeros barbados, indican que Sahure', siguiendo la tradición de la IV Dinastía, estaba en contacto con la costa sirio-palestina. Además, la Piedra de Palermo nos da a conocer que envió una expedición al lejano país de Punt, próximo a la costa de los somalíes, y una estela con su nombre nos ha revelado que él también utilizó la cantera de diorita-gneis, al noroeste de Abu Símbel, de donde proviene la estatua de Kheops de El Cairo, lo que implica el control de la baja Nubia y, quizá, el de la alta Nubia.

Kakai (*Neferirkare'*) era hermano de Sahure'. Su reinado duró por lo menos diez años, según la Piedra de Palermo. Manetón le concede un período de veinte años de duración, y, sin embargo, Kakai no tuvo tiempo de terminar los templos de su pirámide, que fueron concluidos por sus sucesores. Al parecer, durante su reinado fue cuando se grabó la Piedra de Palermo, y se poseen archivos en papiro, compuestos hacia el final de la dinastía, que se refieren a la administración de su templo funerario.

Los sucesores inmediatos de Neferirkare'-Kakai, *Shepseskare'-Izi* y *Neferefre'* (*Raneferre'*) apenas nos han dejado más recuerdo que su nombre y la duración de su reinado; el primero permanecería siete años en el poder, y el segundo, conocido por Manetón, habría reinado veinte años. A estos soberanos, prácticamente desconocidos, les sucede *Neuserre'-Ini*, algo más conocido gracias a las ruinas de su conjunto funerario de Abusir. Reinó, sin duda, durante una treintena de años, y sus monumentos muestran que, como Sahure', envió expediciones militares, especialmente al Sinaí.

El séptimo soberano de la dinastía, *Menkauhor*, que reinó ocho años, no dejó más que su nombre grabado en una roca del Sinaí. Pero *Djedkare'-Isesi*, que le sucedió, tuvo el más largo reinado de la dinastía. En efecto, los archivos del templo de Kakai, que se remontan a su reinado, mencionan el veinteavo censo de ganado. Como éste se efectuaba cada dos años, Isesi debió permanecer en el poder por lo menos treinta y nueve años. Se encuentran los rastros de expediciones de su época al Sinaí, al Uadi Hammamat, en las canteras cercanas a Abu Símbel. Uno de sus funcionarios nos hace saber que recogió en Egipto a un enano del país de Punt, y, por último, se han encontrado objetos con el nombre de Isesi en Biblos.

Unas, el último rey de la V Dinastía, tuvo, como su predecesor, un largo reinado, de por lo menos treinta años (Papiro de Turín). Es el primer faraón que inscribe en las cámaras subterráneas de su pirámide largos textos religiosos. Estos *textos de las pirámides* son los que mejor nos informan sobre la religión funeraria real de la época antigua. A veces se encuentran datos sobre el estado del Egipto predinástico en compilaciones de fuentes extremadamente antiguas. Las escenas grabadas en las paredes de la calzada que lleva el templo funerario representan, entre otras: una jirafa, asiáticos en barcos de altura, una batalla entre egipcios y extranjeros y, finalmente, unos egipcios enflaquecidos por una época de carestía. Estas escenas, de una notable calidad artística, nos informan sobre el reinado de Unas menos de lo que se podría esperar, pues las leyendas que las acompañan están destruidas; sin embargo, son suficientes para demostrar que Unas realizó una política activa con respecto a los pueblos próximos a Egipto.

Con Unas termina la V Dinastía. Ésta nos ha dejado menos monumentos reales que la de los constructores de las grandes pirámides; en cambio, bajo su reinado, los particulares se han ido acostumbrando poco a poco a decorar sus tumbas, o *masta-*

bas (de un nombre árabe que hace alusión a la forma exterior de estos monumentos), con escenas de la vida privada. Estas escenas, en las que los artistas del Imperio Antiguo dieron libre curso a su inspiración y a su fantasía creadora, constituyen una fuente incomparable de conocimientos no sólo del arte, sino también de la cultura egipcia de esta época. Por lo demás, su propia riqueza nos demuestra de manera suficiente que el poder real ha comenzado a debilitarse. Existe gran diferencia entre Kheops, soberbiamente enterrado en su gigantesca pirámide, fuera de toda comparación con las tumbas de sus funcionarios que se agrupan en torno a él, y Unas, cuyo monumento funerario sólo se distingue ya de los de sus funcionarios por la forma misma de la pirámide que, además, es ahora mucho más reducida.

La decoración de las tumbas contemporáneas de la V Dinastía, como las de los llamados Ti, Mereruka y Ptahhotep, entre otros, puede soportar la comparación con los relieves de las calzadas reales. Este debilitamiento del poder real se va a acelerar durante la dinastía siguiente y va a alterar ya las características de la civilización del Imperio Antiguo. Por esto es por lo que conviene volver a observar ahora lo que fue la civilización egipcia a lo largo de las III, IV y V Dinastías, que señalan el apogeo del Imperio Antiguo.

VI. LA CIVILIZACIÓN EGIPCIA DURANTE EL IMPERIO ANTIGUO

Durante el Imperio Antiguo Egipto se convierte en una de las grandes civilizaciones de la Antigüedad preclásica. El faraón reina sobre un país que se extiende desde la segunda catarata, por lo menos, hasta las costas del Mediterráneo. Por su extensión, Egipto es, pues, uno de los estados más poderosos, o el más poderoso de esta civilización; por su arte es uno de los más

importantes. Por estas razones es necesario tener una visión de conjunto del Egipto del Imperio Antiguo.

a) La organización política y administrativa

Como hemos tenido ocasión de demostrar, Egipto no pudo prosperar hasta que los trabajos exigidos para la utilización y el control de la crecida del Nilo se realizaron al tiempo en todo el país. Estos trabajos necesitan una administración competente. Durante el Imperio Antiguo, como en la época arcaica, el «encargado de la excavación de los canales» (*adj-mer*) es el jefe de la provincia, del nomo, y depende directamente de la autoridad real. Al título antiguo de *adj-mer* añade los de «jefe del castillo» y «conductor del país»; es el que está encargado del censo, que se realiza cada dos años, y de la justicia. En realidad es probable que el *nomarca* reúna en su persona, y para la totalidad de su provincia, todos los poderes que posee el rey sobre el conjunto del país.

Es posible que la gran autoridad del jefe de provincia haya sido moderada por un control de la administración central, pero estamos mal informados sobre la organización administrativa real de Egipto durante el Imperio Antiguo. La única fuente de que disponemos para estudiarla está extraída de las enumeraciones de títulos grabados en las paredes de las tumbas de los funcionarios. Ahora bien, estos títulos tienen un valor evidentemente muy desigual. Algunos son incluso únicamente honoríficos: títulos antiguos de la época arcaica que ya no tienen un contenido real, como «compañero único», «conocido del rey», «encargado de Hieracómpolis», etc., o títulos creados con la única intención de satisfacer la vanidad del difunto, tales como los precedidos por la expresión «jefe de los secretos», «jefe de los secretos de las cosas que un solo hombre ve», «jefe de los

secretos del rey en todo lugar», etc. Los títulos que se refieren al servicio personal del rey tienen, sin duda, una mayor realidad. Algunos funcionarios están encargados del guardarropa real (taparrabos, coronas, pelucas, sandalias), o de su conservación, como los lavanderos. Los médicos pertenecen a esta categoría de funcionarios y, también, según parece, los jefes de los artesanos encargados de la dirección de los talleres de tejidos, de metalurgia, de carpintería, etc., que proveían a las propiedades reales y a la corte de todos los objetos manufacturados indispensables para la vida cotidiana. Las listas de títulos mencionan, por último, a numerosos sacerdotes vinculados al culto en los templos divinos o bien en los templos funerarios de los faraones. Por otra parte, se observa que este clero no es especializado: de hecho los funcionarios civiles ostentan frecuentemente títulos sacerdotales.

De hecho, toda autoridad proviene del rey que es el jefe real de la organización administrativa del país en su conjunto. Si se le aplicaran al pie de la letra los epítetos que le califican, habría que ver en él a un verdadero dios sobre la tierra: «hijo de Re‘», descendiente de Horus, es por excelencia el «dios bueno» (*neter nefer*), de quien depende el orden universal. La cuerda o «cartucho» que rodea su nombre y que aparece durante el Imperio Antiguo es posiblemente un símbolo del curso del sol alrededor del mundo. Como el astro celeste, el faraón sería, pues, el dueño del universo. La realidad es más modesta y G. Posener ha demostrado que el faraón, lejos de ser omnipotente, no dudaba en recurrir a los médicos para que curasen a sus propios servidores. Pero si el rey no es un «dios», en el sentido que hoy damos a esta palabra, participa, sin embargo, de la «naturaleza» divina. Según la creencia popular, el dios Re‘ en persona se había unido a una mujer para engendrar los primeros reyes de la V Dinastía; así, pues, el poder real es de origen divino, hecho del que se deriva la importancia de la sangre en la transmisión

de la autoridad, importancia que se revela en cada cambio de dinastía. Durante el Imperio Antiguo, el primer soberano de una nueva línea dinástica procede siempre de una rama menor de la dinastía precedente, y es frecuente que confirme su autoridad por medio de la unión con una hermanastra descendiente de la rama primogénita.

Monarca por derecho divino, el rey tiene todos los poderes: administrativo, judicial, militar y religioso. Como le es imposible ejercerlos personalmente sobre todo el país, se hace ayudar. Parece ser que, en la época arcaica, e incluso bajo la III Dinastía, el «canciller del bajo Egipto» era quien dirigía la administración central. Con la IV Dinastía y Snefru, el puesto más elevado lo ocupa el visir (*taty*). Es muy posible que esta función existiera ya bajo la III Dinastía: por ejemplo, Imhotep desempeñaba el papel de visir, pero este título no figura de forma indudable hasta la dinastía siguiente. A la vez, el título de «canciller del bajo Egipto» cae en desuso y queda reemplazado por el de «canciller del dios», la palabra dios designa en esta ocasión al faraón reinante. Los «cancilleres del dios» tienen a menudo a su cargo la dirección de las expediciones reales a las minas, a las canteras o al extranjero.

El visir es un auténtico *alter ego* del rey, y ésta es la razón por la que suele parecer que pertenece a la familia real. Así, el primer visir conocido, Nefermaât, parece ser hijo de Huni y, por tanto, hermanastro o hermano de Snefru. Lo mismo sucede bajo Kheops y Khefren. Entre las muchas atribuciones del visir es menester mencionar la justicia; es el gran maestro de los «seis tribunales» y, en virtud de este título, posee también, a partir de la V Dinastía, el de «sacerdote de Maât», diosa de la verdad, de la justicia y del orden universal. De hecho, el visir vigila toda la administración, tanto la del tesoro, el arsenal y los trabajos agrícolas o públicos como los servicios de la corte. Es asistido por los «jefes de misión» y se puede suponer que éstos son los en-

cargados de asegurar el control y la conexión con la administración provincial.

El tesoro es uno de los más importantes de los «departamentos» administrativos. En su origen estaba compuesto por una «casa blanca» y por una «casa roja», pero en el Antiguo Imperio se unificaron bajo el nombre de «doble casa blanca». Allí se recogían los cereales, lino, pieles, cuerdas, etc., recibidos a modo de tributo. Estas mercancías se almacenaban en el «doble granero», dirigido por un «jefe del doble granero». Cada nomo disponía de su doble granero, imprescindible para remunerar al personal administrativo de la provincia y organizar los trabajos de interés general: diques, canales, etc. De hecho, Egipto sólo conoció la moneda muy al final de su historia y, en consecuencia, todos los servicios se pagaban en especie, los altos funcionarios percibían los beneficios de las propiedades particulares que les habían sido asignadas, entre los pequeños funcionarios y los obreros se distribuían géneros indispensables: pan, bebida y vestidos. El antiguo título de *imakhu* (literalmente, «alimentad») hace alusión a este sistema por el cual el servidor y el funcionario eran esencialmente unos «alimentados» por el rey.

Para funcionar bien, esta organización exige una descentralización extrema: el tesoro debe estar capacitado para distribuir rápidamente las reservas que almacena sobre todo el territorio. El «tesoro central», situado en la capital, Menfis, en el Imperio Antiguo, no debía guardar en especie nada más que lo que era necesario para el abastecimiento de la propia capital, de la corte y del ejército de funcionarios de la residencia; el resto de las reservas estaba distribuido en los graneros provinciales. Pero para que el país pudiera administrarse eficazmente era necesario que el tesoro central conociera con exactitud las reservas de los diferentes depósitos de provincias; de ahí la necesidad de una correspondencia administrativa importante. Por ello uno de los cargos esenciales del visir era la custodia de los archivos, donde

se conservaban los decretos reales, títulos de propiedad, contratos y testamentos, y que permitía, entre otras cosas, el control de los tributos que debían al tesoro.

No es exagerado afirmar que, en definitiva, la organización administrativa de Egipto reposaba sobre el «escriba». En efecto, es él quien, a nivel provincial, contabiliza los bienes y controla las entradas y, a escala central, reúne y clasifica la documentación venida de las provincias, documentación que, a su vez, sirve de base a la administración propiamente dicha que dirigen el visir y sus asistentes. Desde la I Dinastía por lo menos, las oficinas egipcias disponían de un material incomparable para la escritura: el papiro. Obtenidos a partir de las fibras internas del tallo del *cyperus papyrus*, los «rollos» de papiro eran ligeros, flexibles y manejables. Permitían a los escribas realizar fácilmente todas las operaciones indispensables de la administración: relación del personal y del material, contabilidad, registro de los decretos y de las actas, puesta al día del catastro, etc. Su único defecto es el de ser sensibles a la humedad, y, sobre todo, al fuego, con la consecuencia, trágica para el historiador, de que los documentos escritos sobre papiro que habrían permitido el estudio de la administración durante el Imperio Antiguo han desaparecido hace largo tiempo, salvo raras excepciones.

Uno de los motivos frecuentes del arte egipcio del Imperio Antiguo es la representación del escriba: en cuclillas sobre una estera, con el rollo de papiro en la mano izquierda, el «pliego» bien sostenido sobre las rodillas y los ojos atentos, parece dispuesto eternamente a escribir al dictado o a releer la última frase que acaba de trazar con su pincel, un simple segmento de junco con la punta afilada. El escriba es el engranaje obrero de toda la organización egipcia y nos gustaría conocer mejor cómo se preparaba para desempeñar las múltiples tareas que le incumbían. En fecha posterior, parece ser que cada ciudad dis-

ponía de una «casa de vida» (*per-ânkh*) donde se formaba a los escribas. No es imposible que el Imperio Antiguo haya dispuesto de centros similares.

Sin duda, los escribas se reclutaban fundamentalmente entre los hijos de los funcionarios. De todas formas no existía un sistema de castas y, por tanto, no parece imposible que un hijo de campesino llegara a escriba; todos los súbditos eran iguales ante el rey. Es razonable pensar que el azar o la protección hayan tenido tanta parte en el ascenso de un funcionario como sus capacidades personales.

El ejército, dirigido en principio por el rey, no parece haber tenido una organización especial en el Imperio Antiguo. Los nomos, en caso de necesidad, debían contribuir con contingentes de tropas formadas por los jóvenes de cierta edad. El faraón designaba después a los jefes de misión que asumían la dirección de estos contingentes y que, con ocasión de ello, tomaban un título militar que se puede traducir por «jefe de tropa» o «general». Este título se añadía simplemente a sus títulos permanentes de carácter civil. La unidad básica de la organización militar parece que fue a menudo «el barco» que servía para transportar al ejército a sus bases de partida.

b) La vida económica

La organización económica egipcia reposa enteramente sobre la agricultura, y la célula base de la vida egipcia es la propiedad agrícola. Sin embargo, está todavía en discusión el problema de la propiedad del suelo. Se ha admitido durante mucho tiempo, siguiendo el sistema en vigor de la época tolemaica, que el rey era jurídicamente el único propietario de la tierra en Egipto. Pero numerosos hechos contradicen este punto de vista (J. Pirenne): así Meten, alto funcionario del período compren-

dido entre el final de la III Dinastía y el comienzo de la IV, posee en propiedad los dominios que compra y conocemos actas de venta de propiedades. Éstas parecen alienables y, por otra parte, podían ser gravadas con servidumbres permanentes por la sola voluntad del propietario: esto es lo que ocurría comúnmente con motivo de la constitución de dotaciones destinadas a asegurar un culto funerario permanente. Por último, la propiedad podía repartirse igualmente entre los hijos a partir de la muerte de su padre. Es necesario reconocer que todo esto tiende a establecer el hecho de que la propiedad del suelo no estaba reservada al rey. Uno de los rasgos característicos de la propiedad egipcia es el de su parcelación y su débil extensión: Meten, al que se puede considerar como un gran propietario, no poseía más que 125 hectáreas (75 en propiedad y 50 agregadas a su cargo) que estaban dispersas por diferentes nomos.

Al lado de las tierras que se pueden calificar como de derecho común existían las indiscutiblemente reales, llamadas *khentiu-she*, que se arrendaban a funcionarios especiales. Parece que muchas de ellas estaban situadas en el límite del desierto. Eran las tierras ganadas a este último gracias al perfeccionamiento del sistema de irrigación y a la extensión de los canales, y de este modo podían dedicarse a la horticultura o a pastos. Estas tierras eran las que empleaba el faraón para las dotaciones a los templos o a particulares y, fundamentalmente, para asignar las rentas destinadas a sostener el culto funerario.

La vida agrícola egipcia, fuente de toda riqueza, está sólidamente regulada por el Nilo a medida que las aguas de la crecida se retiran. A partir de fines de septiembre, el campesino aprovecha para sembrar la tierra todavía húmeda, es decir, semilíquida; basta con hacer pasar a continuación un rebaño por el campo para que el grano quede enterrado. Si la tierra está poco impregnada de agua o ya seca, el cultivador desparrama los

granos por el suelo y los entierra inmediatamente con una azada o un arado.

Los dos grandes cultivos fueron el trigo duro o espelta y el lino; sin embargo, también se conocían la avena y el mijo. El trigo era la base de la alimentación; transformado en pan, y, a partir del pan, en cerveza, totaliza de tal forma la alimentación que la expresión «un pan-cerveza» es sinónimo de una comida completa. Una vez sembrados los campos, el agricultor consagraba gran parte de su tiempo a los cultivos hortícolas: cebollas, pepinos, ajo, lechuga y puerros. De hecho, aunque los grandes cultivos necesitaban poco riego o podían pasarse sin él, los cereales y el lino sólo crecían gracias, al parecer, a la humedad acumulada en el suelo durante la inundación; los cultivos hortícolas exigían un riego regular. Nada indica que el Imperio Antiguo haya conocido el *shaduf*. Por tanto, el campesino debía sacar el agua del río para los cultivos que se extendían en sus riberas, o bien del estanque que existía en cada jardín.

Cuatro o cinco meses después de la siembra que había tenido lugar durante la estación *peret*, comenzaba la siega, que ocupaba la mayor parte de la estación *shemu*. El trigo se cortaba hacia la mitad del tallo por medio de una hoz; el lino se desgargolaba una vez arrancado. Los cereales, después del espigado sobre un área circular que pisoteaba un rebaño, se aventaban y almacenaban en silos cilíndricos bajo la mirada atenta de los escribas que contaban los sacos a medida que los campesinos los vaciaban en las trojes. Una vez realizado esto, sólo quedaba esperar la nueva inundación que, con la estación *akhet*, iría a cubrir de nuevo los campos desecados por el ardiente sol de junio y julio.

Pero el Egipto del Imperio Antiguo no dependía sólo de los grandes cultivos para su subsistencia. La ganadería, la caza y la pesca aún representaban un papel importante en la vida económica del país. Se sabe que en la época predinástica y arcaica los egipcios realizaron múltiples pruebas de domesticación: inclu-

so intentaron aprisionar a las hienas para la caza y la alimentación. Aún se continúan estos experimentos durante el Imperio Antiguo: algunos antílopes, fundamentalmente los órix, fueron domesticados y sirvieron como carne de igual categoría que la del buey. Entre las aves, al lado de numerosas especies de patos y ocas domésticas, se domesticaron las grullas y los pelícanos en los corrales de las grandes mansiones.

La ganadería, a la que se debía dedicar una parte notable de la población, se hacía en dos tiempos. En el primero, el rebaño vivía en libertad absoluta en las grandes praderas naturales, situadas sin duda en los territorios del valle próximos al río o aún mal drenados. Los pastores vivían con su rebaño y le seguían en sus desplazamientos, guiaban las vacas, las asistían en el parto y cuidaban de las terneras cuando había que atravesar un brazo de agua o un pantano profundo. En un segundo tiempo, los ganaderos seleccionaban algunos animales que transportaban a granjas especializadas en la cría, donde se agregaban al resto en los fértiles pastos y después se cebaban a la fuerza. Estos animales eran los que abastecían de carne la mesa real y los altares de los dioses. Un funcionario especial, el *heri-udjeb*, era el encargado de inspeccionar las últimas operaciones. Para el laboreo de los campos, los agricultores del Imperio Antiguo utilizaban el asno, que les servía de bestia de carga fundamentalmente para la siembra, el transporte y la trilla. Raramente se utilizó a la vaca para tirar del arado. El caballo no aparecerá hasta el año 1700 y el dromedario todavía más tarde.

La cría de las aves también se practicaba en dos tiempos. Los animales eran dejados primero en libertad relativa en un corral inmenso, con un estanque y provisto abundantemente de granos. Después, las aves, ocas o grullas, se cebaban con bolas de alimento hasta que estaban a punto para el asador. Granjas especializadas se ocupaban de la cría de aves y numerosos escribas estaban encargados de controlar su buena marcha.

A los altos funcionarios del Imperio Antiguo les gustaba ser representados en el acto de cazar, en el desierto o en las marismas. La caza del desierto tenía, según parece, un doble propósito: complementaba el aprovisionamiento de carne y proporcionaba nuevos objetos de experimentación a los ganaderos; ésta es la razón por la cual la caza con arco aparece junto a la caza con lazo, que permitía atrapar vivos a los animales. Los cazadores se hacían ayudar por galgos africanos. Por otra parte, y al lado de este fin utilitario, la caza tenía, sin duda alguna, un carácter religioso: los animales del desierto tenían, por esta misma razón, un carácter maléfico, ya que dependían del dios Seth, hermano y enemigo de Osiris, y, por tanto, era necesario destruirlos. Este papel religioso ritual que se adivina en la caza de los animales del desierto también se encuentra en la del hipopótamo, cuyo carácter religioso se remonta a la época predinástica. No sólo practicaban la caza los privilegiados de la fortuna, sino que también se encargaba de ella un cuerpo de especialistas, los *nuu*, quienes, al parecer, compartían esta actividad con la de guardia fronterizo.

Finalmente, Egipto extraía grandes recursos de las marismas, que le proporcionaban el papiro, indispensable para la administración y con el cual se fabricaban cuerdas y redes, así como embarcaciones ligeras para la pesca y la caza en las espesuras de los pantanos. De hecho, el pescado era una de las bases de la alimentación. Para conseguirlo todos los medios eran buenos: utilizaban una gran traína que exigía un numeroso equipo de pescadores, nasas de diversos tamaños, cañas individuales con anzuelos y, por último, arpones para las especies más grandes. El pescado se preparaba en el mismo lugar, se abría en dos y se ponía a secar inmediatamente. Los pantanos eran también el lugar de refugio de numerosas aves de paso, y los egipcios las aprovechaban para repoblar sus corrales: se

tendían grandes redes sobre la marisma que, a una señal del ojeador, se cerraban sobre sus presas.

La propiedad egipcia, con sus campesinos que practican el cultivo a gran escala y la jardinería, con sus pastores y ganaderos que multiplican la riqueza pecuaria y con sus cazadores y pescadores, formaba una unidad económica tanto más autosuficiente cuanto que se complementaba con los talleres donde los artesanos preparaban los útiles necesarios para la explotación y transformaban la materia prima en productos acabados. Realmente sólo conocemos estas fincas por las representaciones de las mastabas, pero es evidente que al lado de las propiedades privadas existían también las reales y las de los templos.

Todas las propiedades, privadas o eclesiásticas, estaban sometidas a la obligación de tributar al tesoro. Pero, a partir de la V Dinastía, el rey adquirió la costumbre de conceder inmunidades a los templos y a los particulares y la de donar algunas propiedades de la corona a los particulares, principalmente para que pudieran organizar el culto funerario, o a los templos para que pudieran mantener el servicio de las ofrendas divinas. Esta doble práctica contribuyó a reducir los ingresos del estado y será una de las causas del hundimiento del Imperio Antiguo.

La agricultura es la base de la economía egipcia, pero es insuficiente para suministrarle algunos de los productos indispensables para el desarrollo de la civilización. En efecto, Egipto carece de madera de construcción, de la que necesita tanto para sus construcciones navales, extremadamente importantes, ya que todos los transportes se realizan por vía fluvial, como para la edificación de los templos y palacios. Además, el valle del Nilo propiamente dicho no posee yacimientos mineros: los existentes están situados en la periferia, sobre todo en el macizo montañoso del desierto arábigo y, a veces, bastante alejados del río. Ahora bien, el desarrollo de la economía exige que Egipto posea una cantidad cada vez mayor de metal. Precisa, por tanto,

procurarse madera y cobre, a los cuales hay que añadir las piedras raras o semipreciosas necesarias a los joyeros y fabricantes de vasos y el incienso indispensable para el culto diario.

Pese a todo lo expuesto, no parece que haya habido, en la época primitiva ni durante el Imperio Antiguo, comerciantes o negociantes particulares que hayan ido al extranjero a cambiar los productos egipcios por las materias primas que faltan en el valle del Nilo. Las expediciones comerciales dependen esencialmente del rey y pueden ser muy importantes: Snefru, como ya hemos visto, envió una verdadera flota de 40 navíos a la costa sirio-palestina, y Sahure‘ mandó que se realizara por lo menos una expedición a la costa de Somalia para traer incienso. La península del Sinaí era visitada regularmente por los egipcios para recoger turquesas y, posiblemente, cobre. Este metal procedía también de las minas del desierto oriental, quizá de Nubia. La cantidad de cobre extraído es considerable, pues Sahure‘ puede mandar hacer, para su pirámide, un tubo de desagüe de cobre a lo largo de la calzada de más de 300 m de longitud. El oro se explotaba en las minas orientales y llegó a ser lo suficientemente abundante para servir de patrón de referencia en las transacciones: la unidad es el *shat*, de unos 7 gr. En fin, son numerosas las expediciones reales hacia las canteras de piedra de los desiertos orientales, occidentales o meridionales que proporcionan las piedras duras requeridas por los arquitectos, escultores y fabricantes de vasos.

Al lado de este gran comercio de exclusiva competencia real, el pequeño comercio no parece exigir la existencia de una clase particular de la población. Los servicios se pagan en especie y el pueblo parece que se conforma con cambiar lo que le sobra por los productos que desea. Nos han llegado algunas representaciones en donde se ve a un hortelano cambiar verduras por un abanico o a un campesino un líquido, acaso cerveza, por sandalias. El patrón de valor permitía las transacciones más impor-

tantes: un funcionario, por ejemplo, vende una casa por muebles valorados en 10 *shats* de oro; del mismo modo, para simplificar su contabilidad, los escribas de la V Dinastía valoraron en *shats* las diferentes mercancías remitidas al tesoro en concepto de tributo. Sin embargo, este patrón de referencia no se traduce materialmente en una verdadera moneda, y, si quiere subsistir, el individuo no cuenta más que con su situación en la organización social del país, sea funcionario, labriego o artesano de una propiedad o que haya heredado de sus padres tierras suficientes para vivir de sus rentas.

c) La organización social

En la cúspide de la escala social se encuentran el rey y la familia real, que puede ser muy numerosa, pues al parecer el soberano, a diferencia de sus súbditos, puede tener varias esposas legítimas, llevando el título de reina la primera en contraer matrimonio con él. Fuera de la familia real no parece que haya habido verdadera nobleza hereditaria. La corte está formada por los altos funcionarios y los servidores personales del soberano. Sin embargo, las necesidades del culto funerario tienden a convertir en hereditarias las funciones, de manera que una clase dirigente hereditaria está en vía de formación bajo el Imperio Antiguo, pero el proceso todavía no está terminado.

Los funcionarios son principalmente los escribas. Saber leer, escribir y contar es condición suficiente, pero indispensable, para hacer una carrera administrativa. La literatura egipcia, a partir del Imperio Medio, tomará como tema favorito de sus composiciones la oposición entre la fácil vida del escriba y el duro trabajo de las otras clases. Hemos visto que no hay una casta de escribas propiamente dicha, pero éstos tienden a reclutarse entre las familias de funcionarios.

La función pública, cuando alcanza a los puestos superiores, es fuente de riqueza, y los altos funcionarios se aprovechan de esta ventaja para adquirir propiedades que legan a sus descendientes. Es posible, por tanto, que se esté formando una clase de propietarios territoriales que viven de las rentas de sus fincas. No obstante, la formación de semejante clase está fuertemente frenada por la costumbre egipcia de que a la muerte de los padres el caudal familiar se reparta por igual entre todos los hijos, excepción hecha de la parte legada a título inalienable para asegurar el culto funerario del padre. De esta manera la propiedad privada tiende a convertirse en bienes inalienables.

Por debajo de los escribas se hallan los labriegos y los artesanos. Se observa una acusada especialización de la mano de obra en las propiedades rústicas: el labriego propiamente dicho sólo se ocupa de los grandes cultivos, cereales y lino, los pastores son quienes cuidan el ganado y los pescadores y cazadores se agrupan en equipos que se dedican respectivamente a la pesca y a la caza. Ocurre igual entre los artesanos: molineros, carpinteros, alfareros, canteros, tallistas, fundidores y orfebres, etcétera. Los trabajos importantes se hacían por medio de levas, posiblemente reclutadas sobre todo entre los campesinos; pero una vez acabada la cosecha quedaba libre esta mano de obra, por lo menos en parte del verano (*shemu*), para cuidar los diques y canales a fin de prever la próxima inundación. El período de casi tres meses en que Egipto quedaba inundado liberaba a su vez a una gran parte de la mano de obra; sin duda es en este momento cuando se construían las pirámides y los monumentos erigidos en el desierto, al abrigo de la inundación. Una vez llegada, la inundación facilitaba los transportes, que se hacían por medio de barcas, lo que acortaba sensiblemente los trayectos, por ejemplo, de las canteras a los monumentos.

Por falta de documentos se conoce mal la situación jurídica de las diferentes clases de la población. Es muy posible que la

población rural estuviera más o menos adscrita a la tierra, aunque algunos contratos de trabajo hicieran posible la existencia de una mano de obra independiente de las propiedades territoriales. No existía en absoluto el esclavo tal y como se ha conocido en la Antigüedad clásica: si algunos actos jurídicos dan fe de ciertas transacciones que afectaban a las tierras junto con los campesinos que las cultivaban, en cambio no se ha encontrado en los testamentos (*imyt-per*) legados que transmitan servidores o sirvientas a los herederos. Naturalmente nuestros conceptos de libertad y servidumbre pierden bastante de su contenido cuando se aplican a una sociedad en la que para vivir era necesario estar integrado en una propiedad territorial o en una función que constituía, en ausencia de otro medio de intercambio, la única posibilidad de procurarse alimento y vestido.

d) La religión

Heródoto ya constató que «los egipcios son los más religiosos de los hombres», y, en efecto, la religión ocupa un importante lugar en la civilización faraónica. Se la puede considerar bajo dos aspectos: el culto divino propiamente dicho y la religión funeraria. Desde el comienzo del Imperio Antiguo, esta última va adquiriendo una importancia creciente hasta formar algo distinto, en algún aspecto, a la religión como tal, aunque los mismos dioses se encuentran en ambos cultos. Mientras que la religión propiamente dicha es local, cada provincia o nomo tiene su dios principal y sus dioses secundarios, la característica de la religión funeraria es la universalidad: los dioses que presiden el culto de los muertos son los mismos para todo Egipto y los ritos de inhumación son idénticos desde la primera catarata hasta el Mediterráneo, por lo menos en la época histórica.

Aparte de los templos solares de la V Dinastía, se conocen pocos en el Imperio Antiguo. La mayoría de los santuarios de esta época fueron destruidos, o estaban ya en ruinas, durante el primer período intermedio. Es difícil, por tanto, estudiar el culto provincial que se tributaba en estos edificios. Sin embargo, los grandes centros religiosos conocieron en el Imperio Antiguo una actividad considerable. Entonces fue cuando se elaboraron las grandes leyendas mitológicas que explicaban la creación del mundo. Existen casi tantos sistemas como ciudades importantes. Los más notables son los de Heliópolis, Hermópolis y Menfis, que explicaban la creación por medio de la aparición sucesiva de parejas divinas que simbolizaban las grandes fuerzas de la naturaleza. Los nombres y el número de estas parejas varían según los sistemas. Al lado de esta religión erudita elaborada por el clero de los grandes templos, la religión popular, difícil de estudiar, parece estar relacionada con el culto de los animales sagrados cuyo origen se remonta al predinástico: el buey Apis, uno de los más populares de estos dioses, se conocía ya desde la I Dinastía. Es ésta misma la que, al parecer, elabora las grandes leyendas que conocemos solamente por medio de referencias tardías: el ciclo solar y el ciclo de Osiris constituyen el núcleo de estas leyendas que están repletas de rasgos pintorescos.

Los grandes dioses del Imperio Antiguo son: Atón-Reʿ, en Heliópolis; Ptah, en Menfis; Thot, en Hermópolis, y Min, en Coptos; este último es uno de los dioses conocidos desde más antiguo. Osiris, dios originario del Delta de cuya existencia se tiene constancia desde la época arcaica, adquiere cada vez más importancia, y se une poco a poco a dioses más antiguos, como Horus, el dios-halcón adorado en numerosas localidades, y Anubis, el dios-perro de Asyut. Entre las diosas se debe citar a Hathor, diosa de Denderah; a Isis, originaria del Delta, como Osiris, del que se la considera esposa ya en los primeros mo-

mentos; a Neith o Neit, de Sais; a Nekhabit o Nekhbet, diosa-buitre de el-Qab. Cada uno de estos dioses y diosas, en unión de otros muchos, se adoraba especialmente en una o varias provincias, en las cuales estaba asociado a otras divinidades para formar familias divinas. Finalmente, desde el Imperio Antiguo los teólogos utilizaron el sincretismo en amplia medida y así los de Heliópolis asimilaron a casi todos los dioses provinciales con Re'. Análogamente, en Menfis se identificó a los grandes dioses con Ptah. Esta tendencia se desarrollará a través de los siglos para alcanzar su apogeo en la época tolemaica.

La religión funeraria constituye probablemente el aspecto más característico de las creencias egipcias, y la multiplicidad de sus orígenes la hacen muy compleja. Efectivamente, posee simultáneamente: un aspecto subterráneo que se remonta a la época más antigua, cuando los egipcios del Neolítico y del predinástico creían que los muertos continuaban viviendo en el suelo donde habían sido depositados rodeados de sus armas y provisiones; un aspecto sideral que se muestra por primera vez durante el predinástico, cuando ciertos sectores de la población creían que el alma al separarse del cuerpo iba a refugiarse en las estrellas del cielo septentrional, y, por último, un aspecto solar reservado únicamente al difunto real que alcanzaba la barca del dios Sol y pasaba toda la eternidad en compañía de este último.

Hacia el final del Imperio Antiguo los tres aspectos tienden a fundirse en un solo sistema que, por ello mismo, está lleno de contradicciones. El muerto vive en un mundo subterráneo en el que gobierna Osiris, pero al mismo tiempo, gracias sobre todo a artificios mágicos, puede acompañar al sol en su curso diurno y nocturno o vivir en las praderas celestes. De todas formas, una condición parece esencial en la vida de ultratumba: es la permanencia de un soporte después de la muerte en el cual el alma, o las almas, del difunto puedan llegar a integrarse. El mejor soporte es el propio cuerpo y por esta razón surgen, des-

de el Imperio Antiguo, los complicados ritos de la momificación, destinados a conseguir que el cuerpo se conserve incorrupto. Pero, a pesar de todas estas precauciones, el cuerpo puede desaparecer, y esta contingencia puede prevenirse mediante estatuas que lo reemplacen. Fundamentalmente, a esta creencia se debe el que nuestros museos posean tal riqueza en estatuas egipcias.

Paralelamente a la evolución de las creencias que se refieren a la vida de ultratumba se van complicando cada vez más las prácticas de inhumación. Las cámaras cada vez más numerosas de las tumbas del final del período predinástico sustituyen al foso oval de las tumbas primitivas y culminan con los palacios de las tumbas reales de las dos primeras dinastías y con los conjuntos piramidales. En el Imperio Antiguo, los particulares poseen ya sus «moradas de la eternidad», las *mastabas,* que guardan múltiples estatuas y, sobre todo, escenas con una decoración en constante perfeccionamiento que, al describir las diferentes etapas de la elaboración del alimento o de los objetos de primera necesidad, como la recogida de los cereales o la fermentación de la cerveza y del vino, dan al afortunado poseedor de semejante tumba la seguridad de estar provisto eternamente con los bienes de este mundo.

La necesidad de conservar el culto funerario es la causa que determinó la rápida evolución y más tarde la decadencia del Imperio Antiguo. En efecto, para subsistir en el reino de ultratumba los muertos necesitan ofrendas que en parte quedaban aseguradas por la piedad filial de la familia, que desde entonces comenzó a reclamar en herencia la función desempeñada por el difunto para permitir al hijo ocuparse del culto funerario de su padre, y, en parte, por las rentas destinadas al mismo culto. La realeza menfita se va a empobrecer a fuerza de distribuir a sus funcionarios o a sus templos tierras reales cuyos ingresos se dedican al aprovisionamiento de las tumbas.

La mayor parte de nuestros conocimientos sobre la religión, particularmente sobre las creencias funerarias egipcias durante el Imperio Antiguo, se ha sacado de los llamados *textos de las pirámides*. Estos textos constituyen una colección de fórmulas destinadas a procurar al muerto la forma de resolver todas las dificultades que pudiera encontrar en el más allá. Están destinadas al difunto real, pero reflejan las creencias que ya se iban difundiendo por toda la población. Aparecen por vez primera en las paredes de la pirámide de Unas, y se las encontrará desde entonces en todas las pirámides de la VI Dinastía; a ello deben su nombre. Estas fórmulas datan de diversas épocas: algunas se remontan sin duda al período predinástico y hacen alusión a los sucesos políticos de este período. En ellas se distinguen dos corrientes: en una, que debió tener su origen en el sacerdocio de Heliópolis, el dios-sol Re' representa un papel esencial, y en la otra es Osiris, dios de los muertos, el que ostenta la primacía. Muchas de las fórmulas de los *textos de las pirámides* pasaron después a los *textos de los sarcófagos* del Imperio Medio, y por su mediación, al *Libro de los muertos* del Imperio Nuevo.

e) El arte

En numerosos aspectos el arte del Imperio Antiguo se puede considerar como el más acabado de toda la civilización egipcia, y precisamente de sus obras maestras tomarán modelo los artistas del renacimiento saíta. Desde la III Dinastía la arquitectura ha dado un paso decisivo; abandona, por lo menos en lo que concierne a los grandes monumentos, el ladrillo cocido para emplear la piedra. Ésta, sobre todo la caliza de Tura, cantera situada al sur de El Cairo, se utiliza primero tallada en piezas pequeñas, como si el arquitecto hubiera querido imitar en piedra la disposición de los ladrillos, pero rápidamente los arquitectos

comprenden las posibilidades que ofrece el nuevo material y comienzan a emplear bloques cada vez más grandes.

Hemos visto que en la construcción de las pirámides es donde los progresos de la arquitectura se manifiestan más rápidamente. El complejo formado por la pirámide propiamente dicha y por todos sus elementos anejos constituye una verdadera escuela para los arquitectos y sus ayudantes. Como en cada reinado se erigía un nuevo conjunto funerario, no se perdía la experiencia adquirida en la construcción precedente. De hecho, en muchos de estos casos fueron los mismos artesanos los que acabaron un monumento y comenzaron los del reinado siguiente. Esto basta para explicar los rápidos progresos existentes en el arte de la construcción a partir de Djeser.

Mientras la pirámide escalonada, por ejemplo, tiene columnas en parte adosadas a los muros, desde la dinastía siguiente los arquitectos utilizan pilares, y sin duda columnas poligonales o redondas, para sostener libremente los arquitrabes. El patio porticado se convierte en uno de los elementos característicos del repertorio arquitectónico egipcio. Los arquitectos aprenden también a aligerar la enorme masa de albañilería que gravita sobre las cámaras sepulcrales de la pirámide construyendo bóvedas de descarga encima de aquéllas.

A medida que se progresa en los detalles de la construcción, la decoración aparece en la arquitectura. Ya Imhotep había utilizado en Saqqarah los fustes de columnas estriados y fasciculados y los capiteles florales: flor de lis y papiro. Aunque la IV Dinastía parece preferir las líneas sobrias y rectilíneas del pilar cuadrado, no desaparece, sin embargo, la columna de capitel floral, que se convierte en una de las características de la arquitectura egipcia bajo la V Dinastía.

Un enriquecimiento de los materiales utilizados corresponde al refinamiento de formas. El granito, que pavimentaba las

cámaras funerarias reales de la II Dinastía, se utiliza ya en la estructura viva de los monumentos. El templo del valle de Khefren debe gran parte de su belleza al empleo de bloques monolíticos, tanto en las paredes como en los pilares y arquitrabes. El alabastro ya no se utiliza sólo en los sarcófagos, sino que también se encuentra en el pavimento de los templos.

Los escultores y pintores llegan a ser tan hábiles como los arquitectos. Tienen numerosas ocasiones de ejercer su destreza tanto para la familia del rey como para particulares. Solamente el templo funerario de Khefren llevaba más de diecisiete estatuas del rey, de tamaño mayor que el natural, y el de Micerino debía tener tantos grupos de estatuas del rey y de diversas divinidades como nomos había en Egipto, es decir, una cuarentena. Frecuentemente se utilizaban para estas estatuas reales las piedras más duras; el Khefren de diorita de El Cairo demuestra bastante bien cómo la dureza de la materia no era obstáculo para la habilidad del escultor. Las estatuas de particulares, aun siendo más pequeñas y de una materia menos rebelde, atestiguan igualmente la innegable maestría de los artistas del Imperio Antiguo. Baste como ejemplo con el «escriba sentado» del Louvre o el «sheikh el-béled» (alcalde del pueblo) de El Cairo. Los escultores no producían sólo esculturas en bulto redondo, sino que eran también muy hábiles en el relieve. Desde la IV Dinastía, pero sobre todo en la V, se decoran con escenas esculpidas en bajorrelieve, con gran perfección de estilo, las tumbas de particulares, las calzadas de las pirámides y las paredes de los templos solares.

Las estatuas y bajorrelieves estaban pintados con colores vivos pero armoniosos. El pintor no se limitaba a ser el auxiliar del arquitecto y del escultor; los frescos que les debemos igualan en calidad a las mejores obras de los escultores. Desgraciadamente, como los frescos son más perecederos que las estatuas, incluso que las de madera, la pintura sólo se conoce por

algunos monumentos muy escasos. Las célebres ocas de Meidum, pintadas en tiempos de Snefru, hacen comprender lo que ha perdido el arte con la desaparición de las pinturas del Imperio Antiguo.

Las artes menores se conocen tan mal como la pintura. Los saqueos de las tumbas sólo nos han dejado algunos objetos, representados durante su fabricación en las escenas representadas en las tumbas. El hallazgo de la tumba de Heteferes, madre de Kheops, demuestra que los joyeros y los ebanistas no tenían nada que envidiar a los pintores y escultores.

Nada nos ha llegado de las esculturas en metal anteriores a la IV Dinastía, pero los textos manifiestan que los artesanos sabían vaciar y cincelar las estatuas. La cabeza de halcón de oro de Hieracómpolis demuestra que, allí también, estas obras igualaban a las de los otros artistas.

A pesar de la inevitable pérdida de innumerables objetos a lo largo de milenios, los productos del arte del Imperio Antiguo que han llegado hasta nuestros días demuestran que ya se había conseguido una perfección que no será jamás superada.

f) La literatura

Aparte de los textos de las pirámides, la literatura desde la III a la V Dinastías no se conoce más que por algunos textos autobiográficos demasiado cortos, y por un fragmento de las *Instrucciones del rey Hordjedef*. Hay que esperar hasta la IV Dinastía para conseguir textos del Imperio Antiguo más evolucionados. Es cierto que los propios textos de las pirámides, compilados sin duda de la II a la V Dinastía, son suficientes para dar una idea de la literatura de esta época. Los egipcios muestran ya su gusto por las frases de estilo paralelístico, en las que la segunda

aserción repite la idea expresada en la primera con palabras diferentes.

Los «libros sapienciales», sobre todo los conocidos bajo el nombre de *Instrucciones de Kagemni* y de *Máximas de Ptahhotep*, contienen probablemente muchos proverbios y sentencias del Imperio Antiguo. Las primeras se remontarían al principio mismo de esta época, ya que Kagemni vivió bajo el rey Huni de la III Dinastía, y las segundas datarían de la V Dinastía, puesto que Ptahhotep era visir del templo de Isesi. Ambas están compuestas de una serie de consejos prácticos destinados a ayudar a «triunfar» a los jóvenes en la vida. Son consejos de buena educación más que preceptos morales. Recomiendan esencialmente la obediencia al padre y a los superiores, la virtud del silencio y de las buenas maneras en sociedad, y, finalmente, la fidelidad y la benevolencia con los inferiores.

g) La ciencia y la técnica

Cuando los egipcios de épocas posteriores al Imperio Antiguo querían dotar de autoridad a sus obras didácticas afirmaban de buena gana que habían sido copiadas de un manuscrito que procedía de uno de los grandes faraones de la época menfita, Snefru, fundamentalmente, o Isesi. ¿Qué había de cierto en estas aserciones? Es imposible saberlo; ninguna obra científica del Imperio Antiguo ha llegado hasta nosotros. Sin embargo, se ha subrayado con razón que la lengua del *Papiro Smith*, el mejor tratado de medicina egipcia que poseemos, se remonta, a juzgar por algunas de sus prescripciones, al Imperio Antiguo. Si se recuerda que Imhotep, por ejemplo, era considerado como un médico hábil, es posible que en esta época existieran efectivamente obras científicas.

Sea como fuera, los trabajos llevados a cabo, sobre todo bajo la IV Dinastía, demuestran que los conocimientos matemáticos de los egipcios de esta época eran por lo menos iguales a los de sus sucesores del Imperio Medio que compusieron el *Papiro matemático Rhind*.

Las técnicas de los artesanos aún mejoran a partir de la III Dinastía. La perfección de una estatua como la de Khefren del Museo de El Cairo es suficiente para mostrar que los escultores sabían manejar las piedras más duras. Esta técnica indujo a algunos autores a pensar que los egipcios del Imperio Antiguo no sólo conocían el hierro, sino también el acero. Por el contrario, otros han estimado que los artesanos sabían endurecer el cobre por medio de procedimientos perdidos en la actualidad. Todas estas afirmaciones son fantásticas: se ha probado recientemente que los escultores no utilizaban ningún utensilio metálico para tallar las piedras duras. Se servían únicamente de cinceles de piedra. Los cinceles de cobre sólo se utilizaban para la escultura de madera, de marfil y de piedras blandas como el esquisto y la caliza.

Los obreros metalúrgicos sabían vaciar y soldar el metal, así como cincelarlo, grabarlo, forjarlo y remacharlo. Los carpinteros podían construir lanchas y barcos de altura, con ayuda de espigones, morteros y colas de milano, sin servirse prácticamente de clavos. Finalmente, los alfareros supieron conservar y perfeccionar la técnica de fabricación de la pasta esmaltada conocida con el nombre, poco apropiado, de «mayólica egipcia». Una cámara subterránea de la pirámide escalonada de Djeser estaba totalmente recubierta de placas esmaltadas azules de un efecto prodigioso.

Así, pues, entre la III y V Dinastías, Egipto alcanza un alto grado de civilización. Es difícil pormenorizarlo por escrito. Una visita a los grandes museos europeos o americanos o al

museo de El Cairo muestra mejor la grandeza y nobleza de esta civilización.

9. El fin del Imperio Antiguo y el Primer Período Intermedio

Cuando los faraones de la VI Dinastía suceden a los de la V, el Imperio Antiguo está en su apogeo. Nada deja prever que podría hundirse. Cuatro reinados bastarán, no obstante, para que Egipto pase de un régimen estable y fuerte a un estado de anarquía total. Los mismos egipcios han sentido que el advenimiento de la VI Dinastía marcaba un «giro en la historia». El Papiro de Turín, en efecto, al llegar al reinado de Unas, último rey de la V Dinastía, se detiene para dar cuenta de todos los reinados, desde Menes hasta Unas, como si una época se acabara con la desaparición de este último.

I. LA VI DINASTÍA

No obstante, como sucede a menudo, no hay un límite claro entre el reinado de Unas y el de Teti, primer rey de la VI Dinastía. Los mismos funcionarios pasan del servicio de Unas al de Teti, principalmente el célebre Kagemni. Una de las esposas de Teti, Iput, madre del futuro Pepi I, era probablemente hija de Unas. Habría, pues, un nuevo cambio de dinastía debido al hecho de que, al no tener Unas heredero varón en línea directa, el derecho al trono era transmitido por la hija mayor a su marido, se halle o no éste emparentado con su antecesor.

La VI Dinastía comprende seis, acaso siete, reinados muy desiguales en duración e importancia. Permanece en el poder po-

co más de siglo y medio, aproximadamente desde el 2350 al 2200 a. C., pero sólo el reinado de Pepi II ocupa casi los dos tercios de este período:

1. Teti (Seheteptauy).
2. Userkare‘.
3. Pepi I.
4. Merenre‘ I.
5. Pepi II.
6. Merenre‘ II (Antyemsaf).
7. Nitocris.

Teti reinó durante unos doce años. Según Manetón, habría sido asesinado por su escolta, pero en realidad se poseen muy pocos datos sobre él. Su nombre se ha encontrado sobre vasos en Biblos y es posible que enviara una expedición militar a Nubia. Es sintomático el que uno de los escasos documentos contemporáneos que han llegado hasta nosotros sea un decreto que concede la exención de impuestos a las propiedades del templo de Abidos. Esta costumbre de hacer concesiones en perjuicio del tesoro real es la que va minando poco a poco el poderío del Imperio Antiguo.

Userkare‘ tuvo un reinado muy efímero. Sólo se le conoce por las listas reales; los monumentos contemporáneos no parecen haber conservado su recuerdo. Se ha pensado que quizá se limitó a ayudar a la reina Iput a ejercer la regencia al iniciarse el reinado de Pepi I, que aún era muy joven a la muerte de Teti.

Pepi I reinó por lo menos cuarenta años, acaso cuarenta y nueve. Siguiendo la política de las precedentes dinastías, envió expediciones a Asia y a Nubia. Celebró una fiesta Sed. El hecho esencial de su reinado, por sus consecuencias, es su casamiento con las dos hijas de un noble provinciano, Khui, que serán las madres de los dos faraones siguientes. Esta unión es un indicio

de la importancia que las familias provincianas están alcanzando en detrimento de una monarquía que comienza a debilitarse. Pepi I hizo construir su pirámide algo más al sur que la de Isesi. El nombre de este monumento, Men-nefer es el que se cree que dio origen al nombre helenizado, Menfis, de la capital egipcia.

Merenre‘, hijo mayor de Pepi, reinó poco tiempo; es posible que estuviera asociado al trono como corregente durante unos nueve años y reinara sólo unos cinco. Parece que, quizá por influjo de su madre, o por seguir la política paterna, o por simple necesidad, favoreció a la nobleza provincial; debido a ello instaló a Ibi, hijo de un tío materno, como gobernador del doceavo nomo del Alto Egipto. Es el comienzo de una línea de grandes señores feudales cuyas tumbas, excavadas en el acantilado de Deir-el-Gebrawi, suministran numerosos datos para la historia de fines del Imperio Antiguo.

Pepi II, hijo de Pepi I, sucedió a su hermano y primo, puesto que Merenre‘ era hijo de la hermana de su madre. Tuvo el reinado más largo de la historia egipcia y sin duda de la historia universal. En efecto, según Manetón, sólo tendría seis años a la muerte de Merenre‘ y habría muerto centenario después de reinar noventa y cuatro años. La fecha más antigua confirmada por un documento es la del año 65; no se puede, por tanto, comprobar directamente la aserción de Manetón. Sin embargo, es indudable que tuvo un reinado muy prolongado: celebró dos fiestas Sed, y según el Papiro de Turín habría reinado por lo menos noventa años, y quizá más; su última cita se desconoce. Durante su minoría, la regencia fue ejercida por Meryreânkhenes, madre del rey, y por el hermano de esta última, Djau, nomarca de Tinis, que posteriormente quedó como visir. Durante su larga existencia Pepi II casó por lo menos con cuatro reinas, pero parece que sobrevivió a la mayor parte de sus hijos.

Por la lista de Abidos sabemos que el sucesor de Pepi II fue *Merenre‘ II-Antyemsaf*. Según el Papiro de Turín, sólo reinó un año. Es un hecho cierto que con la desaparición de Pepi II comienza un período muy oscuro. Estamos ya en el confuso período llamado por los historiadores el «Primer Período Intermedio», aunque las fuentes escritas, concretamente el Papiro de Turín, enumeran todavía dos reinados de la VI Dinastía; el último fue el de la reina *Nitocris*. Ningún documento ha confirmado la existencia de esta reina que Manetón califica de «la más noble y bella de las mujeres». Heródoto, por su parte, afirma que se suicidó después de vengarse del asesino de su hermano Merenre‘ II, pero no se sabe dónde obtuvo Heródoto esta información. Sin embargo, un hecho que parece seguro encaja de manera fascinante con el relato de Heródoto: los desórdenes, dinásticos o de otra clase, comenzaron inmediatamente después de la muerte de Pepi II.

a) Evolución política de Egipto bajo la VI Dinastía

La VI Dinastía produce grandes cambios en la organización del estado. Desde la III a la V Dinastía, la centralización del poder no había cesado de aumentar; con la VI Dinastía el proceso es inverso: el poder se descentraliza lentamente hasta caer en la anarquía.

Este fenómeno se explica fácilmente. Por una parte, la fortuna real disminuye progresivamente por todas las donaciones a los templos y a los particulares. A decir verdad, la práctica de las donaciones, comenzada en la IV Dinastía, estaba ya muy extendida bajo la V Dinastía, pero en la VI Dinastía se acentúa, de modo que el rey ya no es la única potencia de Egipto. A su lado adquieren importancia los grandes templos y, sobre todo, las familias provincianas.

Por otra parte, la nobleza provinciana ha sido sin duda la principal beneficiaria de esta generosidad del rey. Esto se explica a su vez tanto por la necesidad, para asegurar la buena administración del país, de tener en cada provincia un representante real provisto de amplios poderes, como, en segundo lugar y en razón de las profundas creencias religiosas de los egipcios, por la tendencia de cada funcionario a pedir y obtener la transmisión de su cargo a su hijo mayor, el cual debe proveer al culto funerario del padre. La herencia del cargo no presenta más que pequeños inconvenientes para los puestos subalternos, pero no es lo mismo para el jefe de provincia. En efecto, éste poseía, como representante del rey, casi todos los poderes: disponía de las tropas de la provincia, dirigía las obras públicas, tenía la responsabilidad de los graneros reales, ejercía el poder judicial y, en fin, estaba más o menos obligado a controlar los templos de su nomo y los bienes de éstos. El único medio para el rey de limitar tales poderes hubiera sido cambiar periódicamente a los nomarcas de puesto. En este sentido parece que hubo un intento por parte de Merenre‘, pero no fue continuado. Al dejar permanentemente a los gobernadores al frente de un nomo y, además, al transferir el cargo al hijo mayor, los reyes de la VI Dinastía han sido los artífices de la caída del Imperio Antiguo.

La evolución que acabamos de describir fue progresiva. Se aceleró bajo el largo reinado de Pepi II. Pese a su debilitamiento, el poder real es todavía lo bastante poderoso, hasta el año 2260 aproximadamente, para mantener la unidad del país. Teti, como Pepi I, están aún entre los grandes faraones de Egipto; han dejado numerosos templos y monumentos, de modo que la obra de la VI Dinastía no es en absoluto despreciable. Parece incluso que en sus comienzos el papel desempeñado por la nobleza provinciana fue beneficioso: el nomarca de Tinis, Djau, tío de Pepi II, contribuyó a la estabilidad del país durante la mi-

noría del rey, y los gobernadores de Elefantina tuvieron un papel preponderante en la política exterior de Egipto.

La expansión egipcia en Nubia y en Asia es sin duda el acontecimiento característico de la dinastía. Por primera vez los egipcios penetraron por la fuerza en los territorios limítrofes. Finalmente, establecieron contactos comerciales directos o indirectos con Asia, Arabia (Punt), el África lejana y quizá con la misma Creta. Toda una serie de textos nos informan sobre esta expansión egipcia. Los más importantes son los relatos autobiógrafos que abarcan los reinados de Pepi I, Merenre' y Pepi II. Debemos los más antiguos a Uni, que vivió bajo Teti, Pepi I y Merenre' y cuyo relato, grabado sobre su mastaba en Abidos, se conserva hoy en el museo de El Cairo, a Hirkhuf, conocido por una inscripción de su tumba en Asuán, que vivió durante el reinado de Merenre' y Pepi II, a Pepinakht, por último, contemporáneo de Pepi II, cuyo relato se ha encontrado igualmente en su tumba de Asuán.

El relato de Uni tiene la suficiente extensión para proporcionar datos importantes sobre la administración real en tiempos de la VI Dinastía. Pequeño funcionario de Teti, se convirtió en un gran personaje del Estado por gracia de Pepi. Por razones que no explica, Uni tuvo que juzgar una conspiración en el harén real; fue éste el comienzo de su ascenso social. Pepi I le hizo su enviado especial en el ejército que participó en una campaña en Asia, sin duda en Palestina meridional. El ejército comprendía, junto a los contingentes egipcios reclutados por los nomos, elementos alistados en Nubia y Libia. El papel de Uni parece haber sido el de asegurar las buenas relaciones entre los diferentes jefes de los contingentes, y el de vigilar que el ejército no cometiese exacciones: «Nadie arrebató ni una sandalia al viajero, nadie robó ni un pan en ciudad alguna». Al regreso de la expedición a Asia, expedición que es más una incursión que una conquista, puesto que los egipcios volvieron a su país después

de haber destruido algunas plazas fuertes, «cortadas las higueras y las viñas», Uni participó en otras cinco expediciones de este género. Se admite generalmente que estas incursiones llegaron hasta el Monte Carmelo en Palestina.

Después de haber servido a Pepi I, Uni continúa su carrera bajo Merenre‘, que le nombra «gobernador del sur», desde la primera catarata hasta el Fayum. Quizá es preciso ver en este nombramiento un intento del gobierno central de controlar a los jefes de los nomos que cada día adquirían más independencia. En efecto, Uni controla las «tasas destinadas a la corte», lo que supone que el rey no percibía más que una parte de los recursos pero permitía a su representante vigilar lo que pasaba en el nomo. Uni estaba además encargado de organizar las expediciones enviadas a las canteras para transportar las piedras necesarias para las construcciones reales, pirámides y templos divinos o funerarios. En calidad de tal va a Asuán y trae de allí los bloques de granito necesarios para el sarcófago de Merenre‘, e incluso va al desierto oriental, a Hatnub, para buscar alabastro. En el curso de estos trabajos debió preparar cinco expediciones a través de los rápidos de la primera catarata, preparación destinada a facilitar las relaciones con el sur, en donde Uni se procura la madera para los talleres reales.

Hirkhuf, príncipe de Elefantina, pertenece a la generación que sucedió a la de Uni. La mayor parte de su carrera transcurre bajo Pepi II. Fue uno de los agentes de la política exterior de la VI Dinastía en el sur. Ya en tiempo de su padre había participado en una expedición de siete meses al sur de la segunda catarata. Solo, vuelve a seguir las rutas del desierto para una exploración, de ocho meses esta vez, siempre al sur de la segunda catarata. En el curso de una tercera y una cuarta expedición penetra profundamente en el desierto suroeste, vuelve por el Nilo, cargado de incienso, ébano, pieles de pantera, marfil y, por último, trae consigo un enano, sin duda un pigmeo, lo que llenó

de alegría al aún muy joven rey. Esta penetración egipcia en África, al final del reinado de Merenre‘ y al comienzo del reinado de Pepi II, es todavía pacífica. Hirkhuf, quizá medio nubio a su vez, habla la lengua de los jefes del país que explora.

Con las expediciones de Pepinakht, que vivió también bajo Pepi II pero más avanzado el reinado, la atmósfera política parece haber cambiado en África: desde su primera expedición, Pepinakht hizo la guerra y exterminó a las poblaciones de la baja Nubia, según parece; en la segunda, regresó con rehenes, jefes, hijos de jefes y rebaños. La situación no estaba menos agitada en el sur que en el este, donde Pepinakht, al regresar del sur, quedó encargado de dirigir una incursión punitiva contra los beduinos, de los que destruyó una o varias bandas.

Pero la situación no parece mejorar y, al final del reinado, Sebni, un cuarto funcionario de Asuán y gobernador del sur como Uni, marcha hacia el sur para buscar el cuerpo de su padre muerto en la alta Nubia en el curso de una expedición anterior. Logra traer el cuerpo y pacificar el país, y recibe en recompensa, junto a regalos en especie, 30 «arures» de tierras, alrededor de ocho hectáreas, distribuidas por el sur y el norte del país. Así es como las propiedades privadas se establecen y amplían. Lo que les ocurre a los nobles de Asuán se produce también en otros lugares de Egipto: Ibi, nombrado gobernador del Nomo de la Gacela, pudo establecerse, gracias a los bienes que recibió, su servicio funerario, al que estaban asignadas las rentas de once pueblos y lugares.

b) Conclusiones sobre los reinados de la VI Dinastía

El número mismo de las inscripciones autobiográficas encontradas que datan de la VI Dinastía muestra hasta qué punto

ha evolucionado la situación política en Egipto durante su reinado.

Mientras que bajo la IV y V Dinastías todo está concentrado alrededor de la persona del rey (incluyendo la vida de ultratumba, pues los únicos cementerios importantes son los que rodean la pirámide real, la cual se ocupa de las ofrendas funerarias) bajo la VI Dinastía se asiste a un cambio de la situación y las provincias adquieren tanta importancia como la capital. Los títulos de la administración central se multiplican de una forma inquietante: así hubo, según parece, varios visires al mismo tiempo. Existe, pues, una debilitación indudable del poder central, pero lo más grave para este último es el hecho de que, cada vez más, los funcionarios en activo obtienen del rey la transferencia de su cargo a sus hijos. De este modo, los príncipes jefes de los nomos llegan a ser independientes: lo que en un principio era una gracia real se convierte en un derecho. Cuando surgió una crisis dinástica a la muerte de Pepi II, por razones que desconocemos, la administración centralizada de Menfis se hundió, según parece, bajo el golpe de una revolución social. Esto es lo que se ha convenido en llamar el «Primer Período Intermedio».

II. EL PRIMER PERÍODO INTERMEDIO

Este período, que separa al Imperio Antiguo del Medio, es sin duda el más sombrío y el más confuso de la historia de Egipto. Abarca a lo sumo del 2200 al 2040 a. C., y comprende desde la VII Dinastía a la X y parte de la XI. Para comodidad de la exposición, se pueden distinguir aquí tres épocas diferentes; la primera se puede definir como una época de rápida descomposición de lo que subsiste del Imperio Antiguo, y está acompañada de revoluciones sociales e invasiones extranjeras. Abar-

ca las VII y VIII Dinastías, cuya capital permanece en Menfis, y su duración total no excede de unos cuarenta años.

Durante la segunda época los príncipes de Heracleópolis logran, al menos parcialmente, apoderarse del poder. Existe un corto período de calma durante la IX Dinastía, pero las luchas intestinas reaparecen a partir de la X. Como una parte del país está ocupada por extranjeros, los nomos que permanecen independientes luchan entre sí: unos reconocen la autoridad de Tebas y otros la de Heracleópolis.

La tercera y última época, que ciertos autores unen al Imperio Medio, ve el triunfo de los príncipes de Tebas y el establecimiento de una nueva dinastía, la XI, que después de haber reinado sobre la mitad sur de Egipto gobierna todo el país, conservando como capital el centro de la provincia de origen de la dinastía.

a) Las VII y VIII Dinastías y la revolución social

Es ésta la época más oscura de todo el Primer Período Intermedio, y los especialistas aún no han llegado a ponerse de acuerdo sobre el desarrollo de los acontecimientos y su duración. Hasta hace poco se le atribuían cuarenta o cincuenta años; recientemente se ha propuesto reducirla a veintiún años (W. C. Hayes). Es esencialmente un período de anarquía dinástica.

La VII Dinastía, que sucedió a la VI, aún cuenta, según parece, con algunos reyes emparentados con la dinastía precedente, como Neferkare' II, cuyo nombre se encuentra en una estela descubierta cerca de las tumbas de las reinas de la VI Dinastía; parece que fue hijo de la cuarta y última esposa de Pepi II, Pepiânkhenes. La historia de esta dinastía es tan confusa que Manetón le atribuye 70 reyes que habrían reinado… setenta días. Se ha considerado falsa durante mucho tiempo; según los últi-

mos estudios (W. C. Hayes) constó cuando menos de nueve reyes, pero no permaneció en el poder más que ocho años, es decir, por término medio una decena de meses por soberano.

Sin duda durante esta época es cuando se produjeron unos desórdenes con carácter revolucionario que pusieron en tela de juicio, según parece, el principio mismo de la monarquía. Desgraciadamente estos acontecimientos sólo se conocen por un único texto y, en buena crítica histórica, estaría justificado no tenerlo en cuenta si los hechos que narra no fuesen de una importancia capital para la historia del Primer Período Intermedio.

Este texto, conocido por un papiro conservado en Leiden, conserva el título que le ha dado su primer editor (A. H. Gardiner): *Admonitions of an Egyptian Sage* (*Amonestaciones de un sabio egipcio*). Es una copia tardía (XIX Dinastía), en bastante mal estado, de un original más antiguo. Como muchos textos egipcios, no parece seguir un orden lógico en la exposición de los acontecimientos que describe. No obstante, las informaciones que proporciona pueden clasificarse en concernientes, por una parte, a los acontecimientos exteriores, y por otra a la situación interior; estas últimas son mucho más numerosas.

Los datos que se refieren a los acontecimientos exteriores son vagos, aunque permiten darse cuenta de que tribus nómadas extranjeras, asiáticas, se infiltraron en Egipto y ocuparon por la fuerza el Delta. Además se debió abandonar la política de expansión egipcia en Asia, y sin duda en África, inaugurada por la VI Dinastía: «Actualmente no se navega hacia Biblos, ¿qué haremos para reemplazar los cedros para nuestros muertos? El oro falta». El poder central no parece, pues, estar en condiciones de enviar al extranjero más que las expediciones indispensables para la prosperidad del país.

Esta ruptura de relaciones económicas con el extranjero se explica por las revueltas interiores que las *Amonestaciones* describen prolijamente. Estas revueltas se manifiestan, sobre todo, por un desorden social. «El portero dice: salgamos y saqueemos… los pobres se han convertido en propietarios de grandes cosas… Aquel que no podía ni hacerse un par de sandalias posee ahora grandes riquezas… Toda ciudad dice: suprimamos a los poderosos de entre nosotros… Puertas, columnas y muros están en llamas… El oro y el lapislázuli, la plata y la turquesa, la cornalina y el bronce adornan el cuello de los servidores, mientras que los dueños de la casa (dicen): Ay, si tuviésemos algo que comer».

Las *Amonestaciones* insisten mucho en este cambio social, pero el texto es menos explícito en cuanto a las causas de la revolución. Es un hecho que describe la desorganización del sistema administrativo («la sala del juicio, sus archivos han sido robados, las oficinas públicas violadas y las listas de empadronamiento destrozadas… los funcionarios asesinados y sus documentos robados»), pero las noticias dadas sobre el aspecto político de los acontecimientos son ambiguas. Por un lado podría parecer que el mismo faraón había tomado parte («El rey fue arrebatado por el populacho… un puñado de hombres sin ley logró despojar al país de la realeza… La residencia real fue derribada en un instante»), pero en otros pasajes el rey parece seguir todavía en su lugar, pues el autor le critica: «La justicia está contigo, pero lo que tú propagas a través del país, con el clamor de la revuelta, es la confusión», y finalmente le requiere: «ordena, pues, que se te rindan cuentas».

Para explicar esta contradicción, la descripción de la destrucción de la monarquía por una parte, y por otra la representación del faraón todavía en el poder, se ha supuesto que el rey legítimo habría sido depuesto y después reemplazado por un rey reformador, idealista, que habría intentado en vano restau-

rar el orden por su mansedumbre (J. Spiegel, 1960). El texto, después de haber descrito la caída de la realeza, mostraría la anarquía resultante del gobierno de un faraón de buena voluntad pero débil. Esta sugestiva explicación sólo se basa, desgraciadamente, en una fuente única y de interpretación difícil. Spiegel supone que el rey destronado es Merenre' II y el rey débil que le sucede un faraón de la VIII Dinastía; la VII Dinastía sería entonces falsa o correspondería a la época en la que el poder estaba en manos de una oligarquía; época que se limitaría a cubrir el período, sin duda muy corto, de confusión y anarquía que habría seguido a la caída del rey y que describen las *Amonestaciones*. Hemos visto que es probable que, aunque agitado, el reinado de la VII Dinastía haya existido realmente.

El texto de las *Amonestaciones* ha sido encontrado en Saqqarah y parece que es de origen menfita; por ello se cree generalmente que los acontecimientos que relata quedaron limitados a la capital y sus alrededores. La realeza, mal que bien, logró mantenerse y la VIII Dinastía, que sucedió a la VII, permaneció en Menfis, aunque a veces se ha creído que estaba instalada en Coptos (K. Sethe). Una pirámide de un rey de esta dinastía se encontró cerca de la de Pepi II. La debilidad creciente de la monarquía menfita se acusa en una serie de decretos reales que se han encontrado grabados sobre las paredes del templo de Coptos. Estos decretos, dados por los últimos reyes de la dinastía, tienden claramente a asegurar la alianza de un tal Shemay y de su hijo Idi, que fueron sucesivamente nomarcas de Coptos, gobernadores del Alto Egipto y visires. Esto es una prueba de que, desde la VII a la VIII Dinastía, se ha concluido la evolución que ha transformado el cargo de nomarca, de una función real revocable, en un señorío casi feudal transmitido de padres a hijos. Buscando la alianza de tales príncipes, el rey reconoce el estado de hecho. La monarquía del Imperio Antiguo ha perecido y

Egipto ha vuelto a lo que había sido antes de la unificación del país por los faraones tinitas.

b) La IX Dinastía heracleopolitana (2160 a 2130 aproximadamente)

Como las escasas fuentes permiten entrever, el poder de los últimos reyes de la VIII dinastía era cada vez más limitado: el Delta, ocupado por extranjeros, escapa a su control; en el sur, el nomo tinita con la ciudad de Abidos, importante por su papel religioso, lo mismo que el nomo de Elefantina, llave de Nubia, son independientes, aunque reconocen la autoridad real. Al faraón no le queda más que una autoridad precaria sobre la región menfita, y la fidelidad, pagada a alto precio, del nomo de Coptos.

Esta apariencia de poder va a ser arrancada a Demedjib Tauy, último rey de la dinastía, por la rebelión del príncipe de Heracleópolis. En efecto, éste ocupaba una posición clave: su capital Nennesut (actualmente Ahnas-el-Medineh) estaba situada en el centro de una de las provincias más ricas del Medio Egipto, a la altura del Fayum, donde estaba en situación de cortar las relaciones entre el rey en Menfis y su aliado meridional, el príncipe de Coptos. Hacia el 2160, Meribre'-Kheti se sublevó abiertamente y asumió los títulos reales completos de rey del Alto y Bajo Egipto. Es éste el Kheti I de los historiadores modernos, el Actoes de los escritores griegos.

La capital del faraón que inauguró la nueva dinastía, la Heracleópolis de la época griega, es ya un centro importante en el período predinástico. La Piedra de Palermo la asocia a la realeza, en razón de su propio nombre, Nennesut, que quiere decir en efecto «el niño real». Los egipcios adoraban allí a un dios-cordero, Heri-shefit (gr. Harsafes; literalmente «el que está so-

bre su lago»), cuyo culto está comprobado desde la época tinita. El monarca disfrutaba, pues, de un prestigio religioso y político unido a la capital. También desde el punto de vista estratégico, la posición de Nennesut es excelente: a la salida del Fayum poseía un territorio agrícola de los más ricos, aunque próxima a Menfis está protegida de los asiáticos del Delta por la distancia, y, finalmente, está bastante alejada del sur para no temer, al menos hacia el 2160, a los nomarcas belicosos de Tebas y de Elefantina.

La historia de la IX Dinastía es mal conocida. Ha dejado pocos monumentos y las fuentes principales siguen siendo Manetón y el Papiro de Turín; pero sólo nos han llegado completos cinco nombres de los 13 reyes que reinaron entonces:

1. Merybre‘-Kheti I.
2. … (nombre perdido).
3. Neferkare‘.
4. Nebkaure‘-Kheti II.
5. Setut.
6. a 13. (Nombres perdidos o incompletos).

Los nombres como Neferkare‘ y Nebkaure‘ indican que la dinastía se considera ligada a la tradición monárquica menfita. A fin de cuentas, si Heracleópolis es la residencia real, el centro administrativo del reino parece haber permanecido en Menfis.

El fundador de la dinastía, Kheti I, es el mejor conocido de ella, aunque sabemos muy poco de él. Manetón afirma que «obró más cruelmente que sus predecesores»; Eusebio de Cesarea precisa que «se volvió loco y fue muerto por un cocodrilo». Existe una cosa cierta: su poder aparece reconocido por todo el Egipto libre, desde Asuán hasta el norte de Menfis. Las fuentes no nos permiten saber lo que pasó en el Delta, donde los asiáticos estaban instalados.

La unidad monárquica restablecida por Kheti I parece que fue muy pronto o disputada o, al menos, turbada por las querellas entre los nomos. Los textos contemporáneos de la IX Dinastía hablan de guerras y de carestía desde el reinado de Neferkare'. La dinastía termina en la oscuridad más completa; se piensa que perdió el poder a consecuencia de la revolución tebana.

c) La X Dinastía (2130-2040) y la lucha contra Tebas (comienzos de la XI Dinastía)

Con el advenimiento de la X Dinastía estamos en un terreno un poco más firme. Aunque nuestros conocimientos estén lejos de ser satisfactorios, al menos se han conservado los nombres de los faraones. Desde el final de la IX Dinastía, Tebas está organizada bajo la autoridad de príncipes que llevan el nombre de Antef o Intef y se ha convertido en una de las provincias más poderosas del sur. Al principio los príncipes tebanos reconocieron la autoridad del faraón heracleopolitano, pero poco antes del 2130 se sublevaron contra el poder central y se titularon Reyes del Alto y Bajo Egipto, de forma que durante bastante tiempo la X Dinastía heracleopolitana y la XI Dinastía tebana van a reinar simultáneamente, una en el sur y otra en el norte:

X Dinastía (2130-2040)	*XI Dinastía (2133-2040)*
Meryt Hathor, 2130-20	Sehertauy-Antef I, 2133-18
Neferkare‘ II,	Uahânkh-Antef II, 2117-68
Uahkare‘-Kheti III, 2120-2070	Nekhtnebtepnefer-Antef III 2068-60
Merikare‘ 2070-2040	Seânkhibtauy-Mentuhotep, 2060-2040
X … algunos meses	(la dinastía continúa luego reinando sola)

(cronología según W. C. Hayes y J. Vandier)

La toma del poder por Sehertauy-Antef o por su predecesor inmediato Mentuhotep, que ciertos autores consideran como el primer rey de la dinastía bajo el nombre de Tepy(a) Mentuhotep I (W. C. Hayes), consagra la aparición en Egipto de una fuerza completamente nueva, la de Tebas.

En efecto, bajo el Imperio Antiguo Tebas no es apenas más que la reunión de dos pequeños pueblos en la orilla derecha del Nilo: uno será más tarde Lúxor, y el otro es ahora Kárnak. La capital de la región es entonces Armant o Ermant, la Hermontis de los griegos, en egipcio Iun-Resyt, donde se levanta el templo principal del dios del nomo, Montu, que también es, por otra parte, el dios de la Tebas primitiva. Sólo después del 2130 es cuando Amón, destinado a ser uno de los más grandes dioses egipcios, es reconocido en Tebas, de la que no llegará a ser el dios principal hasta la XII Dinastía.

Durante la IX Dinastía los príncipes de Tebas pudieron ir afirmando progresivamente su poder. Desde la VIII Dinastía, o quizá ya bajo la VII, los príncipes, gobernadores de las provincias, se hicieron independientes. Poseían su ejército, su tesoro y

muchos de ellos, incluso los que reconocían la autoridad del rey menfita, tomaron la costumbre de fechar los acontecimientos según los años de su administración personal. Entre los más poderosos de estos nomarcas citaremos a los de Coptos que, como ya hemos visto, fueron durante largo tiempo los aliados de los reyes menfitas; a los de Asyut, que llevaban también el nombre de Kheti y apoyaban a los monarcas heracleopolitanos, con los cuales estaban posiblemente emparentados; a los de Khmunu (la Hermópolis de los griegos, hoy el-Ashmúnein), que se hicieron enterrar en Sheikh-Saíd y en el-Bersheh, y, finalmente, los del nomo del Órix, cuyas tumbas se encuentran en Beni-Hasan. Estos nomos del Egipto Medio participan frecuentemente, tanto de un lado como del otro, según sus propios intereses, en las luchas que enfrentaban a Heracleópolis y Tebas.

Por otra parte, la situación es similar en el sur. En el curso de la IX Dinastía, Tebas logró convertirse en capital del cuarto nomo del Alto Egipto, por lo que se comprende Armant, la antigua capital, le fuese hostil. El nomo de Hieracómpolis (Idfu), por su importancia religiosa, debía desempeñar un papel preponderante en el sur. Pasaba lo mismo en el nomo tinita, donde Abidos, centro osiriano, adquiere cada vez más importancia. Estos dos nomos sin duda veían con inquietud a los príncipes tebanos afirmar su poder, por lo que Tebas, antes de tomar el poder, se vio obligada a someter primero a los nomos del sur que le eran hostiles y que se habían agrupado bajo la autoridad de Hieracómpolis.

La tumba del monarca de esta ciudad, Ânkhtifi, ha sido encontrada en Moalla; los textos que están grabados allí relatan la penúltima etapa de la toma del poder por Tebas (J. Vandier). En efecto, justo antes del reinado de Sehertauy-Antef, Hieracómpolis permanece fiel a Heracleópolis, y, por su posición al sur de Tebas, amenaza tanto más a esta última cuanto que Ânkhtifi

se une al nomarca de Elefantina para ir en socorro de un tercer aliado, Armant, entonces asediado por Tebas, e invade el territorio tebano. A pesar de esta fuerte oposición, cuyo éxito es pasajero, Tebas logra reducir a los nomos del sur y se convierte en la dueña indiscutible de la «cabeza del sur» desde Elefantina a Tinis.

Hacia el año 2120 la situación era la siguiente: los nomos del sur, hasta Tinis, obedecían a Tebas, y los del Medio Egipto a Heracleópolis. Al norte de Menfis la situación era confusa, y no se conocen las relaciones entre los nomarcas egipcios y los asiáticos que ocupan el Delta.

Tanto los reinados de los primeros reyes de la X Dinastía como los de la XI están consagrados a la lucha por la hegemonía. Abidos forma poco después la frontera entre las dos confederaciones. Uahkare‘-Kheti III logra apoderarse de ella durante cierto tiempo, pero enseguida debe abandonar su conquista. Heracleópolis parece entonces renunciar a reconquistar el sur por las armas y acepta la división del país en dos reinos independientes. Esta renuncia se conoce por un texto muy significativo, las *Instrucciones a Merikare‘*, que constituyen de alguna forma el testamento político de Kheti III a su hijo, el penúltimo rey de la dinastía heracleopolitana.

El texto nos ha sido transmitido por un papiro de la XVIII Dinastía. Junto a consejos de tipo muy general sobre política y administración, contiene claras alusiones a los acontecimientos contemporáneos: «Sé bueno con el sur… No destruyas los monumentos de otro… Si sigues estos consejos y continúas lo que yo he hecho, no tendrás enemigos en el interior de tus fronteras». Estos claros consejos de no enfrentarse a los turbulentos vecinos del sur se acompañan, quizá a título de consolación, con sugerencias referentes al norte. En efecto, Kheti hace alusión a su política con relación al Delta donde restableció la autoridad central hasta la frontera de la rama pelusiaca, arrojó a

los asiáticos y construyó ciudades fortificadas en las que instaló colonos egipcios para impedir el retorno de los invasores. Para terminar, ruega encarecidamente a su hijo que siga la misma política y, para ello, que permanezca en paz con Tebas.

Las fuentes de las que disponemos no nos permiten saber si Merikare‘ siguió los consejos de su padre. De todas formas, incluso si hubo un acuerdo *de facto* entre el sur y el norte fue de corta duración y, a la muerte de Merikare‘ o poco tiempo antes, los reyes de Tebas reemprendieron la ofensiva. El último rey de la dinastía heracleopolitana, del cual no conocemos ni el nombre, fue destituido por la derrota y no debió reinar más que algunos meses.

La victoria de Seânkhibtauy-Mentuhotep señala, según nosotros, el final del Primer Período Intermedio. Lo mismo que los primeros reyes tinitas habían logrado unificar el país, la nueva dinastía tebana restablece bajo su centro una autoridad única para todo Egipto. La fecha de 2040 fija así el comienzo de un nuevo período de la historia egipcia.

Gracias a los textos biográficos, bastante numerosos, encontrados en las necrópolis del Medio y Alto Egipto, nos podemos hacer una idea de la forma en que se realizó la reunificación de Egipto. En primer lugar, las luchas intestinas entre las provincias quedan configuradas como luchas entre confederaciones de nomos. Según las simpatías e intereses de cada uno de los nomarcas, los agrupamientos debieron variar frecuentemente. Hemos visto que ciertos nomos del sur no vacilaron en apoyar a Heracleópolis para oponerse mejor a la hegemonía tebana. Otros, más prudentes, se abstuvieron de tomar partido y fueron recompensados con el reconocimiento de sus derechos cuando Tebas tomó el poder. Los textos reflejan bien esta inestabilidad política. Así, uno de los príncipes del nomo hermopolitano declara: «He reclutado mis tropas y he ido al combate acompañado de mi ciudad, fui yo el que constituyó la retaguar-

dia en Shedyetsha (cierta localidad). No hay nadie conmigo fuera de mis propias tropas, cuando los *medjau* y los hombres de Uauat, nubios y asiáticos, Alto Egipto y Bajo Egipto, se unieron contra mí. Regresé triunfalmente, toda mi ciudad conmigo, sin pérdidas». Como se ve, el príncipe tuvo que combatir a los egipcios del norte, es decir, a los de Heracleópolis, y a los del sur, los tebanos. Se observará que los adversarios utilizaban mercenarios. Los *medjau*, como las gentes de Uauat, son tribus de la baja Nubia y los «modelos» de Asyut, frecuentemente reproducidos, nos muestran a una de estas tropas nubias armadas con arco y flechas. Estas mismas tropas están representadas en una escena de guerra en Beni-Hasan, donde acribillan a flechazos una fortaleza defendida por los egipcios. Poco a poco se estabilizan las confederaciones, una en el sur bajo la autoridad de Tebas y otra en el norte dirigida por Heracleópolis, y la situación permanece así hasta la victoria tebana.

Nadie duda que el largo período de guerras intestinas que se extiende del año 2130 al 2040 haya agotado a los propios jefes feudales, tanto más cuanto que la anarquía política tenía por corolario el mal estado general del país. Los textos no cesan, en esta época, de hacer alusión a la penuria y carestía que resultaron de la guerra civil. Por ejemplo, Ânkhtifi, de Hieracómpolis, menciona el hambre espantosa que asoló el Alto Egipto de su tiempo, hambre tal, si le creemos, que se dieron casos de canibalismo. Muchos otros textos informan sobre hambres similares. Este agotamiento debió facilitar, a la larga, la toma del poder por los reyes tebanos.

En la reunificación de Egipto el papel desempeñado por Tebas es desde luego dominante, pero, por su lado, Heracleópolis participó en ella de forma en absoluto desdeñable, según parece, al tomar bajo su control los nomos del Delta. En efecto, a pesar de las dificultades del texto, las *Instrucciones a Merikare‘* lo dejan entender. Dirigiéndose a su hijo, Kheti III declara: «He

pacificado todo el oeste (Libia), hasta la proximidad del lago. En el este también iba todo mal: estaba dividido en distritos y en ciudades, y la autoridad que debía ser de uno solo estaba en manos de decenas. Pero ahora estos mismos países aportan sus impuestos, se paga el tributo y tú recibes los productos del Delta. En la frontera… se han establecido ciudades y poblados con habitantes procedentes de lo mejor de todo el país, para así poder rechazar a los asiáticos… He hecho que el Delta luche contra éstos, he capturado a su pueblo, robado su ganado. (Ahora) tú no tienes que preocuparte más por el asiático… puede todavía atacar una instalación aislada pero no puede nada contra ciudades populosas».

De este modo, gracias al trabajo realizado por los faraones de la X Dinastía en el norte, Seânkhibtauy-Mentuhotep pudo sin duda, al invadir el reino heracleopolitano, extender su poder de un solo golpe hasta las orillas del Mediterráneo. Hacia el sur, la situación se conoce mal. Antes de la reunificación del país la baja Nubia debía estar más o menos controlada por la confederación de los nomos del sur. Ânkhtifi, por ejemplo, afirma haber enviado grano hasta Nubia. Poco antes de la caída de Heracleópolis, Tebas controlaba la baja Nubia: uno de los jefes de su ejército afirma, en efecto, que él ha sometido el país de Uauat, y ya hemos visto que el ejército tebano utilizaba tropas nubias. En resumen, en el año 2040 a. C., Egipto se extendía desde la baja Nubia al Mediterráneo. Se tiene a raya a los libios, nubios y asiáticos; el país puede en adelante rehacerse del largo período de desórdenes y disensiones. Los faraones de la XI Dinastía van a consolidar lo adquirido, pero su obra no pertenece ya al Primer Período Intermedio, sino que forma parte del Imperio Medio.

III. LA CULTURA BAJO LA VI DINASTÍA Y DURANTE EL PRIMER PERÍODO INTERMEDIO

Bajo la VI Dinastía aún está resplandeciente la cultura egipcia. Conserva todas las cualidades que hicieron la grandeza del Imperio Antiguo, al cual pertenece desde el punto de vista artístico. Los artistas conservan las tradiciones de la V Dinastía, aunque se notan ciertas diferencias que traicionan la evolución política.

Menfis continúa siendo la capital artística del país durante la primera mitad de la dinastía, pero, mientras que en el Imperio Antiguo los monumentos reales eran incomparablemente superiores a los monumentos privados, a partir de Teti estos últimos pueden compararse con los de los soberanos. Con el reinado de Merenre‘, Menfis deja de ser el centro artístico de Egipto. Las ciudades de provincia poseen en adelante sus propias necrópolis, en las que las tumbas se decoran profusamente. El estilo de estas obras está lejos de igualar la perfección de las de la V Dinastía, pero frecuentemente ganan en pintoresquismo lo que pierden en otros aspectos. Citemos entre las obras de la VI Dinastía que han llegado hasta nosotros una encantadora estatuilla de alabastro de Pepi II niño, y, sobre todo, la gran estatua de cobre de Pepi I. Esta última, encontrada en Hieracómpolis, estaba batida sobre un núcleo de madera y adornada con elementos adicionales, como el taparrabos de oro y la peluca de lapislázuli.

La «provincialización» del arte comenzada con el reinado de Merenre‘ se acusa todavía durante el Primer Período Intermedio. Se podría decir que, en adelante, cada nomo importante tiene su «escuela artística». Los artesanos formados en estas pequeñas cortes provinciales están lejos de poseer el virtuosismo de los grandes artistas menfitas, pero sus obras, sobre todo la pinturas, que se pueden ver en ciertas tumbas (necrópolis de Sheikh-Said, Deir-el-Gebrawi, Deshasheh, Beni-Hasan, el-Bersheh, Moalla, Tebas, Asuán y Asyut), tienen, a pesar de su torpeza, una espontaneidad de la que carecen frecuentemente

las obras del Imperio Antiguo. Es un arte popular, cierto, pero que tiene su encanto.

El Primer Período Intermedio ha proporcionado muy pocos monumentos reales, pero gracias a una costumbre funeraria nueva nos ha legado cantidad de figuras humanas o animales llenos de vida. La costumbre de reemplazar por pequeñas estatuas las escenas de la vida cotidiana representadas sobre las paredes de las mastabas se remonta al final del Imperio Antiguo y se generaliza durante el Primer Período Intermedio. Estas estatuas o «modelos» son de piedra (alabastro y caliza) o, más frecuentemente, de madera estucada y pintada. Están destinadas, como los personajes representados en las tumbas del Imperio Antiguo, a asegurar al muerto la posesión de todos los bienes necesarios, o simplemente agradables, para la vida de ultratumba. Por esto se encuentran esencialmente sirvientes ocupados en moler el grano, en preparar la cerveza, carniceros matando a los animales, pescadores, tejedores, carpinteros y portadoras de ofrendas. La situación política que existía entonces en Egipto se traduce incluso por la presencia de soldados: soldados de infantería armados con dardos y escudos y arqueros con arcos y flechas. Generalmente estas estatuillas no cuentan más que con la precisión de la actitud, pero algunas veces son también verdaderas obras de arte, como la Portadora de ofrendas del Museo del Louvre, encontrada en una tumba de Asyut. Cuando los egipcios no disponían de recursos suficientes para procurarse modelos, por lo menos hacían pintar en el interior del sarcófago rectangular de madera que se utilizaba entonces los diferentes objetos de los que podrían tener necesidad en el más allá. Estos «frisos de objetos» a menudo están pintados con mucho arte.

Por último, en el sur aparece durante el Primer Período Intermedio un nuevo tipo de objetos: las estelas pintadas o grabadas. Como las escenas representadas en las mastabas y los «mo-

delos», la estela está encargada de asegurar el «mínimo vital» al difunto: se le representa, normalmente con una torpeza sorprendente, sentado ante una mesa cargada de ofrendas de todas clases. Aquellas estatuas de esta época que han llegado hasta nosotros son de madera, y en general de pequeñas dimensiones. El artista ha puesto su empeño en la expresión del rostro, pero el cuerpo permanece rígido.

Si el final del Imperio Antiguo, y sobre todo el Primer Período Intermedio, son épocas en las que la vida artística no progresa, conocen en cambio una gran actividad literaria, preludio de la gran época de la literatura egipcia que será el Imperio Medio. Las *Máximas de Hordjedef* y las de *Ptahhotep* se remontan sin duda a la V Dinastía, pero las *Amonestaciones* y, sobre todo, el *Cuento del campesino* (o *del habitante del Oasis*), lo mismo que las *Instrucciones a Merikare'*, pertenecen indudablemente al Primer Período Intermedio y es probable que otro texto célebre, *El misántropo* o el *Diálogo del desesperado con su alma* se remonte también a la misma época.

El manuscrito que nos ha conservado las *Amonestaciones* se encuentra en un estado demasiado malo para que se pueda juzgar el valor literario de la obra. No ocurre lo mismo con el *Cuento del campesino*, ya que diversos manuscritos han conservado un texto mucho más satisfactorio, que da una idea sobre los gustos literarios de los egipcios bajo las dinastías heracleopolitanas. El tema es simple: un campesino del Uadi Natrun «desciende» a Egipto para vender los productos del oasis; al llegar a la altura de Heracleópolis, su pequeña caravana de asnos y su cargamento excita la codicia del jefe de una gran heredad que, mediante una estratagema poco honesta, se apodera de ella. El desgraciado y expoliado habitante del oasis va a abogar por su causa ante diferentes funcionarios y después ante el rey. El tema permite al autor conseguir elocuencia; ello no excluye que haya puesto en boca de su campesino algunas torpe-

zas divertidas o una pseudoelegancia en las palabras, pero nuestro conocimiento de la lengua no es suficiente para que podamos apreciar semejante «humorismo» y normalmente no vemos en los largos monólogos del desgraciado más que ejercicios de estilo. Por lo demás, el autor aprovecha este discurso para criticar la corrupción y la injusticia que reinan en Egipto en esta época.

Las *Instrucciones a Merikare‘*, como hemos visto, son muy valiosas para la historia política de la X Dinastía, y no lo son menos desde el punto de vista literario, especialmente por la importancia que dan a la formación literaria del hombre y del rey: «Sé hábil en palabras, de forma que puedas dominar. Pues el poder del hombre está en el lenguaje. Un discurso es más poderoso que cualquier combate». Es lamentable que, como ocurre con las *Amonestaciones,* los manuscritos que nos ha transmitido el texto estén tan estropeados. El *Diálogo del desesperado* (*Misántropo*) tiene un lugar completamente aparte en la literatura egipcia dadas sus tendencias filosóficas. El tema es el de un hombre desengañado que está tentado de poner fin a una vida que él juzga detestable. Su alma, en un diálogo conmovedor, se rebela en un principio contra esta decisión, pero después consiente. A pesar de sus dificultades, el texto ha conservado aún su encanto melancólico:

«¿A quién hablaré hoy? Nadie se acuerda del pasado.

Hoy nadie devuelve el bien a quien ha sido bueno con él.

¿A quién hablaré hoy? Ya no existen justos, han dado la tierra a gentes inicuas…

¿A quién hablaré hoy? Me hunde el peso de la desgracia.

No tengo ni un amigo en quien confiar.

…

Hoy la muerte está ante mí, como cuando un enfermo se siente mejor,

Como cuando uno se va por el camino después de una enfermedad.

Hoy la muerte está ante mí, como el olor del incienso.

Como cuando uno se encuentra en el timón de un barco cara al viento.

…

Hoy la muerte está ante mí, como un claro en el cielo.

Como cuando un hombre anhela una casa propia tras muchos años de cautividad».

La caída del Imperio Antiguo tuvo importantes repercusiones en la religión; la más notable es, sin duda, la que se ha llamado «democratización» de la religión funeraria. Los «textos de las pirámides» sólo se referían en realidad al rey, nada indica que otra persona pudiese acceder a una vida de ultratumba en compañía del dios Re‘. Durante el Primer Período Intermedio vemos a los particulares apropiarse poco a poco de las prerrogativas reales y convertirse a su vez, en el más allá, en reyes en potencia. En efecto, los propios textos de las pirámides son los que se encuentran inscritos sobre las paredes interiores de los sarcófagos de madera. En estos textos la religión osiriana se afirma cada vez más.

La segunda consecuencia de la desaparición del Imperio menfita, en el ámbito religioso, fue la vuelta a los cultos provinciales. De esta forma es como los dioses oscuros o mal conocidos del Imperio Antiguo adquieren bruscamente una importancia inesperada, como los dioses Upuaut de Asyut, Khnum de Elefantina y, sobre todo, Montu de Tebas, que con la victoria del sur sobre Heracleópolis se convierte en uno de los grandes dioses de Egipto. Montu, dios-halcón, está más o menos asimilado al dios Re'. Es esencialmente un dios guerrero.

Pero la democratización de la religión y de los ritos funerarios, lo mismo que el retorno a los cultos provinciales, son menos característicos de la evolución de ideas religiosas del Primer Período Intermedio que la expansión que conoce entonces la religión osiriana.

El culto a Osiris en Egipto está comprobado desde la época arcaica, y en los grandes sistemas cosmogónicos del Imperio Antiguo Osiris figura con Isis entre las parejas divinas que están en el origen del mundo. Héroe divinizado, su muerte trágica y después su resurrección en el mundo subterráneo del más allá han hecho de él el dios de los muertos por excelencia y, en calidad de tal, ocupa un lugar no desdeñable en los «textos de las pirámides». Sin embargo, a los ojos de los teólogos menfitas y heliopolitanos, su importancia no se puede comparar con la del dios-sol Re'. Con el final de la época heracleopolitana, Osiris se va convirtiendo progresivamente en «el gran dios» y en adelante las peregrinaciones ya no se hacen a Heliópolis, sino a Abidos, donde se consideraba que Osiris tenía su tumba principal. Todo Egipto desea entonces ser enterrado en la proximidad del templo del dios o, si este deseo es inaccesible, al menos dejar una huella de su paso en Abidos. Éste es el origen de las numerosas estelas encontradas en el recinto sagrado. Abidos se convierte así en el gran centro religioso de Egipto, lo que expli-

ca la obstinación desplegada por heracleopolitanos y tebanos para asegurarse su posesión.

El lugar que ocupa Osiris en la religión egipcia a partir del final del Imperio Antiguo, aunque importante, no habría sido más que un fenómeno secundario si no le hubiese acompañado una evolución paralela en la moral egipcia. Con la religión osiriana las ideas de justicia y caridad se difunden por Egipto, y, por primera vez, aun siendo precaria e impregnada de magia, la idea de que nuestras acciones en la tierra serán juzgadas después de la muerte. En realidad, el juicio del rey muerto existe ya en los «textos de las pirámides». El rey, para ser admitido en la barca solar del dios Reʿ, debe ser puro, es decir, haber sufrido todos los ritos de purificación; debe ser justo, pero esta palabra está tomada más en su sentido jurídico que en el moral, y, finalmente, debe estar completo, es decir, que su cuerpo debe estar intacto. Un «barquero» encargado de hacer atravesar el lago situado a la entrada del más allá hace al rey preguntas relativas a su pureza, su justicia y su integridad. El rey no puede pasar, teóricamente, más que si sus respuestas son satisfactorias.

Con el Primer Período Intermedio no es ya sólo el rey el que será juzgado, sino todo hombre. Al cristalizarse, estas creencias llevarán a crear dentro de la teología egipcia un verdadero «tribunal de los muertos», presidido por Osiris, al que asisten todos los dioses de los nomos y ante el cual comparece el difunto: el corazón de éste se coloca sobre el platillo de una balanza y en el otro se pone una pluma, símbolo de la diosa Maât, diosa de la justicia y de la verdad. Thot, dios de la escritura, Horus y Anubis, partidarios de Osiris en la leyenda osiriana, se aseguran de que el peso sea justo y que los platillos se equilibren. Si tal es el caso, se declara al muerto «justificado»; si no, se le envía a la «gran devoradora», monstruo con cabeza de cocodrilo y cuerpo de hipopótamo que las miniaturas de los papiros funerarios

del Imperio Nuevo representan junto a la balanza preparada para intervenir.

El epíteto osiriano de «justificado» que sigue en las estelas a los nombres de los donantes sólo aparece a mediados de la XI Dinastía, después de la caída de Heracleópolis, pero no cabe duda de que las ideas que han llevado a esta afirmación notable se cristalizaron durante el período que va desde fines de la VI Dinastía a fines de la X. Para ser «justo» el egipcio debe ante todo practicar la caridad. De ahí las afirmaciones que van a multiplicarse en las estelas funerarias, hasta el punto de hacerse pesadas para el lector moderno: «He dado pan al que tenía hambre, agua al que tenía sed, vestido al que estaba desnudo, he protegido a la viuda y al huérfano». Esta actitud frente al prójimo se encuentra en las *Instrucciones a Merikare'*: «No seas malvado, es bueno ser benévolo. Obra de tal suerte que tu recuerdo dure gracias al amor que inspires… Haz justicia mientras que estés en la tierra. Consuela al afligido, no oprimas a la viuda, no prives a un hombre de los bienes de su padre». Aquí están desarrolladas las fórmulas que repiten hasta la saciedad las estelas egipcias. Es cierto que estas fórmulas se difundirán principalmente al final de la XI Dinastía y durante la XII, pero las ideas de justicia y de humanidad que encierran están presentes por doquier en los textos del Primer Período Intermedio. El citado Ânkhtifi se vanagloria, en tiempos de carestía, de haber alimentado no solamente a las gentes de su nomo, sino también a las de los nomos vecinos, y Kheti, como acabamos de ver, aconseja a su hijo que practique la justicia.

Este refinamiento de la moral, y en ello hay que percibir lo avanzado que estaba Egipto respecto a otras civilizaciones de la Antigüedad, es el resultado directo de la religiosidad de los egipcios en esta época. Las *Instrucciones a Merikare'* siguen siendo las que nos prueban la existencia de estos sentimientos religiosos y su intensidad: «Construye monumentos para los dio-

ses. Aseguran la supervivencia del nombre de aquel que construye para ellos. Un hombre debe hacer aquello que aprovecha a su alma… Frecuenta los templos, observa los misterios, entra en los santuarios… Sé piadoso. Asegúrate de que se hagan las ofrendas… Dios conoce al que obra para él».

Aunque la reunificación de Egipto por los tebanos puede compararse legítimamente a la unificación del valle por los reyes tinitas, existen, sin embargo, diferencias apreciables. Por una parte, el Imperio Antiguo ha dejado en los espíritus el recuerdo de un período de orden y grandeza al que gustará hacer alusión y que servirá de modelo a las generaciones venideras. Por otra parte, la supremacía del sur se ha obtenido por la violencia. Los reyes tebanos se han visto obligados con frecuencia a transigir con los jefes de provincias y, en muchos casos, los nomarcas conservan durante la XI Dinastía el poder que habían adquirido desde el final de la VI. Sólo a mediados de la XII Dinastía el poder real volverá a adquirir toda su autoridad sobre los nomos.

Finalmente, el ejército, que hasta ahora sólo había desempeñado un papel muy secundario en la civilización egipcia, se convierte en una de las preocupaciones del poder egipcio. Para hacerse una idea de esta importancia no hay más que releer los consejos que Kheti da a Merikare‘: «Ocúpate de tus jóvenes tropas… y que tengas una descendencia abundante… la joven generación goza siguiendo su inclinación (la continuación del texto se ha perdido, pero la juventud se inclina evidentemente por la acción y la violencia)… aumenta, pues, el número de tus fieles jóvenes, dales tierras, recompénsales dándoles ganado».

Cada nomo poseía tales «clases de edad» bien entrenadas para el combate por las luchas del final del Primer Período Intermedio. Si se añaden a la masa del ejército indígena los mercenarios nubios y libios, se ve la fuerza en potencia que estaba a disposición de un monarca del Egipto reunificado. El ejército

permitió a Nebhepetre‘ conquistar el poder y será la base de la expansión egipcia bajo sus sucesores.

De este modo, con el advenimiento de Nebhepetre‘-Mentuhotep, Egipto sale transformado de las pruebas que ha sufrido bajo el Primer Período Intermedio. Los faraones tebanos tienen en la mano el poder militar y político que les va a permitir, primero, afirmar su control sobre Egipto, y, después, establecer la hegemonía egipcia sobre una parte del país que le rodea.

10. El Imperio Medio

Una inscripción de la XIX Dinastía asocia los nombres de Menes, Nebhepetre‘ y Ahmosis. Los egipcios consideraban, pues, que los reinados de estos tres faraones marcaban hitos esenciales en la historia egipcia y, en efecto, Menes, primer rey de la I Dinastía, puede ser considerado como el fundador del Imperio Antiguo, lo mismo que Ahmosis, primer faraón de la XVIII Dinastía, lo es del Imperio Nuevo. De esto se deduce, por tanto, que los egipcios colocaban a Nebhepetre‘-Mentuhotep en el origen de lo que se ha convenido en llamar el Imperio Medio.

Los comienzos de la historia del Imperio Medio son aún oscuros. Sólo desde hace unos años se ha podido establecer la sucesión y la cronología de los reyes de la XI Dinastía, y todavía hay algunos investigadores que no están de acuerdo con ella. Los historiadores han visto su labor complicada por el hecho de que el fundador de la dinastía llevó sucesivamente varios «nombres de Horus» (cf. más adelante), lo que naturalmente les condujo a admitir la existencia de tres reyes diferentes que llevaban el nombre de Mentuhotep. En las obras antiguas se encuentran así cinco de estos faraones. Actualmente se admite que después del reinado de Antef III sólo reinaron tres faraones en el Egipto unificado, de forma que la sucesión de los reyes de la XI Dinastía ha quedado establecida de la manera siguiente:

Mentuhotep I, 2060-2010

reina con los nombres de Horus sucesivos de:

Seânkhibtauy, 2060-2040

Neteryhedjet, 2040-? (hacia 2025)

Sematauy, ?-2010

Mentuhotep II-Seânkhtauyef, 2009-1998

Mentuhotep III-Nebtauy, 1997-1991

En algunas obras (W. C. Hayes), el nombre de Mentuhotep I fue dado al primer tebano en el origen de la dinastía, cuando ésta sólo gobernaba aún en el sur del país. Llevaba el nombre de Horus Tepya. En consecuencia, en estas obras, Mentuhotep-Nebhepetre‘ se convierte en Mentuhotep II, y lo mismo pasa con sus sucesores.

I. MENTUHOTEP I (2060-2010)

Los nombres de Horus que sucesivamente fueron llevados por Mentuhotep I expresan de una manera sorprendente las etapas de su reinado. A la muerte de su padre, Antef III, tomó, en efecto, el nombre de Horus Seânkhibtauy, «el que hace vivir el corazón del doble-país», es decir, Egipto. Bajo este nombre condujo a sus tropas a la conquista de la parte norte del país. Todavía conservaba este nombre en el catorceavo año de su reinado, hacia 2046, cuando los partidarios de los reyes heracleopolitanos lograron sacudirse el reciente yugo de Tebas y reconquistar Tinis. Éste fue el comienzo de una nueva y breve guerra entre el sur y el norte, que llevó aparejada la caída definitiva de Heracleópolis. Para conmemorar este acontecimiento que le convertía en soberano de todo Egipto, Mentuhotep I tomó el nombre de Horus Neteryhedjet.

Después de esta victoria sin duda se produjeron una serie de combates esporádicos en el norte del país que exigieron del

nuevo soberano un esfuerzo de pacificación. Cuando este esfuerzo hubo producido sus frutos, Mentuhotep I cambió una vez más de nombre de Horus para tomar el título característico de Sematauy, «el que unió el doble-país».

No se conoce la forma en que Mentuhotep I logró pacificar Egipto. Se puede pensar que usó tanto la fuerza, ya que disponía de un ejército victorioso, como la diplomacia, pues los nomarcas, especialmente los del Medio Egipto, eran poderosos todavía, y era prudente ganarlos por medio de concesiones. En los documentos que tenemos a nuestra disposición se pueden adivinar algunas indicaciones del empleo de los dos métodos: el nomarca de Asyut fue simplemente depuesto, pero los de Hermópolis y de Beni Hasan guardaron sus privilegios. Para restaurar la autoridad central parece que Mentuhotep I utilizó un método simple: ya que la capital estaba en Tebas, tomó como principales funcionarios a tebanos fieles a la dinastía. De esta manera los tres visires que se sucedieron durante su reinado fueron todos ellos tebanos, lo mismo que los cuatro «cancilleres», puesto importante y de creación reciente. Es sintomático que el «gobernador del bajo Egipto» sea también un tebano, lo mismo que el inspector del nomo XIII del bajo Egipto y el nomarca de Heracleópolis. Mediante la creación de nuevos puestos, Mentuhotep volvió a imponer el orden en un país desorganizado por la guerra civil, demasiado larga, y al nombrar para estos puestos a hombres fieles se aseguraba un control de los feudos sin recurrir a destituciones que posiblemente habrían provocado nuevos disturbios.

No tardaron en hacerse sentir los efectos de esta reorganización de la administración, tanto en el exterior como en el interior del país. Un rasgo característico del Primer Período Intermedio había sido la interrupción de las relaciones de Egipto con los países vecinos. Tan pronto como fue conseguida la pacificación, Mentuhotep volvió a establecer relaciones con el ex-

tranjero. En el año 39 de su reinado, hacia el 2020, poco más o menos en el momento de la caída de Heracleópolis, una expedición penetra en el Uauat (baja Nubia); a ésta seguirán muchas otras. Puede ser que estas incursiones fueran una venganza contra los nubios que habían servido como mercenarios en el ejército heracleopolitano, pero, sobre todo, inauguran el comienzo de una política de expansión hacia el sur que sería continuada por la XII Dinastía. Egipto necesitaba esta expansión. En efecto, aprovechando los conflictos del Primer Período Intermedio, la baja Nubia se organizó como reino independiente cuyos soberanos dejaron algunas inscripciones entre Umbarakab y Abu Símbel (W. C. Hayes). Este reino, sin presentar indudablemente un gran peligro para Egipto, le impide, sin embargo, ejercer libremente su comercio hacia el sur. Por este motivo Mentuhotep I y sus sucesores van a emprender la conquista del sur. Bajo Mentuhotep I, la baja Nubia (Uauat) no está todavía enteramente ocupada, pero ya paga un tributo, no vuelve a oponerse al paso de las expediciones egipcias y proporciona ahora mercenarios al ejército tebano.

Hacia el este, Egipto reanuda su actividad en los desiertos limítrofes del valle. Al Hammamat, Mentuhotep envía una expedición desde el año 2 de su reinado. En el Sinaí no se posee ninguna inscripción contemporánea del rey, pero el hecho de que Sesostris I haya dedicado una estatua a Mentuhotep I en el templo de Serabit-el-Khadim (Sinaí) sugiere que este soberano fue el que volvió a abrir la ruta de las minas de turquesas, hecho que está confirmado además por la inscripción de un funcionario de Mentuhotep, Akhtoy, quien afirma «haber sellado los tesoros en esta montaña llamada Templo de Horus de las Terrazas de la Turquesa», título que no se puede aplicar más que al Sinaí. El hecho de volver a poner en actividad las minas del Sinaí implicaba el control de las tribus nómadas de la región; incluso ciertas indicaciones dejan suponer que las tropas egipcias

penetraron anteriormente en el territorio asiático sin llegar, sin embargo, tan lejos como bajo la VI Dinastía.

A Libia, Mentuhotep envió expediciones destinadas, según parece, a contener a aquellos vecinos occidentales que, desde el Imperio Antiguo, constituían una amenaza constante para Egipto. Uno de los jefes de los *tehenu* libios fue muerto en el curso de una de estas campañas. En resumen, los oasis del desierto occidental son visitados por destacamentos armados y Mentuhotep I se dedica a controlar los desiertos suroeste y sureste, por ambas partes de la baja Nubia, donde merodeaban los medjau, guerreros nómadas a los que se enorgullece de haber vencido.

Egipto, próspero en el interior y fuerte en el exterior, vuelve a ser un foco artístico activo, aunque el interés de Mentuhotep I se haya manifestado principalmente en el alto Egipto, donde engrandece los templos de Elefantina, de el Qab, de Tod, de Denderah y de Abidos. En la propia Tebas edifica, para su propio servicio funerario, un monumento majestuoso, la primera sepultura real importante desde el reinado de Pepi II. Para esta tumba eligió la situación magnífica de Deir el-Bahari y adoptó el plano de una pirámide construida sobre un pedestal y rodeada de un pórtico bajo columnata. La avenida que conducía al monumento estaba flanqueada por estatuas de piedra arcillosa pintada que representaban al faraón sentado, revestido con los ornamentos de la fiesta Sed. Alrededor de su tumba se enterraron las reinas, y en el acantilado que domina la llanura, al norte de la tumba real, los altos funcionarios de su corte.

II. MENTUHOTEP II-HORUS SEÂNKHTAUYEF (2009-1998)

Como el hijo primogénito de Mentuhotep I, Antef, murió antes que su padre, fue un hijo menor el que sucedió al gran Mentuhotep. Según parece, ya tenía una edad avanzada cuando

asumió el poder, por lo menos cincuenta años, y su reinado fue corto.

El reinado se empleó principalmente en las construcciones y son numerosos los templos del alto Egipto que nos han proporcionado relieves de este reinado, de un estilo admirable en su sobriedad. Por razones desconocidas, este rey constructor dejó inacabada su propia tumba y su templo funerario.

La historia de este reinado está dominada por la figura de un alto funcionario que ya había servido durante el reinado de Mentuhotep I. Henenu, intendente general, organizó en el octavo año del reinado una expedición de 3000 hombres que partió de Coptos, atravesó el desierto hacia el mar Rojo y llegó hasta el país de Punt, en la costa de Arabia. Una inscripción grabada sobre las rocas del Uadi Hammamat ha conservado un relato de esta expedición. La tropa mandada por Henenu comenzó a limpiar el camino de enemigos del rey; según parece, exploradores nómadas la asesoraban, protegían e informaban. Cada hombre iba provisto de una cantimplora de cuero y de «dos jarras de agua y veinte panes» por día, y había asnos para llevar la impedimenta. Durante su marcha hacia el mar Rojo, Henenu hizo perforar y acondicionar doce pozos. Al llegar a la costa, «construyó» barcos. Dado el carácter desértico de la costa a la salida de la ruta del Hammamat, hay que sobrentender que indudablemente el ejército había llevado consigo, en piezas sueltas, los barcos que debían servir para transportar un destacamento hasta el país de Punt. La construcción naval egipcia, que emplea esencialmente los montajes por medio de espigas, muescas y ligaduras, facilita el desarme de los navíos y, en consecuencia, su transporte por tierra si es necesario.

Mientras que los navíos iban a buscar incienso al país de Punt, los hombres que habían permanecido en el Hammamat se ocupaban de tallar los bloques de mármol verde destinados a

las estatuas del templo. A la vuelta de Punt, Henenu recogió a sus hombres y a los bloques y volvió a Coptos sin problemas.

La reapertura de las canteras del Hammamat por Henenu va acompañada de una gran actividad en las minas del Sinaí. Conocemos las condiciones de vida en Egipto durante el reinado de Mentuhotep II gracias a unos curiosos documentos encontrados en una tumba tebana en la que habían sido depositados y que se han conservado milagrosamente. Se trata de la correspondencia que un tal Hekanakht, durante un viaje que realizó hacia el sur, dirigió a su hijo primogénito. Hekanakht era sacerdote funerario de la tumba de un visir de Mentuhotep I y poseía una granja. Durante su ausencia, su hijo se encargaba a la vez de cumplir los deberes de su padre en la tumba del visir y de atender la hacienda. Hekanakht, antes de partir, deja a su hijo un inventario de los productos de la granja para el año en curso y después le escribe dos largas cartas en las que le da órdenes para el trabajo y lo que conviene dar a los diferentes miembros de la familia. La granja de Hekanakht estaba formada por tierras que le pertenecían y por otras que tenía en alquiler; el arrendamiento de estas últimas se pagaba en telas y en granos. Las cartas contienen numerosos y severos consejos sobre la conducta que debe observar frente a la familia y a los servidores. Por último, en una de ellas hace alusión a una época de escasez ocurrida en el sur de Tebas durante la cual, según Hekanakht, «comienzan a comer carne humana».

III. MENTUHOTEP III Y EL FINAL DE LA XI DINASTÍA (1997-1991)

El Papiro de Turín termina la XI Dinastía con el reinado de Mentuhotep II, pero en una nota parece que el compilador de la lista real de Turín haya indicado que existía una laguna en el documento del que se servía para establecer su propia lista y que existió un periodo de siete años entre la terminación del

reinado de este rey y la subida al trono de Amenemmes I. Este período fue ocupado por el reinado de Mentuhotep III, el Horus Nebtauy. Si, como todo parece indicar, su ausencia en el Papiro de Turín se debe simplemente a una laguna en las fuentes del autor de este documento, es inútil considerar a Mentuhotep III como un usurpador.

El reinado de Mentuhotep III fue corto; la primera fecha conocida de su reinado es la del año 2 (en el Uadi el-Haudi). Conocemos su persona sobre todo por las inscripciones del Uadi Hammamat, lugar al que envió para una misión a un visir, Amenemmes, con una tropa de 10 000 hombres «de los nomos del sur, del medio Egipto y del Oxirinco» (nomo XVI del bajo Egipto que tiene por capital Mendes), es decir, de todo Egipto. La expedición, encargada de transportar un bloque de piedra para hacer el sarcófago real, volvió nada más cumplir su misión o, como precisa Amenemmes: «Mis hombres volvieron sin ninguna pérdida, no pereció ningún hombre, no desapareció ninguna patrulla, ningún asno murió, ni siquiera se puso enfermo algún artesano». Pero el principal interés de esta expedición reside en la personalidad de su jefe, quien modestamente se autodenomina «príncipe heredero, conde, gobernador de Tebas y visir, jefe de todos los nobles, inspector de todo lo que el cielo concede, la tierra crea y el Nilo aporta, inspector de todo en todo este país, Amenemmes».

La expedición del Punt y del Uadi Hammamat parece haber desempeñado un papel de extrema importancia en la vida del visir Amenemmes. A ella consagró cuatro inscripciones diferentes en las que relata que «las bestias del desierto se acercaron a él, y entre ellas una gacela a punto de parir. Al marchar hacia la tropa no huyó, y, cuando llegó al lugar donde estaba el bloque de piedra destinado a ser la cubierta del sarcófago, parió su cervatillo mientras que el ejército la contemplaba». Este primer prodigio fue seguido muy pronto de otro: «Mientras que

se estaba trabajando en esta montaña sobre el bloque de piedra destinado al sarcófago, se volvió a producir un milagro: llovió, se apareció el dios, su gloria se manifestó a los hombres, el desierto se convirtió en un lago y el agua subió hasta el nivel de la piedra. Por último, se encontró un pozo en medio del valle, de 12 codos por 12 (6,30 m por 6,30 m), lleno hasta el borde de agua fresca, pura, protegida de los animales y oculta a los nómadas».

Allí donde nosotros no vemos más que una curiosa coincidencia de circunstancias, es posible que los egipcios hayan visto una manifestación de la voluntad divina. La inscripción precisa: «Los que estaban en Egipto oyeron hablar de esto. Desde el sur hasta el norte se prosternaron y celebraron la virtud de Su Majestad para siempre, para siempre». Si en la inscripción también el rey era favorecido por la intervención divina, es verosímil admitir que el jefe de la expedición se aprovechó de todo ello muy ampliamente. ¿Sería temerario ver en ello una de las razones, posiblemente la principal, de que Amenemmes conquistase el poder unos cinco años después de estos acontecimientos? No lo creemos; instrumento de la voluntad del dios, Amenemmes pudo ser elegido por esta razón por el mismo Mentuhotep para ser su sucesor. Esto es lo que explicaría que se encuentren asociadas, en un tazón de esquisto, las insignias reales de Mentuhotep III, de la XI Dinastía, y las de Amenemmes I de la XII.

Haya verdad o no en esta hipótesis, permanece el hecho de que el final del reinado de Mentuhotep III y de la XI Dinastía permanece sumergido en la más completa oscuridad. En el estado actual de nuestros conocimientos nada permite afirmar que el golpe de estado, si es que lo hubo, que colocó en el poder a Amenemmes I fuera violento. Sin embargo, veremos que distó mucho de contar con la aprobación general.

Hacia 1990 a. C. (1991, según Hayes), el visir Amenemmes subió al trono bajo el nombre de Horus Sehetepibre‘: se trata del Amenemmes I (Amenemhat) de la XII Dinastía. Acabamos de ver que las circunstancias de su ascenso son oscuras. Lo que parece cierto es que encontró una fuerte oposición que es posible tomara el cariz de una guerra civil. Esto se explica por el hecho de que el visir no era de sangre real, aunque no se excluye que estuviera emparentado con Mentuhotep III, cuya madre tampoco pertenecía, según parece, a la familia real. En efecto, hay que recordar que en el Imperio Antiguo el visir era muy frecuentemente un pariente del faraón y es posible que tal haya sido el caso de Amenemmes, lo que explicaría a la vez el favor manifiesto del que disfrutó bajo el último Mentuhotep y su toma del poder.

Sea lo que fuere, lo cierto es que Amenemmes no descendía en línea directa de los faraones de la XI Dinastía. Esto se deduce claramente de un texto inspirado por él que nos informa sobre la familia y el origen del rey. Se trata de la profecía *post eventum* llamada «de Neferty», texto que fue muy popular en Egipto, ya que se conocen dos copias de la XVIII Dinastía y dieciocho de la época ramésida. Para dar más peso a su composición, el autor, un egipcio del bajo Egipto, presenta a su profeta Neferty como un sacerdote de Bubastis que había vivido bajo el reinado de Snefru, primer rey de la IV Dinastía. A este último es a quien, en efecto, se dirige.

En una primera profecía Neferty describe las desgracias que van a abatirse sobre Egipto. Esta parte del texto, muy larga puesto que ocupa más de la mitad de la composición, se parece mucho a la literatura «pesimista» del Primer Período Intermedio, como el texto de las *Amonestaciones*. En una segunda profecía Neferty anuncia que un rey del sur volverá a traer el orden

y la prosperidad. Revela incluso el nombre de este faraón, Ameny, nombre que no es sino un diminutivo familiar de Amenemmes y que se refiere ciertamente a Amenemmes I.

En la descripción de la situación anterior al advenimiento de Ameny, Neferty hace alusión a una invasión del Delta por los asiáticos; evoca a continuación las disensiones civiles: «El país vivirá en el desorden. Te muestro a un hijo como enemigo, a un hermano como adversario, a un hombre que asesina a su padre… El país está empobrecido, pero sus dirigentes son numerosos». Todo esto se parece de tal manera a las *Amonestaciones*, que a veces se ha creído que los dos textos hacían alusión a los mismos acontecimientos. Pero la segunda profecía no deja ninguna duda respecto a ello; en efecto, Neferty continúa: «Pero he aquí que llegará un rey del sur llamado Ameny. Es el hijo de una mujer de Ta-Seti (nombre de Elefantina). Es un hijo del Alto Egipto, tomará la Corona Blanca, ceñirá la Corona Roja… el deseo volverá a su lugar y la iniquidad se habrá expulsado hacia el exterior».

De esta manera el autor no trata en absoluto de esconder los orígenes no reales de su héroe (parece más bien que insiste sobre este punto) y, además, este rey salvador pone fin a un período de desórdenes. Es evidente que, en su descripción, el autor se inspiró en textos anteriores. Pero esto no quiere decir que no hubiese habido disturbios; se ha observado (G. Posener) que, de hecho, otros textos de la XI Dinastía hacen alusión a estos mismos disturbios. Todo sucede como si el autor de la profecía hubiese confundido voluntariamente los acontecimientos de fines de la XI Dinastía con los del Primer Período Intermedio, para hacer resaltar de una manera más elocuente el papel desempeñado por Ameny-Amenemmes. Si este texto no nos proporciona aclaración alguna sobre la manera como Amenemmes I consiguió el poder, confirma, por una parte, la existencia de un período agitado que pudo comenzar poco después del año 2 de

Mentuhotep III y durante el que desapareció la XI Dinastía, y, por otra, el origen no real del fundador de la XII Dinastía, cuyo padre parece haber sido un tal Sesostris al que los egipcios del Imperio Nuevo consideraron como el antecesor de la nueva dinastía.

Amenemmes I reorganizó Egipto después de los desórdenes del final del reinado de Mentuhotep III. En primer lugar, como lo indica expresamente un texto de Beni Hasan, restableció los límites de los nomos entre sí: «Hizo que una ciudad conociese su frontera con otra, que se establecieran sus justas fronteras de una manera tan sólida como el cielo». A continuación volvió a hacer de Menfis la capital administrativa. Las razones que le condujeron a esta importante decisión son, sin ninguna duda, complejas. Es probable que la familia de los Mentuhotep, despojada del poder, fuese todavía poderosa en Tebas, y, aunque Amenemmes se presentase como el sucesor legítimo de Mentuhotep III, la región tebana era sin duda poco segura para el nuevo soberano. Por otra parte, al estar situada Tebas en el corazón del alto Egipto, está geográficamente mal emplazada para ser una capital; Menfis, en el extremo sur del Delta, es mucho más central. Por último, Tebas no había sido jamás una capital, mientras que Menfis disfrutaba todavía de una tradición secular de administración gracias a los escribas que en ella se habían establecido. Por todas estas razones e incluso por otras que sin ninguna duda se nos escapan, Amenemmes trasladó la capital de Tebas a Ittaui, en las proximidades de Menfis. Incluso el nombre de esta nueva capital es característico: «La que conquista el doble-país»; Amenemmes pretendía vigilar a sus súbditos desde su residencia, y, en casos de necesidad, mantenerlos en la obediencia por medio de la fuerza.

Los textos del Primer Período Intermedio nos dan a conocer que todo el aparato administrativo del Imperio Antiguo fue destruido (*Amonestaciones*). Los almacenes centrales, las cortes

de justicia, el catastro, las leyes escritas y consuetudinarias, todo desapareció y los funcionarios fueron dispersados. No parece que los faraones de la XI Dinastía remediasen este estado de cosas. Amenemmes I, por el contrario, parece que quiere reconstruir los cuadros y servicios administrativos. La elección de Ittaui como capital va a ayudarle en esta tarea. En efecto, fue en esta región de Egipto, en las proximidades de Menfis, capital del Imperio Antiguo, y de Heracleópolis, capital de la IX y X Dinastías, donde se asentaron los pocos funcionarios que sobrevivieron a la tormenta. El propio Kheti III se dio cuenta de esto, como lo afirmó en las *Instrucciones a Merikare'* al hablar de Saqqarah-Menfis: «Existen allí algunos funcionarios desde tiempos de la residencia real».

Pero transcurrió más de medio siglo entre la desaparición de la monarquía heracleopolitana y la llegada al poder de Amenemmes I, y los funcionarios experimentados que este último pudo reunir en la nueva capital no podían ser suficientes en número para todas las necesidades de la nueva administración central. De esta manera, Amenemmes I recurrió a una auténtica propaganda para suscitar las vocaciones de funcionarios (G. Posener). Debido a ello se escribieron durante su reinado dos obras con la finalidad de alentar a los egipcios a convertirse en funcionarios y de guiarlos en esta carrera. La primera de ellas, *Kemyt*, «la Suma», fue redactada en los comienzos del reinado por el autor de la *Profecía de Neferty*. Comprende una parte práctica, elección de fórmulas epistolares y frases hechas de correspondencia administrativa, y una parte general con consejos de prudencia, ventajas de los estudios, etc. Termina con una frase que revela su objetivo: «En cuanto al escriba, sea cual fuere su empleo en la residencia, no es en ella desdichado». Las intenciones de la segunda obra, que se suele llamar la *Sátira de los oficios*, son todavía más claras. El autor se dirige, por encima de su hijo al que pretende dar consejos, a los futuros funciona-

rios que, según nos dice, se instruyen en una escuela especial instalada en el centro administrativo de Egipto. Ensalza, de manera general, los estudios y la profesión de funcionario, y a continuación, comparando los diferentes oficios, muestra que el de escriba es muy superior a cualquier otro, incluso al de sacerdote, que, a pesar de su estado, puede ser requerido para las prestaciones personales, mientras que únicamente el funcionario puede escapar de ellas. Es lamentable que el texto sea a menudo defectuoso, pues al ensalzar la profesión de escriba el autor nos hace conocer gran cantidad de cosas sobre la civilización y el estado social de Egipto.

Amenemmes no tenía solamente que reorganizar un país que acababa de salir de la anarquía, sino que aún necesitaba rehabilitar el prestigio de la monarquía, que había sufrido mucho con las luchas intestinas del Período Intermedio, en el que los reyes de la VII, VIII, IX y X Dinastías apenas eran más poderosos que los nomarcas, en principio sus vasallos pero de hecho sus competidores. Esta pérdida del prestigio real no sólo se manifiesta en el ámbito político, sino que afecta también al moral. Al rey del Imperio Antiguo se le considera partícipe de la naturaleza divina; aun matizando esta concepción (cf. págs. posteriores), el soberano es muy diferente de los hombres. En el Primer Período Intermedio los narradores no dudaban en presentar al rey en situaciones humillantes. Así en el *Cuento de Neferkare‘ y del general Sisene* (G. Posener), que transcurre muy al final de la VI Dinastía o durante la VIII, el autor presenta al propio rey con un general y altos funcionarios conspirando contra un cierto «litigante de Menfis». Éste hace espiar al soberano y descubre que las relaciones entre este último y el general son de una naturaleza muy especial: «El rey llegó a la casa del general Sisene. Lanzó una piedra y golpeó con el pie. Sobre él hicieron descender una escala. Subió… Después que Su Majestad hubo hecho lo que deseaba junto a él (el general), se dirigió ha-

cia su palacio. Ahora bien…, había pasado cuatro horas en la casa del general Sisene…». La continuación del cuento se ha perdido, pero la parte conservada es bastante clara para mostrarnos al rey en una posición escabrosa. La expresión «hacer lo que se desea junto a alguien» tiene en egipcio un sentido sexual preciso, y en esto se ve hasta qué punto se había venido abajo el prestigio de la realeza.

Con ser menos escabrosos, otros cuentos de los comienzos del Imperio Medio presentan a algunos reyes del Imperio Antiguo bajo un aspecto desagradable, incluso odioso, y todo indica que entonces existía una corriente de opinión desfavorable a la realeza (G. Posener). Para luchar contra esta tendencia, Amenemmes I, por intermedio de literatos a su servicio, trata de relacionarse con la realeza de los comienzos del Imperio menfita, especialmente con la de Snefru, que parece haber conservado el prestigio que sus sucesores, más autoritarios, habían perdido. De esta manera es como, posiblemente bajo la influencia de la religión y de la moral osiriana, parece haber tratado de convertir a la realeza en más humana. Su hijo puso estas palabras en su boca: «He dado limosna a los pobres y alimentado al huérfano. He actuado de forma que el hombre que no tiene nada pueda llegar lo mismo que el que tiene».

Los documentos con los que contamos no nos permiten saber si los esfuerzos de Amenemmes I fueron coronados por el éxito. Sin embargo, se puede observar que las obras literarias a partir de su reinado no dirigen más críticas, ni siquiera veladas, a la persona real, como sucedía en los escritos del período precedente. Para restaurar completamente el prestigio real sólo le quedaba a Amenemmes volver a someter a los jefes de provincia a su autoridad directa y absoluta; pero la situación política es todavía demasiado inestable para permitir semejante restauración del poder sobre unos feudos que siguen siendo poderosos, y habrá que llegar al reinado de Sesostris III para ver la

monarquía absoluta restaurada a imagen de la del Imperio Antiguo.

Aunque Amenemmes I no cambia nada en la organización de los nomos y respeta la herencia del cargo de nomarca, trata, no obstante, de controlar la administración provincial, y para evitar oposiciones en el momento de la sucesión se esfuerza por asegurar la continuidad de la monarquía dentro de su línea. Consigue este doble objetivo mediante la instalación de revisores reales junto a los nomarcas, y, además, por la institución de la corregencia del príncipe primogénito en vida de su padre.

El control real en las provincias se ejerce principalmente sobre los impuestos que los nomos deben al gobierno central. La buena administración del país exige un conocimiento exacto de la situación económica de Egipto. No es indispensable que las rentas reales se concentren en la capital, pero es necesario que se conozcan todos los recursos para que la administración central pueda disponer de ellos en interés general. De esta situación resulta, al menos durante la primera mitad de la dinastía, una colaboración de hecho entre la administración real y la del nomarca, sin que se pueda afirmar que Amenemmes la deseara así. Poseemos algunas indicaciones, muy escasas, sobre la manera en que los funcionarios reales y los nomarcas administraban juntos los bienes del patrimonio nacional. El texto más explícito se remonta al reinado de Sesostris I, pero todo indica que debieron producirse los mismos hechos bajo Amenemmes I. «Todos los impuestos debidos al rey pasaron por mis manos (habla un nomarca). Los vigilantes generales de las propiedades reales de ganado me confiaron 3000 toros de tiro… y yo pagaba regularmente la renta de los troncos y jamás existió ningún atraso a mi cargo en ningún despacho real».

En resumen, Amenemmes I restablece poco a poco un control real sobre las provincias por medio del fisco, dejando a los gobernadores herederos de ellas una gran libertad y autoridad.

La fijación de las fronteras y el restablecimiento del catastro, realizada desde el año 2 de su reinado, siguiendo el «Diario» en papiro de un empleado del catastro central, constituían ya una injerencia real en la administración central. Este control se continúa de año en año por la vigilancia del personal de las tierras y los rebaños que pertenecían al rey en los diversos nomos.

El tesoro real es, pues, uno de los organismos esenciales de la XII Dinastía. Posee su propia flota, y está enteramente entre las manos de altos funcionarios que residen en la corte y que son, por tanto, independientes de los nomarcas.

Para evitar nuevas confederaciones de nomos similares a las que se habían formado al final del Primer Período Intermedio, que podrían reconstituirse en el momento de las sucesiones reales, como parece que sucedió a la muerte de Mentuhotep III, Amenemmes va a tratar de garantizar la continuidad del poder real quitando el menor motivo de oposición. Con esta finalidad, como podemos ver en una estela de Abidos, en el año 20 de su reinado asocia al trono a su hijo Sesostris I. De esta manera, al participar su hijo ya en el poder, podía resistir mejor a los pretendientes eventuales. Esta precaución era prudente, pues, como vamos a ver, la sucesión de Amenemmes iba a ser difícil.

La corregencia de Sesostris I coincide con una gran actividad en Egipto cara al exterior, como si el rey, demasiado anciano ya para participar en las expediciones militares, confiara el ejército a manos más jóvenes.

Si se cree la *Profecía de Neferty*, Amenemmes se limitó, durante la primera mitad de su reinado, a liquidar a los extranjeros que se habían infiltrado en el Delta con ocasión de los desórdenes del final de la XI Dinastía, y para evitar el retorno de tales intrusiones construyó fortalezas: «los muros del príncipe» en la frontera oriental, la más amenazada, contra los asiáticos, y

otra del lado oeste contra los libios. A pesar de la expresión «muros del príncipe», no se trataba ciertamente de murallas continuas, sino más bien de fuertes que dominaban los pasos obligados, como lo demuestra el célebre texto de *Sinuhé* (cf. págs. posteriores); el fugitivo, queriendo evitar ser arrestado en el paso cercano a los «muros del príncipe», declara… «Yo me acurruqué en un matorral, por temor de que el centinela que estaba de servicio ese día en la muralla mirara hacia mi lado». La fortaleza ocupa, pues, una posición clave por la que Sinuhé debe pasar, pero le basta esperar a la noche para evitar ser visto. No se ha encontrado esta fortaleza que, según toda verosimilitud, debía elevarse a la entrada del Uadi Tumilat.

Nada indica, pues, que Amenemmes I dirigiera expediciones fuera de Egipto durante la primera mitad de su reinado. La situación cambia cuando Sesostris I se asocia al trono. En el año 24 de Amenemmes I, cuarto año de la corregencia, parece que el ejército egipcio penetró en Palestina (estela de Nesumontu). En el sur se da la misma actividad agresiva: Sesostris I funda Buhen en el año 25 de Amenemmes I, y este último se vanagloria de haber «sometido a los habitantes del país de Uauat y… capturado a los medjau (beduinos del sureste)» (*Instrucciones de Amenemmes I*). En el año 29 se conduce una nueva expedición a Nubia, y en la misma época el ejército egipcio tiene gran actividad en los desiertos este, suroeste y sureste.

La profundidad de la penetración egipcia en el sur es todavía materia de controversia. Se han encontrado en Kerma, al sur de la tercera catarata, dos grandes construcciones de adobes y, en las proximidades, un cementerio de tumbas bajo túmulos en las que se descubrieron las estatuas de un tal Hapidjefa y de su mujer. Hapidjefa, nomarca de Asyut, es un contemporáneo de Sesostris I. De esta excavación se sacó la conclusión de que Hapidjefa fue gobernador del Sudán y que allí fue enterrado (Reisner). Se ha combatido vivamente esta conclusión (Junker, Säve-

Söderbergh), pues, por una parte, los egipcios consideraban como una abominación el ser enterrados fuera de Egipto, y es aún menos probable que un personaje tan importante como Hapidjefa se hubiese resignado a ello, ya que poseía una tumba en Asyut. Por otra parte, la necrópolis de Kerma ha suministrado numerosos objetos posteriores a la XII Dinastía, y ahora existe la duda de si no sería más bien contemporánea de la XIII (Säve-Söderbergh, Hintze); los objetos más antiguos encontrados en ella, especialmente los del Imperio Antiguo, procederían entonces de los saqueos cometidos durante las guerras del «Segundo Período Intermedio», en las que los habitantes del Sudán estuvieron muy implicados.

Si esto es cierto, en vida de Amenemmes I únicamente se habría conquistado la región que se extendía desde Asuán hasta el límite septentrional de la segunda catarata. Sesostris I, una vez solo en el poder, llevará mucho más lejos la penetración egipcia en el Sudán.

Durante el Imperio Antiguo, el enemigo principal de Egipto era Libia, donde habitaban los tehenu. A partir de la VI Dinastía aparecen en la misma región los *temehu*; posteriormente se confundirán ambos pueblos con cierta frecuencia en los textos egipcios. En el Imperio Medio, los habitantes de Libia representan siempre un peligro, y Amenemmes, para proteger a Egipto de sus correrías, hace construir una fortaleza en el Uadi Natrun. En el año 30 de su reinado, una vez conquistada la baja Nubia, Sesostris I dirigió una expedición al territorio de los temehu. A la vuelta de esta campaña, que resultó victoriosa, es cuando se produjo una sublevación palaciega en Ittaui, en el curso de la que Amenemmes I fue asesinado. Por el texto de *Sinuhé* sabemos que este acontecimiento tuvo lugar en el «año 30, el tercer mes de la inundación, el séptimo día», es decir, posiblemente el 15 de febrero de 1962 a. C. (W. C. Hayes). Hacía poco más de nueve años que Sesostris I ejercía la corregencia.

Conocemos los trágicos acontecimientos que pusieron fin al reinado de Amenemmes I por un texto notable, *Las instrucciones de Amenemmes*. En este documento el rey, ya muerto, se dirige desde el más allá a su hijo Sesostris I, y le cuenta el atentado que puso fin a su vida: «Fue después de la cena, la noche ya había llegado, yo me había retirado y yacía tendido en mi cama. Estaba fatigado y me sumergía en el sueño. (De repente) se produjo como un (lejano) ruido de armas entrechocadas y como si se gritara mi nombre. Yo me desperté entonces con el ruido del combate. Estaba solo y vi que los guardias peleaban. Si me hubiese dado prisa (tan pronto como hubiera tenido) las armas en la mano, habría hecho huir a los cobardes, pero nadie es valiente de noche, nadie puede pelear solo, nadie vence sin aliado. ¡Ay!, la agresión tuvo lugar cuando yo me encontraba sin ti…».

En el momento en que Amenemmes I sucumbía cerca de Menfis, en efecto, Sesostris I, de regreso de Libia, se encontraba todavía cerca de la frontera en el Delta occidental. La historia de Sinuhé nos ha conservado el relato de lo que se produjo entonces: «Los amigos del palacio enviaron mensajeros… para dar a conocer al hijo del rey los acontecimientos sucedidos en la corte. Los mensajeros le encontraron por el camino; le alcanzaron al anochecer. No tardó ni un instante. El Halcón (metáfora para designar al nuevo faraón) se fue rápidamente con su escolta sin informar de ello a su ejército».

El mismo Sinuhé nos explica el sigilo y la pronta partida de Sesostris I hacia Menfis «(pero) se había enviado (también) a buscar a los infantes reales que iban detrás de él en este ejército y se llamó a uno de ellos…». De esta manera se había urdido el complot, según nos permite conocer, además, el texto de las *Instrucciones*, en los medios allegados al anciano rey que confiaba en su hijo: «No había previsto nada, no estaba desconfiado. Pero ¿han tomado alguna vez las mujeres las armas? ¿Se ha visto jamás a los traidores surgir del interior del propio palacio?»,

y en otro pasaje: «Aquel que comió mi pan fue el que enroló a los facciosos, aquél al que había tendido mis brazos fue el que suscitó la sublevación». Así, a pesar de la precaución de Amenemmes I de nombrar a Sesostris I como corregente, poco faltó para que estallasen los desórdenes y la situación era tan incierta que Sinuhé prefirió huir a Asia por temor de verse implicado en el conflicto, como él mismo dice ingenuamente: «No me proponía volver a aquella corte en la que pensaba que habría luchas».

V. SESOSTRIS I (1971-1928)

No se sabe de qué manera Sesostris I terminó con la conspiración; sin embargo, lo logró, y convertido de nuevo rápidamente en el único amo de Egipto reinó todavía durante treinta y ocho años. Sólo dos años antes de su muerte asoció al trono a su hijo Amenemmes II. A pesar de la crisis dinástica de 1962, no parece que el orden interior fuera afectado ni seriamente ni durante mucho tiempo, y el reinado de Sesostris I fue un reinado de esplendor tanto en el exterior como en el interior.

Ya al final del reinado de Amenemmes I había comenzado la penetración en Nubia gracias a las expediciones dirigidas por Sesostris I. Durante su reinado personal, este último se contentó con hacer que los nomarcas continuaran su obra. Estos se encargaron de mantener la presencia egipcia en Nubia y de continuar la progresión. En el año 18, hacia 1954 a. C., se llegó más allá del reino de Kush. Si, como todo hace suponer, este reino está bien localizado un poco hacia el sur de Semnah, los ejércitos egipcios habrían rebasado los obstáculos de la segunda catarata. Es posible que para consolidar estas conquistas Sesostris I hiciera entonces construir fortalezas a lo largo del Nilo, de la misma manera que su padre había fortificado las fronteras este y oeste. La actual campaña de rescate de monumen-

tos de Nubia (1964) permitirá posiblemente saber si las grandes fortificaciones erigidas por Sesostris III estuvieron precedidas por las construcciones de Sesostris I; en Buhen sucedió así, y sin duda no se trata de un caso aislado.

Durante el Imperio Antiguo, la política egipcia en Nubia estaba determinada principalmente por un sentimiento autodefensivo y, accesoriamente, por el deseo de procurarse ciertos productos exóticos. Con el Imperio Medio aparece un nuevo motivo: la búsqueda del oro. A partir de Sesostris I comienzan a ser explotadas las minas de oro del Sudán en beneficio de Egipto, y, poco a poco, la extracción del mineral aurífero se convertirá en la más importante fuente de riqueza de Nubia.

Aunque las relaciones entre Egipto y los habitantes del sur son a veces borrascosas, no pasa lo mismo con Asia, donde parece que Sesostris I realiza una política que casi podría calificarse de *entente cordiale*. Esta actitud queda demostrada a la vez por las inscripciones del Sinaí y por la *Historia de Sinuhé*.

La penetración egipcia en el Sinaí para la explotación de los yacimientos de turquesas y, sin duda, de cobre se remonta al comienzo del Imperio Antiguo. Pero después de Pepi II cesan las expediciones y no vuelven a emprenderse hasta principios de la XII Dinastía. Mientras que en el Imperio Antiguo las relaciones entre egipcios y asiáticos eran malas, como lo demuestran las numerosas escenas de guerra grabadas en las rocas de la península, con la XII Dinastía estas relaciones cambian y se ha podido observar que «las inscripciones no contienen ni una alusión a los enemigos, por el contrario, los asiáticos del Sinaí o de las regiones adyacentes acompañan muy frecuentemente, cuando no regularmente, a las expediciones egipcias» (J. Černy, 1955), y, en efecto, son muy numerosas las inscripciones grabadas por los asiáticos junto a las de los egipcios.

La célebre *Historia de Sinuhé* confirma que las relaciones entre asiáticos y egipcios fueron pacíficas durante el reinado de Sesostris I. Sinuhé, para no verse implicado en la conspiración del año 1962, huyó a Asia; allí permaneció más de veinte años. Ahora bien, a lo largo de todo el relato de su permanencia en Asia, que cubre la mayor parte del reinado personal de Sesostris I, no se habla en absoluto de guerra entre Egipto y el reino asiático y además los principados asiáticos aparecen como independientes de Egipto, con el que, sin embargo, mantienen excelentes relaciones: algunos egipcios se establecen allí, como Sinuhé, y los mensajeros del faraón recorren todo el país sin ser molestados. Después de la campaña que tuvo lugar unos seis años antes de la muerte de Amenemmes I y durante todo el reinado de Sesostris I, no se produjo ninguna acción militar egipcia en Asia. Incluso conviene subrayar que esta campaña del año 4 de la corregencia Amenemmes I-Sesostris I no rebasó las primeras ciudades de Palestina meridional, en el límite del desierto de Suez.

Durante las excavaciones en Palestina y en Siria se han descubierto numerosos objetos egipcios del Imperio Medio. Como los textos descartan posibles guerras victoriosas de los asiáticos en Egipto durante esta época, dichos objetos no pudieron llegar allí más que, por decirlo así, pacíficamente. En otros términos, constituyen la prueba o de un tráfico comercial entre Egipto y Asia o de una política sistemática por parte del faraón. En efecto, sabemos por la correspondencia de Tell el-Amarna que la corte de Egipto, durante el Imperio Nuevo, tenía la costumbre de hacer regalos a los príncipes y reyes de Asia a cambio de su alianza; todo nos permite suponer que Sesostris I practicó ya esta costumbre. En Ugarit (Ras Shamra) se encontró un collar de amuletos y de perlas con el emblema de Sesostris I, y se han descubierto numerosos escarabajos con el mismo nombre en Palestina (Gaza, Laquis, Gazer, Betshán, Megiddo). Un pasaje

del cuento de Sinuhé evoca además la costumbre, durante el reinado de Sesostris I, de hacer regalos a los príncipes extranjeros; habiendo solicitado volver a entrar en Egipto, Sinuhé describe de esta manera la respuesta favorable del faraón: «Entonces Su Majestad me hizo unos envíos con una largueza típicamente real; ésta dilató el corazón de este humilde servidor como (si se hubiese tratado) de un príncipe de cualquier país extranjero».

Esta política, que podría calificarse de «política de los regalos», inaugurada por Sesostris I, fue continuada por sus sucesores y a ella se deben las estatuas del Imperio Medio encontradas no sólo en Asia, sino incluso en Creta y en Nubia. La presencia de objetos egipcios en Creta y de algunos objetos minoicos en Egipto ha llevado a los historiadores a admitir la existencia de relaciones directas entre la gran isla de Minos y Egipto desde el reinado de Mentuhotep II. Esta hipótesis, con independencia de su base arqueológica, está fundamentada en una mala traducción de una palabra egipcia, *Hau-nebut*, que, según parece, designaba a los egeos prehelenos. He demostrado (1953) que se trataba de un error, al ser *Keftiu* el nombre de Creta y al no haber comenzado las auténticas relaciones directas entre ambas civilizaciones más que con la XVIII Dinastía. Sin embargo, no existe la menor duda de que se establecieran relaciones indirectas entre Creta y Egipto desde el Imperio Medio. Estas relaciones, más débiles de lo que se ha creído, tenían como intermediarios a Siria y Chipre. Ras Shamra, a donde Sesostris envió regalos, era un centro comercial al que llegaban los objetos egeos (Cl. F. A. Schaeffer); desde aquí podían ser reexportados a Egipto. De la misma manera podían pasar a Creta los objetos egipcios, numerosos en Palestina y en la costa Siria.

La influencia exterior de Egipto no se limita a Nubia y a Asia. Las campañas militares en el sur, durante la corregencia, estuvieron precedidas por una nueva ocupación de los desier-

tos orientales y occidentales. No se aminoró tal empuje durante el reinado personal de Sesostris I y los documentos nos dan a conocer que los egipcios llegaron entonces hasta los grandes oasis occidentales. La región tebana es el punto de partida de las expediciones hacia el desierto oeste. El comandante de una de estas expediciones escribe: «Llegué a los oasis occidentales. Reconocí todos sus caminos de acceso y recogí a los fugitivos que por allí encontré. Mi ejército permaneció sano y no sufrió pérdidas» (estela de Kai, en Kamûla). Por la parte de Libia propiamente dicha, al noroeste de Egipto, la campaña que precedió en poco tiempo al asesinato de Amenemmes I parece haber asegurado la tranquilidad en Egipto, pues ya no se habla más de los templos en los textos que se remontan al reinado personal de Sesostris I.

Al acabar el reinado de Sesostris I, la baja Nubia, desde la primera catarata hasta el sur de la segunda catarata, está bajo el control egipcio. Asia se abre a una influencia pacífica de Egipto, los desiertos este y oeste se ven recorridos por las expediciones mineras egipcias, los libios, ya vencidos, no representan ahora un peligro para el valle del Nilo. Esta influencia y esta expansión de Egipto fuera de sus fronteras son el resultado directo del desarrollo interno del mismo Egipto.

La política interior de Sesostris I asegura la prosperidad material de la totalidad del país, prosperidad que se manifiesta en la actividad arquitectónica, tanto en el alto como en el bajo Egipto. Existen muy pocos yacimientos egipcios que no nos hayan proporcionado monumentos que se remonten a este reinado.

No parece que Sesostris I hubiera variado en nada la política de su padre con relación a los nomarcas. Por lo general, la mayoría de éstos eran los hijos de los que habían sido nombrados por Amenemmes I. Éstos aseguraron una buena administración provincial para Egipto, sin abusar, según parece, de la indepen-

dencia que les dio la herencia de su cargo y su fortuna personal. Todos ellos permanecieron fieles a Sesostris I en el momento del asesinato de Amenemmes I y le suministraron los contingentes de tropas necesarias para el ejército real.

La política que podríamos llamar de «revalorización» de la realeza, inaugurada por Amenemmes, produce sus frutos durante el reinado de Sesostris I. No hay más que leer el elogio de Sesostris I en el cuento de Sinuhé para convencerse de ello. «Es un dios aunque no tiene su apariencia, antes del cual ningún otro (como él) ha existido. Es un maestro de sabiduría tanto en sus resoluciones perfectas como en sus órdenes excelentes…». Si el texto de Sinuhé emplea siempre la palabra «dios» para designar al rey, las cualidades que le atribuye: fidelidad, sabiduría, valor, amabilidad, son cualidades humanas y revelan la evolución que se produce en la concepción de la realeza entre la IV y la VI Dinastía. Si el rey conserva todavía el epíteto de *neter nefer*, «el dios bueno», es más un superhombre que un dios, y el carácter humano de su autoridad, posiblemente bajo la influencia de la religión osiriana, contrasta fuertemente con la autoridad inhumana de la monarquía del Imperio Antiguo.

Para asegurar la continuidad del poder legítimo, Sesostris I asocia al trono a su hijo Amenemmes, pero, quizá al darse cuenta de los peligros que implica una corregencia demasiado larga, es al final de su vida cuando le nombra corregente, de manera que no reinaron juntos más que dos años, desde el año 42 hasta el año 44 de su reinado. Para ayudarle en la administración central, Sesostris I dispone también de visires. Bien porque Amenemmes I hubiera desconfiado de la gran autoridad adjudicada al visir, o bien por casualidad, no nos ha llegado ningún texto que se refiera al papel desempeñado por el visir durante su reinado; los visires parecían desempeñar una función secundaria al comienzo de la XII Dinastía. Bajo Sesostris I se sucedieron por lo menos cinco visires, y cabría preguntarse

si el rey, continuando la política de su padre, no se habría esforzado por limitar el peligro de usurpación dividiendo en dos la función del visir: habría tenido entonces dos visires, uno para el norte y otro para el sur.

Cualquiera que sea la extensión de su jurisdicción, el visir, durante el reinado de Sesostris I, permanece como jefe de la justicia y de la administración en su conjunto. Él es quien promulga las leyes y conserva los archivos. Sus títulos de «jefe de los trabajos reales» y de «tesorero en jefe» hacen de él el jefe de la economía del reino. Por tanto, tiene todos los poderes, excepto el del ejército y el de la policía.

Con la ayuda de los nomarcas hereditarios y de los visires, Sesostris I continuó la reorganización de la administración que había emprendido su padre. Esta reorganización produce muy pronto sus frutos y el reinado de Sesostris I es un período de un gran desarrollo económico para Egipto. Las necrópolis provinciales, en la totalidad del país, demuestran, de manera patente, la riqueza de los nomos en esta época. Pero la obra de estos primeros faraones de la XII Dinastía no se limita a restaurar la abundancia tal como debía de haber existido en el esplendor de la realeza menfita, sino que también trata de crear nuevas fuentes de riqueza, especialmente por la revalorización del Fayum. Si es principalmente el nombre de Amenemmes III el que permanece unido al desarrollo agrícola de esta provincia, Sesostris I al menos inició esta política de expansión.

Desde que se abandona el Delta, el valle del Nilo no es más que una sucesión de pequeños valles agrícolas insertados entre los acantilados libios y arábicos. Estos valles jamás son importantes, salvo en el Fayum, donde desde el Neolítico existe un gran lago. Una de las inquietudes de la XII Dinastía será la de realimentar con agua esta depresión que los aluviones del lago prehistórico vuelven más rica. La proximidad de Menfis aumenta más aún la importancia de este centro agrícola, que se

convierte, gracias a los Amenemmes y Sesostris, en una de las más ricas provincias egipcias.

La mejor prueba que poseemos del desarrollo económico de Egipto durante el reinado de Sesostris I es todavía el número de monumentos que fueron construidos o restaurados en su época. Treinta y cinco yacimientos por lo menos nos proporcionan restos arqueológicos que se remontan a Sesostris I; desde Alejandría hasta Asuán no existe ninguna localidad importante que no nos ofrezca restos de su actividad. Esto supone una economía lo suficientemente floreciente para que los trabajos destinados a asegurar la vida cotidiana del país dejasen el número suficiente de trabajadores libres para los trabajos reales.

Sin duda alguna, la empresa más importante de Sesostris I fue la restauración del Templo de Heliópolis. Se ve claramente que esta restauración estuvo determinada por razones a la vez religiosas y políticas. Desde el punto de vista religioso, Heliópolis, en egipcio Iunu, capital del nomo XIII del Bajo Egipto, era la residencia del dios solar Re', uno de los más antiguos dioses de Egipto; así, pues, la dinastía tenía interés en restablecer para su provecho la influencia de un culto y de un sacerdocio que pudieran ser aceptados por el conjunto del país. Desde el punto de vista político, el dios de Heliópolis había sido el protector por excelencia de los faraones del Imperio Antiguo, que tomaron el título de «Hijos de Re'»; al restaurar el templo de este dios, Sesostris intentó reanudar la tradición del Imperio Antiguo y afirmarse como el descendiente legítimo de sus faraones. Finalmente, el templo estaba situado a la entrada del Delta y era uno de los grandes centros de peregrinación de los habitantes del Bajo Egipto; al embellecerlo, Sesostris se atrajo la estimación de estos peregrinos, lo cual era de gran importancia dado que él era oriundo del sur. Por tanto, la restauración de Heliópolis se puede considerar en cierto sentido como un

testimonio de la reconciliación entre el norte y el sur, que pone punto final a las luchas fratricidas entre las dos partes de Egipto.

Así, pues, a pesar de los difíciles comienzos como consecuencia del atentado contra Amenemmes I, el reinado de Sesostris I es uno de los más grandes de Egipto. Gracias a él la realeza vuelve a tener todo su prestigio y poderío; así no es extraño que fuera divinizado después de su muerte, y que la «gesta de Sesostris» que nos ha transmitido la antigüedad clásica, principalmente Diodoro, haya conservado el eco de sus realizaciones.

VI. LOS SUCESORES DE SESOSTRIS I: AMENEMMES II Y SESOSTRIS II (1929-1878)

La obra llevaba a cabo por Sesostris I explica en gran parte el reinado de sus sucesores inmediatos: éstos sólo tuvieron que mantener lo que habían hecho su padre y su abuelo.

Amenemmes II (1929-1895) fue, como hemos visto, corregente de su padre durante algo más de dos años. Prosiguió la política de aquél respecto a los nomarcas, a los que confirmó en la herencia de sus funciones (texto de Khnumhotep II, en Beni Hasan). En el exterior, gracias a la política de Amenemmes I y de Sesostris I, la posición de Egipto era lo suficientemente fuerte como para que fuera inútil afirmar su poderío por medio de las armas; no existe ningún texto que haga referencia a ninguna campaña militar bajo el reinado de Amenemmes II. Los tesoreros reales recorrían periódicamente Nubia; en Asia siguen penetrando influencias egipcias, como lo prueban la gran cantidad de objetos con el nombre del rey o de miembros de su familia (Esfinge de Qatne, estatua de Ras Shamra); se visitan las minas del Sinaí y se ponen en explotación nuevos yacimientos. Un tesoro encontrado en los cimientos del templo de Tod, en el

Alto Egipto, demuestra que Amenemmes II sabía procurarse los productos asiáticos *ad majorem dei gloriam*. En efecto, se han encontrado, encerrados en cuatro cofres de bronce marcados con su sello, objetos de orfebrería, lingotes de oro y plata, «cilindros» babilónicos, copas y lapislázuli. Nada permite pensar que este tesoro sea el producto de un botín de guerra; pudo ser reunido por intercambios con los soberanos asiáticos.

Las relaciones comerciales se extendieron también hacia el sureste. Se estableció un puerto, Sau, en el Mar Rojo, en la desembocadura del Uadi Gasus, y al menos en el año 28 del reinado de Amenemmes II, hizo escala allí una flota de retorno de una expedición al País de Punt. Estas expediciones hacia Punt son siempre signo de prosperidad para Egipto; y tal es el caso, en efecto, bajo el reinado de Amenemmes II, si se juzga por la riqueza de las tumbas provinciales, así como por la importancia de la pirámide real construida en piedra en Dahshur, y por la riqueza del mobiliario funerario encontrado en las tumbas próximas pertenecientes a la familia del rey. Las joyas allí descubiertas están entre los ejemplares más bellos del arte egipcio.

Sesostris II (1897-1878), hijo de Amenemmes II, fue nombrado corregente hacia el año 1897; durante tres años compartió el poder real con su padre, muerto en 1885, antes de reinar él solo. Continuó estrictamente la política de sus antecesores y respetó el carácter hereditario de la función de nomarca. Aprovechándose de la «paz egipcia» establecida por los dos primeros faraones de la dinastía, no parece que llevara a cabo ninguna guerra ni en Asia, ni en África. Se contentó con hacer inspeccionar las fortalezas nubias que protegían la frontera meridional. La explotación de las minas y canteras siguió siendo muy activa tanto en el Sinaí como en el Uadi Hammamat, lo que atestigua prosperidad económica de Egipto, que se confirma además por el número de construcciones emprendidas por

Sesostris II. Éste se interesó especialmente, como su abuelo, por el desarrollo del Fayum.

Con la muerte de Sesostris II, que tuvo lugar hacia 1878, se acaba un período excelente en la historia de Egipto. Los cuatro primeros faraones de la XII Dinastía, después de haber reunificado y pacificado Egipto y restaurado la autoridad real, intentaron volver a dar prosperidad económica al país. Evitando por todos los medios las guerras exteriores, hicieron difundirse al extranjero la influencia de Egipto; en el interior hicieron respetar la autoridad de la corona, pero sin que por ello quedaran afectados los derechos de la nobleza provincial.

Con el reinado de Sesostris III la política egipcia va a cambiar, tanto en el plano exterior como en el interior.

VII. SESOSTRIS III (1878-1843)

Sin duda el reinado de Sesostris III es el más glorioso de la XII Dinastía. Parece que la fuerte personalidad del rey, que se cree entrever en el enérgico rostro que se muestra en sus estatuas, haya eclipsado en la memoria de los hombres la de otros faraones de la dinastía; esto es injusto, sin duda, ya que nada indica en realidad que hayan sido inferiores un Amenemmes I o un Sesostris I. De hecho, además, en la «gesta de Sesostris», muchos de los rasgos prestados por los escritores helenísticos al legendario faraón han sido extraídos no solamente de Ramsés II, sino también de Sesostris I, de Amenemmes I y del mismo Sesostris III. Sea lo que fuere, es precisamente bajo su reinado cuando el Egipto del Imperio Medio consigue su apogeo.

Mientras que los primeros faraones de la dinastía, que había llegado al poder con la ayuda de los señores feudales, se guardaron mucho de tocar las prerrogativas de los jefes provinciales, uno de los primeros actos de Khakaure'-Sesostris III fue su-

primir el cargo mismo de nomarca. Se ignora cómo se operó esta reforma, si se hizo indispensable debido a los intentos de revuelta de los príncipes locales, o si, simplemente, el carácter autoritario del nuevo soberano no pudo soportar más la independencia de hecho de los grandes señores feudales. Las fuentes no permiten decidir esta disyuntiva; solamente se constata que, a partir de 1860, aproximadamente hacia la mitad del reinado, los textos no vuelven a mencionar a los nomarcas. Las dinastías de los grandes señores feudales que habían tomado por costumbre fechar los sucesos según su propio reinado y no según el del Rey, y que habían llegado hasta a consagrar colosos con sus propias efigies, tan grandes como los reales, en los templos, desaparecieron bruscamente de la escena política egipcia. Desde entonces las provincias se administran directamente desde la residencia real por tres departamentos especializados (en egipcio, *uaret*): uno para el Norte (*uaret del Norte*), otro para el Medio Egipto (*uaret del Sur*), y el tercero para el Alto Egipto (*uaret de la Cabeza del Sur*). Un alto funcionario dirigía cada uno de estos departamentos con la ayuda de un subdirector, de un Consejo (*djadjat*) y de funcionarios subalternos. El conjunto de esta administración provincial estaba bajo las órdenes de un visir.

Es posible que la destitución de los nomarcas haya sido progresiva; incluso podría no haber sido total, y alcanzar, sobre todo, a los todopoderosos príncipes del Medio Egipto, por ejemplo los de los nomos del Órix y de la Liebre, ya que se constata que el nomo de Anteópolis (Qaw-el-Kebir, 10º nomo del Alto Egipto), conservó su nomarca hasta el reinado de Amenemmes III. Esto no impide que, debido a esta medida, Sesostris III consiguiera una administración muy centralizada, próxima a la que había existido en tiempos del Imperio Antiguo. Así, pues, no es extraño asistir, bajo su reinado, al nacimiento de una nueva clase social, que se puede calificar de «clase media»

(W. C. Hayes): funcionarios medios, artesanos y pequeños propietarios, que se aprovechan de la importancia recién adquirida para consagrar estelas con su nombre o estatuillas con su imagen en los santuarios de Osiris en Abidos.

La segunda realización de Sesostris III es la recuperación, por la fuerza, de Nubia. El origen y las razones de esta medida están, a decir verdad, tan oscuras como aquellas que condujeron a la supresión del cargo de nomarca. Nubia no parecía estar particularmente agitada bajo el reinado de Sesostris II, ni se convirtió, de repente, en una amenaza, pero hace falta reconocer que conocemos muy mal lo que allí aconteció entre 1930 y 1880 a. C. Cualquiera que contemple la red de fortalezas construidas en el Imperio Medio sobre la segunda catarata, desde Semnah, al sur, hasta Buhen, al norte, no puede dejar de quedar impresionado tanto por su cantidad y complejidad como por su fuerza. Sólo tienen explicación si los egipcios tenían frente a ellos, en esta región, a un enemigo agresivo, poderoso y bien organizado; no se justificarían si los egipcios sólo hubieran tenido necesidad de protegerse en Nubia de las incursiones de algunos pueblos nómadas, dispersados a través del desierto oriental. De hecho la edificación de este prodigioso sistema defensivo está relacionada con el problema de Kerma. Todo indica que desde principios del segundo milenio la alta Nubia entra en un período de desarrollo acelerado, bien porque fuera invadida por pastores procedentes del sur o del suroeste, o porque los descendientes de las tribus de los Grupos A y B, quizá bajo la influencia de Egipto, conocieran una evolución cultural a la vez que un fuerte crecimiento demográfico durante el transcurso del Primer Período Intermedio. Aparecen entonces allí poblaciones que tal vez sean nuevas.

Recientes excavaciones realizadas en la Nubia sudanesa (1961-1967) han demostrado que dichas poblaciones, llamadas del grupo C, ocupaban toda la región situada entre Asuán, al

norte, y los primeros rápidos de la segunda catarata, al sur. Después aparecen hacia el sur poblaciones pertenecientes a la llamada cultura de Kerma.

Las poblaciones del grupo C pertenecen, según parece, a una raza africana blanca, camítica, emparentada con los egipcios del sur y afín a los actuales bereberes del norte de África. No se trata, pues, de negros, aunque indudablemente eran de color muy oscuro y a veces manifestaron algunas características negroides debidas al contacto con pueblos más alejados del sur.

Por supuesto se trata de poblaciones sedentarias establecidas en el valle del Nilo, pero aún dedicadas en gran medida a la cría de ganado, especialmente de bovinos. Fabricaban una bellísima cerámica roja con bordes negros, heredera de las técnicas del predinástico, o negra con decoración incisa blanca, a veces polícroma. Tales poblaciones suministraron al menos parte de los mercenarios nubios que combatieron en ambos campos durante las luchas intestinas del Primer Período Intermedio. Se suele suponer que dichas poblaciones procedían de territorios extranjeros, de las estepas del sur y del suroeste, pero es igualmente posible que descendieran simplemente de las tribus de los grupos A y B, que, quizá bajo la influencia de Egipto, conocieron una evolución cultural, paralela a un fuerte desarrollo demográfico, durante el Primer Período Intermedio. El centro de «ebullición» parece que estaba en la región situada entre la segunda y la cuarta catarata, pero la baja Nubia tampoco salió indemne, como demuestran las campañas de Mentuhotep y de Amenemmes I en Uauat. El centro político más evidente de esta nueva potencia nubia fue Kerma. Parece necesario descartar la posibilidad de un dominio egipcio en este centro al principio de la XII Dinastía, y es verosímil que los contactos entre ambas potencias, Egipto por una parte y los nubios de Kerma por otra, no fueran forzosamente hostiles en esta época. Egipto se contentó con penetrar en la periferia del nuevo estado, que muy

probablemente no estaba unificado. De todas formas, el hecho de que ya Sesostris I considerara necesario fortificar la segunda catarata indica, a nuestro juicio, que Egipto estaba plenamente consciente del peligro que representaba la nueva potencia nubia en su frontera sur. ¿Qué ocurrió después? ¿Las relaciones de buena vecindad entre los nubios de Kerma y los egipcios se deterioraron por culpa de los primeros o de los segundos? No se sabe. El hecho es que Sesostris III intervino con energía. No dirigió menos de cuatro campañas militares en el sur.

Sesostris III comenzó por reafirmar la base de partida de las expediciones acondicionando y limpiando los canales que permitían a los navíos egipcios franquear los rápidos de la primera catarata. Uno de estos canales no tenía menos de 80 metros de largo, por 10 de ancho y 8 de profundidad. En el año 8, una vez terminados estos trabajos, el Rey lanzó la primera campaña «para destruir a Kush la despreciable». Esta expedición fue insuficiente, ya que fue seguida de otras tres en los años 10, 16 y 19. En el curso de la campaña del año 16, Sesostris parece haber penetrado profundamente en territorio enemigo, donde arrasó las aldeas, cautivando a las mujeres, destruyendo los pozos e incendiando los campos. La expedición del año 19, que se puso en marcha en el momento en que las aguas estaban más altas, ya que así los rápidos se podían atravesar más fácilmente, en septiembre o como muy tarde a principio de octubre, no volvió a Egipto hasta el período de las aguas bajas en abril o mayo, es decir, después de una campaña de ocho meses por lo menos.

A pesar de estas guerras en el interior de su territorio, Sesostris no llegó a acabar con el peligro latente que representaban los nubios. Por ello se ocupó de fortificar sólidamente la frontera allí donde ésta era más fácil de defender, es decir, entre Semnah y Buhen, y, por otra parte, dio estrictas consignas para impedir toda infiltración de los nubios en dirección a Egipto.

La estela del año 8 de su reinado encontrada en Semnah es, desde este punto de vista, de las más características: «Frontera del sur establecida en el año 8 bajo la majestad del rey del Alto y Bajo Egipto Khakaure‘ (Sesostris III)… para impedir que cualquier nehesy (nubio) la franquee al descender la corriente por vía terrestre o en barca, y cualquier rebaño de los nehesiu, salvo un nehesy que venga a comerciar a Iken o en misión oficial» (Estela de Berlín, 14753, traducción Posener).

Algunos de los despachos expedidos por los comandantes de las fortalezas que han llegado hasta nosotros muestran que estas instrucciones aún se seguían al pie de la letra bajo los sucesores de Sesostris III. Las fortalezas impedían a cualquier tropa nubia pasar a la región de las cataratas. De esta forma, aunque Sesostris III no consiguió destruir por completo la potencia nubia, por lo menos puso a Egipto al abrigo del peligro que este país representaba, y ello explica que fuera divinizado en la zona de las cataratas. Todavía en el Imperio Nuevo su culto se celebraba en las fortalezas de Semnah.

Respecto a Asia, Sesostris III rompe con la política de sus predecesores. Cesa la coexistencia pacífica de los egipcios y de los asiáticos en el Sinaí, y las expediciones mineras deben ser apoyadas militarmente. Ya en los comienzos del reinado un ejército guiado por el rey en persona entró en territorio asiático y penetró hasta Sekmen en Palestina (probablemente Siquem, a 50 kilómetros al norte de Jerusalén). No se posee otra indicación sobre las campañas asiáticas de Sesostris III, pero los «textos de conjuros» (*Ächtungstexte, Execration Texts*) sobre cascotes de cerámica encontrados en el Alto Egipto y en Mirgissa nos dan una lista de los príncipes y pueblos asiáticos que, de una parte, atestigua un conocimiento real de la situación política en el pasillo sirio-palestino, y, de otra, indica que estos pueblos debían estar considerados como enemigos en potencia

de Egipto, ya que los egipcios estimaron necesario reducirlos a un estado en el cual no les fueran perjudiciales.

En el momento en que Sesostris III desapareció el poder real estaba en su apogeo. Egipto estaba bien protegido de las incursiones extranjeras, tanto al sur como al este; la supresión del cargo de nomarca hizo revertir todos los poderes en las manos del rey; económicamente, Egipto estaba en un período de florecimiento, como atestiguan tanto la gran cantidad de estatuas pertenecientes a la clase media como los monumentos reales.

VIII. AMENEMMES III (1842-1797)

Aprovechando la acción enérgica de su padre, tanto en el plano exterior como en el interior, Amenemmes III parece ser que tuvo un reinado pacífico. Permaneció en el poder durante cuarenta y cinco años; como su padre había reinado treinta y cinco, debió ser de edad avanzada a su muerte. Este largo reinado se consagró al desarrollo económico del país.

Tal desarrollo se hizo notable debido a la intensidad de la explotación de las reservas mineras del Sinaí, donde se han encontrado más de 50 inscripciones que se remontan al reinado de Amenemmes III. Se mejoraron allí las instalaciones y se engrandeció considerablemente el templo de Hathor. Las otras regiones mineras, en el Hammamat y en el Sur, parecen haber conocido la misma actividad que el Sinaí, pero el acabar de revalorizar el Fayum es lo que aseguró principalmente el renombre de Amenemmes III. En época griega sólo se le atribuía la paternidad de una obra que, de hecho, no había sido empezada ni en el reinado de Sesostris II, sino mucho antes. Sin embargo, indudablemente Amenemmes III finalizó el establecimiento del sistema de diques y canales que, al regularizar y controlar la llegada de las aguas del Nilo por el Bahr Yúsef, permitió revalorizar una gran extensión de terreno en la depresión del Fayum,

conocida por los griegos como el Lago Moeris. Se ha estimado en unas 7000 hectáreas el terreno que de este modo se dedicó al cultivo.

La riqueza de Egipto permitió a Amenemmes III multiplicar las construcciones. Los griegos consideraban el *Laberinto,* según expresión de Heródoto, como «por encima de cuanto se pudiera decir». Este monumento no es otro que el templo funerario de Amenemmes III en Hawara, y puede que fuera, al mismo tiempo, su palacio y centro administrativo; desdichadamente, está totalmente destruido y es imposible hacerse una idea de este monumento que, según Heródoto, sobrepasaba en belleza a las grandes pirámides.

IX. EL REY HOR Y AMENEMMES IV (1798-1790)

A la muerte de Amenemmes III Egipto había estado gobernado durante un siglo únicamente por dos soberanos, Sesostris III y Amenemmes III; era, pues, inevitable que su sucesor fuera también de edad avanzada. Es posible que uno de los hijos de Amenemmes III, después de haber reinado varios años conjuntamente con su padre haya desaparecido antes que él. De esta forma se pueden explicar los monumentos de un tal rey Hor encontrados cerca de la pirámide de Amenemmes III. No obstante, un hallazgo reciente en Tanis tiende a atribuir el reinado de este rey a la XIII Dinastía (P. Montet y H. Kees).

Sea como fuere, Amenemmes IV, que según los monumentos y las listas reales sucedió directamente a su padre Amenemmes III, no reinó más de nueve años, tres meses y veintisiete días (Papiro de Turín), y eso contando la corregencia con su predecesor. Aunque efímero, el reinado de Amenemmes IV parece haber sido próspero si se le juzga por la cantidad y calidad de los monumentos que le pertenecen. Durante él la influencia

egipcia se siguió extendiendo a Asia, ya que se han encontrado objetos con su nombre en una tumba principesca de Biblos.

X. SEBEKNEFRURE' (1789-1786)

El último soberano de la XII Dinastía fue una mujer: Sebeknefrure' o Sebekneferu. Sin duda era hija de Amenemmes III y hermana o hermanastra de Amenemmes IV. Sólo reinó algo más de tres años (tres años, diez meses y veinticuatro días, según el Papiro Real de Turín). Sin embargo, se ha encontrado un gran número de monumentos con su nombre. El hecho de que fuera una mujer quien tomase el poder parece indicar que la larga línea de Sesostris y de Amenemmes había llegado a su fin y no existía ya ningún heredero varón. Esto explica que la dinastía se acabe con el reinado de esta soberana.

XI. LA CIVILIZACIÓN EGIPCIA BAJO EL IMPERIO MEDIO

Si el Imperio Medio egipcio no ha dejado ningún monumento comparable a las grandes pirámides del Imperio Menfita se debe en gran parte al hecho de que empleaba para sus construcciones materiales menos resistentes que los enormes bloques de piedra caliza de las canteras de Tura. Pero tenemos el testimonio de los viajeros griegos del siglo V a. C., según los cuáles sus monumentos al menos igualaban, si no los superaban, a los del Imperio Antiguo.

En efecto, la civilización egipcia conoció durante el Imperio Medio una de sus épocas más brillantes. El poder real, totalmente restaurado bajo Sesostris III, hizo difundirse la cultura egipcia no solamente dentro de sus fronteras sino también en el exterior del país. Desde entonces el pasillo sirio-palestino y la alta Nubia, sin estar directamente bajo la autoridad del faraón, se impregnan cada vez más del arte y de la literatura egip-

cia. Esta difusión sobrepasa incluso los países limítrofes, y la Europa prehelénica, indudablemente a través de Siria, comenzó a recibir objetos egipcios. Tal vez se ha exagerado la estrechez de las relaciones que unían al mundo egeo con Egipto, pero los objetos egipcios encontrados en Creta y los vasos minoicos hallados en Egipto atestiguan la realidad de estos contactos. De aquí en adelante la sombra de Europa se perfilará en el horizonte egipcio. Aunque es falso hablar de un Imperio egipcio bajo la XII Dinastía, ya que en el mejor de los casos no habría sobrepasado por el noreste la frontera meridional de Palestina y por el sur los rápidos de la segunda catarata, no deja de ser cierto que el Egipto de Sesostris difundió su cultura a los países que le rodeaban. Esta influencia la debe fundamentalmente a la perfección de su arte.

Los templos del Imperio Medio, la mayoría construidos con pequeños bloques de piedra caliza, han desaparecido desde hace tiempo en los hornos de cal del Egipto moderno e incluso contemporáneo. En aquellos que por fortuna se han conservado, como en Medínet el-Maadi y en Kárnak, en los cimientos de templos del Imperio Nuevo, se aprecia mejor la pérdida irreparable que ha sufrido el arte universal con su desaparición. Los relieves de sus paredes que han llegado hasta nosotros igualan en perfección a los del Imperio Antiguo. La joyería y bisutería, tal como nos la han revelado los hallazgos de Lahún y de Dahshur, muestran que los artesanos del Imperio Medio tenían tanta destreza como los del Imperio Nuevo, y que, muy a menudo, tenían más gusto que los de Tutânkhamon. Pero es en la escultura donde la XII Dinastía consigue la máxima perfección. Los artistas del Imperio Medio sustituyen la imagen serena e impasible del faraón, que el Imperio Antiguo nos ha legado, por la de un hombre, pero la de un hombre a quien las vicisitudes de la vida y del poder han modelado el rostro, muy a menudo trágico y atormentado. El vigor realista de los retratos

de Sesostris III y de Amenemmes III que nos han dejado estos artistas es el mejor testimonio de la perfección y del universalismo del arte egipcio.

La literatura egipcia conoce entonces su edad de oro. Los egipcios de las épocas posteriores sacarán sus modelos de los textos del Imperio Medio. Este período es, por excelencia, la edad literaria clásica del antiguo Egipto. Se ha demostrado recientemente (G. Posener) que esta literatura estaba ampliamente inspirada por los mismos soberanos con una segunda intención política, pero no por ello pierde nada, ni de su potencia ni de su encanto. La *Historia de Sinuhé,* por ejemplo, sigue siendo, después de cuatro milenios, «una de las obras maestras de la literatura universal»; se ha podido demostrar fácilmente que el *Cuento del Náufrago* y las historias maravillosas del *Papiro de Westcar* son el origen de algunas leyendas de las *Mil y Una Noches,* lo que demuestra que han fascinado a generación tras generación.

Pero la obra escrita del Imperio Medio no se limita a la literatura propiamente dicha; es también en esta época cuando se componen obras científicas como los numerosos *Papiros Médicos* (Papiros Hearst, Ebers y de Berlín). Aunque conservados en papiros del Imperio Nuevo, han sido escritos en realidad en el Medio, como la crítica de los textos ha podido comprobar. Sucede igual con los *Papiros Matemáticos* (Papiros Rhind y de Moscú). Finalmente, un papiro hallado en el Ramesseum, que establece listas de nombres geográficos, técnicos, anatómicos, de oficios, de la fauna y de la flora, ha demostrado que los egipcios del Imperio Medio habían conseguido ya un nivel cultural lo bastante elevado como para suscitar la necesidad… de una *enciclopedia*.

Así, después del eclipse del Primer Período Intermedio, los faraones del fin de la XI Dinastía y de la XII han sabido volver a dar a Egipto una prosperidad incomparable, prosperidad que,

por la fuerza de los hechos, se tradujo por una plenitud de la cultura en todas sus manifestaciones.

11. El Segundo Período Intermedio y la invasión de Egipto por los hicsos

No existe período más oscuro en toda la historia de Egipto que el que abarca desde fines de la XII Dinastía (hacia 1785 a. C.) hasta el advenimiento de la XVIII (hacia 1570). Afortunadamente la fecha de la muerte de Sebeknefrure' y la de la toma del poder por Ahmosis I, el fundador del Imperio Nuevo, se han podido determinar con exactitud, la primera gracias a la cronología sotíaca, y la segunda a otros criterios sólidos, ya que sin esto no tendríamos ningún elemento para estimar el lapso de tiempo transcurrido entre el final del Imperio Medio y los comienzos del Nuevo, época que se ha convenido en llamar Segundo Período Intermedio por analogía con el Primer Período Intermedio que se extiende entre el Imperio Antiguo y el Medio.

Si se hubiera seguido la cronología tal y como ha sido transmitida por Manetón se habría tenido la tentación de atribuir al Segundo Período Intermedio una duración de mil quinientos noventa años, duración que parece justificada por la gran cantidad de reyes (más de doscientos) que reinaron durante esta época. El que unos 217 faraones reinaron realmente durante el Segundo Período Intermedio está confirmado por las listas egipcias antiguas, sobre todo por las listas reales y, especialmente, por el Papiro de Turín, nuestra guía más segura, que ha conservado el recuerdo y los nombres de 123 reyes como mínimo, a los que se deben añadir los de los faraones que no men-

ciona pero que conocemos por las otras listas reales, principalmente por la Kárnak, o por los monumentos.

Al estar bien fijada la muerte de Sebeknefrure‘ en 1786, y la de la ascensión al trono de Ahmosis I en 1567 a. C., cabe afirmar que el Segundo Período Intermedio no ha podido abarcar más que unos doscientos veinte años. Para encuadrar en este tiempo limitado a cerca de 220 reyes haría falta suponer que cada uno de ellos no ha reinado más que un año escaso. Pero si algunos de ellos, según sabemos por las fuentes antiguas, apenas conservaron el poder algunos meses, como Renseneb, de la XIII Dinastía, o Antef VI, de la XVII, otros reinaron numerosos años, como Merneferre‘, que conservó el trono más de veintitrés años, o Apofis I, que lo hizo más de cuarenta. Si a esta aclaración se añade el hecho de que la duración media del reinado de los faraones, en los períodos en los que el orden de sucesión y la cronología de los reinados se han fijado con seguridad, se establece en diecisiete años para el Antiguo Imperio y en veinticinco para el Imperio Medio (media muy elevada debido a la extensión excepcional de los reinados de Sesostris III y de Amenemmes III), y en dieciséis para el Imperio Nuevo (XVIII y XIX Dinastías), la duración extremadamente breve de los reinados del Segundo Período Intermedio no puede explicarse más que por una situación política de lo más tumultuosa, en la que los golpes de estado sucedieran a los golpes de estado, o bien por la existencia de múltiples dinastías paralelas en un país dividido en numerosos pequeños reinos, o, en fin, por una alteración profunda del régimen monárquico (W. C. Hayes). Numerosas hipótesis, que utilizan una o varias de estas posibilidades, se han formulado con el fin de intentar poner orden en la sucesión de los reyes o de las dinastías y de restituir la historia de este confuso período. A decir verdad, ninguna de ellas es concluyente, y hay que esperar el descubrimiento de nuevas

fuentes, que permitirán quizá algún día escribir una historia de Egipto durante el Segundo Período Intermedio.

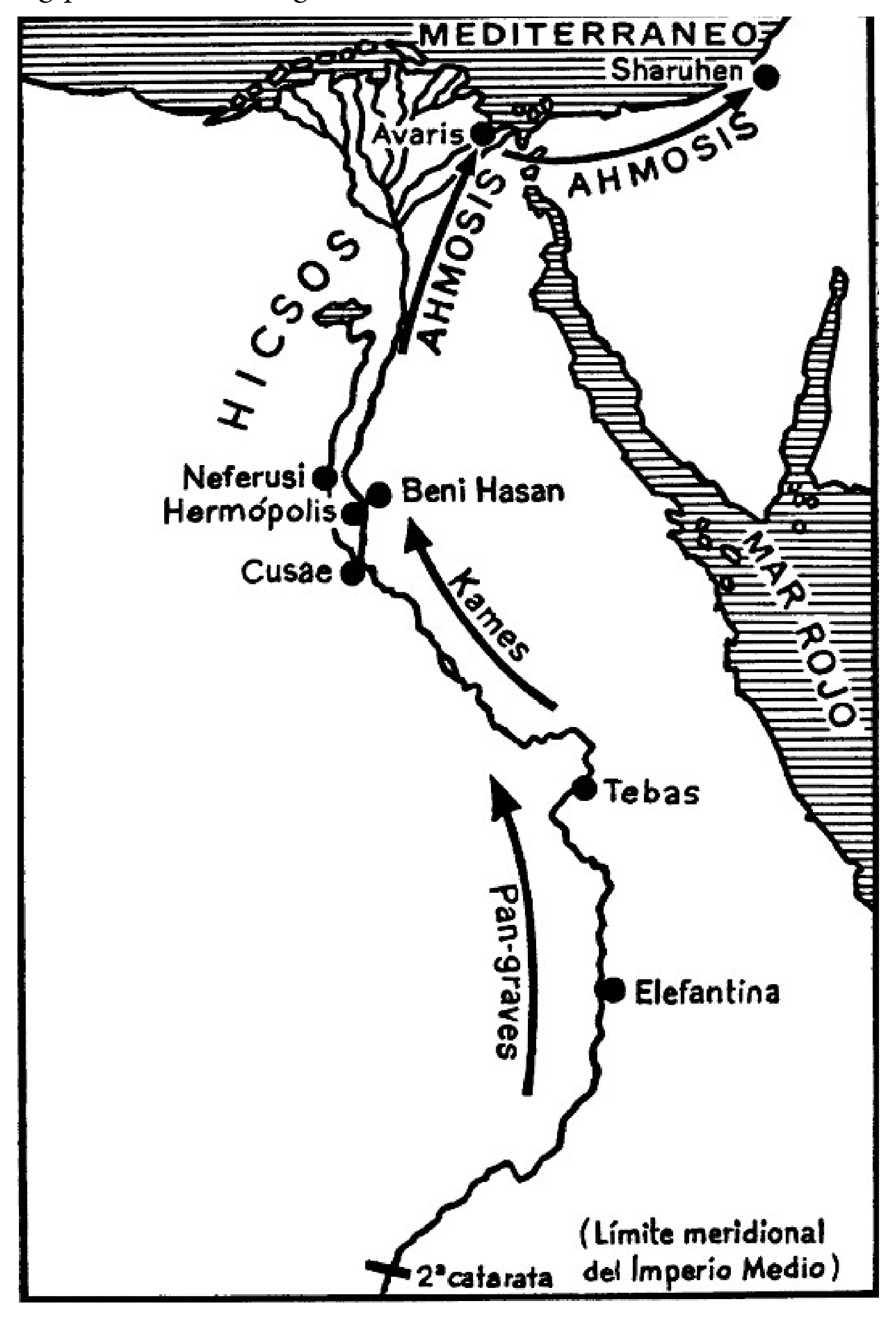


Fig. 15. Egipto bajo el dominio de los hicsos.

En efecto, las fuentes de que disponemos para esta época son aún muy escasas: la cronología de Manetón, por valiosa que sea, no se puede aceptar tal y como los copistas nos la han transmitido, y hace falta corregir sus cifras; finalmente, no nos ha dejado más que el número total de los reyes (217) y la duración de sus reinados (1590 años), sin transmitirnos sus nombres. El Papiro de Turín, aunque nos da algunos nombres, omite otros, y existe la misma incertidumbre en la lista real de Kárnak, mientras que las listas de Abidos y de Saqqarah ignoran por completo el conjunto del período. Por último, los monumentos contemporáneos, que normalmente permiten controlar y completar la insuficiencia de las fuentes históricas escritas, son o escasos o de poca ayuda. Esto explica la razón por la cual se ha intentado extraer el máximo de informes de un tipo de objeto generalmente desdeñado por los historiadores, pero que abunda en el Segundo Período Intermedio: los *escarabajos*. Estos monumentos mínimos dan a menudo nombres de reyes que vanamente se buscarían en otra parte. Por desgracia, estos objetos no se pueden fechar siempre con precisión, de manera que las informaciones que aportan no pueden ni deben aceptarse sino con gran prudencia.

Reuniendo las diferentes fuentes que acabamos de enumerar es posible distinguir tres fases en la historia del Segundo Período Intermedio (J. Vandier):

- Egipto antes de los hicsos, XIII y XIV Dinastías, 1786-1603 a. C.
- Los hicsos, XV y XVI Dinastías, 1674-1567 a. C.
- El Reino de Tebas y la expulsión de los hicsos, XVII Dinastía, 1650-1567 a. C.

Por supuesto, los sucesos no se insertan siempre de una forma absoluta en este rígido cuadro, y, según ha indicado ya la

cronología, hay numerosas superposiciones de una fase sobre otra. En particular los hicsos se infiltran en Egipto ya en la XIII Dinastía, por lo que su expulsión exigió un largo período de tiempo, y de hecho no comenzó hasta la XVI Dinastía. Pese a ello, este cuadro permite, tal y como está, una exposición más fácil de los sucesos que se desarrollaron en esta época.

I. EGIPTO ANTES DE LOS HICSOS (XIII Y XIV DINASTÍAS)

Como muy a menudo ocurre cuando se produce un cambio de dinastía en la cronología manetoniana, no es del todo cierto que hubiera una ruptura violenta entre la XII y la XIII Dinastías. Es igualmente posible, y ésta es una de las numerosas hipótesis sin verificar que han sido formuladas, que el primer faraón de la XIII Dinastía, Sekhemre‘-Khutaui-Amenemmes-Sebekhotep (Sebekhotep I), estuviera emparentado por sangre o por matrimonio con los últimos faraones de la XII Dinastía.

La XIII Dinastía, que inaugura el reinado de Sebekhotep I, permaneció en el poder un poco más de ciento cincuenta años (1786 a 1633 a. C.). Esta cifra se obtiene corrigiendo la cifra de 453, que da Manetón, por la de 153, error que se explica por una falta de los copistas griegos que leyeron *P* allí donde el manuscrito decía *Y*. Durante este período ocuparon el trono 50 o 60 reyes, si se acepta la lista dada por el Papiro de Turín, pero ésta, como demuestra la Lista Real de Kárnak, ha omitido cierto número de nombres, de forma que 60 soberanos para esta dinastía parece ser un mínimo. Cada uno de ellos, en consecuencia, no habría reinado más que dos años y medio, por término medio, y, muy a menudo, bastante menos: algunos unos meses y otros solamente semanas, ya que tanto los monumentos como el Papiro de Turín convienen en mostrar que algunos reyes de la dinastía han reinado tres, cuatro, siete, ocho, diez y aun veintitrés años, lo que reduce, por tanto, la duración media

de los otros reinados. Este carácter efímero del poder real indujo a suponer que la XIII Dinastía fue una época de caos y de anarquía.

Los descubrimientos recientes tienden a presentar una imagen algo diferente. En efecto, se ha pensado (W. C. Hayes) si la brevedad de los reinados y la evidente ausencia de una continuidad dinástica no se deberían al hecho de que los soberanos no eran en realidad sino «hombres de paja» designados, quizá por elección, por un período de tiempo limitado, y que los visires ejercían el poder real. Desgraciadamente es imposible comprobar esta sugestiva hipótesis. Una cosa es cierta: la inestabilidad del poder destruyó poco a poco la prosperidad económica del país restaurada por los faraones de la XII Dinastía, sin poner en peligro, por lo menos durante un siglo aproximadamente, el principio de unidad de Egipto, que siguió gobernado por un solo faraón, por muy débil que éste fuera.

Parece que los reyes de la XIII Dinastía eran de origen tebano, y sus esfuerzos por legitimar el derecho a la corona se manifiestan en la elección de sus nombres: Amenemmes, Antef, Sesostris, Mentuhotep, figuran en los «protocolos» de muchos de ellos, aunque el nombre que aparece más frecuentemente es el Sebekhotep.

Bajo el reinado de Sebekhotep I Egipto continúa dominando Nubia hasta Semnah, donde el nombre del faraón está grabado sobre las rocas al lado del de Amenemmes III. El sucesor de Sebekhotep I, Sekhemkare'-Amenemmes-Senbuf, reina sobre todo Egipto, ya que se han encontrado monumentos con su nombre tanto en el bajo como en el alto Egipto. De todas formas, es posible que el poder egipcio haya empezado a declinar en el lejano sur; el nombre del faraón no se encuentra en el mismo Semnah, sino en Askut, a unos 30 kilómetros al norte de la frontera que había establecido Sesostris III. La influencia egipcia en el exterior se deja sentir todavía bajo el segundo sucesor

de Amenemmes-Senbuf: Sehetep-ibre‘ II, ya que el príncipe de Biblos aún reconoce en esta época la soberanía de Egipto. Los sucesores de Sehetep-ibre‘: Hetep-ibre‘, Sebekhotep II, Renseneb, Auibre‘-Hor, Kai-Amenemmes, Ugaf, Senefer-ibre‘-Sesostris IV, no son nada más que nombres, aunque los monumentos confirman su existencia. La pirámide de Userkare‘-Khendjer, sucesor de Sesostris IV, se ha encontrado en Saqqarah, lo que demuestra que todavía bajo este soberano el faraón continuaba gobernando sobre todo Egipto. A Khendjer le sucede un general, Semenkhare‘, que aún gobierna en el Delta, ya que se han descubierto dos colosos con su nombre en la localidad de Tanis.

A pesar de la oscuridad que nos encubre los acontecimientos, la XIII Dinastía continúa reinando con eficacia bajo los reinados de Sebekemsaf I, Sebekhotep III, Neferhotep y Sebekhotep IV. Todos estos reyes se conocen tanto por las fuentes escritas como por los monumentos. Gracias a estos últimos sabemos que muchos de estos soberanos no eran de origen real. Así, por ejemplo, Sebekhotep III era, según sabemos por los monumentos, hijo de dos egipcios oscuros, Mentuhotep y Yauheyebu.

En cambio, numerosos papiros nos dejan sospechar que aunque los reyes eran efímeros, los visires podían conservar su cargo durante varios reinos, como un tal Ankhu, que permaneció en su puesto, según parece, desde el reinado de Userkare‘-Khendjer hasta el de Sebekhotep III. De esto a admitir que el poder realmente pertenecía al visir, y no al rey, no hay más que un paso, sobre todo considerando que la continuidad del poder del visir explicaría que la XIII Dinastía pudiera sobrevivir tanto tiempo a pesar de los incesantes cambios de soberanos.

A la inestabilidad de la persona real se contrapone la continuidad de la administración, como atestigua la existencia de archivos que nos muestran la actividad de servicios tales como el

tesoro o la «oficina de trabajo». Son precisamente estos mismos archivos los que nos informan indirectamente de lo que estaba ocurriendo entonces en Egipto. Así sabemos por un papiro del Brooklyn Museum, que enumera una larga lista de servidores, que bajo Sebekhotep III una gran cantidad de asiáticos estaban destinados al servicio de los funcionarios del Alto Egipto (W. C. Hayes). Es imposible constatar la presencia de estos asiáticos en el alto valle del Nilo y no relacionarla con la penetración de los hicsos en Egipto, ya sea porque los servidores orientales fueran en realidad prisioneros de guerra hechos durante las escaramuzas entre el ejército egipcio y los nómadas que intentaban ya penetrar en el Delta, ya sea porque representaban una mano de obra llegada espontáneamente para colocarse al servicio de Egipto. Tanto en un caso como en otro, la presencia de estos asiáticos a lo largo del valle del Nilo no pudo dejar de facilitar el que los hicsos posteriormente conquistaran el poder.

Contrastando cuidadosamente los diferentes elementos aportados por las fuentes escritas y por los monumentos se ha podido fijar el reinado de Khâsekhemre'-Neferhotep I en 1740-1730 a. C. En esta época, Egipto todavía controlaba Siria, lo que parece implicar que el poder del faraón se extendía aún sobre el Delta. En el sur, Elefantina y Asuán, donde se han encontrado una estatua e inscripciones con el nombre de Neferhotep I, permanecían bajo la autoridad central, y su capital parece que estuvo siempre situada en los alrededores de Ittaui, continuando así la tradición establecida por los faraones de la XII Dinastía.

Con los sucesores de Neferhotep I, Sihathor y Sebekhotep IV, empieza a desmoronarse el poder de la XIII Dinastía, incluso en Egipto. En efecto, muy poco después de la ascensión al trono de Sebekhotep IV, la ciudad de Avaris fue ocupada por los hicsos y el Delta invadido por los asiáticos. Poco a poco

los soberanos de la XIII Dinastía, Sebekhotep V, Mersekhemre‘-Neferhotep II y Sekhemre‘-Seânkhtauy-Neferhotep III, ven cómo se va reduciendo su autoridad en el valle bajo del país. Neferhotep III incluso se vio obligado, según una estela de Kárnak, a defender Tebas de ataques procedentes sin duda del norte. Con Uahibre‘-Iaib y Merneferre‘-Ay se acelera la decadencia de la dinastía. Se han conservado pocos monumentos de esta época, aunque Iaib reinó cerca de once años y Merneferre‘-Ay más de veintitrés. Este último se hizo cargo del poder hacia 1700. Podría muy bien haber sido ya un vasallo de los hicsos, puesto que se ha encontrado un monumento con su nombre cerca de Avaris, en un tiempo en el que esta ciudad llevaba en poder de los hicsos cerca de veinte años (cf. más abajo).

Los sucesores de Merneferre‘-Ay no representan para nosotros más que simples nombres, aquellos que el Papiro de Turín ha conservado. Se ha propuesto, con bastante acierto, identificar al faraón Djedneferre‘-Didumes con el rey «Tutimeo», que, según Manetón, había contemplado la invasión de Egipto por los hicsos. Estos ya ocupaban el Delta hacia 1720 y es razonable pensar que la «invasión» a que hace alusión Manetón es la de Menfis (W. C. Hayes); en efecto, Didumes no pudo reinar antes de 1674 a. C., es decir, medio siglo después de la toma de Avaris por los invasores extranjeros.

La caída de Menfis marca de hecho el final de la XIII Dinastía. A pesar de que el Papiro de Turín enumera además los nombres de seis faraones, éstos, evidentemente, no son sino reyezuelos, vasallos de los hicsos en el bajo Egipto, y que sólo gobiernan en el alto Egipto pequeños territorios, algunas veces una sola ciudad (W. C. Hayes).

Hacia el año 1650 a. C. la decadencia de la XIII Dinastía, incluso en la región tebana, es tal que una nueva dinastía va a intentar salvar la independencia de lo que queda del territorio nacional; ésta será la XVII Dinastía, que después de haber reco-

nocido durante largo tiempo la soberanía de los hicsos logró sacudirse el yugo extranjero. Pero tanto Manetón como el Papiro de Turín continúan considerando a la XIII Dinastía como el único poder legítimo hasta 1633, aunque muy probablemente de 1650 a 1633 los reyes a los que hacen mención dichas fuentes no son sino príncipes locales, aliados o vasallos de los jefes que gobernaban entonces en Tebas.

Durante toda la XIII Dinastía y algunos años después de su caída, los territorios pantanosos del Delta occidental, separados de la ruta de penetración de los invasores hicsos, permanecieron más o menos independientes. Esta región estuvo entonces gobernada por los príncipes o reyes de Xois (en egipcio, Khasusut), hoy día Sakha, que componen la XIV Dinastía manetoniana. Manetón le atribuye 76 reyes y una duración de ciento ochenta y cuatro años. En otros términos, reinaría en lugares apartados del alto Egipto y del Delta, desde 1786 a 1603, pero no se conoce nada de su historia. Solamente se han conservado hasta nuestros días los nombres de sus soberanos en el Papiro de Turín, que corrobora así la historicidad de Manetón.

II. LOS HICSOS (XV Y XVI DINASTÍAS)

Flavio Josefo, historiador judío del siglo I de nuestra era, nos ha transmitido en su historia de Judea el pasaje en el que Manetón hace alusión a la invasión de Egipto por los hicsos (hyksôs): «De repente, hombres de una raza desconocida procedente de oriente tuvieron la audacia de invadir nuestro país (Egipto), y sin dificultades ni combate se apoderaron de él a viva fuerza. Todo este pueblo se llamaba 'hyksôs', que significa 'reyes pastores'. Pues *hyk*, en la lengua sagrada, quiere decir 'reyes' y *sôs*, en la lengua vulgar, 'pastores'. La reunión de estos dos nombres da 'hicsos'». Se ha demostrado desde hace tiempo que la etimología de Manetón sólo era parcialmente correcta. Si *hyk* proviene

en realidad de *heka*, «jefe, príncipe», *sôs*, en cambio, no equivale a *shasu*, «nómada», sino que es una abreviatura de la palabra *khasut*, «extranjeros», y la expresión *heka-khasut* que ha dado lugar a hicsos ya aparecía en Egipto desde la XII Dinastía, donde designaba a los jefes de las tribus nómadas que recorrían los desiertos sirio-palestinos, e incluso, en el Imperio Antiguo, los desiertos nubios.

La invasión de Egipto por los hicsos no debió tener realmente el carácter brutal que le atribuye Manetón, y en la actualidad se admite que conviene mejor hablar de una infiltración progresiva que de una invasión propiamente dicha. Además los invasores no pertenecían a una raza única: era una reunión heterogénea de los habitantes del Asia occidental (semitas en su mayoría, pero no todos) que las invasiones indoeuropeas de Anatolia y del alto Éufrates habían arrojado progresivamente de sus respectivos territorios. Los mismos egipcios les llamaban indistintamente amu, setetiu, mentiu de Setet, incluso «hombres de retenu», es decir, todos los viejos nombres utilizados desde el Imperio Antiguo y Medio para designar a los pueblos asiáticos vecinos de Egipto, lo que indica claramente, en contra de lo escrito por Manetón, que no los consideraban como una raza diferente.

Muchas veces ha surgido el interrogante de si la infiltración de los hicsos en Egipto no había comenzado ya con la XII Dinastía. Hoy día se admite (T. Säve-Söderbergh) que, si es exacto que entre el final de la XII Dinastía y la mitad de la XIII habitaban en Egipto numerosos asiáticos (cf. más arriba), la infiltración de los hicsos propiamente dicha comenzó, sobre todo, después de los reinados de Neferhotep I-Sebekhotep IV, es decir, a partir de 1720 aproximadamente hasta 1700. En otros términos, la penetración de los hicsos habría tenido lugar bajo los reinados de Sebekhotep V, Neferhotep II, Sebekhotep VI, Neferhotep III y Uahibre‘-Iaib. La etapa principal de esta infil-

tración, antes de la completa toma del poder por los faraones hicsos, fue la conquista de Avaris.

La fecha de este importante suceso se ha podido fijar gracias a un monumento conocido como «estela del año 400», llamada así porque conmemora la celebración del 400 aniversario de la reconstrucción del templo del dios Seth en Avaris. Ahora bien, el culto del dios Seth en Avaris fue desarrollado por los hicsos, que sin duda veían en este viejo dios egipcio (atestiguado como tal desde la primera dinastía) una hipóstasis del Baal o del Reshep semítico. La reconstrucción y el engrandecimiento de este templo son, sin ninguna duda, el resultado de este interés que los invasores extranjeros sentían hacia Seth, hermano y enemigo de Osiris. El 400 aniversario de esta reconstrucción se produjo hacia el 1320, bajo el reinado del faraón Horemheb, de la XVIII Dinastía, como indica la estela erigida por Ramsés II en Avaris. Un rápido cálculo demuestra que si el 400 aniversario fue celebrado en 1320, el suceso mismo debió producirse en el año 1720 a. C., lo que fija de modo satisfactorio la fecha de aparición de los hicsos en el Delta oriental, donde se encuentra Avaris, muy cerca de la frontera oriental de Egipto.

Sólidamente instalados en el Delta en el año 1720 a. C., hará falta todavía que transcurran cuarenta y seis años para que los hicsos lleguen hasta Menfis. Durante este lapso de tiempo conquistan los nomos del Delta, con la excepción, ya lo hemos dicho, de los del oeste, que permanecieron bajo la autoridad de los faraones de la XIV Dinastía. Una vez que han conseguido apoderarse de Menfis, los hicsos se van a considerar como los legítimos soberanos de todo Egipto, es el origen de la XV Dinastía. Manetón, según nos lo ha transmitido Josefo en su obra *Contra Apionem,* nos conserva la narración de esta conquista del poder: «Finalmente ellos (los hicsos) nombraron rey a uno de los suyos cuyo nombre era Salitis. Tenía su sede en Menfis y percibía tributo del alto y del bajo Egipto. Dejaba siempre

guarniciones detrás de él en las posiciones más ventajosas. Por encima de todo fortificó la región oriental, previendo que los asirios (*sic*), siendo cada vez más fuertes, lo desearían un día y atacarían este reino. En el nomo saíta (Setroite) fundó una ciudad muy bien situada al este de la rama bubastita del Nilo y la llamó Avaris, según una antigua tradición. Reconstruyó y fortificó esta ciudad con muros macizos, colocando allí una fuerte guarnición de 240 000 hombres armados poderosamente para guardar su frontera. Acudía allí en verano, en parte para distribuir las raciones y pagar a sus tropas y en parte para entrenarlas cuidadosamente por medio de maniobras y así extender el terror entre las tribus extranjeras. Después de haber reinado durante diecinueve años, Salitis murió y le sucedió un segundo rey llamado Bnon, que reinó cuarenta y cuatro años» (Texto citado por W. C. Hayes).

Del texto de Manetón se deduce que Avaris era la plaza fuerte de donde los reyes hicsos sacaban su poderío. Bajo la XVI Dinastía, cuando ya estaba trabada la guerra con el sur, es la capital de éstos. Antaño se creía encontrar en esos curiosos monumentos que representan al soberano con una verdadera crin de león la representación de los reyes hicsos. Ahora sabemos que estas esfinges datan en realidad de la XII Dinastía. A pesar de las numerosas construcciones que realizaron en Egipto, los faraones hicsos no nos han dejado sus retratos.

El Salitis de Manetón debe ser seguramente el rey Sharek o Shalek que menciona una lista genealógica de Menfis. Éste habría vivido una generación antes que el célebre Apofis I y dos generaciones antes que Ahmosis, el fundador de la XVIII Dinastía (W. C. Hayes). Es igualmente posible que no fuera otro que el faraón Maibre'-Sheshi, bien conocido por sus muy numerosos escarabajos e impresiones en los sellos.

Los sucesores de Salitis hasta Apofis I debieron, si no gobernar completamente, al menos controlar todo Egipto, desde Je-

belein, algo al sur de Tebas, hasta los confines del Delta. Su poder ha podido incluso extenderse hasta la primera catarata. Al sur de la misma comenzaba el reino de Kush, que en el momento de la guerra de liberación era completamente independiente (cf. más abajo). Es difícil precisar en qué momento se consiguió esta independencia. Parece establecido que durante la mayor parte de la XIII Dinastía Nubia, por lo menos hasta la segunda catarata, permaneció dentro de la órbita egipcia. Se han encontrado, tanto en Semnah como en Uronarti, impresiones de sellos con los nombres de los soberanos de esta dinastía, lo que parece probar que el sistema defensivo establecido por Sesostris I y, sobre todo, por Sesostris III, de Buhen a Semnah, permanecía todavía en manos de los egipcios. De todas formas, las excavaciones que se están llevando a cabo en la Nubia sudanesa podrán ofrecer más precisiones en este sentido.

La indudable existencia de estrechas relaciones entre las fortalezas de la segunda catarata y los soberanos de la XIII Dinastía no prueban necesariamente que éstas estuvieran directamente controladas por el faraón; muy bien podían estar ocupadas por pueblos amigos de Egipto sin ser sus vasallos. La exploración de Mirgissa (según toda evidencia el Iken de la estela de Sesostris III, en Semnah) parece demostrar que los habitantes de la ciudad durante la XIII Dinastía, aunque estuvieran fuertemente influidos por Egipto, no eran en su mayoría egipcios. Cuanto más se avanza en el tiempo, más se deja sentir la influencia puramente sudanesa de Kerma, sin que por ello disminuya la aportación egipcia. El centro de Kerma propiamente dicho, sobre la tercera catarata, parece haber tenido frecuentes contactos con los reyes hicsos; se han encontrado allí, en efecto, escarabajos e impresiones de sellos con el nombre de Sheshi y de otros soberanos hicsos.

El reinado de Salitis, sea o no Sheshi, inaugura la XV Dinastía. En cuanto a los sucesores del primer rey hicso, que perma-

neció diecinueve años en el poder según Manetón, el Papiro de Turín está muy deteriorado en el lugar donde se mencionan sus reinados; sólo se conserva claro su número, 6, y la duración total de sus reinados, ciento ocho años. A Salitis le sucedió Meruserre'-Yak-Baal, cuyo nombre convierten los egipcios en Yakub-Her. Es difícil explicar cómo el nombre de Yacob-El (Yakub-Her) ha podido dar Bnōn o Beon en Manetón. Sin embargo, parece probable que fuera el segundo faraón hicso. La administración egipcia, si se juzga por las inscripciones, se abrió a los funcionarios extranjeros: uno de los más importantes era el «tesorero», que llevaba el nombre típicamente semita de Hur, que los egipcios transcribieron por Har. Su actividad se extendía desde Gaza, en Palestina, hasta Kerma, en el corazón del Sudán. A pesar de todo, al lado de los funcionarios extranjeros, los egipcios permanecieron al servicio de los invasores, como lo testimonia el nombre bien egipcio de un tal Peremuah que desempeñó las mismas funciones que Hur.

El rey Khian, el Iannas (var. Staan) de Manetón, sucedió a Yakub-Her. Debió reinar durante largo tiempo, pero desgraciadamente la duración de su reinado es ilegible en el Papiro de Turín y no permite siquiera controlar la cifra de Manetón, que le asigna cincuenta años de poder. Se han encontrado numerosos monumentos con el nombre de Khian, tanto en Egipto, desde Jebelein en el alto valle, hasta Bubastis en el Delta, como fuera de Egipto; una tapadera de vaso, descubierta en Cnosos, lleva su cartucho completo: «El dios bueno, Seuserenre', el hijo de Re', Khian», y un pequeño león de granito con su nombre se ha encontrado en Bagdad. Al estar tan esparcidos los monumentos con el nombre de Khian se concluyó que éste gobernaba un vasto imperio que cubría todo el Oriente Medio. En la actualidad se ha renunciado a esta hipótesis. En efecto, parece dudoso que el poder de los soberanos hicsos se hubiera extendido, fuera de Egipto, a más allá de los confines del sur de Palestina. Si

las relaciones comerciales entre el Egipto hicso de Khian y los países del Mediterráneo son muy estrechas, con el sur, por el contrario, se debilitan y no se encuentran en Kerma ni escarabajos ni impresiones de sellos con el nombre del gran soberano hicso. Por ello se ha deducido que a partir de esta época se estableció en la baja Nubia un reinado nubio independiente, que gobernaba el país desde Elefantina a Semnah. Con soberanos como Nedjeh y empleando funcionarios egipcios estos reinos (amigos del Egipto meridional que ya entonces trata de recobrar su independencia) habrían cortado las relaciones entre el Egipto bajo control hicso y el reino de Kerma (T. Säve-Söderbergh y W. C. Hayes).

A Khian le sucedió Auserre'-Apofis I que, según el Papiro de Turín, habría reinado más de cuarenta años. El nombre transcrito Apofis es un nombre egipcio, Ipepi o Apopi, atestiguado en el valle del Nilo desde la XII Dinastía. Esto indica sin duda que los soberanos hicsos estaban en vías de asimilarse a Egipto cada vez más. Un vaso con el nombre de la hija de Apofis, la princesa Herit, se ha encontrado en la tumba de Amenofis I, y se ha pensado que quizá esta princesa se habría casado con un príncipe tebano, transmitiendo así un poco de sangre de los hicsos a los grandes faraones del Imperio Nuevo (W. C. Hayes).

Se opine lo que se quiera sobre esta hipótesis, el hecho es que los egipcios de Tebas y los hicsos parecen mantener buenas relaciones durante el reinado de Apofis I; sólo al final de este reinado Egipto del Sur comienza a rebelarse contra sus soberanos asiáticos. Un texto literario, desgraciadamente fragmentario, nos ha conservado el recuerdo del comienzo de las hostilidades, que se produjo bajo el reinado de Sekenenre', de la XVII Dinastía. Tal como dice el texto, «Sekenenre' era entonces regente de la ciudad del sur» (Tebas), mientras que «el príncipe Apofis estaba en Avaris» y recibía los tributos de todo Egipto. Tras deliberación con los consejeros del reino, Apofis pidió que

Sekenenre‘ interviniese (el confuso texto no permite decir de qué forma) porque en cierto lugar del territorio tebano los hipopótamos le impedían dormir. Como la distancia de Tebas a Avaris es de unos 800 km, este pasaje se ha interpretado como una petición deliberadamente imposible de satisfacer, hecha con la finalidad de justificar la apertura de las hostilidades; pero T. Säve-Söderbergh ha demostrado que, en realidad, Apofis, fiel al dios Seth, quería proteger a los hipopótamos, que representaban una de las hipóstasis de este dios y que los egipcios, tradicional y ritualmente, cazaban y sacrificaban en ciertas épocas. Sekenenre‘, al recibir el mensaje, reunió a su vez a sus consejeros. El texto se detiene allí, pero se adivina la continuación: Sekenenre‘ va a rechazar el ultimátum de Apofis, lo que marcará el comienzo de la guerra de liberación.

La momia de Sekenenre‘ se ha encontrado en el célebre «escondrijo» de Deir el-Bahari, donde los sacerdotes de la XXI Dinastía pusieron a salvo las momias reales amenazadas de pillaje. La momia tiene numerosas huellas de heridas hechas por armas, por lo que se ha supuesto que el rey murió en el curso de un combate contra los hicsos. Esto no es, por supuesto, más que una hipótesis y las heridas se pueden explicar de manera muy diferente: cabe en particular preguntarse si no resultarían de un atentado cometido en el palacio mismo (H. E. Winlock). Cualquiera que sea la hipótesis adoptada, el reinado de Sekenenre‘ marca el comienzo de la expulsión de los hicsos del territorio egipcio. Esta lucha, que describiremos más adelante, dura cierto tiempo y otros soberanos hicsos sucedieron a Apofis, aunque éste había perdido ya una gran parte del territorio egipcio: la frontera se estableció entonces en Atfieh, cerca de la entrada sur del Fayum, al conseguir los tebanos llevar a cabo incursiones en profundidad en territorio hicso y hasta la propia Avaris. Pero los hicsos sólo serán expulsados definitivamente bajo Ahmosis, segundo sucesor de Sekenenre‘. Dos reyes hicsos,

Aakenenre'-Apofis II y Aasehre'-Khamudy, sucedieron a Apofis, aunque sus reinados debieron ser muy cortos.

Junto a los seis reyes hicsos que forman la XV Dinastía y a los que se llama a veces «los grandes hicsos», otros soberanos extranjeros reinaron en la misma época de Egipto: son los «pequeños hicsos», que forman la XVI Dinastía. Parece que sus poderes se limitaron a territorios de pequeña extensión; sus nombres nos son desconocidos en su mayor parte; sólo los reyes Men, Anather (nombre derivado de la diosa asiática Anat) y Semqen merecen ser señalados. Al último rey de esta dinastía, Nebkhepeshre'-Apofis III, pertenecía una bellísima daga de bronce damasquinado, encontrada en Saqqarah. Los reyes de la XVI Dinastía parecen haber sido contemporáneos de la XV Dinastía, pero se trata más bien de príncipes locales que de verdaderos soberanos, y no se comprende por qué razón Manetón les ha concedido el honor de una dinastía. Por otra parte, se ha propuesto recientemente suprimir a ésta de la lista de las dinastías históricamente atestiguadas (A. H. Gardiner).

Los autores egipcios, desde los escribas de la XVIII Dinastía hasta Manetón, coinciden en hacer de la época de los hicsos un período de abominación. Los hechos no parecen justificar este severo juicio. Es evidente que los hicsos respetaron la civilización egipcia. Por lo demás, su invasión no tuvo realmente el carácter que le atribuye Manetón: no fue ni étnicamente homogénea ni tan violenta como la describe Josefo. Desde hace tiempo se ha renunciado a verla bajo la forma de una invasión militar conducida por tropas bien organizadas y armadas superiormente ante las cuales los egipcios, desprovistos de carros y de caballos y no disponiendo más que de dagas de cobre frente al armamento de bronce de sus enemigos, fueron vencidos. Así, hoy en día no se cree ya en las pretendidas «fortalezas» hicsos del Delta y del Próximo Oriente. Los dos monumentos frecuentemente mencionados, en Tell el-Yahudiyeh y Heliópolis,

sin duda no son fortalezas, sino cimientos de templos (Ricke, citado por T. Säve-Söderbergh). En efecto, sólo al final de su ocupación de Egipto los hicsos introdujeron en el valle del Nilo el carro de guerra, nuevos tipos de dagas y espadas, el bronce y el temible arco «compuesto» de origen asiático. Los hicsos se sirvieron de estas innovaciones para intentar mantener su poder político contra la agitación creciente de sus súbditos egipcios, y no las utilizaron para afianzar su dominio. Éste parece haberse impuesto progresivamente: cabe imaginar fácilmente a pequeños grupos armados de beduinos, habituados a la dura vida del desierto, penetrando en un territorio egipcio entonces mal defendido e imponiendo localmente su autoridad a los campesinos aterrados y sin defensa. Tal es la eterna lucha del nómada contra el sedentario, en que una minoría combativa y dispuesta a todo impone su voluntad a una masa pacífica.

Esto no es más que una hipótesis, pero parece confirmada por los restos arqueológicos. Las numerosas tumbas de la época de los hicsos que han sido excavadas en Egipto no dan la impresión de una intrusión masiva de extranjeros: no existe cambio brutal en las costumbres funerarias y los cadáveres que podrían ser de tipos extranjeros, semitas especialmente, son muy poco numerosos (T. Säve-Söderbergh). La cerámica llamada de Tell el-Yahudiyeh, que se ha asociado desde hace tiempo a la invasión de los hicsos en Egipto, apareció allí desde el Imperio Medio; se trata de una alfarería de importación que no debe nada, al parecer, a los invasores (T. Säve-Söderbergh). Lo mismo sucede con otros tipos de alfarería.

Josefo, reproduciendo a Manetón, presenta a los hicsos como pertenecientes a una raza única. Parece que también aquí el sabio sacerdote de Sebenito fue engañado por las fuentes hostiles a los hicsos que utilizaba. Se ha pensado algunas veces que entre los hicsos se encontraban los hurritas y ciertos elementos arios, pero de hecho la mayor parte de los nombres hicsos que

han llegado hasta nosotros son puramente semíticos, y si hubo entre los invasores elementos no semíticos no debieron ser ni numerosos ni dominantes.

En resumen, se ve que la dominación de los hicsos consistió principalmente en un cambio de la dirección política (los recién llegados se aprovecharon de la decadencia política que siguió a la XII Dinastía para imponerse a una mayoría mal gobernada) más que en una invasión por un grupo étnico único, numéricamente importante y mejor armado que los egipcios. Desde este punto de vista, el texto de Manetón resume bien los hechos: «Al fin ellos eligieron por rey a uno de los suyos», lo que deja suponer que, antes de la toma del poder político por un solo soberano hicso, hubo un período en el que Egipto fue ocupado por un cierto número de jefes locales.

Establecidos en Egipto, los hicsos adoptaron mucho de aquellos a los que dominaban políticamente. Sus soberanos utilizaron la escritura jeroglífica; desde este punto de vista es sintomático comprobar que hasta el presente no se ha encontrado ninguna inscripción cuneiforme en Egipto que pueda ser fechada en la época de los hicsos. Adoptaron los dioses egipcios. Aunque tuvieron una preferencia por Seth, al que asimilaron a Baal o Reshep, no les impidió adorar a Re‘, contrariamente a lo que insinúa el cuento, por otra parte tardío, sobre la disputa entre Sekenenre‘ y Apopi. De hecho no solamente Khian se declara en su cartucho «hijo de Re‘», sino que Auserre‘-Apofis va más lejos todavía y se declara «hijo carnal de Re‘» y «la imagen viviente de Re‘ sobre la tierra». Además, numerosos reyes hicsos compusieron sus nombres con Re‘, nombres tales como «grande es la fuerza de Re‘» o «Re‘ es el señor de la cimitarra».

Los hicsos no eran indudablemente muy numerosos, o no disponían de un número suficiente de administradores cualificados para gobernar personalmente el país, y es seguro, como veremos además por los escritos egipcios de la guerra de libe-

ración, que egipcios de raza les sirvieron fielmente. Es fácil adivinar que la dominación de los hicsos sobre Egipto no fue tan abyecta como lo dejaría suponer la literatura posterior. Hemos visto que un príncipe tebano no vaciló en casarse con una princesa de los hicsos y hay que subrayar que los hicsos, lejos de ser los bárbaros descritos por las fuentes egipcias, emprendieron la construcción de templos y edificios. Las estatuas, estelas y otras obras de arte de su época, sin tener la belleza de las obras maestras del Imperio Medio, están, sin embargo, lejos de ser desdeñables desde el punto de vista artístico. El arte del Segundo Período Intermedio no conoció la profunda decadencia que marca el del Primer Período Intermedio. Finalmente, y quizá sea lo más importante, es al período de los hicsos al que debemos algunas de las mejores copias de obras literarias o científicas egipcias, tales como el «papiro matemático Rhind», que está fechado en el año 33 de Apofis, o el célebre «papiro Westcar», o también el «himno a la corona (Papiro Golenischeff)». Parece más bien que los reyes hicsos fomentaron la vida intelectual.

Si los hicsos tomaron mucho de los egipcios, en cambio les aportaron dos cosas esenciales, como subraya con energía W. C. Hayes: les quitaron definitivamente el complejo de superioridad que les hacía juzgarse a salvo en sus valles y superiores a sus vecinos, y, por otra parte, los pusieron en contacto estrecho con los asiáticos, de los cuales ellos mismos formaban parte. Gracias a los hicsos se establecieron innumerables relaciones de sangre, de cultura e incluso de filosofía entre el valle del Nilo y el Próximo Oriente asiático, que no rompieron, sino todo lo contrario, los faraones del Imperio Nuevo. Otras innovaciones más prácticas acompañaron a la dominación de los hicsos en Egipto: el caballo se conocía en Mesopotamia, y quizá en Egipto, antes de la época de los hicsos; sin embargo, son ellos los que extendieron su utilización con un armamento más poderoso (véase más abajo). Así, pues, lejos de ser un desastre

sin precedentes, la invasión de los hicsos fue, en cierto sentido, una fuente de enriquecimiento para Egipto, al que procuró los medios materiales para conquistar lo que sería el Imperio egipcio del Imperio Nuevo (W. C. Hayes).

III. EL REINO DE TEBAS Y LA EXPULSIÓN DE LOS HICSOS (XVII DINASTÍA, 1650-1567 APROXIMADAMENTE)

La XVII Dinastía, que va a lograr sacudirse definitivamente el yugo de los hicsos, no tuvo de hecho independencia real y autoridad sobre la mayor parte de Egipto hasta sus tres últimos soberanos. Así se comprende que, aunque la componen más de 16 faraones, un egiptólogo tan célebre como A. H. Gardiner haya podido proponer recientemente el suprimirla pura y simplemente de los cuadros de la historia egipcia. Sería una injusticia, sin embargo, si se hiciese. Incluso si la mayoría de ellos han sido vasallos, e incluso vasallos fieles, de los reyes hicsos, son, sin embargo, príncipes de Tebas que han sabido, reorganizando alrededor de ellos los nomos del alto Egipto, catalizar la energía egipcia y preparar así la reconquista nacional.

Los primeros príncipes tebanos aparecen hacia el 1650 a. C., es decir, durante el reinado de uno de los primeros faraones hicsos y cuando, según Manetón y el Papiro de Turín, la XIII Dinastía estaba todavía teóricamente en el poder. Esto es suficiente para decir lo confusa que estaba entonces la situación en el alto Egipto, donde tres poderes se superponían.

El Papiro de Turín, cuando estaba intacto, conservaba los nombres de 15 reyes tebanos de la XVII Dinastía. Nueve de ellos se encuentran en la lista de Kárnak y en otras listas del Imperio Nuevo. Por su parte, los monumentos nos han transmitido los nombres de diez de ellos; por último, en la necrópolis tebana las tumbas de siete de estos príncipes, así como la de un octavo que el Papiro de Turín no menciona (W. C. Hayes), o

se han encontrado realmente o bien su existencia se ha establecido con seguridad por el hallazgo de objetos o su mención en los informes de inspección de los sacerdotes de la XX Dinastía. Este conjunto de documentos ha permitido establecer el orden de sucesión de los reyes de la dinastía. Según uno de los compiladores de Manetón, los cinco primeros faraones de la dinastía habrían formado la XVI Dinastía; esta tradición ha sido a veces conservada por historiadores modernos (H. E. Winlock), pero nosotros no la mantenemos.

El Papiro de Turín ha dividido a los soberanos de la dinastía en dos grupos. El primero consta de once reyes. Los cinco primeros son, probablemente: Sekhemre'-Uahkâu-Re'hotep, Sekhemre'-Upmaât-Antef V, Sekhemre'-Heruhermaât-Antef VI, Sekhemre'-Shedtauy-Sebekemsaf II y Sekhemre'-Sementauy-Djehuti (orden establecido por W. C. Hayes). A continuación de Djehuti, el Papiro de Turín enumera otros seis reyes que completan el primer grupo; de estos seis últimos solamente se conocen tres por otras fuentes. El grupo en su totalidad parece haber reinado unos cuarenta y cinco años; el último reinado finalizó hacia el 1605 a. C., al comienzo del reinado de Auserre-Apofis I (W. C. Hayes).

Es probable que el territorio gobernado por los reyes tebanos no sobrepasase los ocho primeros nomos del alto Egipto, desde Elefantina hasta Abidos. Los otros nomos estaban dirigidos por los sucesores de la XIII Dinastía. La baja Nubia, aunque sin duda seguía en buenas relaciones con Egipto del Sur, es ya independiente y forma el reino de Kush, gobernado por una familia sudanesa a la cual pertenecía un tal Nedjeh. La capital de este nuevo reino es Buhen. Sufrió la influencia de la civilización de Kerma, la cual, al sur de la segunda catarata, se había extendido; pero no se sabe si constituía un reino políticamente unificado o un simple conjunto de principados. El norte de Egipto estaba directamente administrado por los faraones hi-

csos que, además, fijaban impuestos sobre todo el país, que así se reconocía por completo vasallo del poder hicso.

En el ámbito de los nomos que controlan, los príncipes tebanos se organizan para paliar las dificultades que les crean el poder asiático en el norte y el de los nuevos soberanos de Kush en el sur. Aunque la presencia de éstos no corta los aprovisionamientos indispensables para la vida económica de la región tebana (madera del Líbano, calizas de la región de El Cairo, ébano, marfil y oro del sur), al menos el movimiento de estos productos se vigila estrechamente. Por ello los tebanos utilizaron lo más posible los materiales a su disposición, y lograron crear así un estilo provincial dentro de la tradición de la XII Dinastía, pero más rudo, donde se cree adivinar la energía que va a permitirles reconquistar el territorio nacional.

Las tumbas de estos reyes presentaban todavía forma de pirámide, como atestigua el informe de inspección de la XX Dinastía, época en la que estas pirámides existían aún. Parece que fueron construidas de adobes sobre una cámara funeraria cavada en la roca. Los sarcófagos reales son de madera, con frecuencia de sicomoro, y de un tipo muy particular (sarcófago *rishi*; literalmente, «de plumas», por un elemento característico de su decoración). La vida intelectual parece haber sido muy activa, al menos igual a la que patrocinaban los hicsos en el norte de Egipto. Así, a lo que parece, fue en el sarcófago de Antef V donde se encontró el célebre Papiro Prisse, actualmente en la Biblioteca Nacional de París. Las máximas de Ptahhotep que forman el tema de este papiro parecen haber sido muy populares bajo la XVIII Dinastía, como demuestran las otras copias encontradas en tumbas contemporáneas.

Como todos los egipcios, los faraones de la XVII Dinastía eran muy religiosos: Re‘hotep emprendió reparaciones en el templo de Min en Coptos, uno de los antiguos santuarios egipcios, y en el de Osiris en Abidos.

A Sekhemre'-Upmaât-Antef V se le llama a veces Antef el Primogénito. Los Antef, desde el I al III, reinaron bajo la XI Dinastía y Antef IV (Sekhemre'-Heruhermaât-Antef) se considera ahora sucesor de Antef el Primogénito; de ahí su número de Antef VI en la lista de Hayes. Antef V no reinó más que tres años; su hermano Antef VI que le sucedió sólo ocupó el trono algunos meses, lo que explica que el Papiro real de Turín no lo mencione.

Sebekemsaf II permaneció en el poder dieciséis años. Éste es el reinado más largo de la dinastía, y el informe de inspección de su tumba, que fue saqueada bajo Ramsés IX, le califica de «gran soberano». Se ha sugerido que fue él quien había rechazado a los hicsos al norte de Cusae (J. Yoyotte), lo que contradice el título mismo del Papiro Rhind, que precisa que la soberanía de los reyes hicsos se reconocía en Tebas aún en el año 33 de Auserre-Apofis (W. C. Hayes), es decir, bajo el reinado del onceavo sucesor de Sebekemsaf.

Djehuti sucedió, según parece, a Sebekemsaf. Su nombre se encontró en Deir, al norte de el-Ballas. Se menciona en la lista de Kárnak, aunque no reinó más que un año. Le sucedió Mentuhotep VI (los Mentuhotep, del I al V, fueron soberanos de la XI Dinastía; de hecho no hubo más que tres, y para evitar confusiones las cifras IV y V no han sido adoptadas por los historiadores actuales).

Mentuhotep VI no reinó más que un año y fue reemplazado por Senadjenre'-Nebirieraut I, que reinó seis años. Se le conoce sobre todo por un importante monumento encontrado en la sala hipóstila del templo de Kárnak. Se trata de un documento jurídico establecido en el año 1 del soberano por un cierto Kebsy en favor de uno de sus parientes. Por donación escrita Kebsy transmite su cargo de nomarca de el-Qab para amortizar una deuda de 60 *debens* de oro (alrededor de 5 1/2 kg). El texto nos informa sobre la organización administrativa del reino te-

bano en la que el visir continúa desempeñando un papel importante, y, principalmente, notifica que el reinado de Nebirieraut se sitúa unas tres generaciones después del de Merhetepre'-Ini de la XIII Dinastía, que debió reinar hacia 1680; esto situaría el reinado de Nebirieraut I en las inmediaciones del 1620 a. C., es decir, cincuenta años antes del fin de la dinastía.

El primer grupo de soberanos de la XVII Dinastía se acaba con los reinados de cuatro faraones, de los que sólo conocemos los nombres gracias al Papiro de Turín.

El segundo grupo consta de cinco soberanos cuyos nombres están en blanco en el Papiro de Turín, pero no hay duda alguna de que los tres últimos fueron los «libertadores» de Egipto: Sekenenre'-Taâ I el Primogénito o el Grande, Sekenenre'-Taâ II el Bravo y Uadjkheperre'-Kames. No queda más que colocar en orden cronológico los dos primeros soberanos del grupo. Parece que hay que situar primero a Nub (o Neb)kheperre'-Antef VII, al cual sucedió un tal Senakhtenre' mencionado en la lista de Kárnak. El orden de sucesión de los tres últimos reyes que acabamos de enumerar está asegurado por los monumentos.

Se ha creído durante mucho tiempo que los «enemigos» mencionados en un decreto de Coptos, fechado en el año 3 de Antef VII, designaban a los hicsos y que, en consecuencia, la guerra de liberación se comenzó bajo este faraón. Se sabe ahora que estos enemigos fueron simplemente estatuillas mágicas que habían sido robadas en el templo de Coptos por un tal Teti. El texto, sin embargo, sigue siendo importante por la imagen que nos ofrece de las condiciones políticas que reinaban en el alto Egipto bajo el reinado de Antef VII. «En cuanto a todo rey del alto Egipto, en cuanto a todo jefe que se muestre compasivo con él (el culpable, Teti): no podrá recibir la corona blanca (del alto Egipto), ni ceñir la corona roja (del bajo Egipto); no podrá sentarse en el trono de Horus de los vivos, y las dos diosas

(Uadjet y Nekhbet) no serán benignas con él, como con los que aman. En cuanto a todo comandante, y en cuanto a todo funcionario que interceda ante el rey en su favor: sus gentes, sus bienes y sus campos se darán en propiedad a mi padre Min, señor de Coptos» (citado por J. Vandier). Este texto, dirigido al jefe-nomarca de Coptos que es también el jefe del ejército, al escriba del templo, a toda la guarnición de la ciudad y a todos los sacerdotes del templo, parece mostrar que bajo Antef VII existían todavía «reyes» locales y «potentados». Estos soberanos, hayan sido elegidos o se hayan hecho a sí mismos, no tenían realmente la independencia que frecuentemente se les ha concedido. El rey de Tebas intervenía en sus asuntos, el decreto da fe de ello. Esto demuestra cómo el poder tebano se afirma poco a poco. Superficialmente, la situación en el alto Egipto recuerda un poco a la del Primer Período Intermedio, cuando los nomarcas eran prácticamente independientes y podían aliarse entre sí, de igual a igual, para favorecer o rechazar a tal o cual pretendiente. Bajo Antef VII, el poder está también dividido, pero los nomarcas no tienen ya la posibilidad de unirse entre sí, están dominados por los príncipes de Tebas y se aliarán con ellos cuando estalle la guerra contra los hicsos del bajo valle (J. Vandier).

A Nebkheperre'-Antef VII se le conoce por los monumentos que levantó en Coptos, en Abidos y en el-Qab. Su tumba fue encontrada en Dra-Abul Nagga, en la parte norte de la necrópolis tebana. Un informe de inspección de la XX Dinastía nos informa que estaba todavía intacta bajo Ramsés IX. Más tarde fue saqueada; sin embargo, limpiando la cueva funeraria, se hallaron cerca del lugar donde se encontraba la momia real dos arcos y seis flechas, testigos mudos de la actividad guerrera del rey que en Kárnak se recuerda por la representación de prisioneros nubios y asiáticos bajo su nombre. Recientes hallazgos en Mirgissa muestran que estaba en relación con poblaciones de la

alta Nubia (Kerma), a las que había combatido o empleado como mercenarios. Fue probablemente bajo su reinado cuando se fijó definitivamente el texto conocido por el nombre de *Canto del arpista,* cuyo remoto origen se remonta sin duda al Primer Período Intermedio y que se hizo célebre a continuación. Una fuente antigua lo describe como «el canto que está en la tumba del rey Antef, ante el cantante con arpa» (texto citado por W. C. Hayes), atribuyendo así a Antef VII, si no se trata de un Antef de la XI Dinastía, la paternidad de la obra, de acentos todavía emocionantes a pesar de su hedonismo:

«Las generaciones se suceden y otras se manifiestan desde el tiempo de los antepasados.

Los dioses que vivieron en otro tiempo reposan (ahora) en sus pirámides…

Y de aquellos que construyeron viviendas, el lugar ya no existe.

Ved en lo que se han convertido.

Yo he oído las palabras de Imhotep y de Hordjedef, de quienes tanto bien dicen los hombres.

¿Dónde están (ahora)?

Sus casas están en ruinas y sus tumbas no existen ya, como si no hubieran existido nunca.

Nadie vuelve de allá abajo

para decirnos en qué se han convertido,

para decirnos lo que necesitan,

para apaciguar nuestros corazones,

hasta el día en que marchemos allí donde ellos se fueron…

Haz lo que desees durante el tiempo en que vivas…

Estribillo: 'Haz fiesta sin cansarte,

en verdad, nadie lleva sus bienes consigo;

en verdad, nadie que marcha vuelve'».

A Senakhtenre' no se le conoce más que por las listas reales; ningún monumento ha conservado su recuerdo, aunque se ha demostrado su existencia y el lugar que ocupa en la sucesión de los reyes.

La existencia de dos reyes que llevaron el mismo nombre de Sekenenre'-Taâ está demostrada por el Papiro Abbot, que conservó el informe de inspección de sus tumbas y precisa a continuación el nombre del segundo: «que hace un segundo rey

Taâ». A Sekenenre‘-Taâ II se le designa a la vez por su nombre completo y por el apodo de el Bravo en un cierto número de documentos. En otros textos se le nombra simplemente Sekenenre‘; ésta es la forma empleada por el Papiro Sallier I en el cuento de la *Disputa de Apopi y de Sekenenre‘*. El preámbulo de este célebre texto nos informa sobre la situación de Egipto en esta época: «Pues sucedió que el país de Egipto cayó en la miseria y ya no existía señor como rey de (este) tiempo. Y sucedió que el rey Sekenenre‘ fue entonces regente de la ciudad del sur (Tebas). Pero la miseria reinaba en la ciudad de los asiáticos, estando el príncipe Apopi en Avaris. Todo el país le hacía ofrendas con sus tributos» (Trad. G. Lefebvre). Si la mención de la miseria en el Delta es quizá simplemente testimonio de la malevolencia del autor del texto hacia los reyes hicsos, por el contrario la situación descrita no deja lugar a dudas: Sekenenre‘ en el sur no es más que un vasallo del rey hicso quien, en Avaris, gobierna al menos nominalmente a todo el país, que le rinde tributo. Este vasallaje se confirma al final del cuento por la actitud de Sekenenre‘ respecto al mensajero de Apopi al que hace «dar toda clase de cosas buenas, carnes, dulces» y al que dice: «Regresa al rey Apopi». «Lo que tú le digas (*sic*, por: me) lo haré». «Así dirás».

Por tanto, las hostilidades entre príncipes tebanos y reyes hicsos no debieron comenzar hasta el reinado de Sekenenre‘-Taâ II. Éste se había casado con su hermana Aahotep; ambos eran hijos de Sekenenre‘-Taâ y de su mujer Teti-Sheri, que parece haber sobrevivido hasta la mitad de la XVIII Dinastía, puesto que su biznieto Ahmosis le hizo construir después de su muerte una capilla funeraria a la que dotó con tierras tomadas a los hicsos en el bajo Egipto. Aahotep, como Teti-Sheri, vivió más que su marido; murió también en el reinado de su hijo Ahmosis y en su tumba se encontraron armas ostentosas de un trabajo excelente. Taâ II el Bravo murió hacia los treinta años,

como demostró la autopsia de su momia, encontrada en Deir el-Bahari, atravesada por estocadas. Su hijo Kames le sucedió y prosiguió la lucha contra los hicsos.

Las peripecias de esta lucha se conocen bien gracias a dos textos egipcios, o más bien a un único texto dividido en dos partes, la primera conocida desde hace tiempo y la segunda descubierta hace algunos años solamente y todavía no publicada en su integridad.

La primera parte del texto se conoce en dos versiones: una en escritura jeroglífica, grabada en una estela encontrada en 1935 en el tercer pilono de Kárnak, que es contemporánea de Kames y data del año 3 del reinado, y otra, en escritura hierática, escrita sobre una tabla de madera (tablilla Carnarvon, número 1) y descubierta en 1908 cerca de Deir el-Bahari, que proviene de una tumba de la XVII Dinastía. Paleográficamente, la tablilla Carnarvon se remonta a una fecha muy próxima a los acontecimientos que describe; realmente no pudo ser escrita más de unos cincuenta años después (A. H. Gardiner). De este modo poseemos, caso muy raro en egiptología, dos documentos literarios contemporáneos de los acontecimientos que relatan. El texto es de una gran importancia histórica y merece ser citado.

Después de la fecha, «el año 3 de Kames», y la enumeración de todos los títulos (protocolo) de este rey, continúa:

«El rey, poderoso en Tebas, Kames, que viva por siempre, era un rey excelente (y por ello) Re‘ le (hizo) rey verdadero y le dio en verdad el poder. Y Su Majestad habla en su palacio al Consejo de los Grandes que le siguen: ‘Me gustaría saber de qué sirve mi fuerza cuando hay un príncipe en Avaris y otro en Kush, y cuando me encuentro asociado a un asiático y a un nubio, cada uno de los cuales tiene una parte de este Egipto. Y no puedo ni atravesarlo (para ir) hasta Menfis, que pertenece a Egipto, pues-

to que poseen Hermópolis. Nadie está tranquilo, (cada uno) se agota en el servicio a los asiáticos. Voy a medirme con él y le abriré el vientre (pues) mi voluntad es liberar a Egipto y vencer a los asiáticos'.

(Sin embargo) los grandes de su Consejo replicaron: 'Mira, todos son leales a los asiáticos hasta Cusae', (luego) reforzaron sus voces y replicaron a coro: 'Estamos tranquilos en nuestra parte de Egipto. Elefantina es poderosa y la parte media (de Egipto) nos pertenece hasta Cusae. Los hombres cultivan para nosotros lo mejor de sus tierras, nuestro ganado (puede) trashumar en los pantanos del Delta. Se nos envía cebada para nuestros cerdos. No roban nuestro ganado y no hay ataques contra… Él tiene el país de los asiáticos y nosotros tenemos Egipto. No obstante, nos alzaremos contra (todo aquél) que venga a nuestro territorio (a atacarnos)'. Pero ellos desagradan al corazón de Su Majestad» (citado por T. Säve-Söderbergh y A. H. Gardiner).

La continuación del texto es fragmentaria. El rey relata, sin embargo, el comienzo de la campaña destinada a expulsar de Egipto al que comparte el país con él. En el curso de este avance hacia el norte, Kames atacó a Neferusi y la arrasó.

Se ha demostrado (A. de Buck) que la reunión del consejo que se opone generalmente a los deseos del soberano es un artificio literario muy apreciado por los escribas egipcios que les sirve para calibrar mejor el valor y la clarividencia del soberano oponiéndolo a la debilidad y ceguera de sus consejeros.

Pero, incluso teniendo en cuenta este hecho, se ve que al principio del reinado, Kames, como su padre Sekenenre', no gobierna aún más que una parte de Egipto y que el país sigue estando en gran parte bajo la autoridad de los reyes de Avaris, puesto que no solamente poseen el Delta, sino casi todo el medio Egipto, entre Menfis y Cusae (algo al norte de la moderna

Manfalut). Hacia el sur, la baja Nubia, que pertenecía a Egipto durante la XII Dinastía, y sin duda la XIII, es ya independiente bajo el cetro del rey de Kush. Finalmente, el discurso de los miembros del consejo no tendría explicación si no expresase el sentir profundo de numerosos egipcios. Hemos visto que la dominación de los hicsos no fue probablemente tan odiosa para los egipcios como lo dejan entender los textos de la XVIII Dinastía, y se ha observado que Kames no dice que los egipcios del bajo Egipto fuesen maltratados por los hicsos (T. Säve-Söderbergh).

En los comienzos de las guerras de liberación, al menos una parte de los egipcios permaneció fiel, sin duda, a los hicsos en contra de los tebanos. Esto queda demostrado por el hecho de que el primer enemigo que atacó Kames es un tal Teti, hijo de Pepi; por tanto, un egipcio que dominaba la mitad de Neferusi, de la cual hizo un «nido de asiáticos». Los soberanos locales desaparecen conforme avanzan los tebanos y es probable que opusieran una cierta resistencia a las tropas del sur, pero, por supuesto, un texto oficial, como la estela de Kames, debía silenciar tales hechos en la medida de lo posible y, por el contrario, mencionar sólo el entusiasmo de las poblaciones liberadas (T. Säve-Söderbergh), aunque, como veremos, existan algunas alusiones discretas a esta resistencia egipcia.

El texto de la estela de Kárnak y de la tablilla de Carnarvon terminaba después de haber descrito el comienzo de la guerra contra los hicsos, en la cual tomaron parte junto a los tebanos las tropas de medjau, es decir, las nubias. Para las operaciones que siguieron a la toma de Neferusi, hacia el norte de Hermópolis, se estaba limitado a conjeturas cuando en 1954 se encontró la continuación del texto de la tablilla de Carnarvon entre los bloques de piedra que servían de cimiento a una estatua de Ramsés II que se levantaba cerca del segundo pilono del templo de Kárnak. Este documento está grabado en una gran

estela cimbrada; con él se pudo comprobar que el texto de la liberación de Egipto, demasiado largo para ser grabado sobre una sola estela, se había distribuido entre dos monumentos. El primero era la estela cuyos fragmentos se habían encontrado en 1932 y 1935; el segundo, en mejor estado, era la estela descubierta en 1954, que consta de 38 líneas de texto jeroglífico. Este documento, tan importante para la historia de Egipto, todavía no está publicado íntegramente. En la primera parte, después de las invectivas de Kames contra Apopi (Apofis), invectivas que recuerdan las que los héroes homéricos se dirigían antes del combate, el texto describe la flota tebana que marcha hacia el norte y alcanza la región de Avaris; Kames asegura: «Beberé el vino de vuestras viñas que los asiáticos mis prisioneros exprimirán para mí». Esto es el resultado de una incursión contra Avaris que, no obstante, presenta resistencia, ya que Kames ha de contentarse con dirigirse a las mujeres que «desde lo alto del palacio de Apopi miran la batalla y les afirma que destruirá la residencia de Apopi, cortará sus árboles, llevará a sus mujeres al cautiverio y tomará sus carros de combate». Después, Kames enumera el botín hecho durante la incursión y termina diciendo: «He destruido sus ciudades e incendiado sus casas de tal suerte que quedarán para siempre como colinas de tierra, a causa del daño que ellos hicieron a Egipto cuando se pusieron al servicio de los asiáticos repudiando a Egipto, su amo» (citado por Säve-Söderbergh y A. H. Gardiner).

Esto confirma plenamente la presencia de los egipcios junto a los hicsos, pero el pasaje que sigue es todavía más importante para la historia política de Egipto en el período final de la dominación de los hicsos (se supone que es Kames quien habla): «He capturado uno de sus mensajeros en la ruta superior del oasis yendo hacia el sur, hacia Kush, para (entregar) un comunicado escrito. Encontré allí lo que sigue en un escrito del soberano de Avaris: 'Auserre', el hijo de Re', Apopi, saluda a mi hijo

el soberano de Kush. ¿No ves lo que Egipto ha hecho contra mí? Su soberano, Kames el poderoso, me ataca en mi territorio (cuando) yo no le había atacado, de la misma manera que todo lo que hace contra ti. Él ha escogido estos dos países para devastarlos, mi país y el tuyo, (y) los ha destruido. Ven, marcha en seguida hacia el norte. ¡No te asustes! Mira, él está (ocupado) aquí conmigo y no hay nadie que te pueda oponer resistencia en Egipto, y (además) yo no le dejaría ir hasta que tú llegues. Entonces nosotros (nos) repartiremos las ciudades de Egipto y nuestros (dos) países se alegrarán'». Kames vuelve a relatar, después de haber revelado el contenido del mensaje de Apofis al soberano de Kush: «Me ha tenido miedo cuando he avanzado hacia el norte, antes incluso de que combatiésemos, incluso antes de que yo le hubiese atacado. Cuando vio mi fuego, envió hasta Kush a buscar a alguien que le pudiese salvar. Pero yo le he cogido (el mensaje) en el camino y lo he interceptado. Le he vuelto a enviar poniéndolo en la montaña oriental hacia Atfieh».

En la parte final del texto Kames describe el terror que embargó a Apofis al oír la noticia de la campaña militar egipcia. Antes de volver a su punto de partida el ejército de Kames realizó todavía una incursión en el oasis de Bahria. Parece que bajo Kames, como en el Imperio Antiguo y Medio, los oasis fueron el refugio tradicional de los rebeldes egipcios y esto podría ser suficiente para explicar la intervención de Kames; pero otra razón podría ser el deseo del príncipe tebano de prevenir los numerosos intercambios de correspondencia entre Kush y Avaris, o incluso de bloquear una de las rutas de acceso entre el alto valle del Nilo sudanés y el Egipto propiamente dicho. De hecho, la ruta de los oasis será en la Edad Media una de las vías que seguirán las incursiones de los nubios cuando éstos quieren intervenir en Egipto.

Se ve que la segunda estela de Kárnak es aún más importante que la primera; nos muestra el peligro que representaba para los egipcios la existencia de un poder bien organizado en el sur de Egipto. Desde este punto de vista, los tebanos no desaprovecharán la lección, y el Imperio Nuevo no cesará hasta que toda la alta Nubia sea conquistada y enteramente «colonizada». El texto hace alusión a un conflicto que había estallado, antes de la campaña hacia el norte, entre Kames y el soberano de Kush. No se comprende realmente a qué hace alusión el documento egipcio. Parece que la primera estela de Kárnak, si se la juzga por el discurso de los consejeros, considera que la paz reina al sur de Elefantina. Además, las campañas contra los hicsos sólo fueron posibles, por parte egipcia, con la ayuda de mercenarios nubios, que eran numerosos en el ejército de Kames. No se comprende cómo el rey de Kush dejaría a sus súbditos ir a ponerse al servicio de un soberano que le habría sido hostil. ¿Es preciso suponer que Apofis, hablando de «todo lo que él ha hecho contra ti», se limita a aludir a las campañas nubias de los predecesores de Kames, bajo la XII Dinastía?, Tal vez las excavaciones que se están realizando en la Nubia sudanesa respondan a esta cuestión. En el estado actual de nuestros conocimientos, las pruebas de un conflicto entre Kames y el soberano de Kush son cada vez más débiles.

El texto recientemente descubierto en Kárnak nos revela un segundo punto importante: es la continuación de la campaña militar que en el primer texto se detuvo en Neferusi. La incursión egipcia penetró profundamente en territorio hicso, ya que llegó hasta las murallas de Avaris. Sin embargo, el poder tebano no es aún suficientemente potente para mantenerse en esta región y el ejército vuelve a su punto de partida. No obstante, la frontera norte retrocedió, y parece que en lo sucesivo quedó establecida en Atfieh, a la entrada del Fayum y en las proximidades de Menfis, como lo indica el pasaje del texto en que el

mensajero de Apofis al rey de Kush es abandonado, por escarnio, en la frontera entre ambos estados. De allí partirán, sin duda alguna, las campañas del sucesor de Kames, Ahmosis, tal y como la biografía de Ahmes, hijo de Abana, nos lo deja adivinar. Estas campañas fueron largas y todavía durante varios años los combates entre hicsos y tebanos se desarrollaron en terreno egipcio, pero con ello entramos en la historia del Imperio Nuevo.

Por último, la segunda estela de Kárnak tuvo la inmensa ventaja de esclarecer nuestros conocimientos históricos sobre el final del Segundo Período Intermedio. Hasta los comienzos del reinado de Apofis I Egipto estuvo enteramente en manos de los hicsos. Sekenenre'-Taâ II el Bravo fue vasallo de Apofis durante todo su reinado, puesto que su hijo, al principio de su propio reinado, está en la misma situación que él. Sólo después del año 3 y de la reconquista de Egipto hasta Atfieh Kames llegó a ser realmente rey de Egipto y el propio Apofis reconoció su independencia.

Cuando finalizó el Segundo Período Intermedio con la desaparición de Kames y la subida al trono de Ahmosis, el territorio egipcio no estaba aún enteramente liberado, pero la autoridad del faraón estaba suficientemente restablecida para justificar los títulos de Kames, que tomó orgullosamente la titulación completa de los grandes faraones de la XII Dinastía. Tenía, según parece, algún derecho a concederse su propio elogio, como se puede leer en una de sus armas: «El buen dios, el señor de los ritos, Uadjkheperre'. Yo soy un príncipe valiente, el amado de Re', el hijo de Iah (dios-luna), el hijo de Thot y el hijo de Re', Kames, vencedor por siempre». Su nombre de Horus, inscrito en el mango de un abanico de ébano, hace alusión a la reconquista de Egipto; en él se titula: «El Horus, el bienhechor del doble país». No se sabe de qué manera murió, ni siquiera la duración de su reinado. Su tumba estaba todavía intacta bajo Ramsés IX,

cuando el informe de inspección se consignó en el Papiro Abbot, pero estuvo amenazada poco tiempo después, ya que los sacerdotes funerarios, temiendo una violación de la sepultura real, se llevaron el sarcófago, enterrándolo en la llanura tebana cerca de las sepulturas de Aahotep, su madre, y de los dos Antef. Allí se encontró en 1858. Desgraciadamente, la momia, en mal estado, se hizo polvo antes de que hubiera podido examinarla un antropólogo, de suerte que no se sabe cómo murió Kames ni la fecha aproximada de su muerte. Sin embargo, es probable que su reinado, como el de su padre, Sekenenre'-Taâ II, fuese bastante breve; es lo que parece indicar el hecho de que fuese enterrado por su sucesor, Ahmosis, su hijo o su hermano, en un sarcófago muy sencillo, pues faltó tiempo para la preparación de funerales solemnes y para disponer de un suntuoso mobiliario funerario. No hay que olvidar que los soberanos egipcios estaban aún en plena guerra contra los hicsos.

Cuando Egipto surgió reunificado de la larga crisis, todavía tan mal conocida, que nosotros denominamos el Segundo Período Intermedio, la situación no era ya ni volvería a ser como la de los Imperios Antiguo y Medio.

En el sur se establecieron nuevos pueblos, o bien los antiguos habitantes se organizaron, convirtiéndose en amenaza para Egipto. En el este, el antiguo equilibrio de fuerzas se modificó profundamente: se crearon nuevos imperios, todo el Oriente Medio entró en ebullición. Egipto está demasiado cerca por su Delta de esta turbulenta Asia para poder desinteresarse en adelante de lo que allí pase. Después de todo, la ocupación de los hicsos le acababa de enseñar duramente que no estaba a salvo de los movimientos étnicos y que no bastaba con construir fortalezas a lo largo de la frontera, como habían hecho los faraones de la X Dinastía, para ponerse a cubierto de las codicias ajenas. Por necesidad, al estado autárquico replegado en sí mismo del Imperio Antiguo y Medio va a suceder el estado agresivo,

imperialista diríamos casi, del Imperio Nuevo. Pero para desempeñar un papel en el norte, los recursos del valle egipcio del Nilo son insuficientes, tanto en hombres como en materias primas. En efecto, los hicsos, al final de su ocupación, utilizaron contra Egipto todos los recursos nuevos de que disponían (los carros de combate y nuevas armas más mortíferas) y los soberanos tebanos no pudieron llegar al final más que empleando con abundancia tropas mercenarias africanas.

En esta época aparecieron en Egipto, entre Asyut y Asuán, es decir, en el corazón de la región controlada por los príncipes tebanos, nuevas poblaciones, que parecían constituidas por camitas mezclados con negroides. Se han encontrado en más de quince yacimientos del alto Egipto los cementerios característicos de estas poblaciones. Las tumbas son circulares u ovales y de suelo levemente excavado; han valido a estas poblaciones el nombre de «pueblo de las *pan-graves*», ya que sus sepulturas tienen, en efecto, la forma de un fondo de sartén (en inglés, *pan*).

La cultura de estas poblaciones estaba, a juzgar por el ajuar funerario encontrado en las tumbas, estrechamente emparentada con la de Kerma y la del Grupo C (véase más arriba). El cuerpo, cubierto a veces con vestidos de cuero, está dispuesto en posición encogida, acostado sobre el lado derecho, con la cabeza al norte y mirando hacia el oeste. La cerámica consiste casi por entero en escudillas profundas rojas o negras, y principalmente rojas con bordes negros, con decoración algunas veces incisa. Alrededor de la tumba estaban enterrados cráneos de animales, cabras y corderos, decorados con manchas de color, negras, rojas o azules. Entre los objetos colocados cerca del cadáver figuran numerosas armas: hachas, dagas, flechas, etc., y de cuando en cuando joyas egipcias de oro y plata. Se admite que se trata en general de soldados profesionales, quizá los medjau de que habla la estela de Kames: «Tropas de medjau vi-

gilaban sobre el techo de los camarotes (navíos) para espiar a los asiáticos y destruir sus instalaciones». Estos mercenarios aparecen en Egipto ya al final de la XIII Dinastía. Se ha creído durante mucho tiempo que las poblaciones de los *pan graves* representaban esencialmente a los nómadas del desierto oriental; emparentados con las poblaciones sedentarias del alto valle del Nilo, pero diferentes de éstas. Se admitió también que su cerámica en particular, y también los ritos de inhumación, aun siendo comparables a aquéllos y a los del Grupo C, eran, sin embargo, diferentes. Los trabajos más recientes realizados en la Nubia sudanesa, si no invalidan estas observaciones, parecen exigir al menos que el problema se reconsidere. En efecto, la cerámica incisa de las *pan-graves* parece mucho más próxima de lo que se pensaba a la de las tumbas que se remontan al final del Grupo C, y se han encontrado igualmente, alrededor de las tumbas nubias de esta época, cráneos de animales pintados semejantes a los de las *pan-graves* de Egipto. No se excluye, pues, que las poblaciones de las *pan-graves* que aparecieron en Egipto al final de la XIII Dinastía fuesen los descendientes de las poblaciones del Grupo C nubio de la XII Dinastía. Si esto se verificase, los mercenarios empleados por los soberanos tebanos no comprenderían sólo a los medjau, nómadas del desierto, sino también a *nehesiu* del valle. El problema se une así al de las relaciones entre el reino independiente de Kush y el principado de Tebas. Si el rey de Kush tuvo sin duda poca autoridad sobre los nómadas medjau de los desiertos circundantes, no sucedía lo mismo con los sedentarios del valle. La presencia de mercenarios cushitas en Egipto podría implicar la existencia de buenas relaciones entre Kush y el Egipto tebano.

Al margen de este importante problema, que atañe a la historia antigua de África, es evidente que para llegar a expulsar a los hicsos, que extraían de Asia su fuerza técnica, los egipcios recurrieron en gran medida a África, y es así como «la guerra

de liberación da la impresión de una lucha entre Asia y África» (T. Säve-Söderbergh). Este acontecimiento está lleno de consecuencias: va a modificar por completo el curso de la historia egipcia.

Cuando tomaron el poder en el año 2000 a. C., los soberanos tebanos de la XII Dinastía instalaron su capital muy cerca del Delta para poder gobernar todo Egipto. Los soberanos de la XVIII Dinastía, después de haber reconquistado todo el valle del Nilo, conservaron la capital en Tebas. Para esto había una razón evidente: sólo los recursos del alto valle africano podían permitir a Egipto desempeñar el papel de una gran potencia; allí pudo encontrar madera, cobre, oro y, sobre todo, una reserva inagotable de hombres. Pero para conquistar, colonizar y controlar estas regiones tuvo necesidad de estar lo más cerca posible de la frontera de la primera catarata y el Delta estaba demasiado lejos. No es casual que al establecimiento de la capital en Tebas corresponda la conquista del Sudán hasta la cuarta catarata: de esta región el imperio egipcio sacó lo esencial de su poder económico y militar. En adelante, Egipto se encontrará ante un dilema. Para defender sus posesiones del Delta y del Próximo Oriente, sin cesar amenazadas por los imperios asiáticos, habrá de medir sus fuerzas y colocar la capital en el bajo Egipto, pero haciendo esto se alejará de sus provincias del sur y se arriesgará a perderlas, cuando son ellas las que le proporcionan los elementos de su fuerza.

Durante casi tres siglos los faraones lograrán mantener la ficticia unidad de un imperio que se extendía del Líbano al Sudán; luego el edificio se hundirá y el poder se volverá a escindir. El bajo Egipto conocerá dinastías paralelas a las del alto Egipto y el Sudán. La historia del Segundo Período Intermedio es, pues, un compendio de la historia de la decadencia egipcia; sin embargo, la diferencia estriba en que después de la XVII Dinastía Egipto conoció un nuevo apogeo, mientras que después

de las XXV y XXVI Dinastías se producirá el hundimiento definitivo de una gran civilización.

Bibliografía

CAP. 1: PREHISTORIA E HISTORIA PRIMITIVA DE ASIA ANTERIOR

a) Fuentes

BRAIDWOOD, R. J.: *Mounds in the Plain of Antioch,* University of Chicago Oriental Institute Publications, vol. XLVIII, Chicago, 1937.

BRAIDWOOD, R. J., y L. S.: *Excavations in the Plain of Antioch,* vol. I: *The Earlier Assemblages,* University of Chicago Oriental Institute Publications, vol. LXI, Chicago, 1960.

BRAIDWOOD, R. J., y HOWE, B.: *Prehistoric Investigations in Iraqi Kurdistan,* Studies in Ancient Oriental Civilization, núm. 31, Chicago, 1960.

DELOUGAZ, P., y LLOYD, S.: *Pre-Sargonid Temples in the Diyala Region,* University of Chicago Oriental Institute publications, vol. LXIII, Chicago, 1942.

DELOUGAZ, P.: *Pottery from the Diyala Region,* University of Chicago Oriental Institute Publications, vol. LXIII, Chicago, 1952.

DU MESNIL DU BUISSON, Le comte: *Baghouz,* Documenta et Monumenta Orientis Antiqui, vol. III, Leiden, 1948.

EGAMI, N.: *The Tokyo Iraq-Iran Expedition report I: Telul-eth-Thalathat,* vol. I, Tokio, 1958.

EGAMI, N., y MASUDA, S.: *The Tokyo University Iraq-Iran Archaeological Expedition Report 3: Marv-Dasht I: The Excavations at Tall-i-Bakun,* Tokio, 1962.

EGAMI, D., y SONO, T.: *The Tokyo University Iraq-Iran Archaeological Expedition Report 3: Marv-Dasht II: The Excavations at Tall-i-Gap,* Tokio, 1962.

FALKENSTEIN, A.: *Archaische Texte aus Uruk,* Leipzig, 1936.

FRANKFORT, H.: *Stratified Cylinder Seals from the Diyala Region,* University of Chicago Oriental Institute Publications, vol. LXXII, Chicago, 1955.

GARROD, D. A. E., y BATE, D. M. A.: *The Stone Age of Mount Carmel,* Londres, 1937.

GARSTANG, J.: *Prehistoric Mersin - Yümük Tepe in Southern Turkey,* Oxford, 1953.

GRENOUILLAC, H. DE: *Fouilles de Telloh,* vol. I, París, 1954.

GHIRSHMAN, R.: *Fouilles de Sialk près de Kashan,* vols. I-II, París, 1938-39.

GOLDMAN, H.: *Excavations at Gözlü Kule, Tarsus,* vol. II, Princeton, 1956.

HERZFELD, E.: *Die vorgeschichtlichen Töpfereien von Samarra,* Berlín, 1930.

JACOBSEN, E.: «The Sumerian King List», en *Assyriological Studies,* núm. 11, Chicago, 1939.

JORDAN, L; NÖLDEKE, A.; HEINRICH, E., y LENZEN, H.: *Vorläufiger Bericht über die... in Uruk-Warka unternommenen Ausgrabungen,* vols. I-XIX, Berlín, 1930-63.

KOEPPEL, R.: *Teleitāt Ghassūl,* vol. II, Roma, 1940.

LANGDON, ST.: *Pictographic Inscriptions from Jemdet Nasr,* Oxford Editions of Cuneiform Texts, vol. VII, Oxford, 1928.

LANGSDORFF, A., y MCCOWN, D. E.: *Tall-i-Bakun A,* University of Chicago Oriental Institute Publications, vol. LIX,

Chicago, 1942.

MACKAY, E. J. H.: *Report on Excavations at Jemdet Nasr, Iraq,* Field Museum of Natural History, Anthropology Memoirs, núm. III, Chicago, 1931.

MÄLLON, A.; KOEPPEL, R., y NEUVILLE, R.: *Teleitāt Ghassūl,* vol. I, Roma, 1934.

MALLOWAN, M. E. L.: «Excavations at Brak and Chagar Bazar», *Iraq,* vol. IX, Londres, 1947.

MOORTGAT, A.: *Vorderasiatische Rollsiegel,* Berlín, 1940.

PARROT, A.: *Tello,* París, 1948.

ROTHERT, H.: *Transjordanien, Vorgeschichtliche Forschungen,* Stuttgart, 1938.

SCHMIDT, H.: *Tell Halaf, Die prähistorischen Funde,* Berlín, 1943.

SPEISER, E. A.: *Excavations at Tepe Gawra,* vol. I, Filadelfia, 1935.

TOBLER, A. J.: *Excavations at Tepe Gawra,* vol. II, Filadelfia, 1950.

WOOLLEY, C. L.: *Ur Excavations,* vol. IV: *The Early Periods,* Londres, 1955.

ZIEGLER, CH.: *Die Keramik von der Qal'a des Ḥağği Mohammed,* Berlín, 1935.

b) Exposiciones generales

ALBRIGHT, W. F.: *The Archaeology of Palestine,* Hardmonsworth, 1949.

ANATI, E.: *Palestine before the Hebrews,* Nueva York, 1963.

BITTEL, K.: *Grundzüge der Vor- und Frühgeschichte Kleinasiens,* 2.ª ed., Tubinga, 1950.

BRAIDWOOD, R. J.: *Prehistoric Man,* 5.ª ed., Chicago, 1961.

CHILDE, V. G.: *Man Makes Himself*, Londres, 1941; 1955. — Trad. cast. *Los orígenes de la civilización*, México, F.C.E., 1954.

— *What Happened in History*, Hardmonsworth, 1952; 1954. — Trad. cast., Buenos Aires, Lautaro, 1950. *¿Qué sucedió en la historia?*

CHRISTIAN, V.: *Altertumskunde des Zweistromlandes*, vol. I, Leipzig, 1940.

EHRICH, R. W., y otros: *Relative Chronologies in Old World Archaeology*, Chicago, 1954.

FRANKFORT, H.: *Cylinder Seals*, Londres, 1939.

GHIRSHMAN, R.: *Iran*, Hardmonsworth, 1954.

JIRKU, A.: *Die Ausgrabungen in Palästina und Syrien*, Halle, 1956.

KENYON, K.: *Digging up Jericho*, Nueva York, 1957. — Trad. cast. *Desenterrando a Jericó*, México, F.C.E., 1966.

— *Archaeology in the Holy Land*, Londres, 1960. Hay trad. castellana, *Arqueología en Tierra Santa*.

LLOYD, S.: *Early Anatolia. The Archaeology of Asia Minor before the Greeks*, Hardmonsworth, 1956.

MCCOWN, D. E.: *Comparative Stratigraphy of Early Iran*, Studies in Ancient Oriental Civilization, núm. XXIII, Chicago, 1942, 2.ª ed., 1959.

MOORTGAT, A.: *Frühe Bildkunst in Sumer*, Mitteilungen der Vorderasiatisch-Ägyptischen Gesellschaft, vol. XL, 3, Leipzig, 1935.

— *Entstehung der sumerischen Hochkultur*, Alter Orient, vol. XLIII, Leipzig, 1945.

PARROT, A.: *Archéologie mésopotamienne*, vols. I-II, París, 1946, 1953.

— *Sumer,* Trad. cast. en la col. «El universo de las formas», Madrid, Aguilar.

PERKINS, A. L.: *The Comparative Archaeology of Early Mesopotamia,* Studies in Ancient Oriental Civilization, núm. XXV, Chicago, 1949.

SCHARFF, A., y MOORTGAT, A.: *Ägypten und Vorderasien in Altertum,* Múnich, 1950.

SCHMIDTKE, F.: *Der Aufbau der babylonischen Chronologie,* Münster, 1952.

VAN SODEN, V.: «Sumer, Babylon und Hethiter bis zur Mitte des zweiten Jahrtausends v. Chr.», *Propyläen-Weltgeschichte,* vol. I, Berlín, 1962.

STROMMENGER, E., y HIRMER, M.: *Fünf Jahrtausende Mesopotamien,* Múnich, 1962.

BERGHE, VAN DEN: *L'Archéologie de l'Iran ancien*; Documenta et Monumenta Orientis Antiqui, vol. VI, Leiden, 1959.

WESTPHAL-HELLBUSCH, S., y WESTPHAL, H.: *Die Ma'dan, Kultur und Geschichte der Marschenbewohner im Süd-Iraq,* Berlín, 1962.

WIRTH, E.: *Agrargeographie des Iraq,* Berlín, 1963.

c) Monografías

ADAMS, R. M.: «Agriculture and Urban Life in Early Southwestern Iran», *Science,* vol. 136, pp. 109-22, 1962.

BRAIDWOOD, R. J.: «Near Eastern Prehistory», *Science,* vol. 127, 1419-30, 1958.

BRAIDWOOD, R. J., y BRAIDWOOD, L. S.: «The Earliest Village Communities of Southwestern Asia», *Journal of World History,* I, 278-310, París, 1953.

BRAIDWOOD, R. J., y REED, CH. A.: «The Achievement and Early Consequences of Food-Production: A Consideration of the Archaeological and Natural-Historical Evidences», *Cold Spring Harbour Symposia on Quantitative Biology*, vol. XXII, 19-31, 1957.

HELBAEK, H.: «Ecological Effects of Irrigation in Ancient Mesopotamia», *Iraq*, vol. XXII, 186-96, Londres, 1960.

LE BRETON, L.: «The Early Periods at Susa, Mesopotamian Relations», *Iraq*, vol. XIX, 79-124, Londres, 1957.

MALLOWAN, M. E. L., y ROSE, J. C.: «Excavations at Tell Arpachiyah, 1933», *Iraq*, vol. II, 1-178, Londres, 1935.

MELLAART, J.: «Excavations at Hacilar», *Anatolian Studies*, vol. VIII, 127 y ss.; IX, 51 y ss.; X, 83 y ss.; XI, 39 y ss., Londres, 1958-60.

— «Excavations at Çatal-Hüyük», *Anatolian Studies*, vol. XI, Londres, 1962.

NAGEL, W.: «Zum neuen Bild des vordynastischen Keramikums in Vorderasien», *Berliner Jahrbuch für Vor- und Frühgeschichte*, vol. I, 1-125; II, 111-153; III, 155-215, Berlín, 1961-63.

CAP. 2: LA ÉPOCA PROTODINÁSTICA

CAMERON, G. G.: *History of Early Iran*, Chicago, 1936.

DIAKONOV, I. M.: «Some Remarks on the 'Reforms' of Urukagina», *Revue d'Assyriologie*, 52 (1958), pp. 1 y ss.

— *Obščestvennij i gosudarstvennij stroj drevnego dvurec'ja: Sumer* (Estructura económica y social de la Mesopotamia antigua: Sumer), Moscú, 1959.

EDZARD, D. O.: «Enmebaragesi von Kiš», *Zeits. für Assyriologie*, serie nueva, 8 (1960), 242-258.

— «Sumerer und Semiten in der frühen Geschichte Mesopotamiens», *Genava*, serie nueva, 8 (1960), 9-26.

FALKENSTEIN, A.: «La cité-temple sumérienne», *Cahiers d'histoire mondiale*, I (1954), 784-814.

FRANKFORT, H. y H. A.; WILSON, J. A.; JACOBSEN, TH., e IRVIN, W. A.: *The Intellectual Adventure of Ancient Man*, Chicago, 1946. — Trad. cast. *El pensamiento prefilosófico*, México, F.C.E., 1954.

GADD, C. J.: *Ideas of Divine Rule in the Ancient East*, Londres, 1948.

— «The Cities of Babylonia», *Cambridge Ancient History*, nueva edición, vol. I, cap. XIII (1963).

HINZ, W.: «Persia c. 2400-1800», *Cambridge Ancient History*, nueva ed., vol. I, cap. XXIII (1963).

JACOBSEN, TH.: «Early Political Development in Mesopotamia», *Zeits. für Assyriologie*, serie nueva, 18 (1957), 91-140.

LE BRETON, L.: «The Early Periods at Susa; Mesopotamian Relations», *Iraq*, 29 (1957), 79 y ss.

LENZEN, H. J.: «Mesopotamische Tempelanlagen von der Frühzeit bis zum zweiten Jahrtausend», *Zeits. für Assyriologie*, serie nueva, 17 (1955), 1-36.

CAP. 3: EL PRIMER IMPERIO SEMÍTICO

Las fuentes documentales más importantes se encuentran recogidas en:

THUREAU-DANGIN, F.: *Die sumerischen und akkadischen Königsinschriften*, I, Leipzig, 1907.

BARTON, G. A.: *The Royal Inscriptions of Sumer and Accad*, New Haven, 1929.

HIRSCH, H.: «Die Inschriften der Könige von Agade», *Archiv für Orientforschung*, XX (1963), 1-82.

Ver asimismo un excelente estudio de la «tradición» histórica en GÜTERBOCK, H. G.: «Die historische Tradition und

ihre literarische Gestaltung bei Babyloniern und Hethitern», *Zeits. für Assyriologie,* serie nueva, 8 (1934), pp. 1-91, y 10 (1938), 45-149.

Se hallará una documentación iconográfica y arqueológica suficiente en STROMMENGER, E., y HIRMER, M.: *Fünf Jahrtausende Mesopotamien,* Múnich, 1962.

La síntesis histórica más reciente, aparte de la de SCHMÖKEL, H.: *Geschichte des alten Vorderasien,* Leiden, 1957, es la de GADD, C. J.: «The Dynasty of Agade and the Gutian Invasion», *Cambridge Ancient History,* nueva ed., vol. I, cap. XIX, Cambridge, 1963.

Ver también, dentro de la misma obra, el capítulo XXIII, esto es, HINZ, W.: «Persia c. 2400-1800 B. C.»

CAP. 4: EL REINO DE LA TERCERA DINASTÍA DE UR Y SUS HEREDEROS

EDZARD, D. O.: *Die «zweite Zwischenzeit» Babyloniens,* Wiesbaden, 1957.

FALKENSTEIN, A.: «Zur Chronologie der sumerischen Literatur», *Comptes rendus de la Seconde Rencontre Assyriologique internationale,* París, 1951, pp. 12-28.

FALKENSTEIN, A., y SODEN, W. V.: *Sumerische und akkadische Hymnen und Gebete,* Zúrich-Stuttgart, 1953.

GELB, I. J.: *Hurrians and Subarians,* Chicago, 1944.

JACOBSEN, TH.: «The Assumed Conflict between Sumerians and Semites», *Journal of the American Oriental Society,* 59 (1939), 485-495.

— «The Waters of Ur», *Iraq,* 22 (1960), 174-185

KRAMER, S. N.: «The Lamentation over the Destruction of Ur», *Assyriological Studies,* 12, Chicago, 1940.

KRAUS, F. R.: «Le rôle des Temples depuis la troisième dynastie d'Ur jusqu'à la première dynastie de Babylone»,

Cahiers d'histoire mondiale, I (1954), 518-545.

Kodex Lipiteshtar, trad. de S. N. KRAMER, en J. B. PRITCHARD (compilador), *Ancient Near East Texts Relating to the Old Testament,* 2.ª ed., Princeton (N. J.), 1955, pp. 159-161.

Kodex Urnammu, edición y traducción de KRAMER, S. N. (apéndice de FALKENSTEIN, A.): *Orientalia,* serie nueva, 23 (1954), 40-51.

SOLLBERGER, E.: «Sur la chronologie des rois d'Ur et quelques problèmes connexes», *Archiv für Orientforschung,* 17 (1954/56), 10-48.

SPEISER, E. A.: «The Hurrian Participation in the Civilisations of Mesopotamia, Syria and Palestine», *Cahiers d'histoire mondiale,* I (1954), 311-327.

CAP. 5: LA ÉPOCA PALEOBABILÓNICA

BOTTÉRO, J.: «Désordre économique et annulation des dettes en Mésopotamie à l'époque paléo-babylonienne», *Journal of Economic and Social History of the Orient,* 4 (1961), 113-164.

DRIVER, G., y MILES, J.: *The Babylonian Laws,* vol. I, Oxford, 1952; vol. II, Oxford, 1955.

EILERS, W.: «Die Gesetzsstele Hammurabis», *Alter Orient,* 30/3-4 (Leipzig, 1932).

FALKENSTEIN, A.: «Zu den Inschriftenfunden der Grabung in Uruk-Warka, 1960-1961», *Bagdader Mitteil.,* 2 (1963), 1-82.

GARELLI, P.: *Les assyriens en Cappadoce,* París, 1963.

GELB, I. J.: «Two Assyrian King Lists», *Journ. of Near Eastern Studies,* 13 (1954), 209-230.

— «The Early History of the West Semitic Peoples», *Journ. of Cuneiform Studies,* 15 (1961), 27-47.

GOETZE, A.: «The Laws of Eshnunna», *Annual of the Am. Schools of Oriental Research,* 31 (1956).

HARRIS, R.: «The Organisation and Administration of the Cloister in Ancient Babylonia», *Journ. of Econ. and Soc. History of the Orient,* 6 (1963), 121-157.

HINZ, W.: «Persia c. 1800-1550», *Cambridge Ancient History,* nueva edición, vol. II, cap. VII (1964).

KRAUS, F. R.: «Isin und Nippur nach altbabylonischen Rechtsurkunden», *Journal of Cuneiform Studies,* 3 (1951).

— *Ein Edikt des Königs Ammi-saduqa von Babylon,* Leiden, 1958.

— «Ein zentrales Problem des altmesopotamisches Rechtes: Was ist der Kodex Hammurabi?», *Genava,* serie nueva, 8 (1960), 283-296.

KUPPER, J. R.: *Les nomades en Mésopotamie au temps des rois de Mari,* París, 1957.

— «Northern Mesopotamia and Syria», *Cambridge Ancient History,* nueva ed., vol. II, cap. II (1964).

LANDSBERGER, B.: «Assyrische Königsliste und 'Dunkles Zeitalter'», *Journ. of Cuneiform Studies,* 9 (1955), 121-131; 10 (1956), 39; 31-73 y 106-133.

— «Remarks on the Archives of the Soldier Ubarum», *Journ. of Cuneiform Studies.*

LEEMANS, W. F.: *The Old-Babylonian Merchant,* Leiden, 1950.

— *Foreign Trade in Old-Babylonian Times,* Leiden, 1960.

SAN NICOLO, M.: *Beiträge zur Rechtsgeschichte im Bereich der keilschriftlichen Rechtsquellen,* Oslo, 1931.

WALTHER, A.: «Das altbabylonische Gerichtswesen», *Leipziger Semitische Studien,* 6/4-6 (1917).

CAP. 6-11. EGIPTO

Todas las fuentes, junto con una detallada bibliografía sobre historia del Egipto antiguo, se indican en apéndice a cada uno de los capítulos de la obra de:

DRIOTON, E., y VANDIER, J.: *L'Egypte* (Clio, Introduction aux études historiques, Les Peuples de l'Orient Méditerranéen, II), 4.ª ed., París, 1962. Trad. cast. de la 3.ª ed., *Historia de Egipto*, Buenos Aires, EUDEBA, 1964.

Ver también las obras, más recientes,

GARDINER, A. H.: *Egypt of the Pharaohs*, Oxford, 1961.

HAYES, W. C.: *The Scepter of Egypt*, parte I: *From the earliest times to the end of the Middle Kingdom*, Nueva York, 1953.

SMITH, W. ST., y HAYES, W. C.: *Cambridge Ancient History*, nueva edición, Cambridge, 1961, vol. I, cap. XIV: «The Old Kingdom in Egypt» (SMITH); cap. XX: «The Middle Kingdom in Egypt» (HAYES); vol. II, cap. II: «Egypt, from the death of Amenemmes III to Seqenenre II» (HAYES).

Para lo referente a civilización, arte y religión son fundamentales las obras siguientes:

ERMAN, A., y RANKE, H.: *Ägypten und ägyptisches Leben im Altertum*, Tubinga, 1923.

KEES, H.: *Totenglaube und Jenseitsvorstellungen der alten Ägypter. Grundlagen und Entwicklung bis zum Ende des mittleren Reiches*, Leipzig, 1926.

SMITH, W. ST.: *A History of Egyptian Sculpture and Painting in the Old Kingdom*, 2.ª ed., Oxford, 1949.

VANDIER, J.: *Manuel d'Archéologie Egyptienne*, 3 vols. en 6 tomos, París, 1952-58.

Notas

[1] Se denomina Calcolítico la fase de la evolución en la cual comienzan a utilizarse los metales, aunque todavía predomina el uso de la piedra. <<

[2] Altos funcionarios por cuyos nombres se designaban los años en Asiria (no en Babilonia). Los epónimos, inicialmente designados por sorteo, eran nombrados más tarde de acuerdo con un orden determinado. También los reyes podían ser epónimos. <<

[3] Los cálculos cronológicos que prevén periodos más largos de los de la «cronología media», y que en el caso de Hammurabi llegan hasta 1930-1888, a. C., entran en conflicto con las fechas aconsejables para las épocas prehistórica y primitiva. <<

[4] El método del C_{14} permite calcular la edad de restos de madera, carbón vegetal y otras materias orgánicas según su contenido en isótopo radiactivo del C_{14}. Los datos del C_{14} han rebajado considerablemente las fechas que se asignaban anteriormente a los hallazgos prehistóricos. <<

[5] SOLECKI, R. S.: «Three Adult Neanderthal Skeletons from Shanidar Cave, Northern Iraq», *Sumer*, XVII, 71-96, Bagdad, 1961. <<

[6] ANATI, E.: *Palestine before the Hebrews*, p. 245. <<

[7] KENYON, K.: *Digging up Jericho*, láms. 20-22. <<

[8] SCHAEFFER, Cl. F. A.: *Ugaritica*, IV, pp. 157 y ss., París, 1962. <<

[9] MELLAART, J.: «Excavations at Çatal-Hüyük», *Anatolian Studies*, XI, 57-65, láms. XIV-XVIII, Londres, 1962. <<

[10] TOBLER, A. J.: *Excavations at Tepe Gawra*, vol. II, pp. 41 y ss., Filadelfia, 1950; MALLOWAN, M. E. L., y ROSE, J. C.: «Excavations at Tell Arpachiyah», *Iraq*, II, 22 y ss., Londres, 1935; LLOYD S. y SAFAR, F.: «Tell Hassuna», *Journal of Near Eastern Studies*, IV, 272, fig. 28, Chicago, 1945; WOOLLEY, C. L.: «Prehistoric Pottery of Carchemish», *Iraq*, I, 147 y ss., fig. 1, Londres, 1934. <<

[11] PLINIO: *Naturalis Historia* (ed. Teubneriana), VI, 26, 122; cf. XVIII, 162. <<

[12] Residencia fortificada de jefes de tribus árabes. <<

[13] STRONACH, D.: «Excavations at Ras al 'Amiya'», *Iraq*, XXIII, 95 y ss., Londres, 1961. <<

[14] DELOUGAZ, P.: «Pottery from the Diyala Region», *University of Chicago Oriental Institute Publications*, LXIII, 23, Chicago, 1952. <<

[15] KRAMER, S. N.: «Sumerische Literarische Texte aus Nippur», *Texte und Materialen der Hilprecht-Sammlung*, nueva serie, vol. III, pp. 10 y ss., Berlín, 1961. <<

[16] HELBAEK, H.: «Ecological Effects of Irrigation in Ancient Mesopotamia», *Iraq*, XXII, 186-196, Londres, 1960. <<

[17] En acadio el asfalto bruto se llama *ittū*, es decir «(el material) procedente de Hīt». <<

[18] LLOYD, S. y SAFAR, F.: «Eridu», *Sumer*, IV, 118, lám. V, Bagdad, 1948. <<

[19] LENZEN, H.: *Vorläufiger Bericht über die... Ausgrabungen in Uruk-Warka*, XIV, p. 26, lám. XLIIIa, Berlín, 1958. <<

[20] LLOYD, S. y SAFAR, F.: *art. cit.*, 118, lám. IV, Bagdad, 1948. <<

[21] OTTEN, CH. M.: «Note on the Cemetery of Eridu», *Sumer*, IV, 125-27, Bagdad, 1948. <<

[22] COON, C. S.: «The Eridu Crania. A Preliminary Report», *Sumer*, V, 103-6, Bagdad, 1949. <<

[23] LE BRETON, L.: «The Early Periods at Susa, Mesopotamian Relations», *Iraq*, XIX, 81 y ss., Londres, 1937. <<

[24] MOORTGAT, A.: «Entstehung der sumerischen Hochkultur», *Der Alte Orient*, XLIII, 37 y ss., Leipzig, 1945; PERKINS, A. L.: «The Comparative Archaeology of Early Mesopotamia», *Studies in Ancient Oriental Civilization*, n. 25, pp. 46 y ss., Chicago, 1949. <<

[25] LLOYD, S.: «Tell Uqair», *Journal of Near Eastern Studies*, II, 135 ss. Chicago, 1943. <<

[26] HEINRICH, E.: *Kleinfunde aus den archaischen Tempelschichten in Uruk*, pp. 15-28, láms. II-XIV, Leipzig, 1936. <<

[27] LENZEN, H.: *XIV. Vorläufiger Bericht über die... Ausgrabungen in Uruk-Warka*, lám. XLIIa, Berlín, 1958, y *XVI. Vorläufiger Bericht über die... Ausgrabungen in Uruk-Warka*, pp. 37 ss., láms. XVII-XVIII, Berlín, 1960. <<

[28] LENZEN, H.: «Ein Marmorkopf der Dschemdet Nasr-Zeit aus Uruk», *Zeitschrift für Assyriologie und Vorderasiatische Archäologie*, nueva serie, vol. XI, 85-87, Berlín, 1939. <<

[29] HEINRICH, E.: *Kleinfunde aus den archaischen Tempelschichten in Uruk*, pp. 17 y ss., láms. IVb-XIII, Leipzig, 1936. <<

[30] HEINRICH, E.: *Op. cit.*, pp. 15-17, láms. II-IVa; XXXVIII. <<

[31] FALKENSTEIN, A.: «La cité-temple sumérienne», *Cahiers d'histoire mondiale*, I (1954), 748-814. <<

[32] FRANKFORT, H.: *Cylinder Seals*, lám. IIId, Londres, 1939. <<

[33] SPEISER, E. A.: *Excavations at Tepe Gawra*, vol. I, pp. 145 y ss., Filadelfia, 1935. <<

[34] MALLOWAN, M. E. L.: «Excavations at Brak and Chagar Bazar», *Iraq*, IX, 31 y ss., Londres, 1947. <<

[35] JACOBSEN, T. H.: «The Sumerian King List», *Assyriological Studies*, núm. 11, 76, Chicago, 1939. <<

[36] Esta tripartición, así como la expresión *Early Dynastic* (dinástico temprano o protodinástico), se debe a Henri Frankfort. [*N. del E.*: Agradecemos al prof. Edzard su esmerada revisión de la versión castellana de sus capítulos]. <<

[37] Estas fechas constituyen una hipótesis de trabajo. Sigue existiendo la posibilidad de situar el reinado de Hammurabi, de acuerdo con la «cronología mínima», entre 1728 y 1687. <<

[38] La mayoría de las exposiciones históricas dan la forma «Mesilim» como lectura convencional del nombre. <<

[39] La lectura de este nombre no es segura. <<

[40] El sumerio desconoce la expresión gramatical de la diferencia entre el masculino y el femenino. <<

[41] JACOBSON, TH.: *Zeitschrift für Assyriologie*, serie nueva, 18 (1957), pp. 120 y ss. <<

[42] Cf. SCHNEIDER, ANNA: «Die Anfänge der Kulturwirtschaft», en PLENGE, J.: *Staatswiss. Beiträge*, IV, Essen, 1920. FALKENSTEIN, A.: «La cité-temple sumérienne», *Cahiers d'histoire mondiale*, I (1954), pp. 784-814. <<

[43] Cf. los términos de la cuestión en DIAKONOV, I. M.: *La estructura social y estatal de la Mesopotamia antigua: Sumer*, Moscú, 1959, pp. 291 y ss. (en ruso, con resumen en inglés). <<

[44] JACOBSEN, TH.: *Zeitschr. f. Assyriologie*, serie nueva, 18 (1957), p. 100, n. 11. <<

[45] Compárese con el relato bíblico de la gesta de Roboam, en II Paralipómenos, 12, 6-16. <<

[46] *Eden* significa «estepa» en sumerio. El *alto-eden* (*an-edena*) era un territorio rodeado por las ciudades de Uruk, Larsa, Badtibira y Zabalam y de mayor altitud que ellas. <<

[47] Cf. LEEMANS, W. F.: *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, 3 (1960), pp. 23-30; *Foreign Trade in Old Babylonian Times*, Leiden, 1960, pp. 159-166. <<

[48] Akkad es el nombre de la capital de Sargón. La parte septentrional de Mesopotamia, a la que dio su nombre la ciudad, se llama «País de Akkad». *Agade* es una grafía arcaica de Akkad. <<

[49] La lectura de las dos últimas sílabas de este nombre no es segura. <<

[50] Lo mismo que sucede con Agade y Akkad, *Qutūm* (nombre del país) y *Qutūm* (gentilicio) son las lecturas correspondientes a *Gutium*/*Gutiu* (o *Guti*), grafías antiguas que son las tradicionales en Mesopotamia. <<

[51] El rey en cuestión debe ser Erridupizir o Erriduwazir. <<

[52] Ver JACOBSEN, TH.: *The Sumerian King List*, pp. 10 y ss., VI, 28, VIII, 3. <<

[53] Todos los datos históricos relativos a la II dinastía de Lagash proceden de M. A. FALKENSTEIN, quien ha puesto generosamente a mi disposición el manuscrito de la introducción a su edición crítica de los documentos de esta época y me ha permitido hacer uso de ella en este trabajo. <<

[54] Me atengo a esta traducción, aunque también se haya propuesto «Montañas brillantes», que me parece menos segura. <<

[55] Los escribas acadios introdujeron en el calendario una terminología nueva que, al parecer, los reyes de Akkad impusieron en todo el territorio que controlaban, o al menos en la zona mesopotámica de éste. <<

[56] FALKENSTEIN, A.: «Zur Chronologie der sumerischen Literatur», en *Compte rendu de la Seconde Rencontre Assyriologique Internationale*, Leiden, 1952, p. 19. <<

[57] Así debe leerse la inscripción publicada en el *Archiv für Orientforschung*, X, p. 281, de la cual acaba de hallarse una réplica (*Iranica Antiqua*, tomo II/2, p. 29): DAN es el ideograma de *dannum* y no debe añadirse al nombre propio, que sigue siendo *E-lu-ul*, variante del *Elulu* de la lista real. <<

[58] Es la lectura en lengua elamita del nombre que en acadio se escribía Puzurinshushinak. <<

[59] También se encuentra Lullubu/Lullubi y, más tarde, Llume e incluso Nullu, que deben ser variantes morfológicas de Lullu en la lengua indígena. <<

[60] JACOBSEN, TH.: *Journal of the Am. Oriental Society* (1939), p. 495, n. 26. <<

[61] Durante el reino de Akkad surgió la costumbre de nombrar los años según un acontecimiento importante producido durante ellos, para así tener un punto de orientación cronológica al fechar los documentos. Las fechas de cada rey, y aun de dinastías enteras, se reunían en listas. Tales fechas se utilizaron en Babilonia, en la región del Diyāla y en la del curso medio del Éufrates hasta finales de la I dinastía de Babilonia. Posteriormente se fechó por años de reinado, según el esquema «año 1, rey NN». Cf. n. 2 para la datación por epónimos. <<

[62] La lectura del nombre *Shid-tab* no es completamente segura. <<

[63] Cf. LENZEN, H. J.: «Die Entwicklung der Zikurrat von ihren Anfängen bis zur Zeit der III. Dynastie von Ur», en *Ausgrabungen der Deutschen Forschunggemeinschaft in Uruk-Warka*, 4, Leipzig, 1941. <<

[64] El determinativo divino es el signo cuneiforme de la voz «dios», que se anteponía a los nombres de dioses. Cuando precede al nombre de un rey indica que éste estaba divinizado. <<

[65] Sobre la cuestión de Dumuzi cf. Falkenstein, A.: *Compte rendu de la IIIe. Rencontre Assyriologique Internationale*, pp. 51-67, Leiden, 1954. <<

[66] Cf. Barnett, R. D.: *Journal of Hellenic Studies*, 83 (1963), pp. 20 y ss. <<

[67] Cf. Hallo, W. W.: «A Sumerian Amphictyony», en *Journal Cuneiform Studies*, 14 (1960), pp. 88-114. <<

[68] Hasta la fecha se han publicado casi 18 000 tablillas de barro de la época de Ur III. El número de tablillas no publicadas que se encuentran en los depósitos de los museos es mucho más alto. <<

[69] Cf. Johns, T. B., y Snyder, J. W.: *Sumerian Economic Texts: from the Third Dynasty of Ur*, Minneapolis, 1961, pp. 249-279. <<

[70] Traducción recomendada de la palabra acadia. <<

[71] Los testimonios más antiguos de la extensión del nombre de la ciudad de Asur a la región circundante («País de Asur» en acadio) datan del siglo XIV. <<

[72] Cf. Martiny, G.: *Die Kultrichtung in Babylonien*, 1934. <<

[73] Sobre mushkēnum cf. la nota 76. <<

[74] Cf. Annelies Kammenhuber: *Zeitschrift für vergleichende Sprach-forschung (Kuhns Zeits.)*, 77 (1961), p. 162. <<

[75] Más datos sobre la invasión hitita y los comienzos de la historia de este pueblo en el tomo 3 de la HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI. <<

[76] Jacobsen, Th., y Adams, R. M.: «Salt und Silt in Ancient Mesopotamian Agriculture», *Science*, 128, núm. 3334 (1958),

pp. 1251-1258. <<

[77] Sobre el reino de Mitanni ver el tomo 3 de la HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI. <<

[78] Según VON SODEN, W.: *Zeits. f. Assyriologie,* serie nueva, 22 (1964), p. 133. Difiere KRAUS, F. R.: *Ein Edikt des Königs Ammisaduqa von Babylon,* Leiden, 1958, pp. 144-155, quien piensa que durante la época paleobabilónica la gran masa de la población libre estaba constituida por los *mushkēnum,* con excepción de un estrato superior llamado *awīlum.* <<

[79] Cf. a este respecto KRAUS, F. R.: «Le rôle des temples depuis la IIIe. dynastie d'Ur jusqu'à la Ière. dynastie de Babylone», *Cahiers d'histoire mondiale,* I (1954), 518-545. <<

[80] Aunque aquí se empleen los términos «sacerdote» y «sacerdotisa», debe tenerse en cuenta que el sumerio y el acadio conocen un gran número de palabras para designar a los miembros del personal del culto, pero carecen de términos generales equivalentes a aquéllos. <<

[81] LEEMANS, W. F.: *The Old Babylonian Merchant,* pp. 11-21, 96, 118 y ss., Leiden, 1950. <<

[82] La traducción sólo transmite parcialmente el significado del término acadio; cf. KRAUS, F. R.: *Genava,* serie nueva, 8 (1960), pp. 285 y ss. <<

[83] KRAUS, F. R.: *Op. cit.,* p. 292, cita otro caso (incierto). <<

[84] Se trata, por supuesto, de la referencia a una obra que, como el código de Hammurabi, pretendía tener vigencia duradera, no a edictos reales de validez transitoria. <<

[85] Es un barbarismo casita en acadio. <<

[86] Cf. VON SODEN, W.: «Zweisprachigkeit in der geistigen Kultur Babyloniens», en *Osterr. Akademie der Wiss., Phil.-Hist. Klasse, Sitzungsberichte,* 235/1 (1960). <<

[87] Traducción alemana de la epopeya de Gilgamesh por A. SCHOTI y W. VON SODEN (Reclam, 1958); inglesa por E. A. SPEISER y J. B. PRITCHARD, en *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament,* 2.ª ed., Princeton, 1955, pp. 73-99; italiana en G. FURLANI, *Miti babilonesi e assiri,* Florencia, 1958. Para el tema de Gilgamesh en general véase P. GARELLI (compilador), *Gilgames et sa légende,* París, 1960. Aún no disponemos de una historia de conjunto de la literatura sumeria y acadia. Para la mitología de sumerios y acadios véase D. O. EDZARD, «Mesopotamien», en H. W. HAUSSIG (compilador), *Wörterbuch der Mythologie,* vol. I/1, pp. 19-139. <<

ÍNDICE